
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01552667 6

LAS HIJAS DEL CID.

PARÁFRASIS

DE LAS CRÓNICAS DE AQUEL FAMOSO CABALLERO,

COMPUESTA POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.



MADRID.

D. MIGUEL PRATS, EDITOR, CALLE DEL AVE-MARÍA, N.° 7, CTO. 2.°

Aprobada por la censura. = Madrid 15 de Enero de 1859.

MADRID.—1859.

Imprenta de D. CIPRIANO LOPEZ, Cava-Baja, n. 19, bajo.

LO QUE ES ESTE LIBRO.

El autor de este libro le ha leido cinco años despues de haberle compuesto, y va á decir en pocas palabras el juicio que ha formado de él. No le faltan amigos que hubieran engalanado su obra con un escelente prólogo; pero los prólogos de agena cosecha que recomiendan los libros modernos, le desagradan tanto como las décimas y los sonetos que recomendaban los libros antiguos. No pretende echar por tierra una costumbre literaria muy generalizada en el dia, pero tampoco quiere abandonar su antigua costumbre de hacer lo que en su concepto debe hacerse, y no lo que hacen otros. Si los prólogos son *para esplicar* y no *para encomiar* los libros, ¿quién mas competente que el autor para escribirlos? ¿Quién podrá esplicar un libro mejor que el que le ha compuesto? Pero es muy fácil, dirán algunos, que al hablar el autor de sus propias obras traspase los límites de la modestia. A esos se puede contestar: el que no sepa contenerse en esos límites, que no componga libros, pues si carece de ingenio para lo primero, mucho mas carecerá de ingenio para lo segundo. Téngase en cuenta al leer las siguientes líneas para hacer la correspondiente rebaja, lo que ciega el amor de padre, y se tendrá una idea aproximada del valor de este libro sin necesidad de leerle.

Este libro no debe gustar á los que buscan en las novelas históricas grandes peripecias, dramas de grande espectáculo, pasiones y caractéres estraordinarios, un mundo que no se pa-

rece al mundo en que vivimos Su autor confiesa humildemente que carece de imaginacion para inventar cosas tan divertidas como esas.

Este libro no debe gustar tampoco á los que buscan en las novelas históricas obras rigorosamente sintéticas, partes que constituyan un todo, piezas que formen una máquina perfecta, rasgos que conspiren á un mismo fin como aconsejan, con razon, los maestros. Su autor confiesa tambien con gran sentimiento que carece de ingenio para cosas tan buenas como esas.

Pero este libro tal vez será leido sin disgusto por los que buscan en las novelas históricas:

La historia tal como la presentan las crónicas ó las tradiciones orales, algo parafraseada para que resulte algo embellecida;

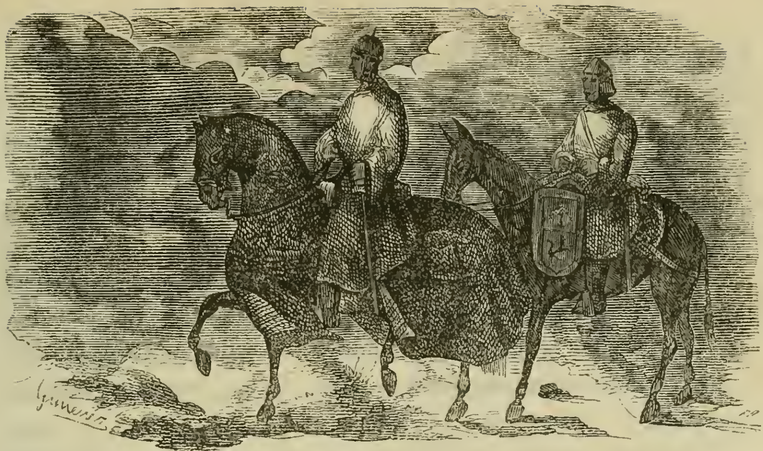
La lengua castellana un poco restituida á su antigua y magestuosa pureza;

Algo de las costumbres y de los sentimientos que caracterizaban la época á que el novelista se refiere;

El mundo en que vivimos sin mas alteracion de colores que la que ofrece mirado por el prisma de la poesía,

Y algun destello del sentimiento que Dios suele dar á los poetas honrados cuando, como al autor de este libro, les niega privilegiada inteligencia.

Hé aqui lo que es este libro: los que quieran la verdad que le lean; los que quieran la fantasía que le cierren.



CAPITULO PRIMERO.

De como al tornar á Burgos mio Cid vió tales cosas que lloró como una hembra.



ERA una apacible tarde de primavera, y los villanos de las cercanias de Vivar trabajaban en los campos, no como otras veces cantando las glorias del Campeador en populares romances, sino callados y tristes.

¿De qué provenian aquel silencio y aquella tristeza?

Cada vez que dirigian la vista al castillo de Vivar, que se alzaba, tambien callado y triste, en una colina inmediata, suspiraban dolorosamente y dejaban escapar de sus labios algunas palabras, en las que se mezclaban el nombre del Cid Campeador, el del rey Alfonso el VI y el de algunos cortesanos, elogiando y compadeciendo al primero, censurando al segundo, y maldiciendo á los últimos.

Pero hé aquí que por una loma que limita el horizonte por

el lado de levante, asoma como medio centenar de caballeros en arnés de guerra, y al verlos reina una agitacion estrema entre los villanos, los que se apresuran á abandonar sus labores, encaminándose á sus casas diseminadas en aquellas inmediaciones, como sucede en tiempo de guerra á la aproximacion del enemigo.

—¡El Cid Campeador!! esclaman con espanto, y en breve quedan los campos desiertos.

¿Es enemigo el Cid Campeador de aquellas gentes?

Por tal le debemos tener, segun el espanto que pone su presencia.

Y si lo es, ¿cómo los villanos le bendecian hace un momento?

Misterio es este dificil de penetrar.

Los caballeros que asomaron por la loma continúan hácia el castillo.

—Por San Pedro de Cardeña que me espanta la soledad que reina en mi señorío! dice uno de los que caminan de los primeros, y en cuya lanza ondea un pendon verde.

—Cierto, contesta otro, que por ningun lado se descubre varon ni hembra, aunque al asomar por la loma, nos pareció ver poblados de labriegos estos campos.

—Ah, señor! esclama sobresaltado un hermoso mancebo que camina á la diestra del caballero del pendon verde, tambien está desierto el castillo, que si así no fuera, no estuvieran cerradas sus ventanas, y mi señora doña Jimena no nos dejára llegar sin asomarse á vernos...

—Verdad dices, Gil: grandes desgracias han de haber sucedido en Vivar en tanto que nosotros andábamos á la guerra.

—Y no calculais, buen Cid, qué desgracias pueden ser esas? pregunta otro caballero.

—A fé de Martin Antolinez os juro que si alguien ha osado ofender á vuestra mujer y vuestras hijas, gastaré todos mis haberes alzando gente conque vengaros.

—Y Alvar Fañez Minaya, otro que tal.

—Todos gastaremos en vuestro servicio el último maravedí de nuestras arcas y la última gota de sangre de nuestras venas.

—Sí, sí! Y maldiga Dios al que en un cabello ofenda á tan buen caballero como vos sois! se apresuraron á decir todos los que componian el resto de aquella corta, pero lucida mesnada.

—De corazon os lo agradezco, dijo el Cid conmovido y alborozado al ver en torno de sí tan leales amigos. Ya sé, añadió, que sois tan buenos amigos, como esforzados lidiadores. Mas harto temo que no me sea dado combatir á mis enemigos, porque tiran la piedra y esconden la mano. Malquístanme con el rey aquellos que cara á cara me adulan en la corte, y el rey viene á ser el instrumento de su envidia y sus rencores, de manera, amigos mios, que para vengar los agravios que recibo, hubiera menester osar á mi rey y señor.

Todos los caballeros callaron ante esta observacion de su noble caudillo.

Gil, el hermoso mancebo que caminaba á la diestra del Cid, parecia el mas preocupado y triste de todos, y sus ojos estaban constantemente fijos en las ventanas del castillo, que continuaban cerradas.

El Cid le miraba con la ternura de un padre, y parecia comprender perfectamente el sentimiento que dominaba su alma.

Entre aquellos dos hombres habia una afinidad moral que pudiera llamarse completa, y sin embargo, físicamente considerados, apenas se asemejaban en nada.

El Cid se hallaba en el último período de la edad viril; era su constitucion robusta, aventajada su estatura, morena la color de su tez, luenga y poblada su barba, espaciosa su frente, y vivos y centellantes sus ojos.

Gil no habia salido de la adolescencia, y su constitucion débil y un tanto enfermiza, su rostro casi imberbe, su tez delicada y sus ojos, aunque espresivos, tímidos y llenos de inefable dulzura, le designaban como mas apto para la molicie de los salones que para las fatigas de la guerra.

Y sin embargo, aquel delicado mancebo venia de la guerra, porque al partir á ella el Cid, habia pedido á este que le permitiese acompañarle, que le dejase participar de sus peligros y sus fatigas.

Al fin se acercaron al castillo nuestros caballeros.

El puente estaba bajo, el rastrillo alzado, y solo una puerta que á continuacion de este último aparecia, cerraba la entrada del castillo. Reinaba allí un profundo silencio y parecia el edificio completamente deshabitado, como que empezaba á brotar la yerba entre las piedras de una calzada que, partiendo del pie de la colina, iba á perderse en la entrada de la fortaleza.

Uno de los servidores del Cid hizo resonar una bocina; pero nadie contestó á aquella señal.

—Ah de mi castillo!... gritó el Campeador con voz robusta; pero tampoco recibió contestacion alguna. Entonces acercó su caballo á la puerta, y dió en esta con el cuento de su lanza.

La puerta, que solo estaba entornada, se abrió, y todos los caballeros penetraron en un ancho patio donde la yerba brotaba por todas partes, donde no se advertia huella humana, donde reinaba el mas profundo silencio. Multitud de aves que al parecer anidaban allí tranquilamente hacia mucho tiempo, comenzaron á revolotear espantadas al oir el ruido de las armas y los caballos, ruido que sin duda era ya gran novedad en aquel sitio.

El Cid, sus caballeros y servidores, se sintieron dolorosamente conmovidos al ver el aspecto de desolacion que presentaba aquel edificio que tan animado dejaron algunos meses antes al partir á la guerra, y sobre todo, inciertos como estaban de la suerte que habia cabido á los que quedaban en él.

Descabalgaron pues en el patio, y Rodrigo Diaz, acompañado de Martin Antolinez, Alvar Fañez Minaya y Gil, amen de algunos otros caballeros y servidores, se encaminó á las habitaciones altas del edificio, las que se pusieron á recorrer, pintándose en el semblante de todos la ansiedad y el dolor.

La desolacion era completa en todas partes: las puertas estaban descerrajadas y rotas, las arcas vacías, las perchas sin pieles ni mantos; habian desaparecido la ropa de los lechos, las bajillas de oro y plata de los armarios, las armas de la recámara, y hasta las jaulas de los halcones y los azores estaban vacías. En una palabra, todos los objetos de algun valor habian desa-

parecido: hubiérase dicho que encarnizados enemigos habian entrado á saco el castillo.

Al contemplar Rodrigo aquella desolacion, sintió sus ojos arrasados en lágrimas, y lo mismo secedió á sus caballeros y servidumbre, los que temian que el dolor quitase el juicio al noble señor de Vivar.

El Cid que, sentado sobre una arca, hacia algunos momentos permanecia abismado en profunda meditacion, se levantó de repente, y encaminándose á una espaciosa cámara donde se veía la armadura de uno ó mas lechos, esclamó con desesperacion:

—¡Dónde estais, mi Jimena, mi Sol y mi Elvira! Dónde estais que no os encuentro aquí, en el solar de mis mayores, donde á vuestro lado he gozado tanta dicha, donde al partir contra los enemigos de mi Dios y de mi patria, os colmé de besos y os dejé fiado que quedábais tan seguras como si mi lanza y mi escudo os protegiesen?... Cómo no os encuentro cuando vengo á reposar á vuestro lado despues de tres meses de ausencia, de tres meses de fatigas, de combates, de pasar la noche cabalgando en mi leal Babieca ó durmiendo en las desabrigadas tiendas de los campamentos?

Gil se acercó al Campeador con los ojos anublados por las lágrimas, y le dijo:

—Señor, no os acuiteis de ese modo, que aunque vuestro dolor sea grande, no está bien que así se abata el Cid Campeador.

El Cid se indignó de sí mismo por aquella debilidad, y serenándose de repente, estrechó contra su seno al mancebo, y le dijo:

—Tienes razon, oh, mi buen Gil! Vergüenza y grande es que un caballero que nunca sintió pavura ni debilidad en los combates en que ha pasado casi toda su vida, se abata de este modo y aun llore y se acobarde como una hembra. Por Santiago de Compostela, que niño aun, tienes ya mas seso que un hombre de luenga barba!

El mancebo se regocijó interiormente al oir aquel elogio, é inclinó la vista ruborizado como una doncella.

—Señor, dijo como para que el Cid mudase de conversacion, fiemos que en Burgos hemos de hallar á mi señora doña Jimena y las niñas.

—Plegue á Dios y Santa María que así sea, respondió el Cid, y añadió dirigiéndose á todos los circunstantes:

—¡A Burgos, mis caballeros, aguijemos sin tregua hasta llegar á Burgos!

Algunos instantes despues tomaron el camino de Burgos el Campeador y su mesnada.

Los caseríos situados á orilla del camino y que iban dejando atrás, parecian tan desiertos como el castillo.

—Aunque estas casas parecen deshabitadas, dijo Martin Antolinez, pudiera ser que no lo estuvieran todas. Paréceme, mio Cid, que debiéramos llamar en alguna de ellas, y acaso así encontráramos quien nos informase de lo que en el castillo ha pasado durante nuestra ausencia.

—No haré tal, Martin, contestó el Cid, que acercarnos á esas casas seria contemplar nuevos cuadros de luto y desolacion, y hartos nos han contristado ya. ¿No veis que todas ellas tienen traza de estar deshabitadas?

—Mas es triste cosa que estemos en esta cruel incertidumbre cerca de tres horas que tardaremos en llegar á Burgos.

—Aguijemos sin cesar nuestras cabalgaduras para reducir á la mitad ese tiempo, que espero hallar á mi familia en mi casa de Burgos.

—Sí, eso debemos hacer.

Babieca pareció comprender las palabras y los deseos del Cid, pues antes que este le aplicase al hijar el azicate, apretó velozmente el paso, imitándole las demás cabalgaduras por envidia ó por inteligencia mas bien que por rigor de la espuela.

La noche acababa de cerrar cuando nuestros caballeros se acercaban á Burgos.

Iban ya á entrar en la ciudad, cuando en una atalaya que se alzaba á la entrada del norte, sonó una campana.

Aquel toque produjo una agitacion singular en la ciudad: oyóse un estraordinario y prolongado murmullo acompañado de

ruido semejante al que produce el cierre de muchas puertas; se ocultaron las luces que salian por puertas y ventanas, y á pocos momentos todo calló, todo quedó en sepulcral silencio, todo quedó sumido en profunda oscuridad.

El Cid y los suyos se detuvieron un momento asombrados por el misterio que los rodeaba.

La luna, que hasta entonces habia estado velada por un espeso nubarron, rompió en aquel instante sus prisiones, y se mostró clara y hermosa sobre un fondo trasparente y azul.

El Cid y los que se hallaban á su lado, sintieron en torno suyo un ruido semejante al aleteo de las aves; alzaron la vista y vieron revolotear sobre su cabeza dos cornejas, una negra y otra blanca, es decir, una de buen agüero y otra de malo.

—El mal y el bien nos rodean, esclamó el Cid; el mal va pasando, pues hace dos horas que le tocamos, y nos acercamos al bien. Adelante, mis caballeros y servidores!

Y todos se encaminaron á la ciudad.

A la entrada de esta habia una casita á cuya puerta se veía un banco de herrador bajo un cobertizo de tablas. Sobre este cobertizo habia una ventana, única que tenia la casa en la fachada principal.

En el momento de pasar la mesnada del Cid, se asomó á aquella ventana un hombre de edad algo avanzada, y dijo:

—Bien venidos seais, caballeros.

El Cid y los suyos se apresuraron á contestar á tan cortés salutacion, tanto mas agradecidos, cuanto que tan apreciables eran para ellos las salutaciones hacia algunas horas.

—Si no lo habeis á mal, continuó el de la ventana, quisiera preguntaros qué nuevas traeis de esas tierras de donde venís. Conque el Campeador asoma ya...

El burgalés no pudo continuar, porque una mujer, tambien entrada en años, se lanzó á él por detrás, le asió del cuello, le arrastró al interior del aposento, y cerró con violencia la ventana esclamando:

—¡Gloriosa Santa Gadea! Este marido mio ha de ser la perdicion de la casa por su afan de saber nuevas! Íñigo! ¡Tú

quieres que perdamos los haberes y los ojos de la cara!...

Todo volvió á quedar en silencio, y los caballeros se internaron en la ciudad, cada vez mas asombrados.

Densos nubarrones se iban amontonando en el cielo, y una espesa niebla envolvia la ciudad.

La soledad y el silencio continuaban reinando en las calles y las plazas que atravesaban Rodrigo y sus compañeros: únicamente turbaban aquel silencio los sollozos que oían de cuando en cuando en el interior de algunas casas.

Dirigiéronse á la del Cid, que se hallaba en el estremo occidental de la ciudad, al pie del empinado cerro donde se alzaba el alcázar, y su sorpresa llegó al colmo cuando la hallaron cerrada y silenciosa como todas las demás.

—Ah de mi casa!... Ah de mi casa! gritó el Cid con voz atronadora.

Pero no obtuvo respuesta alguna.

—Ah de dentro! Ah de dentro! gritaron sus caballeros y servidores.

Pero los de dentro, si los habia, no respondian.

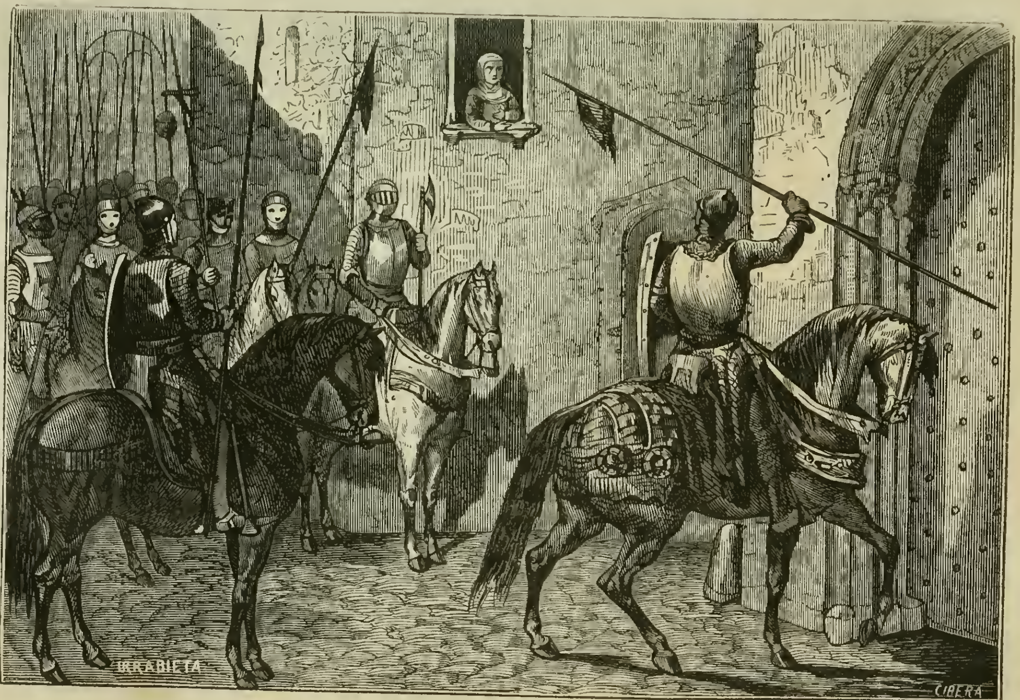
Entonces el Campeador acercó el caballo á la puerta, sacó el pie del estribo, y dió á aquella una fuerte patada.

Pero la puerta no se abrió.

—Derribemos la puerta! esclamó el Cid. Santiago de Compostela! ¿Quién osa cerrarme las puertas de mi casa?

En aquel instante se abrió una ventana que daba sobre la puerta de una casa frontera á la del Cid, y una hermosa niña de nueve años se asomó á ella y dijo:

—Campeador! el que en buen hora ciñó espada! sabed que desde Leon donde está, ha mandado el rey su carta vedando á todos sus vasallos el daros posada, el venderos pan, carne y vino, y hasta el hablar con vos, so pena de perder los haberes y los ojos de la cara, porque es su mandado que salgais de estas tierras antes que sean pasados nueve dias, y para que tal hagais no teniendo vianda que yantar, ni lecho en que dormir, háse entrado de su órden á saco vuestra casa de Vivar y esta que aqui teneis. Campeador! nada ganais en nuestro mal: idos, y que os valgan Dios y Santa María.



Lám. 1.

Santiago de Compostela! quién osa cerrarme las puertas de mi casa?

Pasmados quedaron el Cid y sus caballeros al oir á la niña; mas el primero preguntó á esta con ansiedad:

—Dónde están mi mujer y mis hijas?

—Señor, en San Pedro de Cardeña están, contestó la niña, y se quitó de la ventana.

El Cid inclinó con profundo dolor su noble y gloriosa frente, aguijando en silencio á Babieca para salir de la ciudad. Todos sus caballeros y servidores le imitaron; pero al acercarse á la iglesia de Santa María, el honrado caudillo castellano se detuvo y dijo:

—A San Pedro de Cardeña voy, mis honrados amigos, ganoso de abrazar á mi mujer y mis hijas, porque ya sabeis que ha mucho tiempo me lloran ausente. Despues iré á tierra de moros, donde con la ayuda de Dios espero ganar la honra y los haberes que mis enemigos malos me quitan. Si entre vosotros hay quienes quieran participar de mi destino, agradecérselo he de corazon.

Todos cuantos componian la mesnada se apresuraron á jurar al Cid que le acompañarian aunque fuera hasta el fin del mundo.

El generoso caudillo se sintió profundamente conmovido ante aquellas muestras de lealtad, y hubiera querido estrechar contra sn corazon á cuantos se las daban.

—Apresurémonos, dijo, á salir de Burgos, que si aquí permanecémos algunos instantes mas, tan hospitalarios y buenos son los burgaleses, y tal es la aficion que nos tienen, que nos abrirán las puertas de sus casas y sin querer concitarémos contra ellos el enojo del rey. Posaremos en la Glera allende el Arlanzon, y Dios nos mostrará allí el camino que debemos seguir.

Todos siguieron adelante.

Al pasar frente la iglesia de Santa María, descabalgó el Cid, y lo mismo hicieron los que le acompañaban: hincaron todos la rodilla á la puerta del templo, y despues de orar reverentemente un buen rato, tornaron á cabalgar, y siguieron Arlanzon arriba.

CAPITULO II.

De como dos cristianos engañaron á dos judios.

Apenas salieron de Burgos el Cid y sus caballeros, comenzó á soplar un viento recio de levante que barrió no solamente la niebla que se habia ido acumulando sobre la ciudad, sino tambien los oscuros nubarrones que enlutaban el cielo.

El cielo, pues, quedó limpio y azul como un espejo, y en su fondo brilló la luna clara, magestuosa y tranquila.

Ya hemos visto que el Cid y los suyos, no porque fuesen valientes dejaban de ser dados á pronósticos, achaque de la época mas bien que del carácter particular de aquellos esforzados caballeros.

El Cid y los de su bando repararon en la estraña coincidencia que al comenzar el presente capítulo hemos consignado, y el primero dijo á los que á su lado caminaban:

—Héos dicho, amigos mios, que Dios nos mostrará el camino que debemos seguir, y mis esperanzas se cumplen. Apresurémonos á alejarnos de Burgos! Conforme nos acercábamos á la ciudad, se oscurecia el cielo, faltaba luz á nuestros ojos y alegria á nuestro corazon; á medida que nos alejamos, el cielo se esclarece, brilla la luna, y la atmósfera se purifica. Tengo para mí que este es un aviso conque Dios nos quiere significar que cuanto mas nos alejemos de esta tierra, mas nos acercarémos á la luz y á la bienandanza. Salgamos cuanto antes de Castilla, que fuera de ella hemos de encontrar la gloria y la libertad que apetecen todos los buenos.

—Señor, respondieron los que estas palabras oian, vuestra

opinion es la nuestra. Lo que vos determineis, eso será lo que nosotros hagamos, que sois tan prudente y entendido al disponer, como animoso y diestro al ejecutar.

—Sí, continuó el Cid, tornaremos á tierra de moros y pelearémos allí, hasta que la fama de nuestros hechos diga á don Alfonso y aun al mundo entero cuán indignos somos de que se nos arroje de Castilla como al mas ruin de los castellanos.

—Enciéndese en ira mi corazon, dijo Alvar Fañez Minaya, al pensar en la ingratitud del rey! Y ciertamente no se concibe y pasma y espanta, el que don Alfonso, siendo tan esforzado caballero, tenga al Campeador en tan poco. Tamaña ingratitud pudiera esperarse del conde de Cabra, de los de Carrion y otros mal llamados caballeros, que desprecian la profesion de las armas á fuer de ineptos para ejercerla, mas no así del rey, que con su espada ha ganado ya el apellido de Bravo.

—Bien pensais, Minaya, contestó el Cid: el rey es tan buen caballero como el mejor de Castilla. No á él, sino á esos condes ruines y cobardes que habeis nombrado, debo el destierro á que se me condena.

—Señor, contestó Pero Bermuez, ¿por qué os tienen tal enemistad osos condes?

—Harto sabido es en Castilla, contestó Rodrigo; mas no estraño que vos lo ignoreis, no habiendo salido hasta poco ha de vuestras montañas de Asturias. Sabed, buen Pero, que allá en tiempo de don Sancho, el que murió en Zamora, como conspirasen esos condes felones contra Castilla, desterrólos el rey, y me atribuyeron su desgracia, suponiendo que para causársela me habia valido de la privanza que gozaba con don Sancho. Hallábanse en guerra dos años ha Almocasis, el rey de Sevilla, vasallo de don Alfonso, y Almudofar, el de Granada, y esos condes, por lo mismo que el rey de Castilla, á quien habian pedido en vano les alzase el destierro, protegia Almocasis, tomaron el partido de Almudofar, y reunieron una terrible hueste compuesta de bandidos y aventureros. Preparábanse á entrar con ella por las tierras de Almocasis, y aun lo hicieron, robando y quemando cuanto encontraban á su paso, y como me hallase yo en aquella tierra para ayudar al de Sevilla, les mandé cartas

rogándoles que desistiesen de su empresa; mas como despreciasen mi consejo, travé con ellos una sangrienta batalla que duró desde la hora de tercia hasta la de sesta, é hice prisioneros á los nobles, desbaratando completamente su hueste.

—Y qué hicisteis, señor, de los condes prisioneros? preguntó Pero Bermuez.

—Díles libertad á los tres dias, y ya veis cuán liberales pagan hoy mi generosidad en la corte, adonde han logrado tornar merced á la indulgencia del rey que les alzó el destierro, por influencias de algunos cortesanos adictos al de Cabra y sus amigos... Cierto que don Alfonso hubo gran enojo conmigo por lo de la jura; pero despues ha podido conocer mi lealtad. A su lado combatí hasta hacer tributarios de Castilla casi todos los moros de España; por su mandado lidié con Jimen-Garcia, á quien vencí, asegurando á don Alfonso la posesion del castillo de Pazluengas y otros dos mas, bien así como en otro tiempo aseguré á don Fernando la de Calahorra, venciendo á Martin Gonzalez el aragonés; su paladin me nombró en Medina-celi, cuando le retó el esforzado moro Fari, á quien vencí; por órden suya peleé repetidas veces en Andalucia contra Almudofar el de Granada, y finalmente, ya sabeis, amigos mios, lo que todos hemos hecho en la gloriosa campaña que ha pocos dias terminamos; ya sabeis el espanto que á la morisma hemos puesto persiguiéndola desde Gormaz á Toledo, entrando y destruyendo sus fortalezas, y cautivando mas de diez mil infieles. Ved, amigos mios, si don Alfonso debe guardarme rencores, si debe dudar de mi lealtad.

—Pero, señor, preguntó Gil, ¿no sospechais en qué pueda fundarse el rey para desterraros tan airado, que ni aun os dá el plazo de treinta dias que la ley concede á los hijosdalgo?

—Nada sospecho, Gil, ni quiero averiguarlo: don Alfonso es mi rey y señor, y solo me cumple obedecerle como buen vasallo que siempre he sido.

—Señor, esclamó el mancebo, renegára yo mil veces de la patria á quien hubiera servido como vos á Castilla, si me diera el ruin pago que á vos dá la vuestra.

El Cid miró con severidad al mancebo como dispuesto á di-

rigirle una amarga reconvencion, pero vió brillar en su megilla una lágrima, y considerando sin duda que una indignacion perdonable por lo noble le hacia hablar asi, trocó de repente la severidad en benevolencia, y dijo:

—¡Oh, buen Gil, cómo desdicen esas palabras del seso con que hablas siempre!

—Razon teneis, señor, contestó humildemente el mancebo, Castilla no es quien os destierra...

—Castilla, le interrumpió el Cid, viste de luto al ver el ruin pago que se dá á los que bien la han servido. Y aunque ella fuera quien me apartase de su seno, ¿piensas, mi buen Gil, que renegaria de ella? ¡Por la madre que me parió que no hiciera tal! A su gloria consagraron mis mayores su vida, y lo mismo he de hacer yo. Acuérdome de que mi buen padre, el honrado Diego Lainez, me dijo al espirar: muero contento, hijo mio, porque el heredero de mi nombre, heredero es tambien de mi amor á Castilla; aún la cercan enemigos poderosos y encarnizados: lidia sin descanso contra ellos, y no olvides que Lain Calvo tu abuelo, al legar á sus sucesores la gloria de que supo rodear su nombre, lególes tambien la obligacion de acrecentar, lejos de disminuir, aquella gloria!

—Perdonadme, señor, si por un momento he olvidado lo que sois y lo que á vos mismo y á vuestro linage debeis! esclamó Gil. Yo no tuve la dicha de nacer en Castilla; pero obligado estoy á considerarla mi patria: muy niño aun, me recogisteis en el campo de batalla, me hicisteis lavar el alma con el agua del bautismo, y vos y mi señora doña Jimena me servisteis de padres tan cariñosos como los que me dieron el sér y la muerte me arrebató en los primeros años de mi vida. ¿No he de amar, señor, la tierra en que tantos beneficios he recibido, en que moran los únicos séres á quien puedo amar en este mundo? Pluguiera á Dios darme brazo tan robusto y corazon tan animoso como á vos os dió para pelear como vos por la gloria de Castilla. Pero débil y apocado como soy, dejad, señor, que continúe siempre á vuestro lado en los campos de batalla, participando de vuestros trabajos, y pagando á Castilla algo de lo mucho que le debo!

El Cid se enterneció profundamente al oir al generoso mancebo, y lo mismo hicieron cuantos le escuchaban.

—Sí, sí, mi buen Gil, esclamó el Campeador, participarás de mis trabajos y mi gloria. Débil era yo cuando por primera vez vestí la loriga y empuñé la lanza para lidiar por la santa cruz; pero Santiago de Compostela, mi patron, me niegue su ayuda si no adquirí mas fuerza y vigor en un dia pasado en el campo de batalla, que en un año pasado en la blandura y el regalo de mi casa! Rogásteme tres años há que te dejase encerrar en San Pedro de Cardeña, con objeto de que el abad don Sancho te instruyese en las letras que sabe á maravilla, y accedí de buen grado á tu deseo, creyendo que tu vocacion eran las letras y no las armas. No lo hubiera hecho á saber que ibas á darte al estudio de tal modo, que de robusto que eras, te tornases débil y enfermizo, y sobre todo, á saber que despues te habias de inclinar á la caballería; pero fio que habiendo trocado aquella enfadosa vida por la del soldado, tu salud ha de tornar, y te has de hacer robusto, varonil y duro para la fatiga, como todo buen soldado debe ser.

—Señor, repuso Gil, los años me dijeron que mas podia hacer por Castilla con la espada que con la pluma, en estos tiempos en que tanto necesita soldados que la defiendan; además, parecióme pecar de ingrato no acompañándoos donde quiera que fuéseis, no participando de vuestras fatigas y peligros.

Nuestros interlocutores suspendieron aquella plática, porque acababan de entrar en la Glera, sitio en que, como ya sabemos, se habian propuesto hacer alto para deliberar acerca de su situacion.

Era la Glera un prado

verde é bien sencido de flores bien poblado,
logar cobdiciadero para un home cansado,

como hubiera dicho el cantor de Santo Domingo de Silos, y á la sazon convidaba mas que nunca á gozar de su amenidad. La luna alumbraba con la claridad del sol de mediodia, y la temperatura era tan agradable como la de una hermosa noche de

verano. Solo soplaba una brisa apacible y templada que difundia por todas partes el olor de las flores de que aquellos campos estaban cubiertos.

Allá á lo lejos se descubrian vagas y misteriosas las torres de San Pedro de Cardeña, cuya vista hizo exhalar un suspiro de alegría á Rodrigo y otro á Gil, porque allí estaban Jimena, Sol y Elvira, á quienes ambos amaban entrañablemente, y de quienes estaban separados hacia mucho tiempo.

Descabalgaron, pues, en aquel delicioso prado, y caballeros y escuderos se ocuparon algunos instantes en alzar las tiendas, mas bien por costumbre que por necesidad. La jornada habia sido larga aquel dia, lo que unido á las tristes impresiones que habia esperimentado su espíritu desde su llegada á Vivar, hacia á unos y otros apetecer el descanso. Arrendaron los escuderos las cabalgaduras á los árboles que sombreaban una parte del prado, acercándoles buena provision de yerba fresca que abundaba en aquel sitio, y se tendieron señores y criados sobre aquella aromática y blanda alfombra de flores.

En la tienda del Cid tomaron alojamiento los principales caballeros de la mesnada; allí estaban Antolinez, Minaya, Pero Bermuez, Guillen García, llamado el de la Enseña, por haber rescatado en cierta ocasion la del Cid, Alvar Salvadores, Felix Muñoz, Gil, y otros no menos esforzados y adictos al Campeador.

—Bien sabeis, dijo este último, que ganosos de llegar á Vivar, ninguno de los que componemos la mesnada hemos yantado, desde que al despuntar albores nos pusimos en camino, y duéleme que así sea, porque pudiéramos desmayar por falta de alimento, ahora que mas que nunca hemos menester ánimo para salir del apretado trance en que mis enemigos nos han puesto. Y vano será que tratemos de comprar vianda en la ciudad, porque no nos la venderán habiéndolo vedado el rey. Combinemos, pues, antes de todo, los medios de resolver esta cuestion como la mas apremiante.

—Yo, respondió Antolinez, estoy dispuesto á arrostrar el enojo del rey, por tal de abastecer de pan y vino á la mesnada esta noche. Así como vos pensais ir á Cardeña á abrazar á vues-

tra familia, así yo pienso tornar á Burgos á abrazar á la mia, y entonces traeré la vianda que haya en mi casa, siquiera no me sea dado volver jamás á Castilla, y el rey confisque mis bienes.

—No me sorprende vuestra generosidad, buen Antolinez, que há mucho la conozco, dijo el Cid, echando su brazo al hombro del honrado burgalés. Gracias, amigo mio, gracias!

—Pluguiera á Dios, repuso Martin, que tuviera un tesoro de rey para ayudaros con él á alzar una innumerable hueste en la cual pudiéseis recobrar, combatiendo á los infieles, la honra y las riquezas que os quitan no don Alfonso, sino los ruines enemigos que teneis á su lado.

—No un tesoro de rey, repuso el Campeador, necesitaría para alzar una terrible hueste, que me bastarian algunos centenares de marcos de oro. Con ellos la sostendria hasta salir de Castilla, y una vez en tierra de moros, nuestras lanzas nos darian haberes no solo para nuestro mantenimiento, sino tambien para enviar á Castilla.

—Pues mi opinion es, dijo Antolinez, que antes de todo os proveais de dinero, y luego echeis pregones por toda esta tierra para allegar gente que os siga á lidiar con la morisma, todo lo cual paréceme muy hacedero.

—No tanto me parece á mí, Antolinez... ¿Quién creeis que ose facilitarme el oro que necesito, no teniendo alhajas conque responder, hallándome proscripto de Castilla, y habiendo vedado el rey el darme auxilios de ningun género?

—En Burgos hay dos judíos que al olor de la logrería arrostrarán el enojo del rey facilitándoos el oro que necesiteis.

—Pediránme garantías, y no puedo darles mas que mi palabra.

—Y por ventura ¿vuestra palabra no vale oro?

—Cierto, mas Raquel y Vidas, que creo no son otros los judíos que decís, no pensarán como vos y yo pensamos.

—Vive Dios que me ocurre un medio de obviar esa dificultad.

—¿Y cuál es, Antolinez?

—Con nosotros traemos dos arcas doradas y cubiertas de guadalmecí. Hablo de las que tomásteis á los moros llenas de

oro y plata, que distribuísteis á nuestros soldados en recompensa de su valor, creyendo que á vos os bastaban las arcas vacías que mandásteis conservar como recuerdo de aquella presa. Pues bien, señor, llenarémoslas de arena, y diremos á esos judíos que lo están de alhajas de oro y plata; rogaréisles que os las guarden hasta vuestra vuelta, porque no os es posible llevarlas, y en cambio les pedireis el oro monedado que necesiteis.

—Cómo quereis, Martin, que un caballero honrado acuda á tales engaños para adquirir algunas monedas? Prefiero decir la verdad á Raquel y Vidas.

—Si se la decís, no os prestarán un marco. ¿No teneis la seguridad, como yo la tengo, de que vuestra palabra es prenda de tanto valor como serían esas arcas, si en efecto estuvieran llenas de oro?

—Ciertamente, Martin.

—Pues si muriéseis en la guerra sin poder cumplirla, vuestros caballeros, á cual mas honrados, os juran que satisfarian la deuda que dejeis contratada, aunque para ello hubieran menester demandar limosna de puerta en puerta. Así, pues, teniendo como debeis tener la seguridad de que los logreros sean satisfechos aun con creces, ningun reparo ni escrúpulo debe impediros hacer lo que os propongo.

—La necesidad es tal qne me decido á hacerlo, contestó el Cid despues de meditar un instante.

—Y aparte de estas razones, quien desconfie de la palabra de don Rodrigo Diaz, bien merece ser engañado.

—No esa razon me decide, Martin: decídeme la de obligarme el entregar á esos logreros las arcas llenas de arena, á satisfacerles cuanto les deba, cuya obligacion vale ciertamente tanto como la prenda de mas valor, cuando el que la hace es honrado, como yo me precio de serlo.

Un instante despues tornó Martin Antolinez á Burgos acompañado de algunos escuderos, yendo todos á pie para llamar menos la atencion en la ciudad. Llegado que hubo á su casa, pasó un corto rato en compañía de su familia, y despues de encaminar al campo parte de los escuderos con la vianda que

pudo adquirir, se dirigió á la morada de los judíos, que era una casa grande, pero de triste apariencia.

Una luz que vió á través de una ventana mal cerrada le hizo conocer que Raquel y Vidas velaban, aunque la noche iba avanzando mucho; llamó á la puerta lo mas quedo que pudo, y los de dentro, despues de haber examinado á los que llamaban, por la ventana que caia sobre la puerta, se apresuraron á abrir, penetrando Martin en el zaguan. Iban á seguirle dos escuderos que se habia reservado para que le acompañáran, pero la puerta se cerró de repente interceptándoles el paso.

Martin llevó la mano al puño de su espada receloso de alguna traicion; pero el que habia abierto se apresuró á tranquilizarle diciéndole:

—Nada temais, buen caballero.

El que estas palabras pronunció era un hombre de fuerzas atléticas y aire de asesino.

Martin dirigió la vista á su derredor al subir una ancha escalera, y á beneficio de la escasísima luz del candil que llevaba su introductor, creyó ver en los descansos de aquella algunos hombres inmóviles como estátuas y bastante parecidos al que le acompañaba, con la diferencia de que este estaba inerme, y aquellos apoyaban la diestra mano en sendas hachas.

El interior de aquella casa contrastaba maravillosamente con su interior miserable. Ricas alcatifas cubrian el suelo, muebles incrustados de plata y oro adornaban los aposentos, en una palabra, todo revelaba la opulencia de sus moradores.

Martin, que al ser interrogado desde la ventana antes que se le abriese la puerta habia manifestado que le llevaba allí el deseo de hallar á Raquel y á Vidas, fué introducido al aposento en que estos se hallaban ocupados, uno en hacer apuntaciones en unos grandes pergaminos, y otro en contar un monton de monedas de oro, que brillaban sobre una mesa larga y muy parecida á los mostradores modernos.

Martin saludó á los judíos, pero estos no le contestaron. ¡Tan embebidos estaban en sus ocupaciones! Así que termi—

naron estas, alzaron la cabeza, y reparando en él, se apresuraron á salir al encuentro del honrado caballero, que se habia parado á algunos pasos de ellos, saludándole con profundo respeto y suplicándole les perdonase su falta de atencion.

—Quiero hablar con vosotros en secreto, les dijo Antolinez. Dadme, amigos, las manos en fé de que no me descubriréis á cristianos ni á judíos.

Raquel y Vidas se apresuraron á complacer al caballero burgalés.

—Sabed, contestó este, que el Campeador fué á pedir las parias á los moros sus vasallos, y ha tornado con grandes riquezas; mas el rey háse enojado con él y desterrádole de Castilla. No tiene haber monedado, mas sí dos arcas llenas de oro precioso, y como no puede llevarlas consigo porque fueran vistas y el rey se las quitaria, quiere dejároslas en guarda por el término de un año, con tal que le deis seiscientos marcos de oro que há menester para mantener sus mesnadas hasta llegar á tierras de moros, donde Dios será servido que tome vituallas y haberes en abundancia.

—De grado haremos lo que el Campeador desea, contestaron los judíos despues de conferenciar entre sí un instante; nosotros guardarémos las arcas donde no sean vistas; mas el que oro tiene pocas noches duerme tranquilo, y justo será que el Campeador nos recompense el servicio que le prestemos cuando las arcas tornen á su poder.

—Daráos en recompensa lo que sea justo y aun mas, que el Campeador en demasía es liberal y agradecido. Ved que la noche va pasando, y antes que los gallos canten há menester mio Cid mover de la Glera donde posa: dadme si á bien lo teneis los seiscientos marcos de oro, y venid á tomar las arcas de manos del Campeador.

—Nuestra costumbre, dijo Raquel, es tomar antes de dar.

—Llevad con vosotros el dinero para dárselo al Cid en el campo.

—No haremos tal, que al pasar la puente suele haber ladrones; vos tornareis con nosotros para ayudarnos á traer las arcas y tomar aquí mismo los seiscientos marcos, que si así lo

haceis, agradecidos somos tambien y recompensa habreis cumplida.

Así diciendo, los judíos se dispusieron á partir para la Glera con Martin Antolinez; hiciéronlo montados en sendas mulas, y media hora despues llegaban todos á la tienda del Cid, cuyas gentes hallaron en estremo animadas con el abasto de pan que Antolinez les habia mandado poco antes con los escuderos.

—¡Sálveos Dios, buen Campeador! dijeron Raquel y Vidas; dádnos, señor, á besar vuestras manos.

Y en efecto, ambos besaron respetuosamente la mano á Rodrigo, que en señal de contento se sonrió echando mano á su bellida barba, y les dijo:

—De esta tierra me voy, amigos Raquel y Vidas, y en Dios espero tornar pronto mucho mas rico que salgo. Aquí están las arcas de que os habrá hablado Martin Antolinez el burgalés de pro; tomadlas y escondedlas donde nadie las vea, que antes de un año os serán pedidas y recibiréis doblado lo que hayais dado sobre ellas; si el año se cumpliese y no hubiéseis sido pagados, vuestras serán las arcas; y así habreis cobrado con creces el préstamo y la logrería.

Los judíos se acercaron á las arcas, que estaban fuertemente claveteadas y envueltas en rico paño llamado guadalmecí. Tomáronlas á peso, y apenas les fué dado hacerlas perder tierra.

—Mostrad, señor, dijo Raquel, el oro que tienen dentro, mas bien porque esa es la costumbre en casos como este, que porque desconfiemos de vos.

—Eso hiciera yo de buen grado, respondió el Cid, si estuvieran cerradas solo con llave y no claveteadas como están; ¿mas no creeis que vale tanto mi palabra de que saldreis gananciosos como el oro que pueden contener esas arcas?

—Cierto, contestaron los judíos á la vez, y en prueba de que vuestra palabra tenemos en mucho, no solo no queremos que abrais las arcas, sino que os damos la nuestra de que no serán abiertas hasta quo sea cumplido un año.

El Cid se ruborizó en presencia de aquel rasgo de buena

fé de los judíos, y estuvo á punto de declararles la verdad, de decirles que aquellas arcas estaban llenas de arena; pero la necesidad era tan apremiante y tal la vergüenza que debia costarle el confesar que habia abrigado por un momento la idea de engañarlos, que guardó silencio, contentándose con alargarles en prueba de gratitud la mano, que ellos besaron respetuosamente.

Raquel y Vidas cabalgaron en los mulos, y con ayuda de los escuderos que presentes estaban, colocaron cada uno su arca en el arzon, llenos ambos de gozo, tomando así el camino de Burgos, acompañados de Antolinez y cuatro escuderos, no sin desear antes al Campeador grandes bienandanzas en su destierro. Llegado que hubieron al palacio, dice la crónica, tendieron un almofalla, é sobre ella una sábana de ranzal, é echaron al primer golpe trescientos marcos en plata é los otros trescientos en oro, é púsose á notarlos don Martino, é luego cargó con ellos sus escuderos.

—Daros queremos, honrado don Martin, para que hayais calzas y manto, dijo Raquel á Antolinez, porque vos nos habeis buscado esta logrería.

—Agradecéroslo hé, contestó el burgalés, tanto por la buena voluntad vuestra, como por el mi prevecho; mas quisiese que hiciéseis tan liberal merced á los escuderos que esperan á la puerta, que la necesitan mas que yo.

Raquel dió en efecto treinta marcos de plata á los escuderos, que los recibieron con regocijo, y todos se encaminaron gozosos á la Glera.

El Campeador recibió á Antolinez con los brazos abiertos, y se regocijó mucho al saber que traía los seiscientos marcos, participando de aquella alegría todos los caballeros que presentes estaban.

Los primeros cantos del gallo se oyeron en aquel instante en los caseríos cercanos.

La mañana se acerca, dijo el Cid, y estoy ganoso de ver á mi mujer y mis hijas. Voy á partir para San Pedro de Cardeña, de donde tornaré poco despues que el sol salga, y mañana

echaremos pregones por esta tierra para alzar gente conque ir contra la morisma.

El oriente comenzaba á inundarse de resplandores cuando el Campeador y Gil Diaz, amen de hasta media docena de servidores suyos, se acercaban á San Pedro de Cardeña con el corazon palpitando de alegría.



CAPITULO III.

Del llanto que hubo en Castilla cuando el rey echó de la tierra al Campeador.

El monasterio de San Pedro de Cardeña, situado á dos leguas al Este de Burgos, tenia el aspecto de una fortaleza en la época á que nos referimos. En un principio fué pobre y mezquino, pero reyes y señores le fueron enriqueciendo y engrandeciendo su fábrica, y en él florecieron por muchos siglos hombres eminentes en saber y virtud.

Por los años de 824, es decir, poco mas de doscientos años antes del destierro del Cid, le invadieron los sarracenos, y con este motivo alcanzaron la palma del martirio su abad Esteban y doscientos monges mas. De resultas de aquella horrible matanza, y para precaverle de nuevas invasiones, se le cercó de sólidas murallas y fuertes y elevadas torres, que fueron desapareciendo segun fué desapareciendo el peligro. Y no en vano se tomaron aquellas precauciones: mas de una vez penetraron los moros en el corazon de Castilla y se lanzaron sobre Cardeña con la esperanza de entrar á saco el opulento monasterio; pero los monges se convirtieron de repente en soldados, y coronando los muros en actitud amenazadora, hicieron desistir de su sacrílego intento á los musulmanes.

Lain Calvo, abuelo del Cid Campeador, y uno de los jueces de Castilla, fué de los ricos-homes que mas hicieron por el engrandecimiento del monasterio. Agradecidos los monges, y doliéndose de que tan ilustre bienhechor se alojase en la hospedería comun cuando fuese en romería á San Pedro de Cardeña, destinaron para él y sus sucesores un cuerpo de edificio

independiente y comprendido dentro de los muros. Aquel edificio, embellecido nuevamente por los señores de Vivar, servia de morada á la familia del Cid en el momento que este se encaminaba á abrazarla para salir desterrado de Castilla.

Las campanas de San Pedro saludaban el alba, y los monges congregados en el templo, glorificaban al excelso con el cántico del rey profeta: *Venite exultemus Domino.*

Jimena, la noble, la enamorada Jimena, el bello tipo de las antiguas damas de Castilla, de aquellas damas cuyo nombre invocaba el guerrero en los combates colocándolas en su corazon á la par de su Dios y de su rey; Jimena, el hermoso tipo de la esposa y la madre, que á la par de su Dios colocaba en su corazon á su esposo y á sus hijos; Jimena, repetimos, era una débil sombra de lo que habia sido algunos meses antes. Amábanla sus parientes, amábanla los burgaleses, amábanla cuantos la veian, eran su gloria sus hijas, pero lejos de su esposo que habia sido el primer encanto de su vida, viendo á Rodrigo calumniado por aquellos que debian besar el polvo que sus pies hollasen, viéndole, en fin, condenado al destierro y á la pobreza cuando esperaba verle tornar á sus brazos lleno de riquezas y coronado de gloria, ¿cómo no considerarse la mujer mas infeliz de la tierra? ¿Cómo no derramar continuas lágrimas? ¿Cómo no sentir en su corazon un profundo vacío que nada bastaba á llenar?

¡Oh, qué triste habia pasado aquella noche! ¡Oh, cuánto habian atribulado sus lágrimas á sus hijas, á Sol y á Elvira, dulces y encantadoras niñas en quienes se veía ya el trasunto de la que las llevó en sus entrañas, delicadas rosas que, no bien salidas del capullo, se encontraban envueltas en las tempestades de la vida!

La noche que terminaba, para Rodrigo habia sido por escelencia la noche de la tristeza y los dolores, y para Jimena lo habia sido tambien. ¡Señor! ¿Por qué misterioso conducto se trasmiten los dolores y las alegrías los corazones ausentes y enamorados?

Jimena abandonó su triste lecho desesperanzada de hallar en él descanso, y calculando que el alba se hallaba próxima. El

sueño habia sido con Sol y Elvira mas benigno que con Jimena: las inocentes gemelas, pues aquellas niñas lo eran, dormian apaciblemente abrazadas. Su madre las contempló algunos instantes con indecible ternura: besólas en la megilla suavemente para que no despertáran, y abrió la ventana del aposento. Los primeros resplandores del dia comenzaban á esclarecer el estenso horizonte que desde allí se descubria por cima de los muros del monasterio, y la brisa de la mañana inundó la estancia del aroma de los campos. Al pie de la ventana crecian algunos árboles, á la sazon cubiertos de flores, y tan altos y pomposos, que sus ramas llegaban á aquella.

Una alegría inesplicable se apoderó de repente del corazon de Jimena, una alegría tan viva como si la enamorada esposa viese en aquel instante ondear en la llanura inmediata el pendon verde del esposo, y aquella alegría subió de punto por un incidente de esos que si nada anuncian al corazon en circunstancias normales, no así en las estraordinarias: un pajarillo fué á posarse en una de las ramas que engalanaban la ventana, y sin que Jimena le intimidase, empezó á modular los tonos mas armoniosos y alegres que pájaros han modulado.

Y entonces fué cuando al canto de los pájaros se unió el toque de las campanas, y respondieron á estas los himnos del rey profeta.

El canto del pajarillo despertó á las niñas, que no otro acento es digno de turbar el sueño de los ángeles, y Sol y Elvira permanecieron un rato con la sonrisa en los labios, escuchando aquel cántico sin pronunciar una sílaba, temerosas de ahuyentar al cantor.

Jimena volvió la cara buscando alguien á quien hacer partícipe de su misteriosa alegría, y al ver á las niñas despiertas, corrió á ellas, y estrechándolas contra su corazon, las dijo:

—¡Hijas mias! ¡roguemos á Dios que se cumplan las buenas nuevas que el corazon me anuncia!

—Sí, madre, sí; ¡roguémosle que nuestro padre torne! contestaron las niñas disponiéndose á abandonar el lecho.

Un momento despues madre é hijas, acompañadas de cinco dueñas de pró, como dice la crónica, rogaban á Dios por la

vuelta del suspirado caballero, puestas de hinojos en una tribuna que comunicaba con el templo.

Los monges habian terminado ya el oficio de maitines y retirádose á sus celdas, y Jimena permanecia aun en la tribuna con sus hijas y las dueñas. Sonó una campana que servia para anunciar la llegada de los forasteros á las puertas del monasterio, y con la rapidez del rayo llegó á noticia del abad que el Cid Campeador solicitaba la entrada. Don Sancho, que era un anciano venerable, entre cuyos afectos sobresalia su adhesion á los señores de Vivar, lanzó una esclamacion de alegría, y se apresuró á salir al encuentro del honrado caballero y de Gil.

El Campeador quiso doblar la rodilla ante el anciano, pero este le abrió los brazos y le estrechó afectuosamente en ellos, haciendo lo mismo con Gil, que movido de un profundo sentimiento de respeto, no solo hácia el abad, sino tambien hácia Rodrigo, se habia detenido algunos pasos atrás vertiendo dulces lágrimas de alegría.

—¡Loado sea Dios, que nos concede la dicha de tornar á vernos antes que salgais de esta tierra de donde la iniquidad os echa! esclamó el anciano, á quien el gozo habia interceptado un momento la palabra.

—Sabed, honrado abad, contestó el Cid, que este consuelo era el único que faltaba á mi corazon para estar tranquilo donde Dios fuere servido guiar mis pasos. Héme resignado á sufrir las injusticias de este mundo, porque tengo la esperanza de que el dia de la justicia ha de llegar. El rey, que me tiene hoy por traidor dando oidos á malos consejeros, sabrá antes de mucho quiénes son los leales y quiénes son los traidores. En tanto llega ese dia, aquí llorarán mi mujer y mis hijas sin mas amparo que el vuestro. Consoladlas y protegedlas, padre, que santo es el proteger á los débiles y laceriados.

—Id tranquilo, don Rodrigo, y pelead por Dios y por vuestra honra, que por el santo Pescador os aseguro que vuestra mujer y vuestras hijas tendrán en mí el protector que deseais.

—Daros quiero, señor, cincuenta marcos de oro para bien del monasterio, y duéleme no poder daros mas; pero yo os prometo doblarlos antes de mucho.

—Dios recompensará vuestra caridad ayudándoos do quiera que vayais.

—Además os doy otros cien marcos de oro para que con ellos atendais á lo que hubieren menester mi mujer y mis hijas en este año. Si faltase, suplidlo, buen abad, que por cada marco que el monasterio supla á mi familia, cuatro marcos le daré yo.

—Fiad en mí, buen Campeador, dijo don Sancho estrechando la mano de don Rodrigo.

El Cid tornó la faz y vió á Gil con los ojos clavados en las ventanas de los aposentos donde creía debian estar Jimena y las niñas. El bello y delicado mancebo ardía en deseos de correr á los brazos de la que le habia servido de madre, y á los de las niñas, á quienes amaba como á hermanas; pero poseia tan á fondo el sentimiento de lo justo, que ni aun en aquello queria ser primero que el Cid, á quien admiraba y respetaba como al mas virtuoso de los hombres y al mas glorioso de los héroes. Rodrigo, tanto por satisfacer los deseos del mancebo como por satisfacer los suyos, que no eran menos ardientes, se despidió de don Sancho, y seguido de Gil, voló á buscar á su familia.

—Jimena! mi Sol! mi Elvira! gritó al poner el pie en la escalera de la casa.

Tres gritos de alegría respondieron á estas palabras, y Jimena, y las niñas, y las dueñas, se precipitaron al encuentro de los recien venidos.

Hay escenas en la vida que plumas no pueden describir ni pinceles pueden pintar, que á veces Dios hace impotente el arte para humillar el orgullo del artista que presume de omnipotente ultrajando al Autor de la naturaleza. Al número de esas escenas corresponde la que ni aun nos atrevemos á bosquejar débil y groseramente. Nuestro corazon tiene facultad para sentirla, pero nuestra paleta no tiene colores para pintarla. Los primeros rayos del sol penetran en la estancia en que escribimos, y los pájaros trinan posados en las enredaderas que entoldan nuestra ventana: ¡que vengan el pintor de Urbino y el cisne de Pésaro á reproducir esos trinos y esos colores!

Un poeta cuyo nombre se ha perdido al atravesar los seis siglos que entre él y nosotros median; un poeta que acaso dobló la rodilla ante el glorioso caudillo castellano viéndole partir al destierro, no cubierto de ignominia, sino coronado de gloria; un poeta, rudo sí, como los hombres de su tiempo, pero ingénuo y entusiasta, y buen cristiano como los héroes de la *bellida barba* y la *fardida lanza;* el autor del *Poema del Cid,* en fin, quiso cantar la despedida del Campeador y su mujer y sus hijas, y para encarecer la ternura del héroe, dice que el Campeador *suspiraba fuertemente y loraba de los sus oios*, dice que *á las sus fijas prendia en brazos y las legaba á su corazon*, cuenta que *Rodrigo* decia á su noble esposa: *doña Jimena, la mi mujer complida, yo vos quiero tanto como á la mi alma.*

Sí, sí, Rodrigo lloraba, lloraba tambien Gil, lloraba Jimena, lloraban Sol y Elvira, y hasta las dueñas lloraban.

Y cuando los corazones se hubieron desahogado con los estremos de la ternura, Rodrigo creyó que él, como el mas fuerte, debia ser el primero que diese ejemplo de fortaleza.

—No lloreis, la mi mujer y las mis hijas, dijo, que estos males en bienandanzas han de tornar: antes que un año sea cumplido, me volverá Alfonso la honra que me quita, porque sabrá que no tiene vasallo mas leal que yo. Tú, Jimena, ausente de mí, piensa quién eres, para que como tal cuides de nuestras hijas y de nuestra honra: mengua sería y grande que siendo tan noble como tú eres, no afrontáras con valor la adversidad.

Jimena irguió la frente, y las lágrimas dejaron de correr de sus ojos.

Gil hizo el mismo esfuerzo, y hasta Sol y Elvira, que dividian entre su padre y él sus caricias, se dejaron dominar por la alegría al ver sereno el rostro de los que las rodeaban.

—Aquí quedareis, continuó Rodrigo, y fio en Dios y en la aficion que á todos nos tiene el buen abad don Sancho, que nada faltará á vuestro regalo y el de las dueñas que os sirven. En la Glera me esperan sesenta caballeros de mi mesnada que quieren participar de mi destierro, y allá tornamos Gil y

yo para recorrer esta tierra mientras se cumple el plazo de mi salida de Castilla allegando gente conque ir á tierra de moros. Cuando amanezca el dia de la partida, tornaremos acá para que el abad nos diga la misa y bendiga los pendones. En tanto pedid á Dios y á Santa María ¡oh mi Jimena y mis hijas! que muchos y muy honrados caballeros acudan á mi enseña para que con su ayuda mi nombre sea como hasta aquí el terror de la morisma.

El sol doraba los pardos muros de San Pedro de Cardeña, y aun continuaban en amorosa plática el Cid y su familia. El abad, dice la crónica, habia mandado facer gran yantar al buen Campeador.

Don Sancho y los de Vivar almorzaron juntos, y poco despues de terminado el almuerzo, recibieron el Cid y Gil la bendicion del prelado y las caricias de Jimena y las niñas, y tomaron el camino de la Glera seguidos de sus escuderos.

Varones y hembras salian á las ventanas á verlos pasar, y lloraban sin consuelo esclamando:

—¡Desterrado va el que en buen hora ciñó espada! ¡Oh Dios, qué buen vasallo si hubiera buen señor!

Y al dar vista á la Glera, vieron venir de hácia la puerta de Arlanzon gran número de caballeros, cuyas armas brillaban como espejos heridos por los rayos del sol: y aquellos caballeros, como conocieran al Cid por el pendon verde, aguijaron las cabalgaduras, y á los pocos instantes se reunieron todos en los campos de la Glera.

Eran ciento quince mancebos, la flor de los caballeros burgaleses, que venian con Martin Antolinez ganosos de acompañar al Cid en su destierro.

Y aquel mismo dia el Cid repartió farautes por aquella tierra, los que echaban pregones publicando como el Campeador era echado de Castilla.

Y pobres y ricos, hidalgos y villanos, varones y hembras, todos vestian cendales negros en señal de duelo, y dejaban solaces y labores, y cerraban las puertas de sus casas, y en toda Castilla era tal el lloro, que partia los corazones.

Por todas partes acudian peones y caballeros en pos de la enseña del Campeador, abandonando familia y bienes.

Eran pasados seis dias del plazo: solo quedaban tres, los necesarios para llegar á la frontera, por cuya razon el Cid juntó toda su mesnada y se dispuso á la partida, con tanto mas motivo, cuanto que el rey le habia conminado con los mayores castigos si cumplidos los nueve dias era cogido en su reino.

—¡Varones! dijo á sus gentes, plegue á Dios que yo pueda recompensaros el haber dejado casas y haberes por seguirme! Corto es el haber que ahora tengo, mas agradeced la buena voluntad conque le reparto con vosotros en tanto llega el dia en que mayor bien pueda haceros. La noche viene, y hemos menester descanso; asi que canten los gallos, ensillad vuestras cabalgaduras, que hemos de ir á San Pedro de Cardeña, donde nos espera el buen abad. Dirános la misa, y luego cabalgaremos con ayuda de Dios y Santa María, porque el fin del plazo se acerca.

La mesnada tomó el camino de Cardeña poco despues de mediados gallos, y llegaron allá al toque de maitines.

Los caballeros eran tantos, que llenaban el templo.

El abad bendijo el pendon y la mesnada del Cid. Este y Jimena oyeron la misa devotamente arrodillados junto al altar, pidiendo á Dios que los volviese á reunir en este mundo.

Se acercaba el instante de la partida. El Campeador recomendó nuevamente á don Sancho su mujer y sus hijas, á las que abrazó repetidas veces sin poder reprimir las lágrimas, sucediendo lo mismo á Gil.

En seguida el caballero y el mancebo cabalgaron para poner término á aquella dolorosa despedida en medio de los gritos y el llanto de su familia, y la hueste se alejó del monasterio.

Al llegar á una eminencia desde donde se descubria á Burgos y á Cardeña, el Campeador, dice la crónica, tornó á Santa María la cara del caballo, y santiguándose con la diestra, esclamó:

—¡Valedme, gloriosa Santa María! de esta honrada Castilla salgo con llanto en los ojos; prestadme vuestra ayuda para que torne á ella, y valed á la mi Jimena, á la mi Elvira y á la mi Sol, que yo ofrezco á vuestro altar ricas donas, y á mas haré cantar en él mil misas!

Diciendo así, tornó la faz á Gil, que tenia fijos sus ojos en San Pedro de Cardeña. Rodrigo comprendió el pensamiento que dominaba el alma del mancebo: ambos exhalaron un doloroso suspiro, aplicando el acicate á sus cabalgaduras, y caminaron silenciosamente, oyendo tañer con lúgubre son las campanas de San Pedro hasta que el monasterio desapareció de su vista.



CAPITULO IV.

De las bienandanzas que hubo el Cid al llegar á tierra de moros.

Dominado de profunda tristeza partió el Cid de Castilla, del pais en que tan querido era y en que objetos tan amados dejaba, y cuando hablamos de las tristezas ó las alegrías de Rodrigo, entiéndase que hablamos de las de Gil, porque el corazon de aquel triste mancebo estaba completamente identificado con el del noble caballero, quien tan solícitos cuidados y tan entrañable cariño le prodigaba hacia muchos años. Pero á cada paso que daba, disminuia aquella tristeza, fortaleciéndose mas y mas sus esperanzas, recibiendo un nuevo testimonio del amor que los castellanos le tenian: caballeros y peones continuaban reforzando su hueste de tal modo, que al fin de la primera jornada contó, segun cuenta la crónica, trescientas lanzas con pendones, sin las peonadas y hombres valientes, que eran innumerables.

La hueste pasó el Duero por medio de balsas formadas de haces de leña, no lejos de Santisteban de Gormaz, y llegó al oscurecer á un pueblo llamado la Higueruela, en el que dispuso el Cid pasar la noche, porque la jornada bastante larga, y el paso del rio en estremo penoso, habian rendido á caballeros y peones.

Los habitantes de aquel lugar se apresuraron á abrir las puertas de sus casas al desterrado y sus gentes de armas, con la solicitud que las abren los moradores de un pueblo tiranizado, al ejército que acaba de proporcionarles la libertad y la venganza; pero el Cid y los suyos, aunque profundamente agra-

decidos á la hospitalidad que se les ofrecia, no quisieron aceptarla, temerosos de que el rey de Castilla castigase á aquellas honradas gentes. Establecieronse las tiendas en un campo cercano al lugar, y pocos momentos despues la hueste descansaba tranquilamente, sin que se oyese en el campo mas ruido ni mas voz que la de los centinelas apostados en las inmediaciones, con objeto de prevenir una sorpresa de las algaradas que los moros fronterizos hacian con frecuencia en aquella parte de Castilla.

Cuando todos se habian entregado completamente al sueño, Rodrigo velaba aun pensando en su mujer y en sus hijas.

—Por mi Jimena, por mi Sol y por mi Elvira, decia, anhelo riquezas y poder y gloria: si no fuera por ellas, ¡cuán poco me importára la pobreza ni el destierro, diciéndome como me dice la conciencia que como buen caballero y buen cristiano he pensado y he obrado siempre! Si no fuera por ellas, bastaríanme mi lanza y mi caballo y ocasion todos los dias de cerrar iracundo contra los enemigos de mi Dios y de mi patria! Mas hé menester conquistar tesoros y tierras en que mandar como soberano señor, porque mi mujer y mis hijas merecen sentarse en un trono. Y fio en Dios y en mi corazon que colocaré á mi Sol y á mi Elvira en tan alto puesto, que mancebos de sangre real se crean honrados con llegar á ellas. Fuerte es aun mi brazo, animoso mi corazon, y el amor mas ardiente que hombre ha sentido, me anima... Fiad en mí, dulces prendas, que no me han podido arrebatar los que todo me lo han quitado, honra, bienes, hasta la patria!...

Y Rodrigo, agitando su imaginacion estos pensamientos con violencia al principio, y luego cada vez mas débilmente, se fué dejando dominar por el sueño, hasta quedar completamente rendido á él.

Dulces ensueños debian halagar al que con tan altos y nobles pensamientos se habia quedado dormido, y así sucedió al Cid Campeador. Vió á su siniestra una mujer hedionda con la mirada hosca, la tez lívida y rugosa, teniendo en una mano una hidra y en la otra una serpiente que le roia el seno, tal, en fin, como los antiguos representaban á la envidia, y á su diestra vió

una hermosa doncella que en una mano tenia una balanza y en la otra una espada desnuda, semejando en estos atributos á la justicia. La envidia y la justicia lucharon largo rato con obstinacion estrema, y al cabo quedó vencida la primera. Entonces se vió el Cid rodeado de cristianos que le aclamaban con entusiasta vocería, y le arrojaban flores y coronas de laurel, y vió multitud de infieles postrados á sus pies en señal de servidumbre; poco despues le pareció hallarse en un soberbio palacio, donde el oro y la pedrería deslumbraba sus ojos, y adonde frecuentemente llegaban magníficos embajadores que le hacian suntuosos presentes en nombre de soberanos reinantes en los paises mas apartados del globo, y allí, en aquellas refulgentes estancias, se hallaban su Jimena, su Sol y su Elvira, hospedadas y reverenciadas como él, mostrando en el rostro la alegría y la felicidad del alma. Las emociones que en aquel instante esperimentaba su corazon le despertaron al fin, y entre dormido y despierto, se preguntó á sí mismo si todo aquello era un sueño ó una realidad: entonces le pareció que el espacio que le rodeaba se inundaba de una claridad vivísima, y en medio de aquellos resplandores descubrió un hermoso mancebo que se asemejaba al arcángel Gabriel, y oyó una voz que decia: —«Cabalga, buen Campeador, que nunca guerrero cristiano empuñó la lanza y embrazó el escudo en tan buen hora.»

De repente desaparecieron aquellos resplandores, desapareciendo con ellos el mancebo, y el Cid, dice la crónica, se santiguó la cara y se encomendó á Dios, que de aquel sueño era muy pagado.

—Gil! Gil! gritó Rodrigo buscando en la oscuridad al mancebo; y este, que aun dormido parecia siempre esperar las órdenes del amado caballero, se apresuró á acudir á aquella voz.

El Cid le estrechó contra su pecho lleno de alegría, y le dijo:

—Cabalguemos, mi buen Gil, cabalguemos hasta dar con la morisma. Dios me ha prometido en sueños bienandanzas tan cumplidas, que nunca caballeros las hubieron tales.

—¡Oh señor! ¡quién pudiera comunicar tan venturosas nuevas á doña Jimena y las niñas! esclamó Gil alborozado.

—La vida diera yo cien veces por ti, mi buen Gil, que tan en mientes tienes siempre á mi mujer y mis hijas, dijo el Campeador con no menor alegría.

—¿Y no he de tenerlas, señor, cuando en el mundo no tengo otro amor que el suyo y el vuestro, cuando si en la tierra puede haber ángeles, nadie como ellas merece el nombre de tales? ¿No he de tenerlas cuando en este instante lloran amargamente nuestra ausencia, dudando si en la tierra volveremos á juntarnos?

—Sí, Gil, pronto nos juntaremos mas felices que nos hemos separado, pronto recobraré la honra y los haberes que me han quitado mis enemigos, pronto volverá Dios por los buenos!

—Ah señor! participo de vuestra confianza, y como vos, opino que salgamos cuanto antes de Castilla, para que deis principio á la alta empresa á que Dios os llama.

Y diciendo así, Gil entreabrió la lona de la tienda, y añadió:

—Ved, señor, ya comienzan á quebrar los albores, y el campo se anima con el despertar de las gentes que componen la hueste.

En efecto, los soldados, que se habian tendido en aquel campo, quiénes al abrigo de las tiendas, quiénes solamente al de los árboles, comenzaban á sacudir el sueño y á prepararse á seguir la jornada.

Babieca era entre las cabalgaduras la que mas impaciente se hallaba por partir, y lo demostraba con sus relinchos y sus botes, que doblaban el árbol á que estaba amarrado.

El Cid se acercó á él, y le dijo acariciándole con amor:

—¡Oh mi Babieca, qué rico arnés te ha de engalanar así que entremos en tierra de moros, ya que con tanta lealtad é inteligencia me has servido. Miserable rocin como eras, te preferí á los mas lucios corceles que en la caballeriza de mi padrino don Peyre Pringos habia. Tú que me has acompañado en mis fortunas y adversidades, vales mas para mí que todos los corceles del mundo, y como á quien tanto vale he de tratarte siempre.

Y el Cid siguió haciendo tales y tan multiplicadas caricias á

Babieca, que Alvar, un escudero algo entrado en años, decia cerca de allí á otros de su oficio:

—Moros me mesen estas mis barbas, amigos mios, si no es de envidiar la ley que mi amo y señor don Rodrigo tiene á su cabalgadura. Caballo se tornára el hijo de mi madre, con tal de ser acariciado por mio Cid como el tal Babieca lo es!

—Tuvieras tú tanto seso como Babieca, contestó otro escudero, y el Campeador te tuviera en tanta estima como á él le tiene.

Alvar comenzaba á hacer la apología del caballo de su señor, confesando que Dios le habia dado á él poco seso comparado con Babieca, cuando hubo de interrumpirse porque el Cid le mandó aderezar su cabalgadura para partir.

Un instante despues rodeaban al Campeador Antolinez, Minaya, el de la Enseña, Bermuez, y otros caballeros no menos principales, á quienes aquel llenaba de regocijo narrándoles su maravilloso ensueño, y participándoles las risueñas esperanzas que aquella misteriosa revelacion le habia infundido.

El terreno por donde la hueste debia continuar su jornada era escabroso y cortado de precipicios y torrentes que hacia doblemente peligrosos la sombra de los árboles, por lo cual el Cid habia creido prudente diferir la partida hasta que hubiese acabado de amanecer.

Por fin, el resplandor que habia aparecido en el horizonte se fué dilatando, y la luz dominó á la oscuridad. La hueste se puso entonces en camino, y se alejó de la Higueruela en medio de las aclamaciones y los favorables votos de los moradores de aquel lugar, y caminando alegre y llena de esperanzas, llegó antes de ponerse el sol á la sierra de Miedes, situada en los confines de Castilla y la Alcarria. Allí hizo alto, y el Cid dijo á sus caballeros:

—Varones, hoy termina el plazo de nueve dias que para dejar á Castilla me dió el rey. Posemos aquí esta noche, y mañana dad cebada y ensillad temprano para que pasemos esta sierra, que es áspera y pavorosa á maravilla. Si don Alfonso nos cogiera en su tierra despues del plazo, mal nos iria, á no ser que lidiásemos con él, cosa que yo no haré por esta barba que na-

die me mesó, pues no es buen vasallo quien á su rey osa, y yo no he negado ni negaré nunca vasallage á don Alfonso.

A todos plugo mucho el discurso del Cid.

Poco despues vieron venir un villano de hácia el lado de la sierra, y el Cid mandó que le tragesen á su presencia para interrogarle.

—Decidnos, así Dios os salve, de dónde venís? le preguntó.

—Señor, contestó el villano, ayer salí de Castejon, el que está sobre Henares. Cautiváronme los moros en una algarada que há un año hicieron por esta tierra, y allá me han tenido hasta ayer, que no sin mucho trabajo pude huir mi cautiverio.

—Saben los moros que cristianos caminan allá por este lado?

—Nada saben, señor, pues desde las malezas por donde he caminado para no ser descubierto, hélos visto trabajando en sus heredades sin curar de enemigos.

—¿Pudiérais decirnos si Castejon está muy fortalecido?

—Asaz lo está, que es buen castillo, y á maravilla tiene gente que le defienda, y riquezas en abundancia hay en él; mas cogiendo desprevenidos á los moros, no fuera difícil darles rebata así en Castejon como en la campiña que se estiende riveras del Henares hasta Guadalajara.

—¿Conoceis por ventura las sendas escusadas que debe haber en esta sierra de Miedes hasta dar vista á las Alcarrias?

—Muy bien las conozco, señor, como que aquel lugar que veis allá abajo es el mio, y en estas sierras he sido pastor mucho tiempo, y aun lo era cuando me cautivaron esos perros moros, en quienes á toda costa deseo vengar el mal trato que me han dado.

—Pues id á ver vuestra familia, si la teneis, ya que tan cercana está vuestra aldea, y tornad aquí antes que despunte la alborada, si quereis guiarnos hasta tierra de moros, que sereis bien pagado.

—Señor, contestó el villano muy gozoso, eso haré yo de buen grado. Cierto, mujer é hijos tengo, y me anima el deseo de abrazarlos; mas á la hora que decís me tendreis sin falta á vuestro mandar.

El villano continuó su camino, y el Cid y su gente se en—

tregaron al descanso, pues en estas y otras pláticas habia ido cerrando la noche.

En efecto, antes de despuntar el alba estaba al villano en el campamento esperando las órdenes del Cid. Poco despues tomó un camino oculto entre la maleza, y la hueste le siguió en silencio.

Profundos barrancos, altas y quebradas rocas, cerrados jarales, impetuosos torrentes y espantables despeñaderos, se oponian continuamente al paso de la hueste del Cid; pero este, que caminaba el primero tras el pastor, los afrontaba con maravillosa audacia, ayudado por la casi sobrenatural pujanza y el instinto de Babieca. Al declinar la tarde, asi los peones como los ginetes y los caballos estaban rendidos de cansancio, aspeados y ensangrentados por los espinos, que continuamente les rasgaban carne y vestidos. Al fin se hallaron fuera de la sierra cuando la oscuridad comenzaba á suceder á la luz, y con grande regocijo se convencieron de que nadie se apercibia de su aproximacion, pues no solo no vieron señal alguna de rebato en las atalayas de los moros, sino que á beneficio de los últimos resplandores del dia, descubrieron allá abajo en las riberas del Henares á los moros, pacíficamente entregados á sus labores y al cuidado de sus ganados, como el guia los habia visto el dia anterior.

Tranquilo con estas observaciones, el Cid determinó hacer alto en una arboleda muy espesa, para que allí tomasen descanso y alimento asi hombres como caballos, y para tomar consejo de los caballeros mas principales, acerca del modo de tomar á Castejon, que era lo primero que pensaba hacer.

—Paréceme, dijo, que si á Castejon no tomamos por sorpresa, de ningun modo le tomaremos, porque es plaza bien murada y no tenemos ingenios conque batirla; demás que somos pocos para resistir la multitud de infieles que subirán de Guadalajara en ayuda de los de Castejon, asi que sepan que les hemos puesto cerco. Antes que amanezca podemos acercarnos á la villa, y yacer en celada hasta que las gentes vayan saliendo á sus labores; entonces nos arrojarémos á las puertas, y el lugar será nuestro.

—¡Con mucho acierto pensais, señor, dijo Minaya; mas creo que fuera bueno que mandáseis doscientos caballeros Henares abajo hasta Guadalajara, y aun Alcalá, para que mientras vos dais asalto á Castejon con los restantes y los peones, entretuvieran allí á la morisma, arrebatando ganados y cuanto al paso hallen. Así tendreis tiempo de tomar á Castejon, aunque encontreis alguna resistencia, y si los de la algarada se ven apurados, tomarán la retirada, y se ampararán dentro de la villa.

—En buen hora partísteis conmigo de Castilla, Minaya, contestó el Cid, porque ese consejo mucho nos ha de valer. Vos ireis á la algarada, y en tanto yo daré asalto á Castejon, donde luego tendremos seguro amparo.

El guia informó al Cid que á corta distancia de Castejon habia un bosque muy espeso, en el cual podia ocultarse la hueste, y esta se esforzó por llegar allá antes que amaneciese, como en efecto lo consiguió.

Aquel sitio era en estremo conveniente para la celada: el terreno que le separaba de Castejon era un llano facilísimo de atravesar, y la plaza estaba tan próxima, que los del Cid oian ese rumor sordo que se alza en las poblaciones á la hora en que despiertan los habitantes y se preparan á las faenas del dia.

La mañana era templada y hermosa, como que ya en otra ocasion dijimos que la primavera corria, la estacion de las flores y los pájaros, de las auras apacibles y la alegria de la naturaleza, de los amores y las esperanzas.

Segun lo de antemano convenido, Minaya, acompañado de Alvar Fañez, de Salvadores, Guillen Garcia y otros caballeros, hasta el número de doscientos, se separaron de la hueste, y dejando á la izquierda á Castejon, emprendieron su correria.

Al amanecer se abrieron las puertas de Castejon, y los moros comenzaron á salir diseminándose por las vegas inmediatas, bien lejos de sospechar que el Campeador, cuyo nombre aterraba á todo musulman, estuviese tan cerca de ellos.

Se acercaba, pues, el momento de dar el asalto.

Ixie el sol, Dios qué fermoso apuntaba! dice el ignorado poeta á quien en otro lugar hemos citado.

Atravesaba la poblacion una calle recta, en cuyos estremos

estaban las dos únicas puertas que aquella tenia. El Cid y Martin Antolinez, convinieron en atacar simultáneamente las dos, el Cid la que daba á Occidente, y Antolinez la que daba á Oriente.

Todos, caballeros y peones, estaban ya aparejados al asalto, y ardian en impaciencia por lanzarse á la poblacion.

—¡Sus, varones, sus! ¡Santiago de Compostela, valme! gritó el Cid con voz de trueno, arrancando del bosque veloz como la vira al arrancar de la ballesta; y su gente se lanzó tras él con la misma velocidad. Un grito de terror resonó en la campiña, y los moros, esparcidos en esta, se lanzaron á defender la fortaleza; pero los cristianos atravesaban ya la llanura y se acercaban á las puertas de la villa, sin dar tiempo á la defensa, ni aun á los pocos hombres que dentro de los muros habian quedado.

Estos, no obstante, tuvieron tiempo, no diremos para cerrar, sino para entornar la puerta atacada por el Cid y para requerir sus ballestas: algunos dardos y piedras comenzaban á caer sobre los cristianos, pero estos arrojaban tal nube de viras, que cuantos moros asomaban al muro caian traspasados, y en el pueblo no se oian mas que lamentos y gritos de terror que las mujeres daban, considerándose ya en poder de los cristianos.

El Cid pugnaba desde su caballo por abrir la puerta, gritando á los suyos:

—¡Aqui, aqui, mesnadas!

Muchedumbre de peones se lanzaron impetuosamente contra la puerta, y esta se abrió con fracaso, arrastrando tras sí á los que la empujaban. Los moros que la defendian, que serian hasta una veintena, huyeron desatentados por la calle, creyendo poder salvarse en lo interior de la poblacion. El Cid se lanzó tras ellos espada en mano, á pesar de que desde las casas le arrojaban sin cesar toda clase de proyectiles, y sus golpes eran tan repetidos y tan certeros, que once moros habian caido muertos á los pies de su caballo, cuando hácia el opuesto estremo de la calle, es decir, hácia la puerta embestida por Martin Antolinez, se oyó una gran vocería, y al mismo tiempo se multiplicaron los lamentos y los gritos de espanto en la poblacion:

era que Antolinez y los que como él acometieran por aquel lado, se habian abierto entrada, haciendo en los moros no menos estrago que el que hacia el Campeador.

Pronto se vió la villa invadida por todas partes, y los pocos que la defendian rendidos, y la santa cruz sustituyó á la enseña musulmana.

La primera diligencia del Cid, así que Castejon quedó completamente rendido, y sus moradores imposibilitados de rehacerse, fué guarnecer los muros con sus ballesteros, por si fuerzas enemigas acudian á rescatarle.

Corto rato habia pasado cuando allá, en la ribera del Henares, camino de Guadalajara, descubrieron los centinelas apostados en los muros de Castejon una porcion de caballeros que caminaban rio arriba conduciendo muchos ganados y gente mora cautiva.

Aquellos caballeros comenzaron á dar grandes gritos de alegría y á victorear al Cid así que vieron la enseña cristiana en los muros de Castejon, apresurando el paso como impacientes por llegar á la villa recien conquistada.

Eran, como el lector supondrá, Alvar Fañez Minaya y los que con él se habian apartado de la hueste del Campeador.

Apenas supo este que se acercaban, se apresuró á salir á su encuentro, deseoso de darles y recibir buenas nuevas.

—Bien venidos seais, amigos y honrados caballeros, esclamó abriendo sus brazos á Minaya: ya empiezan á cumplirse nuestras alhagüeñas esperanzas, y fio en Dios que nuestros haberes y nuestra fama desde hoy han de crecer de tal modo, que en toda España sea contado y no haya en el mundo quien no nos envidie.

—Mirad, señor, contestó Minaya, señalando á los cautivos, los ganados y otras riquezas que consigo traian, mirad la presa que hemos hecho. Muchedumbre de moros intentaron quitárnosla; pero la fortuna les ha sido tan adversa, que la mitad de ellos han quedado en el campo, y los demás no han osado venirnos á la zaga.

—Grandes son las riquezas que traeis, dijo el Cid, y grandes son tambien las que nosotros hemos hallado en Castejon.

Juntaremos unas y otras, y las repartiremos entre todos los que componen la hueste despues que saquemos el quinto que os toca de las que vos habeis ganado, y el que me corresponde de las que he ganado yo.

—El quiñon que toque á los demás caballeros he de tomar, y mas no, repuso Minaya, que el quinto de las ganancias habidas en la algarada, á vos corresponde, y no á mi, que soy súbdito vuestro.

—Yo lo soy de don Alfonso, dijo el Cid, y puesto que no quereis el quinto que á buena ley os pertenece, el de todas estas ganancias, y de cuantas hayamos de aquí en adelante, mandaré al rey.

—¡Oh Dios, qué buen vasallo! esclamaron cuantos al Cid oian, repitiendo lo que decian las gentes de Castilla al ver salir de la tierra á aquel.

—Entremos á la villa, continuó Rodrigo, donde descansaremos lo que falta de dia, y mañana haremos los quiñones.

Llegado el dia siguiente, el Cid mandó cartas á los de Guadalajará, proponiéndoles el rescate de los cautivos, los ganados, y otras presas de que convenia á la hueste deshacerse, y aquellos aceptaron la proposicion dando tres mil marcos de oro por todo.

Procedióse entonces al reparto de los quiñones, y tocaron á cien marcos de plata á los caballeros, y la mitad á los peones, con lo cual unos y otros quedaron en estremo contentos.

—Mi opinion es, dijo el Cid, que no demos vagar á la espada, ya que tan buen talante nos muestra la fortuna. Si queremos conservar á Castejon, necesitamos para guarnecerle la mitad de la gente que somos, pues si dejamos poca en él, los moros nos la quitarán, y perderémos los que aquí queden. Paréceme, varones, que nos conviene salir de este lugar con tal que sus moradores queden obligados al vasallage, lo cual harán de buen grado.

Esta determinacion pareció muy prudente á los mas entendidos caballeros.

Los de Castejon se obligaron alborozados á reconocer como legítimo señor al Cid, y á darle parias como á tal, y la hueste

se preparó á evacuar la villa, cuyos habitantes, que se creian destinados al cautiverio, bendecian llorando de agradecimiento al generoso caballero que les concedia la libertad.

La última noche que la hueste permaneció en Castejon, y cuando todos se hallaban entregados al reposo, tomó Gil un rollo de pergaminos que consigo llevaba desde que acompañaba al Cid en la guerra, y se puso á escribir en ellos, en cuya operacion se ocupó hasta que la luz del dia penetró en la estancia en que se hallaba. Las crónicas no dicen el contenido de las líneas que trazó el mancebo, mas sí que sus lágrimas borraron mas de una letra, y que al terminar su tarea, guardó cuidadosamente el manuscrito.

El sol despuntó alegre como á la sazon estaba el alma de los soldados del Cid, y entonces salieron estos de Castejon y tomaron Henares arriba.



CAPITULO V.

Caballeros y bandidos.

El mismo dia que el Cid tomó á Castejon, tornaba á Burgos la corte que se habia trasladado á Leon hacia muy poco tiempo.

Hallábase don Alfonso en su alcázar apaciblemente entretenido con su familia, cuando sus servidores le pasaron aviso de que un corredor que acababa de llegar de tierra de moros, solicitaba verle. El rey se apresuró á trasladarse á una estancia apartada, y mandó que fuese introducido á su presencia el recien llegado.

Era este un hombre de mediana edad, robusto y ordinariamente vestido. Inclinóse profundamente ante el rey, y le dijo entregándole un pliego:

—Señor, á vos me envía el buen caballero Gomez Pelayo.

El rey abrió el pliego, y leyó con suma atencion.

En seguida interrogó prolijamente á aquel hombre acerca de la toma de Castejon, de la presa hecha por el Cid, y de la direccion que la hueste del desterrado tomára, y le despidió liberalmente recompensado, encargándole dijera á Gomez Pelayo que continuase dándole noticias de lo mas importante que pasase en el campo del Cid.

—¡Vive Dios, esclamó don Alfonso tan pronto como se vió solo repasando nuevamente el pliego que acababa de recibir, comienzo á creer que fuí demasiadamente severo con el de Vivar tratándole peor que al vasallo mas infiel se trata. Le echo ignominiosamente de Castilla confiscándole todos sus bienes, y él venga tan duro trato enviándome el quinto de las primeras ganancias que obtiene lidiando valerosamente con el infiel!

Algunas horas despues de este incidente fueron llegando al alcázar los caballeros de la corte. Entre ellos se hallaban don Suero Gonzalez, conde de Carrion, don García Ordoñez, conde de Cabra, Furto Sanchez, Diego Perez, y otros no menos conocidos por enemigos del Cid.

—¿Qué nuevas me dais del de Vivar? dijo el rey dirigiéndose á don Suero.

—Gentes que hoy han llegado de la frontera, contestó este, hánlas traido harto contrarias á la lealtad y honradez de que el Cid blasona. Parece que queriendo vengarse de vos en vuestros vasallos, conforme caminaba al destierro, ha ido robando los lugares cristianos, sin perdonar los templos del Dios por quien dice va á pelear.

—Calumnias del vulgo deben ser esas, don Suero, replicó el rey, que el Cid es incapaz de tomar tan ruin venganza. Ambicioso y audaz será, mas no tan injusto y mal cristiano que cometa los desafueros que decís.

—Señor, dijo el de Cabra, de todo es capaz el que un dia se atrevió á imputaros el crímen mas abominable que hombre puede cometer, la muerte de vuestro hermano don Sancho, y á exigir á su rey y señor natural, el juramento que á vos os tomó en Santa Gadea.

—Razon teneis, don García, contestó el rey indignado ante el recuerdo que el conde despertaba en su memoria, razon teneis, y ciertamente es poca cordura en mí el arrepentirme de haber castigado al que con tan inaudita audacia me ultrajó.

—La ambicion de poder y de riquezas, dijo otro de aquellos caballeros, ha dominado siempre al de Vivar, y ahora que mas que nunca há menester uno y otro, no habrá ley ni justicia que no atropelle por conseguirlo.

—Mas siendo asi, repuso el rey, ¿cómo esplicar las nuevas que en este pliego me dá un honrado caballero, que sin ser amigo del Cid, le ha seguido al destierro por mi mandado con encargo de participarme desapasionadamente sus operaciones? En este pliego, lejos de noticiarme los desafueros que decís, se me informa que el de Vivar, de tal modo se considera vasallo mio, que me envía el quinto de la presa que en Castilla ha hecho.

—Cierto que el Cid, para mostrarse desinteresado y buen vasallo vuestro á los ojos de su gente, habrá dicho que os envia el quinto de sus ganancias, mas le guardará consigo, y si le envia á Castilla, no será para vos, sino para su mujer y sus hijas.

—Aun fio que vuestros pronósticos fallen, aun creo que mi tesoro han de acrecer las ganancias del Cid antes que pasen cuatro dias.

—Si así es, dijo don Suero, tened en buen hora al de Vivar por buen vasallo vuestro, y aun debiérais alzar el destierro; mas si lo contrario fuese, creed mas que nunca en sus artificios y su deslealtad, en sus latrocinios y desmedida ambicion.

—Eso haré, don Suero, contestó el rey; pero merezca ó no el destierro á que le he condenado, pienso que mucha falta ha de hacer en Castilla soldado tan esperto y animoso. ¿Quién acaudillará las huestes castellanas cuando los infieles invadan mis estados, ó cuando me nieguen parias aquellos que están obligados á dármelas, y sea preciso ir á castigar su rebeldía?

—En Castilla, que por escelencia es la tierra de los caballeros, habrá no uno, sino cien, que puedan sustituir al de Vivar, contestó el conde de Cabra. Entre los que tenemos la honra de asistir á vuestra corte, apenas hay uno que no esté acostumbrado á manejar la espada: ya veis, señor, que no os será difícil hallar, cuando la ocasion llegue, el caudillo que deseais.

Entre los caballeros que rodeaban á don Alfonso, habia algunos que respetaban al Cid, convencidos de su honradez y de la estima á que era acreedor por los grandes servicios que habia prestado no solamente á Castilla, sino á la cristiandad toda; mas eran en tan corto número comparados con los del bando contrario, que no habian osado desplegar sus labios para defenle, temerosos de captarse el odio del de Carrion y sus amigos. Uno de ellos era don Ordoño de Lara, que en otro tiempo habia sido muy amigo del Cid; su amistad con este habíase enfriado algun tanto merced á los esfuerzos que para conseguirlo habian hecho los émulos de Rodrigo, valiéndose de Furto Sanchez, que tenia mucha influencia sobre el de Lara, como deudo suyo que era. Pero don Ordoño era un buen caballero, y con

dificultad habia podido reprimir su enojo al oir las calumnias de que Rodrigo era blanco, y cuando oyó al conde de Cabra poner en duda la superioridad del Cid como soldado sobre todos los caballeros castellanos, no pudo contener su indignacion, y salió resueltamente á la defensa del desterrado.

—Callad, don García, esclamó, que nadie tiene menos derecho que vos á creerse capaz de acaudillar las huestes castellanas, ni á negar lo mucho que el Campeador vale como repúblico y como soldado. Vos y los de vuestro bando debiérais ser los primeros que saliéseis á la defensa del de Vivar, y ya que no seais sus defensores, no seais sus acusadores.

Un sordo murmullo se levantó entre los partidarios del de Cabra, y fué preciso toda la autoridad del rey para que no estallase violentamente su enojo.

—Señor, dijo don García á don Alfonso, perdonad si falto al respeto que los buenos vasallos deben á su rey; pero un buen caballero no puede ni debe tolerar que se le acuse de cobarde é inepto para las armas, como en este momento me acusa el de Lara.

—La acusacion que os dirijo, contestó este, no es una calumnia: notorio es en toda Castilla lo que al Cid debeis, y cuáles son vuestros hechos de armas. Don Sancho, que gloria haya, os desterró de Castilla, contra quien habíais conspirado villanamente; viendo que no teníais bienes para vuestro mantenimiento en el destierro, el Cid se vengó de vos reconquistándoos el condado de Cabra, que habíais perdido por falta de valor para defenderle. No há mucho tomásteis las armas contra Almocaris, á quien el Cid defendia en nombre del señor rey que nos oye; el Cid os ofreció la paz, no quisísteis aceptarla, y habiéndoos hecho prisionero, y teniendo derecho á trataros como á tal, os dió la libertad. ¿Y así corresponde un buen caballero á quien tanto agradecimiento debe?

—¡Don Ordoño! esclamó furioso el de Cabra, no teneis derecho á pedirme cuentas de mi conducta.

—No, vive Dios, añadieron el de Carrion y los de su bando, á quienes indirectamente lastimaban las acusaciones del de Lara.

Los ánimos se iban encontrando cada vez mas, y don Alfonso, aunque conocia cuán justas eran las recriminaciones de don Ordoño de Lara, y apreciaba en su justo valor la conducta de aquel caballero que salia á la defensa del ausente, trató de cortar la querella, para evitar las fatales consecuencias que temia.

—Caballeros, dijo, si unos y otros no quereis incurrir en mi enojo, si quereis que os tenga por buenos y respetuosos vasallos, ruégoos que desistais de ese pleito, y nunca torneis á él: si unos y otros sois justos, debeis querer justicia para el Cid, y si me creeis capaz de ejercerla, debeis fiar completamente en mí.

—¡Justicia nada mas queremos, y en vos fiamos, señor! contestaron todos, unos, como es de suponer, con los labios solamente, y otros con los labios y el corazon.

Así terminó, al menos en la apariencia, aquella discordia, y poco despues abandonaron el alcázar todos aquellos caballeros.

—Si el de Vivar manda al rey el quinto de la presa que ha hecho en las Alcarrias, dijo don Suero á don García al bajar á la ciudad, es probable que don Alfonso le alce el destierro, y entonces todo lo habremos perdido.

—Don Suero, fiad que le mandará, y no llegará á manos del rey.

—¿Y qué haremos para que así sea?

—¿Teneis aun á vuestra devocion á Juan Centellas?

—Á mi devocion le tengo, y en Burgos vive actualmente.

—Es preciso que esta noche le veamos. ¿Y creeis que podemos fiar en él completamente?

—Respondo de él como de mí mismo. Teníame gran enemigo desde que perecieron la mitad de los de su bando la noche que trataron de asaltar mi castillo; mas como yo supiera cuando el rey nos alzó el destierro y torné á Castilla, que aun me guardaba rencor, y esperaba ocasion de vengarse de mí, llaméle á mi casa, y con una buena cantidad de oro no solo desarmé su diestra, sino que le dejé dispuesto á servirme cuando de él necesitára, como lo ha hecho ya mas de una vez.

Algunas horas despues la noche habia cerrado completa—

mente, y las calles de Burgos tan oscuras, que daban pavor.

Dos hombres prolijamente recatados salieron de una casa principal situada en el centro de la ciudad, y dirigiéndose á una callejuela angosta y casi olvidada en uno de los barrios estremos, llamaron suavemente á una puerta.

—¡Quién va! preguntó de dentro una voz áspera y varonil.

—Abrid, Juan, contestaron los de fuera.

La puerta se abrió, y penetraron por ella los recatados. El que alumbrando con un sucio candil los habia introducido, era un hombre como de cuarenta años, de formas atléticas y fisonomía capaz de poner espanto en despoblado al hombre mas animoso.

Los recien llegados se descubrieron: eran don Suero y don García.

—Alta honra me cabe recibiendo en mi humilde vivienda á tan poderosos caballeros, dijo Juan Centellas, que así se llamaba el morador de aquella casa. ¿Me direis, señores, en qué puedo serviros?

—Un servicio que ha de redundar en tu provecho, no menos que en el nuestro, venimos á pedirte, contestó el conde de Cabra. ¿Puedes contar con una docena de hombres dispuestos á dar salto á dos ó tres caballeros conductores de algunos miles de marcos?

—No con una docena cuento, respondió Juan pintándose en su rostro la alegría, sino con medio centenar, si necesarios son. La hermandad de los Salvadores, formada para protejer á los viajeros, tomó gran enemiga á la banda que me cabia la honra de capitanear, y nos fué preciso tomar nueva táctica para tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño: en vez de morar en los despoblados, moramos todos en Burgos, y merced á las buenas constituciones que nos rigen, nos juntamos como por ensalmo, damos el golpe en caminos, en casas ó en templos, y así ganamos la vida honradamente con menos esposicion y trabajo que antes.

—El Campeador, continuó don García, ha hecho gran presa á los moros en las Alcarrias, y un dia de estos deben llegar sus mensageros con el quinto que envia al rey. Es preciso que

os aposteis en la calzada que conduce á la frontera, y os apoderéis de los haberes, que serán monedados y en gran cantidad. La presa será vuestra, y además os daremos una buena recompensa.

—Ya sabeis, añadió don Suero, cuán liberalmente acostumbro pagaros los servicios que me prestais.

—Fiad en mí, que esta vez sereis completamente servidos, dijo Juan Centellas con la gravedad y el orgullo del que está persuadido de que es maestro en su arte, y añadió dirigiéndose á don Suero: Tengo mala la memoria, como lo prueba el haber olvidado la celada que nos armásteis en cierta ocasion á mis compañeros y á mí, y quisiera que me pusiérais por escrito las instrucciones que acabais de darme, para que las siga al pie de la letra sin olvidarme nada.

—¡Juan!... murmuraron indignados los dos caballeros.

—Para que las cosas tengan buen fin, han de tener buen principio, contestó Centellas.

—Como osais pedirnos garantías escritas de nuestra discrecion, cuando nosotros no os las pedimos de la vuestra...

—En este juego son las partidas desiguales: si vosotros sois descubiertos, sereis condenados á salir de la tierra, y si yo lo soy, seré pasto de los grajos, colocados mis cuartos en los caminos públicos.

—Si aceptas nuestras instrucciones tal como te las damos...

—No haré, tal por el alma de mi madre.

—Considera la presa que te indicamos como las que te indican tus espías.

—Aquellas son mas fáciles de hacer, que no obligan á lidiar con gentes tan de armas tomar como las del Cid; y nuestros espías tambien nos garantizan su silencio. Ea, aquí teneis recado de escribir. Despachad por Belcebú, que me aprieta el sueño, y mañana hé menester madrugar para que demos un golpe mas cierto y mas productivo que el que me proponeis.

—Haremos lo que deseas, dijo don García, si tú respondes tambien por escrito de tu fidelidad.

El bandido soltó una ruidosa carcajada, y dijo poniendo la mano en la empuñadura de una espada que pendia de su cintura:

— Yo no manejo mas pluma que esta.

Y añadió tomando el candil y señalando la puerta:

— Héos dicho que me aprieta el sueño y necesito madrugar mañana.

Don Suero escribió en un pergamino algunas líneas. Leyólas Juan Centellas con mucha atencion, y dijo á don García:

— Autorizad este escrito con vuestra firma, pues ya que he visto las letras que don Suero hace, quiero ver las que vos haceis.

Don García, convencido de que el bandido no cejaba un punto en sus exigencias, tomó con rabia la pluma y firmó el escrito.

—Ahora, dijo Centellas, podeis iros consolados, que yo sé lo que he de hacer para serviros.

Y los dos mal llamados caballeros abandonaron aquella asquerosa vivienda tornando á recatarse el rostro.

Aquella misma noche salieron de Burgos hasta una veintena de hombres, todos ellos de siniestro aspecto, entre los cuales se contaba Juan Centellas. Como salieran separados, se fueron reuniendo en una arboleda solitaria y oscura á la opuesta orilla del Arlanzon, y echaron á andar todos juntos costeando la calzada que dirigia hácia el lado de la frontera aragonesa. Así continuaron todo el dia sin perder de vista el camino, y sin ofender á los transeuntes hasta que llegaron al paso del Ebro entre Santisteban de Gormaz y Aranda, donde estaba el único puente que en toda aquella ribera habia.

Cerca del puente habia unas canteras abandonadas, en cuyo hueco podian guarecerse muchos hombres con la ventaja de no ser vistos desde el camino y la de poder examinar este hasta una larga distancia: allí se estableció la banda de Juan Centellas.

Veinte y cuatro horas permanecieron los bandidos sin que apareciesen los viajeros á quienes esperaban; pero al fin vieron asomar por una revuelta donde se perdia el camino, cuatro hombres montados que caminaban hácia el puente. Conforme se iban acercando á este, se fueron convenciendo de que eran los que esperaban, con tanto mas motivo, cuanto que Cen-

tellas reconoció en ellos á dos de los caballeros que habian seguido al Cid: iban provistos de maletas tanto los caballeros como los escuderos que los acompañaban, maletas cuyo contenido debia ser de mucho valor á juzgar por la prolijidad con que estaban sujetas á los arzones.

Los bandidos se deslizaron hasta la orilla del camino, ocultos por los altos y espesos matorrales que cubrian la falda de la colina, en cuya cima estaban las canteras, y asi que los viajeros hubieron pasado el puente, gritó Juan Centellas:

—¡Deténganse los caballeros!

Los caballeros, lejos de obedecer aquella intimacion, aplicaron el acicate á sus cabalgaduras y embrazaron simultáneamente las lanzas; los caballos arrancaron con ímpetu, pero veinte dardos silbaron á la vez, y uno de aquellos cayó traspasado, cogiendo debajo al ginete; los compañeros de este creyeron que no debian abandonarle al furor de los bandidos, y volvieron atrás á su socorro.

Entonces se trabó una lucha obstinada, tanto mas horrible, cuanto que las fuerzas eran tan desiguales.

—¡Cobardes! gritaba el caballero desmontado, defendiéndose con su espada al lado de su caballo espirante. ¡Cobardes! hazaña digna de bandidos es atacar veinte hombres á cuatro.

Y tiraba tan descomunales golpes, que dos bandidos cayeron al suelo con el cráneo dividido.

Y al mismo tiempo el otro caballero y los escuderos peleaban con el mismo esfuerzo y desesperacion, aunque todos ellos estaban ya heridos y sus cabalgaduras erizadas de dardos.

—¡Lucifer cargue conmigo! gritó Juan Centellas rugiendo de furor al ver la impotencia de sus esfuerzos para apoderarse del dinero que aquellos hombres llevaban, y arrojándose ciego á uno de los caballeros, descargó un formidable hachazo en la cabeza de su caballo. Este dió un terrible bote, y cayó al suelo.

Y al mismo tiempo el caballero primeramente desmontado se rendia á los bandidos falto ya de fuerzas para sostener la espada, porque su sangre corria por todas partes.

Los escuderos, viendo que era ya inútil tratar de salvar á

sus señores, quisieron hacer, y en efecto, sus cabalgaduras rompieron por medio de los bandidos; pero la carrera duró muy poco, porque se iban desangrando, y los de la banda los alcanzaron á tiro de ballesta.

Caballeros y escuderos estaban, pues, en poder de los bandidos, y estaban heridos, espirantes, moribundos.

Los de la banda se apoderaron inmediatamente de las maletas, que en efecto contenian gran cantidad de plata y oro.

—Al Ebro! Al Ebro! gritó Juan Centellas.

Sus satélites le comprendieron, y tambien los míseros heridos.

Estos no tenian ya otra defensa que las súplicas; pero sus súplicas, para las que apenas les quedaba ya aliento, fueron inútiles. Los bandidos los cogieron, y celebrando aquella hazaña con salvages carcajadas y crueles chanzonetas, los condujeron al puente y los arrojaron al Ebro, haciendo lo mismo con los caballos.

Un momento despues se apartó la banda del camino, y tornó con su presa hácia tierra de Burgos.



CAPITULO VI.

De lo que á Jimena y sus hijas pasó en tanto que mio Cid andaba á la guerra.

En los tiempos á que la presente historia se refiere, como el lector supondrá, eran en estremo dificiles las comunicaciones de un punto á otro, por corta que fuese la distancia que los separase.

La guerra absorbia casi toda la atencion de aquellos hombres de hierro, y por consiguiente, yacia en lamentable estado todo aquello que no correspondia inmediatamente á las primeras necesidades de la vida. Roma fué un pueblo esencialmente guerrero, y á esta cualidad debieron su existencia esas grandes calzadas de que la via Apia y otras nos ofrecen muestra, á pesar de haber transcurrido mas de veinte siglos desde que se construyeron; pero aquella cualidad, que Castilla poseia tambien en alto grado en la edad media, daba precisamente el resultado contrario respecto á los caminos públicos. Fácil es de esplicar esta contradiccion: Roma tenia que llevar sus ejércitos á paises remotos, y Castilla era un campamento adonde llegaba el sonido de los clarines y los atambores enemigos; la lucha de la cruz y la media luna en la Peninsula ibérica, mas bien que una lucha magestuosamente ordenada como la de Roma y Cartago, era una lucha de guerrillas y correrias, de estrategias y combates en reducida escala. La única via importante que en el siglo XI habia en la Península, era una espaciosa calzada que viniendo de los bajos Pirineos, atravesaba la Rioja dando nombre á la ciudad de Santo Domingo, pasaba por Burgos, cruzaba el reino de Leon y terminaba en Compostela, como que su

principal destino era facilitar el paso á los innumerables peregrinos que de las regiones mas apartadas de Europa iban á visitar la tumba del apóstol Santiago. Añádase á esta carencia de buenos caminos la circunstancia de pulular por todas partes bandas de salteadores que ponian en contínuo riesgo los intereses y aun la vida de los transeuntes, y se convendrá en lo que al principio dijimos.

Teniendo esto en consideracion, como asimismo la detencion de los caballeros que el Cid enviára á Castilla con sus generosos presentes al rey, no estrañarémos que en San Pedro de Cardeña no se tuviesen noticias directas del noble desterrado: decíase que Rodrigo habia alcanzado grandes triunfos sobre la morisma, y adquirido grandes riquezas; pero estas nuevas, al par que regocijaban á Jimena, la sumergian en un mar de confusiones: para salir de ellas necesitaba recibir cartas de su esposo, y estas no llegaban. Grandes consuelos hallaba la noble señora en la oracion, en el amor de sus hijas, y en los piadosos consejos que el venerable abad la prodigaba; pero no bastaba todo esto á disipar la profunda tristeza que la oprimia. Parece que en aquella época debian participar las mujeres del espíritu que la caracterizaba, de la fortaleza conque los hombres arrostraban los mayores peligros y las mayores tribulaciones; pero ¡ay! no era así! Los hombres son lo que la época en que viven, esforzados ó débiles, grandes ó mezquinos; pero las mujeres son siempre lo mismo: hízolas Dios para padecer y amar, para vivir en el seno del amor tranquilo, ó para morir en el torbellino de los sentimientos agitados, y no les es dado violentar su naturaleza. Ved cuán feliz es la pobre esposa del artesano, rodeada del amor de su marido y sus hijos, entregada á las pacíficas faenas del hogar doméstico, por mas que apenas tenga con que alimentarse, y vedla cuán desgraciada, cuando sus hijos partieron á la guerra, y su marido fué á ganar la subsistencia lejos de su lado, espuestos unos y otro á graves peligros, por mas que aquella separacion la proporcionase holguras para lo presente, y esperanzas de mayores bienes para lo porvenir. Si decís á esa pobre madre: — «Vuestro hijo tornará hoy á vuestro lado tan miserable como partió,» vereis como su corazon

se agita de alegría; y si la decís:—«Vuestro hijo ha adquirido altos honores y riquezas de que vais á participar, pero aun tardará en volver,» vereis como su corazon continúa consumiéndose de tristeza.

Jimena no habia salido de los muros de Cardeña desde que los enemigos de su esposo la obligaron á encerrarse allí, lanzándola de su hogar de Burgos, y cerrando para ella su castillo de Vivar. Deliciosos jardines habia dentro de los muros del monasterio, árboles cubiertos de flores daban sombra á la ventana de su estancia, y desde esta descubria la vega esmaltada de flores y verdura, y el cielo azul y sereno; pero la tristeza que la rodeaba era una nube que, colocándose entre la naturaleza y sus ojos, no la dejaba ver los encantos de aquella.

Al fin los consejos de don Sancho, y las instancias de las dueñas que la servian, la movieron á salir á respirar el ambiente de los campos.

Apenas salió del monasterio, apenas su planta holló la blanda y aromada alfombra conque la naturaleza habia cubierto la vega, apenas sonaron en su oido los cantares de los labriegos, entregados á sus rudas faenas, pero alegres y arrullados por la esperanza de la recompensa que la tierra les prometia comenzando á cubrirse de dorada mies, se sintió sobremanera aliviada del peso de la tristeza que hacia tanto tiempo la oprimia, parecióle que respiraba con libertad, que el horizonte se ensanchaba ante sus ojos, que el cielo se tornaba mas azul y mas puro el ambiente, y que las esperanzas renacian en su corazon.

Sol y Elvira, que antes participaban de su tristeza, tambien participaban entonces de su alegría. Corrian locas de alegría por las praderas, trepaban á los floridos ribazos, y no habia flor, ni pájaro, ni mariposa, que no quisieran coger. Qué hermosas parecian á su madre, y qué hermosas eran en realidad. Juntas habian venido al mundo, y así como su existencia estaba identificada, lo estaban sus sentimientos y sus cualidades físicas, de tal modo, que bastaria retratar á cualquiera de ellas para retratar á las dos. Hallábanse en el último periodo de la infancia, en esa edad en que los ojos de la inteligencia comienzan á abrirse, y demasiado débiles para abarcar todo el cuadro de la vida,

solo descubren las rosadas tintas qne embellecen el primer término de ese cuadro, no las tristes sombras que envuelven los restantes. La alegria radiaba en sus negros y grandes ojos, y en sus megillas, sonrosadas por la satisfaccion y el ejercicio á que se entregaban en aquel grato paseo. Habian salido de Cardeña apenas despuntó el alba, y aunque la estacion calorosa comenzaba, tuvieron sobrado tiempo para alejarse del monasterio sin que el sol las molestase al cruzar la vega que se estendia entre aquel y unos dilatados bosques, adonde sin echarlo de ver habian llegado.

En la cumbre de una colina situada en los linderos del bosque y la vega, se descubria una casita blanca rodeada de frondosos árboles, cuya fruta se veía colorear desde lejos. En la falda de la colina pacía un rebaño de ovejas, y los corderillos triscaban allí alegremente.

—Madre, subamos allá, dijo Sol.

—Sí, sí, añadió Elvira, subamos allá. ¡Qué hermosa parecerá la llanura contemplada desde allí!

El paseo habia sido largo, el ejercicio de las niñas muy activo, y el sol comenzaba á calentar demasiado: ¿dónde descansar mejor que en aquel caserio cuyo risueño aspecto representaba en su mayor idealidad la felicidad del campo?

Madre é hijas, seguidas de dos dueñas que las acompañaban, se encaminaron allá. Como Elvira habia dicho, era hermosa la vega contemplada desde la colina. Multitud de pueblos esparcidos en ella, semejaban otras tantas carabanas que hubiesen establecido sus blancas tiendas no en los abrasados arenales de Sahara, sino en una llanura cubierta de lozana vegetacion!

Al atravesar por medio de las ovejas que pacían junto á la casa, los corderillos, acostumbrados á las caricias de unos niños que no lejos de allí se entretenian en trepar á los árboles, corrieron á recibir las de Sol y Elvira, festejándolas á su vez con sus saltos y retozos, y siguiéndolas hasta que los validos de sus madres los hicieron tornar al rebaño.

A la puerta de la casa habia un frondoso emparrado, bajo el cual se hallaban dos bancos rústicos, y dos bandadas de ga–

llinas y palomas se solazaban revolcándose sobre la alfombra de flores y menuda yerba que cubria una praderita contigua al edificio. Al llegar á este las forasteras, apareció en la puerta una mujer jóven aun, fresca y colorada como una rosa, pobre, pero curiosamente vestida.

—Bien venidas seais, señoras, dijo apenas vió á aquellas, apresurándose á salir á su encuentro. Venid y descansad á la sombra, añadió, que el sol comienza á abrasar, y se está como en la gloria debajo de este emparrado.

—De corazon os lo agradecemos, contestó Jimena, disponiéndose á aceptar el ofrecimiento.

—Vendreis muy cansadas, no es verdad? continuó la buena mujer. Qué hermosas son estas niñas! Dios las bendiga! ¿son hijas vuestras, señora?

—Sí, contestó Jimena sonriendo de satisfaccion al ver halagado su orgullo maternal.

—Oh, qué gran ventura debemos á Dios las madres que tenemos hijos tan hermosos como los mios y los vuestros!

Jimena se sentia ya arrastrada hácia aquella mujer por una profunda simpatía. ¡Divino amor de madre, que identifica el corazon de la dama mas ilustre con el de la mas humilde villana!

—Teneis hijos? dijo Jimena, teneis hijos hermosos como mi Sol y mi Elvira?

—Que si los tengo decís, señora mia? Téngolos como ese sol de Dios que nos alumbra, como esas flores que brotan en la pradera!

Y así diciendo, la villana descubrió una tosca cuna de juncos que, cubierta con un lienzo blanco como la nieve, estaba junto á la puerta, añadiendo:

—Mirad, mirad el hechizo del alma mia que sueña con los angelitos en esta cuna, mirad á mi Ramiro, la gloria de su padre y de su madre.

En efecto, en la cuna dormia apaciblemente un niño, que poco mas de un año contaria.

Razon tenia la aldeana: el niño era hermoso como un serafin.

La tierna madre le tomó en sus brazos, pudiendo mas su orgullo y el trasporte de su ternura que su deseo de dejarle dormir tranquilamente, y besándole con ardor y estrechándole contra su rostro, esclamaba:

—Bendito seais, Señor, que me habeis dado este pimpollo de oro, esta rosa de los rosales del cielo.

La violencia de aquellas caricias despertó al niño, que prorumpió en llanto.

—No llores, alma mia, prosiguió la villana, no llores, que tu madre te quiere como á las niñas de sus ojos.

Y al mismo tiempo imprimia sus labios suavemente en los labios, en las megillas, en la frente del niño, que de repente trocó su llanto en una dulce sonrisa, y procuró echar sus bracecitos al cuello de su madre.

Aquellos dulces nombres y aquellas caricias habian escitado la ternura maternal de Jimena, que con los ojos arrasados en dulces lágrimas, estrechaba contra su corazon á sus hijas y las besaba, en tanto que la aldeana hacia lo mismo con su hijo. Pero el amor de madre rebosa del corazon, y se estiende á cuanto merece ser amado: así la noble esposa del Cid, no satisfecha con prodigar sus caricias á sus hijas, quiso prodigarlas tambien á la inocente criatura que tanta felicidad proporcionaba á aquella mujer. Tomó en sus brazos al tierno niño, y como la aldeana, bendijo á Dios que tan hermoso le habia criado, como la aldeana, le abrumó de caricias, como la aldeana, se sintió llena de regocijo al estrecharle contra su corazon, y lo mismo hicieron Sol y Elvira, y lo mismo hicieron las dueñas, que si todas no eran madres, todas eran mujeres, todas tenian en su corazon el gérmen del amor materno, ese instinto divino, esa misteriosa simpatía que existe entre las mujeres y los niños.

—¿Y teneis mas hijos que este? preguntó Jimena á la villana.

—Otros dos tengo, contestó esta, que valen mas que todos los tesoros de los reyes del mundo. Vedlos, señora mia, vedlos, que hácia aqui vienen.

En efecto, dos niños de cinco á ocho años, los mismos que poco antes habian visto las reclusas de Cardeña trepando á los

árboles, se encaminaban á la casa, llevando entre los dos una especie de canastillo formado de ramas.

—Qué traeis ahí, hijos mios? les preguntó la villana corriendo á su encuentro con los brazos abiertos.

—Traemos cerezas para esas señoras, contestaron los niños.

—Dios os bendiga, hijos del alma! esclamó llena de orgullo y de gozo la campesina. Pobres como sus padres serán, pero con un corazon de rey! Aceptad, señoras, el regalo de mis hijos, que si la dádiva es mezquina, la voluntad es grande.

—Con el corazon y el alma la aceptamos, contestó Jimena. Gracias, hijos mios, gracias!

Y ella y las niñas y las dueñas, se sentaron llenas de alegría á gustar las sabrosas cerezas conque aquellas pobres criaturas las obsequiaban.

—¡Qué feliz sereis, dijo Jimena á la villana, qué feliz sereis teniendo hijos tan hermosos!

—¡Ay señora mia! vos que sois madre de estos dos luceros del alba, podeis calcular mi dicha!

—¿Y dónde está vuestro marido?

—¿Veis esos bosques que se estienden hasta donde alcanza la vista? Pues en ellos está mi Garcés, que al despuntar el alba pasaron por aquí muchos caballeros burgaleses, que iban de caza, y llevaron consigo á mi marido para que los guiase en esas espesuras. Plegue á Dios, señoras mias, que no le suceda desgracia, pues en el bosque abundan á maravilla los osos y otras fieras.

Jimena y las dueñas se estremecieron de terror, y Sol y Elvira se asieron instintivamente al brial de su madre, que preguntó á la villana:

—¿Por qué habeis dejado á vuestro marido empeñarse en tan gran peligro?

—¿Cómo, señora, no complacer á tan altos señores como los cazadores eran? El mismo rey estuvo sentado donde vos estais.

—El rey!...

—Además del rey, iban el conde de Cabra, don Suero el de Carrion, sus sobrinos los infantes, y dos mancebos que deben

ser grandes señores, porque para que se solacen ha dispuesto don Alfonso esa gran cacería, segun pude entender cuando posaron aquí...

—Parèceme, dijo Jimèna, que en este instante ha sonado allá á lo lejos una bocina...

—Lejos será, dado que sea la de los cazadores, contestó la villana, porque para hallar caza es menester andar dos horas bosque adentro.

—Y decís que en esos bosques abundan las fieras?

—Tanto, señora, que con frecuencia son despedazados por los osos cazadores y leñadores.

—No temeis vivir aquí?

—Aquí nunca bajan los osos, que donde comunmente moran, es en la espesura, que está muy distante.

—Paréceme que he vuelto á oir la bocina mas cercana que antes, dijo Jimena como aplicando el oido hácia el bosque. ¿No la habeis oido vosotras?

—Sí, contestaron las niñas y las dueñas.

—Será, dijo la villana, que tornen los cazadores á descansar aquí hasta la caida de la tarde, que emprendan nueva batida. Si suena la bocina, buena caza traerán, que señal de alegría es esa. Oid, oid! cierto, hácia aquí vienen.

La bocina sonaba cada vez mas cercana.

—Vamos, continuó la villana, vamos á ese otero que se alza á la entrada del bosque, y á la sombra de las encinas que le coronan, los veremos venir por el descampado de la hondonada.

Y así diciendo, echó á correr seguida de los niños hácia una colina que se alzaba á cien pasos dentro del bosque. Ideas y sentimientos demasiado graves ocupaban la mente y el corazon de Jimena, y si comunmente no era en ella la curiosidad un móvil muy poderoso, entonces lo era menos que nunca, porque solo se trataba de ver algunos momentos antes á los causadores de la desgracia que pesaba sobre su familia. Pero siguió á la villana por no desairarla, y haciéndose cargo de que era muy natural la curiosidad de aquella pobre mujer, cuyo marido venia entre los cazadores.

Al llegar á la cumbre de la colina recorrieron con la vista aquellas dilatadas espesuras, y sobre todo, el raso que se estendia largo trecho, costeando por la izquierda un arroyo que bajaba del interior de los bosques, pero nada vieron.

Un viento de poniente que se habia levantado algunos momentos hacia, y que soplaba cada vez mas recio, agitaba el follage del bosque, y con su ruido no dejaba oir mas que algunos sonidos de bocina, y algunas voces interrumpidas y confusas que venian de hácia el lado de la espesura.

—El sol quema demasiado, dijo la villana, y para esquivarle, en vez de bajar por el raso, vendrán por la espesura del lado derecho del arroyo.

Transcurrió un largo rato y los cazadores no asomaban; sin embargo, las ráfagas de viento continuaban trayendo de vez en cuando hasta aquella eminencia el toque de las bocinas y las confusas voces de los cazadores.

Al fin de la colina habia una pendiente cubierta de flores, sombreada por copudos árboles. Sol y Elvira quisieron bajar á ella á coger flores, y lo hicieron acompañadas de los niños.

Estos y aquellas vagaban alegremente por la pradera, disputando las hermosas flores á las mariposas y las abejas, cuando uno de los niños se paró al pie de un roble bajo y corpulento, con la vista fija en las ramas.

—Pero! dijo á su hermano, un nido! un nido!

Pero acudió alborozado abandonando las flores que en la mano tenia, y preguntando á su hermano:

—Dónde está, Ordoño, dónde está?

—Mírale en aquella rama seca.

—Subamos á cogerle.

—Yo subiré.

—Y yo tambien.

Ordoño, que era el mayor de los dos niños, trepó con la agilidad de la ardilla por el tronco de un árbol, y Pero le imitó.

Las niñas continuaban cogiendo flores.

Llegaban Ordoño y Pero á las primeras ramas del árbol, cuando se oyó un espantoso rugido en la espesura, y se detuvieron aterrorizados gritando á las niñas:

—Huid, huid, que viene un oso!...

Sol y Elvira lanzaron otro grito de terror, y echaron á correr hácia la colina donde estaba su madre.

A corta distancia se oia un prolongado ruido como si un remolino de viento agitase violentamente la maleza.

Y aquel ruido se acercaba cada vez mas.

Sol y Elvira continuaban huyendo, pero por acortar camino, en vez de dar un pequeño rodeo para ganar la falda de la colina por donde habian bajado, que estaba libre de maleza, atajaron por unos espesos matorrales. Fuese que el viento cesase, ó que los cazadores estuviesen ya muy cerca, se oyeron distintamente los toques de las bocinas, el ladrido de lo perros y voces de los monteros, que gritaban:

—Hácia la vega va la fiera! á la vega va á salir!

Jimena y las que la acompañaban, que no habian oido los gritos de los niños, oyeron distintamente aquellas voces y comenzaron á pedir auxilio con espantosa vocería, lazándose al llano sin pensar en el peligro á que se esponian.

¡Quién podrá pintar el terror y la desesperacion de aquellas desventuradas madres al creer á sus hijos próximos á ser devorados por la acosada fiera!

Hallábanse ya al pie de la colina, sin que la villana viese por ninguna parte á sus hijos, ni á sus hijas Jimena; mas no tardaron en sacarlas de aquella horrible incertidumbre las débiles voces que el terror permitia articular á Sol y Elvira y á Pero y Ordoño: estos continuaban en el árbol, y aquellas haciendo desesperados esfuerzos para trepar por una alta y quebrada roca que les habia cortado el paso, despues de haberse desembarazado de las zarzas y los espinos con que habian luchado largo rato, rasgando á cada instante sus delicadas carnes las punzantes espinas.

—Salvadnos! salvadnos, madre! gritaban las pobres niñas, agotadas ya todas sus sus fuerzas.

—¡Salvad á mis hijas, salvadlas! gritaba á su vez Jimena sin saber á quién dirigia su voz, porque á nadie veía por la parte opuesta, aunque oia voces de hombres que cada vez se acercaban mas.

—¡Salvad á mis hijas! continuaba, pugnando en vano por romper los espesos matorrales que se interponian entre sus hijas y ella.

—¡Ya se acerca el oso! gritó Ordoño. Va á devorar á Sol y á Elvira, porque se dirige hácia donde ellas están!

Jimena vió agitarse violentamente la maleza á veinte pasos de sus hijas, y casi al mismo tiempo vió asomar un enorme oso que caminaba jadeante, pero derribando con sus rabiosas dentelladas los arbustos que encontraba al paso.

¡Y la fiera iba á pasar primeramente por el pie de la roca que en vano procuraban salvar Sol y Elvira!

—Señor! Señor de los cielos, salvadlas! gritó Jimena con desesperacion.

En aquel instante aparecieron dos cazadores, dos hermosos mancebos, en lo alto de la roca, á la que habian trepado por la parte opuesta adonde las hijas del Cid estaban, y dispararon á la par sus ballestas.

La fiera dió un salto acompañado de un espantoso bramido; pero como si quisiera vengar el dolor que le causaban los dos dardos que acababan de clavarse en ella, se lanzó al pie de la roca donde acababa de ver á las niñas. La sangre corria á borbotones de sus hijares, pero aun conservaba vida para despedazar á las débiles criaturas que tenia á diez pasos de distancia.

¡Jimena y la villana y las dueñas, iban á presenciar aquella sangrienta escena!

Pero no en vano habia pedido á Dios aquella desdichada madre la salvacion de sus hijas: los dos hermosos cazadores, viendo que habian sido inútiles sus venablos á detener á la fiera, se lanzan de la roca, toman en sus brazos á las niñas, y trepan con ellas, rápidos como una exhalacion, á la altura de donde se habian arrojado.

La fiera se para al pie de la roca clavando sus centellantes ojos en la que creyó su presa, muerde con rabia inaudita cuanto la rodea, y por último, cae falta de vida y de sangre.

Los dos mancebos, que tan milagrosamente salvaron á las hijas del Cid, condujeron á estas adonde estaban Jimena, la villana y las dueñas, medio muertas de terror y de alegría á la



Lám. 2.

Los dos hermosos cazadores se lanzan de la roca, toman en sus brazos á las niñas, y rápidos como una exhalacion trepan con ellas á la altura...

vez. Al mismo tiempo llegaban unos campesinos, que desde la vega donde trabajaban, habian oido los gritos de aquellas mujeres y habian corrido en su auxilio.

Jimena, casi sin poder articular palabra, estrechó contra su corazon á sus hijas, cubriéndolas de besos y de lágrimas. De repente se desprendió de ellas, y buscó entre los que la rodeaban á los mancebos que las habian salvado, para manifestarles su gratitud arrodillándose á sus pies, pero aquellos mancebos habian desaparecido.



CAPITULO VII.

De como mio Cid puso cerco á Alcocer.

Caminaba la hueste del Cid Henares arriba alborozada con las ganancias que tuviera en Castejon y la campiña de Guadalajara. Rica era aquella tierra, muchos ganados pacian en aquellos campos, y buenos pueblos habia en toda la ribera; pero el Campeador se propuso no tomar los ganados ni entrar á saco los pueblos, ni cautivar varon ni hembra con tal que los moradores de aquella tierra se declarasen voluntariamente tributarios suyos.

—Moros son, decia, los que pueblan estos lugares; mas si como ámigos nos reciben, justo es que como á tales les tratemos, que ni de cristianos ni de buenos caballeros es el hacer guerra á quien quiere paz.

—Señor, replicaron algunos menos equitativos y justos que Rodrigo, en pos de puestro engrandecimiento hemos venido á tierra de moros, y la paz no se aviene con el valor, ni el soldado halla en ella honra y haberes.

—El soldado, repuso el Cid, antes que todo há menester ser honrado, y los haberes que injustamente adquirió, le separan de la gerarquia de los buenos, y le colocan en la de los bandidos. Además que hartas ocasiones tendremos de probar nuestro valor y de adquirir legitimas riquezas, porque tengo para mí que no todos los infieles cuyas tierras nos proponemos recorrer, nos han de acoger como amigos, ni han de apreciar en lo que valga nuestra generosidad.

Esta opinion del honrado caudillo era desde el principio la

del mayor número de sus soldados, y por último fué la de todos, porque en la hueste apenas habia hombre que no poseyera cierto fondo de honradez, ó cuando menos, que no tuviese una fé ilimitada en la rectitud y el acierto del Cid.

Rodrigo, pues, despachó cartas á los moradores de aquella tierra convidándolos con la paz. Algunos la aceptaron, ya fuese que de buena fé la deseasen, ó ya obligados por el temor; pero la mayor parte de ellos rechazaron arrogantes aquellas proposiciones, saliendo á hostilizar la hueste.

Esta tomó el desquite talando los campos, apoderándose de los ganados y saqueando las poblaciones donde le fué dado penetrar, con lo cual adquirió grandes riquezas en el campo de Toranzo.

En la ribera del Jalon habia un pueblo llamado Alcocer; era grande su vecindario, mucha su riqueza, fuertes sus murallas, y atrevidos y arrogantes sns moradores. Como se negase á dar tributo al Cid, este determinó ponerle cerco.

No se ocultó al caudillo castellano la resistencia que en Alcocer iba á encontrar, las acometidas que su campo iba á esperimentar de parte de los de la plaza, y el mucho tiempo que tenia que pasar antes de dar completa cima á aquella empresa; pero las almas grandes, grandes empresas necesitan.

El Jalon corria entre dos oteros: en uno de estos se alzaba Alcocer, y en el otro determinó Rodrigo establecer su campo, pues desde allí podia combatir la plaza, cortar los bastimentos á sus moradores estorbando la entrada y la salida, y al mismo tiempo aquella posicion reunia la ventaja de poder fortificarse á poca costa, y de no temerse en ella la falta de agua, como que el Jalon bañaba la base de la colina.

Plantáronse las tiendas, y en seguida dispuso el Cid abrir una cárçaba en torno del otero, bien cerca del agua, como dice la crónica, á fin de que los de la plaza no pudiesen dar rebato al campo.

Peones y caballeros se aunaron para llevar á cabo aquella importante obra, trabajando todos de dia y de noche, llenos de esperanza y de alegria, hasta que quedó completamenta terminada.

La hueste no necesitaba en mucho tiempo de víveres, pues llevaba consigo abundancia de ellos; así, pues, nada le faltaba, ni bastimentos ni seguridad.

—Varones! dijo el Cid á sus gentes una mañana al rayar el alba, así que el campo estuvo competentemente fortificado. Con los formales aprestos que hemos hecho, hemos mostrado á los infieles cuánto deseamos tomar la plaza: si abandonamos el campo sin tomarla, les mostraremos hasta dónde llega nuestro esfuerzo. Así, pues, cumple á nuestra honra tomar á Alcocer ó morir todos al pie de sus muros.

—Tomemos ese castillo ó muramos! fué el grito general con que toda aquella gente de armas contestó á las palabras de su caudillo.

—Sí, sí, le tomaremos, esclamó el Cid con alegría y entusiasmo, la santa cruz brillará en los muros de Alcocer, y al asentarla allí, no solo alcanzarémos alta honra, sino tambien abundantes riquezas; y despues de haber tomado tan fuerte castillo, la morisma acobardada se nos humillará do quiera que vayamos; no habrá hueste que nos haga frente ni fortaleza que nos resista.

Nuevos gritos de entusiasmo y de impaciencia por asaltar los muros de Alcocer resonaron en el campo.

—Varones! continuó el Campeador, aprestaos al combate antes que hoy nos alumbre el sol, que no para oir sus denuestos y sus alardes de valor hemos asentado el campo en este otero.

—Santiago! Santiago! gritaron peones y caballeros aparejados ya al combate.

Pocos momentos despues la hueste atravesaba el Jalon por un puente que con troncos de árboles habia construido durante la noche, á pesar de haber querido estorbarlo los moros, arrojando enormes peñascos desde un portillo que hácia aquel lado tenia la plaza; pero no bien comenzó á subir la cuesta, se oyó una gran voceria en los muros de Alcocer, y los dardos enemigos comenzaron á silbar horriblemente.

—Santiago de Compostela! gritó el Cid, que caminaba de los primeros conteniendo con dificultad á Babieca, que, acos-

tumbrado hacia muchos años á oir la algarabía de los infieles, conocia por ella dónde estaban los enemigos, y sin necesidad de espuela se lanzaba impetuoso á ellos. Adelante, mesnadas, adelante!

Los cristianos continuaban subiendo la falda del cerro, sin curar de los dardos y las piedras que lanzaban los enemigos; mas de repente se abrió el portillo, que como hemos dicho daba á aquella parte, y por él se lanzó al campo muchedumbre de infieles dando grandes alaridos, y embistiendo sin vacilar un instante á los cristianos.

Horrible fué el combate que entonces se trabó, horrible, porque con tanta obstinacion y tanto valor peleaban los moros como los cristianos, horrible, porque el campo estaba cubierto de cadáveres de unos y otros, horrible, en fin, porque la esterilidad de los esfuerzos de uno y otro bando aseguraban para lo sucesivo un odio tan ardiente, que solo con torrentes de sangre pudiera apagarse.

Y en efecto, apenas pasó un dia durante muchas semanas, sin que la de los castellanos no corriese en abundancia á teñir la límpida corriente del Jalon: cada vez embestian la plaza los cristianos con mas saña, con mas valor, con mas encarnizamiento, pero todos sus esfuerzos eran inútiles. Los de Alcocer, convencidos de que si salian de la plaza á combatir á los sitiadores, iban á menguar en número en la misma proporcion que menguaron el primer dia que rompieron las hostilidades los del Cid, se propusieron combatir desde los muros; y no fué desacertada tal determinacion, porque combatiendo así, sus dardos hacian horrible estrago en los cristianos, al paso que los de estos se estrellaban en los adarves.

Quizá por primera vez en su vida, sintió el Cid amagos de desaliento en el sitio de Alcocer: su gente de armas habia menguado mucho, ya en número, ya en fuerza; porque muchos soldados estaban heridos y otros faltos de esperanza, y en número, porque era grande el de los que habian muerto, ya al pie de los muros, ya en las celadas que los enemigos les habian armado mas de una vez, dejándoles entrar en la plaza para esterminarlos apenas se lanzáran dentro.

Estas celadas á que los moros acudian con frecuencia, ó el recuerdo de la de Castejon, inspiraron tal vez al Cid la idea de apoderarse de Alcocer por medio de la astucia, ya que no podian hacerlo por la fuerza. Una mañana temprano atacó su mesnada la plaza con mas obstinacion que nunca, pero la atacó inútilmente: los sitiados contaban con mas fuerza y mas materiales de guerra que los sitiadores, y estos hubieron de retroceder como dando señales de desaliento, y levantando las tiendas tomaron Jalon abajo semejando abandonar completamente el cerco, y aun apelar á la fuga temerosos de que los de la plaza los siguiesen.

Grande fué el alborozo que aquella retirada causó en Alcocer, y grandes los denuestos y las burlas que los moros dirigian á los del Cid desde los adarves.

—Con el sério ataque que hoy nos han dado, dijo un moro viejo, hánse desengañado los cristianos de que nunca tomarán á Alcocer, y van como si escapasen acometidos. Consigo llevan las riquezas que tomaron en Castejon, y segun lo deshechos que van, fácil seria vencerlos. Démosles salto y adquiriremos grandes ganancias, que si los dejamos alejarse, los de Teruel los acometerán, tomaránles la presa, y nada nos darán á nosotros.

Este parecer mereció la aprobacion de todos los moros de Alcocer, y en breve se lanzaron fuera de la plaza mozos, viejos y niños, de tal modo que apenas quedaron allí mas que las mujeres, tal era la codicia que habian despertado las palabras del viejo.

Abiertas dejaron las puertas y sin nadie que las guardase.

El Campeador tornó la faz, y como los viera bastante apartados de los muros, dijo á Pero Bermuez que á la sazon llevaba la enseña:

—Tornad, buen Pero, y guiad con el pendon contra los moros.

—Júroos por el apóstol Santiago, contestó Pero, que antes de una hora ha de agitar el viento nuestra enseña en los muros de Alcocer.

Y así diciendo, volvió el primero contra los moros, que se acercaban con gran vocería.

—Santiago! Santiago! gritó el Cid, siguiendo con Alvar Fañez á Pero Bermuez. Heridlos, heridlos, mis caballeros!

Y la hueste se arrojó sobre la morisma con tal ímpetu, que en breve esparció desordenadamente por la llanura aquella masa de hombres de todas edades, que tan confiados iban en pos de ella.

—«Dios, qué bueno es el gozo por aquesta mañana!» esclama el cantor del Cid al llegar á este pasage de su epopeya. Dios, decimos nosotros ampliando el pensamiento del desconocido poeta, cómo debió latir de alborozo el corazon de aquellos esforzados caballeros, al arrollar, al deshacer, al acuchillar, al vencer al fin á los infieles, haciendo rodar por el suelo cabezas musulmanas, acercándose á aquellos muros, poco antes inespugnables, sin que un dardo viniese ya á desgarrar sus férreas armaduras!

Mas de trescientos infieles quedaban muertos en la llanura: los restantes, repuestos algun tanto del espanto que les produjera aquella terrible é inesperada acometida, procuraban reunirse para disputar el acceso de los muros á los cristianos; mas era tarde ya: Pero Bermuez, penetrando el primero por la puerta que daba frente al otero de allende el Jalon, acababa de subir á una torre que guarnecia aquella entrada, y plantaba allí la enseña del Campeador prorumpiendo en entusiastas víctores, en tanto que muchos de sus compañeros impacientes por entrar en la plaza, cúyas puertas eran demasiado angostas para facilitar á la vez el paso á todos, escalaban los muros por cien puntos diversos.

Al ver los moros ondear en el torreon la enseña del Cid desmayaron completamente, y lejos de persistir en su intento de acometer de nuevo á los cristianos, se desbandaron por la llanura, temerosos de que aquellos los siguieran, y no pocos perecieron en la corriente del Jalon.

Los soldados del Cid se disponian á derramarse por las calles del pueblo para saquear y matar como creian ser su derecho, pues con hacerlo así habia amenazado aquel á los de Alcocer si la plaza no se entregaba de grado; pero el Cid se apresuró á gritarles:

—Varones! ruégoos que no deis paso adelante, pues los infieles, que tantas celadas nos han armado durante el cerco, pudieran tenernos preparada una mas en las calles de la villa, donde pudiéramos caer cuando tenemos el triunfo asegurado.

Con este discurso logró contener la impaciencia de sus soldados, que creyeron muy discreta su advertencia.

—El soldado, continuó, debe matar cuando para alcanzar el triunfo haya menester hacerlo, mas cuando tenga el triunfo asegurado, no debe verter sangre inútilmente: harta ha corrido ya al pié de los muros de Alcocer, harto tiempo hemos trabajado con la planta escondida en charcos de sangre: descansemos ahora donde no la haya!

—Señor, replicaron muchos soldados cuya sed de venganza necesitaba aun mas sangre para aplacarse, ved lo que estos perros infieles hacen cuando entran en los lugares cristianos; ni aun á los tiernos infantes perdonan sus cimitarras!...

—Harta verdad decís, contestó el Cid; mas en algo se han de distinguir los soldados de Cristo de los viles sectarios de Mahoma. Harto pagados somos del trabajo que nos ha costado el cerco de Alcocer, y harto castigados están los que por tanto tiempo han defendido el castillo: nuestras son las riquezas que aquí hay, nuestras las casas y nuestros los moradores. Aquí descansarémos cuanto nos plazca, que bien lo hemos menester tras tantas fatigas, y los moros y las moras nos servirán como nuestros esclavos que son.

Estas razones persuadieron á la gente del Cid cuanto este deseaba, y poco despues los vencedores fueron tomando posesion del pueblo sin derramar una gota de sangre.

No sin motivo habian defendido con tanta obstinacion aquella plaza sus moradores: Alcocer encerraba grandes riquezas, como que era una de las principales fortalezas fronterizas adonde se retiraban los moros con las presas que hacian en sus frecuentes correrías por Castilla, y su campiña, perfectamente cultivada, producia abundantes granos y frutos, y mantenia numerosos ganados.

Los soldados del Cid se alojaron en suntuosos palacios donde nada faltaba á las comodidades de la vida, y el peon tuvo

esclavos que le sirviesen, y pudo descansar de sus pasadas fatigas con tanto regalo como muchos ricos-homes de su pais.

El Cid recordó en el alborozo de su magnífico triunfo el sueño de la Higueruela, y alzando al cielo sus ojos húmedos y brillantes con las lágrimas de la alegría, esclamó:

—Señor! Señor! gracias á tí, que reparas las injusticias de los hombres! gracias á tí, que combates al lado de los buenos! gracias á tí, que me dás honra y riquezas para que pueda enjugar las lágrimas que por mí derraman mi Jimena y las hijas de mi corazon!

Al esclamar así Rodrigo, absorto en sus dulces pensamientos, en el recuerdo de su mujer y sus hijas y en la proteccion que Dios le daba, habia olvidado que no estaba solo en la habitacion; mas al inclinar la vista vió cerca de sí á Gil de rodillas, llorando como él de alegría, y el buen caballero, que tal vez nunca habia deseado como entonces tener á su lado á falta de su mujer y sus hijas alguien á quien hacer partícipe del gozo que rebosaba en su corazon, y que amaba á aquel mancebo como el mas tierno de los padres, abrió sus brazos con infinita ternura, y Gil se arrojó en ellos loco de placer.

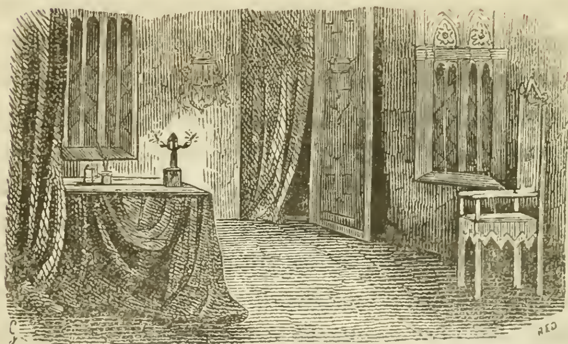
—Gil! mi honrado, mi buen Gil! esclamó Rodrigo, bien hiciste en acompañarme en mi destierro, que gran felicidad tengo con tener á mi lado quien como tú sienta mis penas y mis alegrías! Há tiempo que Dios nos aparta á los dos de lo que mas amamos; mas no tardará en cesar esta penosa ausencia! ¡Qué alegría sentirán la mi Jimena, la mi Sol y la mi Elvira cuando lleguen á la soledad donde nos lloran las nuevas de estas ganancias, de estos triunfos, de esta honra conque Dios recompensa nuestras penas!

—¡Mandadles, señor, esas nuevas cuanto antes os sea dado hacerlo! ¡Oh, señor, quién tuviera alas para volar á Cardeña y contemplar el profundo regocijo que esas nuevas han de dar á doña Jimena y á las niñas!

—Aun no han tornado los dos caballeros que mandé á Castilla con el quinto de la presa de Castejon, y temo les haya sucedido malaventura en el camino. Si mucho anhelo mandar nuevas á Castilla de la presa que aquí hemos hecho, duéleme

en el alma que por llevarlas pierdan la vida algunos de mis buenos caballeros, que de los mejores han menester que vayan.

La noche vino tras esta plática del Campeador y el mancebo, y este se encerró algunas horas despues en una apartada estancia, donde se puso á escribir.



CAPITULO VIII.

De como unos cristianos hicieron pecar á un moro.

En una estancia del magnífico palacio que servia de posada al Cid y á algunos de sus caballeros mas allegados, se hallaban en animada plática hasta una docena de escuderos y pages, entre los que se hacian notar Alvar, el escudero del Campeador, por la autoridad que parecia ejercer sobre sus compañeros, merced sin duda á servir á señor mas principal que los que de aquellos eran servidos.

—¡Por el alma de mi abuela, decia, que nos desquitamos á maravilla, desde qué entramos en Alcoccr, de las malas andanzas que sufrimos durante el cerco!

—Cierto, hermano, que aquí pasamos una vida de ricos-homes, contestó Fortuño, un escudero de Minaya tan fornido, que era fama no habia en Castilla hombre qne á una puñada suya no rodase por el suelo.

—Vida de ricos-homes, dices, hermano? repuso Alvar. Vida de emperadores sí que hacemos, y aun quedo corto. Para morar tenemos palacios, para yantar, cuanto Dios del cielo crió, para dormir blandos y ricos lechos, para holgar doncellas que, aunque moras, moro me torne yo si no parecen ángeles...

Y esto diciendo, dirigió Alvar la vista á un ajimez ó ventana que daba en frente de la de la estancia donde esto pasaba, y se frotó las manos con una sonrisa de satisfaccion. Sus compañeros, y particularmente Fortuño, miraron hácia el mismo sitio, y como viesen asomada al ajimez una mora de no

comun hermosura, si bien harto desenvuelta para el recato proverbial de las mahometanas, prorumpieron todos en alabanzas de aquella beldad, proponiéndose cada cual apropiársela, escepto Fortuño, que guardó silencio.

—Hermanos, dijo Alvar con aire de triunfo, asaz tarde habeis llegado, que antes que vosotros he puesto yo los ojos en esa mora, y os juro por el alma de mi abuelo que nadie mas que el hijo de mi madre la ha de enamorar.

Todos callaron, como resignándose á dejar la mora al escudero del Cid; pero Fortuño, que por lo visto creía que valian mas sus puños que la circunstancia de ser el servidor mas allegado del Campeador, se acercó á Alvar, y asiéndole del hombro, le zarandeó como si fuera costal de plumas, y le dijo:

—¡Guay de tí, hermano, si osas mirar á la cara á esa doncella! Tú sí que has llegado tarde, sandio y presumido que Dios confunda; mas de dos dias há que yo requiero de amores á la mora del ajimez, y te juro por el pan que cómo que no he de dejar hueso en su lugar al que ose disputármela.

Alvar quedó tan aterrado con aquel zarandeo y aquella amenaza, que no se atrevió á replicar á Fortuño; únicamente se contentó con murmurar entre dientes:

—¡Buena cosa es que toda la vida he de estar suspirando por las hembras, y ninguna he de conseguir!

—Por sandio y bachiller te sucede eso, hermano! le replicó Pelayo, un page de Minaya que, aunque mozo, pasaba por el mas discreto de los de su oficio.

—No, sino que es desgracia conque me parió mi madre: no pongo ojos en hembra en que otro no los tenga puestos ya. Aun tengo señales en este mi cuerpo de los palos y las puñadas conque me disputó cien veces las mozas que me tenian presa el alma, Fernan, un escudero que en otro tiempo sirvió á mio Cid. Casó aquel Fernan, y dejó el servicio de mi amo para morar con su mujer en el señorío de Vivar, donde don Rodrigo le dió casa y tierras, y entonces comenzó á ser mi enemigo, en esto de amores, ese gigante de Fortuño.

—Los duelos con pan son menos, dijo Pelayo. Paréceme,

Alvar amigo, que bien se puede vivir sin amores, donde tantas otras cosas nos solazan. ¿No admiras tú mismo el regalo conque vivimos aqui?

—Cierto, que en Alcocer casi de todo tenemos, y huyérase el hijo de mi madre de los placeres de la misma gloria si aquí hubiese de aquel zumaquillo que alegra los corazones en Castilla. Me pasma y aturde el que habiendo hallado tan rica vitualla en las casas de los moros, no hayamos dado con una mala corambre de vino.

—Hermano, repuso el page, á no ser tan sandio y tan ignorante como en todo eres, demás supieras que los moros no beben vino.

—Hélo oido decir siempre, mas nunca quise creer tal patraña, que siendo el vino cosa tan buena, imposible parece que los moros le desdeñen.

—Háselo vedado Mahoma.

—¡Por el alma de mi abuela, que el tal Mahoma debió ser de lo mas sandio que Dios cria! Cien Mahomas se lo vedáran al hijo de mi madre, y aun así no catára en la vida el agua, con tal que tuviera siempre buen vino.

—De tal modo pecan los moros bebiéndolo, que al morir no entran en el paraiso, segun el sentir de Mahoma.

—Qué me dices, hermano!

—Dígote y repito, que bebiendo vino pecan los moros mortalmente.

—¡Cuerpo de tal, que me holgára en hacerlos pecar si aquí hubiera zumaque!

—Holgárame yo en beberlo, que no en dárselo á beber á los moros.

—Téngoles tan buena voluntad, que rabiára de sed con tal que ellos cometieran pecado.

—Lástima y grande es que madres paran hijos tan sandios como á tí te parió la tuya. ¿Por ventura piensas que porque no beban vino los moros llevarán menos tizonazos al morir?

—Eso cuenta mia no es, hermano. ¿Pecan ó no pecan chupando el zumaque? Pues si pecan, digo que me holgára en hacerlos beber, y holgárame aunque solo fuese por hacerlos

desobedecer á ese herege de Mahoma, que su interés tendrá en que beban agua los de su secta.

Pelayo, Fortuño y algunos otros de los circunstantes no pudieron menos de reir de la necedad de Alvar, que cada vez se iba aferrando mas á su propósito de hacer pecar á los moros, si la suerte le deparaba vino para ejecutarlo. Como todas las opiniones, por desatinadas que sean, tienen partidarios, túvolos tambien la de Alvar, que entre la gente escuderil no faltaron algunos bastante simples para ofrecerle su ayuda si llegaba el caso de acometer aquella necia empresa.

Aun continuaban ocupándose en este asunto, cuando hácia la caballeriza inmediata oyeron un gran ruido, al que se siguieron voces, y alboroto de las cabalgaduras. Todos acudieron allá precipitadamente, y ¡cuál fué su sorpresa cuando vieron que se habia hundido un gran trozo del pavimento de la caballeriza, desapareciendo con él dos ó tres caballos que le ocupaban, á cuyo número pertenecia Babieca!

—¡Dios y sus santos nos valgan! esclamó Alvar, aterrado. Babieca, ¡el mejor caballo del mundo ha perecido! ¡Mi amo y señor va á morir de pena!

Y mesándose los cabellos de desesperacion, empezó á gritar:

—Babieca! Babieca! Dónde estás, buen Babieca?

Un prolongado relincho resonó cavernosamente en la sima á que se habian precipitado los caballos. Alvar dió un salto de alegría esclamando:

—Victor! victor! que Babieca ha respondido! que Babieca no ha muerto.

—Detente, Alvar, que puedes sepultarte para siempre en esa sima! gritaron todos los presentes, viendo que el escudero se iba á lanzar á aquella tenebrosa abertura; pero Alvar no oyó mas que el relincho de Babieca, y desapareció en las tinieblas de un solo salto.

Reinó un momento el silencio, durante el cual los pages y los escuderos se acercaron al borde de la sima; pero al fin oyeron la voz de Alvar, que decia:

—Hermanos, descolgad una luz!... ya di con Babieca! está

de pie!... no le ha sucedido desgracia!... Oh mi Babieca! ¡cuánto me huelgo de tu buena ventura, que mas valiera haber perdido el caballo de Santiago, que perderte á ti!...

Fortuño, que habia ido por una luz, llegó con ella, y entonces se lanzaron todos al hundimiento, y les fué fácil conocer que la causa de este era el haber un gran sótano bajo la caballeriza.

En efecto, Babieca estaba sin lesion alguna, y lo mismo sucedia á los otros dos caballos, porque era muy poca la altura de que habian descendido.

La primera operacion de los escuderos fué sacar del sótano los caballos, lo que no les fué dificil hallándose allí Fortuño, que los subió casi en hombros; luego trataron de satisfacer su curiosidad examinando el subterráneo.

—Cuentan, dijo Alvar, que los moros son grandes encantadores; bueno fuera, hermanos, que aquí tuvieran encantadas algunas princesas, y las desencantáramos nosotros. Holgárame á maravilla que así fuera, no tanto por servir á las princesas, como por jugar mala pasada á los perros encantadores.

—Quién sabe, añadió Fortuño, si toparemos algun tesoro; que yo mas creo en los tesoros que en los encantos de estos perros mahometanos.

Alvar tomó la luz y avanzó por el subterráneo, que era espacioso y estaba perfectamente revestido de esos solidísimos azulejos que admiramos en las construcciones arábigas de nuestra Península.

—Por el alma de mi abuela, esclamó parándose de repente, que los encantadores han hecho una de las suyas.

—Qué quieres decir con eso? preguntaron todos.

—Quiero decir que han convertido las princesas en tinajas.

—Dónde están?

—Vedlas aquí.

En efecto, seis enormes tinajas herméticamente cerradas con tapas de madera estaban en un estremo del subterráneo.

Todos se adelantaron en tropel á examinarlas.

—Tendrán miel, dijo Fortuño, que para miel la Alcarria es la mejor tierra del mundo.

Alvar se apresuró á destapar las tinajas, introdujo en ellas la mano, y en seguida se pasó los dedos por los labios esclámando:

—Vive Dios, hermano, que no te has engañado; miel y muy miel es el vino que contienen estas tinajas.

—Vino! vino! esclamaron todos saltando de alegría.

—Vino Dios á vernos! asintió Alvar celebrando con grandes carcajadas su equivoquillo. ¡Gloria de Dios, cómo me voy á solazar haciendo pecar á cuantos perros moros tome por mi cuenta!

—Antes de todo, pequemos todos, dijo Fortuño con los ojos chispeantes de alegria, y se encaramó en la tinaja descubierta, procurando beber á sorbo; mas como no lo consiguiese, como tampoco algunos de sus compañeros que lo intentaron, se plantó de un salto en la caballeriza, y tornó en un abrir y cerrar de ojos con un jarro de escelente cabida, le sumergió en la tinaja, y le desocupó de un trago.

—Ni el patriarca Noé probó en su larga vida vino tan sabroso como este, esclamó. ¡Ira de Lucifer, cómo refocila el estómago! ¡Hermanos, cuenta mil años de antigüedad el zumaquillo este! Alvar! Alvar! ¡Guay de tí si se le dás á oler á los moros!

—Venga el jarro, hermanos, que con ser yo el descubridor de estas princesas voy á ser el último que las goce, dijo Alvar, y empinó con infinita delicia el jarro añadiendo:

—Por el alma de mi abuela que tienes razon sobrada, hermano Fortuño, y grande seria que este néctar suavizase garganta de moros.

El jarro fué pasando de mano en mano, sumergiéndose en la tinaja cada vez que mudaba de dueño.

—Veamos, dijo Alvar, si el amor de estas otras princesas es tan dulce como el de su compañera.

Y fué sacando un jarro de vino de cada una de las cinco tinajas restantes, las cuales circulando arrancaba repetidos gritos de alegría y de sorpresa, porque cada tinaja contenia vino diferente, y era todo á cual mejor.

Aunque las palabras de los bebedores no hubiesen prego—

nado la escelencia de aquel vino, hubiéralo hecho la animacion y aun el trastorno de ideas que en todos iba produciendo.

—¡Y dicen que los moros no beben vino! esclamó Alvar.

—Dígote, hermano, que no lo beben, replicó Pelayo.

—Pues si eso es cierto, ¿cómo hemos hallado este aquí?

—Estará, dijo Fortuño, desde antes que los moros vinieran á echar á los cristianos de esta tierra.

—Sí, que siglos enteros debe tener segun lo bueno que él es.

—Cierto, hermano, este es vino de cristianos, que los moros no pueden haber hecho cosa tan buena.

—¡Qué grande hombre debió de ser Noé! dijo Fortuño empinando el jarro, aunque su estómago lo rechazaba ya.

—Ni el mismo Salomon debió echarle la pata en lo que toca á sabiduría, dijo Alvar.

—¡Y qué necios los moros en desdeñar el vino!

—Moros al fin, que es como quien dice... moros.

—¿Y qué me decís, hermanos, preguntó Alvar tartamudeando ya como sus compañeros, qué me decís del que les vedó entrar en el paraiso si prueban el zumaque?

—Sandio y terco de Lucifer, replicó Pelayo, si los moros beban ó no beban van al infierno... si eso del paraiso es patraña.

—Séalo ó no lo sea, tengo para mí que ese gran Mahoma era un gran borracho que se queria apropiar todo el zumaque.

—Sí, sí, borracho como las mismas uvas debió ser el tal Mahoma.

—¡Ira de Lucifer, cómo se pondria el cuerpo!

Renunciamos á seguir trasladando al papel el intrincado laberinto de voces, de interjecciones, de frases heterogéneas, de desatinos que siguieron á las que hemos apuntado, porque carecen de sentido, y por lo tanto de interés, los delirios de una borrachera.

La noche vino y sorprendió completamente beodos á aquellos hombres. Unos yacian tendidos en el sótano, otros en la caballeriza, y los que menos habian menudeado sus besos al

jarro, en la estancia donde al comenzar el presente capítulo se hallaban todos reunidos.

Es fama que un mancebo tambien de la profesion escuderil, pero que casualmente no se hallaba presente al hallazgo de las tinajas, y por lo tanto no habia participado del líquido embriagador, acertó á entrar en la caballeriza, y viendo todos aquellos hombres en tan lastimoso estado, y sabiendo cuál era la causa, esclamó con todo su corazon:

—Oh Mahoma! Mahoma! ¡bien sabias tú que prohibiendo el vino hacias un gran bien á la incauta humanidad!

La mañana siguiente, poco despues de salir el sol se hallaban reunidos todos ó la mayor parte de los héroes del subterráneo. Sus facciones estaban desencajadas, sus ojos sanguinolentos, y todo su cuerpo revelaba el cansancio y el malestar.

Cualquiera supondrá que en aquel instante recordaban con hastío el vino que tanto habian elogiado, y cuyo hallazgo les habia causado tanta alegría. De suponer es, y las palabras de los mismos escuderos nos darán á conocer que la suposicion no es falsa.

—Háseme metido en la cabeza, decia Alvar, que ese vino tiene algunas mixturas que los pícaros moros habrán echado para envenenarnos. Por el alma de mi abuela que nos ha dado gran chasco el hallazgo. Muriérase de sed el hijo de mi madre antes que volverlo á probar.

—Cierto, hermano, que no tiene nada de bueno, asintió Fortuño.

—De lo peor que hay es, dijo Pelayo.

—Es peor que soliman, respondieron los demás.

—Al fin vino de moros.

—Cierto, que cristianos no pueden haber hecho esa bebida de Lucifer.

—Revuélveseme el estómago solo al acordarme de ella.

—Mala ira de Dios confunda al autor de tal brebaje.

—Qué asco, hermanos, qué asco!

—Qué pícaros de moros! Haber querido envenenarnos!

—Bellacos de Satanás!

—Felones! perros infames!

—Mejor fuera dar cuenta del caso al Campeador para que mandára degollar á todos los moros que han quedado en Alcocer! dijo Fortuño.

—No entiende mio Cid de degollinas, hermanos! ¡Guarte no mandára darnos doscientos azotes á cada uno, creyendo borrachera lo que fué maldad de esos hereges!

—Con mucho seso discurres, Alvar.

—Paréceme que lo que debemos hacer es tomar la justicia por nuestra mano.

—Sí, sí, degollando á esos moros, como marranos que ellos son.

—No, sino envenenándolos con su mismo brebaje, y al paso haciéndolos pecar, para que así vean ellos el paraiso como yo el limbo de los niños.

—Alvar, esclamó Pelayo, si te he dicho que ese pecado es pura patraña.

—Pues hermano, si lo es, haremos rabiar á ese ladron de Mahoma.

—Sí, sí, razon que le sobra tiene Alvar, esclamaron muchos de los circunstantes. En cuanto cojamos un moro, le hacemos beber ese soliman quieras que no quieras.

—No, de grado lo han de beber, que á la fuerza solo conseguirémos envenenarlos, mas no que cometan el pecado.

Al fin hasta el mismo Pelayo asintió con el parecer de Alvar. La víspera hubiera sido un sacrilegio dar á los moros aquel licor divino; pero entonces en nadie mejor que en los moros estaba empleado aquel veneno.

Aun pasaron algunas horas antes que la gente escuderil comenzára á poner por obra su proyecto; las horas que necesitaron para recobrar algo del buen humor que la víspera tenian, y para que sus cuerpos se desembarazasen un poco de la fatiga reciente.

Habia en Alcocer un anciano moro llamado Muza, á quien tenian mucho respeto los de su secta, de la que era santon ó sacerdote. Deciase que era modelo de los buenos creyentes; nadie observaba mas rígidamente que él los preceptos del Alcoran, nadie como él edificaba á los musulmanes haciendo la

zala, exhortándolos á no beber vino ni comer carne de puerco, y pintándoles las delicias del paraiso que Mahoma prometia á los verdaderos servidores de Alá... Aquel anciano no se ocultaba á los cristianos lleno de temor como hacian los demás moros de Alcocer: su celo religioso era tal, que se holgaba en esponerse al insulto de los castellanos, y aun hubiera arrostrado la muerte por imbuirles sus creencias, por echarles en cara el error en que los creía, por hacerles ver cuáles eran las delicias que en la otra vida esperaban á los musulmanes, y cuáles los tormentos que debian esperar los nazarenos.

Los soldados del Cid toleraban comunmente las peroratas de Muza, y cuando menos dispuestos se hallaban á escucharle, contentábanse con burlarse de él. Muza era un siervo viejo que los divertia. ¿A quién no divierten los viejos y los niños, por mas importunas que sean sus diversiones?

Donde con mas frecuencia ejercia aquel viejo su catequismo era en la posada del Cid, entre los escuderos, que sentados á la puerta del edificio se alborozaban al verle encaminarse á ellos. Muchas veces habian notado los servidores de Rodrigo y los de otros caballeros principales que Muza era curioso en demasía, pues abandonando su tarea apostólica les hacia mil preguntas acerca de los proyectos del caudillo cristiano y de otros asuntos que al parecer ninguna relacion tenian con el propósito del viejo; pero aquellas preguntas ninguna sospecha habian infundido á los buenos escuderos, gente de suyo poco suspicaz, y mucho menos tratándose de un viejo chocho, que por tal tenian al anciano.

Deseando estaba Alvar echar la vista á un moro para hacerle pecar con el vino del subterráneo, cuando Muza asomó por una callejuela fronteriza. Grande fué el alborozo que tanto á él como á sus compañeros causó la aparicion del moro, á quien llamaron no con burla y chacota como acostumbraban, sino con respeto y cortesía.

El viejo se acercó con la estremada gravedad y aire compungido que le eran habituales, y dijo:

—¿Qué quereis, nazarenos, de este humilde servidor de Alá?

—Queremos, contestó Alvar, que si á mal no lo habeis, os asenteis en este banco, donde departirémos un rato, que holgamos á maravilla con vuestra honrada compañía.

—¡La gracia del Profeta, oh ciegos nazarenos, abra vuestros ojos á la luz de la verdadera fé!

—Mas decidnos, buen anciano, ¿cómo haremos para librarnos de esta ceguera que decís tenemos?

—Creed que solo Dios es Dios, y Mahoma su Profeta, respondió Muza poniendo ambas manos en el pecho é inclinándose profundamente.

—Eso haríamos de buen grado, contestó Alvar, si ese don Mahoma no vedára las únicas delicias que hay en este mundo...

—La recompensa del creyente está en el paraiso.

—¿Y no pudiërais decirnos qué recompensa es esa?

—Cristiano, eso haré de buena voluntad, que pregonar la justicia de Alá es mi destino en la tierra.

—¿Hay por ventura en el paraiso mejor vino que por acá?

—Cristiano! esclamó el moro con voz terrible levantándose indignado. Burlad cuanto querais del indigno siervo de Alá, pero respete vuestra lengua la santa morada de las hurís.

—Perdonad, se apresuró á decir Alvar, si nuestra ignorancia en lo que atañe á vuestra religion nos hace ofenderla; esplicadnos cuál es esa recompensa que el señor Mahoma promete á los creyentes.

El moro se aquietó y continuó sentándose de nuevo:

—El paraiso es la recompensa de los que en la fé del Profeta mueren. El mezquino entendimiento del hombre no puede concebir las delicias que allí ha reunido el sumo Alá. Apenas atraviesa el justo las puertas del Eden, un ángel le presenta una naranja en un azafate de oro incrustado de diamantes, cuya claridad es tal, que eclipsaría la de mil soles reunidos; parte el justo la naranja, y de su centro sale una huri, una vírgen, cuya hermosura tampoco puede concebir la inteligencia humana, y cuyo aliento es tan aromado, que si una huri cayera á la tierra inundaría de celestiales perfumes el orbe entero.

Esta esplicacion, bastante conforme con el testo del Alco-

ran, que el autor de la presente historia, aunque cristiano viejo, se ha tomado la molestia de leer para averiguar la ortodoxia de Muza, afirmó mas y mas á Alvar en su propósito de cerrar las puertas del paraiso á aquel morazo que, en sentir de los creyentes de Alcocer, estaba ya afilando las uñas para partir la naranja del paraiso.

—Y decidnos por vuestra vida, preguntó al santon, esas garridas doncellas que salen de la naranja, qué oficio tienen en el paraiso? Porque siendo tan gentiles como decís, lástima y grande sería que no folgáran con ellas los creyentes que allá van.

—Razon teneis, cristiano; para delicia de los justos las ha criado Alá. ¡Así está escrito por la mano del Profeta!

—¡Ira de Dios, esclamó Alvar, si cayeran por acá algunas de esas hembras, cómo habia de holgar con ellas el hijo de mi madre!

—Y yo otro que tal, añadieron muchos de los circunstantes.

—Abandonad la senda del error porque caminais, continuó Muza, y gozareis eternamente del amor de las hurís.

—Cierto, contestó Alvar, que dulce amor debe ser ese; mas es recia cosa eso de no probar el vino como vosotros los moros haceis.

—Cristiano, ve si encuentras razones de mas peso para no entrar en el número de los creyentes, y no alegues esa, la mas liviana de cuantas pudieras alegar.

—Por el alma de mi abuela que bien dejais entender, honrado moro, que en vuestra vida habeis bebido vino.

—El santo Alá me libre de beberlo, que el vino es la bebida mas perniciosa que el labio del hombre puede tocar. Desde que el espíritu del mal inspiró á Noé el arte de hacer esa infernal bebida, el vino comenzó á causar estragos en el hombre. Ved al patriarca su inventor embriagado, reducido al estado de las bestias mas torpes, despreciado de sus propios hijos.

—Vive Dios, dijo para sí Alvar, que no ya deseo emborrachar á este moro para que peque mortalmente, sino tambien

para convencerle de la escelencia del vino que tanto calumnia.

—Buen moro, añadió en voz alta, tengo para mí que vais harto descaminados los que tamaño horror teneis al vino.

—¡Oh qué sabio fué el Profeta al prohibirlo! esclamó Muza alzando los ojos al cielo.

—Pues el señor Mahoma, replicó Alvar, buenas corambres desocupaba.

Muza se levantó de su asiento horrorizado, casi sin poder dar crédito á lo que oía, y esclamó:

—Cristiano! cristiano!! mata si quieres al siervo del Profeta; pero ni aun burlando calúmnies al santo hijo de Ismael.

—Por quien soy os digo, no burlando, sino muy de veras, que el señor Mahoma bebia vino, y aun comia carne de puerco.

—Santo Alá! esclamó Muza horrorizado; ¡cierra para siempre mis orejas para que no oigan las blasfemias conque estos nazarenos insultan la memoria de tu santo Profeta!

Y el moro trató de alejarse de los escuderos; pero Fortuño le asió del brazo, y le hizo sentar diciendo:

—Aquí habeis de estar, buen moro, que mas hacen los cristianos en ofreceros su honrada compañía, que vos haríais aceptándola cortesmente.

La mano de Fortuño pareció á Muza demasiado pesada para resistirla; así pues alzó sus ojos al cielo como pidiendo á Dios que le perdonase si era demasiado débil para esquivar la compañia de aquellos blasfemos, y permaneció quieto en su asiento.

—Pues habeis de saber, Muza amigo, dijo Alvar, que al señor Mahoma regaló un su compadre unos perniles de puerco y una corambre, que así vayais al paraiso como ella tenia vino para emborrachar á media Meca. Como el pernil y el vino eran de lo que no habia en aquella tierra, el señor Mahoma se dió un buen hartazgo, y guardó lo demás para regalarse los disantos, porque cosa tan buena endurarse merecia. Mas héos aquí que lo supieron sus vecinos, y colándose ora por una ventana, ora por una gatera, daban cada noche un tiento descomunal al vino y á los perniles. Poniase como un toro el señor Mahoma, sin poder adivinar quién fuese el ladron y mucho

menos cogerle, por mas trampas y celadas que armaba, y estaba viendo que perniles y vino iba á llevarse pateta. Para que así no fuese, ¿qué creeis que hizo entonces? Asomóse á la ventana en ocasion que la muchedumbre tomaba el sol cabe su casa, y dijo: — «Sabed, creyentes, que esta noche háseme mostrado en sueños un ángel, y me ha dicho de parte de Alá que los que beban vino y coman carne de puerco no entrarán en el paraiso.» Creyéronle todos los que aquella razon oyeron, y el señor Mahoma no tornó á esperimentar detrimento en el pernil ni el vino, y ved aquí, señor moro, el principio de vuestros ascos al zumaque y á la carne de puerco.

—Cristiano! no os burleis del Profeta, esclamó Muza, que habia oido estallando de indignacion el cuento de Alvar.

—Digo, repuso este, que el señor Mahoma fué de lo mas borracho que ha nacido de madre.

—Santo Alá! ¡Cómo no confundes con los rayos de tu ira á estos ciegos y sacrílegos nazarenos! murmuraba el moro pasmado de la audacia del escudero.

Alvar hizo una seña á Pelayo, que desapareció y volvió un instante despues con un jarro de vino.

—Decidnos por vuestra vida, preguntó Alvar al moro, ¿habeis bebido vino alguna vez?

—Nunca, respondió el moro, y plegue al Profeta llevarme al paraiso antes que mis labios manche tan impura bebida.

—¿Cómo sabeis que es impura sin haberla probado? Probadla, honrado Muza, y si insistís en que lo es, fácil será que todos los que aquí estamos reneguemos de la ley de Cristo y abracemos la de vuestro Profeta.

—Cristianos, vana es vuestra porfía.

—Mirad, mirad qué color tiene! Dorado es como el sol de Dios el zumaquillo este, decia Alvar derramando en la palma de la mano algunas gotas de vino, que al reflejo del sol brillaban como diamantes.

El moro clavó sus ojos con cierta avidez en el vino; mas los retiró de repente diciendo en tono suplicante:

—Cristianos, por Alá os ruego que no aparteis del número

Lám. 3.

Decidnos por vuestra vida, preguntó Alvar al moro, habeis bebido vino alguna vez?

de los buenos creyentes haciendo desobedecer los preceptos del Profeta al que siempre los ha acatado.

—Oled siquiera este rico licor.

—No haré tal, nazareno.

—Sí hareis, replicó Alvar acercando el jarro al rostro del moro.

Los ojos de Muza brillaron animados por el deseo.

Alvar creyó que era ocasion de renovar sus esfuerzos, y puso el jarro en contacto con los labios de Muza; este quiso resistirse, pero su resistencia fué tan débil que apenas merecia el nombre de tal, y entre si quiero ó no quiero, tiró un sorbo mas que mediano al vino, mirando al mismo tiempo al cielo, como si pidiese á Dios perdon de aquella transgresion del Alcoran.

—Condenado está el moro! condenado está ya! gritaron dando grandes carcajadas los escuderos.

El viejo se echó á llorar dando muestras de gran desesperacion.

—Sí, sí, decia, condenado estoy; las puertas del paraiso no se abrirán para mí, pero sobre vosotros pesará tambien mi condenacion! Santo Alá, tén compasion de mí, que el hombre es débil y el espíritu de las tinieblas sobrado astuto...

—Pero decidnos, le interrumpió Alvar, ¿no creeis como nosotros que el vino no es bebida amarga é impura, mas sí dulce y sabrosa como el néctar?

—Dulce es, dulce como el pecado, contestó Muza, cuyos ojos se iban encandilando un poco, y cuyo rostro se empezaba á colorear.

—Pues si condenado estais, de condenado no habeis de pasar; requerid el jarro, que aun tiene gracia de Dios, dijo Alvar acercando nuevamente el vino á los labios del viejo, que haciendo aun menos resistencia que la vez primera, dió otro sorbo aun mayor que el anterior.

Como el vino por de pronto pide vino, si bien despues pide agua, no necesitaron ya los escuderos instar al moro á que empinára el jarro, que de propia voluntad tornó á empinarle tan repetidas veces, que le agotó completamente.

No faltó quien sospechára que aquella no era la primera vez que el moro habia faltado al precepto del Alcoran, porque el vino tardaba mas de lo regular en obrar sus efectos, atendidas sus propiedades altamente embriagadoras y la cantidad en que habia sido trasegado al estómago del santon.

Pero aquellos efectos se hicieron al fin sentir: el moro fué trocando su gravedad y su aire compungidos en la alegría mas locuaz que en moros y en cristianos se ha visto.

Tenia, como en los tiempos que corren decimos, una soberana turca! Sus labios derramaban á torrentes las palabras, si bien cada vez iban siendo mas inconexas, mas confusas, mas desatinadas.

Y la gente escuderil celebraba con grande algazara la embriaguez del mísero anciano, se burlaba del moro sin recordar que unos cuantos cristianos habian pasado la noche anterior no lejos de allí tendidos en el suelo, completamente beodos!



CAPITULO IX.

De como por medio del vino escondido en una cueva descubrieron unos cristianos lo que habia en otra, con otros sucesos mejores para leidos que para vistos.

—Reid, nazarenos... reid de los creyentes, que de vosotros reirán antes de mucho los hijos del Profeta, murmuraba Muza tendido al pie del banco donde le dejamos en el capítulo anterior, en tanto que los escuderos reían y se alborozaban en torno suyo viéndole en la mas completa embriaguez.

—Cuitado moro! decia Alvar con burlona sonrisa, volaron para él las garridas doncellas del paraiso con quienes tenia por seguro holgar!

—Abubecar! Abubecar! murmuró el moro, ven pronto á esterminar á estos traidores nazarenos.

—Ja! ja! ja! riyeron los escuderos. ¿Quién será ese Abubecar que espera venga á esterminarnos?

—Ya te veo partir de tu Valencia la bella, continuaba Muza, ya te veo llegar á la vega de Alcocer con tu formidable ejército. ¡Oh qué bien disponen tus huestes el valeroso Galve y el diestro Fariz!

—¡Bendiga Dios el zumaque, esclamó Fortuño, que así dá esperanzas á los desesperados, que así inventa ejércitos innumerables, y valerosos y diestros capitanes!...

Pelayo llevó el dedo á los labios para imponer silencio á sus compañeros.

—Oigamos, dijo á estos en voz baja, y aun sonsaquemos á

este moro, que perdiera yo el nombre de cristiano, si no tiene su misterio lo que ese borracho está diciendo.

—Leli!... Leli!... continuaba el moro, ya embisten los muros de Alcocer las huestes de Fariz y Galve! ¡Salid, salid los de los silos del Almudin y embestid á los cristianos por la espalda! ¡Por el Profeta que bien caro cuesta á los nazarenos el haber tomado á Alcocer!

—Oís lo que ese perro dice? preguntó Pelayo. Alguna traicion nos está urdiendo la morisma. ¿Qué gente es esa que dice viene de Valencia, y cuál la de los silos del Almudin?

—Hermano, dijo Alvar, ¿por qué crees desatinos de borrachos?

—Os digo por el nombre que tengo, que en algo debe fundarse lo que ese moro dice.

—Fúndase en sus deseos de vernos esterminados.

—No, sino en alguna trama que estos felones de infieles están urdiendo mientras nosotros dormimos muy á pierna suelta fiados en la fortaleza de los muros de Alcocer y en la de nuestro brazo.

—Razon tiene Pelayo, dijo Fortuño, y no será malo poner en conocimiento del Campeador lo que ese viejo ha dicho.

—No, no haremos tal, que pudieran ser cosas de borrachos, y no será bien que á mio Cid vayamos con tales simplezas.

—Moro, moro, añadió Pelayo moviendo con el pie al viejo, que habia callado y quedádose completamente inmóvil; pero el moro no respondió, pues estaba ya durmiendo la turca.

—Dejadle por mi cuenta, continuó Pelayo, que si hay gato encerrado, yo lo averiguaré. Ayudadme á encerrar este viejo en esa estancia del guadarnés para que duerma sin ser incomodado de nadie.

Fortuño cogió al moro bajo el brazo como quien coge una gavilla de mies, y le condujo al cuarto designado por Pelayo, quien echó la llave y se la guardó.

Algunas horas despues empezó á notarse alguna agitacion entre la gente del Cid como si se hubiese dado la señal de alarma; era que los centinelas apostados en las atalayas habian des-

cubierto allá á lo lejos, por la parte de Calatayud, numerosa gente de armas que seguia la via de Alcocer.

—Moros de Valencia son, dijo Pelayo; allí vienen ese Fariz y ese Galve que esta mañana nombró el traidor que duerme cave el guadarnés.

—Cierto, cierto, asintieron sus compañeros; vamos á empalar á ese borracho.

—No hareis tal, por la madre que me parió, repuso Pelayo, que nos importa conservarle vivo, siquiera por algunos momentos. Vamos á ver si ha despertado, y si no, por Lucifer que yo le despertaré á patadas.

Los escuderos corrieron á la estancia donde el moro estaba encerrado.

Muza estaba ya completamente despabilado.

—Dejádmele por mi cuenta, dijo Pelayo por lo bajo á sus compañeros, que yo me comprometo á hacerle contar cuanto sepa.

Y acercándose al moro, le tomó de un brazo con violencia y le dijo:

—Ven, perro moro, ven para que te ahorquemos donde te esperan con un palmo de lengua fuera tus felones amigos, los que estaban escondidos en los silos del Almudin para salir de repente á herirnos por la espalda, cuando defendiésemos los muros embestidos del lado de fuera por la gente de Albubecar.

El moro se estremeció de horror al oir estas palabras, y echándose á llorar como un niño, alzó los ojos al cielo esclamando:

—¡Sumo Alá! bien merezco la muerte que estos crueles nazarenos van á darme, porque quebranté los preceptos escritos por la mano de tu santo Profeta; mas ¿en qué te habian ofendido esos perfectos creyentes que ocultos esperaban la hora de la venganza, el instante en que debian esterminar á estos implacables enemigos de tu ley?

Pelayo no necesitaba saber mas: hizo un esfuerzo para arrastrar tras sí al moro, pero como este se resistiese,

—Hermano, fíamele á mí, dijo Fortuño. Y echando su nervuda mano al viejo le arrastró fuera de la estancia, y todos se

encaminaron al aposento del Cid, á quien hallaron disponiendo con sus capitanes el modo de resistir á los infieles en el caso harto probable de que aquella gente que se descubria á lo lejos viniese á cercar la plaza.

—Escuderos, ¿cómo osais maltratar á ese anciano? dijo Rodrigo viendo á Muza arrastrado por Fortuño y derramando abundante sangre de cabeza y manos, á causa de los esfuerzos que hacia por desasirse.

—Señor, respondió Pelayo, este viejo era espía de los de su secta; dignáos oir lo que venimos á deciros.

Y refirió al Cid cuanto en secreto habian descubierto por medio del santon.

El Cid se estremeció de sorpresa al oir la relacion del page.

—Anciano, dijo en seguida á Muza, ¿qué gente es esa que por el lado de Calatayud viene á cercar á Alcocer?

El moro no contestó.

—Decidnos cuanto sabeis, continuó el Cid, y yo os doy palabra de caballero de que se os dejará la vida.

El moro, que como habia perdido la esperanza de holgar con las huris del paraiso no tenia prisa de morir, se apresuró á satisfacer los deseos del caudillo cristiano.

—Sabed, dijo, que cuando tomásteis á Alcocer, pesó mucho á los de Teca, á los de Teruel y á los de Calatayud, porque temieron que os hiciéseis señor de toda esta tierra. Concertáronse para poner coto al mal que á todos amenazazaba, y mandaron mensage á Abubecar de Valencia, rogándole socorriese á esta tierra, que es su tributaria; y esa gente de armas que viene, son tres mil caballeros y peones que Abubecar manda capitaneados por Fariz y Galve, dos reyes vasallos suyos.

—¿Y de dónde vinieron, preguntó el Cid, esos hombres que estaban ocultos en los silos del Almudin?

—Esos eran de los que huyeron de la celada conque tomásteis á Alcocer, y han ido entrando de noche por los muros, y reuniéndose en los silos para acometer por la espalda cuando Fariz y Galve acometieran de frente.

El Cid mandó poner á buen recaudo al moro, y se dió prisa á hacer lo demás que las circunstancias requerian, á saber,

apresar los moros recatados en los silos, y preparar la defensa de los muros.

Hasta á doscientos llegaban los infieles ocultos en el Almudin. Como estaban bien armados, y de todos modos se consideraban perdidos, se defendieron obstinadamente, pero al fin fueron todos muertos y colgadas sus cabezas en el muro frontero á Calatayud.

En esto se fué acercando la noche; durante toda ella trabajaron sin descanso los de la hueste del Cid, fortaleciendo mas y mas los muros y procurando abastecer de agua el pueblo, de tal modo, que en mucho tiempo no careciese de ella.

Un sordo y prolongado rumor se dejó oir en la campiña al rayar el alba, y conforme fué amaneciendo fueron descubriendo los cristianos las fuerzas infieles que se acercaban á Alcocer.

Aquellas fuerzas eran numerosas, eran capaces de poner espanto á pechos menos esforzados que los del Campeador y sus caballeros: la numerosa hueste que partiera de Valencia, se habia ido reforzando en su marcha con infinitos caballeros y peones que acudian, unos movidos por la esperanza de hacer una rica presa á los cristianos, y otros por su adhesion á Fariz y á Galve, que eran de los capitanes mas afamados entre la morisma.

Todo revelaba que los infieles iban á acometer feroz y obstinadamente á Alcocer, y no solo espantaba su número, sino tambien las máquinas que traían para combatir la plaza.

Cuando los sitiadores vieron los doscientos cadáveres moros colgados de los adarves, atronaron el espacio con espantosos alaridos, gritos de venganza que se oyeron en toda la comarca, y sin que á sus capitanes fuera dado contener las mesnadas, estas se lanzaron á los muros dando feroces ahullidos.

Terrible, furiosa, indescriptible fué aquella primera embestida; mas los cristianos la resistieron valerosamente, y los moros hubieron de retirarse rotos, diezmados, faltos de aliento, desesperados al fin y maldiciendo su impotencia para desahogar el furor de que estaban poseidos.

Al terminar el dia, Alcocer quedó completamente cercado, y los sitiadores, no contentos con el número de ingenios que

habian traido para combatirle, se dieron prisa á construir otros mas eficaces, mas destructores, mas temibles aun.

La embestida se repitió al dia siguiente por todo el circuito de la plaza; sobre esta cayeron nubes de dardos, de piedras y de materias inflamadas, y pesados y formidables arietes jugaron contra los muros; pero los cristianos comprendieron aquel dia el valor y la destreza que los soldados de la cruz habian desplegado durante cuatro siglos de lucha con los hijos de Agar, y cuando llegó la noche, aun brillaba la santa cruz sobre las torres de Alcocer.

Nuestra pluma es harto débil y harto inapta para describir los combates que los muros de Alcocer presenciaron durante veinte dias, porque en aquellos combates mostraron tal obstinacion y tal valor islamitas y cristianos, que la trompa de Tirteo fuera mezquina para cantarlos. ¡ Gloria al Señor que puso nuestra cuna en Castilla, en la tierra de la caballería y la gloria, de la fé y el santo amor á la patria, que si aquellos á quienes mostró la primera luz en los campos regados con la sangre de Leonidas deben bendecirle, nosotros los que nacimos bajo el cielo de los Pelayos y los Cides, debemos glorificarle !

El cerco se prolongaba tanto que, como dice la crónica, eran pasadas tres semanas y la cuarta quería entrar. Alcocer carecia ya de agua, pues estaba ya agotada la de los algibes de que se surtia, y era imposible salir á tomarla del rio.

Trabajo habia costado hasta entonces al Cid el contener el ardor de sus mesnadas, que todos los dias querian salir de la villa á pelear en campo abierto con los infieles. Rodrigo creía que semejante salida era harto arriesgada, y por lo tanto solo se debia efectuar cuando la necesidad los obligase á tan desesperado recurso; pero era llegado el caso de adoptar un partido decisivo, pues además de faltar totalmente el agua, el pan comenzaba á escasear.

Rodrigo reunió en su posada á los principales capitanes de su hueste, y les dijo:

—Ya veis que nos falta el agua, pronto nos faltarán el pan y la cebada para los caballos, y los infieles no muestran intencion de levantar el cerco. Aunque queramos huir de noche de

Alcocer, no podremos sin que los moros nos vean y nos lo impidan, porque por todas partes tienen cercada la villa á fuer de ser numerosas sus mesnadas. Aconsejadme, caballeros, lo que debamos hacer en este apretado conflicto.

Alvar Fañez Minaya tomó la palabra.

—Bien sabeis, dijo, que salimos de nuestra amada Castilla resueltos á ganar el pan lidiando. Pocos somos en número para lidiar en el campo con los moros, mas en corazon somos muchos. Vergüenza y grande sería que hombres acostumbrados á vencer siempre por grande que fuese el número de los enemigos, y hombres que nunca han esquivado el combate, hüyesen entre las tinieblas como cobardes y ruines caballeros. Así, pues, Campeador, mi opinion es que mañana demos de repente sobre los enemigos y lidiemos hasta vencer ó morir, que fio en Dios y en nuestro corazon, ha de suceder lo primero.

—Hablásteis como bueno, Minaya, dijo el Cid alborozado. Como vos pienso yo, y no de otro modo deben pensar los honrados varones que nos oyen.

—¡Sí, sí, hagamos como Minaya dice! esclamaron todos los caballeros que presentes se hallaban.

Gil sonriyó de contento viendo que el Cid sonreia y llevaba la mano á su bellida barba.

—Pues bien, amigos mios, continuó el Campeador, mañana al quebrar albores embestirémos la morisma, que si somos pocos en número para luchar con esa muchedumbre de bárbaros, Dios lidiará con nosotros hasta que alcancemos la victoria. Antes de prepararnos á la embestida, conviénenos echar fuera de Alcocer los moros y las moras que hay en él, porque no conozcan nuestro intento y prevengan á los de fuera haciéndoles seña desde las casas ó descolgándose alguno por el muro, y mas que todo, porque no se alcen con la fortaleza así que salgamos, y en caso de que venzamos ó los del cerco nos rechacen, no podamos volver aquí.

Todos loaron esta prudente disposicion del Cid, como no podia menos de suceder, y se apresuraron á cumplir las órdenes que aquel les dió.

Una hora despues eran echados de la poblacion los moros,

de modo que solo quedaban en ella los soldados castellanos. Duelo ponian en los corazones los lamentos con que se alejaban de sus hogares aquellas gentes; pero harto sabian el Cid y los suyos que ante las leyes de la guerra es preciso muchas veces ahogar la voz de la compasion.

El oriente comenzó á sonreir con las primeras tintas del alba. En el campo enemigo todo estaba en silencio, no se oía mas voz que el alerta de los centinelas. Los sitiadores, rendidos de cansancio y de sueño con los inauditos esfuerzos que durante el dia habian hecho para asaltar la plaza y su contínua vigilancia desde que partieron de Valencia, dormian profundamente.

La hueste del Cid estaba preparada á la embestida, y no habia un caballero ni un peon que no anhelase ardientemente la señal del combate, aunque el triunfo era tan difícil de conseguir.

—Pero Bermuez, tomad vos la mi enseña, dijo el Cid, que buena cuenta dareis de ella, bien así como la disteis cuando ganamos esta plaza.

Bermuez tomó la enseña y besó agradecido la mano del que se la daba.

El Cid continuó dirigiéndose á Gil Diaz:

—Tú, mi buen Gil, debieras cabalgar á mi lado, porque algo falta á mi corazon cuando mis ojos no te ven; pero yo he de ser de los primeros que rompan el cerco y afronten el mayor peligro. Aunque tu corazon es fuerte, tu brazo es harto débil para que salgas á la frente de la hueste enemiga; atrás irán honrados y valerosos caballeros, y con ellos debes quedar.

El pálido rostro del mancebo se puso sonrosado al hablar así don Rodrigo, y sus ojos, casi siempre serenos y dulces como los del genio de la melancolía, brillaron con una especie de fiereza.

—¡Señor! murmuró Gil alzando su mirada al cielo, ¿por qué pusiste un corazon tan varonil en un cuerpo tan débil? ¿Por qué me niegas la fuerza de esos héroes que manejan la ponderosa lanza como si fuera una liviana arista?

Y volviéndose al Cid añadió:

—¡Razon teneis, señor, débil es mi brazo para combatir á

los infieles, pero mi corazon es bastante fuerte para esperar la muerte al lado vuestro. Dejadme morir á vuestro lado, señor!

El Cid se conmovió profundamente al ver la adhesion del mancebo, y comprendió la grave ofensa que por un esceso de cariño le habia hecho.

—Gil! dijo, eres honrado y bueno; ¡parece que por tus venas corre mi sangre! No ha sido mi intento ofenderte; antes bien sacrificára mi honra por acrecentar la tuya. ¡Cabalga, pues, y sal de Alcocer á mi lado!

Gil Diaz cabalgó en efecto y pareó su caballo con Babieca, que, como hacia siempre que barruntaba próximo el instante de lanzarse al enemigo, escarba la tierra con el ferrado casco y daba saltos y relinches como mostrando su impaciencia y su alegría.

—Quédense dos peones para guardar la puerta y salgamos todos al campo, dijo el Cid, y se precipitó el primero fuera de Alcocer.

Inmediatamente lo vieron los centinelas moros y empezaron á dar el grito de alarma, que se trasmitió por todo el cerco con increible rapidez. El enemigo se apercibió á la lid alzando terrible vocería, y tanto era el ruido de atambores, dice lo crónica, que la tierra queria quebrar.

Los moros formaron en un instante dos huestes numerosas, acaudilladas una por Galve y otra por Fariz, y corrieron al encuentro del Cid.

—Mesnadas! gritó este, nadie se mueva de aquí hasta que yo lo mande!

El Campeador, frustrado su intento de sorprender al enemigo, queria esperar á que se acercase para romper entonces por medio de sus haces.

—Campeador! gritó Pero Bermuez sin poder dominar su impaciencia, voy á meter la enseña en la haz enemiga!

Y espoleó con fuerza su caballo.

—Esperad, Bermuez, esperad, dijo el Cid.

Pero el audaz mancebo no oyó sus palabras, porque se encaminaba rápido como el viento al encuentro del enemigo.

Los moros le cercaban, pero tirándole furiosos golpes, de-

seosos de arrebatarle la enseña, y el audaz asturiano se defendia con heróico valor.

—Santiago! Santiago! gritan los cristianos, y los moros invocan á Mahoma.

—Herid, herid, mis caballeros! esclama el Campeador haciendo terrible destrozo en los enemigos con su invencible lanza, y á su lado pelea Gil esforzadamente, hallando en su corazon la fortaleza de que carece su brazo.

Toda la hueste del Cid toma parte en la batalla; la lucha es general, porfiada, terrible, sangrienta.

¡Con qué bélico entusiasmo canta esta terrible lucha el autor del poema del Cid! «¡Veriedes, esclama, tantas lanzas, tantas adargas, tantas lorigas rotas, tantos pendones blancos salir teñidos en sangre, tantos buenos caballos sin los dueños andar! ¡Qué bien lidian sobre el arzon dorado mio Cid, Rui Diaz! ¡Mafomat laman los moros, y los cristianos Sanctiague!»

En vano pugnan los moros por tomar la enseña del Cid, que alzada en alto por el robusto brazo de Pero Bermuez, anima á los cristianos y los guia por medio de las haces infieles. Muchos centenares de moros yacen muertos en el campo; pero no bien es rota por los del Cid la compacta y formidable masa de infieles que les disputa el paso, acude otra á reforzarla, y el combate es cada vez mas sangriento, y el triunfo mas dudoso.

Un grito de espanto resuena entre los caballeros cristianos: es que acaban de ver el inminente peligro en que se halla uno de los mas honrados y valerosos caballeros de la hueste: ¡los infieles han matado el caballo á Minaya! El heróico burgalés, aunque desmontado, se defiende valerosamente con su lanza; pero la lanza se le quiebra en un formidable bote y mete mano á la espada, y derriba de cada golpe un infiel. El Cid, seguido hasta de una docena de caballeros, acude en su auxilio y ahuyenta á los que le cercan.

—¡Un caballo, grita, un caballo para el buen Minaya! Y lanzando el suyo hácia un alguacil ó capitan infiel, cuya soberbia cabalgadura atropella las peonadas cristianas salvando

cuantos obstáculos se le presentan, dióle tan formidable tajo, que le derribó al suelo casi dividido por la mitad.

—Minaya! gritó, cabalgad, cabalgad de nuevo, que ahi teneis mejor cabalgadura que la que habeis perdido.

Minaya cabalgó en el caballo del alguacil, y rompió por medio de la morisma haciendo espantoso estrago.

Fariz y Galve bramaban de corage, viendo que su formidable ejército no bastaba á contener el impetu de la hueste del Cid, que al lado de aquel era lo que un grano de arena en los inmensos arenales de la Libia; y ambos, resueltos sin duda á morir ó vencer, se adelantaron á sus soldados y embistieron al enemigo. El Cid hizo frente á Fariz, y entre ambos se trabó un desesperado combate: la cimitarra de Fariz hirió levemente el hombro del Campeador; pero este creyó que era llegado el momento de hacer un esfuerzo sobrehumano, y sin darle tiempo á segundar, descargó tres veces seguidas su espada sobre el caudillo infiel, hiriéndole de tal modo que, segun el cronista, «su sangre destelló por la loriga ayuso.»

Fariz volvió la rienda para huir del combate, y de tal modo puso espuelas á su caballo, que el Cid no le pudo alcanzar.

Al mismo tiempo lidiaba Martin Antolinez con Galve, que viéndose mal herido con el yelmo destrozado, y ciego por la sangre que corria de su cabeza, apeló á la fuga como Fariz.

Un espantoso terror se apoderó del ejércitó infiel al ver huir á sus caudillos, y ya solo pensó en buscar su salvacion en la fuga.

Galve toma la via de Calatayud, y Fariz la de Teruel, y sus desordenadas huestes siguen al primero; pero los cristianos parten á su alcance resueltos á no volver atrás hasta que el esterminio de los infieles sea completo.

Un rastro de cadáveres y sangre se estiende desde Alcocer á Calatayud, donde al fin se refugian algunos centenares de infieles, únicos del formidable ejército que pocos dias antes habia cubierto aquellas campiñas, haciendo alarde de fuerzas capaces de aniquilar, poco era la reducida hueste del desterrado, sino los ejércitos de la cristiandad entera.

Ya tornan los del que en buen hora nació. ¡Dios, qué her-

moso viene Rodrigo, el de la bellida barba! Háse quitado la cofia que tiene prendida á la espalda, y el sudor corre por su faz sonrosada y alegre cual nunca sus guerreros la vieran. En la mano trae la tajadora espada, y la sangre infiel destella aun por su codo abajo, y á su lado viene Gil, no ya triste y pensativo como siempre camina, sino radiante de alegría. Dijérase que el gozo que brilla en la faz del Campeador se refleja en la suya!

No lejos de Alcocer hay un otero poblado de frondosos árboles, donde la vista puede deleitarse abarcando una dilatada llanura, y donde brota una fresca y cristalina fuente. Allí se paran el Cid y los que con él vienen á refrescar sus abrasados labios y á lavar la sangre musulmana que tiñe sus manos, á descansar de su penosa fatiga, á recrearse con el magnífico espectáculo de la frontera campiña, y á esperar á las que vienen detrás.

Poco á poco van estos llegando, y todos toman el camino de Alcocer, llenos de alegría, porque son incalculables las riquezas que en aquella batalla han ganado, y apenas llegan á diez los que en la hueste cristiana faltan.

Las puertas de Alcocer estaban cerradas, y no lejos de ellas esperaban la vuelta del Campeador los habitantes que la noche anterior habian sido echados de la villa. No en vano fiaban aquellas pobres gentes en la generosidad del caudillo cristiano, pues este no solo les permitió tornar á sus hogares, sino que *mandó les diesen algo*, segun la espresion del cronista, con lo cual trocaron su llanto en alegría y bendiciones.

El oro y la plata y las armas y los caballos que la hueste del Cid adquirió en aquel glorioso combate no admiten cuenta, pues solo el número de los últimos pasó de quinientos.

El Cid repartió aquellas riquezas entre su gente, reservándose el quinto segun la costumbre de aquellos tiempos, y tanto tocó á peones y caballeros, que unos y otros se creyeron ricos con aquella ganancia.

—Oid, dijo á Minaya al dia siguiente, ya que Dios nos ha dado tantas riquezas, parte de ellas quiero mandar á Castilla, y holgárame que vos fuéseis quien las llevase.

—Eso haré de buen grado, contestó Alvar Fañez Minaya.

—Quiero mandar al rey don Alfonso treinta caballos de los mejores, adornados con armas y ricos paramentos. Aquí teneis oro y plata en abundancia: tomadlo, mandad decir mil misas en Santa María de Burgos; pagad doblados préstamo y logrería á Raquel y Vidas, curando de recoger las arcas, y lo que sobrare dadlo á mi mujer y mis hijas, á quienes, como así bien al abad don Sancho y todos nuestros parientes y amigos vereis y dareis nuevas de como Dios nos valió y vencimos en esta lid. Mas como ninguna hemos tenido nosotros de los caballeros que á Castilla envié cuando lo de Castejon, temo que algunos bandidos los robáran, y aun matáran en el camino, por lo cual paréceme que os debe acompañar buen golpe de caballeros, capaces de poner espanto á quien trate de estorbar vuestro camino.

—Como vos dispongais haré, contestó Minaya.

—Señor, dijo Gil, que se hallaba presente, una gracia me atrevo á pediros.

Y al hablar así dirigió su vista hácia Castilla, con una estraordinaria mezcla de ansiedad y alegría, por una ventana que estaba á su lado.

El Cid no necesitó preguntarle qué gracia era la que solicitaba, porque habia comprendido su deseo.

—Gil! le dijo, parte á Castilla con Minaya, goza la dicha que á mí me niega Dios...

El honrado caballero se interrumpió un instante, y continuó enternecido:

—Cuando estreches en tus brazos á la mi Jimena, á la mi Sol y á la mi Elvira, diles... diles, mi buen Gil, que yo diera de buen grado estos triunfos, estas glorias, estas riquezas y prosperidades, por sentir palpitar su corazon junto al mio.

—Así lo haré, señor, contestó Gil, no menos enternecido que el buen caballero.

Y á la mañana siguiente, poco antes de despuntar el alba, salieron de Alcocer Minaya, Gil y otros treinta caballeros, y tomaron la via de Castilla, conduciendo los treinta hermosos caballos y las banderas que el Cid enviaba á don Alfonso, al que habia confiscado todos sus bienes y echádole de la tierra.

CAPITULO X.

Donde á falta de otros documentos para aclarar la verdad de esta historia, se vale el historiador de las hablillas del vulgo.

El lector recordará la casita del cobertizo situada como quien entra en Burgos por el lado del norte, y no habrá olvidado tampoco que la habitaba uno de esos hombres que tienen la desgracia de haber nacido superlativamente curiosos, como otros tienen la de haber nacido con un brazo ó una pierna menos. Necesitamos saber lo que en Burgos pasa, y parécenos que nadie podrá informarnos tan cumplidamente como aquel hombre, como Íñigo el herrador, pues el que á trueque de satisfacer su curiosidad no temia perder los haberes y los ojos de la cara cuando el Cid pasó la última vez por su puerta, hoy, que sin arrostrar aquel peligro, puede satisfacerla, ¿qué pasará en Burgos que él no se lo tenga sabido y resabido?

Íñigo está sentado á horcajadas en su banco, con el martillo en una mano y una herradura en la otra. A un lado del cobertizo está un escudero con un caballo del diestro, dando muestras de impaciencia porque Íñigo mas cuida de conversar con un villano que está de pie al lado del banco, que de adobar la herradura que en la mano tiene para aplicársela á la cabalgadura.

—Vive Dios, Bartolo amigo, dice el herrador, que en ese Barbadillo vivís como niños en el Limbo. Conque por allá nada se sabe de esto?

—Nada, maese Íñigo, contestó el villano. Júroos que mas valiera vivir en la morería que no en el tal Barbadillo que Dios confunda.

—Cierto, señor Bartolo; mas ¿por qué no tornais á morar en Burgos?

—Pluguiera á Dios que me fuera dado seguir vuestro consejo.

—Por qué no le habeis de seguir?

—Harto sabeis por qué.

—Moro se torne el hijo de mi madre si os comprendo.

—Por San Pedro de Cardeña que sois desmemoriado, maese Íñigo! Años há eché noramala á Barbadillo, y vine con mi mujer á establecerme en Burgos, ganoso de saber lo que pasa por el mundo, y si no torno allá á tiempo, me la pega la muy tal de mi mujer.

—Cierto, señor Bartolo, pero entonces vuestra mujer era moza y garrida, y ahora va siendo vieja...

—Je, je, je!... tales viejas tope yo siempre en mi lecho cuando vaya á acostarme.

Íñigo y el impaciente y mal humorado escudero soltaron la carcajada al ver la grotesca alegría que se retrató en el rostro del villano, al hacer este aquel necio elogio de las gracias de su mujer.

—Pues yo creo, repuso Íñigo, que si á vuestra mujer viene en mientes el pegárosla, harálo en Barbadillo como lo hacia en Burgos, porque si hombres hay aquí, hombres hay allá tambien.

—Cuanto á eso, descaminado vais, maese Íñigo: en Barbadillo no hay gentiles mancebos como en Burgos.

—Oh, Bartolo amigo, qué poco entendeis en achaques de hembras! como á ellas les dé antojo de pecar, pecarán con el mismo Lucifer. Hombres no habia en el Paraiso con quien pudiera pecar nuestra madre Eva, y pecó con una serpiente.

—Juro á ños, maese Íñigo, esclamó el villano despues de haber quedado pensativo un instante, que me hareis desconfiar de los santos que están en los retablos. Pero no, en Barbadillo no me hará desaguisado mi mujer, que allí asnos serán los hombres, mas no capaces de tomarle la mujer al vecino.

Íñigo iba á replicar al villano, porque segun vemos trataba de persuadirle á que viniera á establecerse á Burgos, sin duda

con el objeto de charlar todos los dias con un hombre tan amigo como él de averiguar vidas agenas; pero le interrumpió el escudero esclamando:

—Reniego yo de mi honrada casta, si en Castilla hay hombre mas bachiller y pesado que vos, maese Íñigo! Acabad de adobar esa herradura, y ponédsela á la bestia, que mi señor el de Carrion tiene malas pulgas, y si tardo media hora mas en tornar á la posada, asi me libraré yo de recibir una paliza de su mano, como de llamarme Ivan.

Íñigo dió como hasta media docena de martillazos, dos de ellos en la herradura y los restantes en la vigornia, y tornó á conversar con el villano.

—Y qué me decís, Bartolo amigo, de esos dos gentiles mancebos que há tiempo se hospedan en el alcázar?

—Así sé de quién me hablais, como de cantar misa.

—Es posible que en Barbadillo no se diga nada de la aparicion de esos mancebos en la corte!!

—Si os he dicho que en Barbadillo vivimos como bestias. Juro á ños que es gran desgracia tener que vivir allí! Contadme, contadme lo que pasa, maese Íñigo.

Y el villano se acercó al herrador frotándose las manos con alegría y estirando el pescuezo como una grulla.

—Sí haré, señor Bartolo. Vaya, vaya, conque ignorábais cosa que tanto dá que decir en Burgos há muchos dias? Pues habeis de saber...

—Maese Íñigo, esclamó el escudero dando una patada, acabaréis de adobar esa malaventurada herradura? Por San Pedro de Arlanza que si en las hembras me enojan las hablillas escusadas, me pudren la sangre en los hombres.

Íñigo calló y empezó á martillar en la herradura; pero como en el mundo cuando se dá gusto á unos se disgusta á otros, el villano dió una patada en el suelo enojado porque el herrador callaba, como la que poco antes habia dado el escudero enojado porque el herrador hablaba.

—Juro á ños, esclamó dirigiéndose iracundo al escudero, que pudiera irse noramala con su cabalgadura el bellaco del mozo!...

—Bellaco á mí! dijo Ivan pugnando por lanzarse con el puño cerrado á Bartolo; pero el caballo, cuya rienda tenia sujeta al brazo, dió un fuerte tiron y le arrastró hácia atrás. Bellaco á mí! continuaba; moros me cautiven si no rompo los cascos al don villano!

El caballo, que era vicioso é indómito, pugnaba por desenredarse dando saltos y manotadas: el escudero logró al fin aquietarle tras un buen rato de penosos esfuerzos, y gracias á este incidente no probó sus robustos puños el de Barbadillo, porque durante aquel tiempo se habia aplacado casi totalmente su enojo.

—Agradeced á Dios, dijo al villano, que no puedo soltar esta fiera, porque atropellaría cuanta gente transita por Burgos, que si no yo os enseñaría á ser mas comedido de lengua...

—Dad por terminada esta querella, señor Ivan, le interrumpió el herrador, que si vos vinieseis de Barbadillo como este amigo viene, solo por saber las nuevas que corren por la ciudad, como él hubiérais enojo de que no os dejáran oirlas.

—Poned la herradura al caballo con doscientos demonios, y dejad pláticas inútiles, esclamó el escudero.

Íñigo tornó á martillar en silencio, y Bartolo, que no podia dominar su impaciencia por saber las nuevas que con tanta pompa se le habian prometido, le dijo por lo bajo:

—Conque contadme, contadme, maese Íñigo, eso de los mancebos hospedados en el alcázar. Juro á ños que debe ser cosa buena cuando tan sonado decís que es en la ciudad.

—Pues habeis de saber, contestó el herrador sin atreverse á interrumpir su tarea, que á poco de venir don Alfonso de Leon, donde estaba cuando echó de la tierra al Campeador, vi pasar por aquí dos gentiles caballeros como de hasta una veintena de años cada uno, seguidos de pages y escuderos. Parecióme que debian ser varones de cuenta segun la riqueza de su arreo, y asi que pasaron osé preguntar quiénes eran á uno de sus servidores, el cual me respondió que el mas alto de ellos se llamaba el caballero del Halcon, de uno que lleva estampado en el yelmo, y el otro el caballero del Aguila, de una que tiene en el escudo.

—Ira de Dios, cuánto huelga uno de oir estas cosas! murmuró el villano estremeciéndose de alegría: el herrador continuó:

—Encamináronse al alcázar los tales caballeros, sin cuidar de lo mucho que hay que ver en la ciudad, y segun me ha contado un servidor de su merced, el rey don Alfonso los recibió como si fueran sus iguales, y mandó que como á tales se los tratára.

—Por quien soy que esto merece oirse! dijo Bartolo alargando mas y mas el pescuezo, y reventando de gozo. ¿Pero quiénes son esos mancebos? Juro á ños que contais las cosas con una calma!...

—Eso nadie lo sabe en Burgos, como no sea el rey, que si lo sabrá.

—Vive Dios que es gran desgracia! De juro serán reyes, si don Alfonso los trata como á sus iguales.

—Que si los trata decís? No hay cosa que no haga para obsequiarlos y proporcionarles contentamiento y solaz; diviértelos con justas y torneos, acompáñalos á la caza...

—Oh, qué gran desgracia es que no hayan ido á los bosques de Barbadillo!

—A los de Cardeña fueron de recien llegados, y cierto que es digno de contarse lo que aquel dia hicieron, pese á los señores de ese escudero, que tamaña ojeriza tienen á los de Vivar.

—Por el alma de Cain que es ruin ventura vivir en Barbadillo, donde vive uno como las bestias salvages! Decid, maese Íñigo, decid pronto qué hicieron esos mancebos en Cardeña.

Íñigo habia alzado dos ó tres veces la vista, y viendo los gestos de impaciencia que el escudero hacia, se habia dado prisa á terminar el adobe de la herradura. El villano se consumia de impaciencia y le instaba sin cesar para que continuase el cuento.

Íñigo empezó á preparar el casco para sentar la herradura.

—Pues habeis de saber, continuó, que un oso espantable se hallaba á punto de devorar á las hijas del Campeador, que habian ido á solazarse con su madre en los bosques de Cardeña, y esos mancebos las salvaron de la fiera con un valor digno del mismo mio Cid.

—Oh Dios, qué buenos caballeros!

—Buenos como hay pocos, que no es eso todo lo bueno que han hecho desde que vinieron á Burgos.

—Decid, decidme, maese Íñigo, que me abraso de impaciencia...

Íñigo comenzaba á clavar la herradura.

—Pues habeis de saber...

—Oh mala centella os tumbe á vos y al sandio que así os distrae, que me habeis quebrado un dedo con el martillo! esclamó el escudero haciendo un gesto de dolor, y sacudiendo una mano, mientras sostenia con la otra el casco del caballo.

En efecto, el herrador no solo daba una en el clavo y otra en la herradura, sino que habia dado en la mano de Ivan.

—Perdonad, dijo al escudero, y tened sin cuidado, que no tornaré á lastimaros. No á distraccion debeis atribuir mi mal tino, sino á la convulsion nerviosa que en mí produce el recuerdo del caso que iba á contar á este honrado villano.

Estas palabras de Íñigo, como es de presumir, avivaron mas y mas la curiosidad del palurdo, que en aquel instante hubiera dado su mano derecha por verse á solas con el herrador, á fin de que este se esplicase sin que le interrumpiesen importunos.

—Conque continuad, maese Íñigo, dijo; y añadió como para captarse la benevolencia de Ivan: continuad, y tened cuidado de no lastimar á este gentil mancebo, que sobrada razon tiene para querellarse de vos, segun la sangre que destella por su mano. Decíais...

—Decia que en esos caballeros tenian dos generosos protectores los pobres, los oprimidos, y los calumniados. Un dia salieron de Burgos sin mas acompañamiento que dos escuderos, y se encaminaron al señorío de Vivar, sin mas objeto, al parecer, que el solazarse cabalgando por aquellas campiñas, animadas á la sazon con la recoleccion de la mies. Aquel Martin Vengador, que en otro tiempo sirvió en la mesnada del Cid, y ahora mora en Vivar, donde su señor le dió casa y hacienda, tenia toda la mies reunida en la era cabe su casa. Sin saber quién la habia puesto fuego, la mies comienza á arder alzando

altas llamaradas, que el viento esparce por todos lados. Era la hora de la siesta, y así Martin como su familia y sus vecinos dormian tranquilamente, por lo cual el incendio tomaba cuerpo sin que nadie procurase ponerle coto. Viéronle desde lejos los caballeros de quien hablo, y acudiendo allá con los escuderos rápidos como el viento, comienzan á llamar á las gentes de Vivar, descabalgan y se arrojan los primeros á apagar el fuego á riesgo de perecer entre las llamas. La mies de Martin estaba consumida, y el incendio habia hecho presa en la casa. Animan con su ejemplo á los labriegos, les ofrecen premios, y así se estingue el fuego á corto rato, salvándose la casa de Martin. Los desconocidos recompensan liberalmente á cuantos habian contribuido á cortar el incendio, infórmanse de las pérdidas que Martin habia esperimentado, tornan á cabalgar y echan á los pies del desconsolado labriego en buen oro monedado el valor de aquellas pérdidas. Martin y su familia, llorando de regocijo, se lanzan á besar sus pies en muestra de gratitud; pero ellos meten espuelas á sus cabalgaduras, y se alejan á escape por la campiña.

—Bendiga Dios tan honrados caballeros! esclamaron á la vez el escudero y el villano, pues á Ivan habia interesado tanto la narracion de Íñigo, que la habia escuchado sin impacientarse á pesar de que el herrador, mientras lo hacia, habia cuidado muy poco de asegurar la herradura.

—Aun no sabeis todo lo bueno que sé de ellos, dijo Íñigo.

—Ira de Dios, esclamó el villano, meneando la cabeza con enojo, que tan loables hechos se ignoren en ese malaventurado Barbadillo! contadnos, maese Íñigo, contadnos...

—Sí, si, añadió el escudero, contadnos cuanto sepais de esos mancebos.

—Háme contado un villano de Santisteban de Gormaz que al dirigirse esos caballeros á Burgos, caminaban Duero abajo cerca de Santisteban, departiendo muy tranquilos, cuando mas abajo de la puente oyeron gritos lastimeros y ahogados en el rio. Apresuráronse á averiguar quién los daba, y vieron un caballero que luchaba con la corriente, tiñéndola de sangre, y casi exhausto de fuerzas. Arrojáronse al rio, y á pesar de que

iba tan crecido y rápido que sus caballos con ser fuertes y acostumbrados á la fatiga apenas podian resistirles, se apoderaron del caballero herido y náufrago, y tornaron con él á la rivera. Lleváronle en seguida á Santisteban, buscaron allí gentes caritativas y honradas que le cuidasen y proporcionasen los auxilios que hubiese menester, para lo cual dejaron oro en abundancia, y continuaron su camino, sin otra pesadumbre que la de no haber parecido por allí á tiempo para salvar á otros tres hombres, cuyos cadáveres vieron á la corriente arrastrar.

—Juro á ños, esclamó el villano, que perdiera los ojos de la cara antes que tornar á Barbadillo sin ver á esos mancebos.

—Y yo, dijo el escudero, tentado estoy de no servir de hoy mas al de Carrion, solo porque es enemigo suyo.

—Ira de Lucifer! esclamó indignado el de Barbadillo. ¿Será posible que esos mancebos siendo tan buenos tengan enemigos?

—Tiénelos el Campeador, y bueno es si buenos hay en el mundo. ¿Cómo estrañais, hermano, que esos mancebos los tengan?

—Razon que os sobra teneis, maese Íñigo. Y cierto que injustas enemistades en nadie son menos de estrañar que en los de Carrion, calumniadores eternos y enemigos irreconciliables desde muy antiguo de mio Cid, del que en buena hora nació, del mejor caballero de la cristiandad. ¿Y sabeis por qué son enemigos los de Carrion de esos caballeros?

—Porque esos caballeros son amigos de mio Cid.

—Amigos de mio Cid! esclamó el villano. Eso solo les falfaba para ser cumplidos en todo.

—Y tanto lo son, que desde que ellos asisten á la corte, van perdiendo el pleito los émulos del de Vivar, que lo son todos los que rodean á don Alfonso, aparte del de Lara, y dos ó tres ricos-homes mas. Hánme dicho que no há mucho delante del mismo rey tomaron la defensa del Campeador, y echaron en cara á don Sucro y al de Cabra sus maldades.

—¡Guárdelos Dios de alguna ruin celada, que no dejarán de armársela esos traidores! esclamó el villano.

—Algo pudiera contaros yo de eso, dijo el escudero con mucho misterio y dándose importancia.

Íñigo y Bartolo suspiraron de alegría é interrogaron á la vez al mancebo con el gesto y con la palabra.

—Acabad de herrar la cabalgadura, dijo Ivan á Íñigo, y entonces os daré mas de una nueva que os interese.

El villano hizo un gesto de disgusto é impaciencia, y el herrador, que á no aguijarle la curiosidad hubiera necesitado media hora aun para terminar su obra, la terminó en dos minutos.

—Contadnos, Ivan, contadnos eso, dijeron á la par Íñigo y Bartolo rodeando al escudero. Este tornó á arrendar á su brazo el caballo, y dijo:

—Habéisme jurar que guardaréis el secreto que voy á confiaros.

—Os lo juramos por nuestra alma!

—Ya sabeis que mi señor no peca de indulgente, y si supiera que uno de sus servidores...

—Sí, sí, ya sabemos que os haría ahorcar por el pescuezo si supiera que nos habiais contado lo que en su palacio pasa, interrumpió Íñigo ardiendo en impaciencia: conque decís...

—Digo que os encargo el secreto...

—Juro á ños, esclamó el villano desesperado, que sois mas pesado que el mismo plomo! Contadnos con mil demonios eso que decís.

—Pues habeis de saber que aun no habian puesto la planta en Burgos esos mancebos, cuando ya mi señor los odiaba á muerte y les habia armado una celada.

—Qué nos contais, hermano! esclamó Íñigo.

—La verdad es la que os cuento. Mi señor sabia sin duda que esos mancebos venian á la corte, y mandó á un Juan Centellas y otros bandidos á la puente del Duero para que los matasen; pero acertaron á pasar antes que ellos otros dos caballeros, que ignoro quiénes eran ni de dónde venian, y los bandidos se equivocaron echando al rio á los que no debian echar, y dejando continuar el camino á los que debian pescar en la celada.

—Ira de Lucifer! esclamó Íñigo; segun eso, el caballero á quien salvaron esos mancebos era de los que fueron acometidos en lugar de ellos.

—Seguramente.

—¿Y no os dijo el villano de Santisteban quién era el que allí estaba restableciéndose?

—Las heridas que tenia eran tales, que le quitaban el uso de la palabra.

—Qué alma de Neron debe tener el tal don Suero vuestro amo, esclamó el de Barbadillo.

—Con mas motivo aun lo dijérais si yo os mostrase las señales que en mi espalda tengo de las palizas que he recibido de su mano.

—¿Y por qué no dejais su servicio, si tan malo es y tan mal os trata?

—Tengo padres en el condado de Carrion, y si yo hiciera lo que me aconsejais, los echaría mi señor del condado, lo que montaría tanto como matarlos, pues allí han nacido y allí tienen el único medio de ganar el pan.

—¡Ira de Dios, qué gana tendrán todos los de aquella tierra de que se lleve el diablo al tal don Suero para verse libres de señor tan malo!

—Hermano, equivocado estais, que los villanos de Carrion antes bien que desear la muerte á don Suero, piden á Dios que le conserve la vida largos años.

—Juro á ños que no lo entiendo.

—Fácil cosa es entenderlo si os digo que don Suero es un santo comparado con sus sobrinos los infantes don Fernando y don Diego, que han de sucederle en el gobierno del condado.

—Ira de Luzbel! ¿Conque tan buenas alhajas son esos mancebos?

—Los discípulos aventajan al maestro. En tanto que su tio asiste á la corte muy metido en intrigas y quisquillas de cortesanos, los infantes moran en el castillo de Carrion entregados á solaces muy cristianos é inocentes.

—Y qué solaces son esos? preguntaron Íñigo y el villano con suma impaciencia.

—Solázanse los muy nobles y esclarecidos sucesores de los condes de Carrion embriagándose la mitad del tiempo, y la otra mitad apaleando á sus vasallos y forzando cuantas doncellas y casadas son de su gusto.

—Justicia de Dios! esclamaron horrorizados Íñigo y Bartolo. ¿Y no hay rayos en el cielo para confundir á esos aleves?

—Tengo para mí que Dios no echará en saco roto sus maldades, y tarde ó temprano daráles su merecido.

—¿Pero qué hace don Alfonso que no pone coto á tantos desafueros?

—Don Alfonso no lo sabrá, dijo Íñigo, que si lo supiera, es harto bueno para tolerarlo. El mayor defecto de su merced es creer que todos son tan buenos como él, y el arrepentirse hoy del castigo que ayer impuso. Don Sancho, el que murió en Zamora á manos de Bellido, desterró para siempre de sus reinos á don Suero, al conde de Cabra y otros ricos-homes que conspiraban y trataban de perder al de Vivar; y don Alfonso, que al empuñar el cetro confirmó aquella determinacion de su hermano, al fin y al cabo vino á alzar el destierro á los tales nobles y á devolverles sus bienes, y lo que es mas increible aun, á concederles privanza en la corte, de lo cual procede la ruina del Campeador.

—¿No dicen, repuso el villano, que el Campeador fué echado de la tierra por haberse quejado Almenon el de Toledo de que habia entrado por su señorio sin reparar que era aliado de Castilla?

—Cierto que Almenon se querelló, y esa fué la coyuntura que aprovecharon el de Carrion y otros para calumniar y perder á mio Cid.

Aquí llegaban en su plática el herrador y sus interlocutores, cuando notaron que la gente que transitaba por aquellas inmediaciones corria hácia la iglesia de Santa Gadea, que estaba al pie de la cuesta por donde se subia al alcázar. Apresuráronse á preguntar cuál era la causa de aquellas carreras, y como supieran que la gente corria á ver al rey y á los caballeros desconocidos que bajaban á la ciudad, Ivan arrendó precipitadamente el caballo á uno de los postes que sostenian

el cobertizo, y los tres corrieron presurosos hácia Santa Gadea.

El caballo, como si participase de la curiosidad de aquellos entrometidos bachilleres, un instante despues dió un tiron de la rienda, y logrando desarrendarse, salió á escape atropellando á los transeuntes.



CAPITULO XI.

De como Jimena y sus hijas tornaron á Burgos, y lo que al llegar las sucedió.

El dia en que las hijas del Cid se vieron espuestas á ser devoradas por una fiera en los bosques vecinos á Cardeña, dieron los villanos un nuevo testimonio de su amor y su adhesion á los de Vivar. Pronto circuló por aquella campiña la noticia del riesgo que Sol y Elvira habian corrido, y abandonando mujeres y hombres sus labores, acudieron á la granja donde dejamos á Jimena y sus hijas, aun no repuestas de su profundo terror.

La familia del Cid tornó al monasterio acompañada de los pobres campesinos, que lloraban de alegría y bendecian á Dios y á los animosos mancebos que habian salvado á las dos hermosas niñas. Tambien el venerable abad don Sancho lloraba de regocijo y mostraba á Dios su gratitud, uniendo su acento al de los monges, que la mañana siguiente entonaban el solemne Te Deum en el magnífico templo santificado con la sangre de los mártires.

La salud de Jimena y sus hijas se quebrantó mucho con aquel accidente; pero como la juventud tiene en su exuberancia de vida y en su propension á dar hoy al olvido los contratiempos de ayer el mas eficaz remedio para curar sus dolencias, pronto las inocentes niñas recobraron su lozanía y su hermosura. Tambien Jimena recobró al fin la salud del cuerpo, pero la enfermedad de su alma iba en aumento de dia en dia. Por mas que la noble señora se esforzára en ocultar á sus hijas la profunda tristeza que la devoraba, no siempre lo podia conse-

guir: Sol y Elvira lloraban cuando sorprendian las lágrimas en los ojos de su madre, pero esta procuraba sonreir y hacerlas creer que sus lágrimas eran de alegría, porque tenia buenas nuevas de Rodrigo y de Gil, y entonces aquellos ángeles inocentes se entregaban á una felicidad sin límites.

Don Sancho veia con dolor la tristeza que abrumaba á Jimena, y veia tambien que Sol y Elvira estaban cada vez menos alegres.

—Vuestra imaginacion, decia á la primera una apacible tarde de otoño, se cubre de tristes sombras en este encierro, aprisionada entre estos sombríos muros. Salid del monasterio todos los dias, pasead acompañada de vuestras hijas y vuestras dueñas por la campiña, que no alejándoos mucho, no debeis temer el peligro que la última vez que salísteis os amenazó.

—El campo! esclamó Jimena, el campo, tan agradable para mí otro tiempo, me inspira una invencible repugnancia desde el dia que me recordais. Dejad, señor, que viva aquí con mis recuerdos y mi tristeza, hasta que Dios me devuelva la alegría con el amado esposo cuya suerte ignoro. Dios mio! ¡qué sería de mí, qué de Rodrigo, si un funesto accidente nos arrebatára á nuestras hijas, esos pedazos del corazon que constituyen nuestra ventura en el mundo!

—Ya que no por vos, por vuestras hijas debeis salir alguna vez de esta triste morada. ¿No veis con cuánto afan contemplan la campiña desde la ventana de su estancia, cuánto las alegran los cantares de los labriegos que llegan aquí débilmente, cuánto anhelan salir á perseguir los pájaros y las mariposas que ven revolotear en las avenidas del monasterio?

—Cierto es cuanto decis, señor.

—La juventud há menester respirar libremente, há menester aire, libertad, luz, flores, movimiento, vida, ese es su elemento, y fuera de él pierde su lozanía y verdor.

—Pues bien, dijo Jimena, seguiré vuestro consejo; mas no buscaré el solaz de mis hijas vagando por la campiña, sino yendo á Burgos, donde hallarán la vida y el movimiento que aquí faltan, donde las esperan las caricias de amigos y parientes á quienes há mucho no ven.

—Sí, sí, id á Burgos con ellas, permaneced allí algunos dias, procurad distraerlas y distraeros, y tornad aquí luego, para que el tiempo se os haga menos pesado compartiéndole entre Burgos y Cardeña.

—Muéveme tambien á ir á Burgos el deseo de ver á los generosos mancebos que salvaron á mis hijas, para manifestarles la ardiente gratitud que mi pecho abriga, ya que no me fué dado hacerlo cuando aquel inolvidable beneficio recibí de ellos.

—Teneis razon, señora; en Burgos podreis satisfacer ese laudable deseo; dícese que aun están en la corte esos caballeros, tan generosos y benéficos como misteriosos...

Don Sancho se interrumpió viendo llegar á Sol y Elvira, quienes le saludaron á la vez con veneracion y cariño.

—Venimos á buscaros, madre mia, dijo Sol, para que os solaceis con nosotras viendo la campiña desde la ventana de nuestra estancia. ¡Oh qué bello es el campo al esconderse el sol en el ocaso!

—¿Por qué, añadió Elvira, estamos siempre encerradas aquí? ¡Si viérais, madre, cuán tristes nos ponemos cuando vemos por la ventana las gentes que vagan por la campiña mostrando su alegría en sus cantares, y pensamos que nosotras no tenemos la dicha que ellas tienen! ¿Recordais cuando íbamos con vos á coger flores á la rivera del Arlanzon al salir el sol en la primavera y el verano? ¡Qué vida tan alegre pasábamos en Burgos, y qué tristes vivimos en Cardeña!

—¿Quereis tornar á Burgos, hijas mias? preguntó Jimena.

—Sí, sí, tornemos allá! esclamaron á una voz las niñas, saltando de contento y acariciando á su madre, y añadieron dirigiéndose á don Sancho:

—Señor, decid á nuestra madre que nos lleve á Burgos, para que no estemos tristes como aquí.

—Mañana, dijo Jimena, iremos allá!

Una nube de tristeza disipó de repente la alegría que respiraba el rostro de Elvira, como si un pensamiento doloroso acabára de brotar en la mente de la hermosa virgen, que exhaló un profundo suspiro.

—¿Qué tienes, hija mia? la preguntó Jimena.

—Ay madre! contestó Elvira; me acuerdo de Gil!...

—Sí, sí! dijo Sol, entristeciéndose y suspirando á la vez. ¡Cuando morábamos en Burgos, nos acompañaba Gil á todas partes, nos hacia guirnaldas de flores, y trepaba á los árboles para alcanzarnos los pajarillos cuyo nido descubríamos!...

—¿Por qué está tanto tiempo sin venir á vernos? murmuró Elvira con profundo sentimiento. Nuestro padre no puede venir porque el rey no quiere, pero Gil sí puede.

—Gil no ha sido echado de la tierra; háse ido porque esa fué su voluntad.

—Se fué, hijas mias, se fué y no vuelve, porque ama á vuestro padre, y quiere estar siempre á su lado para consolarle cuando esté triste hablándole de nosotras; moriríamos de dolor si vuestro padre muriera.

—Oh! sí, teneis razon, madre; moriríamos de pena si nuestro padre perdiera la vida en la batalla, asintió Sol en estremo conmovida.

—Hace bien Gil en no tornar, en estar siempre al lado de nuestro padre, dijo Elvira, no menos conmovida que su hermana.

Jimena y don Sancho sentian sus ojos arrasados en lágrimas al escuchar á las niñas, y creyeron que no debia prolongarse mas aquella conversacion, que tan dolorosamente afectaba á todos, y la interrumpieron encaminándose todos al templo, donde comenzaban los oficios de la tarde, pues era víspera de una solemne festividad.

Despuntaba el sol el dia siguiente cuando la familia del Cid tomó el camino de Burgos, acompañada de algunos servidores de los monges de Cardeña.

Era deliciosa la mañana: á pesar de aproximarse el invierno, la nieve no habia empezado aun á coronar las crestas de los lejanos montes; el cielo estaba azul, la temperatura era grata como la de la primavera, y esmaltaba los campos esa alfombra de suave y verde yerba que brota en el otoño cuando á las lluvias que Dios envía para apagar los ardores del estío suceden dias de sol vivificador y apacible, si así nos es lícito lla-

mar el sol que calienta y no quema, que consuela y vivifica á la naturaleza moribunda y desolada.

Grande fué la alegría que Jimena y sus hijas esperimentaron al acercarse á Burgos, al descubrir sus altos campanarios, al oir el toque de sus campanas, al percibir ese sordo rumor que anuncia la vida que se agita en el seno de las grandes capitales; pero como las dichas del mundo son siempre incompletas, segun la esperiencia nos dice y segun afirma Fernan Caballero, el Walter Scott castellano, el que con pincel mas diestro y sentimiento mas delicado y espíritu mas generoso ha pintado las costumbres del pueblo español, un pensamiento doloroso turbó de repente aquella alegría. ¡Jimena y sus hijas recordaron que no les era dado traspasar el umbral de su antigua morada, que estaban cerradas para ellas las puertas del ilustre solar donde tanta dicha habian gozado en otro tiempo!

Ay! permítanos el que este libro lea desgarrar nuestro corazon considerando el profundo dolor que deben esperimentar esas almas sensibles y buenas, esos hombres que dán culto á los recuerdos, que se arrodillan ante las tradiciones, que consideran parte de su sér y de su vida la vida y el sér de sus antepasados, cuando al tornar al pueblo nativo tras una ausencia mas ó menos larga, encuentran desierto ú ocupado por estraños el hogar de sus padres.

Todos los dias recordamos una dolorosa historia que nos contaron cuando aun éramos muy niños.

Llegamos por primera vez á una aldea, y empezando á recorrerla con infantil curiosidad, vimos una cruz de piedra junto á un monton de ruinas cubiertas de zarzas cuyo verde follage pacía una manada de cabritillos de los que cuidaba un niño de corta edad, sentado en un sillar en medio de ellos.

—Por qué han puesto aqui esta cruz? preguntamos al pastorcillo.

—Esa es la cruz del indiano, nos contestó aquel.

—Y por qué se llama así?

—Si quereis que os lo cuente, venid acá y sentaos en esta piedra, que no quiero perder de vista mis cabritos.

Siguiendo el consejo del niño, nos sentamos en medio de

las ruinas, y tan viva era nuestra curiosidad, que por tal de satisfacerla nos hubiéramos sentado allí aunque hubiésemos oido silbar los reptiles entre las raices y los escombros.

—«Un jóven de este pueblo, continuó el pastorcillo, se embarcó para las Indias, porque sus padres eran muy pobres y deseaba proporcionarles una vejez tranquila y descansada. Conforme se iba alejando de las costas de España, iba poniéndose triste, tanto que el capitan del barco temió se le muriera en alta mar; pero luego consideró que aun no eran viejos sus padres, y que en su pueblo dejaba algunos que habiendo estado mucho tiempo en América, al volver habian encontrado completa su familia, y eran dichosos compartiendo con ella sus tesoros. Esta idea, y la de la dicha que le esperaba cuando volviese cargado de riquezas á abrazar á sus padres y sus parientes, le consoló al fin, y desembarcó en Méjico lleno de alegría. Se dedicó al comercio por espacio de muchos años, y poco á poco se fué haciendo rico: de dia trabajaba sin tregua, y pasaba la mitad de la noche acordándose de sus padres, de la casa en que habia nacido, del campo en que jugaba y de los árboles á que trepaba en su niñez, y la otra mitad descansando y soñando que era llegado el dia de su embarque para España. Al fin aquel dia llegó: deseando sorprender á sus padres, se encaminó á la aldea una hermosa noche de verano en que la luna alumbraba como el sol á mediodia, sin que le arredrase el peligro de ser asaltado por los malhechores, de que habia dejado infestados los caminos la guerra de la Independencia que acababa de terminar. Llegó á la aldea temblando de alegría, y casi sin aliento ni fuerzas para sostenerse, se dirigió á la casa de sus padres, que no se veía hasta llegar á ese altillo donde está la cruz. Al llegar ahí, dirigió hácia acá la vista, y dando un grito tan penetrante y tan doloroso que le oyeron todos los de la aldea y á todos llenó de terror, cayó al suelo como si le hubiese herido un rayo; y cuando acudieron los vecinos á socorrerle le encontraron muerto. Donde esperaba ver la casa de sus padres, habia visto el monton de ruinas en que estamos sentados, pues los franceses habian quemado la casa, y sus dueños habian muerto poco despues de pesadumbre.»

Al terminar el pastorcillo esta corta pero dolorosa historia, nos arrodillamos al pie de la cruz, y nos alejamos de aquel sitio con los ojos arrasados en lágrimas y el corazon traspasado de dolor.

Y cómo no recordar esta triste historia al ver á Jimena y sus hijas llorando ante su hogar querido, donde reina el luto y la desolacion!

Precisamente el dia y la hora en que entraron en Burgos, eran el dia y la hora en que departian Iñigo, Ivan y el villano de Barbadillo á la puerta del primero, en los términos que hemos visto en el capítulo anterior.

Encaminábanse á casa de Fernan Diaz, hermano de Rodrigo, donde esperaban ser recibidas con la alegría y el cariño propios de tan allegados deudos, cuando notaron un movimiento inusitado en la muchedumbre que embarazaba las calles, y que se dirigia con precipitacion hácia la iglesia de Santa Gadea.

Jimena atribuyó á algun acontecimiento desgraciado aquella agitacion y aquellas carreras, y como tratára de cerciorarse, supo que el pueblo corria á ver á los misteriosos caballeros hospedados en el alcázar que bajaban á la ciudad. La noble señora creyó que Dios la deparaba ocasion de satisfacer en lo posible la deuda de gratitud que tenia contraida con aquellos mancebos, é imitó á la muchedumbre encaminándose con sus hijas y las dueñas que la acompañaban hácia la bajada del alcázar.

Delante de la iglesia de Santa Gadea habia una estensa plaza á la que desembocaban muchas calles: allí se detenia el pueblo y allí se detuvo la familia del Cid, esperando la llegada de los mancebos, que se encaminaban al templo, cuyas campanas llamaban al santo sacrificio de la misa.

Al fin los mancebos llegaron, y Jimena, asiendo de la mano á sus hijas, rompió por medio de la multitud á su encuentro, lo que no le fué difícil, pues todos, impulsados por un sentimiento de amor y respeto, se apresuraban á dejarlas el paso libre. Iba la agradecida madre á postrarse de hinojos ante los salvadores de sus hijas, de las dulces prendas de su corazon,

cuando un tumulto espantoso estalló entre la muchedumbre, que huía desatentada dando gritos de terror, atropellándose en horrible confusion.

Un soberbio corcel acababa de entrar en la plaza atropellándolo todo: los gritos de la multitud escitaban mas y mas su fiereza, no habia quien se atreviese á sujetarle, y era horrible el estrago que en su desenfrenada carrera hacia. Jimena y sus hijas huyeron desatentadas por la plaza, y por una fatalidad estraña el caballo siguió la misma carrera que ellas. Corrian, gritaban demandando auxilio; pero las fuerzas les iba faltando y nadie acudia á salvarlas, y percibian ya el hálito ardiente de la fiera, que se lanzaba sobre ellas cada vez mas furiosa.

Pero de repente lanzan un grito de alegría todos los espectadores de aquella espantosa escena, y resuenan vítores y aplausos por todas partes. Jimena y sus hijas, que ya no se sienten abrasadas por el soplo del corcel, vuelven la cara y á su vez lanzan un grito de alegría. Uno de los dos misteriosos caballeros se arroja al caballo, y asido á su cuello con una fuerza de Titan, le impide continuar su sangrienta carrera. Empero el fogoso corcel salta y bota y brega y se esfuerza por desembarazarse de los poderosos lazos que le aprisionan, y se halla á punto de conseguirlo, porque sus fuerzas son superiores á las del caballero, á quien arrastra ya por la arena, y el terror se vuelve á apoderar de la multitud; pero otro mancebo llega en aquel instante al lugar de la lucha y se lanza tambien al cuello del caballo, que al fin se rinde al poderoso esfuerzo de aquellos audaces mancebos.

Jimena y sus hijas, faltas de aliento, dominadas aun por el terror, y pálidas como cadáveres, huyen de aquellos fatales sitios, y se encaminan á casa de su deudo Fernan Diaz.

CAPITULO XII.

De como se solazaron en el alcázar de Burgos los del bando de Carrion.

Hallábase el rey don Alfonso en un salon de su alcázar de Burgos algunos dias despues de los sucesos que en los anteriores capítulos hemos narrado, y le acompañaban multitud de caballeros de los mas ricos y nobles de Castilla y de Leon.

En tanto que el rey departia amistosamente con los mas próximos á su asiento, los demás caballeros conversaban tambien entre sí divididos en grupos esparcidos por el salon. Uno de estos grupos se componia del conde de Cabra, de su hijo Nuño Gomez, y otros cuatro caballeros de los mas afectos al bando de los de Carrion. Hablaban en voz muy baja, pero no tanto que alguien no notase que el Cid era el objeto de su plática. Esta cesó de repente, y los ojos de los interlocutores se clavaron en el rostro de don Suero, que en aquel instante entraba en el salon, como si tratasen de adivinar el sentimiento que al conde de Carrion animaba.

Don Suero saludó reverentemente al rey, que le devolvió el saludo con mucha benevolencia, y en seguida se unió al grupo de sus amigos. Así estos como él tornaron la vista á su alrededor, como para informarse de si á su lado habia alguien que pudiese escuchar sus palabras, y viendo que nadie podia escucharlos, tomó don García la palabra para interrogar á don Suero.

—Qué nuevas traeis? le preguntó.

—Buenas, contestó el de Carrion.

La alegría animó el rostro de todos los circunstantes, y sobre todo el de don García.

—Contadnos, dijo este con suma curiosidad, contadnos esas felices nuevas. ¿Ha tornado ya Juan Centellas?

—Aun no, y cierto que no lo estraño, pues si despues de dar el golpe ha tenido ocasion de dar otro, la habrá aprovechado, que si él puede matar dos pájaros de una pedrada, no matará uno.

—Harta razon teneis, don Suero, y á fé que me inquieta la avaricia de ese bandido.

—Cierto, pues hay que pagar sus servicios á peso de oro.

—No se funda en eso mi inquietud, don Suero.

—Pues en qué?

—Fúndase en la circunstancia de habernos exigido Centellas, y dádole nosotros esta vez como la otra, instrucciones escritas y firmadas de nuestra mano.

—Infundados me parecen vuestros temores.

—Plegue á Dios que lo sean.

—Ese hombre callará porque le pagan.

—Mas pudieran pagarle porque hable.

—No saben nuestros enemigos que posee secretos dignos de ser comprados. Y aunque lo supieran, creeis que están muy sobrados de oro? Ved á la familia del de Vivar sustentándose con la limosna de los monges de Cardeña.

—Pero el de Vivar se enriquece en su destierro.

—Poco debe importarnos, si conseguimos como hasta aquí que sus riquezas no lleguen á manos de sus deudos ó parciales. Fácil nos será además librarnos de Juan Centellas cuando no le necesitemos.

—Veo, don Suero amigo, dijo el de Cabra con chancera sonrisa, que si un dia os dí lecciones del arte de conspirar, hoy necesito recibirlas de vos. Pero, qué buenas nnevas eran esas que traíais?

—Las gentes venidas de Aranda, dicen que se han visto flotar Duero abajo multitud de cadáveres destrozados por la corriente.

—Ese Juan Centellas es hombre que entiende su oficio!

Aplaudimos la otra vez su manera de soterrar los muertos, y estimulado por aquellos aplausos, continúa su sistema...

—Sabeis si don Alfonso tiene noticia de haber despachado el Cid á Minaya con presentes para él?

—Nada sabemos aun; mas si la tiene, hemos menester hacerle creer, como otra vez hicimos, que el de Vivar supone enviarle ricos presentes para acreditarse de liberal y buen vasallo entre sus soldados.

—Así lo haremos, don García.

—Conviénenos tambien inspirarle sospechas de que el de Vivar trata de volver á Castilla á tomar venganza de su destierro, valido de las riquezas y la gente que va allegando en las Alcarrias. Así irá trocando en odio esa aficion que le tiene, á pesar de lo que con él ha hecho.

Don Suero y sus amigos trataron de acercarse al rey.

—Sabed, dijo este dirigiéndose á los cortesanos en general, que en Lusitania comienzan á revelarse los moros, animados sin duda por la inaccion en que yacen las armas de Castilla de algun tiempo acá. Habremos menester mandar gente allá para darles una leccion tan severa como las que recibieron en tiempos de mi buen padre que está en gloria.

—Eso debeis hacer, señor, contestó el de Lara. No sea que los infieles atribuyan nuestra quietud á impotencia, y se envanezcan tanto que para humillarlos sea preciso derramar mucha sangre cristiana. Mengua es además que la enseña de Castilla yazga cubierta de polvo, cuando tan ancho campo hay en España donde pueda ondear en servicio de Dios y honra y provecho vuestro. En los tiempos que corren, los buenos caballeros no deben dar vagar á la espada.

—Desde hoy mismo, dijo don Alfonso, quiero ocuparme en allegar gente para partir contra los rebeldes con una hueste capaz de sujetarlos de modo que nunca vuelvan á alzar la cabeza. Yo mismo he de capitanear nuestra gente, y espero que en Castilla y Leon no habrá buen caballero que deje de acompañarme á tan noble empresa.

—Sí, todos los nobles de vuestros reinos os acompañarán, esclamaron muchos caballeros con belicoso entusiasmo; pero

el conde de Cabra, el de Carrion y algunos otros pertenecientes al mismo bando guardaron silencio. Don Alfonso lo notó y dijo:

—Holgárame saber la opinion de todos los que me escuchan acerca de la empresa que trato de acometer. ¿Nada decís vos, don García, ni don Nuño, ni don Suero Gonzalez?

—Señor, contestó el de Cabra afectando humildad y respeto, á fuer de leal debo hablaros con entera franqueza: paréceme poco prudente la empresa que meditais, porque vuestra presencia es ahora mas necesaria que nunca en Castilla.

—No os comprendo, buen conde, esclamó el rey.

—Quiéroos decir, continuó don García, que la gente de armas que tratais de llevar á Portugal tal vez os hará falta muy pronto en el corazon de Castilla para defender esta tierra, siempre fiel, no de mahometanos, sino de un castellano desleal y ambicioso que trata de vengar el merecido destierro á que le condenásteis.

—Qué decís, don García! esclamó el rey levantándose de su asiento entre sorprendido é indignado.

—Dígoos, señor, que el de Vivar, envanecido con los triunfos que ha alcanzado sobre la morisma y con las riquezas de que se ha hecho dueño, trata de traspasar la frontera y venir á encender la guerra civil en su patria.

—Imposible! imposible! calumniais al de Vivar, don García!

—Señor, no merezco el nombre de calumniador, porque os hablo con leal franqueza.

—Perdonad, buen conde, si espresándome mal os he ofendido. Quiéroos decir que aquellos de quienes habeis recibido esas noticias han calumniado al de Vivar. Resentido estará el Campeador del que le condenó al destierro; pero durante su larga vida militar, ha dado á Castilla hartas pruebas de lealtad y amor, para que ahora vuelva su espada contra ella.

Un murmullo de aprobacion á las palabras del rey se alzó en el salon.

—Señor, dijo don Suero, las noticias que yo tengo respecto á los planes del Cid están contestes con las que tiene el noble conde de Cabra.

—Y las nuestras tambien, añadieron otros caballeros del bando del de Carrion.

—Pues yo, esclamó don Diego Ordoñez de Lara no pudiendo contener por mas tiempo su indignacion, yo sostengo aquí y sostendré en cualquiera parte, que don Rodrigo Diaz de Vivar no tiene los infames proyectos que sus enemigos le atribuyen.

Nuevos murmullos se alzaron al hablar así el de Lara, algunos de desaprobacion, y de aprobacion los mas.

Don Suero, don García y los de su bando no tuvieron por conveniente responder al reto del de Lara, sin duda porque recordaron que aquel mismo caballero era el que algunos años atrás habia retado á Zamora y habia lidiado con los hijos de Arias Gonzalo, que salieron á defenderla de la mancha que se habia lanzado sobre ella atribuyéndola connivencia con Bellido Dolfos, el traidor asesino de don Sancho el fuerte.

—Sostendré á la faz del mundo entero, continuó don Diego Ordoñez de Lara, que don Rodrigo Diaz de Vivar es el mejor vasallo de don Alfonso VI.

—Ved, don Diego, le interrumpió el conde de Carrion, que al defender al de Vivar acusais al rey, pues el que supone inocente al condenado, acusa juntamente al juez que le condenó. ¿Tan injusto creeis al rey de Castilla, que hubiera desterrado al mejor de sus vasallos?

Esta insidiosa interpretacion de las palabras del de Lara indignaron á todos los caballeros honrados que las oyeron, incluso el mismo don Alfonso.

—El rey de Castilla, dijo este, no há menester que salgais á su defensa, buen conde, que el de Lara no le ha ofendido para creerlo así; bástele saber que don Diego siempre fué un buen caballero y un vasallo leal.

—El rey, continuó el de Lara, animado por la benevolencia del monarca, el rey de Castilla obró en justicia al desterrar al Cid, y no obstante el Cid era y es buen vasallo y buen caballero. Un esceso de valor y de celo por la gloria de su patria y la ley de Dios le hizo penetrar en el ardor de la batalla en los dominios de un rey amigo de dón Alfonso: aquel rey

pidió reparacion de la ofensa que Castilla le habia hecho, y Castilla se la dió del único modo que podia dársela, desterrando con lágrimas en sus ojos al soldado que involuntariamente habia dado lugar á la querella.

—Así debe esplicarse el de Vivar su destierro, dijo el rey: y acaso antes de mañana pruebe cuán distinto se halla de negarme vasallage, que Minaya y otros caballeros han partido de Alcocer á poner en mis manos á nombre de su caudillo las banderas musulmanas ganadas por el Campeador.

—Permitidme, señor, dijo el conde de Cabra, que desvanezca vuestras esperanzas de recibir ese presente. El de Vivar, queriendo hacer alarde de buen vasallo entre sus soldados, hace correr la voz de que os destina parte de sus ganancias, que no obstante guarda como el mas ruin avaro, quizá para vengar con ayuda de ellas el destierro á que está condenado.

—Don García, esclamó el rey, vuestra antigua enemistad con el Cid os hace juzgar mal en todo á ese esforzado caballero.

—En prueba de que esta mi opinion es fundada, os puedo citar un hecho, señor: recordad que despues de tomar el Cid á Castejon, hubísteis nuevas de que el de Vivar os enviaba el quinto de la presa, y los que debian traerle no han llegado aun.

—En la puente del Duero fueron asaltados por una banda de malhechores uños caballeros que venian hácia Burgos, y que fueron arrojados al rio. Quizá aquellos caballeros serían mensageros del de Vivar, y los bandidos salieron á su encuentro para despojarlos del oro que traian.

Don García y don Suero no pudieron menos de estremecerse al ver que don Alfonso sabia algo de la hazaña que por órden suya habia llevado á cabo Juan Centellas.

No obstante, iba el conde de Cabra á replicar á don Alfonso, cuando se detuvo oyendo una gran vocería hácia la ciudad.

El rey y los cortesanos se acercaron á las ventanas que daban hácia aquella parte, prestando atencion á aquellas voces.

El rumor seguia en aumento, y parecia acercarse cada

vez mas al alcázar, distinguiéndose algunos víctores harto confusos para conocer á quién se dirigian.

El rey mandó á uno de sus criados bajar á la ciudad é informarse de lo que en ella pasaba, y un instante despues tornó el criado, diciendo que hasta veinte ó treinta caballeros, entre los cuales se hallaba Alvar Fernandez Minaya, traían ricos presentes del Campeador á don Alfonso.

Al oir esta fatal nueva, don Suero y don García se miraron consternados, participando de su despecho todos los de su bando, y el rey y el de Lara y otros muchos caballeros no pudieron contener un grito de alegría.

—Ved, dijo don Alfonso al conde de Cabra, ved si calumniábais al Campeador.

La vocería se oyó muy distintamente en aquel momento. Todos los que se hallaban en el salon se agolparon á las ventanas. Un gentío inmenso desembocaba en la plaza de Santa Gadea, y comenzaba á subir la cuesta del alcázar dando vivas al rey, al Campeador y á Minaya.

—Señor, esclamó don Suero desesperado, dirigiéndose al rey, oid, oid como el rebelde populacho victorea al de Vivar, como os insulta protestando vuestra autoridad con esos víctores á un hombre á quien habeis arrojado de Castilla. Mandad que vayan vuestros maceros á imponer silencio y castigo á esos villanos.

—Callad, don Suero Gonzalez, gritó el rey con voz severa, y dejad que el pueblo muestre su amor al que él llama el que en buen hora nació, que ese pueblo pecaria de ingrato y mereciera el desprecio de todos los buenos, si hubiese olvidado lo que Castilla debe al Cid.

—Mirad, señor, mirad! esclamó el de Lara regocijado señalando hácia la cuesta.

El rey dirigió la vista hácia el punto que don Diego le indicaba, y distinguió á los mensageros del Cid. Minaya caminaba el primero; en pos de él subian otra porcion de caballeros, cada cual con una bandera musulmana en la mano, seguian muchos escuderos llevando del diestro soberbios corceles ricamente enjaezados con paramentos de seda y oro y ricos alfan-

ges damasquinos prendidos de los arzones, y por último, se veían no pocas acémilas cargadas.

El pueblo continuaba acompañando á los mensageros, y atronando el espacio con sus entusiastas víctores.

Un instante despues, Alvar Fañez Minaya suplicaba al rey le permitiese comparecer á su presencia, cuya gracia le fué inmediatamente concedida.

—Señor, dijo el honrado burgalés, dadme á besar vuestra mano. Y se postró de hinojos ante el rey.

—Alzad, buen Minaya, le contestó don Alfonso dándole á besar su mano, «y sonriendo fermoso,» como dice el Homero del Aquiles castellano.

No contento el rey con aquellas muestras de bondad, echó sus brazos al cuello de Minaya.

—El Cid Rui Diaz, que en buen hora ciñó espada, dijo Alvar Fañez, ha vencido en lid campal dos reyes moros por nombre Fariz y Galve, y quitádoles grandes haberes...

—Oh qué buen lidiador es el de Vivar! esclamó don Alfonso no pudiendo contener su regocijo.

—A vos me envía, continuó Minaya, para que en su nombre os preste fiel homenage, y os entregue como prueba del amor y el respeto que os tiene, treinta caballos ricamente enjaezados, con sendas espadas en los arzones, otras tantas enseñas moriscas, y muchas armas y telas, todo de la presa que hizo cabe los muros de Alcocer á la morisma de Valencia.

—De grado tomo el presente del Campeador, contestó don Alfonso, y no menos me huelgo de que vos, Minaya, seais el que en mis manos le pone. Tal prueba de lealtad me dá el Cid con este mensage, que me pesa verle fuera de mis reinos; mas debo tales servicios y amistad tan grande á Almenon el de Toledo, en cuyas tierras y casa hallé, como vos sabeis, generosa hospitalidad un tiempo, que por no enojarle no alzo el destierro al Campeador desde hoy mismo. Decídselo así al de Vivar, y decidle tambien que á él y á vos y á cuantos le han seguido al destierro, devuelvo sus honores y sus haciendas, y aun doy licencia así á nobles como á pecheros, para que se acojan á la enseña de don Rodrigo, cuando hayan voluntad de hacerlo.

—Gracias, señor! esclamó Minaya lleno de júbilo, queriendo postrarse de nuevo á los pies del rey, que no se lo consintió. Gracias os doy por vuestra clemencia en nombre del Cid Rui Diaz, en el de sus caballeros y en el mio!

—Há tiempo, le interrumpió don Alfonso, esperaba yo la prueba de lealtad que el Campeador me dá hoy.

—Y há tiempo, contestó Minaya, despachó don Rodrigo mensageros que os la dieran; mas los mensageros no llegaron á vos, acaso porque serian asaltados en el camino como lo hemos sido nosotros, si bien hemos sido mas afortunados que aquellos debieron ser, pues, merced á venir en mayor número, hemos vencido á los salteadores que nos acometieron en la puente del Duero, y precipitado á la corriente los mas de ellos.

—Será posible, esclamó Alfonso disgustado, que mi poder no baste á esterminar esas bandas de malhechores, que como salidas del centro de la tierra aparecen en los caminos de mis reinos! En tiempo de mi buen padre, y aun á mi advenimiento al trono, protegia á los transeuntes la hermandad de los Salvadores, que se deshizo con motivo de ir á la guerra los que la componian; pero es mi voluntad que la hermandad vuelva á existir. Sobrada razon teneis, buen Minaya; que hácia el mismo sitio donde habeis sido acometidos, lo fueron há tiempo unos caballeros que perecieron en el rio, y aquellos debieron ser los que el Campeador mandaba á mi presencia.

Don Alfonso siguió largo rato departiendo amistosamente con Alvar Fañez Minaya, y aun con los demás caballeros que en su compañía habian venido, y los despidió á todos con grandes muestras de cariño.

Durante aquella audiencia el pueblo continuaba en las cercanías del alcázar, victoreando al rey, al Campeador, y á los caballeros por este diputados. Cuando los mensageros del Cid se dejaron ver, de nuevo el pueblo dobló su entusiasmo y sus aclamaciones, acompañando á aquellos á la ciudad, donde el regocijo no tuvo límites asi que se supo el resultado de la audiencia de Minaya con don Alfonso.

Asi que este se separó de aquellos caballeros, tornó gozoso al salon donde poco antes le vimos rodeado de sus cortesanos,

que permanecian aun allí esperando su vuelta, los amigos del Cid llenos de alborozo, y los enemigos con el despecho pintado en la faz.

Don Alfonso fué dirigiendo familiarmente la palabra á los primeros, congratulándose con ellos por la lealtad y los triunfos del Campeador, y no se dignó hablar á los segundos.

Don Suero, don García y otros del mismo bando, deseosos sin duda de desahogar la rabia que ardia en su corazon, dirigieron la palabra al rey; pero este les volvió la espalda sin contestarles, lo que tomaron, y acaso lo era en efecto, por una prueba de que á don Alfonso era enojosa su presencia en el alcázar.

Entonces aquellos malos caballeros, llenos de rabia y de desesperacion, fueron abandonando el alcázar, jurando tomar venganza no solo del Cid y sus partidarios, sino del mismo rey.

Y cuando bajaron á la ciudad su ira llegó al último estremo, pues vieron la alegría en todos los semblantes, y engalanados balcones y ventanas con flores y tapices, como si aquel dia fuese uno de los mas gloriosos para Castilla.



CAPITULO XIII.

De lo que pasaba en Cardeña el mismo dia en que los mensageros del Cid entraron en Burgos.

El cielo habia amanecido aquel dia azul y transparente, y el sol habia brillado sin que la mas ligera nubecilla le oscureciese un instante. Hartos motivos de tristeza tenian Jimena y sus hijas; pero aquel dia, sin que ellas mismas supiesen la causa, habian sentido una alegría inefable, una de esas dulces inquietudes que solo tienen símil en la que sentimos cuando abrigamos una hermosa esperanza cuya realizacion creemos cercana. ¿Presiente nuestro corazon el bien? Antes de terminar el presente capítulo, sabremos si la contestacion á esta pregunta debe ser afirmativa ó no.

El sol iba perdiendo su alegría conforme se acercaba á su ocaso, y no obstante continuaban alegres el corazou de Jimena y el de sus hijas, á pesar de que, como todos los corazones sensibles y elevados, participaban comunmente de la tristeza ó la alegría de la naturaleza.

Jimena estaba sentada al lado de una ventana que daba á occidente, y por la cual se descubria un estenso horizonte vago y fantástico á aquella hora, con esas misteriosas y diáfanas nieblas que al acercarse el crepúsculo de la tarde se alzan de los rios y las lagunas como si fueran las nubes de incienso que la agradecida naturaleza eleva á su Criador; y al otro lado de la ventana estaban Sol y Elvira, ocupadas cada cual en bordar con prolijo cuidado una tela de seda que se asemejaba á una banda; Jimena se ocupaba tambien en una labor parecida á la

de sus hijas, la que interrumpia con frecuencia para examinar la de aquellas.

—Ved, madre, dijo Elvira, ya he terminado el halcon.

—Y yo, añadió Sol, espero terminar mañana el aguila. Lástima y grande es que el sol se esconda ya tras las montañas, porque nos va á faltar pronto la luz.

—Dejad, hijas mias la labor, que mañana la continuaréis, dijo Jimena.

—Sí, madre, asintió Elvira, mañana bordaremos el mote. Sabeis ya cuál ha de ser?

—No, hija mia; dijéronmelo en Burgos y le he olvidado; mas creo que debeis sustituirle con otro que se refiera al sentimiento que os mueve á bordar y regalar esas bandas.

—Teneis razon, dijeron ambas niñas.

—Dejadme discurrir uno, y le adoptarémos si os agrada, añadió Elvira.

Y la hermosa niña se puso á cavilar, con el índice en su rosado labio, como recomendando el silencio á su madre y su hermana, y la vista fija en el cielo melancólicamente alumbrado por los últimos rayos del sol.

Jimena y Sol guardaron un profundo silencio, y pasado un instante, dijo Elvira con muestras de satisfaccion:

—Ya me ha ocurrido! veamos si es de vuestro agrado: *Cumple al fuerte defender, y al débil agradecer.*

—Oh qué bella y que espresiva es esa letra! esclamaron alborozadas Jimena y Sol.

—Esa y no otra debe ser la que ambas bordeis en la banda, dijo la cariñosa madre: «Cumple al fuerte defender...» Ved aquí el elogio de vuestros salvadores: defienden al débil porque tal es el deber de los fuertes, «y al débil agradecer...» Vosotras sois débiles, y cumplis el vuestro agradeciendo el beneficio que de los fuertes habeis recibido, siendo esas bandas la espresion de vuestro agradecimiento. Dejad, hijas mias, dejad por hoy vuestras labores, que el dia se halla á punto de terminar.

Las niñas, radiantes de alegría, recogieron en efecto sus labores en un canastillo que colocaron en un velador inmedia-

to, y siguiendo el ejemplo de su madre se asomaron á la ventana.

—Madre mia, dijo Sol, es posible que no hayamos podido saber el verdadero nombre de los esforzados y generosos mancebos á quienes por dos veces hemos debido nuestra salvacion!

—Ya sabeis, dijo Jimena, cuántas diligencias hé hecho para averiguarlo; mas no estrañeis que todas hayan sido vanas, cuando ni aun la curiosidad del vulgo ha podido penetrar el estraño misterio en que esos caballeros se envuelven. Bástenos saber que son generosos y buenos, para respetarlos y vivirles siempre agradecidas, siendo lo único que debemos sentir el que su escesiva modestia no nos haya permitido acercar á ellos por mas que lo hemos intentado, para mostrarles nuestro entrañable reconocimiento.

—Démonos prisa, dijo Elvira, á terminar de labrar las bandas que han de ceñir su pecho, que esa espresion de nuestra gratitud llegará á ellos con mas facilidad que nuestras palabras.

—Oh cuánto amarán nuestro padre y Gil á esos mancebos, cuando sepan los beneficios que les debemos! esclamó Sol.

Este recuerdo del caballero y el mancebo, ausentes hacia tanto tiempo, vino á agitar el tierno corazon de Jimena y el de sus hijas.

—Asegúrase en Burgos, dijo la noble esposa del Cid, que vuestro padre ha alcanzado grandes triunfos sobre la morisma. Háseme puesto en la imaginacion, sin saber por qué, que antes de mucho hemos de tener nuevas suyas.

—Sí, sí, asintió Elvira muy alegre, y esas nuevas no pueden ser malas, porque si lo fueran, no sentiríamos este alborozo inesplicable que sentimos tras tantos dias de tristeza y postracion.

—El rey está arrepentido de haber dado oidos á malos consejeros, y echado de Castilla á vuestro padre, debiéndose su arrepentimiento á los esfuerzos que el de Lara y esos mancebos desconocidos y otros caballeros no menos honrados han hecho, para apartar de la honra del Cid la negra mancha que sobre ella se ha querido echar. Oh! plegue á Dios que el dia de la reparacion llegue pronto!

—Sí, llegará, madre mia, esclamó Elvira, y entonces tornarán nuestro padre y Gil, y ya nunca nos separarémos!

—Dios mio, murmuró Sol, qué dicha tan grande será esa!

—Sí, muy grande, hijas mias, añadió Jimena, cuyos ojos brillaban de alegría ante la idea de felicidad que con tanta fé esperaban sus hijas.

La noche se iba acercando, ya solo se distinguia vagamente como una línea blanca trazada sobre un fondo oscuro, el camino que conducia del monasterio á Burgos.

Una pequeña eminencia limitaba el horizonte por aquel lado. En el punto en que trasponia aquella eminencia el camino para descender por la falda opuesta, aparecieron unos caballeros cuyo bulto se destacaba claramente sobre el fondo cárdeno del cielo.

Jimena y sus hijas dieron un grito de alegría al verlos.

—Veis, hijas mias, dijo la primera, veis aquellos caballeros? Paréceme que conozco á alguno de ellos, sin que pueda esplicarme quién es, pues solo se distingue el contorno de su sombra.

—Sí, sí, madre, esclamaron á la par Sol y Elvira; á nosotras nos parece lo mismo.

Una agitacion inesplicable, una inquietud, un temblor que á la vez era cruel y agradable, se apoderó de madre é hijas.

Y los caballeros continuaban á paso acelerado hácia el monasterio.

Jimena y sus hijas pugnaban por rasgar con la vista las tinieblas para examinarlos.

Las campanas del monasterio comenzaron en aquel instante á repicar alegremente, anunciando una solemne festividad que el dia inmediato celebraba la iglesia.

Aquella estraña coincidencia fué considerada como un agüero feliz por Jimena y sus hijas, cuyo alborozo apenas cabia en el pecho.

Y los caballeros se hallaban ya á tiro de ballesta del monasterio; mas como aumentaba la oscuridad conforme caminaban, los ojos de Jimena y los de las niñas, fijos constantemente en ellos, aun no los habian podido reconocer.

Los herrados cascos de los caballos resonaron al fin en una ancha plaza empedrada, que se estendia entre la fachada principal del monasterio y el muro que á este rodeaba. Un instante despues, dos caballeros penetraron en la estancia donde se hallaban Jimena y sus hijas, sin dar tiempo á que se les anunciase, pues tal era su impaciencia por ver á aquellas, ó tal su deseo de sorprenderlas.

Eran Alvar Fañez Minaya y Gil.

—Gil! Minaya! esclamaron á la par Jimena y las niñas, locas, trastornadas, delirantes de alegría, lanzándose al encuentro de los recien venidos.

É impulsadas por el corazon, que en sus supremas embriagueces desprecia esos valladares conque la sociedad hipócrita y ceremoniosa ha aprisionado el sentimiento, enlazaron sus brazos con los de Gil y Alvar Fañez Minaya, cuyas lágrimas de alegría se mezclaron con las suyas.

—Y mi Rodrigo?

—Y nuestro padre?

Tales fueron las primeras palabras que la esposa y las hijas del Cid pronunciaron despues de aquella primera espansion de su alegría, de su cariño, de su agradecimiento.

—Él es, contestó Minaya, quien nos envía á vuestra presencia para que derramemos el consuelo en vuestro corazon contándoos los triunfos y las prosperidades de todo género con que Dios endulza las amarguras de su destierro y su apartamiento de las prendas que mas ama en este mundo.

—Señor! Señor! murmuró Jimena alzando los ojos al cielo arrasados en lágrimas, mis hijas y yo te bendecimos porque así compensas las tribulaciones que al bueno prodigan los inicuos, y porque has dado tan buen padre á esos ángeles sin mancilla y tan buen esposo á mí!

Y las niñas, deshechas tambien en lágrimas de regocijo, alzaron los ojos á Dios, acompañando con el corazon la santa plegaria de su madre.

La luz del nuevo dia comenzaba á penetrar por la ventana, desde donde Jimena y sus hijas habian visto apagarse la luz del dia anterior, y aun conversaban con Gil y Minaya, con ani-

macion estrema, la tierna esposa y las hijas de Rodrigo, y el abad don Sancho, que lleno de alborozo habia acudido á estrechar contra su seno al mancebo y á demandar nuevas del Campeador, tan pronto como habia sabido la llegada de aquellos.

El lector concebirá fácilmente lo que nosotros no acertamos á describir, aunque tambien lo concebimos; el lector oirá los elogios de Gil y de Minaya á Rodrigo al narrar los gloriosos hechos del noble caudillo; verá las lágrimas y el júbilo de los que á aquellos escuchan; verá las tiernas caricias que Jimena, Sol y Elvira prodigan al delicado mancebo, que prefiere arrostrar al lado del noble desterrado las fatigas, las privaciones y los peligros de la guerra, á la quietud y seguridad y el regalo de que pudiera gozar dentro de los muros de Cardeña, al lado de la cariñosa señora, á quien ama como si hubiese sido concebido en su seno, y de las angélicas niñas, á quienes profesa el cariño del mas tierno de los hermanos; el lector, por último, se figurará hasta qué punto acrecentó el buen Minaya el gozo de sus oyentes al referir su entrevista con don Alfonso, al poner en su noticia que el monarca castellano devolvia la honra y la hacienda á los que habian seguido al Campeador, y eximia de todo castigo á los que en adelante le siguiesen.

Minaya habia cumplido en gran parte su mision cerca de la familia del Cid; su familia, á quien apenas habia tenido tiempo de ver, reclamaba su presencia, y todos los circunstantes estaban rendidos por las emociones que durante aquella noche habian esperimentado. Así, pues, dispuso tornar inmediatamente á Burgos.

—Señora, dijo á Jimena, á vuestro lado queda Gil, de quien podreis saber todo cuanto yo pudiera añadiros acerca de vuestro esposo. Impaciente ese honrado mancebo por veros, é impaciente yo tambien, apenas he dado tiempo á mi familia para estrecharme en sus brazos.

—Sí, tornad á su seno, Minaya, dijo Jimena, que por mi corazon juzgo el de vuestra familia.

—Dentro de cuatro dias, añadió Alvar Fañez, tornaré á despedirme de vos, de vuestras hijas y del santo abad que está presente, y á buscar á Gil para que regresemos á la hueste del

Campeador, que nos esperará con impaciencia, y á quien han de alborozar mucho las venturosas nuevas que le llevaremos.

Alvar Fañez Minaya tomó inmediatamente el camino de Burgos acompañado de su escudero.

Al declinar la tarde de aquel mismo dia se hallaban Jimena, sus hijas y Gil en la misma estancia en que los vimos al declinar la tarde del dia anterior. La felicidad mas cumplida se retrataba en el semblante de todos.

Sol y Elvira se hallaban aun en el último período de la infancia; pero ya se advertia en ellas el desarrollo físico y moral de la adolescencia, y su hermosura, realzada por ese encanto que prestan á la faz las fruiciones del alma, embelesaba al tierno y delicado mancebo, á quien prodigaban el nombre de hermano.

Jimena contemplaba con inefable delicia y profundo enternecimiento la escena que Gil y las niñas estaban ofreciendo á sus ojos hacia largo rato; Gil, cuyo carácter tenia comunmente por distintivo la gravedad y la tristeza, mostraba entonces la puerilidad y la alegría de un niño; Sol y Elvira le abrumaban á preguntas; querian que las esplicase todo lo que, tanto su padre como él, habian hecho, pensado y sentido durante su larga ausencia, y Gil las complacia con una satisfaccion, con una oficiosidad, con un entusiasmo estremo. Cuando se ocupaba de Rodrigo se conmovia profundamente, hasta el punto de arrasarse sus ojos en lágrimas, y entonces las hermosas niñas participaban de su entusiasmo y su emocion, y queriendo mostrar su gratitud al que así amaba y admiraba al que las habia dado el sér, enlazaban sus brazos al cuello de Gil, le abrumaban de caricias, y mezclaban sus lágrimas con las del generoso mancebo.

En presencia de aquellos arrebatos no bastaban las lágrimas, ni las bendiciones, ni los dulcísimos nombres, á desahogar el corazon de Jimena de la ternura que en él rebosaba: la tierna madre echaba sus brazos sobre el grupo encantador que sus hijas y Gil formaban, y le estrechaba contra su seno con delirante amor.

—Contadme, hermanas mias, contadme vuestras alegrías y



Lám. 4.

Y la niña enseñó á Gil la venda con infantil alegría.

vuestras tristezas durante nuestra separacion, dijo Gil á las niñas cuando ya nada que contar le quedaba á él.

—Ay Gil! ay hermano! respondió Elvira. Tristezas nada mas tenemos que contarte. ¡Qué alegrías podiamos tener estando nuestra madre triste y no estando nuestro padre y tú á nuestro lado? ¿No sabes el riesgo que corrimos de ser devoradas por una fiera en el bosque?

—Dios mio! esclamó Gil aterrorizado. Contadme eso, Elvira, contádmelo.

Elvira satisfizo el deseo del mancebo, rindiendo un entusiasta tributo de gratitud á los caballeros que las salvaron en los bosques de Cardeña.

—Tampoco sabes, añadió, cuán espuestas estuvimos no há mucho en Burgos nuestra madre y nosotras á perecer á los pies de un caballo desbocado.

Gil se sobresaltó nuevamente y rogó á Elvira que le refiriese aquella terrible aventura. Complacióle la hermosa niña, y el mancebo quedó mudo de sorpresa al oir qué los mismos que salvaron en los montes de Cardeña á Sol y Elvira, las habian salvado en la plaza de Santa Gadea.

—Si viérais, dijo Sol con infantil candor, cuán apuestos y esfrozados son los mancebos á quienes debemos la vida! Si supiérais cuán agradecidas les estamos y cuánto amor les tenemos!

Gil guardó silencio un instante, y una nube de tristeza pareció velar el júbilo que animaba su rostro; pero de repente recobró su alegría y dijo:

—Cierto, hermanas mias, que debeis y aun debemos todos eterna amistad y eterna gratitud á esos mancebos Oh! con cuánto placer diera yo mi vida por los que salvaron la vuestra!

—Mira, Gil, dijo Elvira tomando el canastillo en que habian guardado la labor la tarde precedente, mira qué bandas estamos bordando Sol y yo para regalar á esos mancebos en prueba de nuestro agradecimiento.

Gil examinó las bandas que la niña le presentaba.

—Te agradan, hermano? le preguntaron á un tiempo Sol y Elvira.

— Sí, contestó Gil, como haciendo un penoso esfuerzo para pronunciar aquel monosílabo.

Las niñas comprendieron que su obra no agradaba mucho á Gil; pero atribuyeron aquel desagrado á no estar terminado aun el bordado, y continuaron charlando con estrema alegría y locuacidad.

Gil se habia puesto muy triste, tan triste que las niñas lo notaron y le preguntaron la causa.

— Es, contestó, qne me ha asaltado el recuerdo de que dentro de muy pocos dias nos separarémos... Dios sabe si para no tornar á vernos nunca!

— Gil! alma mia! esclamó Jimena sobresaltada, qué dices!

— No te vayas, hermano, no te vayas! clamaron las niñas.

Y prorumpiendo en llanto madre é hijas, se abrazaron al desconsolado mancebo.

— Ah! sí, repuso este, necesito tornar al lado de mi señor! Quién le consolaria cuando esté triste? ¡Quién comprenderá lo que su corazon siente si yo no estoy á su lado!

— Tienes razon, Gil, tienes razon, dijo Jimena suspirando.

— Oh! sí, torna al lado de nuestro padre, añadió Sol; nosotras tenemos á nuestra madre para alegrarnos cuando estemos tristes, y él á nadie tiene cuando tú no estás á su lado.

Gil sintió vivos remordimientos considerando que los caprichos de su corazon habian turbado por un momento la alegría de las que le rodeaban, y se indignó de si mismo. Por algunos momentos consiguió aparecer alegre y feliz; pero la tristeza volvió poco á poco á aparecer en sus palabras y en su rostro, y aquel dia, que tan alegre habia comenzado, terminó muy triste para el pobre mancebo, y muy triste tambien para Jimena y las niñas, que no podian estar alegres no estándolo Gil.

Llegó por fin el dia en que Minaya habia determinado dejar á Burgos para tornar á la hueste del Campeador. El honrado burgalés habia visitado á los amigos y deudos de Rodrigo, habia entregado á Raquel y Vidas los seiscientos marcos que prestaron á aquel y recogido las arcas, y ya no le quedaba que hacer mas que repartir entre Jimena y don Sancho el oro que le habia sobrado. Así, pues, convocó los caballeros que habian venido en

su compañía, y se encaminaron todos á San Pedro de Cardeña.

Apenas salieron de la ciudad comenzaron á unírsele caballeros de los mas esforzados y nobles de Burgos, de modo que cuando llegó á Cardeña contaba un centenar de buenos lidiadores su escolta ó escuella, como la crónica le llama.

Grande fué la alegría que la llegada de Minaya habia causado á Jimena y sus hijas algunos dias antes; pero grande fué la tristeza que esta vez esperimentaron porque era llegado el momento en que Gil se apartase de ellas.

Mil marcos de plata conservaba Alvar de los que el Cid le habia dado, y entregó ochocientos á Jimena y los restantes al abad para bien del monasterio.

Gil se dispuso á partir.

Al sentimiento que en Jimena y las niñas causaba aquella separacion, se juntaba el que de antemano lastimaba su alma viendo al noble mancebo sumido en una tristeza tan profunda como inesplicable.

Ni una ni otras tenian ya nada que encargar á Gil respecto á Rodrigo, porque ya lo habian hecho de antemano.

Tambien era doble la tristeza del mancebo: á la misteriosa tristeza que desde el dia siguiente al de su llegada se notaba en él, se unia la que naturalmente debia causarle la despedida.

Abrazóle tiernamente Jimena, abrazáronle tambien Sol y Elvira, y Gil cabalgó con dificultad, porque le cegaban las lágrimas y sus fuerzas desfallecian.

Los caballeros partieron entre las bendiciones y el llanto de los moradores de Cardeña.

Jimena y sus hijas lloraban tanto, que su llanto partia los corazones.

Y muchos varones de los mejores de Castilla continuaban acogiéndose á Alvar Fañez Minaya; y fueran tantos, que cuando el honrado burgalés, que caminaba delante de la mesnada, tornó la faz por ver si aun descubria los chapiteles de Burgos, contó hasta doscientos caballeros, á cual mas apuestos y bien armados.

Minaya iba muy alegre; íbanlo tambien sus caballeros; pero el pobre Gil caminaba abismado en su profunda tristeza.

CAPÍTULO XIV.

Donde se habla de una horrible conjuracion.

Un mancebo mahometano paseaba con grandes muestras de impaciencia por una suntuosa estancia del palacio de la Aljafería en Zaragoza.

El sol comenzaba á inundar de vivos colores la dilatada campiña fecundada por el Ebro y sus tributarios el Gállego y el Huerva.

El mancebo á quien nos referimos se asomó á un mirador desde el cual se descubria la populosa ciudad y el estenso y rico paisage qué la rodeaba, y permaneció largo rato contemplando aquel inmenso panorama. Ora entreabria sus labios la sonrisa, ora los contraía el enojo; ya brillaban sus ojos de alegría, ya permanecian inmóviles y sombríos.

Luchaban, pues, en el alma de aquel mancebo pasiones diametralmente opuestas.

—Por el sumo Alá, murmuró siguiendo en su contemplacion, que el reino de mi padre es un paraiso! A las puertas de ese paraiso estoy hace muchos años, y no llega el dia en que penetre en él y goce sus delicias, qne nada aprovechan á mi padre, viejo y estragado como es. Veinte y cinco años cuento ya; mi juventud, la edad de los amores y los placeres, va pasando, y aun no he visto realizados los sueños de toda mi vida, aun no me he sentado en un trono, aun no soy soberano señor de esas vastas llanuras que contemplan mis ojos, aun no soy rey de Zaragoza!

El mancebo calló y tornó á quedar en muda y sombría con-

templacion; pero se irguió de repente y añadió con una siniestra sonrisa:

—El ansiado dia se acerca; mañana será rey de Zaragoza Ben-Alfange, si hoy lo es Almudafar. Oh! cuán ancho campo debe abrirme con la astucia y la cimitarra para desquitarme de la estrechez en que hasta aquí me he ahogado: estén á mí mandar los soldados de mi padre y lleve yo el nombre de rey, que pronto será mio todo Aragon, y mis vasallos todos esos reyezuelos que le han ido dividiendo entre sí!

El mancebo se apartó del mirador, y tomando una especie de martillo que habia sobre un velador, dió un golpe en una plancha de bronce, que resonó con prolongada y aguda vibracion: un esclavo apareció en la puerta de la estancia, inclinándose reverentemente.

—Di á Omar que deseo verle, dijo el mancebo apoyándose muellemente en un riquísimo cojin.

Un instante despues penetró en la estancia un venerable anciano, que saludó con sumo respeto al mancebo, sin que este le devolviese el saludo.

—Te llamo, le dijo el jóven, para preguntarte por mi padre.

—De gran contento me sirve, contestó el anciano, porque buenas son las nuevas que os traigo.

Aben-Alfange hizo un gesto de disgusto, que en vano trató de reprimir.

—Qué nuevas son esas? preguntó con despego.

—Gracias al santo Alá y á la eficacia de la ciencia que indignamente profeso, mi señor y vuestro padre está fuera del peligro que durante muchos dias le ha amenazado.

El mancebo espresó aun mas distintamente que antes su disgusto, y esclamó:

—¿No me dijiste anoche que el peligro era cada vez mas grave?

—Ciertamente, señor.

—¿De qué sirve tu ciencia, si tan groseramente te engaña?

—La ciencia humana no blasona de infalible: anoche no me engañé al deciros que la vida de vuestro padre estaba en inminente riesgo: estábalo en efecto; pero Dios, que puede tornar

la vida á un cadáver, ha querido mostrar su poder arrancando del borde del sepulcro al magnánimo Almudafar.

—¿Y estás persuadido de que recobrará la salud completamente?

—Creo que podrá abandonar el lecho dentro de muy pocos dias.

El despecho de Aben-Alfange rompió los diques que con dificultad le habian contenido hasta entonces.

—Callad, imbécil anciano! ¿Por qué os empeñais en prolongar la vida del viejo caduco á quien el sepulcro reclama?

El médico dió un paso atrás, como si quisiera huir el contacto de aquel mónstruo que así desconocia el afecto filial y ultrajaba á la humanidad y á la ciencia.

—Príncipe! esclamó con altivez, Omar es vasallo de vuestro padre, y á vos os acata por hijo de su rey; pero el médico solo reconoce por Señor á Dios, y solo á la humanidad sirve. Dios quiere prolongar la vida de vuestro padre, y al médico no toca contrariar sus designios, antes bien está obligado á secundarlos.

—Dios no puede querer que la vida de Almudafar se prolongue.

—Vuestro padre es un buen creyente y un buen rey.

—El nombre musulman se menoscabará mientras él ocupe el trono: los nazarenos arrastran la media luna á las pies de sus corceles en los campos de Calatayud y Daroca, y Zaragoza los verá muy pronto á sus puertas. Si Almudafar ocupa el trono el dia que se acerquen, penetrarán en la ciudad, destruyendo y robando nuestros templos y nuestros hogares, y pronto serán señores de toda esta tierra: mas no será asi si en Zaragoza los espera un rey fuerte y enérgico que haya sabido reanimar el enervado y abatido espíritu del pueblo fiel, y que esté dispuesto á cabalgar y empuñar la lanza el primero para combatir á los infieles.

—No me toca investigar la razon que en lo que decís pueda haber: al médico solo toca esforzarse por dar salud al enfermo.

—Recuerda, Omar, que Almudafar es viejo y que Aben-Alfange le ha de suceder en el trono.

—No os comprendo, señor.

—Recuerda que un dia seré tu rey, que un dia estará en mis manos tu vida, como hoy está en las tuyas la de mi padre.

—Entonces tendré mi deber en mas que mi vida.

—Si el médico está obligado á salvar al enfermo, no lo está menos el ciudadano y el creyente á salvar la patria y la fé. ¿Acaso Omar no ha tenido ni tiene nunca amor mas que á la ciencia?

—En mi pecho hay multiplicadas señales de que he vertido mi sangre por la patria y la fé. Un tiempo fuí soldado y buen caballero; mi gloria era blandir la lanza en honra del Profeta y en defensa de los verdaderos creyentes: mas un dia cai en el campo cubierto de heridas, y cuando me hallaba próximo á espirar acudió en mi auxilio la ciencia que hoy profeso, y me arrancó de las manos de la muerte. Entonces me propuse consagrar el resto de mi vida á la ciencia que me habia salvado: pasé á Córdoba á estudiarla, y allí estuve muchos años sondeando los misteriosos arcanos de la naturaleza, renunciando al descanso y al sueño, identificándome con los dolores de la humanidad para adquirir el poder de mitigarlos. Y cuando tantos esfuerzos he hecho por adquirir la ciencia que profeso, cuando por amor á ella he visto encanecer mis cabellos y consumirse mi vida prematuramente, ¿quereis que la desnaturalice y la profane haciéndola servir de instrumento á la mezquina ambicion de los hombres? No, príncipe, no!

Aben-Alfange escuchó al médico con crecientes muestras de enojo; pero lejos de dar rienda suelta á su ira, pareció aquietarse de repente y dijo á Omar con una benévola sonrisa:

—Omar, sé que eres buen médico y buen musulman, y mi ánimo no ha sido inducirte á atentar contra la vida de mi padre: muy al contrario, queria saber hasta dónde llegaba tu adhesion á Almudafar, cuya vida me es aun mas cara que á tí.

La mas profunda alegria se retrató en el venerable rostro del anciano.

—Señor, esclamó Omar vertiendo lágrimas de regocijo, vuestras palabras habian abierto en mi corazon una profunda

herida, que vuestras mismas palabras curan: la humanidad me hubiera sido odiosa despues de hallar en ella un hijo capaz de desear la muerte á un padre tan bueno como el vuestro. Habrá en el mundo tan repugnantes mónstruos, pero déme Dios siempre el consuelo de dudarlo; porque ¿cómo ha de amar y consolar á la humanidad el que como yo tiene el deber de consolarla y amarla, si en ella ve crímenes que ni entre las fieras se ven?

—Tienes razon, Omar, tienes razon! Que viva muchos años mi padre: si yo no le amára porque soy su hijo, amárale porque tú le amas.

—Oh! sí, le amo, señor! Si ambiciono un poder superior al de los hombres, es para prolongar infinitamente la vida de vuestro padre, es para colmarle de prosperidad y dicha en la tierra.

El enojo tornó á germinar en el pecho de Aben-Alfange conforme el médico espresaba su adhesion á Almudafar.

—Omar, esclamó el mancebo, mal está la adulacion en quien como tú blasona de altivo!

—Señor, repuso el médico, Omar nunca aduló á grandes ni á pequeños: amo á vuestro padre porque es digno de ser amado y porque le debo eterno agradecimiento. El dia de que poco há os he hablado, el dia en que caí cubierto de heridas en el campo de batalla, rompió el generoso Almudafar por medio de las huestes cristianas, cuyos caballos iban á hollarme, y arriesgando su propia vida cuanto arriesgarla era posible, me arrancó del lago de sangre donde mi aliento se ahogaba, y me condujo adonde mis heridas pudieran curarse.

—¿Y no has adivinado de qué proceden las dolencias de mi padre?

—Proceden de la edad y los trabajos.

—Proceden de los cuidados y las inquietudes que el gobierno de su pueblo lleva consigo.

—No, príncipe: esos cuidados y esas inquietudes constituyen un elemento de vida para el que casi siempre ha vivido entregado á ellos.

—Tu ciencia es un conjunto de tenebrosa ignorancia. Nadie

como yo ha tenido durante muchos años fijos los ojos y el pensamiento en Almudafar, y nadie como yo ha podido conocer lo que daña su salud y lo que la favorece. Supo los triunfos que alcanzaba en las Alcarrias sobre el pueblo fiel ese Cid que Alá maldiga; supo que los cristianos se acercaban cada vez mas á Zaragoza, y entonces tuvo los primeros síntomas de la enfermedad que acaba de afligirle. Así, pues, si no ya por bien del reino y de la fé del Profeta, por su bien particular, por su salud, por su vida, debes aconsejarle que abandone el trono y se entregue al reposo, mientras el rey que le suceda, mas apto que él para el gobierno y la lid, hace frente á los nazarenos, que pisan ya nuestras fronteras y se lanzarán muy pronto á los muros que nos rodean.

—Jamás aconsejaré á Almudafar que abandone el trono, contestó Omar con entereza.

—¿Cómo defenderá á Zaragoza de los infieles?

—Con la virtud y la sabiduría que resplandecen en él. La ciencia que profeso no puede aconsejarle lo que deseais, porque si lo hiciera, caeria sobre ella la mancha de la deslealtad y la impostura.

—Omar! esclamó Aben-Alfange lleno de cólera, alzándose con aire amenazador. Temed la venganza de Aben-Alfange, del que antes de mucho será vuestro rey y señor.

—Mi rey y señor podrá quitarme la vida, pero no la honra.

—Apartaos de mi presencia, si no quereis que vuestra audacia reciba aquí mismo el castigo que merece.

Omar se inclinó con dignidad, pero sin dar muestras de temor, y salió de la estancia.

Aben-Alfange tornó á pasear por la estancia, dando señales de la mas violenta agitacion.

—Veinte y cinco años!... murmuró. Santo Alá! continuó alzando la vista al cielo: ¿por qué me diste este amor al mundo, á los placeres, á la grandeza, si nunca he de satisfacerle!

Y acercándose nuevamente al mirador, tornó á contemplar la ciudad y la llanura.

En aquel momento penetró en la estancia otro mancebo, un jóven apenas entrado en la adolescencia. A no vestir el trage musulman, hubiérasele creido perteneciente á la raza germana, á una de esas razas del norte, cuyos individuos por lo comun, dotados de tez blanca y delicada, de ojos apacibles y azules como el cielo, de rubia cabellera y de fisonomía dulce y serena como los ángeles del cristianismo, son la contraposicion del tipo meridional, que se distingue en la tez morena, el cabello del color del ébano, los ojos negros y ardientes, y el conjunto de la fisonomía en que se retrata la energía y las pasiones exaltadas.

El rostro de aquel nuevo personage espresaba una alegría infinita, un regocijo tan ingénuo y puro como el que caracteriza á los niños.

—Hermano! hermano mio! esclamó el hermoso adolescente dirigiéndose con los brazos abiertos á Aben-Alfange, que al oirle se volvió á él con sequedad.

—Zulema!... Quiero estar solo, déjame, sal de mi estancia!

Pero Zulema, entregado completamente á su alegría, fijó todo su pensamiento en lo que la originaba; no echó de ver el siniestro aspecto de su hermano, y acaso no oyó aquella brusca intimacion.

—Qué alegría, hermano! esclamó abrazando á Aben-Alfange, qué dichosos somos! Bendigamos á Alá y á Omar, que han salvado á nuestro padre.

Aben-Alfange comprendió entonces la alegría de su hermano; y tal fué su enojo, que arrojó lejos de sí á Zulema de un violento empellon.

—Hermano! esclamó el hermoso jóven, ¿por qué me rechazas, por qué no estás alegre como yo, cuando tanto motivo tienes para estarlo? Oh! sin duda no me has comprendido, sin duda no sabes...

—Todo lo sé, Zulema, todo lo sé, dijo Aben-Alfange procurando ocultar su despecho; pero quiero estar solo, estoy triste, estoy enfermo.

—Enfermo! esclamó el inocente Zulema palideciendo de es-

panto. Qué tienes, hermano, qué tienes? Oh! voy á avisar á Omar.

—No, Zulema, no; quiero estar solo.

—Pero te pondrás peor... Deja, deja que venga el sabio médico que ha dado la vida á nuestro padre, y verás como á tí te la dá tambien.

Aben-Alfange, fuese por miserable cálculo, ó fuese porque tocasen su corazon la inocencia y la ternura de su hermano, alargó su mano á este y le dijo con acento cariñoso:

—Gracias, hermano mio, por el interés que te inspiro: comprendo tu alegría, porque la he sentido igual al saber que nuestro padre se halla fuera del peligro que anoche le amenazaba; pero desgracias tan grandes como pudiera serlo la muerte de nuestro padre vienen á contrastar nuestro contento.

—¿Y qué desgracias son esas, hermano? preguntó Zulema con estremo terror.

—Tú eres demasiado jóven aun para comprenderlas: los cristianos vienen sobre Zaragoza, y robarán la ciudad y pasarán á cuchillo ó cautivarán á sus moradores, y nuestro padre no será ya rey ni nosotros príncipes, que ó perderemos la vida, ó lloraremos en penoso cautiverio.

—Sumo Alá! Sumo Alá! esclamó Zulema cada vez mas aterrado, ten compasion de tu pueblo, sálvanos, salva á mi padre, que es el mejor de los creyentes y el mas virtuoso de los hombres!...

Aben-Alfange callaba; Zulema derramaba en silencio tambien dos torrentes de lágrimas, entregado al mas profundo desaliento; pero de repente irguió la cabeza radiante de júbilo, y enjugando sus lágrimas, dijo:

—No, hermano mio, no serán tan desapiadados como decís los nazarenos: el Cid, el guerrero que los acaudilla, dicen que es tan generoso como valiente. ¿No recuerdas que há muchos años hizo prisioneros cinco reyes creyentes, y les dió libertad despues de haberlos colmado de atenciones? Alí, hermano de nuestro padre, era uno de aquellos reyes; nuestro padre le sucedió en el trono, y algunos años despues el Cid puso cerco á Zaragoza y la tomó. No, no sucedió entonces el estrago que

ahora temes: que respetó nuestros hogares y nuestros templos; ni una gota de sangre hizo derramar á los ciudadanos indefensos, y á nuestro padre trató como á un amigo y le dejó sentado en el trono en que le habia encontrado, contentándose con la promesa de que se apartára para siempre de don Ramiro, con quien los castellanos estaban en guerra.

—Oh Zulema, cuán poco conoces los hombres! esclamó Aben-Alfange. El Cid, que el Profeta confunda, viene harto orgulloso con los triunfos que acaba de alcanzar, para que vea á su paso un trono y no le derribe y haga pedazos.

—Pero suponiendo que tus temores sean fundados, debemos olvidarlos para ocuparnos solamente de la dicha que hoy nos sonríe con la mejoría de nuestro padre. ¿No le has visto hoy, hermano? Anoche pensé morir de dolor al acercarme á su lecho: su rostro estaba pálido como el de un cadáver: sus ojos apagados, sus arterias inmóviles, su mano helada... ay! la vida parecia haberle abandonado completamente: pero hoy su rostro ha comenzado á colorearse, á latir sus arterias, á brillar sus ojos, á reaparecer la vida en todo su sér... Oh! hermano, cuán agradecidos debemos estar á Dios y á Omar!...

Zulema se detuvo un instante, y contempló con profundo desconsuelo el abatimiento de su hermano.

—¿Qué nos falta, añadió, si nuestro padre se salva? ¿No tenemos un magnífico alcázar en que morar, numerosos criados que nos sirvan, el oro y la plata en abundancia?

—No, no, Zulema; no es ese el complemento de la felicidad en la tierra!... Dichoso tú, que tan corta ambicion abrigas!... Déjame solo, hermano, que esa es la mayor prueba de cariño que puedes darme.

Zulema echó sus brazos al cuello de Aben-Alfange, con los ojos arrasados en lágrimas, y salió de la estancia.

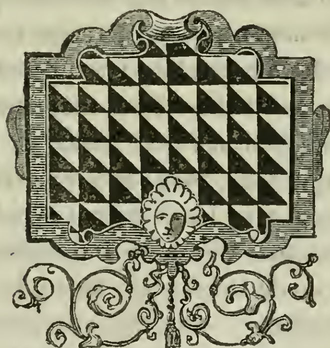
Aben-Alfange pareció abandonar de repente la especie de abatimiento en que habia ido sumergiéndose, y murmuró con tono de decision:

—Basta de esperar inútilmente! Ha llegado el momento de jugar el todo por el todo, de realizar los hermosos sueños de mi vida.

Y haciendo resonar la plancha de hierro, apareció el esclavo, á quien en voz baja dió órdenes que debia ejecutar inmediatamente.

Poco despues penetró por una puerta secreta de la estancia un hombre á quien Aben-Alfange llamó Ozmin.

Ozmin permaneció allí largo rato, y salió por donde habia entrado.



CAPITULO XV.

Conspiradores.

El dia pasó y la noche tambien, sin que las crónicas hagan mencion de suceso alguno acaecido en su transcurso.

Grande, inusitada agitacion habia en Zaragoza el dia siguiente: los vigías coronaban las atalayas y los soldados los muros, de suyo fuertes, pero mas fuertes aun con los reparos que en ellos hacian multitud de hombres. Los moradores recorrian las calles de la ciudad agitados é inquietos, y se pedian unos á atros nuevas de la campiña, pintándose en el semblante de todos la mas cruel incertidumbre y la mas viva ansiedad.

Toda aquella agitacion, toda aquella actividad, toda aquella consternacion eran porque los cristianos acaudillados por el Cid, entonces mas que nunca terror de la morisma, se acercaban á la ciudad por el lado de Occidente, tomando cuantas fortalezas encontraban á su paso.

La multitud se agolpaba en una de las plazas principales de la ciudad, y escuchaba en silencio la voz de un santon que declamaba subido en un monton de ruinas; gritos de terror y de indignacion interrumpian al orador algunas veces, y el pueblo tornaba á guardar silencio, y tornaba entonces á declamar el santon.

Era este un anciano de luenga y blanca barba, de tez sonrosada y de trage ridículo y cubierto de lodo, como si el que le llevaba fuese un transeunte y acabase de llegar.

—El Profeta, gritaba el santon, ha decretado el esterminio

de los falsos creyentes que en vez de morir antes de transigir con los nazarenos, envaináran la cimitarra y se hicieran tributarios y amigos de los sectarios de la cruz. Yo, humilde siervo de Alá, vengo del Occidente, donde he visto las crueldades que los nazarenos han cometido en el pueblo musulman. El dia se acerca en que Zaragoza sea castigada si en ella hay quienes hayan hecho alianza alguna vez con los cristianos. ¡Ay del pueblo que tenga señor amigo de los nazarenos!

—Almudafar lo es! Almudafar lo es! gritó la multitud.

—Viva Almudafar, que es buen creyente! esclamaron algunos.

Y un sordo rumor corrió por la muchedumbre, y sobresalieron muchas voces, unas vituperando á Almudafar y otras defendiéndole.

El santon apenas podia hablar, porque se habia esforzado tanto, que corria un copioso sudor por su frente y se pegaba al paladar su lengua. Entonces sacó de entre sus vestidos una calabaza y se preparó á aplicarla á sus labios.

—Creyentes, dijo, he atravesado muchos campos de batalla, donde abundaba la sangre de los cristianos y la de los creyentes. Allí recogí sangre infiel, que por permision de Alá se conserva siempre líquida, y con ella mitigo mi sed, que es mas dulce á mis labios que el néctar servido por las hurís del paraiso.

Y llevó á sus labios la calabaza, y bebió de ella con hidrópica sed.

Gritos de admiracion y alabanza resonaron entre la multitud, y aun hubo muchos fervorosos musulmanes que se arrojaron á los pies del santon y besaron sus vestidos.

El anciano continuó en sus vociferaciones, y la multitud siguió admirándole y prorumpiendo en gritos de muerte contra Almudafar.

Así fué transcurriendo el dia.

La noche llegó, y aun las atalayas no habian hecho la seña que debia indicar la aproximacion de la hueste cristiana.

La oscuridad era completa, y lo hubiese sido tambien el silencio en la ciudad á no turbarle los alertas de los centinelas y

el ruido de los que trabajaban en el reparo y aumento de los muros.

Los gritos subersivos que durante el dia se habian dado en las plazas y las calles habian llegado á noticia de Almudafar, y con aquel motivo se habian doblado las guardias de la Aljafería.

Las calles principales estaban desiertas; pero de tiempo en tiempo penetraban algunos hombres en una callejuela escusada cercana á la Aljafería, que en aquella época no estaba fuera de la ciudad, y desaparecian en una casa que hacia tiempo habia permanecido deshabitada.

Veamos qué conducia á aquellos hombres á aquella casa.

En un salon alumbrado por una opaca luz, estaban reunidos hasta una veintena de hombres, entre los cuales figuraban Aben-Alfange y el santon á quien vimos perorar en la plaza pública.

—Habla, Ozmin, dijo el príncipe á uno de los circunstantes.

El llamado Ozmin se acercó á Aben-Alfange y dijo:

—No en vano acudísteis ayer á mí rogándome que indujera al pueblo á colocaros en el trono que vuestro padre ocupa: el Profeta dispuso que esta mañana llegára á Zaragoza el santo Alfaquí, que está presente, y á quien há mucho cuento en el número de mis mayores amigos, y él me ha ayudado en mi empresa.

Ozmin aludia al santon.

—El pueblo, continuó, está tan dispuesto en contra de Almudafar, y por lo mismo tan dispuesto en favor de Aben-Alfange, que espera con ansia el momento de aclamaros su rey.

—Liberal recompensa recibiréis ambos de mí, puesto que tan bien me habeis servido, dijo Aben-Alfange; y añadió dirigiéndose á otro de los conjurados:

—Qué nuevas me dás tú, Adofir?

—La guarda del alcázar, que capitaneo, contestó Adofir, está dispuesta á obedecer completamente mis órdenes, y por consiguiente las vuestras.

Aben-Alfange continuó interrogando al resto de los circunstantes, y cuando se hubo satisfecho de que todos habian

desempeñado la comision de que se encargaron, les dijo:

—Mañana al salir el sol un ruidoso toque de clarines y añafiles en la Aljafería será la señal de mi aclamacion. Estad todos dispuestos á atizar el entusiasmo público. Tú, leal Adofir, penetra en mi estancia esta noche misma, á la hora que te plazca, por la puerta de los jardines, cuyo paso te facilitará esta llave, que aun he menester comunicarte nuevas órdenes.

Todos los conjurados hicieron ardientes protestas de adhesion y celo al malvado Aben-Alfange, y un momento despues aquel lúgubre recinto quedó desierto.



CAPITULO XVI.

Donde se prueba que no fueron siempre mal avenidos moros y cristianos.

Eran pasados muchos dias desde aquel en que Fariz y Galve fueron vencidos.

El Campeador y su gente continuaban en Alcocer; mas como la quietud se avenia mal con su carácter belicoso, como pocas ganancias podian ya esperar de aquella tierra estragada y pobre, y finalmente, como que no era cuerdo dejar á la morisma reponerse de su espanto y sus pérdidas, el de Vivar determinó moverse de allí, sacando empero las ventajas posibles de la posesion de Alcocer, bien así como las habia sacado de la de Castejon.

Mandó, pues, Rodrigo sus cartas á los moros de Calatayud y á los de Teruel, diciéndoles que saldria de Alcocer sin llevar cautivo alguno y dejando la plaza enteramente desguarnecida, si le daban seis mil marcos de plata. Los moros aceptaron de buen grado aquella proposicion, pues temian que el Cid se hiciese dueño de toda la tierra teniendo á su mandar á Alcocer para ordenar sus correrías y guarecerse en caso de apuro.

El Cid repartió entre sus gentes los seis mil marcos, y siguió Jalon abajo con toda su gente.

Su principal objeto era pasar á Zaragoza y poner á su obediencia á Almudafar, rey moro que á la sazon la poseia: persuadido de que el mejor medio de conseguirlo era dominar las tierras intermedias entre las Alcarrias y Zaragoza, lo cual no podia menos de poner espanto y acobardar á Almudafar, hizo

muchas correrías por la parte de Daroca, conquistó muchos castillos, y por último, cobró párias de la multitud de reyezuelos moros que á la sazon se disputaban el dominio del bajo Aragon.

Al fin dió vista á Zaragoza, y á corta distancia de la ciudad hizo alto la hueste para disponerse al asedio que Rodrigo, y con él sus mas entendidos capitanes, creían debia ser largo y penoso, pues Zaragoza estaba bien murada y guarnecida de numerosa gente de armas.

Era una mañana serena: á poco de hacer alto la hueste comenzó á despuntar el alba: Rodrigo y algunos de sus mejores caballeros esperaban que acabase de esclarecer, colocados en la cumbre de una elevada colina, desde la cual podia examinarse la ciudad y sus cercanías. Al fin estas y aquella fueron apareciendo distintamente á sus ojos.

—¡Pongamos cerco á Zaragoza, que ella será nuestra como lo fué Alcocer! esclamaron con animoso aliento los caballeros que escuchaban á Rodrigo.

Comenzaba este á señalarles los puntos por donde creía debia embestirse el muro y manifesterles cuanto de antemano tenia pensado para el mayor resultado del cerco, cuando llamó la atencion de todos un ruidoso toque de músicas militares hácia el palacio de la Aljafería. A aquel toque siguió una vocería inmensa, un tumulto espantoso, semejante al que se oye al comenzar una encarnizada batalla.

Creyeron los cristianos que los moros trataban de embestir el campamento de la hueste antes que el cerco se hubiese establecido, siendo aquel ruido la señal, y se dispusieron á la defensa; mas su sorpresa fué grande cuando vieron abrirse un postigo del muro de la Aljafería y dar paso á un caballero que á todo escape se dirigia hácia el campamento cristiano, agitando en señal de paz un pendon blanco.

El Cid gritó á los centinelas del punto mas avanzado que dejasen pasar á aquel caballero.

Y el caballero pasó.

Y en la ciudad continuaba el tumulto y la vocería. Hubiérase dicho que un porfiado combate se estaba verificando allí.

El Cid, acompañado de alguno de sus caballeros, se encaminó al encuentro del mahometano.

—Cid, esclamó este, Almudafar mi padre y vuestro vasallo, me envía á vos demandando vuestra ayuda: la rebelion alza su altiva frente en la ciudad y pugna por lanzar del trono al noble anciano que le ocupa, para poner en su lugar á mi hermano Aben-Alfange. Una escasa parte del pueblo la combate con heróica lealtad; pero mi padre y los pocos que le defienden se rendirán muy pronto si no acudís á su ayuda. El alcázar se ve atacado por su propia guardia, y solo la resisten un centenar de servidores nuestros, animados por mi padre, que ha abandonado el lecho del dolor para acudir al combate. Lanzad vuestros soldados contra el muro de la Aljafería, y el postigo por donde me habeis visto salir os será franqueado, y por él penetraréis en el alcázar, y en seguida en la ciudad. Yo quedaré entre vosotros para aseguraros con mi vida que no trato de conduciros á una vil celada.

— Mancebo! dijo el Cid, yo os juro que no en vano demanda vuestro padre mi proteccion.

Y dirigiéndose á los caballeros cristianos, añadió:

—Preparémonos, esforzados varones, á penetrar en la ciudad, que aparte de lo que el nombre cristiano pueda ganar en esta empresa, obligacion es de los buenos caballeros el proteger á los débiles, ya sean adoradores de Cristo, ó ya sean de Mahoma. Al muro del alcázar, al muro!

En breves instantes abandonó la hueste cristiana el campamento y se lanzó hácia la Aljafería. Advirtiéndolo los soldados que coronaban los muros de la ciudad, dieron el grito de alarma; pero la lucha intestina, que en las calles y en las plazas se verificaba cada vez mas porfiada y sangrienta, absorbia toda la atencion de los que poco antes pensaban acudir al muro á rechazar á los cristianos.

En efecto, el postigo que diera salida á Zulema se abrió, y el Cid penetró por él el primero, seguido de su gente.

Las fuerzas de uno y otro bando suspendieron la lucha encarnizada que sostenian en el interior de la poblacion para acudir á rechazar á los cristianos; pero era ya demasiado tarde. El

Cid con una parte de su gente arrollaban á los rebeldes que atacaban el alcázar, y penetraban en este ganosos de poner á cubierto de todo riesgo á Almudafar, y entre tanto el resto de los invasores se derramaba por la ciudad, desbaratando á los que osaban oponerse á su paso y apoderándose de los edificios y de los muros.

Media hora apenas habia transcurrido desde que los cristianos penetraron por el postigo, y ya la ciudad era completamente suya, sin que los infieles hicieran ya resistencia alguna.

Almudafar abrió sus brazos para recibir en ellos al caudillo cristiano, que tan oportuna y generosa ayuda le prestaba, y el Cid no pudo menos de conmoverse profundamente al ver llorar de alegría y agradecimiento á aquel anciano, que apenas podia sostenerse en pie, á causa de la debilidad y la fatiga causada por sus dolencias.

—Vuestras son mis riquezas, esclamó Almudafar, vuestro mi trono, vuestra mi vida, como es vuestro mi corazon!

Y al decir esto faltáronle completamente las fuerzas para hablar, y aun para sostenerse, de tal modo, que fué preciso conducirle al lecho, adonde acudió solícito Omar, llorando de alegría, á prestar al desventurado rey los auxilios de la ciencia que profesaba.

El Cid habia mandado bajo severas penas á sus soldados que no ofendiesen, escepto en defensa propia, á los moradores de la ciudad, ni se entregasen al robo, y las órdenes del honrado caudillo se habian cumplido religiosamente. Así, pues, la confianza comenzaba á renacer en el pueblo infiel, y ya todos miraban á los cristianos, mas bien que como opresores, como libertadores generosos.

No contento el Campeador con haber sofocado la rebelion, quiso castigar á los que la habian capitaneado; buscóseles en la ciudad, pero fueron inútiles las pesquisas: Adofir, Almofalaz, Ozmin, todos los que habian promovido aquella revuelta, habian huido de Zaragoza, sin que se supiese adónde habian ido.

Soberanamente honrados y festejados se hallaban el Cid y los suyos en la corte de Almudafar; pero la satisfaccion de Rodrigo era incompleta, porque las dolencias del rey moro se

agravaban de dia en dia y Alvar Fañez y Gil no tornaban de Castilla.

Pero hé aquí que una mañana los centinelas apostados en los muros de la Aljaferia descubrieron un lucido escuadron de caballeros cristianos que se encaminaban á la ciudad por el lado de Occidente.

El Campeador, que se hallaba á la sazon en la cámara de Almudafar, á cuyo lado habia velado toda la noche, recibe aviso de la aproximacion de aquella gente y se asoma á una ventana, sintiendo latir de alegría el noble corazon, como si presintiera un feliz suceso.

No engañaba su corazon al noble desterrado: al frente de aquellos caballeros venian Gil y Alvar Fañez, á quienes Rodrigo descubrió mas bien con los ojos del alma que con los de la faz.

Lanzóse el Campeador á su encuentro con el ansia y el amor conque se lanza un tierno padre á recibir en sus brazos á los hijos de quienes muchos años ha estado separado, y en pos de él volaron al encuentro de los recien venidos, Martin Antolinez, Guillen de la Enseña, Pero Bermudez, y otros muchos caballeros castellanos que ansiaban tanto como Rodrigo haber nuevas de su familia, de sus amigos, de su patria.

Hé aquí cómo refieren las crónicas casi coetáneas á aquellos caballeros el suceso que vamos describiendo: «De Castiella es »venido Alvar Fañez, é con él legan docientos caballeros de »prestar et sabet non se cuentan las peonadas, que son sobeia»nas. Catado le ha mio Cid é otrosi á Gill Diez ese barragan »que él mucho querie, é corriendo fuellos á abrazar de alma é »corazon, é besábales la boca é los oios de la cara, é demandó»les nuevas de Castiella la gentil. Todo gelo dicen Minaya é Gill »Diez, que nada non lencubren, é dánle saludes de la su mu»ger é de las sus fijas, é el Campeador sonrisaba fermoso pren»diendo la su barba bellida. Dios, como fueron alegres todos los »caballeros que y habia, que Alvar Fañez era legado é dábales »saludes de padres é de hermanos é de primos é de mugieres »é de compañas, é todos decian de una voz: Grado á Dios é á »todos los sos sanctos, que gentiles nuevas trae de Castiella el »bueno de Minaya! Veriedes á Gill Diez lorar de los sos oios

»porque tornaba á ver al que en buen hora cinxo espada, é ve»riedes á mio Cid prenderle con los sos brazos, é como le besa»ba catándole é tornándole á catar con delicio á tal que padre »non acariñó nunca á fijo tan de corazon como él al ondrado »mancebo acariñaba.»

La estraña melancolía de que Gil se vió acometido poco despues de llegar al monasterio de Cardeña, habia ido aminorándose conforme se acercaban á Zaragoza los que tan buenas nuevas llevaban al Cid, porque el noble mancebo iba á volver á ver á Rodrigo, cuya presencia era lo que mas ahogaba su alma, y esta idea le hacia desechar todas las demás. Llegó, pues, al lado del amado caballero, y su alegría no tuvo límites. Gil parecia gozar de la felicidad mas completa de este mundo; la alegría sonreía en sus labios y brillaba constantemente en sus ojos; pero fueron pasando dias, y aquella alegría se fué tornando tristeza, una tristeza tan profunda, que el Cid no pudo menos de notarla.

—Gil! le dijo Rodrigo un dia sorprendiéndole en uno de sus accesos de abatimiento y tristeza, cuando has logrado lo que mas deseabas, cuando has tornado á ver á la que te ha servido de madre y á las que han sido tus hermanas, y cuando has tornado á poner el pie en nuestra amada Castilla, ¿falta aliento á tu pecho, falta alegría á tu corazon?

—Razon y grande teneis, señor, en echarme en cara mi escasa fortaleza; mas sabed que lo que debiera regocijarme es la causa de mi melancolía. ¿Cómo, señor, no suspirar por cielo el que le ha visto y se ha ausentado de él?

Y al hablar así el mancebo, sus megillas se tiñeron de un subido carmin.

Gil se avergonzó de ocultar sus pensamientos con una mentira al caballero á quien estaba obligado á mostrar hasta el fondo de su corazon. De grande importancia debia ser para él aquel secreto, cuando arrostraba aquel rubor y aquel arrepentimiento por conservarle.

Al dia siguiente de la entrada de los cristianos en Zaragoza se habia ausentado Aben-Alfange, con el consentimiento de su padre, pretestando para esto que deseaba alejarse de donde

su presencia pudiera alentar á nuevas revueltas á los descontentos.

Una mañana llegó á la Aljafería un mensagero de Aben-Alfange, conduciendo pliegos cuidadosamente cerrados para Almudafar. Poco despues cundió la alarma en el palacio, y aun no tardó en hacerse estensiva á la ciudad.

El Cid acudió á informarse del mismo Almudafar.

Cuando entró en la cámara del rey, un doloroso espectáculo se presentó á su vista; Omar, Zulema y otros no menos adictos al monarca, lloraban en torno del lecho del anciano, que yacía inmóvil y al parecer sin vida. Cerca del lecho se veia un pergamino abierto.

Omar tenia entre sus manos las del rey, en cuya arteria buscaba con ansia una pulsacion que le indicase no haberse estinguido aquella vida que tan querida le era.

—Santo Alá! esclamó con desconsuelo, con el desconsuelo del que acaba de perder la última esperanza, ¡infúndele la vida, y en cambio arrebátame la mia!

Y reinaron algunos instantes de silencio, interrumpido solamente por los sollozos de muchos de los circunstantes.

Pero un rayo de esperanza brilló de repente en el rostro del médico, que esclamó con alegría:

—Ah! no, no, la vida no le ha abandonado: aun laten sus arterias, aun se agita la vida en su seno!... Oh ciencia mia! no me abandones en este instante supremo!

Y Omar se apresuró á aplicar al enfermo estimulantes que reanimasen aquella vida que pugnaba por estinguirse.

Un instante despues el anciano abrió sus ojos y dirigió una penosa mirada en torno del lecho, y como distinguiese á su lado al Cid, pugnó por alargarle la mano, que Rodrigo asió con profunda emocion. Almudafar hizo un desesperado esfuerzo por dirigir la palabra al caudillo cristiano.

—Buen Cid! dijo al fin, interrumpiéndose á cada instante falto de aliento, mi vida llega á su término, todos los esfuerzos que los hombres hagan por prolongarla serán inútiles. No me pesa dejar el mundo, porque como bueno he vivido y sé que mas allá de esta vida hay un paraiso lleno de eternas delicias

para los buenos; mas pésame haber atesorado tanto amor para un ingrato que deshonra mi sangre é insulta á la naturaleza. Ved ese pliego, y él os dirá lo que me falta aliento para deciros.

El Cid tomó el pergamino, que dijimos se hallaba junto al lecho, y pasó la vista por él en tanto que el moribundo procuraba recobrar aliento. La indignacion y el pesar se retrataban en el rostro del noble caballero cristiano conforme examinaba aquel pliego.

Aquel pliego estaba escrito por Aben-Alfange, que en resúmen decia á su padre:

«Bajad del trono para que yo lo ocupe: si de grado no lo »haceis, lo hareis por fuerza y pagareis vuestra obstinacion con »una prision eterna, si es que no la pagais con la vida. He re»corrido casi todo vuestro reino, y casi todos vuestros vasallos »están dispuestos á apoyar mi empresa. El castillo de Rueda, »que me ha sido franqueado por Almofaláz, me defenderia de »vuestros soldados si no me defendiera la adhesion de vuestros »vasallos, y él será el centro desde donde dirigiré la guerra sin »tregua que pienso haceros si no accedeis al partido que os pro»pongo.»

—Señor, dijo el Cid, no pudiendo reprimir su indignacion, yo os juro por la fé que profeso, que el hijo ingrato recibirá el castigo que merece. Rodrigo Diaz de Vivar os vengará.

—No, Cid, no, le interrumpió el anciano; Aben-Alfange es mi hijo, y á mi venganza basta el desheredarle del trono que le estaba reservado para despues de mi muerte. Sucédame Zúlema en el trono, puesto que se halla al lado de mi lecho para recibir mi último suspiro. Si su hermano le disputa tan legítima herencia, defendedle, ayudad á Zulema, dirigidle por la senda de la sabiduría y el honor, sed su protector, su guia, que si me prometeis hacerlo asi, exhalaré contento mi postrer suspiro.

—Yo os hago esa promesa; por el Dios de los cristianos os juro que la cumpliré.

—Gracias!... Gracias, buen Cid!... murmuró Almudafar con alegría.

Y tornó á estrechar la mano del Campeador. Luego dirigió una mirada llena de amor y gratitud á Zulema, á Omar y á algunos otros de los que le rodeaban, y sus ojos se cerraron para siempre.

Para siempre, sí, que un momento despues anunció Omar á los circunstantes, con un grito de dolor infinito, que Almudafar habia muerto!



CAPITULO XVII.

De como un moro arrancó un secreto que no habia podido arrancar un cristiano.

Habian transcurrido muchos dias desde la muerte de Almudafar, y el Cid continuaba en Zaragoza.

Zulema ocupaba el trono de su padre, y merced á sus constantes esfuerzos por hacer la felicidad de su pueblo, y á los consejos del caudillo cristiano, iba captándose el amor de sus vasallos, y haciéndose respetar hasta de los que siempre habian vivido de conjuraciones y revueltas. Queriendo acallar las quejas de su hermano y darle una prueba de su desinterés, á la par que evitar una guerra, en que por mas que contase por seguro con el triunfo, la sangre debia correr en sus estados, habia cedido á aquel una parte de estos, es decir, la region limítrofe á Valencia, donde con el título de rey de Denia debia reinar Aben-Alfange. No obstante la generosidad de Zulema, su hermano estaba descontento y buscaba ocasion de estender su dominio á todas las tierras que fueron de Almudafar.

Una deliciosa mañana de primavera se hallaban el Campeador y Gil en una habitacion de la Aljafería: los primeros rayos del sol penetraban por los pintados vidrios de una ventana, por la que se descubrian unos dilatados jardines, donde trinaban los pájaros alegremente, donde las flores impregnaban la brisa de suavísimos aromas, donde la naturaleza se mostraba llena de vida y de hermosura.

El rostro de Gil Diez mostraba la huella de penosas y recientes dolencias: aquel incomprensible mancebo, naturalmen-

te delicado y débil, lo estaba entonces mas que nunca. Cuando el Cid le dirigia la palabra, su rostro, pálido como una azucena, adquiria un matiz ligeramente sonrosado, sus ojos, apagados y tristes, se animaban; en una palabra, parecia tornar la salud y la vida á aquel sér enfermo y desfallecido; pero el Cid callaba ó se apartaba un instante del mancebo, y este tornaba á su abatimiento, á su tristeza, á su inercia.

—Pronto, mi buen Gil, le decia Rodrigo procurando sonreir, aunque lloraba en el fondo de su corazon al contemplar la tristeza del mancebo, pronto recobrarás las fuerzas que has perdido, y con ellas la alegría. Entonces tornaremos á la vida del soldado, cruzaremos los campos vestidos con las galas de la primavera, hollará nuestra planta blandas alfombras de flores, respirarémos el ambiente perfumado por el azahar y el tomillo, refrescarémos nuestros labios con las límpidas aguas del torrente, y reposarémos bajo los árboles, en cuyas ramas oiremos á las avecillas entonar el canto de la alborada.

—Padre y señor, dadme tornar á esa vida, que esa es la que mi corazon há menester para desechar esta tristeza que le abruma, esclamó Gil, cuyas megillas se coloreaban conforme hablaba Rodrigo, y cuyos ojos brillaban de contento.

—Sí, sí, continuó el Campeador, pronto tornaremos á ella, pronto tornaremos tambien á las lides, á aquellos dias de gloria que nos sonrieron en los campos de Castejon y de Alcocer, de Calatayud y de Daroca. Aun brilla la media luna en las regiones mas fértiles de España: allá volaremos, y no habrá minarete musulman donde no enarbolémos la santa cruz.

—Señor! esclamó Gil con exaltacion, alzando sus ojos al cielo, dadme fuerzas, dadme fuerzas para regir un corcel y embrazar una lanza. Señor! yo siento latir en mi seno el corazon de los héroes que pelean par tu gloria... Ahogad los latidos de este corazon, ó dadme brazo tan fuerte como el de esos héroes!

—Y el rey de Castilla, continuó el Cid, el rey de Castilla, que ya ha comenzado á devolver á Rodrigo Diaz la honra que, dando oidos á falaces consejeros, le quitó, acabará de convencerse de que entre sus vasallos ninguno me aventaja en lealtad, y llamará á Castilla y abrirá sus brazos al desterrado. En-



Lám. 5.

Gil!... falta aliento á tu pecho, falta esperanza á tu corazon!

tonces, Gil, entonces tornaremos á nuestra amada Castilla, á la patria porque suspiramos, y tornaremos colmados de alegría, y de glorias y riquezas, y moraremos tranquilos y dichosos al lado de las prendas del alma que yacen allí llorando nuestra ausencia...

Rodrigo se detuvo viendo rodar una lágrima por la megilla de Gil, viendo tornar al mancebo á su abatimiento, á su tristeza, á su profunda melancolía.

Inmenso fué el desconsuelo que el corazon del Cid sintió en aquel instante!

El honrado caballero estrechó á Gil contra su pecho con entrañable ternura, y sintió afluir las lágrimas á sus ojos.

—Oh mi buen Gil! oh hijo mio! esclamó con estremo desaliento. ¿Qué pesares son los que atormentan tu alma? ¿Qué dolores son los que ocultas en tu corazon?

—Señor! contestó Gil, llorando de dolor y de vergüenza, la felicidad que me pintais es tan grande, que su idea ha bastado á conmover profundamente mi alma!...

—Oh! no, no, Gil! repuso Rodrigo, un dolor secreto roe tu corazon desde que tornastes de Castilla. ¿Por qué me lo ocultas, Gil, por qué me lo ocultas? ¿No te he amado siempre como pudiera amarte el padre que te dió el sér? ¿No he sido para tí á la vez un padre y un hermano, un padre por la ternura y la solicitud conque te he amado y he velado por tí, y un hermáno por la confianza que he procurado inspirarte? Gil, hijo! Te he amado siempre y te amo como á las hijas de mi corazon, como á mi Sol y mi Elvira. Por tí, por tu felicidad, por tu alegría, diera todas las riquezas de este mundo, diera toda la gloria que he alcanzado en las lides, diera la honra, que es la vida de los caballeros como yo, viviera gustoso en la oscuridad y el destierro!... ¿No merezco, hijo, que me reveles el doloroso secreto que encierra tu corazon?

Gil escuchaba á Rodrigo con los ojos arrasados en lágrimas y con el corazon estallando... Guardó silencio un instante, esperimentó una inquietud inmensa, vaciló como vacilaria ante un manantial fresco, cristalino y envenenado el que se abrasase de sed.

Pero al fin inclinó la frente con triste resignacion, y guardó silencio... Y guardó silencio, temeroso sin duda de que su corazon se exhalase tras sus palabras!

—Dios mio! murmuró el Cid, no menos desconsolado que el mancebo. Yo, que con una mirada penetré siempre en el fondo de ese pecho; yo, que siempre adiviné lo que ese corazon sentia, ¿no he de adivinarlo ahora!!

Y ambos quedaron en silencio largo rato.

El Cid se acercó á la ventana, y dirigió la vista á los jardines.

Aquel bello espectáculo aclaró un poco las sombras que enlutaban su espíritu, y creyendo que aquella naturaleza risueña y encantadora haria en el alma de Gil la impresion que habia hecho en la suya, dijo al mancebo:

—Acércate aquí, Gil, respira este ambiente perfumado; deleite tu vista ese mar de verdura y flores.

Gil se apresuró á complacerle.

Ambos permanecieron largo rato asomados á la ventana: poco á poco fué el mancebo dando al olvido las tristes ideas que con tanta frecuencia le asaltaban, y conforme el alma de Gil se iba alegrando, se alegraba la de Rodrigo, como si fuera una sola.

Poco despues se hallaba el mancebo solo, y Omar penetró en la habitacion.

Aun lloraba el fiel y honrado médico la muerte de Almudafar, y grande debia ser la impresion que en él habia hecho aquella pérdida, pues aquel anciano habia envejecido muchos años en pocas semanas.

Gil dió un grito de alegría al verle, y se encaminó á su encuentro con la precipitacion que sus débiles fuerzas le permitian.

El médico se sonrió de satisfaccion, sin duda porque hallaba al convaleciente mas animado de lo que esperaba.

—Pláceme ver que vais adquiriendo fuerzas, le dijo.

Y alargó su mano para pulsarle.

—Oh, sí, contestó Gil con una alegría y una espansion poco comunes en él, sobre todo, hacia algun tiempo. Yo no sé, con-

tinuó, por qué al veros siento renacer mis fuerzas, mi salud y mi alegría.

—No tardaréis en estar completamente restablecido.

—Si supiérais cuánto lo deseo!

—Enfermar es comenzar á morir.

—Qué horrible es esa máxima para los que tienen amor á la vida!

—Sí, horrible es considerar que aun el mas leve de los dolores es el principio de la muerte. Por eso debeis estar vos gozoso.

—No os comprendo, Omar.

—Si enfermar es comenzar á morir, comenzar á recobrar la salud es tornar á la vida. Ved cuán gozoso debeis estar vos, que tan adelantado vais en esa senda!

—Si deseo recobrar completamente la salud, no es porque tenga escesivo amor á la vida; es porque deseo salir de aquí, es porque me ahoga el aire de las ciudades, es porque amo el ambiente de los campos.

—Ah! esclamó Omar con profunda tristeza; sí, pronto abandonaréis este alcázar!... pronto partiréis de esta tierra, quizá para no tornar nunca!...

—Sí, contestó Gil entristeciéndose á su vez; y hasta ahora no habia pensado que entonces me separaré de vos, y quizá nunca tornaremos á vernos!...

—No sé, dijo el médico, qué misterioso impulso me arrastra hácia vos, mancebo.

—Tambien me impulsa hácia vos una fuerza desconocida.

—Sois mozo, y yo he tenido hijos, cuya pérdida lloro.

—Yo lloro la de mis padres.

—Como vos serían ahora mis hijos.

—Y mi padre sería ahora como vos.

Omar y Gil permanecieron algunos instantes en silencio.

—¿Y será posible, preguntó al fin el mancebo, que no nos tornemos á ver?

—Harto posible es, si vos abandonais esta tierra, contestó el anciano.

—¿Y cómo no he de abandonarla, dijo Gil, si en Castilla moran los séres á quienes mas amo, si el Campeador ha ampa-

rado mi horfandad, si la vida me fuera una carga insoportable lejos de él!

—Teneis razon! contestó Omar con tristeza.

—Y por qué no vais vos á Castilla?

—Es imposible, mancebo! Un musulman fuera perpétuamente despreciado entre los cristianos.

—Mas no si abrazárais nuestra ley.

—Mancebo, entonces el desprecio fuera mas cruel: me despreciaria yo mismo. La ley de mis padres debe ser la mia, y la de los vuestros la vuestra.

Gil se propuso firmemente no revelar á aquel hombre su orígen, para no captarse su desprecio.

Y sin embargo de que Omar era un infiel y un hombre con quien no podia ligarle mas que el cariño que el trato engendra, ni mas deuda de gratitud que la de haber recibido de él, durante la enfermedad de que iba convaleciendo, los cuidados que el médico está obligado á prodigar al enfermo, sin embargo de esto, repetimos, se sentia poderosamente impulsado hácia él: Omar le inspiraba una confianza sin límites; tanta, que á pesar de su carácter, naturalmente reservado, sentia entonces vivos deseos de franquearle su corazon.

El giro que Omar dió á la conversacion favoreció los deseos del mancebo.

—Decidme, le preguntó el anciano, ¿qué idea teneis formada del que, como yo, se dedica al alivio de los padecimientos humanos?

—Una idea muy alta! contestó Gil.

—Creeis, continuó el anciano, que el enfermo debe mostrarles las dolencias del alma, bien así como les muestra las del cuerpo?

—Sí, si el médico es honrado, si ve en la ciencia un sacerdocio mas bien que un oficio.

—¿Y creeis que yo pertenezca al número de los médicos que ejercen la ciencia como un sacerdocio?

—Oh! sí, anciano! os creo del número de esos hombres.

—Pues bien: si así me creeis, ¿por qué no me habeis mostrado aun vuestro corazon? ¿Por qué no me habeis revelado las dolencias de vuestra alma?

—¿Y quién os ha dicho, buen anciano, que tengo el alma doliente?

—Hámelo dicho mi esperiencia de los hombres. El mal que os ha tenido á las puertas del sepulcro, tenia su orígen en el corazon. ¿Os atreveréis á negármelo?

—Señor! balbuceó Gil, sin atreverse á contestar afirmativa ni negativamente.

—Desde el dia en que os vi por vez primera conocí que vuestro corazon estaba enfermo. Y cuando vuestro mal os rindió en el lecho, quise examinaros, quise indagar la naturaleza de vuestra dolencia, pero no me fué posible, porque entonces el mal podia exacerbarse tocando la llaga, y aguardé á que estuviérais fuera de peligro, para haceros la pregunta que hoy os hago. Habladme sin reserva, mostradme con confianza vuestro corazon, seguro de que no os pesará.

—¿Quién sois, anciano, quién sois vos, esclamó Gil, que tal poder ejerceis sobre mi voluntad?

—Un hombre honrado, un hombre que desea vuestra dicha, un hombre que os ama como si fuéseis su propio hijo.

—Oid, Omar, la causa de mi tristeza, que há pocos momentos no me he atrevido á revelar al hombre que mas amo en este mundo, al mas generoso de los hombres.

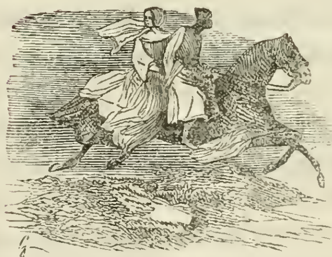
Y el mancebo se acercó al médico como se acerca el penitente al confesor, y comenzó á hablarle en voz baja, muy baja, como si temiera ser oido. De sus ojos brotaban de cuando en cuando las lágrimas conforme hablaba, y un profundo desconsuelo se retrataba en el venerable rostro de Omar. Ay! sin duda el médico conocia que el mal del enfermo era de difícil curacion!

¿Qué revelacion hizo Gil Diaz al anciano ismaelita?

—Dios, que todo lo puede, dijo Omar, tendrá compasion de vos, mancebo! Ay! la ciencia que yo profeso es harto mezquina, cuando es impotente para curar muchas dolencias del alma!

Algunos dias despues de esta entrevista salió el Cid con su gente de Zaragoza. Gil iba en su compañía, casi completamente restablecido de sus dolencias, empero sujeto aun á aquellos accesos de melancolía que tan frecuentes eran en él y que tanto lamentaba Rodrigo.

Aben-Alfange comenzaba á romper las hostilidades contra su hermano, alzando gente en los estados que el pacífico y noble Zulema le habia cedido generosamente, y alentado no solo por algunos reyes moros, sino tambien por don Pedro de Aragon y don Ramon Berenguel, conde de Barcelona, que tenian hondos resentimientos del Cid y esperaban vengarlos declarándose contra Zulema, á quien el de Vivar protegia.



CAPITULO XVIII.

De como mio Cid ganó á Colada.

La ambicion de Aben-Alfange no conocia ya límites, animado por la proteccion de don Pedro de Aragon, que á la sazon tenia su corte en Urgél, y don Ramon Berenguel, conde de Barcelona; tambien daba alientos al ambicioso y desleal rey de Denia la inaccion en que el Cid permanecia hacia largo tiempo, lo cual no estrañará el lector si considera que el esforzado caballero se habia propuesto asegurar bien en el trono á Aben-Zulema, para lo cual consideraba obra de primera necesidad el aniquilamiento de los gérmenes anárquicos que existian en Zaragoza.

El Cid creyó terminada su obra en la corte de Aben-Zulema, y determinó salir con su hueste á poner coto á la usurpacion y los desafueros de Aben-Alfange. Salió, pues, de Zaragoza, y recorriendo la tierra de Alcañiz, desbarató las huestes rebeldes cuantas veces osaron hacerle frente, tomó muchos castillos, é hizo grandes presas de hombres y de riquezas de todo género, yendo, por último, á establecer su campo, con objeto de dar descanso á su gente algunos dias, en el puerto de Alucan, desde donde no dejaba de hacer frecuentes correrías hácia Huesca, que estaba no poco distante de allí.

En estas operaciones pasó cincuenta dias.

Entre tanto Aben-Alfange habia acudido á don Ramon Berenguel, rogándole que fuese en su ayuda.

El conde de Barcelona conservaba gran enemistad al Cid

desde que este dió muerte á su sobrino Martin Gonzalez el aragonés, en tiempo de Fernando I, por lo cual protegia á Aben-Alfange y se apresuró á acudir á su defensa, acaudillando en persona una lucida y numerosa hueste, que de dia en dia reforzaba la gente del de Denia y la de don Pedro.

Una tarde al ponerse el sol dijo el Cid á sus soldados en el puerto de Alucan.

—Descansad, varones, mientras las tinieblas cubren nuestro campo; que mañana al despuntar el alba moveremos de aqui y entraremos por las tierras de Aben-Alfange. Proteger á los débiles oprimidos por los fuertes, es obligacion de los buenos: débil es Aben-Zulema y fuerte su hermano, siquiera lo sea con la ayuda de malos cristianos, porque malos son los que le ayudan, desconociendo la obligacion que acabo de recordar.

Los soldados del Cid se entregaron al descanso llenos de gozo, deseando que llegase la mañana para partir nuevamente contra los infieles; pero apenas habia cerrado sus párpados el sueño, los despertó el ruido del clarin y el atambor del campamento. Acababa de llegar uno de los corredores que el Cid tenia esparcidos por aquella tierra, anunciando que don Ramon Berenguel se acercaba con ánimo de caer de repente sobre la hueste y desbaratarla.

El Cid trató de averiguar el número de soldados que acaudillaba el conde de Barcelona, y supo que era cuatro veces mayor que el de los suyos; mas lejos de intimidarse por aquella superioridad del enemigo y volver atrás para refugiarse en alguna de las plazas que acababa de reconquistar al rey de Zaragoza, y que habia dejado bien guarnecidas, determinó avanzar al encuentro del conde.

En efecto, Rodrigo, colocándose el primero á la cabeza de su gente, abandonó el campamento antes de rayar el alba, y tomó la via que conducia al encuentro del enemigo.

No le habian engañado los corredores: al descender de los pinares de Tebar á un delicioso valle, poco despues de salir el sol, descubrió las avanzadas enemigas; y deteniéndose, mandó un mensage al conde proponiéndole la paz, porque era gran lástima, decia, que cristianos lidiasen con cristianos.

«El conde de Barcelona, dicen las crónicas, era muy folon »é dixo una vanidad.»

En vano repitió Rodrigo sus proposiciones de paz, haciendo presente á don Ramon Berenguel que nunca habia tratado de ofenderle: el conde no oyó sus razones, y contestó con nuevos insultos.

—Caballeros, gritó el Cid, falto ya de paciencia al ver la sinrazon del conde de Barcelona, daos prisa á embrazar los escudos y empuñar la lanza. Ya que á don Ramon Berenguel place lidiar, lidiemos hasta vencer ó morir. Cerremos con su gente antes que descienda al llano, y fiemos en nuestros fuertes corazones y en Dios, que ve nuestra razon, que hemos de humillar á ese altivo y desatinado conde. Aprestad los caballos y vestid las armas, y sepa don Ramon Berenguel quiénes son los soldados á quienes provoca!

Los francos, como las crónicas llaman á los de Berenguel, se lanzaron en aquel instante sobre la hueste castellana; pero esta los recibió con las puntas de sus lanzas, y rompiendo á su vez por medio de ellos, los hizo retroceder largo trecho.

—Aquí, mis caballeros! gritó don Ramon Berenguel desesperado y furioso al ver que sus soldados retrocedian al empuje de aquella miserable hueste, á quien habia creido aniquilar al primer arranqué. Aquí, mis caballeros! repetia, y esterminad ese puñado de andrajosos!

Nuevas fuerzas enemigas se precipitaron sobre los del Cid, y la batalla se hizo general, obstinada y sangrienta por estremo; pero fuera que los castellanos estuvieran mas diestros en pelear, ó ya, como es mas creible, fuesen mas animosos, en vano se esforzaba el conde por contener á sus soldados, y en vano los ostigaba para que avanzasen, pues iban retroceciendo y la victoria declarándose por los del Cid.

«A los unos firiendo é á los otros matando,
vencido há en esta batalla el que en buen hora nascó,»—

dice el incógnito cantor del Cid, despues de referir con ingénuo entusiasmo el heróico valor de aquellos caballeros.

Sí, los altivos guerreros acaudillados por el conde de Barcelona hubieron de rendirse al invencible esfuerzo de los desterrados de Castilla, y el mismo don Ramon Berenguel, despues de lidiar brazo á brazo y frente á frente con el Cid, hubo de entregar á este su espada é implorar su compasion para que se contentase con quitarle la libertad y no le quitase la vida.

Y el Cid, que, como buen caballero, nunca se ensañó con los vencidos, alzó de sus pies al conde y le trató como al mejor de los caballeros, como muchos años antes habia tratado á los cinco reyes moros á quienes cautivó en Montes de Oca.

La pelea habia sido larga y trabajosa: los soldados del Cid estaban rendidos de cansancio: Rodrigo mandó alzar las tiendas en aquel valle, para que su gente se entregára al descanso. El sitio no podia ser mas delicioso, y sobre todo para la estacion calorosa que á la sazon corria: era un profundo valle cubierto de frondosas arboledas y surcado por un arroyuelo de aguas frescas y cristalinas.

Los servidores del Cid dispusieron una abundante comida para el noble caudillo y los caballeros que acostumbraban á sentarse con él á la mesa.

El conde de Barcelona, con otros dos prisioneros distinguidos, se hallaba en una tienda que especialmente se les habia destinado, y en torno de la cual se habian colocado centinelas que estorbasen su evasion.

—Ah señor! decia el conde Guillen, un caballero catalan de los mas nobles y afamados que con él habian venido, pluguiera Dios que hubiérais dado oidos á nuestros consejos, y no sufriérais la vergüenza de veros como os veis.

—Razon teneis, don Guillen, contestó el conde, que permanecia sumido en profundo abatimiento. Y ya que á Dios no le plugo que alcanzásemos la victoria, dichoso yo si al menos hubiese alcanzado la muerte, cien veces para mí mas grata que esta humillacion, esta vergüenza de verme derrotado y preso por esa banda de salteadores.

—Señor, le interrumpió don Yago de Balsadron, otro de sus caballeros mas honrados, enemigo nuestro es el Cid, y sañudos hemos lidiado con él; mas por buenos caballeros debe-

mos tener á él y á los suyos, que no por salteadores como decís.

—Ira de Dios, don Yago, esclamó el conde indignado, que insultais mi desventura, y aun me haceis dudar de vuestra lealtad, tomando la defensa de nuestros enemigos.

—Quien mas os compadece y el mas leal de vuestros vasallos soy, replicó don Yago con altivez; mas el buen caballero obligado está á defender á los calumniados, siquiera sean sus enemigos. Reparad, señor, en la vida del Campeador, y ved si en ella encontrais hecho que de honrado caballero sea indigno. Dios, que castiga la sinrazon, es sin duda quien ha dado hoy la victoria á nuestros enemigos, porque sin razon hemos lidiado contra ellos.

—Oh! cuán de otro modo pensárais, don Yago, si del Campeador hubiérais recibido las ofensas que he recibido yo!

—Diréisme, señor, cuáles son las ofensas que deplorais?

—Martin Gonzalez, mi sobrino, el caballero mas noble y esforzado de Aragon y Cataluña, murió á los botes de la lanza del de Vivar.

—Cierto; mas el de Vivar no le mató con alevosía, matóle como buen caballero: el rey de Aragon y de Castilla se disputaban la posesion de Calahorra, y convinieron en que dos caballeros escogidos por ellos terminasen aquel pleito: el rey de Castilla escogió por campeon á Rodrigo Diaz, y el de Aragon á Martin Gonzalez: lidiaron á buena ley, y la suerte favoreció al campeon castellano. ¿Hubo, señor, en aquella lid alevosía?

Don Ramon Berenguel no contestó.

—Decís, continuó don Yago, que el Campeador ayuda al rey moro de Zaragoza, y que invade las tierras del de Denia. Si Aben-Alfange no tratára de usurpar su señorío á su hermano, el Cid no le atacára en nombre de Aben-Zulema.

—Asómbrame, dijo don Ramon con ironía, que creyendo vos y vuestro hermano tan desatinada é injusta esta empresa, hayais tomado parte en ella!

—Buen conde! esclamó don Guillen, indignado como don Yago por el tono de ironía del de Barcelona, harto sabeis que sangre tan noble como la vuestra corre por nuestras venas!

—Nuestro padre, añadió don Yago, participa de vuestro

rencor al Cid, y quiso tomar las armas para unirse á vos en esta campaña; tratamos nosotros de disuadirle, y nos preguntó si lo hacíamos por temor de acompañarle. No, le replicamos, hacémoslo por evitar que caiga sobre vos la mancha de injusto; y para que veais que no esquivamos la lid y que estamos dispuestos á arrostrar esa mancha por evitarla á vos, iremos á lidiar al lado del conde si permaneceis en vuestra casa. Convino en ello nuestro padre, y fuimos á ponernos á vuestro mandar. A vuestro lado hemos peleado, y ya habeis visto si la conviccion de que nuestra causa era injusta ha enervado nuestro brazo y hecho temblar al esgrimir el acero.

El conde de Barcelona calló, como si no encontrase una razon que oponer á las de aquellos mancebos.

—Plegue á Dios! esclamó pasados algunos instantes, casi llorando de desesperacion, plegue á Dios que el Cid, á quien no há mucho demandé la vida, me la arrebate ahora! Oh! mil muertes me parecen preferibles á esta ignominia!... ¿No hay en torno de mi quien clave una daga en mi corazon?... Ni aun tengo el consuelo de perder esta vida que aborrezco... Empero á falta de arma con que herir mi pecho, la desesperacion irá apagando poco á poco mi aliento.

—Señor, dijo don Yago, ved que en Barcelona dejásteis mujer é hijos, que lloran vuestra ausencia y morirán de dolor si no tornais!...

El mancebo se interrumpió, viendo abrirse la lona que cubria la entrada de la tienda.

El Campeador entró en esta, acompañado de algunos de sus caballeros y de Gil Diaz.

Don Yago y don Guillen se pusieron de pie con muestras de respeto; mas don Ramon Berenguel permaneció sentado, y lanzó una mirada de ira y de desprecio al noble castellano.

—¿Venís, esclamó, á insultarme, á gozar en mi humillacion, en mi desgracia?

—Mal me conoceis, buen conde, respondió el Cid sin mostrarse ofendido por aquella mirada y aquellas palabras. No vengo, continuó, á insultaros, que vengo, señor, á solicitar de vos una merced.

—Una merced! esclamó don Ramon asombrado.

—Señor, dijo Rodrigo, por merced tendré el que os asenteis á mi mesa.

—Engañado estais, el de Vivar, si pensais que con halagos habeis de vencer el profundo aborrecimiento que os tengo. Os desprecio demasiado para que os conceda la honra que me demandais, que honra y grande sería para el hidalguillo de Vivar, para el aleve matador del conde Lozano, para el que derramó la sangre de Martin Gonzalez, el mejor caballero del mundo, para el arrojado ignominiosamente de Castilla por mal vasallo, el comer pan á manteles con el conde de Barcelona.

La indignacion brilló en los ojos de los caballeros que acompañaban al Cid, y sobre todo en los de Gil Diaz, que esclamó:

—Mentís, conde, mentís!...

—Gil! esclamó Rodrigo, mirando con severidad al mancebo.

—Perdonadme, señor! murmuró este con acento tan suplicante, que puso lástima á cuantos estaban presentes.

El Cid alargó su mano á Gil, en señal de que perdonaba su imprudencia.

El mancebo imprimió el labio con efusion en la mano del generoso caballero, llorando de gratitud y de pesar, é inclinó la frente avergonzado de haber merecido la reconvencion de aquel á quien mas amaba y respetaba en este mundo.

—Señor, dijo el Cid sin mostrar enojo por los insultos del conde, justa ó injustamente la dura ley de la guerra os ha puesto á mi mandar: conformaos con vuestra suerte, y fiad que yo haré por dulcificarla. Convengo en que me cabrá grande honra en que os asenteis á mi mesa, y por eso vengo á suplicároslo.

—Por la salvacion de mi alma no comeré bocado, repuso el conde, que así acabará mi vida y cesará la vergüenza que tengo de verme vencido y aprisionado por vos.

—Venid, venid á mi mesa, dijo Rodrigo, y en cambio de tal merced os concederé libertad.

—Os burlais de mí! esclamó el conde.

—No me burlo de vos. Nunca Rodrigo Diaz ha faltado á su palabra, y hoy tampoco faltará. Vos, conde, y los nobles mancebos que están á vuestro lado, sois libres desde este instante.

Esposa é hijos teneis vos, y padres tienen ellos: tornad adonde os esperan, antes que reciban nuevas de vuestra desgracia. Mujer é hijos tengo yo, y padres he conocido: juzgad si comprenderé vuestro dolor al veros separados de los vuestros.

—Gracias, señor, gracias! Dadnos á besar la generosa mano que nos dá la libertad! esclamaron don Guillen y don Yago hincando la rodilla ante el Campeador.

—Los brazos, que no la mano, os daré, contestó este alzándolos y abriendo sus brazos, á los que se precipitaron los nobles mancebos profundamente conmovidos.

Don Ramon permaneció luchando entre su amor á la libertad y su orgullo; pero al fin prevaleció el primero.

Don Ramon Berenguel, el orgulloso conde de Barcelona, admitió los brazos del hidalgüelo de Vivar, del matador del conde Lozano y Martin Gonzalez, del arrojado ignominiosamente de Castilla!

Los servidores del Cid tenian ya dispuesta una abundante comida sobre la fresca y florida yerba, á la orilla del arroyo, bajo unos copudos robles que interceptaban completamente el paso á los ardientes rayos del sol. Allí se sentaron el Cid, sus principales caballeros, el conde, don Guillen y don Yago, y yantaron con estremada alegría.

Los insultos, el odio, el orgullo, el desprecio de don Ramon Berenguel se tornaron en reconocimiento, y aun en amor al generoso caudillo castellano.

—Quisiera, decia este al conde, quisiera tornaros la presa que os he hecho; mas ésme imposible hacerlo, porque no es mia, es de los que han peleado por conquistarla. Mientras plegue á Dios mantenernos en esta laceriada vida de la guerra, preciso nos es sustentarnos de lo que ganemos en las lides.

—Vuestra es toda la presa, respondió el conde, y aunque no lo fuera, yo os la daria de grado por la libertad que nos dais.

—Lidiando con vos cuerpo á cuerpo os gané esta espada, dijo el Cid señalando la que ceñia, mia es y puedo dárosla: tomadla, buen conde, que debíais tenerla en mucho, pues es bien labrada y con ella habeis vencido muchas lides.

—Cierto que en mucho la tenia, respondió el conde: mas

por lo mismo pláceme que os la guardeis, pues por vos será regida cual ella merece serlo. Colada púsela por nombre, del de el lugar donde la gané á los moros.

—Y tal la llamaré yo, dijo el Cid.

—El dia comienza á declinar, dijo Berenguel, y nos conviene partir de estas selvas enmarañadas antes que llegue la noche. Dadnos cabalgaduras y nos aparejarémos á la partida.

—Eso haré yo de buen grado: cabalgaduras os daré, y aun vestiduras y armas.

«Poco despues, dice la crónica, trageron los servidores del Cid tres palafrenes muy bien ensillados, é buenas vestiduras de mantos é de pieles.»

Conocíase que don Yago y don Guillen habian peleado con denuedo, pues las cotas que vestian estaban desgarradas y tintas en sangre, tanto, que se dispusieron á trocarlas por otras riquísimas que les fueron presentadas.

Gil presenciaba este cambio.

Al quitarse don Guillen la cota desgarrada para ponerse la nueva descubrió una banda que cubria su pecho, y lo mismo hizo don Yago. Advirtiéronlo muchos de los que presentes estaban; mas aquellas bandas no llamaron su atencion, porque ya era comun el llevarlas, aunque no tanto como lo fué desde algunos años despues en que principió la institucion formal de las órdenes de caballería con motivo de las cruzadas á la tierra santa.

Empero aquellas bandas produjeron un efecto asombroso en Gil Diaz.

El triste mancebo no pudo reprimir un grito de sorpresa y de dolor al verlas, grito que por casualidad pasó desapercibido entre el ruido que los soberbios corceles hacian hiriendo el suelo con sus ferrados cascos, las animadas pláticas de los caballeros y la vocería de los soldados, que daban rienda suelta al regocijo despues de haber comido y bebido abundantemente.

Difícil es esplicar lo que pasó en el alma de Gil en aquel instante: su faz espresó primero un sentimiento de odio profundo, y de repente aquella espresion se tornó en la de la gratitud.

:

Un momento despues don Yago y don Guillen, dispuestos á partir, fueron alargando la mano á los caballeros que estaban presentes, y es fama que nadie la estrechó con mas ardor que Gil Diaz.

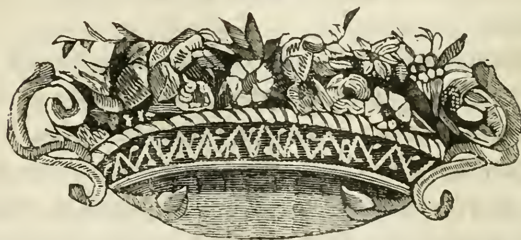
Don Ramon Berenguel y sus dos caballeros cabalgaron y partieron del campo, y el Cid y varios de los suyos los fueron acompañando buen trecho.

—Bien vayais, buen conde, y vosotros, caballeros, les dijo el Cid por despedida. Amigo vuestro soy, y tal quiero ser siempre; mas si aun habeis enojo conmigo, tornad á buscarme con hueste tan fuerte como la mia, y tornaremos á lidiar.

—No haremos tal por la salvacion de nuestra alma, respondió el conde.

—Si por enemigo os tuve, por amigo os tengo ya y tendré siempre, en tal punto, que vida y hacienda diera por vos.

Y el conde y los dos mancebos dieron espuela á sus cabalgaduras y se alejaron del campamento. «El conde, dice la cró»nica, tornando iba la cabeza é catando atrás, ca habia miedo »non se repientiera mio Cid, lo que non ficiera el caboso por »cuanto há en el mundo, ca non fizo nunca una deslealtad.»



CAPITULO XIX.

De como el Cid tomó un castillo, fortaleció otro y ganó una batalla.

Adofir, un esforzado moro que habia ayudado á los castellanos á conquistar el castillo de Rueda, situado en tierra de Zaragoza, tenia en guarda aquella importante fortaleza en nombre del rey de Castilla.

Almofalaz, uno de los moros fugados de Zaragoza al advenimiento de Aben-Zulema al trono de su padre, habia tenido muchos años atrás estrecha amistad con Adofir, y quiso valerse de esta circunstancia para apoderarse del castillo de Rueda. Un dia se presentó al alcaide demandándole hospitalidad y ayuda en nombre de su antigua amistad, pues decia hallarse perseguido por el rey de Zaragoza y haber perdido todos sus bienes. Creyóle Adofir y le admitió generosamente en el castillo, concediéndole entera confianza; mas pronto tuvo ocasion de arrepentirse de su credulidad. Almofalaz ganó la gente de armas que guarnecia el castillo, y se alzó con este, logrando Adofir con mucha dificultad salvar la vida en la fuga.

El burlado alcaide mandó cartas á don Alfonso refiriéndole el caso y pidiéndole ayuda para reconquistar la fortaleza que le habia sido traidoramente arrebatada. Don Alfonso sintió en estremo aquel contratiempo, porque tenia en mucha estima á Adofir y el castillo era de suma importancia, y envió al moro buen golpe de gente de armas, mandada por el conde de Cabra don García. Harto conocia don Alfonso que el conde de Cabra era mal capitan no solo por su avanzada edad, sino tambien por su escaso valor; pero quiso aprovechar aquella ocasion

para alejarle de Castilla, donde todo lo tenia revuelto y enredado con su eterna aficion á conspirar: además, Adofir era escelente soldado, y él solo bastaba para acaudillar la gente que pusiese cerco á la fortaleza.

Tan pronto como llegaron las fuerzas castellanas, unió á ellas Adofir las que en aquella tierra habia logrado recobrar, y puso cerco al castillo, empleando toda clase de esfuerzos y medios para rendirle.

Al fin Almofalaz hizo seña de que deseaba capitular, y rogó á los que acaudillaban las fuerzas sitiadoras que se acercasen á la fortaleza para ajustar la entrega; cometieron los castellanos la torpeza de fiar en sus palabras, y apenas se acercaron al muro, fueron muertos á pedradas Adofir, el conde de Cabra y algunos caballeros mas, con cuyo motivo los de dentro cobraron nuevos ánimos y los de fuera desmayaron.

Supo don Alfonso aquella nueva traicion de Almofalaz, y, ardiendo en ira, reunió gente y se encaminó á Aragon, resuelto á tomar venganza de la sangre traidoramente derramada por los moros.

Unidos los soldados que de antemano sitiaban el castillo de Rueda y los que el rey llevaba de Castilla, formóse un buen ejército, con el cual ya no dudó aquel lograr muy pronto su intento.

—Cien vidas, decia don Alfonso, perderia de grado por vengar la traicion de ese moro falaz, y hasta que lo consiga ó perezca en la demanda no he de tornar á Castilla.

El cerco quedó establecido muy en breve con todas las condiciones que la empresa requeria.

Las máquinas de guerra comenzaron á jugar contra la fortaleza, los dardos á poblar el espacio, las escalas á apoyarse en los muros y las tentativas de asalto á sucederse sin interrupcion; pero los soldados juzgaban el instante de su muerte identificado al de su rendicion, y se defendian desesperadamente.

Las luchas y los atronadores embates del ariete se sucedian con pasmosa rapidez por espacio de veinte dias, sin que los sitiadores ganasen un pálmo de terreno: lejos de ganar, sus fuerzas disminuian espantosamente, porque combatian á cuerpo

descubierto y los enemigos peleaban guarecidos por los fuertes muros del castillo.

En tanto que esto pasaba en Rueda, el Cid con su invencible hueste recorria el alto Aragon, poniendo espanto á los sarracenos enemigos de su protegido Aben-Zulema, y no habia plaza que no rindiese, ni batalla que no venciese, ni rebelion que no sofocase, de tal modo que el rey de Denia y sus partidarios se hallaban acobardados, y apenas osaban penetrar en los dominios del rey de Zaragoza.

Cargado de despojos se encaminó á Zaragoza, y en el camino supo lo que en Rueda acontecia.

El leal caballero, que tantas ofensas habia recibido del conde de Cabra, lloró la muerte de su enemigo, y anheló desde aquel instante la venganza tanto como la deseaba don Alfonso.

Vacilaba entre el deseo de acudir á postrarse á los pies de su rey y señor y el temor de recibir una vergonzosa repulsa, cuando unos mensageros de don Alfonso se presentaron á su vista, entregándole cartas del monarca castellano.

«Buen Cid, le decia don Alfonso, pruebas me habeis dado »de bueno no solo antes de que saliérais desterrado de mi rei»no, sino tambien, lo que es mas digno de loor, mientras ha»beis permanecido en el destierro. Si vos no fuérais tan buen »vasallo, sonrojaríame el pediros ayuda; mas sé que no recor»dais los agravios, y fio que vuestro anhelo es servirme. Mis »fuerzas son impotentes para rendir al traidor Almofalaz, que »se alzó con el castillo de Rueda y á tuerto dió muerte á Ado»fir y á algunos caballeros castellanos. Venid á unir vuestras »fuerzas con las mias, para que el traidor reciba el castigo que »merece, y si no os place venir á ayudarme, venid á que os »estreche en mis brazos.»

La alegría del Campeador no tuvo límites al leer las cartas del rey.

—Id, dijo á los mensageros, id á anunciar á mi rey y señor que el mas leal de sus vasallos, si bien el mas calumniado, vuela con su gente de armas á prestarle ayuda.

Los mensageros tornaron por el camino que habian llevado.

—Rey Alfonso! rey Alfonso! esclamó el Cid, tu voluntad siempre fué la mia! Hasta hoy siempre estuve dispuesto á sacrificarte mi vida: de hoy mas juro sacrificarte hasta la felicidad de mi Jimena, de mi Elvira y de mi Sol, que para mí es mayor sacrificio que el de mil vidas que tuviera.

Y dirigiéndose á sus caballeros, añadió:

—Varones! á Rueda, á Rueda, que allí nos há menester el señor rey Alfonso.

Y la hueste del Cid tomó el camino de Rueda, gozosa como el que acude á un festin, aunque acudia á un combate obstinado y sangriento.

Si grande fué la alegria del Campeador al saber que los brazos de su rey le esperaban, no fué menos la de don Alfonso al saber que aquel acudia gozoso y agradecido á ellos.

Aquel mismo que un dia le confiscó su hacienda, que impuso severas penas á los que osasen darle hospitalidad, que le arrojó ignominiosamente de la patria porque tanto habia peleado, á quien tanto amaba y á quien de tanta gloria habia colmado, aquel mismo rey voló lleno de regocijo al encuentro de Rodrigo Diaz.

Y cuando el noble caballero quiso doblar reverentemente la rodilla, le alzó con lágrimas de amor y de regocijo en los ojos, y le estrechó contra su corazon no como un rey puede estrechar á un vasallo, sino como un hermano puede estrechar á un hermano.

¿Qué mayor felicidad que aquella podia anhelar Rodrigo? ¿No estaban en aquel tierno abrazo suficientemente compensados sus trabajos, sus tristezas, los meses y aun los años que habia pasado errante y vagabundo en la aspereza de los montes y los campamentos, lejos del sol y las auras de la patria, lejos de su hogar querido, del santuario de sus recuerdos de la infancia, del teatro de sus amores, de la esposa del alma y de las hijas del corazon?

Y no era el Cid el único que gozaba en aquella entrevista: eran sus soldados, eran sus caballeros, era sobre todo Gil Diaz, el delicado y triste mancebo, dispuesto siempre á dar la felicidad de toda su vida por ver feliz un instante al generoso ca-

ballero que habia amparado el infortunio y la horfandad de su infancia.

. . . .

La valerosa hueste del Cid se confundió con los sitiadores de Rueda, y el cerco fué desde aquel instante doblemente terrible, doblemente porfiado.

Cuatro semanas hacia que el Campeador estaba en el cerco, y aun sus esfuerzos no habian dado resultado favorable: la impaciencia devoraba al esforzado caudillo.

—Señor, dijo al rey una tarde despues de haber tratado en vano de asaltar la fortaleza, mañana al salir el sol le saludarémos mis caballeros y yo desde el castillo, ó será la antorcha funeraria que alumbre nuestros cadáveres al pie de esos muros.

—Cid, respondió don Alfonso estrechando la ruda mano del soldado entre las suyas, moriré con vos ó con vos triunfaré.

Y ambos guardaron silencio y se entregaron al descanso durante algunas horas.

Al despuntar el alba tomó el Cid en una mano la enseña de don Alfonso y en la otra su Colada, y gritó á la gente de armas:

—Sus! sus! los que plantaron la Santa Cruz en los muros de Alcocer! La media luna se ostenta en los muros de Rueda; caiga hecha pedazos á nuestros golpes, y osténtese en su lugar la enseña del Redentor y de Castilla!

—Al muro! al muro! al asalto! gritó la gente de armas con ardiente entusiasmo.

Y como á pesar de los proyectiles que los enemigos arrojaban, se hubiesen aplicado ya escalas al muro, el Cid gritó:

—Santiago! Santiago de Compostela!

Y trepó el primero por ellas.

Aquel ejemplo de valor avivó mas y mas el de los sitiadores, que siguieron á su caudillo. Los moros concentraron todas sus fuerzas en el punto atacado, y comenzaron á defenderse con desesperacion. Dardos, piedras enormes, vigas, materias inflamadas llovian sobre los asaltadores; pero estos habian con-

seguido poner el pie en la eminencia del muro, y estaban resueltos á morir allí antes que retroceder.

Cada vez que Rodrigo descargaba su acero derribaba una cabeza musulmana, y los moros menguan por instantes en número y en valor. Al fin fueron desamparando los muros que formaban el primer recinto de la fortaleza, y los cristianos se lanzaron dentro de esta.

El castillo de Rueda era ya suyo.

Era espantosa la carnicería en el interior de la fortaleza!

La fuga era la única esperanza que quedaba á Almofalaz y la gente de su bando que aun sobrevivia á aquella matanza espantosa: así, pues, trataron de huir por un postigo oculto que tenia la fortaleza; pero antes de salir se apercibieron los de fuera de su intento, y esperándoles, conforme iban saliendo rodaban sus cabezas por el suelo.

Don Alfonso y el Cid no estaban aun satisfechos, porque aun no habian dado con Almofalaz; pero no tardaron en tener esta satisfaccion: sospechando qne fuese tan cobarde como traidor, ocurrióles si estaria oculto en los sótanos de la fortaleza, adonde bajaron en su busca. En efecto, allí estaba el traidor temblando, casi muerto de espanto.

El rey habia dado órden que no se le diese muerte á no ser en una necesidad estrema; y cumpliendo sus deseos se le condujo vivo á su presencia.

El moro se prosternó á los pies del monarca castellano implorando su compasion.

—Sois cobarde como todos los traidores, esclamó Alfonso, y mandó cargarle de cadenas.

Los moros estaban completamente vencidos, y el pendon de Castilla tornaba á ondear victorioso en los muros del castillo.

Aquel mismo dia don Alfonso meditó tormentos horribles conque hacer espiar su crímen á Almofalaz; mas recordando cómo habia castigado su padre en los muros de Viseo á otro moro, al que dió muerte á otro rey de Castilla, quiso que Almofalaz muriera del mismo modo. Aherrojósele en las almenas del castillo, y allí murió asaeteado.

—Buen Cid, dijo don Alfonso al caballero castellano, harto tiempo habeis lidiado sin descanso, tiempo es de que os entregueis al reposo.

—Señor, respondió el Cid recordando un antiguo romance que justaba el amor del soldado á las fatigas militares,

«Mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear.»

—Tiempo es ya tambien, contestó el rey, que en mi corte seais tan honrado como vilipendiado al alejaros de ella, y de que vuestra mujer y vuestras hijas tornen á veros á su lado. Dejemos bien guarnecida esta plaza, y tornemos juntos á Castilla.

—Señor, dijo el Cid, la media luna insulta do quier á la Cruz del Redentor. Los esforzados guerreros que me rodean ansían combatirla hasta morir ó alcanzar el triunfo. Ellos y yo tenemos en la mano la lanza y el escudo al pecho. Dejadnos lidiar, permitidnos recoger nuevos laureles antes de tornar á Castilla, para que nuestros merecimientos correspondan á nuestro amor y al de vuestros vasallos. Holgárame tornar á mi amada Castilla, al lado de mi mujer y de mis hijas, que con amor en el alma y lágrimas en los ojos esperan há mucho tiempo el término de mi ausencia; mas para el honrado caballero la patria y la honra valen aun mas que la mujer y las hijas.

Don Alfonso estrechó enternecido la mano del leal caballero.

Este continuó:

—Grande es la merced que me haceis permitiéndome tornar á Castilla, y ella me alienta á pediros otra mas grande aun...

—Hablad, Ruiz Diaz, le interrumpió el rey. Qué podré yo negaros á vos á quien tanto debo, á vos con quien tan injusto he sido!

—La merced que quiero pediros, continuó el Cid, es que me prometais observar siempre la ley antigua que concede treinta dias de plazo á los hijodalgos para salir desterrados.

Prometedme tambien que ningun ciudadano, quier noble, quier plebeyo, será condenado sin ser antes oido en derecho; y por último, que respetaréis los demás fueros y privilegios de la nobleza, sin que con pretesto alguno podais hollarlos.

—Cid! esclamó don Alfonso con tono solemne llevando la mano á la barba, cuya accion en aquellos tiempos hacia los juramentos doblemente inviolables, yo os hago gustoso la promesa que me demandais, y por la salvacion de mi alma juro cumplirla.

El Cid le dió las gracias lleno de agradecimiento, y entusiastas víctores al rey de Castilla resonaron en aquel instante.

Don Alfonso encargó la guarda del castillo de Rueda á uno de los caballeros del Cid que mejor habian peleado en la reconquista, á Guillen el de la Enseña, y despidiéndose de Rodrigo con grande muestra de amor, volvió á tomar la via de Castilla, donde le llamaban tramas y revueltas de la nobleza.

El Cid tornó con su hueste á Zaragoza.

El castillo de Morella, situado en una eminencia en los confines de Valencia y Aragon, habia sido fortísimo desde los tiempos de la dominacion romana, pero en la época á que el presente libro se refiere se hallaba derruido y en completo abandono. Hacia muchos años que los moros de Valencia le habian desmantelado para que los aragoneses no le hiciesen punto de partida de sus correrías por aquel reino y no pudieran refugiarse en él en sus retiradas.

El Cid comprendió cuánto convenia á Aben-Zulema reedificar y guarnecer aquel castillo para contener las incursiones del rey de Denia por las tierras del de Zaragoza. Como se lo aconsejára á Aben-Zulema, este le rogó que fuese él mismo á dirigir y proteger la fortificacion, como mas diestro en las cosas de la guerra y mas temido de los enemigos, y el Cid, que se habia propuesto proteger al rey de Zaragoza en todos conceptos por lo mismo que era débil y se veia injustamente combatido, se encaminó á Morella con buen golpe de gente, como que adivinaba la resistencia que Aben-Alfange ó sus aliados habian de oponer á la ereccion de aquella fortaleza.

Hacia algun tiempo que Rodrigo y su gente se ocupaban

en aquella operacion, combatiendo al mismo tiempo en las enriscadas cercanías de Morella con los moros, que se obstinaban en hacerlos desistir de su propósito, y ya se alzaba en la cumbre del monte un recinto inespugnable de muros dominado por fuertes torreones.

Desesperando Aben-Alfange de poder estorbar la reedificacion del castillo de Morella con sus propias fuerzas, determinó reclamar las agenas y acudió á su aliado don Pedro de Aragon para que le ayudase con el Cid.

Don Pedro reunió una poderosa hueste, en la que ingresaron los principales caballeros de su reino, y se encaminó á Morella. Detúvose media jornada antes de llegar, y desde allí envió á Rodrigo sus corredores con cartas, en las cuales decia al temido castellano que abandonase inmediatamente la reparacion de la fortaleza y se retirase de aquella frontera; pero como el Cid contestára negativamente, don Pedro avanzó hácia Morella, y los castellanos se apresuraron á salir á su encuentro, dejando una buena parte de sus fuerzas al cuidado de la fortaleza.

El Cid caminaba á la cabeza de los castellanos, y don Pedro á la de los aragoneses. Viéronse recíprocamente al dar vista á una profunda cañada que atravesaba la via, y unos y otros se detuvieron sin duda para aprestarse á la embestida.

Un murmullo de sorpresa se alzó en ambos ejércitos, pero á corto rato quedó todo en silencio. La distancia que los separaba era tan corta, que pocos tiros de venablo pudieran medirla.

Don Pedro! gritó el Cid con voz atronadora. Mengua y grande es que cristianos lidien con cristianos: si solo venís á contrariar la reedificacion del castillo de Morella, tornad por donde vinísteis, que dueño es Aben-Zulema de fortalecer sus dominios; mas si quereis seguir hácia Valencia, pasad bajo los muros de Morella, que yo os doy mi honrada palabra de no oponerme á vuestro paso.

Ni aun se dignó don Pedro contestar al Cid: por única contestacion hizo que sus clarines y atambores dieran la señal de acometer, y su hueste se lanzó con rapidez á la cañada; la del

Cid la imitó con no menos ligereza, y se juntaron ambas al descender á la hondura. Allí se travó el combate con encarnizamiento, allí se peleó cuerpo á cuerpo por espacio de una hora, al cabo de la cual la hueste de don Pedro mermada y falta de esperanza y aliento apeló á la fuga, subiendo la cuesta por donde habia descendido á la cañada; empero la mitad de los castellanos corrieron á cortarles la retirada, y pronto los aragoneses se vieron cercados por todas partes, y las armas cayeron de sus manos.

Viéronse, pues, prisioneros del Cid el mismo rey don Pedro y mas de mil caballeros de su bando, entre los que se contaban el obispo don Ramon de Olivas, los condes don Sancho Sanchez de Pamplona y don Nuño de Portugal, su mayordomo Sancho Gonzalez, su hijo don Diego y don Ramiro, infante de Navarra.

Condújoles el Cid á Morella, y algunos dias despues, dejando bien guarnecido el castillo, tornó con ellos á Zaragoza.

Grandes fueron las demostraciones de alegría y reconocimiento con que Aben-Zulema recibió al Cid!

Los prisioneros prestaron homenage al rey de Zaragoza, y en seguida fueron alojados no en unas oscuras mazmorras, sino en un edificio donde mas bien podian gozar de las comodidades de un palacio que sufrir las penalidades de una cárcel.

Al siguiente dia de su llegada á Zaragoza departia el Campeador con Aben-Zulema.

—Señor, le decia, vuestros vasallos os aman y vuestros enemigos os temen! Ya no habeis menester mi ayuda para conservar el trono que os legó vuestro padre el honrado Almudafar, mas si nuevos peligros os amenazan, si vuestros enemigos osan á vos, veréisme acudir á vuestra defensa, que así lo prometí á vuestro padre, y nunca Rodrigo Diaz faltó á sus promesas. Dejad, pues, que me aleje de vos para tornar á Castilla, donde mi señor el rey Alfonso me llama para que á su lado combata á los numerosos enemigos que amenazan las fronteras de su reino.

—Id, Campeador, adonde nuevos laureles conquiste vuestra invencible diestra, contestó Zulema; pero pedidme antes

la recompensa de vuestros servicios, pedidme mis tesoros, pedidme señoríos, pedidme mi reino, que todo me parece escasa recompensa.

—Bástame vuestra amistad y el convencimiento de que he obrado como bueno, dijo el Cid; mas no, añadió despues de un instante de reflexion, otra merced quiero pediros.

—Hablad, Campeador, hablad! Qué puede negaros Aben-Zulema?

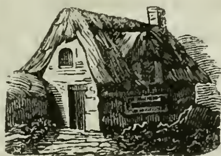
—Os pido la libertad del rey don Pedro y sus caballeros.

—Yo se la concedo de buen grado.

—Gracias, señor, gracias!

—A vos deben darlas ellos, que no vos á mí. A vuestro valor debieron la pérdida de su libertad, y á vuestra generosidad deberán el recobrarla.

Aquel mismo dia fueron abiertas á don Pedro y los suyos las puertas de sus prisiones en ocasion que el Cid con su gente salian para la frontera de Castilla entre las bendiciones de los cristianos que le debian su libertad y los musulmanes que le debian la paz y la prosperidad que ya gozaba el reino de Zaragoza.



CAPITULO XX.

Que es bueno para solaz de tigres y hienas.

Era una mañana del mes de Julio. Al rayar el alba se notaba una agitacion estrema hácia el castillo que dominaba la villa de Carrion; oíanse ladridos de perros, preludios de bocinas de caza, relinchos de caballos y voces de caballeros y villanos. Era que los moradores del castillo se disponian á partir á la caza: á la puerta del castillo esperaban muchos villanos destinados al ojeo, palafraneros sujetando de la brida fogosos é impacientes caballos, halconeros provistos de hermosas aves que anhelaban lanzarse al espacio, y servidores sujetando grandes traillas de lebreles y sabuesos.

—Vive Dios, decia un halconero jóven, que asombra esta alegría, esta vida, este movimiento que todos los dias hay en el castillo de Carrion.

—Cierto, Pelayo amigo, contestó un villano bien entrado en años que estaba presente sujetando con ambas manos una trailla de lebreles que pugnaban por emprender su carrera por aquellos campos. El castillo de hoy en nada se parece al de otros tiempos: cuando solo moraban en él don Suero y la infanta doña Teresa, aquella que casó con Guillen el de la Enseña, porque don Fernando y don Diego no deben meterse en cuenta, pues á la sazon eran rapaces de pocos años, nunca habia un festin en el castillo, nunca sonaba aquí la bocina de caza, ni el ladrido de los sabuesos, ni se veía nada parecido á lo que hoy se ve: el castillo se alzaba siempre en donde ahora se alza negro y silencioso como un fantasma, todos decian que

en él pasaban cosas terribles que tarde ó temprano debian producir grandes desgracias.

—Y cierto que las produjeron, segun cuentan, pues yo no estaba á la sazon en esta tierra.

—Decídmelo á mí que las presencié. Los bandidos atacaron una noche el castillo y le entregaron á las llamas: poco despues don Suero fué desterrado por el rey, y las paredes del castillo permanecieron muchos años medio derruidas, sin que nadie osára acercarse á ellas, porque se contaba que de noche se oían en su recinto voces lastimeras que helaban de pavor.

—Daríanlas las almas de los bandidos que perecieron al atacar el castillo, y á quienes Dios condenaria á penar por tamaño crímen.

—Crímen decís, hermano? dijo uno de los interlocutores bajando la voz y acercándose al otro. Líbreme Dios de calumniar á don Suero ni á ninguno de su familia, porque al fin son nuestros amos, y á los siervos como nosotros no toca juzgar la conducta de sus señores; mas entonces el hecho de los bandidos no por crímen se tuvo, sino por hazaña meritoria y digna de gran loa, porque don Suero, al decir de las gentes, eso y aun mucho mas merecia.

—Qué decís, hermano?

—Dígoos la verdad.

—Cierto que no sería un santo, pues se dice ahora que los infantes son casi tan malos como era su tio, y ya veis que don Fernando y don Diego no merecen ser puestos en retablos.

—Tornó don Suero de su destierro allá en Asturias, por merced del rey, reedificóse el castillo, los infantes tornaron á él, y su tio se fué á la corte, donde constantemente permanece. Desde entonces el aspecto risueño que los muros del castillo tienen, le tienen tambien sus moradores.

—¡Pluguiera á Dios que los infantes no llevάran vida tan alegre, pues la honra y aun la vida de sus vasallos hacen el gasto de sus placeres!

—Ira de Dios! ¡es triste cosa, hermano, que los pobres pecheros han de tener siempre sus hijas y sus mujeres, y aun su vida, á merced del capricho de los señores!

—Y mas cuando los señores son tan caprichosos y crueles y depravados como los infantes don Diego y don Fernando...

—Silencio, hermano, que salen los infantes! dijo uno de los que así platicaban.

Todos los que esperaban aquel instante, unos conversando de pie, otros tendidos sobre la yerba, guardaron silencio y se pusieron en actitud respetuosa.

En efecto, dos mancebos ricamente vestidos con trage de caza salieron del castillo acompañados de hasta media docena de caballeros y multitud de pages: eran los infantes de Carrion don Fernando y don Diego: hallábanse aun en la adolescencia, y todo, su rostro, sus maneras, el sonido de su voz, revelaba una afeminacion estrema, de esas que tienen su origen en el ocio y los placeres.

Ambos se encaminaron adonde los esperaban las cabalgaduras, y como algunos de los villanos que se hallaban á su paso no se retirasen tan pronto como ellos quisieran, á causa de la muchedumbre que allí habia, don Fernando enarboló un látigo que llevaba en la mano y empezó á descargarle sobre aquellos infelices, celebrando con grandes carcajadas tanto él como su hermano y alguno de los caballeros que los acompañaban, el doloroso efecto que la fusta producia en aquellas pobres gentes.

Al fin cabalgaron, sonó una bocina, y todos se pusieron en marcha con direccion á unos espesos encinares que ocupaban parte de la que hoy es vega de Carrion.

A la entrada de aquellos encinares y á la orilla del rio habia una granja situada en la cima de una colina. Aquel sitio era delicioso por estremo, pues se disfrutaba desde él el espectáculo de un dilatado y hermoso paisage, y estaba sombreado por copudos y robustos árboles, por lo cual los infantes y su comitiva se detuvieron allí para descansar y disponer la batida que debia darse antes que el calor comenzase á ser escesivo.

Algunos servidores de los infantes se fueron hácia el lado del rio para escuchar mejor los cantares que con dulcísima voz entonaba una garrida villana que estaba lavando en la límpida

corriente, y atraidos por aquella novedad los imitaron otros y otros, tanto que llamó la atencion de los infantes, los que preguntaron la causa de aquella reunion. Como se le dijera, moviólos la curiosidad á escuchar el canto de la villana, que sin curar en los que se hallaban pendientes de su voz, continuaba sus cantares.

Entonaba un romance de los que ya en aquella época componia el pueblo para celebrar las hazañas ó las desventuras de los héroes por quienes mas se interesaba.

Aquel romance decia así, sino miente el Romancero, á quien dejamos la responsabilidad de los anacronismos que en él pueda haber:

Íbase el buen rey á misa
A San Marcos de Leon,
Y galanes pagecicos
Iban en su derredor.
Por verle acuden los nobles
Y los que villanos son,
Y otros á los miradores
Suben por verle mejor.
Muy galan iba el buen rey
Alfonso el batallador!
Llevaba manto bermejo
Que un emprerante le dió,
Con zapatico de seda,
Calzas de verde color,
Y de raso columbino
la jaqueta y ceñidor.
—Que Dios os guarde, el buen rey,
El buen rey, que os guarde Dios!
Dícenle dos caballeros
Que recien llegados son;
Nuevas traemos de Burgos,
Mas nuevas de gran dolor:
Don Rui Diaz de Vivar,
Que á la guerra se partió,
Háse entrado por las tierras
Del vuestro amigo Almenon.
Castigo dadle, buen rey,

Castigadle por traidor.
—No haré tal, responde Alfonso,
Que el que en buen hora nació
Es noble entre los mas nobles
De Castilla y de Leon.
Airóme en Santa Gadea
Cuando á jurar me obligó,
Mas dióme pruebas despues
De cumplido servidor.
—Con faz de buen caballero
Y de vasallo de pró
De vos se burla, buen rey,
Buen rey, se burla de vos.
En ira al buen rey enciende
Aquella malquistacion,
Y ordena que salga al punto
De la tierra el Campeador.
Ya se sale de Castilla
El que en buen hora nació,
El de la fornida lanza,
Don Rodrigo el lidiador.
Y todos dicen llorando
En Castilla y en Leon:
¡Oh Dios y qué buen vasallo
Si tuviera buen señor!
Oh buen rey, buen rey Alfonso,
¿Quién lidiará en vuestra pró,
Si castigais á leales
Y á falsos dais galardon?
Echad, buen rey, de Castilla
Tanto ruin calumniador,
Echad á los lisonjeros,
Que á los servidores, no.

—Ira de Lucifer! esclamó don Fernando al llegar la doncella á este punto de su romance, he de hacer escarmiento tal en esa villana, que jamás siervo alguno se atreva á deprimir á señor con sus soeces cantares.

Y acariciando á un sabueso y luego señalando con el dedo á la villana, añadió:

—Eh! Carnicero! allí, allí!

El perro echó á correr hácia el rio y tornó un momento despues trayendo casi arrastrando á la desventurada doncella, que lloraba y daba lastimeros gritos de terror.

La villana contaria diez y seis años de edad, y era hermosa por estremo; mas ni sus lágrimas, ni su juventud, ni su hermosura, movieron á piedad á los infantes.

—Vasalla, le preguntaron estos alzando sobre ella el látigo que blandian sus manos, ¿quién te ha enseñado el romance que cantabas orilla del rio?

—Hélo aprendido de los labriegos de esta vega, contestó temblando la jóven.

—Decid quiénes son esos labriegos.

—Señor, no recuerdo quiénes son, ó mas bien, son todas las gentes de esta tierra.

—Y por qué le cantas tú?

—Hélo cantado sin saber que os desplacia en ello.

—No tornarás á cantarle.

Y al decir esto don Fernando cruzó el rostro de la doncella con el látigo, y su hermano le imitó. Un murmullo de lástima y de indignacion se alzó entre los circunstantes al ver saltar la sangre del rostro de aquella niña.

Don Fernando paseó una mirada iracunda en su derredor, como si quisiera aniquilar con ella á los que desaprobaban su inicua accion.

—Villanos! esclamó, ¿no aprobais la conducta de vuestros señores? Esperad un poco, que vais á ser complacidos. Hola, añadió dirigiéndose á los que habian bajado por la doncella, que por lo visto eran los ministros de sus bárbaras tropelías, desnudad á esa villana y atadla al tronco de uno de estos árboles.

Los criados se disponian á ejecutar el bárbaro mandato de su señor.

Nuevo murmullo de indignacion se alzó entre los circunstantes.

—Silencio! esclamó don Fernando. Ay de aquel que torne á despegar los labios para desaprobar la conducta de los infantes de Carrion!

Los villanos callaron aterrorizados.

—Señor, tened compasion de mí! esclamaba la doncella medio muerta de espanto. No me mateis, que tengo padres ancianos, de quienes soy el único apoyo y el único consuelo en este mundo! No me mateis, que mis pádres morirán de dolor al saber que han perdido su hija!

Los infantes hicieron una seña imperiosa á los criados para que se apresuráran á cumplir sus órdenes.

Y los verdugos arrastraron á la víctima al pie de un árbol, y medio desnuda la ataron al tronco.

Y entonces los infantes de Carrion se acercaron á ella y descargaron repetidas veces el látigo sobre sus espaldas, hasta que la sangre salpicó en abundancia las flores que tapizaban el suelo.

Y los villanos que presenciaban esta horrible escena permanecian impasibles, sin exhalar una queja, sin proferir una maldicion, porque el terror embargaba sus almas, y la bárbara tiranía que sobre ellos pesaba hacia muchos años, habia, si asi podemos espresarnos, encallecido su corazon y muerto sus instintos generosos. Solo un ballestero se atrevió á maldecir por lo bajo á los verdugos.

La doncella habia perdido el sentido: parecia un cadáver amarrado al tronco del árbol.

Los infantes y los nobles que los acompañaban, tan bárbaros é inicuos como ellos, por cuya circunstancia sin duda gozaban de su amistad, creyeron que no debian ocuparse mas tiempo de aquella miserable villana, y se ocuparon alegres y bulliciosos en la batida que querian dar al javalí en los encinares inmediatos.

La razon de sus criados y vasallos estaba harto preocupada por lo que acababa de suceder, por cuya razon comprendian con demasiada torpeza las órdenes de los infantes; mas estos, acudiendo á los medios conque ordinariamente se hacian obedecer, sacudiendo el látigo, decimos, hicieron á aquellos desventurados comprender sus respectivas obligaciones. El plan de la batida quedó terminado á pocos momentos, y aquella dió principio.

Pronto los sabuesos descubrieron la res, que perseguida

por todas partes hubo de rendirse, como igualmente otra, y otra, y otra, que sucesivamente fueron apareciendo.

El sol, que se hallaba en el cenit, era abrasador, y hombres, halcones y perros estaban ahogados de calor y de cansancio, por lo cual los infantes determinaron suspender la batida y retirarse todos á descansar, no ya á la granja donde dejaron moribunda á la desventurada villana, pues estaba muy distante, sino á una frondosa arboleda en cuya inmediacion brotaba una fresca y cristalina fuente.

Los sabuesos, avezados á rastrear la res, así que bebieron y descansaron un rato, tornaron á olfatear junto á la fuente: sus ahullidos y su carrera hácia el interior del bosque demostraron muy pronto que seguian nuevamente la pista de alguna res.

Los cazadores, que tambien se hallaban un tanto repuestos de la fatiga, no quisieron desaprovechar la ocasion de dar caza á aquella nueva pieza.

Tornaron á penetrar en el bosque, y muy pronto les hizo conocer el ladrido de los perros que estos habian dado con la res.

Los perros se habian encaminado á unos peñascales bastante lejanos, donde al parecer se habian detenido, pues allí se oian constantemente sus ladridos.

Dirigiéronse todos los cazadores allá, y cuál fué su sorpresa cuando vieron tres ó cuatro perros muertos junto á la concavidad de una roca, á la que se lanzaban los demás, retrocediendo en seguida para embestir nuevamente.

—El javalí se ha refugiado en esa quebrada y hace frente á los perros, pensaron todos, y preparando los venablos y animando á los sabuesos, se aproximaron á la roca.

No tardaron en ver asomar la cabeza de la fiera para morder á los perros y esconderse hasta esperimentar nueva embestida: la fiera no era un javalí, como los cazadores habian creido: era un terrible lobo, que, segun la fiereza conque se defendia, tenia traza de no dejar perro vivo.

El número de estos iba disminuyendo espantosamente.

—Ira de Luzbel! esclamó don Fernando. Entrañas de tigre

es menester tener para ver morir así á esos pobres perros!

—Ballesteros! añadió don Diego, disparad vuestros venablos contra la fiera; mas ay del que por herirla hiera á algun sabueso!

—El que tal haga, dijo don Fernando, tendrá que sacar á mano el lobo de la madriguera.

Los ballesteros temblaron, porque era preciso tener mano muy certera para disparar al lobo sin herir á los perros, y era imposible separar á estos, ciegos de furor como se hallaban con la fiera.

Multitud de venablos volaron hácia la roca, pero todos fueron á romperse, el que menos un palmo mas arriba de la quebrada.

Entre los ballesteros habia un mancebo llamado Sancho, que tenia fama de infalible tirador, el único que á socapa habia murmurado lleno de indignacion al presenciar el inhumano trato dado por los infantes á la doncella del romance.

—Sancho! le dijo don Fernando, eres el mejor tirador de esta tierra, y aun no has disparado tu ballesta? Vive Dios que estoy por creerte partidario del lobo!

En efecto, Sancho se habia hecho el remolon, y mientras figuraba preparar su ballesta parecia luchar con encontrados pensamientos.

—Señor, contestó, ya sabeis que para no errar el tiro es preciso examinar bien el blanco.

—Ira de Dios! esclamó en aquel instante don Fernando: la fiera va á ser destrozada, que Carnicero la toma por su cuenta. Vedle, que ya embiste de veras. Firme, valeroso Carnicero! Graba con sus dientes la roca cada vez que embiste. Oh! si llega á clavarlos en la cabeza del lobo!...

Sancho apuntó en este instante su ballesta: el dardo silbó, Carnicero dió un doloroso alarido, y cayó traspasado sobre sus compañeros.

El ballestero se habia decidido á arrostrar el castigo dictado anteriormente por don Fernando, porque lejos de temblar sonrió de satisfaccion al ver caer al perro y se encaminó hácia la roca.

Lám. 6.

El dardo silbó, y Carnicero dió un doloroso alarido y cayó traspasado sobre sus compañeros.

Es imposible pintar la ira, la rabia, la desesperacion, el dolor que esperimentaron Diego y Fernando al ver muerto á Carnicero, á su perro favorito.

—Traidor! esclamaron á un tiempo dirigiéndose á Sancho, cien vidas como la tuya no bastan á pagar la que á Carnicero has quitado! Lucha con la fiera y ruega á Dios que te destroce, que sino muerte mas cruel te aguarda.

El mancebo arrojó la ballesta y el cuchillo que llevaba al cinto, como para mostrar que estaba decidido á luchar con el lobo á *buena ley*, y tornó á la quebrada: Carnicero, tendido en el suelo, respiraba aun: Sancho le puso el pie en el pescuezo y le acabó de ahogar, sin que los espectadores de aquella escena lo vieran á causa de la distancia, y echó sus nervudos brazos á la fiera con heróica resolucion.

El lobo, de la primera dentellada, le hizo una profunda y prolongada herida en el brazo; mas el mancebo no se intimidó: una lucha horrible se trabó entre el hombre y la fiera, lucha que contemplaban con infinita complacencia otras fieras de forma humana, los infantes de Carrion y los caballeros sus amigos.

Aquella lucha duró cerca de un cuarto de hora. Sancho derramaba abundante sangre por todas partes: sus brazos, su pecho, su faz, todo su cuerpo, en fin, estaba cubierto de heridas, pero la fortaleza no abandonaba su cuerpo ni su corazon. Al fin la fiera dió un cavernoso ahullido y quedó exánime entre sus manos.

El mancebo la arrastró fuera de la quebrada y la arrojó sobre una roca; en seguida tomó un pesado canto, y le deshizo la cabeza dejándole caer sobre ella con fuerza.

Entonces el valeroso mancebo inclinó la frente, esperando la sentencia de muerte que no dudaba iban á fulminar contra él los infantes. La sangre continuaba corriendo á torrentes.

Los infantes se pusieron á tratar entre si el destino, ó mas bien el suplicio que le habian de dar; mas en aquel instante abandonaron las fuerzas al pobre ballestero, y cayó al suelo como muerto. Algunos de sus compañeros hicieron ademan de acudir á socorrerle, pero Fernando los detuvo diciéndoles:

—Dejadle, que harto mas dulce le será la muerte desan—

grándose lentamente que siendo arrojado de la cima de esas rocas ó traspasado por vuestros venablos. Recoged al malhadado Carnicero, que es nuestra voluntad soterrarle en los jardines del Castillo, y tomemos la via de Carrion.

Los criados de los infantes se apresuraron á ejecutar las órdenes de sus señores respecto al perro muerto, y un instante despues todos los cazadores abandonaron el encinar, escepto el desventurado Sancho, que quedó desangrándose al pie de la roca donde luchára con la fiera.

Al pasar junto á la colina donde aquella mañana habia quedado maniatada y perdido el sentido la villana del romance, los infantes se acordaron de su inocente víctima y fueron á ver qué habia sido de ella, no movidos por un sentimiento de compasion, sino movidos por un sentimiento de curiosidad.

La villana habia desaparecido.

—Alguien ha debido soltarla, dijo don Fernando, que harto bien atada estaba para soltarse por sí sola. Por mi ánima que si yo logro averiguar quién ha sido su oficioso protector, no he de contentarme con imponerle la pena del talion.

Y esto diciendo, continuaron todos la via del castillo, donde los olvidarémos por ahora, porque el alma del historiador se desgarra al narrar los abominables hechos de tan inicuos personages, echados por Dios al mundo para ministros de la cólera divina.



CAPITULO XXI.

Que es bueno para solaz de palomas y corderos.

Qué grato es al historiador ó al poeta ocuparse de ángeles, describir escenas consoladoras, analizar corazones inmaculados, almas dispuestas siempre al bien, deseosas de remontarse á una region mas escelsa, mas pura, mas bella que la tierra! Porque fijos los ojos en el papel, tiene fijo el pensamiento en el objeto que descubre; y si este objeto es una flor, aspira su aroma; si es una beldad, se embriaga en su hermosura; si es un sol, se siente deslumbrado por su resplandor.

Y, por el contrario, ¡qué suplicio tan cruel el del historiador ó el poeta cuando en vez de identificarse con ángeles se identifica con los genios del mal, cuando en vez de adherir su pensamiento á las flores, le adhiere á las espinas, cuando en vez de fijarle en la luz, le fija en las tinieblas! Su alma es elevada y grande, aspira á lo generoso y bello; porque si su alma no es así, el historiador no es historiador ni el poeta es poeta, es un grosero embadurnador de papel. Su alma es grande, repetimos, y adherida á un objeto mezquino y repugnante, esperimenta el suplicio de aquellos mártires del cristianismo que eran condenados á exhalar el último suspiro adheridos á un cadáver.

Ay! ¡cuánto gozaremos y sufriremos en esta terrible alternativa antes de llegar á la última página de este libro, que en él figuran ángeles y demonios, que en él hay flores y espinas, que en él hay luz y tinieblas, á fuer de ser una página, mas ó menos perfecta, de la historia de la humanidad!

:

Y no pretendemos que el lector se identifique con nuestras pobres creaciones: nosotros vemos el espíritu, y él solo ve la espresion, porque la pluma ó la palabra son pincel harto mezquino para retratar el pensamiento. Una madre no puede espresar la idea que ha concebido de las perfecciones del fruto de sus entrañas. El paraiso de Milton y el infierno del Dante no son obras acabadas, son apuntes que solamente han comprendido sus autores. Las creaciones del poeta ó del pintor no caben en el papel ó en el lienzo, caben solo en el corazon.

Perdonadnos si por un instante nos hemos dejado dominar por los pensamientos que se agitan en nuestra imaginacion al deplorar nuestra impotencia para pintar el alma de dos niñas puras como los serafines del cielo, entregadas á las santas ilusiones del amor! Pasad por alto estos renglones, no leais los que se les parezcan, pero consentid que el historiador, el poeta, el novelista, como querais llamarle, dé libertad un instante á su fatigado pensamiento, dejándole recorrer libremente las regiones que mas le plazcan. La tierra es muy triste para los que sueñan eternamente con un cielo! Pensad que nosotros podemos pertenecer al número de esos séres sin ventura; y cuando halleis una frase oscura en este libro, suponed que su oscuridad proviene de haber borrado una lágrima la palabra que la completaba!

Era una noche de estio. El cielo estaba azul y sereno, como el cielo cuando mas azul y sereno está, porque para significar con un símil el azul y la serenidad del estrellado pabellon que nos cubre, en el mismo cielo es preciso buscarle, que en otra parte no le hay. La luna brillaba en su plenitud, iluminando como el sol de mediodia el dilatado horizonte que se domina desde el monasterio de San Pedro de Cardeña.

La estancia en que dormia Jimena se hallaba próxima á la de sus hijas.

Era cerca de media noche, y la noble esposa del Campeador creyó llegada la hora de retirarse sus hijas y ella al descanso. Las tres doblaron la rodilla ante una imágen del apóstol de Compostela, y oraron algunos instantes al santo patron de los campeones de la cruz, pidiéndole que velase por el Cid y

le diese su ayuda en los combates. Luego la tierna madre imprimió sus labios en las rosadas megillas de sus hijas, y una y otras se separaron.

La cámara de Sol y Elvira tenia una ancha ventana, desde la cual se dominaba la llanura hasta una larga distancia. Aquella ventana estaba abierta cuando penetraron en la estancia las dos hermosas doncellas, porque el calor habia sido escesivo durante el dia, y convenia que penetrára en la cámara la suave brisa de la noche, perfumada con los aromas de las flores que esmaltaban la llanura.

Sol y Elvira se acercaron á la ventana, y quedaron inmóviles contemplando el magestuoso espectáculo que se ofrecia á su vista. Allá á lo lejos se alzaban los chapiteles de Burgos como inmóviles y misteriosos fantasmas, y ninguna voz humana se oia en la llanura. La apacible brisa llevaba de vez en cuando hasta el monasterio el murmullo de algun arroyo, el lejano ladrido de algun perro ó el balido de las ovejas encerradas en el aprisco, y cuando las hojas de los árboles que crecian al pie de la ventana dejaban de agitarse al soplo de la brisa, tornaba á reinar el silencio, que hubiera sido completo á no ser por ese monótono canto del grillo que aumenta el misterio y la magestad indefinible de la campiña en las tranquilas noches de verano.

La solemne magestad de la naturaleza eleva el pensamiento á Dios, como lo eleva la majestad que reina en una basílica gótica ó bizantina á la hora del crepúsculo, cuando las santas bóvedas solo están alumbradas por la opaca lámpara que arde al lado del Sagrario y el último rayo de sol que penetra por los pintados vidrios de la cúpula. Tras el sentimiento religioso alza su voz el amor puro, que, como emanacion divina, despues de aquel es el mas santo de los sentimientos.

—Hermana! dijo Elvira despues de haber permanecido ambas en silencio largo rato, ¡qué puro está el cielo y cómo brillan en él las estrellas y la luna! mis ojos no se cansan de contemplarlas!

—Quizá piensas como yo, que en esa luna y en esas estrellas, en que están fijos nuestros ojos, lo están tambien en este momento los de nuestro padre y los de Gil.

—Sí, hermana, sí, ese pensamiento se agita en mi imaginacion. Nuestro padre y Gil velarán en este instante en algun campamento, y fijarán sus miradas en los mismos astros en que nosotras las fijamos.

—Y quizá tambien las fijen el caballero del águila y el caballero del halcon!

—Sí, dijo Sol, y sus hermosos ojos brillaron de alegría; eso pensaba yo tambien, porque esos gentiles caballeros aun andarán á la guerra.

—¿Recuerdas, Sol, la noche en que los vimos alejarse de aquí y desaparecer de nuestra vista trasmontando aquella colina en que se pierde el camino de Burgos?

—No lo he olvidado, hermana mia! Era una noche clara y apacible como esta! Verás como no he olvidado nada de lo que aquella noche pasó...

Y Sol se acercó mas á Elvira, cuya cintura ciñó con su brazo.

—Tres dias eran pasados, continuó Elvira, desde que á nuestros salvadores del bosque y de la plaza de Santa Gadea habiamos enviado á Burgos las bandas que en muestra de gratitud labramos para ellos. Comenzaba á anochecer, y nuestra madre y nosotras nos acercábamos al monasterio despues de pasear largo rato por la vega.

—Bien lo recuerdo, hermana mia! Y veniamos hablando de nuestros salvadores.

—Como de repente oyésemos á nuestra espalda ruido de caballos, tornamos la vista y vimos dos caballeros que se encaminaban hácia aquí. Aquellos caballeros nos alcanzaron pasados cortos instantes, y nuestra madre y nosotras no pudimos contener un grito de sorpresa y alegria al reconocer en ellos á nuestros salvadores, que á su vez nos reconocieron con no menor contento y se apresuraron á descabalgar. Su pecho estaba ceñido con las bandas labradas por nosotras. Cuando ibamos á humillarnos á sus pies, los caballeros se humillaron á los nuestros, diciendo:

—«No venimos, señoras, á recibir homenages, que venimos á tributarlos. Vamos á partir de Castilla, porque nuestra patria,

á quien amamos como vosotras á la vuestra, há menester la ayuda de nuestro brazo, y antes de alejarnos de esta tierra, á la que quizá no tornaremos nunca, hemos querido saludar á la noble esposa y á las hijas del Cid, del mejor caballero del mundo, hemos querido espresaros nuestro agradecimiento por la inapreciable joya con que habeis engalanado nuestro pecho. La banda que ceñimos es prenda de alto precio por haberla labrado vuestras manos, y lejos de amenguar su valía el corazon sobre que posa, la acrecerá mientras lata.»

—Sí, sí, hermana, así hablaron los caballeros disponiéndose á alejarse de nosotras.

—Dadnos vuestros nombres, para que los repitamos y bendigamos mis hijas y yo á todas horas! esclamó nuestra madre. Pero los caballeros contestaron que no podian satisfacer nuestros deseos, y desaparecieron por el mismo camino que habian traido.

—Cierto, hermana mia, así sucedió. Y cuando los vimos trasponer la colina á beneficio de la luna, que alumbraba clara y hermosa como esta noche, una profunda tristeza se apoderó de nosotras, y nuestra madre nos hizo muchas preguntas tratando de inquirir la causa.

—¿Por qué nos acordarémos tanto de esos misteriosos caballeros?

—Yo no sé, hermana, lo que pasa en mi corazon cuando pienso en ellos. Mi corazon late apresurado: pienso que acaso no los volveremos á ver, porque ya no se acordarán de nosotras ó habrán muerto en la guerra.

—Dios mio! esclamó Elvira con espanto. No digas eso, hermana mia, que ese pensamiento, con que tambien lucho de continuo, me llena de terror.

—Si tornáran, hermana, y moráran aquí, y paseáran con nosotras por la vega que tan tristemente recorremos todos los dias, cuánto mas alegres nos parecieran los sombríos muros que nos rodean y los campos que se estienden á nuestra vista!

—Mira, hermana, yo me acuerdo de ellos á todas las horas y todo los trae á mi memoria. Cuando paseamos por la vega y veo aquella casita blanca que se alza en la cima de una colina

cercada de frondosos árboles y de campos esmaltados de flores, considero cuánta sería nuestra dicha si viviéramos allí con nuestros salvadores; cuando hace calor y nos sentamos sobre las flores á la sombra de un árbol, pienso cuánto mas gratas serían para nosotras aquella sombra y aquellas flores si el caballero del Aguila y el del Halcon estuvieran á nuestro lado; y hace un instante, cuando nos hemos asomado á esta ventana y hemos quedado contemplando en silencio la serenidad de la noche, la hermosura del cielo, y aspirando el aroma y la frescura del ambiente, tambien me acordaba de ellos, tambien consideraba cuánta dicha sería la nuestra si ellos estuvieran aquí á nuestro lado!

—Lo mismo pienso yo, hermana mia!

—Oh! qué dulce es vivir siempre al lado de aquellos á quienes se ama!

—Pero ¿por qué no nos acordarémos tanto de Gil como de esos caballeros? preguntó Sol con tono verdaderamente infantil.

—Cierto, respondió Elvira, que aunque de él nos acordamos y nos complacemos en pensar en él, no es tanto como en el caballero del Aguila y en el del Halcon. Y aun mas que en esos caballeros debiéramos pensar en Gil, porque desde niñas le hemos tratado, ha sido siempre nuestro hermano y nos ha amado siempre y ha procurado complacernos.

—Dios mio, esclamó Sol, ¡qué misterios tan impenetrables encierran los corazones!

Las dos hermosas niñas tornaron á ocuparse de los caballeros desconocidos, de su padre y de Gil, y embebidas en tan grata conversacion y en el inesplicable encanto del cielo y la campiña iluminada por la luz de la luna, dejaron transcurrir la noche sin pensar en entregarse al sueño.

Sol tornó la vista al oriente y vió que aparecian los primeros resplandores del alba.

—Hermana, dijo, ya empiezan á quebrar albores. Acostémonos, que nuestra madre nos llamará poco despues de salir el sol para que vayamos con ella á oir la misa del buen abad.

—Sí, tienes razon, Sol.

La luz del dia iba reemplazando á la de la luna, y la coli-

na en que se perdia el camino de Burgos se mostraba mas distintamente.

Las inocentes doncellas iban á separarse de la ventana, cuando enmedio del completo silencio que reinaba en la campiña les pareció oir un ruido semejante al del trote de caballos. Detuviéronse un instante aplicando el oido hácia el lado de donde venia aquel ruido y examinando con la vista la llanura, pero solo pudieron conocer que el ruido se acercaba cada vez mas.

De repente asomaron una porcion de caballeros por el lado de Burgos, y Sol y Elvira sintieron latir apresurado su corazon, como si tuvieran la seguridad de que entre aquellos caballeros venian su padre y Gil, ó tal vez los mancebos desconocidos, á quienes tan en mientes tenian siempre.

Los caballeros se acercaban... se acercaban... y á un tiempo mismo esclamaron las doncellas con infinita alegría:

—Nuestro padre! Gil!...

Y repitiendo esta esclamacion con una especie de delirio, corrieron á la cámara de su madre y á los aposentos en que dormian las dueñas, y en breves instantes se supo no solo en la morada de la familia del Cid, sino tambien en el monasterio, que el noble desterrado habia tornado á Castilla, que se acercaba á los muros de Cardeña.

Jimena loca, trastornada de felicidad, abandonó su lecho, y ella y sus hijas, y cuantos moraban dentro de los muros del monasterio, se lanzaron al encuentro del amado caballero.

Un instante despues el Cid, Jimena, Sol, Elvira y Gil se abrazaban con delirio, lloraban de alegría, sentian estallar su corazon, no cabiendo en él el gozo de que se hallaba henchido. Y las santas bóvedas del templo repetian el cántico de los monges, que entonaban el *Te Deum laudamus* por la vuelta de Rui Diaz de Vivar!

CAPITULO XXII.

Lo que pasaba en Toledo.

Entre el capítulo anterior y el presente media un espacio que no debe bajar de dos años. En este período hay tal oscuridad y tales contradicciones en las crónicas, que no hemos querido seguirlas al pie de la letra, temerosos de hacernos cómplices de su confusion y sus errores. Sin embargo, hallamos en él dos sucesos que no debemos pasar en silencio: el primero y principal es la conquista de Toledo, llevada á cabo por el rey de Castilla con la eficaz ayuda del Cid, y la muerte de Almenon, del rey de Toledo, cuyas quejas sirvieron de motivo, ó al menos de pretesto, para el destierro del Cid. Este último suceso fué de importancia suma.

La muerte de Almenon relevó á don Alfonso de la tregua que con los moros de Toledo tenia ajustada. Sucedió á Almenon su hijo Hiaya, y el monarca castellano se propuso continuar en buena armonía con él; pero como el nuevo príncipe se apartára completamente de la senda del honor y la prudencia que constantemente habia seguido su padre, como se entregára á todos los vicios que hacen á los hombres aborrecibles y tolerára que mas de una vez invadieran sus vasallos las fronteras de Castilla, cometiendo toda clase de desafueros, don Alfonso creyó que ninguna consideracion debia ya al hijo de Almenon.

Los de Toledo se rebelaron contra la tiranía de Hiaya, y proclamaron rey al que lo era de Badajoz. Entonces el mismo

Hiaya y sus escasos adictos acudieron á don Alfonso, rogándole que pusiese cerco á Toledo y castigára al monarca intruso y á los que le habian llamado al trono. El rey de Castilla les respondió que estaba dispuesto á complacerlos, pero que habia de ser con la condicion de que sus conquistas, en vez de tener por objeto restituir el trono á Hiaya, habian de ser para aumentar sus dominios. Como Hiaya, aun así, insistiese en su demanda, don Alfonso fué sobre Toledo, y despues de un obstinado y sangriento asedio, se apoderó de la ciudad.

Don Alfonso se hallaba un dia en un salon de los palacios de Galiana, rodeado de sus cortesanos, entre los que se veía al Cid, á quien el rey dirigia en aquel instante la palabra.

—El reino de Toledo, le decia, está completamente subyugado, y á vuestra invencible espada debo no solo la conquista de esta ciudad, sino tambien la de Madrid y otras fortalezas no menos importantes.

—Señor, respondió el Cid, mi espada solo es una de tantas como os han ayudado en esta guerra.

—Cierto, que muchos y buenos caballeros me han ayudado; pero vos, buen Cid, os habeis distinguido como siempre en esta conquista. Si en los anales de mi reinado hay para mí una página gloriosa, para vos habrá mil.

—Ah señor! esclamó el Cid cubriéndose su frente de tristeza. Dios sabe si la historia convertirá en ignominia nuestros honrados hechos! ¡Triste cosa es que un rey ó un caballero viva siempre honrado, procure toda su vida dejar gloriosa memoria al morir, y andando el tiempo se vea calumniado por la malicia ó la ignorancia!

Al decir esto Rodrigo volvió la faz á Gil, que se hallaba junto á él como deseoso de hablar, pero contenido por el respeto.

—Gil! añadió, tú no te atreves en este instante á disipar mis temores, como siempre te has esforzado en hacerlo. Niño eras aun cuando ya asegurabas que mi vida no se veria calumniada por la historia.

—Señor, dijo Gil con timidez, ahora que soy mozo y puedo pensar con mas madurez que entonces, os aseguro lo mismo,

os prometo que la historia no calumniará vuestros hechos ni los del señor rey Alfonso.

—Plegue á Dios que así sea! dijo el Cid.

—¿Mas no nos direis, honrado mancebo, preguntó don Alfonso, no nos direis en qué se funda vuestra promesa?

—Fúndase, señor, contestó Gil, en vuestra gloria y la del Campeador, que brilla demasiado para que el hálito impuro de la calumnia pueda empañarla.

—Razon tiene ese mancebo, asintieron muchos caballeros de los que allí estaban.

—Pensemos en lo presente, dijo don Alfonso, y no nos inquietemos por lo porvenir. Duéleme en el alma que habiendo reducido á la obediencia todo el reino de Toledo, nuestras fuerzas no alcancen á aquietar los moradores de esta ciudad, que todos los dias promueven motines y sediciones.

—La causa de esas sediciones, respondió el Cid, cesará en el momento que Hiaya desaparezca del reino de Toledo. Los mismos que le aborrecian cuando era poderoso y feliz le aman ahora que le ven pobre y desgraciado, y su presencia en Toledo escita el fanatismo de los infieles. Mi parecer, señor, es que se traslade á Castilla, donde puede vivir con todas las comodidades y las consideraciones que aquí le dispensais.

—Participo de vuestro parecer, Cid, dijo don Alfonso, y aconsejaré á Hiaya que salga del reino de Toledo; mas si se obstina en permanecer aquí, no violentaré su voluntad, porque se lo prometí al emprender la conquista de su reino. No he olvidado tampoco que, cualesquiera que sean sus errores, es hijo del honrado Almenon, que un dia, viéndome perseguido y desamparado, me dió generosa hospitalidad en su corte.

—En eso, respondió el Campeador, procedió como honrado, y es mas atendible el consejo de la gratitud y el deber que el de la ambicion.

Estando asi departiendo el rey y Rodrigo Diaz, apareció uno de los servidores de don Alfonso anunciando que Hiaya solicitaba audiencia del rey de Castilla.

Apresuróse este á concedérsela, y un instante despues compareció el hijo de Almenon.

—Señor, dijo postrándose reverentemente delante de don Alfonso, repetidas veces os he protestado mi lealtad; repetidas veces os he asegurado que siempre sería vuestro humilde vasallo y que haré cuanto esté de mi parte por serviros y someter completamente á vuestra obediencia los que un dia fueron mis vasallos y hoy lo son vuestros.

—Cierto, respondió Alfonso, y no me quejo de vos.

—Sin embargo, las revueltas que traen en Toledo constantemente los musulmanes pudieran haceros sospechar de mí, pudiérais creer que yo aliento esas sediciones. Vengo á repetiros que ninguna parte tengo en ellas.

—Os creo, Hiaya; estoy persuadido de que únicamente vuestra presencia, no vuestras instigaciones, es la que mueve á la rebelion á los musulmanes. Pruebas de amistad me habeis dado, y aun espero una mas.

—Hablad, señor, que mi placer es serviros.

—Repítoos que vuestra permanencia en Toledo es la causa principal de la intranquilidad que aquí reina. Continuamente se ve precisada mi justicia á castigar con sangre la sedicion. Harta se ha derramado ya en Toledo, y es hora ya de que la paz sustituya á la guerra, y estas desoladas comarcas se repongan de tantos desastres como han sufrido. Para que así suceda, para que el pueblo musulman deje de alimentarse con la vana quimera de tornar á ser regido por el rey cuyo trono holló con su planta, paréceme que debiérais trasladar vuestra residencia á Castilla, donde tendreis por morada un palacio y sereis respetado y tratado como rey.

—Señor, cuando vos mandeis saldré de Toledo.

—Gracias, buen Hiaya! dijo don Alfonso alargando su mano al desgraciado príncipe.

—Lejos de querer arrebataros vuestra conquista, continuó Hiaya, deseo que las aumenteis, y voy á daros una prueba de ello. Deudos y amigos que tengo en Valencia me han mandado nuevas de que ha muerto Abubecar, y me ruegan que vaya allá, y con su apoyo le suceda en el trono, que por ley de sucesion corresponde al rey de Toledo. Vos, señor, sois rey de Toledo, que yo no, y á vos y no á mí corresponde reinar en Valencia.

—En Valencia reinará Hiaya y no Alfonso, le interrumpió el rey de Castilla. Si el haber conquistado á Toledo me dá derecho á reinar tambien en Valencia, yo os cedo mi derecho; y si alguien os cierra el camino de aquel trono, mis armas os le abrirán.

—Gracias, señor, gracias! esclamó Hiaya conmovido, postrándose á los pies del monarca castellano.

Este se apresuró á alzarle, y le dijo abriéndole sus brazos:

—No me las deis, Hiaya, que aun así no acabo de pagar la deuda de gratitud que contraje con Almenon y sus hijos. Pluguiérame devolveros el reino de vuestro padre; pero el reino de Toledo no es mio, es de Castilla, que le ha ganado á costa de mucha sangre, de sus tesoros y de muchas fatigas.

Don Alfonso se volvió en seguida al Cid, y añadió:

—Cid! vos, cuyo nombre pone espanto á los musulmanes, debeis encargaros de colocar á Hiaya en el trono de Abubecar.

—Así lo haré, señor, respondió el Cid.

—Y nosotros pelearemos en su ayuda hasta alcanzar el triunfo ó la muerte, añadieron llenos de noble entusiasmo muchos caballeros, entre los que se hallaba Alvar Fañez Minaya.

En aquel instante se oyó en la plaza frontera al palacio de Galiana una gran vocería, que cesaba por intervalos y tornaba luego á oirse cada vez mas ruidosa.

Era un Alfaquí de luenga y blanca barba, al parecer el mismo que en otra ocasion vimos arengar al populacho musulman subido en un monton de piedras en una plaza de Zaragoza.

Apoyábase en un báculo, cuya punta superior adornaba una media luna; pendia de su cuello una calabaza, y su trage estaba cubierto de polvo, como el de aquel que acaba de hacer un largo viaje.

—Vengo, gritaba el santon, de las regiones de Oriente, y allí como aquí, cae la maldicion del Profeta sobre los hijos de Ismael. Los verdaderos creyentes van siendo esterminados por los nazarenos, porque han abierto su corazon á la cobardía. ¿Por qué revelaste, santo Profeta, las delicias del Paraiso á los hijos de Tarif y Muza, si su corazon se muestra ya indiferente á ellas? Oh celestiales hurís, destinadas al deleite de los justos!

La degradada raza de creyentes que hoy mora entre Calpe y el Pirineo no gozará de vuestra inefable hermosura!

Aunque la perorata del santon abundaba mas en palabras huecas que en razones sólidas, hacia maravilloso efecto en el populacho musulman, cuya fanática exaltacion se revelaba en desaforados gritos.

—Viejo soy, continuaba el apóstol mahometano, pero Alá conserva la agilidad á mis pies y la libertad á mi lengua para que vaya de region en region predicando los santos preceptos del Coran. Nada me acobarda, ni la desnudez, ni el hambre, que en el Paraiso tendré la recompensa de mis trabajos en la tierra. Ved mis vestidos rotos, y ved mi rostro demacrado!... Sí, sí, la desnudez y el hambre me acompañan.

El entusiasmo y la emocion de los musulmanes no tenia límites, y llovian monedas de oro y plata á los pies del santon, que las recogia y guardaba con piadosa conformidad.

—Infunde, santo Alá, prosiguió, infunde á los fieles el odio que mi corazon tiene á los nazarenos! Yo he recorrido los campos de batalla fortaleciendo con mi voz á los creyentes, ya que no me era dado ayudarlos con mi brazo, y allí he recogido sangre nazarena, que por permision de Alá permanece siempre líquida, y con ella refresco mis labios y mi corazon.

Y al hablar así, el santon llevó á sus labios la calabaza que pendia de su cuello.

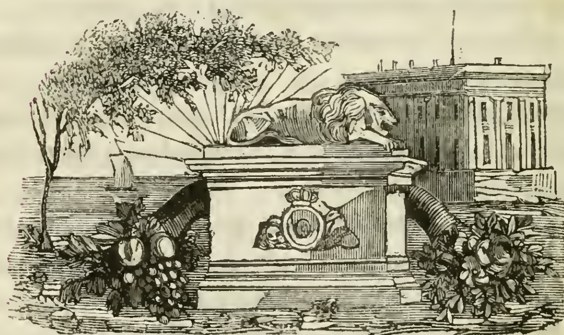
—Santo! Santo entre los santos! gritó el populacho en el último término de la exaltacion, arrojándose á besar los pies y los vestidos del fervoroso orador.

Pero en aquel instante acudió parte de la gente de armas que guardaba el alcázar á reprimir el entusiasmo de la muchedumbre musulmana. Esta hizo brillar las armas que guardaba ocultas, y se lanzó furiosa al encuentro de los soldados castellanos, trabando con ellos desesperada pelea. Empero los que esto contemplaban desde las ventanas del alcázar, vieron al santon desaparecer con la rapidez del relámpago por una angosta y oscura callejuela que tenian á sus espaldas, no bien sus oyentes se apartaron de él para lanzarse al encuentro de los enemigos.

Nuevas turbas de musulmanes acudian en ayuda de los de su raza, y nueva gente de armas corrió á reforzar los soldados castellanos. El combate fué porfiado y sangriento á maravilla; pero al fin hubieron de ceder los musulmanes despues de dejar la plaza y las calles inmediatas cubiertas de cadáveres.

Por mas diligencias que se hicieron en busca del santon, no se pudo dar con él. Así muchos musulmanes creyeron que aquel hombre era un santo, á quien Alá protegia, y muchos cristianos supusieron que era un brujo, á quien el diablo daba ayuda.

Dos dias despues de estos sucesos salió Hiaya de Toledo, escoltado por una terrible hueste que capitaneaba Alvar Fañez Minaya, y se encaminó á Valencia.



CAPITULO XXIII.

De como Minaya llegó riñendo para que le recibieran en paz.

Cuando la hueste de Minaya se acercó á Valencia, encarnizados bandos contendian sobre quién habia de suceder á Abubecar; pero mientras los de dentro de la ciudad ensangrentaban las calles con guerras intestinas sin pensar en el enemigo comun, en los castellanos que se acercaban, quizá para aprovechar aquellas discordias, ya fuese en provecho propio ó ya en el de Hiaya, los de los campos se aprestaban á detener el paso á la hueste cristiana.

Las poblaciones y las heredades quebaban desiertas; terrible agitacion reinaba por todas partes, y las humaredas de aviso se alzaban por do quiera en las alturas.

Una jornada apénas estaba de Valencia la hueste de Alvar Fañez Minaya, cuando descubrió á lo lejos un numeroso ejército que avanzaba rápidamente á su encuentro.

Un walí que en vano habia tratado de convencer á los de Valencia cuán peligroso era dejar acercar á los cristianos por atender á las cuestiones sobrevenidas tan pronto como espiró Abubecar, habia abandonado casi solo la ciudad y apellidado á los habitantes de los campos, que á millares habian acudido á su llamamiento, dipuestos á disputar á los cristianos palmo á palmo la tierra que invadian.

La morisma se acercaba ya á la hueste cristiana.

Grande, inmenso era su número, y reducidísimo, comparado con él, el de los cristianos.

Sin embargo, ni siquiera pasó por la mente de estos, y mucho menos por la de su caudillo Alvar Fañez Minaya, el esquivar la pelea.

Minaya aprestó su hueste en una altura, á cuyo pie se agitaba y rugia la muchedumbre infiel como rio desbordado que tomando inusitada direccion, tropieza con una montaña, y ruge y se agita rabiosamente ante el obstáculo que osa oponerse á su rápida, triunfante y asoladora marcha.

—Varones! gritó Minaya, grande es el ejército infiel con quien vamos á lidiar; pero mas grande es Dios, que está con nosotros. Sus! sus, varones! cerremos con el infiel por la honra de Dios y la de Castilla, que es la nuestra!

Un grito general de asentimiento y entusiasmo respondió en el campo cristiano á la corta arenga de Minaya.

Y la hueste cristiana se lanzó al enemigo con la saña del tigre y la velocidad del rayo.

Aterrada la morisma con aquella audaz y rápida embestida, retrocedió algunos pasos; pero repuesta inmediatamente de su sorpresa, y animada por la voz de su caudillo, hizo frente á los cristianos, y la pelea se trabó sangrienta y obstinada cual ninguna, no siendo Hiaya el que con menos valor lidiaba entre los mantenedores de la Cruz.

Cierto que en su mayor parte el ejército infiel, que ocupaba la llanura por espacio de una legua, se componia de hombres mas avezados á manejar la esteva y la azada que la espada y la lanza; pero aun así, preciso es creer, como Minaya y sus soldados creían, que Dios lidiaba en favor de los cristianos, pues en menos de una hora de combate millares de infieles fueron arrollados y muertos, y el ejército del walí empezó á flaquear.

Conocieron los cristianos que el desaliento cundia ya entre los enemigos, y recobrando nuevas esperanzas y nuevas fuerzas, redoblaron su ímpetu, y no tardó la morisma en huir desbandada y rota.

La victoria de la hueste cristiana fue completa: millares de enemigos quedaron muertos en el campo, y los restantes huyeron llenos de pavor, arrojando las armas.

Minaya continuó su camino en direccion á Valencia, sin que ya los enemigos osáran oponerse á su marcha.

Cuando dió vista á Valencia, envió mensageros á la ciudad, ofreciendo la paz si se dejaba sentar á Hiaya en el trono de Abubecar.

Sabíase ya en Valencia la victoria alcanzada por las armas cristianas, y la discordia intestina habia cesado, pensando al fin los banderizos en el peligro que á todos amenazaba.

Hiaya tenia en la ciudad numerosos partidarios, que aprovecharon el terror público para obtener el voto general en favor del hijo de Almenon.

El destronado en Toledo ocupó otro trono en Valencia.

Acostumbrados por largo tiempo los súbditos de Abubecar á la injusticia y la tiranía, acogieron con alborozo las lisonjeras promesas de libertad y justicia que Hiaya les hizo antes de pisar el primer escalon del trono.

Estas promesas empezaron á cumplirse inmediatamente, y muy pronto no necesitó el monarca las lanzas y las ballestas de los castellanos para su guarda, que la tuvo cumplidísima en el ardor del pueblo.

Entonces Alvar Fañez Minaya dispuso tornar con su hueste á Castilla, y así lo hizo, aun no pasado un mes de su llegada á Valencia, colmados él y cuantos le acompañaban de ricos presentes que les hizo Hiaya.



CAPITULO XXIV.

De Valencia á Carrion.

De nuevo las crónicas de mio Cid nos ofrecen vacíos tan grandes, que solo valiéndonos de cálculos é inducciones podriamos llenarlos. A valernos de este procedimiento, que nos proporcionaría muchos dolores de cabeza, y sobre todo muchos remordimientos de conciencia, preferimos un «averigüelo Vargas» acompañado de un salto que nos haga dar de bruces contra los muros de Valencia...

El lector nos gritará alarmado:

—Cuidado, señor cronista, dad en tierra de cristianos, que si dais en Valencia correis riesgo de que moros os cautiven.

No hayais temor, lector nuestro, que ya la enseña mahometana no se alza sobre los muros de Valencia la bella.

—Pues qué, nos replicará el lector, ¿acaso Hiaya se convirtió á la fé de Cristo, agradecido á los mantenedores de la Cruz que le sentaron en el trono de Abubecar?

No hizo tal, lector nuestro, que si á los cristianos debió el alcanzar un trono en Valencia, debióles tambien el perder otro en Toledo.

Hiaya no reinaba ya en Valencia algun tiempo despues de tornar á Castilla la hueste de Minaya, que otro mas diestro en la intriga, ó de mas valimiento entre la morisma, le habia derribado del trono, y el hijo de Almenon habia muerto á poco de destronado; no dicen las crónicas si á mano de sus enemigos ó á impulso de su desesperacion.

El Cid, á lo que parece, pues no nos es dado asegurarlo,

quiso vengar los desaguisados cometidos en Hiaya, y capitaneando su invencible hueste, se entró por las tierras de Valencia.

Onda, Burriana, Murviedro, Játiva, Almenara, todas las villas y lugares que mio Cid embistió, cayeron en su poder, y todas las veces que los infieles osaron presentarle campal batalla, quedaron uncidos á su victorioso carro.

Al fin mio Cid llegó cabe los muros de Valencia, cuyos defensores tal pavor tenian, que no osaban salir á combatir á los cristianos, por mas que estos les talaban las huertas y les causaban todo linage de males.

Recios á maravilla eran los muros de Valencia, y el Campeador contaba con pocos soldados para asaltarlos; pero decidido á poner cerco á Valencia y dar el asalto, echó pregones por Castilla, Aragon y Navarra, llamando gente que quisiese ayudarle en tan alta y dificil empresa.

Por todas partes viéronse acudir en busca de la enseña del Campeador los caballeros y los peones mas esforzados y decididos que la cristiandad española encerraba.

El punto de reunion era, segun las crónicas, el canal de Celfa, y allí se juntaron mas de tres mil caballeros, sin contar las peonadas, que eran innumerables.

«Estonce, dice la crónica, el Campeador adelinó para Va»lencia é metióla en plazos. Nueve meses complidos sobrella »yacia, é quando vino el deceno oviérongela de dar.»

En el momento, pues, en que de un salto damos de bruces contra los muros de Valencia, el Cid Campeador ha colocado la Cruz en las torres y los muros de la hermosa ciudad del Turia, donde algunas horas antes se alzaba la enseña mahometana.

No admiten cuenta las riquezas que allí encontraron los cristianos.

«Todos eran ricos cuantos allí há,» dice la crónica.

El Campeador tomó el quinto del haber monedado, y le correspondieron treinta mil marcos.

«Mio Cid, continúa el cronista, de gozo se prendia la bar»ba bellida viendo la su seña verde sedier en somo del alcá—

»zar, é con él estaba Minaya, que no le parte de so brazo.»

Cien marcos de plata tocaron á cada uno de los peones, y quinientos á cada uno de los tres mil caballeros, á quienes además el Campeador dió casa en la ciudad y heredades en el campo cercano.

El Campeador llamó á Minaya y le dijo:

—Gracias á Dios y Santa María, oh buen Minaya, que harto pagados estamos de los trabajos que hemos pasado desde que el señor rey Alfonso por consejo de mis enemigos me echó airado de nuestra honrada Castilla. Mia es Valencia, que no por encargo del señor rey la conquisté; mas quiero dar á don Alfonso una prueba mas de que soy buen vasallo. Gran servicio me hareis partiendo á Castilla con mis encargos para don Alfonso.

—Lo que vos mandeis, eso haré yo de grado, contestó Minaya.

—Sabed que á don Alfonso, mi señor natural, quiero enviar cien caballos de los mejores que hemos ganado, y con ellos haberes monedados y alhajas de oro y plata, amen de mis cartas poniendo á su mandar las villas y lugares que se nos han rendido, inclusa Valencia la bella, que precio tiene mas alto aun que su corte de Burgos. Besad en mi nombre la mano al señor rey, y rogadle que á mi mujer y mis hijas deje venir con vos. Su alcázar dejan á veces la reina y las infantas para ir á verlas en Cardeña, donde yo las dejé y están; mas luengo tiempo há que lloran mi ausencia y yo la suya, y gustosas dejarán todos los honores por mi amor.

—Señor, dijo Minaya, encargo harto honroso y grato es el que me dais para que yo no le cumpla fielmente.

—Llevad tambien mil marcos de plata y dádselos al abad don Sancho para que los emplee en bien del monasterio y en el altar de San Pedro, amen de decir misas en accion de gracias por estas bienandanzas que Dios nos ha dado.

—Vuestra voluntad cumpliré como leal.

Al quebrar albores el dia siguiente, Alvar Fañez Minaya tomó la via de Castilla conduciendo los encargos del Campeador y acompañado de cien caballeros de prestar, como les llama la crónica.

Gil Diaz, que apenas la hueste cristiana entró en Valencia habíase encerrado en una estancia entregado á las letras, que eran muy de su gusto, con no pequeño del Campeador, iba entre aquellos caballeros.

Llegados Minaya y los suyos á Burgos, supieron que el rey don Alfonso se hallaba á la sazon en el monasterio de Sahagun.

Harto deseo tuvieron, así Gil como Minaya, de ir á San Pedro de Cardeña antes de pasar mas adelante; pero el primer encargo que el Campeador les habia hecho era para el rey, y no creyeron justo separarse un punto de él.

Los mensageros siguieron, pues, su camino, en el que tuvieron nuevas de que el rey, cumplido el deber que le habia llevado al monasterio de Sahagun, habia pasado á Carrion.

Cuando dieron vista al señorio de los infantes don Diego y don Fernando, el sol acababa de dorar los horizontes.

Las campanas de Carrion repicaban alegremente.

Minaya y los suyos supusieron que el rey se hospedaria en el castillo condal, al pie de cuyos muros pasaba el camino que conducia á la villa.

Preguntaron por el rey á los centinelas apostados en las almenas, y por ellos supieron que don Alfonso se hallaba en aquel instante oyendo misa en la iglesia matriz de Carrion.

La iglesia estaba situada en un espacioso campo poblado de hermosos árboles, á la sazon cubiertos de flores y espeso follage, como que corrian entonces los primeros dias de mayo.

Un gentio inmenso se agolpaba á aquel campo: era que las campanas anunciaban la salida de misa, y el pueblo se apostaba allí para ver de cerca al rey cuando saliera del templo.

Un momento despues apareció en el atrio don Alfonso, acompañado del conde don Suero Gonzalez y de los sobrinos de este los infantes don Diego y don Fernando.

Los mensageros del Cid, que á su vez acababan de aparecer por el estremo opuesto del campo, llamaban la atencion de la multitud y tambien llamaron la del rey, que conoció al punto á Minaya.

Viejo era el conde don Suero, pero ni á su vista ni á su

inteligencia se ocultó por mucho tiempo quiénes eran los recien llegados y cuál el objeto de su llegada.

La satisfaccion que reveló el rostro de don Alfonso y el despecho que se retrató en el rostro de don Suero, y aun en el de los infantes, formaban singular contraste.

Minaya descabalgó presuroso, y doblando reverentemente la rodilla ante el rey, esclamó:

—Merced, señor rey! El Cid Campeador me envía á vos, y en su nombre quiero besaros humilde las manos y los pies.

—Alzad, buen Minaya, contestó el rey alargándole la mano para alzarle.

Minaya besó la mano de don Alfonso, y continuó despues de haberse alzado:

—Echásteis, señor, de la tierra á mio Cid, mas no por eso os negó nunca su amor, que buen vasallo es y á vos tuvo siempre por su señor natural. Grandes lides ha vencido, muchas villas y lugares ha ganado, y Dios ha coronado sus triunfos haciendo que se le rindiera Valencia la bella, donde ahora está. Muchas son las riquezas que ha tomado, y de ellas os envía muestra. En nombre del Campeador os ruego que acepteis estos cien caballos gruesos y corredores, aparejados con sillas guarnecidas de plata y oro, y además las alhajas que en los arzones de las sillas vienen.

«El rey, dice la crónica, alzó la mano diestra é se santiguó »de tan fieras ganancias cuemo há fechas el Campeador fa»moso.»

—San Isidro me valga, esclamó don Alfonso, como de corazon me placen las nuevas que del Campeador me dais. Recibo de grado el don que me envía, y con mi amor he de pagarle.

Don Suero, los infantes y el conde de Cabra, cuya antigua ojeriza al Campeador se habia aumentado desde que murió su hijo en la toma del castillo de Rueda, no pudieron ocultar la envidia y el enojo que les causaban la prosperidad del Cid y las palabras del rey.

Don Suero y sus sobrinos se advirtieron recíprocamente con una mirada que les convenia disimular para tomar el desquite

á mansalva en mejor ocasion; pero el conde de Cabra se atrevió á murmurar en son de burla:

—El hidalgo de Vivar no habrá encontrado moro alguno vivo, cuando tantas villas, lugares y riquezas ha ganado.

—Callad, don García, le dijo el rey indignado; callad y no oseis burlaros de Rodrigo Diaz, que en todos conceptos me sirve y sirve á Castilla mejor que vos.

Don García tembló ante la indignacion del rey, y se apresuró á desarmarla.

—Señor, dijo doblando la rodilla, perdonad á un desventurado padre los estravíos á que le conduce el recuerdo de la muerte de su hijo.

El rey hizo un gesto indicando que no comprendia qué relacion pudiera haber entre el Cid y la muerte del hijo de don García.

—Bien sabeis, continuó este, que mi hijo murió en el asalto del castillo de Rueda; pero lo que quizá ignoraréis, á pesar de que asististeis al cerco de la fortaleza, es que don Nuño mi hijo, apareció herido por la espalda.

—Como todos los que mueren volviéndola al enemigo, le interrumpió Minaya, no pudiendo oir con calma la infame sospecha que revelaba don García.

—Los soldados del Cid, esclamó el conde, vengaron en mi hijo el rencor que su caudillo me tiene desde muy antiguo.

—Don García! esclamó á su vez el rey cada vez mas indignado, dejad infames sospechas conque ni vos ni nadie en el mundo puede mancillar la honra del Cid, del caballero mas honrado y mas leal de Castilla.

El conde de Cabra se convenció de que hartas imprudencias habia cometido ya, y no se atrevió á replicar mas que algunas humildes é inofensivas escusas.

—Hablad, buen Minaya, dijo el rey.

—Señor, continuó Minaya, una gracia mas os pide mio Cid: que dejeis á su mujer y sus hijas salir del monasterio de Cardeña y protejais su viaje á Valencia, donde el Campeador desea tenerlas para consuelo de ellas y el suyo.

—Pláceme de corazon, contestó el rey, enviar al Cid su mu-

jer y sus hijas. Yo les daré soldados que las custodien y criados que las sirvan, hasta que salgan de mis dominios. Vos, Minaya, cuidad tambien de ellas y libradlas de toda afrenta y peligro.

—Señor, contestó Minaya, si mi deber no me mandára hacerlo así, mandaríamelo mi corazon, que ama á cuanto ama el del Cid, y sobre todo á doña Jimena y á sus hijas.

—Oid, oid, hombres de armas y caballeros de mi corte, dijo don Alfonso dirigiéndose con la vista á todos los que le rodeaban. Yo, despues de la toma del castillo de Rueda, devolví por completo mi amor y sus honores al Cid, pesaroso del injusto destierro á que un dia le condené dando oidos, mas que á la razon, á falaces consejos de sus enemigos; pero aun necesito darle una reparacion mas solemne y cumplida que aquella. Suyas declaro todas las heredades que dejó en Castilla, y las que ha conquistado en la morería. Además declaro libres para seguir su venturoso pendon á todos los hombres de armas que están á mi servicio.

Minaya besó la mano del rey con profundo regocijo y no menor gratitud. El rey continuó, dirigiéndose á un honrado judío llamado Isaac, que desempeñaba en su casa el oficio de tesorero:

—Poned mi tesoro al mandar de aquel de mis criados que acompañe hasta Molina á doña Jimena y sus hijas.

El conde y los infantes de Carrion apenas podian ocultar el enojo que les causaba todo esto.

El rey tornaba al castillo de Carrion, donde se hospedaba, y los mensageros del Cid tornaron con él.

Mientras los infantes y su tio don Suero recorrian el corto trecho que mediaba desde la iglesia al castillo, hablaron entre sí con mucha cuidado de que nadie los oyese.

Pocas personas repararon en esto, porque la atencion de todos se dirigia á Minaya y sus compañeros, con quienes conversaba el rey «sonrisando fermoso,» como dice la crónica.

El talante de los de Carrion para con los mensageros del Cid se trocó repentinamente de airado en benévolo y amistoso.

Al pie del castillo de Carrion despidiéronse del rey Minaya y los suyos, porque estaban ganosos de llegar cuanto antes á

Cardeña, para dar á doña Jimena y á Sol y Elvira las buenas nuevas que llevaban.

Los infantes mostraron gran pesar de que los mensageros del Cid no se detuviesen en su casa, donde deseaban, segun dijeron, agasajarlos.

Con la venia del rey, que se la dió gustoso, los acompañaron hasta largo trecho de Carrion, donde al despedirse encargaron con grandes instancias á Minaya que saludase en su nombre al Cid y le manifestase que celebraban de alma y corazon sus bienandanzas.

A Minaya pluguieron mucho estas muestras de amistad, porque no daba al olvido cuán temible era la enemistad de los poderosos señores de Carrion, como lo probaba el destierro del Cid, en que no tuvo pequeña parte la enemistad de don Suero Gonzalez.



CAPITULO XXV.

Desde Carrion á Molina.

ALVAR Fañez Minaya acercábase á Cardeña impaciente por saludar y dar las buenas nuevas que llevaba á doña Jimena, á Sol y á Elvira.

Al llegar al monasterio los mensageros del Cid oyeron el canto de los monges, que celebraban los oficios de la tarde, y no quisieron pasar por las puertas del templo sin entrar á dar gracias á Dios por el buen resultado del mensage que les habia confiado el Campeador.

Gil entró en el templo, pero debemos decir, por mas que rebajemos la idea que de su piedad pueda tener el lector, que sus ojos se apartaban con frecuencia del altar para fijarse en una tribuna, á la sazon desierta, pero que el mancebo sabía muy bien que era aquella en que doña Jimena, Sol y Elvira pedian todos los dias á Dios la vuelta del Campeador, y quizá tambien la suya.

La inquietud de Gil crecia, temiendo que alguna dolencia alejase de allí á la noble dama y á las hermosas doncellas, á cuyo recuerdo siempre se agitaba su corazon y se humedecian sus ojos.

De repente lanzó un grito de alegría, olvidando la santidad del sitio en que se hallaba. Jimena, seguida de sus hijas, acababa de aparecer en la tribuna.

El mancebo abandonó precipitadamente el templo y corrió á la contigua hospedería de los señores de Vivar.

Jimena y sus hijas eran sinceramente piadosas, y daban al

olvido por completo las cosas mundanas cuando elevaban su alma á Dios; pero al oir desde la tribuna la voz de Gil en la estancia inmediata, la debilidad humana dominó su corazon, y salieron trastornadas de placer al encuentro del mancebo.

—Hijo del alma!

—Hermano del corazon!

Tales fueron las primeras palabras que Gil oyó de los labios de la esposa y las hijas del Cid.

Llorando, así estas como el mancebo, de inmenso regocijo, se confundieron en estrechisimo abrazo, y se prodigaron los nombres mas dulces que reserva la lengua del amor para las mas santas y tiernas espansiones.

El dolor, compañero eterno de la esposa noble y enamorada que vive ausente del esposo, habia estampado profundas huellas en el rostro de doña Jimena.

Sol y Elvira, por el contrario, ostentaban toda la hermosura y la lozanía de la juventud; que las esperanzas y las ilusiones refrescan siempre el corazon de la juventud honrada y pura, y el álito del dolor es impotente para secar la planta humedecida por ese riego bendito.

Apenas habia tenido tiempo Gil para responder á las ansiosas interrogaciones de Jimena y las doncellas que al Cid solo faltaba para ser mas feliz que nunca tener á su lado las prendas por quienes suspiraba eternamente, apareció Minaya en la estancia.

Las que acababan de ver y estrechar en sus brazos á un hijo y un hermano amado, veían al mas leal de los amigos, y su gozo no tenia ya limites.

—Ved en mí, señora, dijo Minaya á Jimena, el mas leal y humilde de vuestros servidores. A vos y á vuestras hijas saluda amorosamente mio Cid, á quien dejo bueno, rico y honrado como nunca. Ganó á Valencia, la ciudad mas hermosa de los mahometanos, y allí mora en alcázares de oro y plata, que solo precia por ofrecerlos á vos y vuestras gentiles y honradas hijas. Envióme á pedir al rey que os dejase ir á su lado, y don Alfonso accede con alma y corazon á su demanda.

Doña Jimena y sus hijas alzaron la vista al cielo para enviar

á Dios el voto mas profundo de su gratitud. Las dulcísimas lágrimas de la felicidad corrian á raudales de sus ojos.

—Oh buen Minaya! esclamaron, tomemos, tomemos sin perder tiempo la via de Valencia!

—Mañana, contestó Minaya, se cumplirán vuestros nobles deseos, que el señor rey, lo mismo que mio Cid, quieren que hagais la jornada honradas como reinas, que no como fugitivas y desvalidas viandantes.

Minaya dispuso que tres caballeros de los que le habian acompañado se adelantasen, partiendo inmediatamente, á dar al Cid noticia de la buena acogida que don Alfonso les habia hecho y de la próxima partida de las dueñas, como llama siempre el cronista á Jimena y sus hijas.

Gil, á pesar de su deseo de no separarse de aquellas á quienes tanto amaba, quiso ser de los que diesen al Cid tan grata noticia.

Momentos antes de partir conversaba familiar, cariñosa y alegremente con Sol y Elvira.

Ignoramos si obedeciendo á un pensamiento oculto, ó sin intencion disfrazada, preguntóles si dejaban á Castilla sin pesar alguno, y Sol le contestó con la ingenuidad de la inocencia:

—Sí, sí, la dejamos contentas, que aquí vivíamos siempre solitarias, y ya no tenemos esperanza de que tornen á ella el caballero del Aguila ni el caballero del Halcon.

—¿Aun recordais á esos caballeros? preguntó Gil queriendo disfrazar con una sonrisa la profunda tristeza que acababa de aparecer en su rostro.

—¿No los hemos de recordar, si por dos veces fueron nuestros salvadores? dijo Elvira.

—Cierto, asintió Gil con resignacion; cierto que merecen vuestro eterno recuerdo.

Pocos momentos despues Gil, con los otros dos caballeros designados por Minaya, se alejaba de Cardeña.

Grande era la tristeza que Jimena y sus hijas sentian al ver que se alejaba el mancebo, pero la que el corazon de este encerraba era mayor aun.

Minaya cumplió con el abad don Sancho el encargo del

Campeador, y se dirigió á Burgos para disponer el viaje.

Cincuenta caballeros mandados por don Alfonso estaban ya dispuestos en Burgos para acompañar á la mujer y las hijas del Cid, y el judío Isaac, por órden del mismo rey, abrió el tesoro real á Minaya, que agradeciéndolo infinito no aceptó un solo marco, porque bastaban para el viaje los haberes monedados que le diera el Cid.

«Los quinientos marcos, dice la crónica, dió el bueno de »Minaya al abad don Sancho, é decirvos he lo que fizo de los »otros quinientos. A doña Ximena é sus fijas amas é las otras »dueñas que las servien, pensó adobar de los meiores guarni- »mientos que pudo falar en Burgos, é de palafres é mulas que »parescen bien.»

Raquel y Vidas, así que supieron su llegada á Burgos como mensagero del Campeador, acudieron en su busca, no para pedirle el préstamo que en otro tiempo hicieron al Cid, pues este ya les habia mandado préstamo y logrería, sino para recordarle cuánto bien habia venido al Cid de su auxilio y rogarle que les diese para calzas, ya que tan grandes ganancias habia hecho el Campeador.

Minaya se mostró liberal con ellos, seguro de que complacia á Rodrigo Diaz así.

De todas partes acudian caballeros de los mejores de Castilla anhelando la honra de acompañar á la mujer y las hijas del Campeador.

Al despuntar el alba del dia siguiente, Minaya, seguido de gran número de caballeros, tornó á San Pedro de Cardeña para emprender el viaje á Valencia, adonde Jimena y sus hijas llegarian en el plazo de quince dias, segun llevaban órden de anunciar al Cid los tres caballeros que se habian adelantado.

En el corto trecho que mediaba de Burgos á Cardeña no cesaron de reunirse nuevos caballeros y peones al bueno de Minaya.

Llegó al fin la hora de la partida.

Gran duelo hubo entonces en el monasterio de Cardeña.

—Besad las manos en mi nombre al Campeador, decia el abad á Minaya, y rogadle que no olvide este pobre monaste-

rio, donde en vida y en muerte tendrá quien á Dios ruegue por él.

—De buena voluntad lo haré, contestó Minaya, y aun de mejor hará vuestro encargo mio Cid.

Cinco dias tardaron desde Cardeña á Medinaceli, término del reino de Castilla y principio del de Avegalvon, el rey moro de Molina, gran amigo del Cid y uno de los cinco que este cautivó en Montes de Oca para darles luego generosa libertad.

Digamos algo de los tres caballeros que se habian adelantado á dar al Cid la buena noticia de que su mujer y sus hijas quedaban disponiéndose á tomar la via de Valencia.

Cuando llegaron á la reina del Turia, el Campeador continuaba incesantemente ocupado en asegurar su conquista y en establecer el culto de la Cruz allí donde este signo bendito estaba desterrado.

En esta última tarea tenia un poderoso auxiliar: era un sacerdote y guerrero, á quien las crónicas llaman el obispo don Gerónimo, y de quien dicen que habia ido de la parte de Oriente así que supo que la Cruz brillaba sobre las torres de Valencia.

Al saber el Cid por boca de Gil Diaz las buenas nuevas, esclamó lleno de júbilo:

—Tal debia esperar quien buen mandadero envia.

Y rogó luego al obispo don Gerónimo y Muño Gustios, á Pero Bermuez y á Antolin Antolinez, el burgalés de pró, como le llaman las crónicas, que cabalgasen incontinenti con cien caballeros mas y tomasen el camino de Molina.

—Avegalvon, les dijo, es un moro tan honrado, que en la cristiandad pocos le aventajarán. Desde que há muchos años le prendí en el asalto de Montes de Oca y le dí libertad, mi amigo leal ha sido siempre. Pasad por Molina, donde tiene su corte, y decidle que vais á buscar mi mujer y mis hijas, que no habreis menester mas para que os dé caballeros para escoltarlas. Dejad pronto á Molina y seguid sin detencion á Medinaceli, donde aun hallareis bien servidas por el bueno de Minaya á la mi Jimena, á la mi Sol y la mi Elvira. Traédmelas con la honra que merecen, en tanto que yo quedo en Valencia, que sería locura desampararla habiéndome costado tanto conquistarla.

El obispo don Gerónimo bendijo á los mensageros de mio Cid, y él y los demás caballeros tomaron la via de Molina, ganosos de servir al Campeador y saludar á las dueñas.

Al dia siguiente fueron á posar á Molina.

El moro Avegalvon, no bien supo que llegaban á su corte, saliólos á recibir.

—En buen hora vengais, vasallos de mi mas leal amigo! esclamó radiante de gozo al verlos. Sabed que en vuestra Castilla no podríais hallar quien con mas lealtad y amor que yo anhele serviros.

Muño Gustios, el mas jóven y apto para usos de corte, se adelantó al rey moro y le dijo:

—Señor, mio Cid os saluda y os encomienda, en nombre de vuestra larga amistad, á su mujer y sus hijas, que están en Medinaceli. Ruégaos de corazon que allá vayais por ellas y no las desampareis hasta Valencia, que de no ir con vos, mal pudiera sobrevenirles atravesando muchas tierras de moros.

—Eso haré yo de buena voluntad, contestó Avegalvon.

Aquella noche los enviados del Cid posaron en el palacio del rey moro, que los regaló á maravilla.

A la mañana siguiente continuaron su camino acompañados de doscientos caballeros principales, moros, capitaneados por el mismo Avegalvon.

Las crónicas casi contemporáneas á aquellos sucesos han hecho llegar á nuestros tiempos hasta el itinerario de la jornada.

Pasaron por Mata de Toranzo, hasta cuyo punto estaba el mayor peligro de ser atacados por las partidas de audaces aventureros y malhechores que vagaban en las montañas; continuaron por el valle de Arbujedo (conservamos la nomenclatura antigua, sin querer detenernos á buscar su correspondencia con la moderna), y al fin dieron vista á Medinaceli.

Las dueñas, acompañadas de Minaya y otros caballeros de los que las habian acompañado hasta allí, apenas supieron que se acercaba Avegalvon, salieron apresuradamente á recibirle fuera de la villa.

«¡Cuémo folgaban las dueñas, esclama el cronista, cuando

»vieron venir en la escuella del moro á Antolin Antolinez, el »burgalés de pró, á Muño Gustios é á otros caballeros de pres- »tar que ellas mucho querien!»

Minaya, que era amigo de Avegalvon, se adelantó á recibir á este, y al acercarse á él se apresuró á descabalgar, imitándole el rey moro sonriendo de gozo.

Ambos se saludaron como antiguos amigos.

Avegalvon corrió al encuentro de doña Jimena, Sol y Elvira, y se humilló reverentemente ante ellas, recordando á la noble esposa del Cid cuántos títulos tenia esta á su gratitud y su amor, pues un dia la misma doña Jimena abrió materialmente la puerta de la estancia que servia de prision á Avegalvon y otros reyes moros cautivados por Rodrigo Diaz en Montes de Oca.

El gozo de doña Jimena no fué menor que el del honrado moro.

La noche se acercaba.

—Tornemos á la villa, dijo Alvar Fañez Minaya, que allí está la cena preparada, y descansando todos hasta quebrar albores, seguiremos la via de Valencia con mas ánimo.

Avegalvon aceptó la oferta de Minaya, y todos estaban ya en Medinaceli al apagarse la luz del dia.

Apenas despuntó el alba, los caballeros mandados por don Alfonso para acompañar á las dueñas hasta el término de sus estados, tornaban á Castilla, y el resto del numeroso y lucido acompañamiento siguió para Molina, despues de oir misa, que dijo don Gerónimo, todas las gentes cristianas.

«El obispo don Gerónimo, dice la crónica, quera buen cris- »tiano y caballero sin falla, curaba las dueñas las noches é los »dias, ca él mucho querie á mio Cid, é á doña Ximena é las »fijas otro que tal.»

Pasando el rio Solon, Arbujedo y los campos de Toranzo, fuéronse acercando á Molina, hoy ciudad pobre y olvidada, pero entonces buena é rica casa, como la llama el ignorado autor del poema del Cid.

CAPITULO XXVI.

Donde se ve como mio Cid despidió á unos moros y como recibió á otros.

Solo una noche pasaron en Molina doña Jimena y sus hijae, que impacientes por llegar á Valencia, donde con no menos impaciencia las esperaba el Cid, no quisieron gozar por mas tiempo del regalo y la magnificencia conque las aposentó Avegalvon en su alcázar.

Nada escaseó el rey de Molina para obsequiar, aun en aquel corto tiempo, no solo á la mujer y las hijas del Campeador, sino tambien á cuantos caballeros cristianos las acompañaban.

Segun las crónicas, hasta las herraduras de los caballos pagáronse del tesoro del rey.

A la mañana siguiente continuaron su camino, acompañadas del mismo Avegalvon y de los mejores caballeros de su corte.

Aun no eran cumplidos los quince dias que Minaya habia señalado para la larga y difícil jornada de Cardeña á Valencia, cuando, con el corazon palpitando de alegría, descubrieron á lo lejos las altas torres de la hermosa ciudad últimamente conquistada por el Cid.

Paráronse por algunos momentos á descansar, porque la emocion, mas que el cansancio, las rendia.

De repente vieron venir de hácia la ciudad sobre doscientos caballeros, cuyos corceles corrian mas rápidos que el viento.

—Mio Cid! esclamó Gil radiante de gozo, conociendo el pendon verde del Campeador.

Doña Jimena y sus hijas exhalaron un grito de alegría, y corrieron al encuentro del amado caballero.

En efecto, el Cid salia á su encuentro, acompañado de la flor de los caballeros cristianos.

Luenga y hermosa traía la barba, segun dicen las crónicas, y vestía un rico sobregonel, especie de sobretodo que los caballeros usaban sobre la gonella ó vestidura de casa.

Doña Jimena quiso arrojarse á sus pies, para espresar mejor su profunda gratitud al que tanta honra y tanta felicidad proporcionaba á ella y sus hijas; pero el Campeador la recibió en sus brazos, lo mismo que á Sol y Elvira.

Lo mismo Rodrigo Diaz que su mujer, sus hijas y Gil, lloraban de gozo.

Todos los que estaban presentes tomaban parte en aquella alegría.

El Cid no se hartaba de contemplar la hermosura de sus hijas.

«Con Dios é convusco buenas son é criadas!» decia á doña Jimena, segun el autor del poema.

El Cid, dice la crónica, tornó la cara á Valencia, y señalando la ciudad esclamó:

—Querida é hondrada mugier, é amas mis fijas, mi corazon é mi alma! entrad comigo en Valencia, ca esta heredad vos he yo ganado, porque yazgais en ella cuemo reinas é señoras.

Doña Jimena y sus hijas le besaban la mano llorando de alegría y amor.

Apenas el Cid hubo satisfecho la primera ansia de su corazon, estrechando en sus brazas á doña Jimena, á Sol y Elvira, paró la atencion en el rey moro, que para no distraerle se habia confundido entre los caballeros que presenciaban aquella tierna entrevista.

El moro y el Cid se abrazaron como antiguos amigos que recíprocamente se debian agradecimiento.

Ya la mujer y las hijas del Cid estaban en seguro, y Avegalvon y sus caballeros tomaron de tornada la via de Molina, por mas que Rodrigo les rogó que siguiesen á Valencia, donde queria pagar con usura los obsequios que en Molina habian recibido su mujer, sus hijas y sus caballeros.

No partieron los de Avegalvon sin que el Campeador les hiciese regalos dignos de quien los hacia.

El Cid, con su mujer y sus hijas, entró poco despues en Valencia, donde las gentes cristianas, y aun las infieles, se agolpaban á contemplar y victorear á doña Jimena y sus hijas.

El obispo don Gerónimo habia consagrado al culto del verdadero Dios la mezquita mayor de Valencia, y á aquel templo se dirigieron el Cid y su familia antes de ir al alcázar, para dar á Dios gracias por la gran ventura que les concedia.

El obispo, que se habia adelantado al templo, y otros clérigos que mantenian el culto durante su ausencia, salieron con sobrepellices y cruces de plata á recibir á doña Jimena y sus hijas, que llorando de alegría asistieron al *Te Deum* que resonó en aquellas santas bóvedas, donde no hacia mucho solo resonaban los impíos versículos del Korán.

Terminada la fiesta religiosa, el Cid, su mujer y sus hijas se dirigieron al alcázar, en cuya magnificencia, tanto de fábrica como de mueblage, habia reconocido Rodrigo al ganar á Valencia la esplendidez y la fantasía oriental.

A su paso, en calles y plazas eran festejadas las nobles dueñas con juegos y alardes guerreros, á cuyo efecto se habian improvisado tablados donde caballeros y peones cristianos quebraban armas.

Hizolas subir el Cid á la torre mas alta del alcázar, donde, como dice la crónica, «sus oios belidos cataban á todas partes.»

La ciudad se estendia hermosa y sumisa á sus pies, como ofreciéndoles vasallage.

De un lado les mostraba el mar sus infinitos horizontes y sus aguas, á la sazon tranquilas y azules como el cielo que sonreia sobre ellas.

Y del otro la huerta semejaba un inmenso jardin cubierto de flores, cuyos delicados perfumes traian hasta el alcázar las auras.

Jimena y sus hijas, ante aquel encantador espectáculo y ante la idea de que todas aquellas maravillas eran la heredad que Rodrigo decia haberles ganado, no pudieron menos de doblar la rodilla y levantar á Dios sus ojos arrasados en dulces

lágrimas, y su corazon lleno de felicidad y agradecimiento.

Tras algunos meses pasados entre las dulces caricias y las consoladoras espansiones de la familia, una mañana se levantaron Rodrigo, su mujer y sus hijas sonriendo de felicidad, cuando llegó á su oido un sordo rumor que se estendia por toda la ciudad, difundiendo en ella la alarma.

Era que numerosas naves africanas se acercaban á la costa.

El Cid abandonó el alcázar para encender el valor de sus soldados y enterarse por si mismo del estado de las murallas que guarnecian la ciudad.

En tanto doña Jimena y sus hijas subieron á aquella misma torre desde donde tan tranquilas habian contemplado la ciudad, la mar y la huerta.

Con dolor, y aun con espanto, porque el corazon es el mismo en todas las mujeres y en todo tiempo, vieron las naves infieles, que vomitaban un formidable ejército infiel, estendido ya por los campos cercanos al mar.

Aquel ejército avanzaba, avanzaba hácia Valencia, arrasando cuanto encontraba á su paso.

¿Quién acaudillaba aquellas formidables huestes infieles que tan inesperadamente se habian presentado á infundir la esperanza del esterminio de los cristianos á la morisma, que la generosidad del Cid habia dejado en pacífica posesion de sus hogares?

Acaudillábalas Yucef, el rey de Marruecos, que sabedor de que la espada del Cid iba á esterminar por completo la raza musulmana, casi señora de la península ibérica por mas de tres siglos, habia llamado en su auxilio casi todos sus soldados y sus naves para volar á España y atajar las rápidas conquistas de aquel á quien los historiadores árabes apellidaban un diablo llamado el Campeador.

Si rápidamente avanzaba Yucef hácia Valencia, con no menor rapidez aprestaba Rodrigo sus pocos, pero valerosos soldados, para salirle al encuentro.

Poco tiempo habia pasado, cuando ya mas de diez mil caballeros y peones cristianos estaban preparados al combate y ansiaban salir de la ciudad para cerrar con el enemigo.

A cincuenta mil ascendian los infieles.

A pesar de eso, el Cid no dudó un momento de que una nueva victoria iba á coronar el valor de los soldados de Cristo.

—Vencí cien veces á los infieles, se dijo, cuando mi mujer y mis hijas estaban demasiado lejos para infundirme valor en la lucha y enjugar el sudor y la sangre de mi rostro alcanzada la victoria. Desde la torre del alcázar la mi Jimena, la mi Sol y la mi Elvira me verán lidiar.

Doña Jimena y sus hijas bajaron de la torre espantadas en ocasion en que el Cid tornaba al alcázar para despedirse de ellas y salir de la ciudad al frente de su hueste.

—Qué es esto, Cid? el Criador vos salve! dice la crónica que preguntó doña Jimena á su marido apenas tropezó con él.

—No hayais pesar por ello, noble esposa mia, le contestó el Cid sonriendo. Apenas habeis llegado, los moros os traen ricos presentes, sabedores de que teneis hijas casaderas y hán menester ajuar.

—Rodrigo, esposo mio, replicó Jimena, los infieles son muchos...

—Mayor serán así la honra y la ganancia que alcanzaré venciéndolos. Muchos trabajos, oh mi Jimena amada, háme costado ganar á Valencia, y ruin fuera yo si la perdiese sin lidiar. Estad en este alcázar, y no tengais pavor si descubrís mi pendon verde allí donde mas reciamente suene la lid, que Dios y Santa María me ayúdarán, y el corazon me crecerá sabiendo que tú y las hijas del alma me estais viendo.

Doña Jimena y sus hijas desistieron de sus ruegos, mas por respeto que por convencimiento, y el Cid se alejó de ellas despues de estrecharlas amorosamente contra su corazon.

La hueste cristiana salió de Valencia.

El obispo don Gerónimo iba tambien con ella.

Jimena y sus hijas tornaron á la torre, porque por mas que les causase espanto la lid, parecíales que la fuerza magnética de su mirada habia de apartar al Campeador del peligro.

Un espantoso ruido de clarines y atambores resonó, haciendo temblar la tierra así en el campo moro como en el cristiano.

Era la señal del combate.

Buscando campo bastante ancho para desplegar desahogadamente sus escuadrones y peonadas, Yucef derramó por las huertas la mitad de su ejército, dejando en una altura la otra mitad al cuidado de las tiendas y las riquezas que traían en abundancia los infieles.

—Espesas son las huertas, dijo el Cid, y nosotros conocemos los caminos mejor que la morisma. Acometámosla de esa parte. Esos atambores que suenan en la hueste enemiga han de sonar pronto en la nuestra, y el obispo don Gerónimo los mandará colgar en el templo del Dios que nos ayuda.

Decir esto el Campeador y embestir la gente cristiana á la morisma de las huertas, todo fué uno.

La pelea duró largo tiempo, y fué obstinada como pocas; pero cuando las sombras de la noche comenzaron á descender, los moros comenzaron á abandonar las huertas para replegarse al campamento, donde hemos dicho habia quedado la otra mitad del ejército custodiando las tiendas.

Oscuras arboledas, profundas acequias y cortaduras, húmedos arrozales, que ni hombres ni caballos podian atravesar sin riesgo de quedar allí sepultados, dificultaban la retirada de los moros y facilitaban el alcance á los cristianos, que conocedores del terreno, aprovechaban á mansalva esta circunstancia.

Mas de quinientos moros quedaron muertos en las huertas, y mayor número aún cautivos.

La hueste cristiana los persiguió hasta cerca de las tiendas, donde todo el ejército se preparaba á resistir aquella audaz embestida.

—Varones! gritó el Cid á sus soldados, «alegre por quanto fecho han,» dice la crónica; bueno ha sido el dia, y con ayuda de Dios y Santa María, mas aún lo será el de mañana. La noche viene y hemos menester descanso. Tornemos á Valencia, y mañana mejor dispuestos embestirémos las tiendas.

El parecer del Cid fué aceptado, por mas que los soldados cristianos, en quienes el valor no se aunaba con la prudencia como en el Cid, sintiesen dar vagar á la espada y la lanza.

Media hora despues la hueste cristiana entraba en Valencia

conduciendo los cautivos que habia hecho, y en medio de los víctores y la alegría general.

A mediados gallos el obispo don Gerónimo dijo la misa en un altar alzado á la puerta del templo, porque en este no cabian los que acudieron á oirla.

Terminada la misa, el buen obispo absolvió de sus pecados á todos los soldados del Cid, rogando á Dios que abriese las puertas de su gloria á todo aquel que muriese en la lid lidiando frente á frente con el enemigo.

Como recompensa del santo servicio que acababa de prestar á la hueste, el obispo pidió al Cid que le concediese las primeras heridas, que le fueron concedidas.

—Vayamos en derechura á las tiendas moras, dijo el Cid.

—Sí, sí, eso haremos de toda voluntad y corazon, contestaron todos los guerreros.

—Señor, una gracia quiero pediros, dijo Minaya.

—Habla, Minaya, contestó el Cid, que buen caballero eres y tu palabra tengo siempre en mucho.

—Dadme ochocientos caballeros, todos ellos buenos lidiadores, y dando un gran rodeo antes que despunten albores, pondrémonos á la espalda de la morisma, y cuando vos la embistais por la frente, yo la embestiré por la espalda.

El Cid otorgó tambien al bueno de Minaya la gracia que pedia, y antes que saliera de Valencia el grueso de la hueste, salió Alvar Fañez Minaya con sus ochocientos caballeros, entre los cuales habialos tan buenos como Alvar Alvarez, Guillen el de la Enseña y Pero Bermuez.

Todo yacia en silencio en el campo moro.

La oscuridad era completa, porque el cielo habia ido cubriéndose de nubarrones, que velaban completamente la luna. Merced á tal oscuridad, Alvar Fañez Minaya con sus ochocientos caballeros logró, sin ser visto, ocupar un llano que se estendia á espalda del campamento enemigo.

La mesnada del Cid, compuesta de cuatro mil caballeros y algunos miles de peones que seguian á estos, salió de Valencia y se dirigió rápidamente hácia la altura donde Yucef habia establecido sus reales.

Las avanzadas infieles notaron su aproximacion y dieron la señal.

Un gran ruido de clarines y atambores se oyó en el campamento moro, y con otro no menor respondieron los cristianos.

Entonces Alvar Fañez Minaya y los suyos avanzaron en silencio hácia los infieles.

Aquel ruido era por una y otra parte la señal del combate.

Los caballeros del Cid, á cuya cabeza iban este y el obispo don Gerónimo, convertido ya en terrible guerrero, se lanzaron en el campo moro, arrollando y desbaratando cuanto se oponia á su paso.

Los primeros moros cuya cabeza rodó por el suelo murieron á manos del Caboso, que este nombre, equivalente al de perfecto y bueno, dán las crónicas al buen obispo, cuya mano, si era muy apta para echar bendiciones, éralo aun mas para derribar cabezas musulmanas.

La lucha fué espantosa al cabo de pocos momentos.

Apenas Minaya y los suyos tuvieron seguridad de que mio Cid habia acometido por el lado de Valencia, acometieron por su lado.

A la sazon iba amaneciendo.

La mortandad de la morisma, á quien embargaba el terror y la sorpresa, aumentaba por momentos.

Los caballeros cristianos desbarataban las haces enemigas como el huracan de repente desatado desbarata las haces de mies que el labrador ha formado sin contar con aquel contratiempo.

El rey Yucef, agitándose en medio de la lid como Luzbel en medio de los condenados, daba espantosos gritos para reanimar el valor de sus soldados, que decaia cada vez mas á pesar de todos los esfuerzos del rey.

Conocióle el Cid y dirigióse á su encuentro, ansioso de traspasarle con su ponderosa lanza.

Muro, al parecer impenetrable, formaron con las suyas los enemigos para defender al marroquí; pero ya para el Cid y sus caballeros no habia obstáculos insuperables.

Encendido Yucef en ira, salió al encuentro del caudillo

cristiano, y la lucha se trabó cuerpo á cuerpo entre mio Cid y Yucef.

La lanza del Campeador se quebró en uno de sus formidables botes, y «estonce, dice la crónica, mio Cid al espada me»tió mano, é tres colpes le hobo dado al rey Yucef.»

Este, lleno de terror al sentirse herido por la espada de Rodrigo, aguijó fuertemente el caballo y huyó.

El desaliento de la morisma fué entonces completo.

De aquellos cincuenta mil hombres que el dia anterior se lanzaron á las playas cristianas espantando los corazones femeniles, apenas quedaron vivos la mitad.

La tienda de Yucef, que se alzaba en medio del campamento, deslumbrando la vista con el oro de que estaban bordados sus paños, y en el que á la sazon daban los rayos del sol naciente, cayó en poder del Campeador.

El ejército de Yucef abandonó entonces por completo todas sus tiendas y emprendió la fuga.

La hueste cristiana le fué dando alcance «fasta Guyera, un castillo palaciano,» como dice la crónica, donde solo se salvaron algunos centenares de moros, pues los demás quedaron muertos ó cautivos, que el alcance fué aun mas recio que la embestida.

En oro y plata hallaron los cristianos en el campo enemigo solo tres mil marcos, pero la presa de otras riquezas fué infinita.

El Cid y su victoriosa hueste tornaron regocijados á Valencia.

«Las dueñas, dicen las crónicas, estábanle esperando, é »mio Cid viéndolas descabalgó é fincó antellas diciendo: —Á »vos me homillo, dueñas! Grant prez vos he ganado; ca se»diendo vos en Valencia, yo vencí en el campo á ese Yucef »que vino de morería para quitarme Valencia, que mucho me »costó ganar. Esto á Dios é todos los sos sanctos lo debo.»

El gozo de las dueñas no es para contado: doña Jimena y sus hijas abrazaban llorando de alegría al Campeador, y nadie de los que estaban presentes podia contener el llanto.

Las campanas celebraban ya el triunfo del ejército cristiano, y todo era fiesta y regocijo en Valencia la bella.

Alvar Fañez Minaya habia quedado en el campo recogiendo las riquezas abandonadas por la morisma. Cuando llegó con ellas el gozo creció á maravilla, que las tiendas, vestidos, armas y caballos que traía no eran para contados.

El Campeador hizo grandes regalos del quinto que le correspondia, y llamando á Minaya y á Pero Bermuez, les dijo:

—No quiero, amigos mios, que don Alfonso piense que de él no se acuerda el que ganó á Valencia. Tomad mañana doscientos caballos de los mas fuertes y corredores que me han tocado, y partid á Castilla, donde los ofreceréis al señor rey, rogándole que quiera aceptarlos como ofrenda de amor y respeto que le hacen la mi Jimena, la mi Sol y la mi Elvira.

De corazon lo haremos, contestaron Minaya y Pero Bermuez, que en efecto partieron al dia siguiente para Castilla, acompañados de otros doscientos caballeros, y conduciendo además de los doscientos caballos, otros presentes para don Alfonso y el monasterio de Cardeña.



CAPITULO XXVII.

De como un rey se metió á casamentero.

Nuestros lectores, por muy olvidadizos que sean, no habrán dado al olvido á aquel charlatan, por nombre Íñigo, á quien hace bastante tiempo vieron adobando herraduras y honras agenas bajo un cobertizo, en Burgos, como quien sale por la puerta del norte.

Decimos que no le habrán olvidado, no porque fuese de mano maestra el retrato que de él hicimos, sino por una razon que corre parejas con otras muchas que hemos dado por valederas en el curso de la presente historia; por la razon de que nos conviene que no le hayan olvidado.

Una hermosa mañana del florido mes de abril estaba Íñigo sentado á horcajadas en su banco, adobando una herradura; però adobándola de malísima gana, pues así que descargaba en ella el martillo un par de veces, daba vagar á la mano para hacer uso de la vista ó la lengua; de la vista, para mirar si asomaba con direccion á la ciudad alguna persona de su gusto, y de la lengua, para travar con los transeuntes, á quienes cuando mas conocia de vista, diálogos al tenor de este:

—Bien vengais, el honrado caballero!

—Caballero? Dejad burlas para la muy tal de vuestra madre.

—Si no lo sois, parecéislo en lo gentil.

—Mas no en la cabalgadura, que es asno, como vos estais viendo.

—Pues mereceis un corcel de los doscientos que ha traido Minaya...

—Ni os entiendo, ni me importa entenderos.

—Qué, no sabeis lo que pasa?...

—Sé que lo que pasa es el tiempo, y que llegaré tarde al mercado si no desoigo vuestras bachillerías.

El aldeano arreaba su jumento, cargado de frutas ú hortalizas, é Íñigo quedaba mohino al ver desvanecida su esperanza de tener á quien contar las nuevas que pugnaban por escapársele de la boca.

Al fin Íñigo vió asomar por la cercana revuelta del camino un aldeano, ya, como él, entrado en años, y que debia ser de los que él buscaba, pues apenas le vió, soltó martillo y herradura y salió á su encuentro.

El herrador y el villano se abrazaron como antiguos amigos, y el primero tornó al herradero acompañado del segundo.

—Grandes son las nuevas que hoy tenemos en Burgos, dijo Íñigo al villano, frotándose las manos de gozo.

—Juro á ños, esclamó el villano, que es gran desgracia vivir en ese Barbadillo, que Dios confunda! Contadme, maese Íñigo, qué nuevas son esas que corren por Burgos.

—Sabreis que mio Cid ha ganado á Valencia.

—Por don Jesucristo que debieran arder los lugares adonde tales nuevas no llegan! Rico será ya el Campeador como un rey.

—Como un rey decis, amigo? Todos los reinos de don Alfonso no valen reunidos la décima parte de lo que el Campeador ha ganado en Valencia.

—¿Cómo no ha tornado ya mio Cid á Castilla, siendo tan rico? Ó quiere serlo aun mas con otras conquistas?

—No ha tornado ni tornará, porque para traer el haber monedado que ha cogido no bastan todas las recuas que por allá hay.

—Juro á ños que va á dar envidia á los mismos condes de Carrion, á pesar de ser los mas ricos de estos reinos...

—Éranlo en otro tiempo, pero hoy vasallos hay en Castilla que tienen mas haberes que ellos.

—Pásmame lo que decis, maese Íñigo! ¿Qué han hecho don Suero Gonzalez y los infantes sus sobrinos de las riquezas que en otro tiempo tenian?

—Hánlas gastado los infantes.

—Tan manirotos son don Diego y don Fernando?

—Gastaban cada año un tesoro de rey cuando lo tenian.

—Y hoy que no lo tienen, ¿cómo pueden acostumbrarse á la pobreza?

—Remédianla imponiendo pechos, no ya solo á sus vasallos, sino tambien à los viandantes que pasan por su señorío haciendo la via de Compostela, y aun cuentan malas lenguas desmanes que la mia no osa referir.

—Por la leche que mamé de mi madre que es brava cosa vivir donde todo lo que vos sabeis se sabe. Contadme, contadme, maese Íñigo, qué desmanes son esos.

—No haré tal por quien soy, que si los de Carrion no tienen dineros, tienen valimiento en la corte para pedir al rey que mande al verdugo cortar la lengua que los desplazca.

—Fiad en mi silencio.

—Tal haré si me lo prometeis de veras.

—Moros me mesen estas barbas si á cristiano ni á judío os descubro.

—Pues habeis de saber, amigo, continuó Íñigo en voz baja, que muchos tragineros robados desde Burgos á Carrion por la banda de Juan Centellas, aseguran que entre los bandidos vieron á los infantes, y gentes venidas de Carrion hánme dicho que en el castillo de los infantes entra con frecuencia el mismo Juan Centellas á llevar el quinto de sus presas á don Diego y don Fernando.

—Confunda Dios á quienes asi deshonran la señoría!

—Oh si ellos hubiesen cogido por su cuenta los regalos que ha traido Minaya...

—¿Ha tornado Minaya de la hueste de mio Cid?

—Para traer al señor rey, en nombre del Campeador, amen de muchas alhajas de oro y plata, y riquezas monedadas, doscientos caballos ricamente ensillados y guarnecidos, que pasma ver lo gruesos y corredores que son.

—Holgárame que los infantes vieran el presente de mio Cid para que la envidia les royera...

—Callad, amigo, que allí vienen don Diego y don Fernando, acompañados del caduco don Suero.

—Juro á ños que decís verdad.

En efecto, por la revuelta que hacia el camino dos tiros de ballesta antes de llegar á la puerta de la ciudad, asomaban unos caballeros, entre los cuales venian don Suero y sus sobrinos. La curiosidad de Íñigo y la del villano de Barbadillo eran grandes, mas nuestros dos interlocutores no osaron acercarse á la calzada para ver pasar á los de Carrion. Acertados anduvieron en ello, pues como un aldeano que á la sazon abandonaba la ciudad se parase y osára alzar la vista á don Fernando, este lanzó sobre él su caballo, desenvainando la espada con intencion tan hostil, que á no pedir el aldeano favor á los pies, hubiera quedado sin vida entre los de la soberbia cabalgadura del infante.

Los señores de Carrion tomaron, así que entraron en la ciudad, la derecha de esta, y se dirigieron al alcázar.

Conforme subian la cuesta, don Suero y su sobrino, que caminaba á su lado, hablaban sin duda del objeto que les conducia al alcázar.

—Nuestra casa há menester puntales, y si no se le ponen pronto vendrá á tierra para no levantarse nunca. Si don Alfonso no accede á nuestro ruego, dejaremos mediadores y haremos directamente la peticion al de Vivar, que ignora por nuestra dicha la necesidad que nos obliga á acudir á él.

—Mucho temo, repuso don Fernando, que de todos modos solo alcancemos nna humillacion.

—No temo yo tal, que el señorío de Carrion es aún el primero de Castilla y Leon á los ojos de los que le juzgan por apariencias.

—Empobrecidos nuestros vasallos con la frecuencia de los pechos que les hemos exigido, y exhausto nuestro tesoro con los que nos exige á nosotros á toda hora ese Juan Centellas que Dios confunda...

—Y con la vida de reyes que há muchos años os dais...

—Si las riquezas del Cid no vienen en nuestra ayuda, fuerza nos será vender el señorío.

—Eso no, voto á brios, que para que tal hiciésemos seria menester que por la calzada que toca á nuestro señorío no vol-

viesen á pasar gentes provistas de lo que á nosotros nos falta.

Hablando así, los de Carrion llegaron á las puertas del alcázar y pidieron permiso para saludar á don Alfonso.

Recibióles este con grandes muestras de amistad.

No tardó el mismo don Alfonso en hablar del Campeador.

—Hasta Carrion, dijo don Suero, han llegado nuevas de los triunfos que don Rodrigo ha alcanzado combatiendo á la morisma.

—Y llegarán hasta el fin del mundo, añadió don Alfonso, que los hechos del Campeador son tales, que han de causar el asombro del universo.

—Cierto, asintió don Suero, que honra á Castilla, y aun á la cristiandad toda, el valor de mio Cid.

—El valor y la lealtad. Teniendo Rodrigo agravios que vengar de su rey, véngalos ofreciéndole las primicias de sus presas, y los castillos y las tierras que conquista. Oh qué mal, señores, hicimos todos otro tiempo en acusarle de traidor! Por mi parte nunca me pesará bastante de ello.

—Y á nosotros tampoco, dijeron á un tiempo don Suero y sus sobrinos.

Don Alfonso, agradecido á aquella manifestacion, estrechó la mano á uno y á otros, pues hasta entonces no habian confesado nunca terminantemente que consideraban haber sido injustos con el señor de Vivar.

—Dignas son, les dijo, esas palabras de caballeros tan nobles y leales como son y deben ser los de la casa de Carrion.

—Señor, repuso don Suero, para demostraros cuán persuadidos estamos de la lealtad del Cid, queremos pediros una gracia.

—Hablad, amigos mios, que ninguna puedo negar á quienes tan hidalgamente olvidan sus rencores por hacer justicia al que como el Campeador la merece.

—Ya sabeis, señor, que nuestra casa y señorío en riqueza y nobleza no tienen rival en vuestros reinos.

—Cierto, y mas de una vez la sangre real de los reinos de España se ha mezclado, creyéndose honrada, con la de vuestro linage.

—Pues bien: para probaros y probar al mundo entero en cuánto tenemos al Campeador, mis sobrinos don Diego y don Fernando desean casar con doña Sol y doña Elvira, las hijas de los señores de Vivar.

La alegría brilló en el rostro de don Alfonso al pronunciar don Suero estas palabras; que el rey, no solo veía en el casamiento de las hijas del Cid y los infantes de Carrion una especie de reparacion á la honra de Rodrigo, sino tambien el término de bandos y rivalidades entre las familias mas ilustres de Castilla y Leon, partidarias unas de los señores de Carrion, y otras de los señores de Vivar.

—Lléname de gozo, dijo, vuestro proyecto, y no dudo que el Campeador le acogerá con la misma alegría que yo.

—Señor, continuó don Suero, la gracia que mis sobrinos y yo venimos á demandaros es que interpongais vuestro valimiento con el Cid para que consienta casar sus hijas con don Diego y don Fernando.

—Eso haré yo de buena voluntad, contestó el rey. Alvar Fañez Minaya y Pero Bermuez han venido á ofrecerme en nombre del Cid ricos presentes y el vasallage de Valencia la bella y otras villas y lugares que el Campeador ha ganado. En San Pedro de Cardeña están para hacer bien al monasterio, y cuando tornen á despedirse de mí para tomar de nuevo la via de Valencia, con ellos enviaré al Campeador la demanda de doña Sol y doña Elvira, que mejores caballeros que ellos no podrian llevar á Rodrigo el mensage.

Don Suero y sus sobrinos doblaron reverentemente la rodilla ante el rey, que los alzó con grandes muestras de amor.

Algunas horas despues los de Carrion tornaban muy alegres á su señorío.

—Con las hijas del Cid casareis, decia don Suero á sus sobrinos; nuestra casa tendrá pronto los puntales que necesita para no caer. Las riquezas que el de Vivar ha ganado en tierra de moros bastarian para comprar á Castilla y Leon. Ricas serán las dotes que el Cid dé á sus hijas, y ricos seremos entonces nosotros.

Los infantes sonreían de gozo, y es fama que camino de su

señorío fueron aquel dia tan humanos y compasivos con los villanos que encontraron al paso, que apenas llegaron á media docena los que atropellaron con sus corceles.

Cerca de Carrion oyeron á un fornido mancebo cantar, en la cumbre de una colina que dominaba la via, este romance:

—Florecica, florecica,
Que vives en soledad
Cabe el arroyuelo manso
Que su frescura te da,
Guarda, florecica, guarda,
Que no venga el huracan
De hácia aquellas torres altas
Y te derribe al pasar!
La florecica no cura,
No cura del huracan,
Que es débil y es inocente,
Y Dios la protegerá;
Pero el huracan soberbio,
Soberbio empieza á silbar
Hácia aquellas torres altas,
Y hácia el arroyuelo va,
Y troncha la florecica,
La florecica al pasar.
—Cefirillo, cefirillo,
Que en esa enramada estás,
El huracan derribóme,
Levántame por piedad,
Y despues que me levantes
Véngame del huracan.—
Cefirillo la levanta,
La levanta del erial,
Que si pocas fuerzas tiene,
Tiene amor y voluntad,
Y despues de levantarla
¡La vengará!

Los señores de Carrion oyeron este romance, conocieron al que le cantó, y comprendieron la alegoría que encerraba;

pero eran tan felices, iban tan alegres, estaban tan dispuestos á la indulgencia, que no se tomaron la molestia de trepar á la colina para despedazar al cantor.

Al dia siguiente tornaron á Burgos Minaya y los demás caballeros del Cid, y se encaminaron al alcázar para besar la mano al rey antes de tornar á Valencia.

Don Alfonso los recibió como á sus mejores amigos, y los colmó de presentes.

«Luego, dicen las crónicas, apartólos á una quadra é dixo:

—Oidme, Minaya, é vos, Pero Bermuez. Diego é Fernando, amos infantes de Carrion, sabor han de casar con fijas amas de mio Cid. Hondra é honores crezrán al quen buen hora nasco consogrando con infantes de Carrion. Desto ruego vos que seyades buenos mensajeros é gelo digades al lidiador famoso.

A Minaya é Pero Bermuez plogo el mensaje.

—Rogárgelo hemos á mio Cid, é despues fará lo que hobiere sabor.

—Digades otrosí á Ruy Diaz que iré á vistas cuemo fuere guisado é él dixiere, ca quiero andarle en toda pró.»

Inmediatamente Minaya y Pero Bermuez tomaron la vuelta de Valencia, no poco sorprendidos del encargo que don Alfonso les habia dado, y dudando de que la demanda que llevaban fuese completamente satisfactoria para el Cid.



CAPITULO XXVIII.

Donde se ve cuán dichosas son las doncellas del siglo décimo nono.

La primavera vestía de hojas y flores los vergeles que cercaban á Valencia, y el cielo estaba azul y sereno como si quisiera competir en hermosura con la tierra.

El Cid, su mujer, sus hijas y Gil habian subido á los miradores del alcázar para contemplar desde allí aquellas maravillas de la naturaleza.

Así como el cielo y la tierra sonreian, sonreía la felicidad en el corazon de Rodrigo y en el de su familia.

Sol, Elvira y Gil departian amorosa y alegremente en un estremo de la plataforma almenada que coronaba la torre del homenage, y en el opuesto, no menos alegres, Rodrigo y su noble esposa.

—Gil, decia Elvira al mancebo con cierta emocion que se comunicó á su hermana, nunca mas tornaron á Cardeña el caballero del Aguila ni el del Halcon desde aquella noche en que, adornado el pecho con las bandas por nosotras labradas, fueron á despedirse de nuestra madre y nosotras.

Gil se entristeció de repente, guardando silencio, y como notasen las doncellas su tristeza, Elvira añadió:

—Tú, que te entristeces cuando nosotras estamos tristes y te alegras cuando nos alegramos, muestras, entristeciéndote ahora, que sientes como nosotras que no hayamos vuelto á ver á aquellos gentiles caballeros.

Gil continuó guardando silencio por no revelar lo que sen-

tia contestando negativamente, ó faltar á la verdad con una contestacion afirmativa.

Elvira continuó:

—Andando, hermano, tanto tiempo á la guerra, ¿has visto por ventura á aquellos caballeros?

—No, hermana, contestó Gil, obligado ya á romper el silencio; y queriendo variar de plática, añadió procurando sonreir:

—Mirad, mirad qué mar de flores estienden por la huerta los naranjeros, cuyos perfumes trae hasta aquí la brisa.

—Cierto, dijo Sol, que la primavera es bella y grato contemplar ó recorrer los campos cuando los engalana con sus flores. Así estaban engalanados los de Cardeña cuando vimos por primera vez al caballero del Halcon y al del Aguila.

El rostro de Gil, que habia empezado á recobrar la alegria, tornó á entristecerse.

El mancebo, que ya no encontraba solaz donde tan dulce le encontraba momentos antes, pretestó ser llegada la hora de cumplir no sabemos qué mandados del Campeador, y abandonó la torre del alcázar, en la que Sol y Elvira quedaron recordando las veces que habian visto á los misteriosos caballeros á quienes por dos habian debido su salvacion.

Doña Jimena y el Cid las contemplaban con orgullo, porque á la sazon Sol y Elvira se hallaban en toda la esplendidez de su hermosura.

—Por ellas, decia Rodrigo, por ellas ambicionaba yo esta honra y estas riquezas que Dios nos ha dado; que sentarse en trono de reyes merecen, y acaso Dios las destine á honra tan alta.

Jimena, llena de maternal orgullo, se encaminó hácia sus hijas, y estrechó á estas contra su corazon con los ojos arrasados en lágrimas de ternura y de dicha.

En aquel instante uno de sus servidores anunció al Campeador que los atalayas de fuera de la ciudad hacian la seña de haber asomado caballeros cristianos por la via de Castilla.

—Minaya y Pero Bermuez tornan del mensage que llevaron á don Alfonso, dijo el Cid aprestándose á cabalgar para salirles

al encuentro, lo que hizo inmediatamente acompañado de Gil Diaz y otros caballeros.

En efecto, á corto trecho de la ciudad encontró á Pero Bermuez y Minaya.

Todos descabalgaron, y mio Cid abrió los brazos sonriendo de gozo á sus leales mensageros.

—Bien venidos seais, Minaya y Pero Bermuez, les dijo, que la cristiandad no tiene varones mejores que vosotros sois. ¿Qué nuevas me traeis de don Alfonso mi señor?

—Vuestro don recibió alegre y agradecido, y saludes y amor manda á vos y doña Jimena, doña Sol y doña Elvira.

—Loado sea Dios, que así acrece mi honra y la de mi mujer y mis hijas! esclamó el Cid alzando sus ojos al cielo.

—Mensage mas importante aun, continuó Minaya, traemos del señor rey.

—Hablad, honrado Minaya, así os valga el Criador!

—Los infantes de Carrion anhelan casar con vuestras hijas doña Sol y doña Elvira.

—Nunca harán tal! esclamó el Cid encendiéndosele el rostro de enojo.

—Don Alfonso os ruega que se las deis por mujeres, persuadido de que así crecerá vuestra honra y acabarán las enemistades que dividen á los linages mas nobles de Castilla y Leon.

—Decís que el señor rey me lo ruega?

—Eso nos encargó en Burgos que os dijéramos; y á mas, que desea tener vistas donde vos dijéreis.

El Cid guardó silencio, y sumido en él tornó á la ciudad con los que llegaban de Castilla y los que habian salido con él.

Gil caminaba á su lado, mas triste que el mismo Rodrigo. Notólo este, y acercando su cabalgadura á la del mancebo, asió la mano de Gil y dijo:

—Gil! hijo del alma! tu tristeza me prueba que sientes el mismo pesar y las mismas dudas que me atormentan.

—Señor, contestó Gil saltándosele las lágrimas, harto mezquino soy para juzgar si es satisfactorio ó no el ruego que el señor rey os hace; mas á vos os duele, y participo de vuestro dolor sin examinar si es fundado ó no lo es.

Templado algun tanto el enojo que le causára la peticion del rey, el Cid refrenó su cabalgadura para colocarse en medio de Minaya y Pero Bermuez.

—Creeis, preguntó á estos, que don Alfonso, mi señor natural, desea firmemente casar mis hijas con los infantes?

—Tal creemos, contestó Minaya, pues para lograrlo quiere avistarse con vos, vuestra mujer y vuestras hijas, allí donde vos digais.

—Pues si don Alfonso lo quiere, yo le obedeceré como buen vasallo.

Cuando el Cid llegó al alcázar, retiróse á una estancia á solas con doña Jimena, á quien dijo:

—Sabed, honrada esposa mia, que don Alfonso me ruega, quiera casar á los infantes de Carrion don Diego y don Fernando con nuestras hijas, creyendo que en ello tendremos honra y Castilla ganará cesando los bandos que la dividen.

Jimena se estremeció al oir estas palabras.

—Cierto, continuó el Cid, que los infantes son orgullosos y no menos malquistadores y desleales que su tio don Suero y otros de su bando; mas el rey desea que la casa de Vivar se alíe con la de Carrion, y á nosotros solo cumple satisfacer sus deseos, considerándolos órdenes, siquiera nos cueste honda pena el satisfacerlos.

Jimena hizo un esfuerzo supremo para contener sus lágrimas y ahogar el dolor que lastimaba su alma; y como nunca habia dudado que lo que su esposo creía y decidia era lo verdaderamente justo, contestó:

—Los infantes de Carrion no son los esposos que yo habia soñado para las hijas de mi alma, ni los que mi Sol y mi Elvira habrán visto en los dorados é inocentes sueños de la juventud; mas como tú ¡oh mi Rodrigo! creo que nuestro deber y el de nuestras hijas es satisfacer los deseos de D. Alfonso, nuestro señor natural.

—Busca, mi Jimena, en los tesoros de amor y prudencia que encierra tu corazon, el medio menos cruel de anunciar á las hijas del alma el sacrificio á que están destinadas.

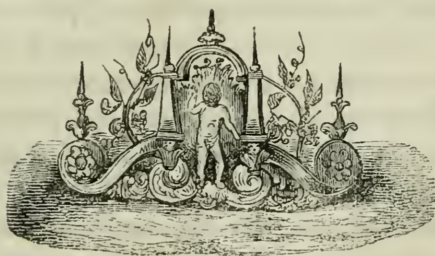
—Yo te fio, Rodrigo, que se someterán á él, si no contentas, con la dignidad de la resignacion.

Jimena se separó de su marido, no para buscar á sus hijas, sino para dar salida en la soledad de su cámara á las lágrimas que la ahogaban.

Al dia siguiente Sol y Elvira subieron á los miradores del alcázar, acompañadas de su madre, que pretendia regocijar el alma de las nobles doncellas con el espectáculo que el dia anterior les habia regocijado en aquel mismo sitio; pero ya ni el cielo ni la tierra sonreían para las hijas del Cid, que si no mostraban lágrimas en los ojos, mostraban melancolía profunda, infinita, en el alma.

Aquella misma tarde mensageros del Cid tomaron la via de Castilla, llevando á don Alfonso cartas del que en buen hora nació.

El Campeador accedia á sus ruegos, y le decia que cumplidas tres semanas él, su mujer y sus hijas partirian á las vistas sin detenerse hasta el paso del Tajo.



CAPITULO XXIX.

De lo que pasó en un castañar.

Era una apacible noche de primavera.

En una de las alturas que dominaban la hermosa vega de Carrion habia un espesísimo y dilatado bosque de castaños.

Lejos aquel bosque de todo camino y de toda aldea ó caserío, y con frecuencia morada de los bandidos que, despues de hacer un buen negocio á larga distancia, iban allí á repartirse lo robado y á burlar la persecucion de los habitantes de la comarca ó de la hermandad conocida por largo tiempo en aquella tierra con el nombre de los Salvadores, rara vez se deslizaba allí de noche á la sombra de los castaños la planta de un aldeano honrado.

Sin embargo, la noche en que hemos fijado nuestra atencion sucedia todo lo contrario: en una especie de plataforma que se alzaba en medio del bosque, dominándole todo, estaban cuatro ó seis hombres, que prestaban atento oido al menor rumor que sonaba en los poco trillados senderos que conducian hácia aquel sitio.

Si esperaban á alguien, sus esperanzas parecian próximas á realizarse, pues así por el lado de Carrion como por los otros se encaminaban hácia el bosque muchos villanos, cuidando de no caminar reunidos, y prefiriendo los sitios donde daba la sombra de los árboles ó la de las colinas, á los descampados alumbrados por la luna.

Todo hacia creer que aquellos hombres se dirigian al bos—

que subrepticiamente. Sin embargo, entre ellos los habia de los mas pacíficos y honrados del señorío de Carrion.

Entre los hombres de la plataforma habia uno que se singularizaba por la especie de predominio que ejercia sobre los demás, por la impaciencia con que aplicaba el oido y miraba á todas partes, y hasta por su trage.

Su trage era el que ordinariamente usaban los ballesteros, á saber: una especie de jubon de cuero muy ajustado al cuerpo y con aldetas en la cintura, calzon ancho y ajustado bajo la rodilla, y sandalias sujetas á la pierna con dos anchas correas que, cruzándose y rodeando en espiral la pantorrilla casi por completo, sustituían á las calzas.

El ballestero estaba armado: á su espalda pendia un manojo de viras, y su mano derecha se apoyaba en una pesada ballesta.

En la plataforma habia una cabaña medio arruinada, formada de tres palos que le servian de armazon, y de grama y tierra estendidas sobre aquellos palos.

El ballestero paseaba delante de la cabaña, y á la puerta de esta, estaban tumbados sus compañeros, entre los cuales habia algunos que empezaban ya á roncar.

Como el primero sintiese pisadas que se iban acercando, se acercó á los otros y les dijo, procurando hacerse oir sin esforzar la voz:

—Arriba, hermanos, que ya el bosque se anima, y así como la gente que viene puede ser de la nuestra, puede tambien ser de la de *los tiranos*.

Los que estaban á la puerta de la cabaña se pusieron precipitadamente en pie y tomaron las armas que tenian al lado.

Estas armas eran hachas de leñador.

El ballestero se adelantó al borde de la esplanada y preguntó:

—Quién va?

—Los tristes.

El ballestero y sus compañeros calmaron su inquietud al oir esta contestacion.

Cuatro ó cinco hombres llegaron un instante despues, y así que estrecharon la mano del ballestero y saludaron de un mo-

do parecido á los demás, se sentaron en silencio en torno de la cabaña.

Tambien los recien venidos traían armas, que consistian en instrumentos de labranza, en una lanza y una ballesta, á mas de los cuchillos de monte que todos ellos llevaban en el cinto.

Poco á poco fueron llegando, saludando y sentándose del mismo modo, otros, otros y otros villanos, hasta el número, poco mas ó menos, de ciento.

—Hermanos, dijo el ballestero colocándose en medio de ellos, hora es de que tratemos el asunto que aquí nos ha reunido.

—Hablad, Sancho, hablad, contestaron todos.

—Casi todos sabeis, continuó Sancho (pues ya sabemos que así se llamaba el ballestero), las iniquidades de nuestros señores, pues apenas hay entre nosotros quien no lleve en el rostro la señal de su mano despiadada, ó no llore la deshonra de una hermana, de una esposa ó de una amada, debida á los infantes don Diego y don Fernando.

Muchos de los presentes, al oir esto, agitaron con rabia sus armas y prorumpieron en sordas amenazas é imprecaciones, escitados sin duda por el recuerdo de ultrajes que pedian venganza.

El ballestero continuó, satisfecho al parecer del efecto que sus palabras producian:

—Os acordais de Rui Perez?

—Bendita sea su memoria! esclamaron muchos de los circunstantes.

—Sí, bendita sea, que serlo debe la del hombre mas honrado del señorío de Carrion.

Rui Perez era rico, y por espacio de muchos años nadie llegó á su puerta necesitado sin que tornára consolado y socorrido, ni nadie gemia en su hogar enfermo ó falto de pan que dar á sus hijos sin que Rui Perez fuese á llevarle pan y consuelos.

A la vuelta de algunos años las liberalidades empobrecieron á Rui Perez, que se vió viejo y pobre.

Quedábale, sin embargo, un gran tesoro: era su hija Blan-

ca, que á fuerza de trabajo y de cariño daba un dulce apoyo á la ancianidad de sus padres.

Un dia iban á solazarse en la caza los infantes de Carrion, y Blanca cantaba á la orilla del rio. El inocente canto de la doncella desplació, no sé por qué, á los infantes, quienes haciendo desnudar ignominiosamente á Blanca y atarla al tronco de un árbol, la azotaron sin compasion, hasta que, teniéndola por muerta, la dejaron y siguieron su solaz.

Nuevas señales de indignacion y nuevos votos de venganza estallaron al llegar aquí el ballestero.

—Yo amaba honradamente á Blanca, pensando casar con ella, y, sin embargo, fuí tan cobarde que presencié casi sin murmurar su suplicio y afrenta! Arrepentíme de mi cobardía cuando ya era tarde, y quise morir inmolado á la saña de los infantes, que me dejaron por muerto, porque traspasé con un dardo lo que mas amaban en este mundo; un perro conque habian hecho presa en la hija de Rui Perez. ¡Necio y cobarde de mí, que en vez de traspasar al perro, no traspasé el pecho de los infantes!

Sancho lloraba de pesar y de rabia.

—Apenas quedé solo, derramando un torrente de sangre, hice un esfuerzo supremo, y adelantándome á los infantes, que tornaban al castillo, y que juzgué acabarian al tornar con la vida de Blanca, si era que la doncella no habia muerto ya cuando volviesen á pasar por donde la dejaron, adelantándome, digo, hallé aun con vida á la hija de Rui Perez, la tomé en mis brazos y la conduje á casa de sus padres.

Al verla en aquel miserable estado, y al verme herido, al parecer de muerte, Rui Perez y su mujer esperimentaron dolor tan profundo, que aun no pasados cuatro dias ambos habian muerto.

Los villanos renovaron sus amenazas y sus imprecaciones, ciegos y desatentados de indignacion.

—Dios hizo un milagro dejándonos vivir á Blanca y á mí. «Dios, me dije entonces, no ha salvado á dos séres débiles y mezquinos como nosotros solo para que haya en el mundo dos vidas mas, que nos ha salvado para que seamos instrumento de

su venganza, para que castiguemos las iniquidades de los señores de Carrion.» Y desde entonces ansío vengarme y vengar á mis hermanos, y busco por todas partes quien me preste la ayuda de su brazo y su rencor.

—Nosotros, esclamaron muchos villanos, hemos venido aquí dispuestos á ayudarte en esa noble empresa.

Sancho se dirigió entonces al interior de la cabaña, y tocando con la ballesta un bulto negro que allí se distinguia vagamente, á beneficio de la luna que penetraba hasta cerca de él, dijo:

—Se acerca la hora!

Una mujer, jóven aun, pero amarilla y descarnada como una momia, se alzó y salió de la cabaña, mirando á todas partes con ansia y sonrisa verdaderamente salvages.

Sancho empezó á cantar en voz baja:

Íbase el buen rey á misa
Á San Marcos de Leon,
Y galanes pagecicos
Iban en su derredor...

Aquella mujer se acercó á él, tratando de ahogar con su descarnada mano la voz del ballestero y esclamando con profundo terror:

—Calla, Sancho! calla! que te oirán los verdugos, y, como hicieron conmigo, te azuzarán sus mastines para que te arrastren y te desgarren las carnes, y luego te desnudarán y te atarán á un tronco, descoyuntando tus miembros con los cordeles, y harán saltar tu sangre y tu carne á los golpes de su látigo...

Las palabras de aquella pobre insensata dejaron de oirse, ahogadas por los gritos de rabia é indignacion en que prorumpieron todos aquellos hombres que la escuchaban, quienes alzándose del suelo, donde estaban tendidos ó sentados, tomaron sus armas y empezaron á blandirlas y descargarlas contra los árboles, como único medio en aquel instante de saciar su rabia.

—Ved aquí, dijo Sancho señalando á la loca, ved aquí á la hija de Rui Perez, á la inocente y compasiva doncella que tan-

tas veces llevó el consuelo á casa del necesitado y al lecho del enfermo.

—Blanca! Blanca! gritaron muchos de los que estaban presentes, nosotros te vengaremos.

—Sí, sí, contestaron otros, lo juramos por la memoria de tus honrados padres!

La loca mostró una alegría infinita, juntó las manos, y mirando al cielo, se puso á llorar y á reir.

Sancho la tomó de la mano y la condujo á la cabaña, adonde se dejó llevar con la mayor mansedumbre, y donde volvió á reclinarse contra un monton de helecho, quedando otra vez inmóvil y silenciosa, como si se entregase á un apacible sueño.

—Oid, hermanos, dijo Sancho.

Y todos se acercaron, esperando con impaciencia sus palabras.

—Nuestros señores van á casar con las hijas del Campeador...

Sancho no pudo continuar, porque un murmullo de sorpresa é indignacion se lo impidió.

—Eso no puede ser cierto, Sancho, no puede serlo, esclamó uno de los villanos.

—Éslo tanto, como lo es que á mio Cid van á venir grandes desgracias si el casamiento se realiza.

—Pretenderánlo los infantes; pero el Campeador no lo consentirá, á menos de haberse tornado loco.

—Há cuatro dias fuí á Burgos, y maese Íñigo el herrador, que sabe cuanto allí, y aun en toda la cristiandad pasa, contómelo todo muy por menor. El señor rey ha pedido al Campeador sus hijas para los infantes, y el Campeador háselas concedido, sin duda por amor á don Alfonso.

—Pero es imposible que don Alfonso, que debe saber quiénes son don Suero y sus sobrinos, haya hecho tal demanda.

—Don Alfonso fué siempre de carácter débil y tornadizo, y á mas se cuenta en Burgos por muy cierto que los de Carrion le han dado no se sabe qué filtros para tornarle á su devocion.

—Oh qué perversos, maleficiadores y tiranos!

—Los infantes, continuó Sancho, van á ir con don Alfonso

á vistas allende el Tajo, con la pompa de reyes; y como no tienen haberes que gastar, sus vasallos harán el gasto á costa del último pedazo de pan que los infantes les han dejado.

—No, no! gritaron iracundamente los villanos; antes arderá con sus señores el castillo de Carrion, ó moriremos en defensa del pan de nuestros hijos todos sus vasallos.

—Esa, asintió Sancho con alegría, esa es la resolucion en que debemos perseverar. Cuarenta arqueros, tan malos como don Suero, don Diego y don Fernando, guarnecen el castillo. ¿Qué valen esos hombres ante la sed de venganza que anima á todos los vasallos de los señores de Carrion? Ataquemos el castilio, démosle fuego, y perezcan en él señores y arqueros, que así al par vengaremos las ofensas que de esos tiranos hemos recibido, y libraremos al Campeador de las grandes desgracias que le amenazan si casa sus hijas con don Diego y don Fernando.

—Sí, sí, contestaron muchas voces, cada vez mas sañudas; arda el castillo y sus moradores.

—Aquí nos reunirémos todas las noches para ir concertando nuestro plan de venganza. Preparémonos á ella induciendo en la resolucion de tomarla á todos los moradores del condado, pero hagámoslo con discrecion y sigilo, que si los tiranos sospechan nuestro proyecto se prepararán á la defeusa, aunque sea llamando en su ayuda la banda de ese desalmado Juan Centellas, á quien tienen á su devocion.

Todos los que escuchaban á Sancho protestaron que participaban de su opinion, y que harian cuanto estuviera de su parte para preparar el castigo de don Suero y sus sobrinos.

Poco despues el castañar iba quedando desierto: solo estaban en torno de la cabaña el ballestero y los que al principio vimos con él: los demás se fueron diseminando por el bosque y desapareciendo en las casas esparcidas en la vega y las colinas que la dominaban, y aun en la villa, cuyos muros y postigos estaban á la sazon desguarnecidos, porque los señores del condado carecian de haberes monedados para pagar mas gente de armas que la escasa que guarnecia el castillo.

Cuando Sancho quedó solo con sus dos compañeros, volvió

á penetrar en la cabaña, y tocando con la ballesta á la loca, volvió á esclamar:

—Ya es llegada la hora!

Blanca se levantó rápidamente como antes, mirando á todas partes con salvage alegría, y viendo que echaban á andar Sancho y sus compañeros; siguiólos sin pronunciar una sola palabra.

Muy pronto la loca y sus acompañantes desaparecieron en la humbría de una arboleda que se estendia por la orilla del rio, y entre la cual blanqueaban algunas casas.



CAPITULO XXX.

De como lo mal ganado se lo lleva el diablo.

Por todo el condado de Carrion andaban pregones ordenando á los moradores que acudiesen al dia siguiente al castillo de los condes con el quinto monedado de las ganancias habidas en ganados y cosechas durante un año.

Quejábanse los labriegos de que se les impusiese aquel nuevo y exhorbitante pecho despues de haber pagado lo que la ley del señorío les exigia.

La irritacion era tan general como motivada.

Aquella noche hubo gran concurrencia de villanos al castañar que dominaba la vega.

Apenas se abrieron las puertas del castillo, vióse dirigirse á este multitud de moradores del condado, resignados, al parecer, á cumplir las órdenes de sus señores.

Si algun curioso se hubiera colocado hácia el puente levadizo que daba acceso á la vasta fortaleza y hubiera contado los villanos que entraban y salian, hubiera notado que el número de los primeros era mayor que el de los segundos: muchos villanos entraban, pues, y no salian del castillo.

Apresurémonos á decir, para que el lector no haga peores de lo que eran á los señores de Carrion, que los que entraban en la fortaleza y no salian era por su gusto, y no porque fuesen víctimas de una traidora emboscada: los villanos atravesaban de ida y vuelta unos sombríos patios, pasados los cuales recibia sus *donativos voluntarios* don Suero Gonzalez, avaro miserable y suspicaz, que no se atrevia á fiar en la honradez de

un mayordomo. En uno de los patios habia una puerta abierta que conducia á unos lóbregos y anchurosos silos, adyacentes al profundo foso de la fortaleza, á la sazon desaguado y cubierto de hojas, zarzas y arbustos que brotaban en las paredes laterales.

Un arquero vigilaba los patios desde lo alto de la fortaleza. Los villanos, al atravesar el patio en que hemos fijado la atencion, alzaban la vista al arquero, y cuando veían que este no dirigia la suya á ellos, se deslizaban rápidamente por la puerta de los silos.

El dia fué pasando así, y una sorda agitacion se notaba, lo mismo entre los habitantes de la villa que entre los de las aldeas y caseríos que constituían el resto de la poblacion del condado.

Llegada la noche, empezó á correr la voz de que muchos de los villanos que habian ido al castillo habian sido allí muertos ó aprisionados. Como muchos de ellos no habian vuelto á sus casas, y los que conocian la causa se guardaban de decirla, aquellos rumores adquirieron tal crédito, que hasta los villanos mas cobardes ó enemigos de la violencia se indignaron, y convinieron en que era necesaria la venganza.

Como nuestros lectores supondrán, Sancho el ballestero no se dormia en las pajas durante estos sucesos: él era, puede decirse así, el alma de la agitacion popular.

Acababa de anochecer. Don Suero Gonzalez estaba en una cámara del castillo de Carrion, contando y recontando, con la complacencia del avaro, el monton de dinero que durante el dia habia ido recibiendo de sus vasallos. Inútil es decir que ni por un momento pensó en el afan, el sudor y las lágrimas con que habia sido adquirido aquel dinero por los pobres vasallos que acababan de desprenderse de él á una órden de su señor.

Los infantes don Diego y don Fernando penetraron en la habitacion.

—¡Qué gran ventura, dijo don Fernando, es ser señor de vasallos! los nuestros tardan en cosechar un año, y á nosotros nos basta un dia.

—Hé ahí, contestó don Suero, por qué hubiera sido gran

locura vender el señorío, como vosotros queríais. Lastima el alma pensar en el poco seso de la juventud.

—Teneis razon, tio; que es mas honrado y provechoso conservarle con el aumento de las dos doncellas mas gentiles y nobles de Castilla, y de la mitad de las riquezas que el Campeador ha ganado en Valencia.

—Necesario es, sobrinos mios, que enmendeis vuestra insensata conducta, que ha estado á punto de llevaros á completa perdicion; pues á no ser por este casamiento, no sé qué hubiérais hecho para vivir.

—Gastar gentilmente los haberes que nos hubiese valido en venta el señorío.

—Pero esos haberes, con vuestros escesos hubiesen durado poco, y entonces...

—Entonces no hubiéramos ido á la guerra, como van ótros caballeros cuando el pan falta en su casa.

—Y por qué no?

—Porque en todo queremos ser vuestro traslado: vos habeis dicho siempre que á los moros mátelos Dios que los crió.

—¿Pues qué hubiérais hecho?

—¿Qué hace Juan Centellas? ¿No sería lícito á caballeros ganar su pan como ese villano le gana?

—Sí; ¿pero olvidais que Juan Centellas se las há frecuentemente con los Salvadores?

—Teneis razon, tio. Bien está lo hecho. Pensemos ya en prepararnos á la jornada de vistas que don Alfonso va á honrar con su presencia. ¿Qué nuevas habeis recibido hoy de Burgos?

—Que la flor de los caballeros de Castilla y Leon van á acompañaros.

—Á nosotros ó al rey?

—Sobrinos mios, la ignorancia es el mayor bien que Dios ha puesto en el mundo. Ignoremos á quién acompañan los ricohomes castellanos y leoneses. Y yo á mi vez os pregunto: ¿qué nuevas teneis vosotros de nuestro señorío? ¿Están nuestros vasallos contentos con la honra que les hemos dispensado hoy, permitiéndoles la entrada en nuestro noble solar?

—Tio y señor, considerad hasta dónde llega la sandez de esos villanos, sabiendo que no agradecen esa honra.

—Poco debe importarnos: por si osasen revelar en alta voz su ingratitud, he prevenido á Juan Centellas que no se aleje mucho de nuestro señorío.

—¿Cuándo, tio y señor nuestro, dejaremos de rendir vasallage á ese bandido?

—Cuando no le necesitemos.

—Oh! vive Dios que no comprendo por qué viniendo solo tantas veces al castillo, no le habeis arrojado una desde las almenas al foso!

—Nunca fuera eso mas imprudente que ahora.

—No comprendo el motivo.

—Juan Centellas es hombre prevenido á maravilla, y sabria al morir que dejaba con vida á quien pudiera vengarle. Un tiempo en Burgos el conde de Cabra y yo le exigimos un servicio importante, y solo consintió en prestárnosle despues que firmamos un pliego en que nos obligábamos á protegerle si tenia necesidad de nuestra ayuda.

—Oh qué imprudencia la vuestra!

—Cierto que lo fué; mas lo apremiante de las circunstancias nos obligó.

—Ya que no podemos librarnos de los servicios de Juan Centellas, aprovechémoslos cuanto nos sea dado aprovecharlos.

—Así haremos.

Don Suero volvió á contar y recontar y acariciar el tesoro que tenia á la vista.

En aquel instante llegó á las puertas del castillo un hombre de aspecto feroz, y apenas hizo una señal, al parecer convenida con los guardas del castillo, estos le dejaron franco paso.

Aquel hombre, que por lo visto conocia muy bien los ánditos y las oscuras y tortuosas escaleras del castillo, se dirigió sin vacilar á la habitacion en que conversaban los señores de Carrion, sin que le pusieran obstáculo alguno los servidores que encontraba á su paso.

Sin descubrir la cabeza, y casi sin saludar, se sentó familiarmente en un sillon al lado de don Suero.

Los ojos de este, como los de los infantes, brillaron de rabia en presencia de aquel rasgo de insolencia y audacia.

El recien venido lo notó, y dijo sonriéndose:

—Ya debiérais estar acostumbrados á mi llaneza, porque há mucho tiempo que nos conocemos, y al visitar mi casa, allá en Burgos, vos, don Suero, y el conde de Cabra, no fuísteis menos llanos que yo, pues aporreásteis mi puerta, me hicísteis dejar el lecho, y ni aun os quitásteis de la faz el rebozo de la capa.

Don Suero y sus sobrinos hicieron un gran esfuerzo para reprimir su enojo, y ensayaron una sonrisa benévola.

—Ya que os venís á buenas, añadió Juan Centellas, pues vemos que no era otro aquel hombre, os trataré como amigo, prestándoos un nuevo é importante servicio. Sabed que este castillo corre riesgo de arder por segunda vez, y vosotros le correis de asaros dentro de sus muros.

—Habla, Juan! esclamó don Suero, poniéndose de pie con sobresalto y estrechando la mano del bandido.

—Hablaré solo por serviros. ¿Creeis que vuestros vasallos han soltado con gusto ese monton de oro y plata?

—Han pagado con él la deuda del vasallo á su señor.

—Pues su opinion no está conforme con la vuestra.

—Te equivocas, Juan!

—Pronto os convenceréis de lo contrario.

Juan Centellas se dirigió á una ventana, desde la cual se descubria la villa y la vega.

—Mirad y escuchad, añadió.

Don Suero y sus sobrinos se acercaron á la ventana, y escucharon y miraron con avidez.

Comunmente, apenas anochecia, la villa y los caseríos diseminados en la vega y las colinas cercanas quedaban en silencio, porque sus moradores todos, laboriosos hasta lo sumo, se entregaban al anochecer al descanso; pero entonces, á pesar de que la noche iba avanzando, un rumor sordo, una agitacion inusitada se oía por todas partes.

—¿Qué rumor, qué agitacion es esa? preguntó don Suero al bandido, sobresaltado con el presentimiento de lo que en afecto sucedia.

—Vuestros vasallos acuden de todas partes para formar una numerosa hueste, que dentro de una hora atacará y entrará á saco el castillo, y vengará la opresion en que á esos pobres villanos han tenido sus señores por tanto tiempo.

—Y qué hacer para resistirlos! esclamaron así don Suero como los infantes, llenos de terror.

—Qué, no tiene guardas este famoso castillo!

—Cuarenta arqueros le defienden.

—Con ellos podeis resistir á los villanos por espacio de media hora.

—Media hora! ¿Y luego qué haremos?

—Dejaros robar, despedazar y quemar, á menos que mi valerosa banda no venga á ahuyentar á esos milanos.

—Y vendrá, Juan, ¿no es verdad?

—Segun y conforme.

—¿Qué quieres decir?

—Que si salgo del castillo tal como vine, mi banda no parecerá por aquí esta noche, como no sea para auxiliar á los sitiadores del castillo; y si salgo con ese monton de oro y plata que teneis delante sin quitarle ojo, mi banda volverá antes de una hora.

Harto conocian don Suero y sus sobrinos á Juan Centellas para que no comprendiesen inmediatamente lo que este queria decir, y harto estaban acostumbrados á su audacia; pero así y todo,

—No te comprendo, Juan, repuso don Suero asombrado.

—Pues es simple cosa comprenderme, contestó el bandido. Si quereis que mi banda acuda en vuestro auxilio, habeis de darme todo el dinero que teneis ahí.

—Juan, tú te burlas sin duda! esclamó don Suero.

—La ocasion no es para burlas, replicó Juan abriendo la ventana. Oid, oid cómo murmuran vuestros sumisos vasallos.

El rumor y la agitacion eran aun mayores hácia la villa.

—Rayo de Dios!... esclamó don Suero dando en el suelo una patada que hizo retemblar los muebles de la habitacion y sonar el oro y la plata amontonados sobre la mesa.

—Ahorcarémos á todos esos villanos en las almenas del castillo, dijo don Fernando, no menos enojado que su tio.

—Para que no haya jueces que los sentencien á ser ahorcados, ni almenas donde ahorcarlos, cuidarán muy bien ellos de quemar en un monton jueces y almenas. Mirad, el rumor parece acercarse.

—Juan! corre al campo donde está tu banda, y torna con ella á embestir á esos malvados, que nosotros recompensarémos tu servicio.

—Cuando me deis la órden, es decir, el dinero, os complaceré.

—A ese precio no queremos tus servicios.

—Pues entonces tal vez esos villanos los quieran.

—Insolente ladron, no saldrás vivo del castillo.

—En ello perderé yo, pero vosotros perdereis mucho mas. Mi teniente en la banda tiene en su poder instrucciones mias... firmadas por vos, don Suero, y por el conde de Cabra, y no dejará de cumplirlas con creces.

—Juan, sé lo que siempre has sido! esclamó don Suero, tornando en tono suplicante el amenazador; sé amigo nuestro en vez de enemigo.

—Dadme el dinero que ahí teneis.

—Imposible, Juan, imposible.

—Pues quedad con el diablo, que no me place arder aqui con vosotros.

El bandido dió algunos pasos hácia la puerta.

—Esperad, Juan! le dijo don Suero corriendo á detenerle.

—Dejadme salir, replicó el bandido, que segun el rumor se acerca, los villanos han tomado ya la cuesta que conduce al castillo.

—Te daremos cien marcos de plata.

—No hay tiempo para contar.

—Toma á ojo el quinto de ese dinero.

—No ha de quedar aquí un maravedí, ó ha de quedar todo.

—Toma la mitad.

—Por Lucifer, que ya me canso de perder tiempo, esclamó Juan Centellas furioso.

Y desasiéndose con un brusco movimiento de don Suero, que le detenia por el brazo, salió de la habitacion.

En aquel instante una ráfaga de viento abrió la ventana, que estaba entornada, é hizo penetrar en la habitacion un prolongado rumor que venia de hácia la villa.

—Torna, amigo, gritó don Suero en tono suplicante, torna y llévate ese tesoro, dejándonos en cambio la promesa de que tu banda estará al pie del castillo antes de media hora, y acometerá á esos rebeldes vasallos, si es que han osado atacar á sus señores.

—Yo os lo prometo.

Juan Centellas desciñó de la cintura una especie de saco de piel, recogió en él todo el dinero que habia sobre la mesa, y echándose el saco al hombro, partió, en tanto que don Suero y sus sobrinos rechinaban los dientes de rabia y prorumpian en sordas imprecaciones.

Franqueósele la salida del castillo con tanta facilidad como se le habia franqueado la entrada, y muy pronto desapareció en una sombría arboleda próxima, entonando un romance en que se glorificaban las hazañas de su banda.

Entre tanto don Suero y sus sobrinos, aunque temblando ante el peligro que les amenazaba, recorrian las defensas del castillo, preparando los arqueros á la resistencia.

No tardó mucho tiempo en hacerse esta necesaria.

La noche era en estremo oscura.

En la cuesta que conducia de la villa al castillo resonó un sordo y prolongado ruido, semejante al que se oye cuando un ejército irregular se pone en marcha.

Lamentos de mujeres y niños acompañaban á aquel rumor en la villa.

Pasados algunos momentos, una espantosa vocería resonó en torno del castillo, y piedras y dardos empezaron á silbar por todas partes en medio de la profunda oscuridad.

De repente se encendió una hoguera en lo alto del castillo, iluminando con vivo resplandor el teatro de la lucha.

Entonces se vió que los que acometian la fortaleza consistian en un millar de villanos, imperfectamente armados, pues

muy pocos lo estaban con ballestas, y los demás con palos, hondas é instrumentos de labranza.

Los ballesteros que defendian el castillo dirigian certeramente sus dardos á los acometedores, merced á la hoguera que iluminaba los alrededores de la fortaleza.

De pronto resonó una gran vocería en el foso, y los sitiadores se lanzaron á este, arrostrando los dardos y los proyectiles de toda especie que, lanzados de lo alto de la fortaleza, caian sobre ellos.

Era el foso tan profundo, que los defensores del castillo estaban seguros de que los que se atreviesen á descender á él, si llegaban con vida al fondo, no conseguirian subir al muro interior, y por consiguiente, hallarian su sepultura en el foso. Por eso fueron grandes su sorpresa y su desesperacion cuando vieron que los villanos, tan pronto como se deslizaban por el muro de contension esterior, aparecian en la parte opuesta trepando por el muro interior.

Era que los villanos ocultos en los silos hacia muchas horas habian abierto una salida al foso, y ocultos bajo la maleza, que formaba sobre este una especie de bóveda, hábian abierto escaleras y colocado cuerdas de apoyo en ambos muros paralelos.

Ya se precipitaban los asaltadores al interior del castillo, dando gritos de venganza, y animados constantemente por la vòz de Sancho, el ballestero del castañar, cuando gritos de alegría sucedieron en las almenas del castillo á los gritos de terror que allí resonaban.

Era que la banda de Juan Centellas se precipitaba con la furia del huracan hácia el castillo, apareciendo por la arboleda donde poco antes vimos á su capitan desaparecer.

Aun eran pocos los villanos que á la sazon habian logrado salvar el foso.

La banda de Juan centellas contaba aproximadamente un centenar de hombres perfectamente armados, y acostumbrados todos á combatir y arrostrar el peligro con la serenidad de aquel á quien ningun vínculo del corazon une á la tierra.

Los bandidos, dando espantosos gritos, se lanzan sobre los sitiadores. Estos, sobrecogidos de espanto por un momento, se

desordenan; pero la voz de Sancho el ballestero, que ejerce sobre ellos un poder mágico, les infunde aliento, y la banda de Juan Centellas, que creía muy fácil la victoria, empieza á verse diezmada por los villanos.

Sin embargo, las armas conque los sitiadores pelean no podrán competir por mucho tiempo con las de los bandidos y las de los ballesteros que guarnecen el castillo.

Así calcula Sancho, y piensa, ya que no en vencer, al menos en salvar á aquellos de sus amigos que están dentro de la fortaleza.

Estos se habian lanzado hácia el patio por donde habian penetrado en los silos; pero la ferrada puerta, que durante el dia habia estado abierta, habia sido cerrada al terminar el dia, y los villanos se encontraron imposibilitados de penetrar en la parte interior del castillo, porque era menester mucho tiempo para romper aquella puerta.

Vuelven atrás, y ya solo aspiran á ascender del foso y reunirse con sus compañeros en campo raso; pero antes quieren poner en práctica un medio de destruccion que habian preparado durante su encierro en los silos: en uno de estos habian amontonado todo género de combustibles, á los que dán fuego al abandonar los silos para lanzarse al foso.

Comienzan á subir de este, y sus compañeros protegen su subida conteniendo á los bandidos, que pugnan por impedirla.

Al fin todos los villanos se encuentran en el campo, y allí se traba la pelea entre ellos y los bandidos.

La voz y el ejemplo de Sancho enardece á los desafortunados asaltadores del castillo.

Muchos villanos caen traspasados por los dardos de los bandidos, y aun por los que los arqueros del castillo les disparan desde las almenas, pero tambien muchos bandidos caen heridos por las hachas de los villanos.

Sancho se convence al fin de que es inútil é imposible resistir por mas tiempo á la banda de Juan Centellas, y ordena la retirada.

De repente se oyen gritos de terror en el castillo, del que comienza á salir una gran humareda.

Juan Centellas comprende inmediatamente que los villanos han puesto fuego á la fortaleza, y hace un supremo esfuerzo para desembarazarse de ellos, con objeto de acudir luego á estinguir el incendio, que en vano tratan de dominar los defensores y moradores del castillo.

—Rayo del cielo! grita rabioso. Seguidme, y acabemos con esta horda de andrajosos.

Y se lanza el primero contra los villanos.

El teniente de la banda le sigue, y los bandidos imitan el ejemplo de sus dos jefes.

Sancho dispara un dardo, y Juan Centellas cae traspasado.

Los bandidos, al ver caer á su capitan, retroceden algunos pasos espantados; pero el teniente, ciego de rabia, se adelanta solo, para infundirles ánimo.

Un segundo dardo parte del arco de Sancho y traspasa el pecho del teniente. Entonces los bandidos, faltos de sus jefes, pierden ánimos completamente, y ya solo piensan en su salvacion.

Los del castillo les facilitan la entrada en este, tanto por salvarlos, como porque contribuyan á la estincion del incendio.

Sancho no trata de impedir que penetren en el castillo: conténtase con apoderarse de una especie de escarcela que llevaban así Juan Centellas como su teniente, y en seguida dispone la retirada de los villanos.

Estos se encaminaron hácia la vega, y allí se dispersaron, dirigiéndose cada cual á su morada.

Una hora despues, ni humo ni llamas salian del castillo de Carrion, y un tristísimo silencio reinaba en todo el señorío.



CAPITULO XXXI.

La corneja siniestra.

El plazo de tres semanas señalado para las vistas estaba para cumplirse, y de una parte y otra se preparaban á ellas.

Nunca se habian visto en Castilla preparativos tan lucidos como los que para aquella jornada se hacian.

Pregones se habian echado por Castilla y Leon anunciando que el señor rey don Alfonso iba á partir hácia el Tajo para concertar allí el casamiento de las hijas del Campeador doña Sol y doña Elvira con los infantes de Carrion don Diego y don Fernando. Anunciaban tambien los pregones que el rey recibiria servicio de los caballeros y prelados que quisiesen acompañarle en aquella jornada.

Así por doquiera se encaminaban á Burgos ricos-homes, obispos y abades castellanos y leoneses, y de las Asturias de Oviedo y Santillana, acompañándolos pages, escuderos y gente de armas sin cuento ni medida.

« ¡Quién vió por Castiella tanta mula preciada, é tantos ca»ballos gruesos é corredores, é tanto buen pendon enastado, »é tantos escudos boclados con plata é oro, é tantos mantos é »pielles é cendales! Villanos é villanas salien á puertas é ven»tanas é caminos é collados para ver pasar aquestas maravillas, »é todos descien una razon: « ¡Dios, qué gentil conducho van »dar al señor Alfonso caballeros é perlados, é cuémo el lidia»dor famoso habrá sabor de ver á tal guisa hondrado al rey quel »mucho quiere, maguer le echó de la tierra é hondra é here»dades le quitó por conseio de malos traidores! » Infantes de

»Carrion mucho alegres andaban, é cuendes é obispos galicia»nos é astures venien darles compaña, por amor de ese que la»man don Asur Gonzalez. Infantes lo que compran adebdan é »poco pagan, ca son muy folones é non han haber monedado, »mas curian que han de crecerles las ganancias casando con »fijas del quen buen hora násco, é estonce á los mercaderes »gelo pagarán.»

Asi dicen las crónicas, y este rudo encarecimiento de la magnificencia conque se preparaban en Castilla las vistas, dice mucho mas que cuanto nosotros pudiéramos decir.

Llegó al fin el dia de la partida, y los infantes de Carrion se dirigieron á Burgos, llevando en su compañía gran número de caballeros asturianos y gallegos, con quienes habia hecho amistad don Suero Gonzalez durante el tiempo que habia estado desterrado en Galicia y Asturias.

Jamás en Castilla se vieron reunidos con un objeto pacífico tantos caballeros y prelados como los que salieron de Burgos acompañando al rey don Alfonso.

La impaciencia de este por ver realizada la union que creia término de las sangrientas rivalidades que traían revueltos sus reinos, debilitando el valor y la fuerza que convenia reservar para combatir al enemigo comun, su impaciencia, decimos, hizo al rey adelantar la partida un dia. Así, pues, cuando llegó al paso del Tajo no encontró aun allí al Campeador.

Los preparativos que este habia hecho para acudir á aquella entrevista eran tambien lucidísimos.

«Tanta gruesa mula é tanto palafré de sazon,
tanta buena arma é tanto buen caballo corredor,
tanta buena capa é mantos é pellizones,
chichos é grandes vestidos son de colores.»

De este modo encarece el autor del Poema del Cid lo lucido de dichos preparativos.

Los principales caballeros del Campeador acompañaban á este en su jornada al Tajo. Con él iba el obispo don Gerónimo, y Alvar Fañez Minaya, Pero Bermuez, Martin Muñoz, Martin

Antolinez, Alvar Alvarez y Muño Gustios, se contaban tambien entre estos caballeros.

El Cid encargó á Alvar Salvadores y á Guillen el de la Enseña que durante su ausencia cuidasen de Valencia «de alma é de corazon,» como dice la crónica.

A Gil dejó en el alcázar acompañando á doña Jimena y á Sol y Elvira, que no debian salir de allí, por temor de que las ofendiesen los moros que aun vivian en la ciudad, porque es de advertir que el Campeador, al conquistar á Valencia, dolióse de arrojar de sus hogares á los moradores inofensivos, y les mandó seguir en ellos, tanto por compasion como porque la ciudad no perdiese, quedando casi desierta, la vida y la prosperidad que sus moradores le daban.

Cuando el Campeador llegó al Tajo, ya don Alfonso le esperaba allí desde el dia anterior.

Así que don Alfonso supo que llegaba, salióle á recibir con sus caballeros.

Al verle el Cid descabalgó presuroso, y don Alfonso hizo lo mismo.

«En tierra fincó mio Cid los hinoios é las manos, é las yer»bas del campo tomó á dientes, lorando de los oios, ca así sa»bia dar homildanza á Alfonso so señor, é tanto habie el gozo »el quen buen hora cinxió espada.»

Tales son los términos, sin duda algo hiperbólicos, en que la crónica refiere la actitud de Rodrigo Diaz ante el rey.

No descabalgó don Alfonso tan pronto que pudiera estorbar aquellas muestras de sumision, por las que, añade la crónica, «ovo gran pesar.»

—Alzaos, Campeador leal! dijo don Alfonso tendiendo su mano al glorioso caudillo castellano. Besadme las manos, pero los pies no, que sois el caballero mas honrado de la cristiandad.

Y asi diciendo, don Alfonso, para mas honrarle, le besó en la boca, que sonreia del gozo que esperimentaba el corazon.

Cuantos estaban presentes lloraban de gozo, segun dicen las crónicas; pero menester será poner en duda que el llanto de todos fuese sincero, porque allí estaban los de Carrion y el conde de Cabra.

—Campeador! dijo al Cid, sereis hoy mi huésped, y despues que descanseis trataremos aquello que aquí nos ha traido.

El Cid otorgólo de buena voluntad.

Entonces los infantes de Carrion se le acercaron, y doblaron ante él la rodilla.

El Cid agradeció el homenage y sus promesas de amistad.

Aquel dia y aquella noche el Cid y sus caballeros fueron regalados y honrados á maravilla por don Alfonso.

Al dia siguiente el Campeador quiso á su vez regalar al rey y cuantos con él habian ido.

«El Campeador, dice la crónica, á los sos mandó que adobasen cocina para cuantos allí eran, é de tal guisa los pagó, que todos eran alegres, é acordaron que pasado avie tres años que non comieran mejor.»

Al salir el sol el dia siguiente, don Gerónimo dijo la misa, á la que asistieron todos lo que con don Alfonso y el Cid habian ido.

La misa se dijo en el campo para que todos pudieran oirla.

Despues de oida, subióse don Alfonso á lugar donde todos le pudieran oir, y dijo:

—Oid, oid, condes y prelados é infanzones y gente de armas! Quiero hacer una súplica á Rui Diaz el Campeador. Ruégoos á los de mi bando y á los del suyo que unais vuestros ruegos á los mios, si necesarios fueren.

Todos hicieron una señal de asentimiento, y hasta contuvieron la respiracion para mejor oir las palabras del rey.

Este continuó:

—Rui Diaz de Vivar, nombrado por sus nobles hazañas Cid Campeador! yo os ruego que deis por mujeres vuestras hijas doña Sol y doña Elvira á los infantes de Carrion don Diego y don Fernando, que están presentes. Los infantes os las piden y yo os ruego que se las deis, porque me parece que este casamiento honra y pró ha de valeros, y á mi reino la paz que há menester.

—Señor, contestó el Cid, apenas son casaderas mis hijas, y por eso ni su madre ni yo habiamos pensado casarlas; pero los infantes de Carrion las merecen, y vos, que sois mi señor na-

tural, quereis que se las dé, á vuestro mandar pongo á doña Sol y á doña Elvira, para que las deis á quien fuere de vuestro grado, que dadas por vos, á ellas y á mí ha de resultar honra.

—Gracias, Rui Diaz! dijo el rey con acento que revelaba su gratitud.

Los infantes de Carrion, doblando la rodilla ante el Cid, besaron á este la mano, y en seguida cambiaron las espadas ante el rey, segun era uso en aquellos tiempos.

—No menos que á vos, dijo el rey dirigiéndose nuevamente al Cid, agradezco á Dios el gozo que siento al ver la buena voluntad conque me dais vuestras hijas para los infantes. Yo las acepto en este instante, y las doy por veladas á don Diego y don Fernando, rogando al Criador que á vos y á doña Jimena y á ellas sea grato este casamiento.

Tomó en seguida el rey de la mano á los infantes, y añadió:

—A mi vez os entrego á los infantes, para que queden con vos cuando yo torne á Castilla, y casen cuando os pluguiere. Trescientos marcos de plata les doy, y de hoy doblaréles mi amor porque son vuestros hijos.

—Señor, como tales los amaré tambien, dijo el Cid.

—Al señor rey y á vos agradecémos la honra que alcanzamos casando con doña Sol y doña Elvira, dijeron los infantes.

—Agradecedlo al rey, que á mí no, replicó el Cid, y añadió dirigiéndose á don Alfonso:

—Señor, vos casais mis hijas, que no soy yo quien lás dá á los infantes.

El Cid pronunció estas palabras esforzando la voz de modo que no solo las oyese el rey, sino tambien cuantos estaban presentes.

En aquel momento una esclamacion de dolorosa sorpresa se escapó de todos los labios: todos los que estaban presentes acababan de ver revolotear sobre el campo la *corneja siniestra*.

El obispo don Gerónimo notó el triste efecto que la aparicion de aquella ave hacia en el ánimo de los circunstantes, incluso el del rey y el Cid Campeador, y dijo:

—Señores! ¿caballeros de ánimo esforzado y buenos cristianos se dejan dominar por supersticiones inventadas por el gen-

tilismo y el miedo? ¡Duéleme en el corazon que así os mortifiqueis y ofendais á Dios! Desechad supersticiosos temores, y creed que solo el Dios por cuya gloria derramamos todos los dias nuestra sangre, puede penetrar los misterios de lo porvenir.

—Cierto, dijo el rey, que tales agüeros son indignos de caballeros cristianos.

El Cid no pareció participar por completo de la fé que el obispo y el rey tenian en la falibilidad de la corneja siniestra, porque la sonrisa que hasta entonces habia vagado en sus labios desapareció por largo rato.

Llegado el dia siguiente, se dispusieron á tornar don Alfonso á Castilla y el Campeador á Valencia.

El rey hizo grandes regalos de caballos, vestidos y armas, y aun dinero, á los que acompañaban al Cid, y este no se mostró menos liberal con los que acompañaban al rey.

Don Alfonso, por mas honrar al Campeador, quiso acompañarle hasta dar vista á Valencia; pero el que en buen hora nació le rogó de veras que no tomase por él aquella nueva molestia.

Á su vez muchos caballeros de los que habian ido con don Alfonso rogaron á este que les permitiese ir á Valencia, para asistir á las bodas de los infantes y las hijas del Cid.

Don Alfonso se lo otorgó de grado.

«La compaña del Cid cresció, la del rey mengó,» dice la crónica.

Llegó la hora de la partida.

El rey volvió á tomar á los infantes de la mano, diciendo al Cid:

—Hé aquí vuestros hijos.

—Vuestro don acepto, contestó Rui Diaz.

Y, despues de besar la mano de don Alfonso, cabalgó, porque queria pronunciar sus últimas palabras desde donde todos las pudiesen oir.

—Señor rey, dijo en voz alta, vos sois mi señor natural, y cuanto de vos viene, eso agradezco con el corazon y el alma: mas quiero haceros un ruego. Nombrad quien en vuestro nom-

bre entregue mis hijas á los infantes, que mi mano no pondrá la de doña Sol y doña Elvira en la de don Diego y don Fernando.

Los infantes de Carrion estuvieron á punto de revelar el despecho que estas palabras les causaban; pero una mirada que su tio don Suero les dirigió, selló sus labios y devolvió á ellos la sonrisa.

—Hé aquí, dijo el rey, á Alvar Fañez Minaya, leal amigo vuestro y mio. Él por mi encargo pondrá las manos de vuestras hijas en las de los infantes.

—Pláceme, señor, vuestro mandado, contestó Minaya.

Y pocos momentos despues el rey tomó la via de Castilla, y el Cid y los infantes de Carrion la de Valencia.



CAPITULO XXXII.

En bodas y tornabodas
Pasaron siete semanas.
(Romancero.)

Conforme los infantes de Carrion y su tio don Suero se encaminaban á Valencia, apartáronse buen trecho de los que con ellos hacian la via, y comenzaron á hablar de modo que nadie los pudiese oir.

El Cid, que los conocia demasiado, no podia echar de sí la desconfianza que le inspiraban, y quiso prevenir una deslealtad.

—Seguidme, dijo á Pero Bermuez y Muño Gustios, que cabalgaban á su lado.

Y aplicando fuertemente la espuela á su caballo, se adelantó con Pero y Muño como un tiro de ballesta.

«Pero Bermuez y Muño Gustios, dice la crónica, son dos »servidores leales, ca non ha meiores en casa de mio Cid, é sa»ben mañas de los infantes Diego é Ferrando, é otrosí que Asur »Gonzalez es bulidor é largo de lengua.»

El Cid, que debia pensar acerca de la lealtad de aquellos caballeros como el autor de la crónica, encargó á Pero Bermuez y Muño Gustios que celasen á los infantes sin ofenderlos ni darles lugar á pensar que se sospechaba de ellos.

Prometiéronselo Pero y Muño, y no tardaron todos en dar vista á Valencia.

Llegados á la ciudad al terminar el dia, el Cid dió algunos de sus mejores servidores y caballeros á los infantes de Carrion, para que los acompañasen y sirviesen, aplazando para

el dia siguiente la presentacion de Sol y Elvira á los infantes.

Entre los servidores que el Cid dió á estos se hallaban Pero Bermuez y Muño Gustios.

El Cid se encaminó inmediatamente al alcázar, ganoso de abrazar á su mujer y sus hijas, mas no de darles las nuevas del próximo casamiento de las doncellas.

Doña Jimena y sus hijas salieron presurosas á recibirle, y ellas y las dueñas que las servian le besaron las manos.

—Yernos os traigo, mi Jimena, dijo el Cid procurando disimular con una alegre sonrisa la tristeza que ocupaba el fondo de su corazon. Gentiles y nobles maridos tendreis vosotras, mi Sol y mi Elvira, añadió estrechando amorosamente á sus hijas contra su corazon.

—Padre y señor, dijo Elvira con dolorosa resignacion, casándonos vos, honra alcanzarémos y dicha tambien.

Jimena vió asomar una lágrima en los ojos de sus hijas, y no pudo impedir que se humedecieran los suyos.

—No soy yo quien os casa, hijas mias, se apresuró el Cid á replicar á Elvira. Al rey debeis la honra de casar con los infantes de Carrion, que no á mí. Don Alfonso me rogó que á don Diego y don Fernando os diese por mujeres, y yo se lo otorgué, que soy buen vasallo y nada puedo negar á mi rey y señor natural. El señor rey os casa, hijas mias, que no soy yo, no.

Al dia siguiente el alcázar estaba ricamente engalanado: la púrpura y otros paños no menos preciosos adornaban pavimento, puertas y ventanas. «Sabor habriedes, dice la crónica, de y ser é comer.»

Llegó la hora de la recepcion de los infantes.

Avisados estos de ello, dirigiéronse al alcázar, cabalgando en hermosos caballos que el Cid les habia regalado al efecto aquella misma mañana.

Los muchos caballeros de su bando que habian seguido hasta Valencia, los acompañaban.

Don Fernando y don Diego eran gentiles de cuerpo, aunque afeminados y malos de alma.

Al verlos pasar victoreábalos la muchedumbre, persuadida

de que estaban destinados á acrecer la honra y la felicidad de la noble y amada familia á la cual desde aquel dia iban á pertenecer.

Ya en el alcázar estaba reunida toda aquella pléyada de héroes que tanta gloria habian alcanzado en los campos de batalla desde el dia en que vimos á Rodrigo de Vivar salir desterrado de Castilla.

En un escaño dorado estaban, segun las crónicas, doña Jimena y sus hijas. El Cid se adelantó algunos pasos á recibir á los infantes, quienes se humillaron respetuosamente ante las nobilísimas dueñas, sonriendo de gozo al ver la hermosura de las doncellas con quienes iban á casar.

Despues de descansar un rato, sentados á la diestra de mio Cid en otro precioso escaño frontero al que ocupaban doña Jimena y sus hijas, el Campeador se levantó y dijo:

—Venid acá, Minaya, el buen caballero á quien yo amo de corazon. Aquí teneis mis hijas. En vuestra mano las pongo, segun lo mandado por el señor rey. Dádselas por la vuestra á los infantes, y sea hoy mismo santificada en el templo la union de la mi Sol y la mi Elvira con don Diego y don Fernando.

—Eso haré yo de grado, contestó Minaya; y tomando de la mano á las hijas del Cid, las entregó á los infantes.

No sabemos qué recuerdos pasaron por la mente de las hermosas doncellas cuando estas sintieron su mano estrechada por la de los infantes, pues la color de su rostro desapareció y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

Gil Diaz estaba presente. Profunda compasion inspiraba la transformacion que en aquel mancebo se habia verificado en pocos dias. Hubiérasele creido convaleciente de una grave enfermedad.

El Cid se preguntaba cuál era la causa de los padecimientos del honrado mozo, á quien amaba á la par de sus hijas; pero solo sabia que aquellos padecimientos tenian gran semejanza con los que habian puesto en Zaragoza su vida en peligro, y debian tener la misma causa.

Una lágrima asomó á los ojos de Gil en el momento en que la mano de Sol y Elvira se posaba en la de los infantes; pero

el mancebo hizo un supremo esfuerzo para que tras ella no asomára otra, y lo consiguió.

—En nombre del rey don Alfonso, dijo Minaya á los infantes, os entrego estas nobles doncellas para que caseis en uno con ellas, y las mireis hasta la muerte como carne de vuestra carne y alma de vuestra alma, que son débiles como la enredadera que há menester árbol en que apoyarse.

Los infantes de Carrion juraron amar y amparar por toda la vida á las hijas del Cid, tal cual el honrado castellano se lo encargaba con lágrimas en los ojos.

Poco despues los infantes y las doncellas se encaminaron, con numeroso acompañamiento, á la iglesia de Santa María.

El obispo don Gerónimo salió á la puerta del templo, revestido de los sagrados ornamentos, á recibir á los nuevos velados, y los unió solemnemente.

Aquel mismo dia dieron principio fiestas y regocijos, que duraron muchas semanas.

En la Glera de Valencia se habia levantado palenque, y allí se trasladaron los infantes y sus mujeres, y doña Jimena y el Cid.

Inmenso era el pueblo de cristianos y moros que acudió á presenciar el torneo, en que debian «dar salto» los caballeros mas esforzados y gentiles.

El Cid se acercaba ya á la vejez, mas conservaba aun casi entero el vigor de la juventud. Así dice la crónica: «Tres veces cameó el caballo el quen buen hora násco, é nadi le ganó quebrando lanzas.»

Tambien los infantes de Carrion cabalgaron gentilmente, lo cual plugo mucho al Cid, y quizá tambien á doña Sol y doña Elvira.

«Al otro dia, continúa la crónica, hobo grant yantar en el alcázar, é mio Cid fizo fincar siete tablados, é todos los quebrantaron antes que entrasen á yantar las ientes que y eran aiuntadas.»

Los caballeros que en el paso del Tajo habian dejado á don Alfonso para asistir en Valencia á las bodas de los infantes con las hijas de mio Cid, se aprestaron para tornar á sus tierras y casas de Castilla, Leon, Asturias y Galicia.

Pasaron de cien los caballos corredores que el Cid regaló á aquellos caballeros. Las armas, mantos y pellizones que les dió no tenian cuento, ni los haberes monedados que recibieron pages y escuderos del que en buen hora ciñó espada.

Tambien don Suero Gonzalez se preparó á tornar á Carrion para cuidar de su casa y señorío. Las crónicas cuentan que antes de partir habló largo rato con sus sobrinos, tan en secreto, que nadie pudo saber lo que en aquella conferencia se trató.

Gil Diaz, cuyo malestar y cuya tristeza iban cesando conforme cesaba la tristeza de doña Sol y doña Elvira, que halagadas, y al parecer amadas por los infantes, iban resignándose con su suerte; Gil, decimos, se presentó por entonces á mio Cid y le dijo:

—Señor, dejé el monasterio de Cardeña y el ejercicio de las letras, á que siempre fuí inclinado, por seguiros á la guerra, donde habíais menester á vuestro lado quien os amase como yo os amo; mas aquellos tiempos y aquella vida pasaron, y hoy vivis en paz en el seno de vuestra familia, donde mi amor no es necesario á vuestra dicha. Dadme una prueba mas del vuestro permitiéndome tornar á Cardeña, donde viviré hasta que á vuestro lado ó al de mi señora doña Jimena, doña Sol ó doña Elvira, me llamen los deberes del amor y el agradecimiento que á todos tengo.

En vano el Cid y Jimena y Sol y Elvira, y aun los infantes, trataron de vencer la resolucion de Gil: este insistió en tornar al monasterio de Cardeña, donde habia pasado gran parte de su niñez protegido por el amor y la sabiduría del buen abad don Sancho, y al dia siguiente, el Cid y su familia le vieron tomar la via de Castilla, no sin que el mancebo llevase los ojos tan arrasados en lágrimas como quedaban los del Cid y su familia.



CAPITULO XXXIII.

Donde se verá que no es tan fiero el leon como la gente le pinta.

Al pie del alcázar de Valencia donde moraba el Cid con toda su familia, habia unas estensas caballerizas, ocupadas por mas de un centenar de hermosísimos caballos, entre los cuales se hallaba Babieca, que si ya no merecia la calificacion de hermosísimo, ni aun la de hermoso, porque era ya viejo, merecia la del mas noble y mas inteligente corcel en que caballeros han cabalgado.

Aquellas caballerizas eran visitadas con frecuencia, lo mismo por caballeros y prelados que por villanos, porque encerraban un animal que el Cid tenia en no menor estima que á Babieca, y que escitaba la curiosidad de cuantos se acercaban al alcázar, y el terror de cuantos entraban en las caballerizas: era un fiero y hermoso leon, que mio Cid habia encontrado en una jaula ricamente labrada en la tienda de Yucef, el rey de Marruecos, vencido poco despues de la conquista de Valencia.

Una tarde estaban reunidos, no lejos de la jaula del leon, varios pages y escuderos, entre ellos nuestros antiguos conocidos Alvar, Fortuño y Pelayo.

—Esta vida quieta y sosegada que tenemos en Valencia desde que casaron mis amas y señoras doña Sol y doña Elvira, aburre al buen Babieca no menos que á nosotros, decia el sandio Alvar.

—Cierto, asintió el gigante Fortuño, que estas blanduras de la paz solo son buenas para hembras.

—Varones hay á quienes no desplacen, añadió el sesudo Pelayo sonriendo maliciosamente.

—Discretamente piensas, hermano, dijo Fortuño comprendiendo la alusion, que no penetró del mismo modo en las inespugnables entendederas de Alvar.

—¿Quién que no sea hembra puede avenirse con esta vida, en que todos los dias son iguales? preguntó Alvar.

—Pregúntalo, hermano, á los infantes...

—Calla, Fortuño, calla, y no infames con sospechas de afeminacion á don Diego y don Fernando, esclamó Alvar indignado. Los infantes son yernos de mio Cid, y todos debemos respetar á cuanto mio Cid tiene en estima.

—Dudo mucho que el Campeador tenga en estima á los infantes.

—Tiénelos, cuando casó con ellos sus hijas.

—Casólas por ruego del señor rey don Alfonso.

—Pues yo juro que ni por ruego del rey del cielo las diera el Campeador á caballeros afeminados.

—Pluguiera á Dios que moros vinieran á dar salto á Valencia, que entonces verias temblar á los infantes.

—Entonces los veríamos lidiar como buenos caballeros.

—Segun la fé conque eso afirmas, dijérase que tienes pruebas de que lo son.

—Téngolas sobradas.

—¿Y no nos dirás, hermano, cuáles son?

—El ser los infantes yernos de mio Cid.

—Sandio que Dios confunda, ¿por qué has de tener toda la vida ese modo de razonar? Acuérdome ahora de que en otros tiempos dábate por emborrachar moros para que se condenasen...

—Y cierto que se condenan probando nuestro zumaque.

—No probándole tambien.

—Cuenta mia no es esa, hermano: hágalos yo beber vino, y harélos perder el paraiso de ese ladron de Mahoma...

—Por don Jesucristo, que te rompiera los cascos para que no los tuvieras tan duros! esclamó Fortuño alzando el puño sobre la testa de Alvar, al ver la terquedad y la sandez del machucho escudero.

Alvar retrocedió temeroso, pero no tanto que desistiese de todas sus terquedades.

—Tendrás razon, hermano, en lo de los moros, aunque á mí, por mas que cavilo, no se me alcanza; mas en lo de los infantes, mi respeto y mi amor á la casa de mio Cid no me permiten dudar del valor de don Diego y don Fernando.

—A respeto y amor al Campeador y su familia, ni tú, ni hombre nacido ni por nacer, me gana; mas insisto en que los infantes, en lo tocante á valor, mucho mas que de leones tienen de gallinas.

—De leones hablas, hermano? dijo Alvar. Viéneme al magin la idea mejor que hombre ha tenido.

—¿Nos dirás qué idea es esa?

—La de probar cuáles de los caballeros que asisten á este alcázar son valientes, y cuáles cobardes.

—Escusada es la prueba, que pocos hay que no la hayan hecho de animosos.

—Pues á esos pocos quisiera yo probar.

—Y de qué modo?

—Soltando el fiero leon de la jaula, para que penetre esas salas donde los caballeros suelen reunirse.

—Oh sandio, y mas sandio yo que por un momento olvidé que tú solo puedes pensar desatinos!

—¿Desatino llamas á esa gentil prueba?...

—Desatino digno de palos!

—Por la madre que me parió, esclamó Alvar desesperado al ver cuán poco aprecio se hacia de su talento, que es desgracia grande la que tengo yo con este Goliat de Fortuño. No pienso cosa buena que él no tenga por desatino!...

Pelayo no habia prestado atencion á la disputa de Alvar y Fortuño, ocupado en departir con otros criados á corto trecho de allí. Al reparar en los lamentos de Alvar, que este acompañaba de patadas en el suelo y de repelones en su propia cabeza, se acercó.

—¿Qué querella os enemista, hermanos? preguntó.

—Tú serás juez de este pleito, contestó Alvar. Tengo la ventura de idear un famoso medio de averiguar quiénes son ani-

mosos y quiénes no de cuantos caballeros asisten á la casa de mio Cid, y Fortuño moteja de desatino el tal medio.

—Y aun debiera romperte los cascos por inventar tal sandez, replicó Fortuño. ¿Piensas tú, necio de Barrabás, que soltando el leon por satisfacer una curiosidad propia solo de hembras y rapaces, no acontecerían aquí desgracias irreparables?

Pelayo, que tenia mejores entendederas que Alvar, esclamó:

—¡Soltar el fiero leon enjaulado! ¡Qué locura se te ha metido en esa testa sin seso, hermano Alvar!

La desesperacion de Alvar llegó á su colmo al ver que tambien Pelayo reprobaba su hermosa idea, de la que cada vez estaba mas enamorado, quizá por lo mismo que se le contrariaba.

—Reniego, esclamó mesándose con rabia el cabello, reniego hasta de la madre que me parió!...

—Pero hermano, le interrumpió Pelayo en tono conciliador, ¿no consideras que el leon es fiero á maravilla, y una vez desenjaulado, acometeria á cuanta gente viese?...

—Y entonces, dijo Alvar interrumpiendo á su vez á Pelayo, los animosos le harian frente y le rechazarian, y los cobardes huirian desatentados.

Pelayo y Fortuño desistieron de razonar con Alvar, convencidos al fin de que no habian de conseguir entonces lo que nunca habian conseguido; es á saber: sacarle de un error, por muy grosero que este fuese.

Aquel cuya imaginacion concibe sin trabajo, se desprende sin pesar de una idea, por buena que le parezca; pero aquel para cuya imaginacion concebir una idea es obra de romanos, no renuncia fácilmente esa idea, y mucho menos cuando le parece tan feliz como á Alvar parecia la de soltar el leon. Dícese, y es verdad, que en algunos paises donde el alumbramiento no es, como en nuestra Europa, el supremo dolor físico de las mujeres, estas tienen tan poco amor al fruto de sus entrañas, que le venden por algunas monedas ó le pierden para siempre sin que asome una lágrima á sus ojos.

Algunos dias despues de aquel en que pasó en las caballerizas del alcázar de Valencia lo que dejamos referido, conver-

saban muchos caballeros en una sala baja del mismo alcázar. Entre ellos se hallaban los infantes de Carrion don Diego y don Fernando.

El Cid entre tanto dormia en otra cámara cercana, recostado en un escaño, porque habia pasado la noche anterior y la mañana velando y estudiando los medios de resistir una gran muchedumbre de enemigos que, segun noticias que habia recibido el dia anterior, trataban de reconquistar las fértiles tierras y la hermosa ciudad de Valencia.

Aquellos caballeros, y otros que no habian llegado aun, habian sido convocados al alcázar por el Campeador, que deseaba enterarles del peligro que amenazaba á todos y pedirles consejo para contrastar al nuevo Yucef, que ambicionaba arrebatar á las armas cristianas lo que con tanto trabajo habian conquistado.

—Buena es la paz, decia Martin Antolinez, el burgalés de pró; mas la enseña mahometana se alza aun en esta hermosa tierra que se estiende de los montes Pirineos á la mar africana, y no es bien que caballeros cristianos dén vagar á la espada mientras esto suceda. Tal piensa el Campeador, y tal debemos pensar todos los que seguimos su enseña, ó mas bien todos los que deseamos el triunfo completo de la santa Cruz.

—Cierto, contestó don Fernando, el infante de Carrion, no debemos seguir mas tiempo afeminándonos en la dulzura y el regalo de esta vida. Mi hermano don Diego y yo hemos pasado lo mas florido de la juventud en vida semejante á esta; mas harto nos pesa ya, convencidos como estamos de que no es tal vida la que corresponde á caballeros cristianos. Consuélanos la esperanza de que hemos de desquitarnos de nuestra antigua inaccion, pasando el resto de la vida en los combates y las agitaciones de la guerra, que no de otro modo corresponderíamos á la honra que al rey y al Campeador debemos.

—Ese modo de pensar es el que cumple á los nobles señores de Carrion, esclamó Ordoño de Lara estrechando la mano á don Fernando y don Diego.

—Vergüenza es para la cristiandad, dijo este último, que aun dominen los perros moros casi toda la hermosa Lusitania,

y no pocas comarcas del resto de nuestra Península. Pongamos el pensamiento en Dios y la mano en la espada, y cerremos con los infieles do quiera que los haya, hasta su completo esterminio.

—Por lo que á mí toca, ansío derramar mi sangre en pró de tan santa causa, dijo don Fernando.

—Y yo otro que tal, añadió don Diego con aire no menos feroz que su hermano.

No faltaron caballeros que tuvieron que esforzarse para dominar una sonrisa de incredulidad; pero la mayor parte de los que presentes estaban acogieron de buena fé aquellos alardes de valor y celo cristiano, porque eran tan buenos caballeros, que no comprendian que hubiese quien no pensára y sintiera lo que ellos pensaban y sentian.

Un espantoso ruido de gritos de terror y cerramiento de puertas hácia la parte esterior del alcázar interrumpió la plática de los caballeros.

Estos creyeron que algun nuevo desembarco de moros se habia verificado en las cercanas playas; pero el ruido y el tumulto, lejos de sentirse en la ciudad, á uno de cuyos estremos se alzaba el alcázar, se limitaban al recinto de este; y esta misma circustancia hacia tambien inverosímil la idea de que hubiese estallado alguna insurreccion entre el populacho musulman, que aun ocupaba gran parte de la ciudad.

No tardaron los caballeros en saber la causa de aquel pavor y alboroto: un soberbio leon, de erizada melena, ojos centellantes y fáuces abiertas y espantosas, penetró en la sala.

Todos los caballeros desnudaron las espadas sin dar muestras de pavor y arremetieron á la fiera, que dando hácia atrás un terrible salto, acompañado de un espantoso rugido, cambió de direccion y se entró por unos corredores que conducian á la cámara donde descansaba el Cid, ahuyentando con su presencia á los criados de los señores de Vivar que encontraba al paso.

—El Campeador duerme en su cámara, esclamó uno de los criados.

Y al oirlo los caballeros, cortando el paso al leon por otro corredor, se precipitaron en la cámara del Cid, rodeando el



Lám. 7.

Mio Cid tomó el leon de la melena y le llevó á la jaula.

escaño en que este dormia, «embrazados los mantos y desnudos los estoques,» como dicen las crónicas.

El ruido que en la cámara reinaba despertó al Cid, que al ver con asombro la solicitud con que le cercaban en ademan defensivo todos aquellos buenos caballeros, esclamó:

—Qué es esto, varones!

—Señor, le contestaron, el leon ha quebrantado la jaula y se encamina aquí furioso.

En aquel instante apareció el leon á la entrada de la cámara, siempre con las espantosas fáuces abiertas, la crin erizada y los ojos brillantes como carbunclos.

Un grito de terror y muchos de sorpresa acompañaron su aparicion.

El primero de estos gritos salió del pecho de don Fernando, el de Carrion, en quien no reparó nadie, porque la vista y la atencion de todos los circunstantes estaban fijas en la fiera.

El Cid, con mucha serenidad, se incorporó apoyándose en el codo derecho, púsose en pie lentamente, y, sin tomar manto ni estoque, se dirigió hácia el leon, fijando en este sus ojos sin apartarlos un momento.

La fiera resistió por algunos instantes la mirada del Cid; pero al fin bajó la cabeza, y, valiéndonos de las palabras de los cronistas, «el rostro fincó avergonzado.»

El Cid le asió de la melena y le condujo á la jaula, que estaba en la caballeriza, como pudiera haber conducido el cordero mas inocente y manso.

Al tornar á la cámara,

—¿Dónde están mis yernos, que no los veo entre los buenos caballeros que me cercan? preguntó el Campeador.

Todos dirigieron la vista por la cámara, deseando contestarle; pero los infantes de Carrion no estaban allí, ni nadie sabia qué habia sido de ellos.

Entonces, cuando oyó que el leon estaba ya asegurado en la jaula, el infante don Fernando, aquel que momentos antes queria rescatar el oprobio de su juventud derramando su sangre en los campos de batalla, encendió de vergüenza el rostro

del Cid y el de los caballeros que á este rodeaban, saliendo de debajo del ancho escaño del Campeador, con el rostro descompuesto por el miedo.

La ira dominó por un instante el alma de Rodrigo, que dió un paso hácia el infante para infamar con su mano el rostro de su yerno, si es que en este cabia ya mas infamia que la de aquella vil muestra de cobardía; pero de repente se detuvo, trocándose su enojo en vergüenza y dolor.

—Es ya mi hijo, es ya mi sangre la suya, es ya su honra la mia, y no debo añadir oprobio á su oprobio.

Esto debió decir en el fondo de su alma el glorioso caudillo castellano, y esto dijo su mirada á los honrados caballeros que estaban presentes, que ni una sílaba pronunciaron para condenar la vergonzosa conducta del de Carrion.

Pero la vergüenza del Cid tenia que ser aun mayor: aun faltaba otra gran prueba al magnánimo corazon del héroe castellano: don Diego, el otro infante, acababa de ser sacado de un lugar inmundo, donde se refugió aterrorizado apenas supo que el leon habia salido de la jaula.

Las crónicas, que se contentan con decir que «Ferran Gon»zalez non viendo allí do s'alzase, nin cámara abierta, nin tor»re, metióse só l'escaño de mio Cid, ca tanto hobo el pavor,» son mas esplícitas al hablar de don Diego. «Yago Gonzalez, di»cen, salióse por la puerta, gridando de la boca: non veré Car»rion; é tras una viga lagar metióse pavorido, é dallí sacó todo »sucio el manto é el brial.»

El alma del Cid salió tambien triunfante de aquella segunda prueba.

Aquella misma noche, cuando todos se hallaban entregados al sueño en el alcázar, los infantes de Carrion penetraron en la cámara del Cid, que los esperaba en ella hacia rato.

Los infantes se estremecieron al comparecer ante el Campeador, que juzgaban iba á pedirles estrecha cuenta de su conducta.

El Cid, procurando dominar su enojo, les hizo una seña para que se sentáran enfrente de él.

—¿Sabeis, don Diego y don Fernando, les dijo con acento

reposado, sabeis cuál es la sangre que corre por las venas de vuestras mujeres doña Sol y doña Elvira?

—Sabemos, señor, contestó don Fernando, que es la vuestra.

El Cid continuó:

—La sangre que corre por las venas de vuestras mujeres es la de veinte generaciones de héroes y caballeros sin mancha, es la de los jueces de Castilla, es la de Íñigo Rasura, es la de Lain Calvo, es la de Rui Diaz de Vivar, que, como sus antecesores, jamás cometió accion ruin ni cobarde.

—Sabémoslo, señor, contestaron los infantes con la humildad del que reconoce su culpa y se arrepiente de ella.

—Pues si lo sabeis, ¿cómo habeis manchado mi sangre con una infame cobardía? Creíais, mal pecado, que el señor rey don Alfonso y yo os dimos mis hijas, honradas como su madre, para que arrastreis por el lodo la inmaculada honra de los señores de Vivar, que os dimos con ellas?

—Oidnos, señor, contestó don Fernando, que cuando se trataba de cosas que atañian del mismo modo á él que á su hermano, era el que llevaba la palabra. Oidnos, y despues nos juzgareis con mas acierto, seguro de que, conociéndonos culpados, aceptarémos resignados vuestro fallo.

El Cid indicó con su silencio que estaba dispuesto á oirlos.

—Nuestras faltas, señor, sino merecen perdon completo, merecen alguna indulgencia. Muy niños aun perdimos padre y madre, honrados y buenos, y no tuvimos desde entonces quien nos señalára la via del honor y la virtud; porque nuestro tio don Suero, desterrado unas veces y otras asistiendo á la corte, no cuidó de nosotros, y cuando quiso cuidar, éramos ya mancebos que no quisimos domar nuestros gustos. A pesar de eso, desde el fondo de nuestra alma nos gritaba una voz, que ignorábamos si era la de nuestra conciencia ó la de nuestros mayores, acusando de indignas las ocupaciones de nuestra vida y aconsejándonos la vida de los caballeros honrados. Por trocar por esa vida la nuestra quisimos casar con doña Sol y doña Elvira, pues creíamos que así como el soldado mas cobarde no vuelve espaldas al enemigo cuando lidia confundido entre los que no sienten pavor, nosotros, confundidos con vos y vuestros

caballeros, seríamos otros que tales. La vergonzosa cobardía que con razon nos echais en cara ha sido el último esfuerzo que han hecho las malas costumbres por no separarse de nosotros. Perdonadnos, pues, y ofrecednos ocasion de pruebas mas concluyentes en los campos de batalla, que allí hemos de probaros que aun somos dignos de llevar el nombre de los condes de Carrion, y de tener por esposas á vuestras hijas.

Este razonamiento desarmó casi por completo el enojo del Cid, que recobrando la esperanza de ver á sus yernos no indignos de pertenecer á su familia, dió gracias á Dios en el fondo de su corazon porque habia detenido su mano en el momento en que iba á infamar la megilla de don Fernando.



CAPITULO XXXIV.

De como el Campeador ganó á Tizona.

Eran pasados algunos meses desde que aconteció la suelta del leon.

La noche era oscura, y ya la ciudad de Valencia iba quedando en silencio.

Casi todos se habian entregado ya al sueño en el alcázar; pero el Campeador, triste é inquieto como lo estaba hacia muchos dias, velaba en su cámara.

De repente cambió su impaciencia en satisfaccion, cuando penetró en la cámara Pero Bermuez, á cuyo saludo contestó del modo mas amistoso.

Despues de cerrar cuidadosamente las puertas de la cámara,

—Sentaos, dijo, mi buen Bermuez, cabe mi en este escaño, que os he llamado para que departamos un rato en poridad.

—Señor, ahora como siempre me honrais mas de lo que merezco.

—Os quiero de alma y corazon, y aun así me parece que pago mezquinamente vuestros merecimientos. Decidme, Pero amigo, si mis yernos estiman en lo que vale vuestra lealtad, y tienen en cuenta el amor que yo os tengo.

—Tiénenle, señor, que les basta merecer yo vuestra amistad para otorgarme la suya.

—Hánme dicho que don Diego y don Fernando están tristes...

—Apénanlos mucho las burlas de que la gente vulgar y aun la noble les hace objeto, con motivo de lo del leon desenjaulado.

—Pero! esclamó el Cid hondamente conmovido y acercándose mas al leal asturiano, cuya mano estrechó con efusion. Quiero confiaros una amarga pena que á todos he procurado recatar en el fondo de mi corazon. Las burlas de que son objeto mis yernos son merecidas: esos mancebos son la afrenta de su linage y el mio!...

—Señor, esclamó Pero Bermuez á punto de saltársele las lágrimas ante el dolor conque el Cid pronunció aquellas palabras, los infantes de Carrion son aun muy mozos, y no han tenido ocasion de fortalecer su alma en los combates, donde, como vos sabeis mejor aun que yo, se forman los buenos caballeros. Dejad que se les presente ocasion de cerrar con los moros, y ya vereis cómo lavan la mancha que en su honra ha echado mas que innata bajeza, inesperiencia y viciosa educacion.

—Confiésoos, amigo, que aun me queda esperanza de que asi suceda; pero mi esperanza es tan débil, que apenas llega á disipar por un momento la pena que me causa el baldon que cubre á los infantes.

—Fiad en que vuestra esperanza se ha de realizar. Deciase en Valencia que los infantes sospechaban que por vuestro mandado desenjauló Alvar al leon para probar el valor de los infantes...

—Viles calumniadores eran los que tal decian.

—Esa, señor, era la opinion de cuantos conocen vuestra lealtad, y la simplicidad del escudero que soltó el leon.

—Y éralo tambien la de mis yernos?

—Si no lo era, debe serlo ya, como creereis cuando os cuente lo que esta mañana pasó en la morada de los condes. Atormentado Alvar, vuestro servidor, por el remordimiento que le causaba una culpa que á vos y no á él se imputaba, determinó confesarla á los infantes, aunque le costase la vida, y

echándose á los pies de don Diego y don Fernando, confesóles entre lágrimas de arrepentimiento que él de su propia voluntad, y no instigado por nadie, abrió la jaula al leon. Los infantes desnudaron los estoques para castigar con la muerte al que aquella confesion hacia: Nuño Gustios y yo, que nos hallábamos presentes, detuvimos su brazo con súplicas y razones que aplacaron su ira: «Señores, les dijimos, corazones hidalgos y levantados como los vuestros no pueden mostrarse indiferentes al arrepentimiento y la abnegacion que muestra ese leal servidor de mio Cid. Perdonad al que si cometió una culpa, quiere redimirla con su vida.» Esto dijimos, y los infantes envainaron sus aceros otorgando su perdon á Alvar.

—Eso, esclamó el Cid radiante de alegría, fortalece mi vacilante esperanza de ver á mis yernos dignos del nombre de hijos que les he dado. Sí, late en su pecho corazon de cristianos y caballeros; pronto tendrán ocasion de mostrarle á la vista de cuantos presenciaron la cobarde accion que hoy cubre de ignominia á mis yernos, y de dolor y vergüenza á mi familia y mi casa.

—Oh! Sí, llevad vuestra invencible hueste á las fronteras infieles, y allí participarán vuestros yernos de la gloria que todos alcanzamos.

—No á la frontera tendremos que acudir para lidiar con los infieles, que desde los muros de este alcázar nos verá nuevamente mi Jimena develar á la morisma. Naves llegadas hoy mismo de las costas africanas traen la nueva de que allí los infieles juntaban una formidable hueste para venir á vengar la derrota de Yucef.

—Que vengan, señor, que vengan, esclamó Pero Bermuez ardiendo en bélico entusiasmo. Esta vida afeminada é inútil que aquí tenemos es insufrible para los buenos caballeros que solo viven para la gloria de Dios y de la patria.

El Cid echó sus brazos al cuello del honrado asturiano, permitiéndole apenas la emocion espresarle de otro modo en cuánto estimaba su generoso ardor, cuando en las puertas del alcázar se dejó oir la señal de que llegaba algun forastero.

Un momento despues uno de sus servidores anunció al Cid

que un corredor llegado de la costa queria comunicarle importantes y urgentes nuevas.

Pero Bermuez iba á retirarse, pero el Cid se lo impidió diciendo:

—No, no, Pero, quedad en mi presencia, que para caballero y amigo tan leal como vos sois, ningun secreto puedo yo tener.

El corredor penetró en la estancia. Venia descompuesto y sudoroso, y apenas traia aliento para hablar.

Como el Cid creyese que callaba por hallarse presente Pero Bermuez,

—Hablad, le dijo, cualquiera que sea la nueva que me traeis, pues este honrado caballero debe oirla.

—Señor, dijo al fin el corredor, muchedumbre de moros se acerca. Sus naves cubren gran estension de la mar, y lanzan á tierra millares de millares de infieles. Bucar, el rey de Marruecos, los acaudilla, y viene á cercar á Valencia.

—Santiago de Compostela! esclamó el Cid irguiéndose con fiero y noble entusiasmo. La santa Cruz será nuevamente exaltada en este paraiso terrenal antes que el sol alumbre dos veces.

Y dirigiéndose á Pero Bermuez con los brazos y la palabra, añadió:

—Pero! la noticia será para mí muy triste por grande que sea si *la esperanza* que tengo no se desvanece.

—No se desvanecerá, señor, contestó Pero comprendiendo perfectamente estas últimas palabras del Cid, enigmáticas para el corredor, que aun se hallaba presente.

El corredor se retiró, y entonces el Cid fué mas esplícito.

—Seguid á los infantes á la pelea, animadlos con vuestro valor, consideradlos hijos mios, y por tanto interesada mi honra en la suya.

—Así lo haré, señor, y fio que han de tornar del campo de batalla libres de la mancha conque vayan á él.

Momentos despues Pero Bermuez abandonó el alcázar, y el Cid, en vez de entregarse al reposo, reunia á sus mejores

capitanes y daba las órdenes necesarias para preparar sus invencibles huestes al combate.

Cuando la luz del dia vino, empezó á oirse hácia la costa gran vocería y sonido de atambores y añafiles. Poco despues desde los muros y las torres de Valencia fué descubriéndose el ejército infiel, cuya muchedumbre ponia espanto á las débiles hembras, mas no á los esforzados soldados del Campeador, cuyo corazon abrasaba el deseo de cerrar con la morisma.

Los infieles se detuvieron al fin á la vista de Valencia, asentando sus tiendas, que pasaban de cincuenta mil, en una estensa llanura.

Los cristianos pasaron el dia preparándose á salir al encuentro de los infieles, y estos preparándose á avanzar y poner cerco á Valencia.

En efecto, Bucar, el rey de Marruecos, acaudillaba la morisma.

Entre esta gozaba Bucar fama de invencible caudillo, y se contaba que su espada, llamada Tizona porque en el combate se tornaba de fuego y lo abrasaba y destruía todo, habia sido del Profeta Mahoma, á quien un ángel la entregó trayéndola al efecto del cielo.

Acercábase el momento de la lid.

Sigamos paso por paso á las crónicas en la descripcion de aquella fiera pelea.

El Cid y todos sus caballeros sentian profundo regocijo, porque del combate esperaban grandes ganancias para ellos, grandes bienes para la patria, y gran gloria para la fé cristiana; mas no sucedia así á los infantes de Carrion.

Ambos hermanos hablaron en secreto.

—Muchos son los moros, dijo don Diego, y gran trabajo costará vencerlos. Mejor fuera que esquivásemos la lid; que entrando en ella, nos esponemos á no tornar á Carrion.

—Cierto, contestó don Fernando; mas si salimos con bien de ella, muchas serán las ganancias, y tan corridos nos tiene lo del leon, que si no procuramos cobrar la honra, las burlas seguirán do quiera que vayamos, y hasta el mas ruin se nos atreverá.

—Mas es recia cosa arrostrar tan fieros peligros.

—Cierto; pero procuraremos no entrar en lo recio de la pelea.

Nuño Gustios oyó esta plática de los infantes, y dijo luego á mio Cid:

—Sabed, señor, que vuestros yernos temen entrar en lid. Fortalecedlos como mas os plazca, con la persuasion, ó la amenaza, ó la ironía.

—Eso haré yo por su honra y la mia, contestó el Cid, y se dirigió á los infantes.

—Sálveos Dios, mis nobles yernos, les dijo con amarga ironía. Vuestras son mis hijas, hermosas como el sol del cielo, y mas holgareis de yacer en sus brazos en Valencia, que de cerrar con el moro en la campaña. Haced lo que mas os plazca, que en cuanto á mí y á todo varon honrado, mas place esgrimir la lanza y la espada en defensa de Dios y la patria, que yacer afeminados y cobardes en las haldas de nuestras mujeres.

Los infantes bajaron los ojos avergonzados ante aquella reconvencion; pero recobrando muy pronto su habitual serenidad, replicaron en tono fiero:

—Señor, solo vos, que otro hombre no, puede dudar impunemente de que cerraremos con la morisma como cumple á honrados caballeros. Cuando demos frente á los infieles, señaladnos el puesto mas peligroso, y vereis cuán animosamente nos las habemos en él.

—Así os quiero yo, infantes, y así solo podreis llevar con honra el nombre de vuestros mayores y el de hijos mios.

El Cid se apartó de sus yernos lleno de júbilo.

La hueste cristiana salió de Valencia al amanecer del dia siguiente, componiéndola diez mil entre peones y caballeros.

Dejemos hablar á las crónicas en su rudo y sencillo pero elocuente lenguage, que ellas saben decir lo que muchas veces no acertamos á decir nosotros en este culto lenguage moderno.

«En la ueste de los moros sonaban los atamores é Diego

é Ferrando se maravillan é temen ca nunqua vieron tanta morisma junta.

Oid lo que fabló el que en buen hora násco:

—Ola, Pero Bermuez, el mio caro sobrino, curiesme á don Diego é don Ferrando, mios yernos, ca mucho los amo.

—Un ruego quiero cometeros, Cid: mandad que curie qui quier á los infantes, ca yo quiero ferir hoy á mi sabor. Faranlo al suyo los infantes, ca pavura non muestran ya.

Aquí legó Minaya é otrosí muchos varones de pro.

—Cid, dixo el bueno de Minaya, esta batalla ganaremos. Mandadnos ferir así os vala el Criador.

Afevos el obispo don Hieronymo muy bien armado parándose delant el Campeador. Oid cómo le dice:

—Hoy vos dix la misa, Cid, é pagármelo habedes dejándome ir delant en estas feidas, ca por matar moros salí de mi tierra é vine vos buscar. Pendon é armas traio nuevas, é si á Dios y á vos ploguiese folgára d'ensaiarlas.

Esora dixo mio Cid:

—Lo que vos queredes plazme.

Ya adelinan pora los moros las ientes cristianas.

Oh válame el Criador cuemo mio Cid se miembra de Gill Diaz!

El obispo priso espolonada é iba ferir los moros. A los primeros colpes de la lanza dos mató fieramente. Quebros'el astil, mas al espada metió mano é cinco derribó.

Dios, qué bien lidiaba el bueno del obispo!

Los moros son muchos é derredor le cercan dándole fieros colpes, mas no le falsan las armas.

El qu'en buen hora násco catábale á delicio, é embrazando el escudo é baxando el asta á Babieca aguijo:

El Campeador metios' en las haces primeras é siete moros abatió é mató cuatro.

Esora cosmenzó el alcanz. Veriedes quebrar cuerdas, é arrancar estacas, é caer tendales, é fugir moros, é correr sangre, é caer brazos con lorigas é cabezas con yelmos, é andar por el campo caballos sin dueños!

Al rey Bucar fuéle en alcanz mio Cid.

—Acá torna, Bucar, gridabal' el qu'en buen hora cinxó espada; acá torna, ca yo so el Cid el de la barba grant, é por lidiar comigo vienes dalent la mar. Saludarnos hemos amos é amistad faremos.

—Confonda Dios tal amistad, repuso Bucar. El espada taiedora tienes desnuda en la mano, é pora mi adelinas... Non la ensaiaras en mí mal pecado, ca si el caballo non estropieza ó comigo caye no te iuntarás comigo fata dentro en la mar.

Aquí repuso mio Cid:

—Verlo has privado.

Buen caballo tiene Bucar é faz grandes saltos, mas Babieca es corredor á maravilla é alcanzado le há á tres brazas de la mar.

Arriba alzó mio Cid Colada é un gran colpe dado há á Bucar. Tollóle las carbonclas del yelmo é fata la cintura legádole há la espada.

Grado á Dios qu'el lidiador famoso mató á Bucar el rey de alent mar é ganó á Tizona, que val mill marcos d'oro é venció la batalla grant é maravillosa!»

Así cuentan las crónicas que fué vencido el formidable ejército de Bucar.

El botin de que la hueste cristiana se apoderó fué numeroso.

Los caballeros del Cid iban llegando adonde este se hallaba hartos de matar moros.

Preguntaba el Campeador por sus yernos sin que nadie le diera razon de ellos, cuando los vió venir con las espadas aun desnudas y tintas en sangre.

Grande fué entonces la alegría de Rodrigo, y mayor aun, cuando sus yernos le dijeron:

—Señor, como buenos hemos luchado. Sangre infiel es esta que destella por nuestros aceros y nuestro brazo.

Creyólos el Cid y les estrechó la mano en señal de cariño y de contento.

No faltó en la hueste quien, por razones que ignoramos, se sonrió con desden y hasta con indignacion, cuando oyó á los infantes decir que habian lidiado como buenos.

Al partirse las ganancias correspondieron al Cid del quinto seiscientos caballos y gran número de camellos. El oro y la plata y las ricas telas apenas tuvieron cuento.

Seiscientos marcos de plata correspondieron á cada uno de los infantes de Carrion, sin contar las pieles y mantos y cabalgaduras.

« Yernos del Cid, dicen las crónicas, cuando tomaron este haber, ganado tan á so salvo, cuidaron non ser así minguados nunqua. »

La hueste victoriosa tornó á Valencia, donde las nuevas de la victoria habian henchido de gozo los corazones.

El Cid, despues de abrazar á Jimena y sus hijas, que lloraban de alegría, esclamó, segun dice la crónica, llevando la mano á su bellida barba:

— « Grado á Christus, qu'es señor del mundo, ya vi lo que habia sabor de ver: que lidiáran comigo en campo mios yernos amos'. Buenos mandados de ellos irán á Carrion. Moros é christianos grant pavor han de mí, é los moros curian que á lá dentro en Marruecos do son las Mezquitas quizab alguna noch habrán de mí salto. Ellos lo temen, mas non los iré buscar, ca en Valencia seré, é aquí me darán parias cuemo yo sabor hobiese. Evades aquí mios yernos, la mi mugier é las mis fijas. Abrazaldos, ca hondrados tornan de la batalla. »

A estas palabras fabló Ferran Gonzalez:

— « Grado al Criador é á vos, Cid, tanto habemos de haberes que non son contados. Por vos habemos hondra, ca por semeiarvos lidiamos é matamos moros.

Vasallos de mio Cid sonrisaban oyendo esta razon.»

Aquella misma noche don Diego y don Fernando se encerraron donde nadie pudiera oirlos.

— Hora es, dijo don Fernando, que tratemos de tornar á Carrion.

— Y si fuere posible, asintió don Diego, mañana mismo debemos alejarnos de Valencia, que si mas tardamos y se descubre de dónde procede la sangre que tiñe nuestros aceros, tornaremos á Castilla pobres y mancillados, al paso que ahora tornaremos honrados y ricos.

—En cuanto á descubrirse nuestra hazaña, no hayas temor, hermano, que solitario era el sitio, y bien cerramos la boca de los que pudieran contarla; mas aun así debemos partir cuanto antes podamos, qne el Cid pudiera dudar de nuevo de nuestro valor y tornar á mandar á sus servidores desenjaular el leon.

—Enciéndeseme la sangre en ira, y la sed de venganza me abrasa cuando recuerdo eso, hermano!

—Las hijas del Cid son nuestras mujeres, y ocasion tendremos de vengar la afrenta que de su padre hemos recibido.

—Tomemos inmediatamente la via de Castilla con nuestras mujeres y nuestras riquezas.

—Sí, tomémosla.

Aquella misma noche se presentaron los infantes al Cid, que los recibió con el amor de un padre.

—Señor, le dijo don Fernando, nuestro tio don Suero está en Carrion cuidando de nuestra casa y condado; mas es viejo y poco puede desvelarse por el bienestar de nuestras haciendas y vasallos. Si vos, y nuestra madre y señora doña Jimena, nos dais licencia para ello, tornaremos mañana mismo con nuestras amadas mujeres á nuestro señorío.

—Sí, dadnos, señor, vuestra licencia para que así lo hagamos, añadió don Diego, que deseamos tambien mostrar á doña Sol y á doña Elvira nuestra casa y heredades, y que las conozcan nuestro tio y nuestros vasallos.

—Justo es vuestro deseo, contestó el Cid, y á Carrion tornareis cuando os plazca, no solo con mi licencia y la de doña Jimena, sino tambien con regalos que os prueben mas y mas nuestro amor.

—Gracias, señor! esclamaron ambos infantes, al parecer enternecidos. Dadnos á besar vuestra mano...

—Los brazos, que no la mano, os daré, contestó el Cid abrazando cariñosamente á sus yernos, que se retiraron muy contentos.

CAPITULO XXXV.

Donde se trata de una despedida, y se ve que así como cada uno tiene su modo de matar moscas, así los infantes de Carrion tenian su modo de matar moros.

Al dia siguiente del vencimiento de Bucar, y en medio de la alegría pública, una penosa inquietud empezó á turbar los ánimos en el alcázar de Valencia, y aun en toda la ciudad: todos los caballeros que habian quedado detrás de la hueste, bien descansando ó bien ocupados en recoger del campo los últimos despojos, iban regresando á la ciudad; pero faltaba entre otros Pero Bermuez, á quien el Cid y su mujer amaban por estremo, y á quien tenian en alta estimacion cuantos conocian su valor y su hidalguía.

Mandó el Cid mensageros en su busca, y le dió un tanto al olvido ocupado su ánimo en la partida de sus hijas y sus yernos, que para el dia siguiente estaba señalada.

Jimena, que nunca disentía de las determinaciones de su esposo porque las creia justas solo en el hecho de ser determinaciones de Rodrigo, no se oponia á la marcha de sus hijas, por mas que desgarrase su pecho la separacion de aquellas prendas del alma, que habian compartido con ella tantas amarguras y tribulaciones.

El instante de la partida se acercó.

—Mis hijos sois, dijo el Cid á los infantes, y como á tales quiero regalaros y amaros y aconsejaros. Tres mil marcos de plata os doy como ajuar de mis hijas, y las mejores mulas y palafrenes de mi caballeriza, y las mejores vestiduras de mi guardaropa, y las mejores armas de mi recámara. Dos espadas

tengo que al mismo señor rey don Alfonso no daria, que tal es la estima en que las tengo: una se llama Colada y la otra Tizona. Ganélas ambas lidiando con el conde de Barcelona y con Bucar el rey de Marruecos. Pues esas espadas quiero daros en prueba de mi amor y de la fé que ya tengo en el valor y la lealtad con que hareis uso de ellas.

Los infantes, locos de alegría no tanto por la honra que les dispensaba el Cid, porque para ellos la honra era moneda de valor puramente nominal, como por las riquezas de que iban á ser dueños, y que constituian para ellos la única felicidad de este mundo, los infantes, decimos, se arrojaron á los pies del Campeador llorando, ó aparentando llorar, de alegría y agradecimiento.

El Cid los levantó con amor y continuó:

—Las telas del corazon me llevais al llevaros mis hijas. Amad y servid á mi Sol y mi Elvira, que dignas son de ello, y el mal ó el bien que hagais á ellas, le hareis á su madre y á mí.

Los infantes se dirigieron una mirada cuyo significado nadie mas que ellos comprendió.

—Así lo haremos, señor, contestaron.

Entonces empezaron á recibir los ricos dones que el Cid les habia prometido.

Todo estaba dispuesto para la partida.

Sol y Elvira, conteniendo sus lágrimas, se postraron á los pies de sus padres.

Dadnos vuestra bendicion, esclamaron.

—Que Dios os bendiga como os bendigo yo, hijas de mi alma! contestó el Cid profundamente conmovido, estendiendo su mano sobre la hermosa frente de Sol y Elvira, á quienes en seguida alzó del suelo y estrechó amorosamente en sus brazos.

En vano trató Jimena de contener el llanto al bendecir á su vez á sus hijas. Torrentes de lágrimas brotaron de sus ojos, y sus labios apenas pudieron espresar el amor y el desconsuelo que henchian su corazon.

Los infantes y sus mujeres salieron de Valencia acompa—

ñados hasta larga distancia del Cid y muchos caballeros de este último. Los cuales, y gente de armas que debian acompañarlos hasta su señorío, ascendian á algunos centenares.

El Cid y sus caballeros dispusiéronse á tornar á Valencia.

Ignoramos qué tristes presentimientos asaltaron la mente del Campeador, pues este, al ir á separarse de sus hijas y de aquellos que, como él habia dicho, se llevaban las telas de su corazon, llamó á parte á Felix Muñoz, su sobrino, á quien mucho amaba, y le dijo:

—Un encargo quiero hacerte que solo á tí, como sobrino, osára confiar. El corazon me dice que mis yernos los infantes traman alguna deslealtad en que pueden ser víctimas inocentes mis hijas. Gran servicio me hicieras acompañando hasta Carrion á los infantes y sus mujeres.

—Eso haré yo, señor, de buena voluntad por serviros á vos y á mis primas, á quienes mucho amo.

—Ruégote, buen Felix, que acompañes á los infantes sin darles lugar á sospechar que los espias, y si, lo que á Dios y á su santa Madre no plazca, vieses en ellos alguna deslealtad, apresúrate á darme cuenta de ella, bien tornando tú mismo á Valencia, ó bien mandándome mensageros que me dén la triste nueva.

—Fiad, señor, en mi lealtad y mi prudencia.

«Grandes fueron los duelos á la departicion, dicen las crónicas. El padre é las fijas amas loraban, é así facian los caballeros de mio Cid.»

Para justificar el Campeador la ida de su sobrino, dijo á Felix ante sus yernos:

—Acompaña á tus primas hasta Carrion, y durante la jornada visita en mi nombre á Abengalvon el de Molina, y á todos mis amigos, pidiéndoles que á mis hijas y á mis yernos reciban y sirvan con amor.

Prometiólo Felix y lo agradecieron los infantes.

Al regresar el Cid y sus caballeros á Valencia, su primera diligencia fué preguntar si habian tornado los mandaderos enviados aquella mañana en busca de Pero Bermuez.

Grande fué el dolor que sintieron al saber que ni los man-

daderos habian vuelto ni nadie tenia nuevas del buen caballero, por cuya suerte todos esperimentaban vivísima inquietud.

Acercábase la noche cuando un grito, á la vez de alegría y de dolor, resonó en la ciudad.

Pero Bermuez no habia muerto; pero el valeroso y noble asturiano tornaba conducido por los mandaderos cubierto de heridas.

Apenas podia hablar, pero hizo un esfuerzo para decir que persiguiendo con otro caballero á unos moros principales que huían del campo, se habia visto envuelto por gran número de enemigos que quitaron la vida al caballero que le acompañaba y á él le derribaron del caballo, abandonándole en seguida creyendo que estaba muerto.

El Cid quiso que Pero se alojase en el alcázar para que doña Jimena y él mismo pudiesen consolarle y curarle á todas horas.

Al dia siguiente Pero habia cobrado notable alivio. Como preguntase por doña Sol y doña Elvira, estrañando no hubiesen mostrado el mucho amor que le tenian yendo á verle, se le dijo que habian partido para Carrion con sus esposos.

Un estremecimiento de horror agitó los miembros del herido, que se apresuró á pedir que llamasen á su presencia al Campeador.

—Señor! esclamó, despues de solicitar que le dejasen á solas con Rodrigo, habeis confiado las tímidas y dulces corderas, criadas al amparo de vuestro amor, á lobos carniceros que las despedazarán sin compasion.

—Pero! esclamó el Cid sobresaltado: qué quieres decirme, leal amigo mio?

—Quiero deciros, Señor, que vuestros yernos los infantes de Carrion á mas de cobardes son traidores como Judas.

El Cid quiso reprender á Bermuez el que así infamase á los infantes; pero se contuvo en atencion al triste estado en que le veía.

—Por qué, mi leal amigo acusais así á los nobles condes de Carrion?

—Oíd, señor, si tengo razon para ello. Sé el profundo dolor

que os voy á causar revelándoos la deslealtad y la cobardía de vuestros yernos, que vos oireis de mi boca; pero como abrigais víboras en vuestro seno creyendo que son inocentes pajarillos, deber es de los que como yo os aman, advertiros el peligro en que estais.

—Habla, Pero, habla! esclamó el Cid sobresaltado y acordándose con dolor y enternecimiento de sus hijas.

—Señor, en lo mas recio del combate cuidaba yo, cumpliendo vuestro encargo, de vuestros yernos, á quienes no perdia un momento de vista. Con pena y hasta vergüenza los vi apartarse de la lid y tomar huyendo una sombría cañada. No fuí yo solo quien los vió, pues dos moros que los vieron huir y creyeron que sería fácil vencerlos, arrancaron en su persecucion. Ya iban los infantes á rendirse sin haberse procurado mas defensa que la de la espuela, cuando seguido de un caballero que lidiaba á mi lado, corrí en auxilio de los infantes. Resistiéronnos valerosamente los moros, pero al fin sus cabezas rodaron por el suelo.

—Y no os ayudaron á vencerlos mis yernos?

—Vuestros yernos, señor, presenciaron la lucha á larga distancia, y solo se nos acercaron cuando los moros yacían sin vida.

—Santiago de Compostela, qué accion tan indigna de caballeros! esclamó el Cid estallando de indignacion.

—Oh señor! continuó Pero Bermuez: cuánto mas indigna aun es aquella conque poco despues trataron de ocultar su cobardía! Tornábamos con ellos al campo, exhortándolos á recobrar la honra perdida lidiando como cumplia á los condes de Carrion y á los yernos del Cid, cuando al llegar á un sitio solitario y oculto por espesas enramadas, de repente el caballero que habia contribuido á la salvacion de los infantes y yo fuimos heridos traidoramente por la espalda por don Diego y don Fernando. Tratamos de defendernos, pero inútilmente, porque antes que pudiésemos requerir nuestras armas, los infantes volvieron á hacer uso de las suyas, y nos derribaron de las cabalgaduras ya casi mortales.

—Ira del cielo! esclamó el Cid en el colmo de la indigna-

cion. Y á esos cobardes traidores he entregado, ó mejor dicho, entregó el señor rey mis nobles é inocentes hijas! Y á esos villanos he dado mi Colada y mi Tizona, tan honradamente ganadas y en tan alta estima tenidas! Acaba, mi buen Bermuez, de desgarrar mi corazon con el cuento de esa nunca vista felonía.

—Al vernos los infantes en el suelo, se ensañaron nuevamente en nosotros, y se alejaron creyéndonos muertos. Mi compañero de generosidad y desdicha estábalo en efecto, y ya no pudo oir, como yo, esto que hablaron los infantes cuando ya nos creyeron sin vida.

—«Gran alevosía, dijo don Fernando, es la nuestra, que buenos caballeros eran estos que hemos matado, y mucho nos habian servido,»

—«Cierto, contestó don Diego; mas la ley de la necesidad puede mas que la del agradecimiento, que perdidos éramos viviendo estos caballeros, pues obligábannos á tornar á la lid, y al Cid hubieran contado nuestra fuga...»

—«Y no tendriamos parte en las ganancias.»

—«Ni el Cid nos daria las riquezas que esperamos nos dé al tornar á Carrion.»

—«Y tornaríamos á ser objeto contínuo de las burlas de caballeros y villanos.»

—«Sí, no debe pesarnos lo que hemos hecho. Huyamos de aquí, y contaremos que la sangre que destellan nuestras armas es de la morisma.»

—Alejáronse, y entonces hice un supremo esfuerzo para levantarme é ir do pudiera atajarse la sangre que de mi cuerpo corria; pero todos mis esfuerzos fueron vanos, pues á poco perdí el conocimiento, que no recobré hasta despues de terminada la lid, merced á unos villanos que pasando por aquella cañada, me vieron con vida aun y me curaron y ampararon en su casa, hasta que los mandaderos que enviásteis en mi busca dieron conmigo y me trajeron á la ciudad.

—Pero! la alevosía de mis yernos no puede quedar impune, dijo el Campeador profundamente indignado y afligido. Ya se alejaron de aquí con mis hijas y mis generosos dones; pero el

mismo rey don Alfonso sabrá la maldad de esos traidores, y despues de arrancarles mis hijas y mis riquezas, yo mismo les arrancaré la vida.

Apenas pronunció el Cid estas palabras, avisósele que mensageros enviados por su sobrino Felix Muñoz pedian con urgencia verle.

Un grito de dolor se exhaló del pecho de Rodrigo, que presentia una nueva traicion, y que se apresuró á salir al encuentro de los mensageros, devorado de inquietud é impaciencia.



CAPITULO XXXVI.

Donde se refieren cosas que dá pena el contarlas é ira el oirlas.

Sigamos en su jornada á los infantes de Carrion.

Aguijando cuanto podian llegaron á Santa María de Albarracin, donde hicieron noche.

Nada ocurrió durante aquella jornada que hiciese sospechar de ellos á Felix Muñoz.

Al despuntar el alba continuaron todos su camino, y dieron vista á Molina.

Cuando lo supo Abengalvon, saliólos á recibir con gran acompañamiento, ganoso de servir cuanto mas pudiera á las hijas y los yernos del Campeador, su leal y generoso amigo.

¡Dios, dice la crónica, qué bien los sirvió á todo so sabor!

Abengalvon queria que permaneciesen algunos dias en su palacio servidos y regalados todos aun mas que su propia familia; pero los infantes se negaron á ello, deseosos, segun decian, de que sus mujeres gozasen cuanto antes del amor y la dicha y las riquezas que les esperaban en su señorío de Carrion.

El rey moro con doscientos caballeros, los principales de su corte, salió de Molina acompañando á los viajeros, «todo esto, dicen las crónicas, por amor de mio Cid.»

Iban á atravesar los montes de Luzon, cuando el moro hizo riquísimos regalos de joyas y vestiduras de seda á doña Sol y doña Elvira, y de armas y hermosos caballos á los infantes.

Todavía quiso seguir mas adelante Abengalvon, porque no

se hartaba de servir á las hijas y los yernos de su amigo el de Vivar.

Cruzaron por Arbujuelo, y se detuvieron en un sitio que llamaban la Ansarera en la márgen del rio Salon.

Las crónicas refieren que al llegar allí, los infantes de Carrion intentaron una nueva felonía.

Como la avaricia los devoraba siempre, y viesen la riqueza que ostentaban el moro y los caballeros de su séquito, don Diego y don Fernando hablaron aparte en estos términos:

—Mucho valen, dijo don Fernando, los caballos y las armas y las vestiduras y el oro y la plata que estos moros tienen.

—Cierto, y si pudiésemos quitarles todo eso, nuestras riquezas, que ya son grandes, lo serian mucho mas, contestó don Diego.

—La gente de armas de nuestro bando es mucha, y si sorprendiésemos á los moros, matando primero al rey, podriamos acabar con todos ellos, y lo suyo hacer nuestro.

Un moro *latinado*, es decir, que entendia la lengua castellana, oyó la plática de los infantes, y dijo á Abengalvon:

—Señor, cuídate de estos malos cristianos, que les he oido tratar tu muerte.

Sorprendido Abengalvon con tal nueva, cabalgó con los suyos para tornar á Molina, y parándose delante de los infantes, les dijo:

—Decidme, condes, qué mal os he hecho para que mediteis mi muerte y la de mis caballeros? Mio Cid os vale, que á no ser por amor á él aquí mismo os mataría, y luego llevaría sus hijas al Campeador leal. De vosotros me aparto como de malos y traidores, y á Dios ruego que valga á doña Sol y doña Elvira, dignas á fé de mas leales maridos.

Así diciendo, Abengalvon y los suyos tornaron hácia Molina, sin soltar las armas de la mano, temerosos de que los infantes osasen acometerles por la espalda.

Poco despues los infantes continuaron su camino andando sin descanso. «A siniestro, dicen las crónicas, dexaron á Atienza, que es una peña fuerte, é pasaron la sierra de Miedes; aguijaron recio por los montes, dejaron á siniestro á Ariza é á

diestro á Santesteban, que cae alcuen é entraron al robredo de Corpes.»

Aquellos montes eran elevadísimos y estaban poblados de árboles, cuyas ramas parecian tocar al cielo.

Las fieras abundaban en aquellas soledades.

Los viajeros llegaron á un vallecillo que parecia convidar al reposo, y los infantes determinaron pasar allí la noche.

El sitio no podia ser mas delicioso. En medio de la selva, tan espesa que era imposible cruzarla por ningun punto fuera de la calzada, habia una hermosa pradera alfombrada de verde yerba y de olorosas flores, y sombreada por robles centenarios altísimos y copudos á maravilla.

A un estremo de la pradera se oía el murmurio de una fuente cristalina y fresca.

Los infantes mandaron alzar allí las tiendas, entre las cuales habia una de ricos paños que el Campeador les habia regalado, y que habia pertenecido al rey Yusuf, vencido, como Bucar, por el valeroso caudillo castellano. Aquella tienda fué la que los infantes reservaron para pasar la noche ellos y sus mujeres.

Otra de las mejores destinaron á Felix Muñoz.

Como todos estaban cansados de la jornada, que habia sido larga, precipitada, y por la escabrosidad del camino, en estremo penoso, apenas cerró la noche, el campamento, si así podemos llamarle, quedó casi completamente en silencio, como que solo se oían en él los pasos de algunos centinelas que velaban en sus inmediaciones.

Así que amaneció, los infantes mandaron recoger las tiendas y continuar la jornada á cuantos los acompañaban, menos doña Sol y doña Elvira, con las cuales querian, segun dijeron, gozar á solas de aquel ameno sitio.

Sus servidores, con arreglo á sus órdenes, debian esperarlos á algunas horas de camino.

La voluntad de los infantes se cumplió.

Cuando desapareció el último ruido de los pasos de acémilas y cabalgaduras en la lejana espesura, trocando don Fernando y don Diego sus amorosas palabras en denuestos, se di-

rigieron á Sol y Elvira, diciéndoles don Fernando, que como ya sabemos era el que por regla general tomaba la iniciativa en todo,

—Vuestro padre nos escarneció en Valencia mandando soltar el leon para que nos matase ó nos deshonrásemos huyendo de él, y aquí vamos á devolverle la afrenta escarneciéndoos y azotándoos y entregándoos á las fieras de estas espesuras.

Las hijas del Cid, á quienes este habia procurado ocultar la cobardía de sus maridos con la esperanza de que los infantes se enmendasen, y con el deseo de evitar penas á Sol y Elvira, creyeron que don Fernando y don Diego trataban de divertirse asustándolas; pero no tardaron en conocer que aquella amenaza estaba lejos de ser vana, porque los de Carrion las asieron brutalmente y comenzaron á desnudarlas.

El terror que entonces se apoderó de las hermosas é inocentes damas selló por un momento sus labios; pero recobrando muy pronto Sol y Elvira el valor que parecia ser patrimonio de su egregio linage, esclamaron con toda la augusta altivez que cuadraba á las hijas del Cid:

—Soltad, mal pecado, soltad, y no olvideis que poneis vuestras manos en las hijas del caballero mas noble y mas valeroso de la cristiandad.

Pero los infantes, redoblando su violencia y sus denuestos, desgarraron las ricas vestiduras de sus esposas, «tolléndolas (dice la crónica) los mantos é los pellizones é parándolas en cuerpos é en camisas.»

Atáronlas fuertemente á los troncos de los árboles, y tomando las cinchas de los caballos, comenzaron á herirlas sin misericordia.

Los lamentos de las desventuradas damas eran capaces de enternecer á las fieras y las peñas de aquellos montes, pero los infantes se mostraban insensibles á ellos.

—Por Dios os rogamos, esclamó doña Sol, que nos quiteis la vida sin hacernos sufrir estos dolores y esta afrenta. Espadas teneis al cinto. Segad con ellas nuestro cuello, y cristianos y moros os tendrán por menos crueles é infames.

—Poco es aun lo que hacemos para vengar la afrenta de

vuestro padre, y pluguiéranos que la vuestra presenciase el mundo entero, contestó don Fernando.

Y aquellos traidores sin Dios ni ley redoblaron sus golpes y sus denuestos.

No contentos ya con herir con las cinchas á las hijas del Cid, dábanles con las espuelas desapiadados golpes rompiéndoles las carnes al romper el débil lienzo que las cubria.

La novilísima sangre de las delicadas y hermosas jóvenes corria á torrentes.

«Cuál ventura seria esta, esclama el cronista al llegar á este punto, si ploguiese al Criador que asomase esora mio Cid!»

La angustia de la muerte se iba apoderando del corazon de las dos nobles damas.

Los verdugos estaban ya cansados de herir, y las víctimas perdieron por completo el aliento.

Los infantes las creyeron muertas, y ni aun así se vió satisfecha su crueldad, pues si cesaron de golpearlas, no cesaron de denostarlas y burlarse de ellas.

A fuer de tan avaros como ruines y crueles, cuidaron de recoger los mantos y las ricas pieles de armiño de que habian despojado á sus desventuradas mujeres. Entonces montaron en los soberbios corceles que les habia regalado el Cid, y continuaron su camino.

Qué habia sido entre tanto de Felix Muñoz, el mancebo á quien Rodrigo encargó que velase por sus primas?

No sospechando que los infantes pudieran cometer una maldad tan grande como aquella, obedeció la órden dada por los infantes de que siguiesen adelante cuantos los acompañaban, dejándolos solos con sus mujeres; pero al llegar al punto donde encargaron don Diego y don Fernando que se los esperase, empezó á temer que amenazase algun peligro á sus primas, y disimuladamente volvió atrás. Como descubriese á los infantes y viese con profunda pena y estrañeza que no iban con ellos Sol y Elvira, se ocultó en la espesura á la orilla del camino para dejarlos pasar sin ser visto.

Temia con razon que en el caso de verle, los infantes le

matasen, ó cuando menos, no le permitiesen volver en busca de sus primas.

Felix no temia en otras ocasiones la muerte; pero en aquella sí, porque necesitaba la vida y la libertad para amparar á sus primas, ó cuando menos, para noticiar al Cid lo que á estas hubiese sucedido.

Los infantes iban conversando muy alegres.

—Hemos hecho bien, decia don Fernando, en librarnos de ellas ahora que somos ricos, y en nada preciábamos ya su hermosura. Diremos que las fieras las han muerto y comido, y casaremos quizá con hijas de reyes, que ricos y nobles, aun mas que los de la casa de Vivar, son los de la casa de Carrion. La burla del leon ya está vengada.

Al oir Felix Muñoz este inicuo razonamiento, la indignacion y el dolor trastornaron su cabeza, y tuvo impulsos de salir al encuentro de los infantes para echarles en cara su alevoso proceder, y aun lidiar allí mismo con ellos hasta perder la última gota de su sangre; pero la reflexion acudió al punto á contenerle, y le contuvo.

Así que se alejaron los infantes, tornó su caballo á la calzada y siguió presurosamente hácia el sitio donde habia dejado á sus primas.

La angustia que oprimia su corazon, temiendo á cada instante descubrir los cuerpos inanimados de doña Sol y doña Elvira, solo podia compararse á la que estas habian esperimentado al verse heridas y ultrajadas por los mismos que tenian el deber de honrarlas y amparar su debilidad.

Al fin se acercó Felix á la arboleda de la fuente.

—Primas! primas! gritaba, pero nadie le respondia.

Su corazon latía con violencia agitado por la incertidumbre.

El leal mancebo lanzó un doloroso grito al descubrir á sus primas, al parecer muertas, atadas al tronco de los árboles, casi desnudas y bañadas en sangre.

Arrojóse del caballo, que no podia llegar, por la escabrosidad del terreno, al sitio en que yacían doña Sol y doña Elvira, arrendándole precipitadamente al tronco de un arbolillo, y de dos saltos se puso al lado de las hijas del Cid.

Ninguna señal de vida daban estas, y en vano las llamaba Felix gritando con desesperacion:

—Primas del alma, tornad en vuestro acuerdo, por amor de Dios, que si la noche viene, las fieras nos devorarán en estos montes.

Pero doña Sol y doña Elvira continuaban «amortecidas amas á dos» como dicen las crónicas.

Felix tocó la sien de ambas, y, con infinita alegría, notó que una débil pulsacion anunciaba un resto de vida en aquellos ensangrentados cuerpos.

Entonces corrió á la fuente inmediata, y trayendo como pudo algunas gotas de agua, las derramó en el rostro de sus primas.

Al cabo estas dieron mas ciertas señales de vida.

Felix, que antes habia llorado de dolor é indignacion, lloró entonces de alegría.

—Oh primas mias! esclamó: vivid, vivid, que la deshonra que habeis recibido de esos cobardes condes lavada será de tal modo, que vuestra honra quede tan pura como lo era el dia que don Alfonso mandó entregaros á esos traidores que Dios y el mundo maldigan.

Doña Sol y doña Elvira alzaron al fin los ojos y prorumpieron en llanto, al adquirir la conciencia de su deshonra.

Felix procuró consolarlas é infundirles esperanza.

Los infantes se habian llevado casi todas sus ropas; pero Felix las cubrió con las que habian dejado, y con su propio manto.

Dificultades graves ofrecia el sacar á doña Sol y doña Elvira de aquellos montes, pues apenas podian dar un paso, y la Torre de doña Urraca, que era el poblado mas cercano, se hallaba á larga distancia, camino de S. Esteban de Gormaz, donde el Cid tenia muchos parientes y amigos, y adonde por esto queria Felix llevar á sus primas.

Ancha era por ventura la silla del caballo: aderezóla Felix como mejor pudo, y colocó en ella, Dios sabe cómo, á sus primas. Tomando en seguida el caballo de la rienda, le enderezó por los robledales, creyendo llegar antes que anocheciese á la Torre de doña Urraca.

Despues de dificultades y penas sin cuento, llegaron á esta aldehuela, que constaba de unas chozas de pastores y leñadores, que se cobijaban al amparo de una antigua torre abandonada y medio derruida.

Los moradores de aquella pobre aldea acogieron, con lágrimas de amor y de pesar, á las hijas del Cid, y les prodigaron todos los auxilios y consuelos que les permitia su pobreza.

Felix dejó allí sus primas y se encaminó solo á S. Esteban, donde Diego Tellez y otros deudos del Cid se apresuraron á darle ricos vestidos y caballerías para doña Sol y doña Elvira.

Volviendo á la Torre de doña Urraca, acompañado de muchas gentes, no tardó en conducir, con mas comodidad, á sus primas á S. Esteban.

«En Santesteban, dicen las crónicas, las metió, hondrándolas allí cuanto meior pudo. Los de Satesteban siempre son mesurados, é cuando esto sabien pesóles de corazon. Allas fijas de mio Cid dánles esfuerzo, é allí se hobieron ellas fasta que fueron sañas, bien curiadas é bien regaladas.»

Felix creyó que ni un solo dia debia pasar sin dar cuenta al Campeador de la alevosía de los infantes.

—Primas! dijo á doña Sol y doña Elvira, vuestro padre me mandó acompañaros para que os amparase y defendiese en caso de necesidad y para que le diese cuenta del mal ó el bien que os hiciesen los infantes. Ya estais entre vuestros parientes y amigos que cuidarán de vosotras con el amor que mereceis. Dadme vuestra licencia para que torne á Valencia, y á vuestro padre cuente la deshonra que los infantes os han hecho.

Las hijas del Cid, que aun se hallaban bajo la influencia del terror que les causára el mal trato de los infantes, rogaron á Felix que no se separase de ellas.

Felix, queriendo complacerlas, se lo ofreció, y entonces rogó á Diego Tellez que fuese en su nombre á Valencia á dar cuenta al Campeador de cuanto habia sucedido á doña Sol y doña Elvira.

Las tristes nuevas que hemos dicho llegaron al Cid pocos momentos despues de saber la alevosía que los infantes cometieron con Pero Bermuez, fueron las que le llevó Diego Tellez.

CAPITULO XXXVII.

De lo que mio Cid hizo cuando supo la deshonra de sus hijas.

Diego Tellez refirió al Cid cuanto en los robledales de Corpa habia ocurrido.

El Cid, cuyo espíritu era harto levantado para que pudieran abatirle iniquidades ni contratiempos de la tierra, oyó con serenidad, al menos aparente, el relato de Tellez.

Quedóse pensativo y sumido en meditacion corto rato, y al fin esclamó, llevándose la mano á la barba é irguiéndose con soberana altivez:

—Por Jesucristo que los infantes de Carrion han de llorar, con lágrimas de sangre la afrenta que á la casa de Vivar han hecho!

En seguida llamó á Alvar Fanez Minaya y á otros caballeros, y les manifestó la traicion de los infantes.

La indignacion que todos los pechos sintieron apenas se supo la ruin accion que atribulaba al Cid, no tuvo límites.

Apenas habia en Valencia quien empuñase lanza ó ciñese espada que no sintiese ardiente deseo de correr á Castilla á vengar la afrenta del Campeador, derramando la sangre de don Fernando y don Diego.

Jimena sintió su corazon traspasado de dolor al saber el escarnio de sus hijas, y no pudo menos de prorumpir en llanto; pero pagado este tributo á su débil naturaleza de mujer y madre, trató de imitar el valor de su noble esposo, y sus ojos se

secaron, y su labio invocó la venganza que requeria la afrenta y el dolor de sus hijas.

—Cabalga, Minaya! esclamó el Cid, cabalga con los buenos caballeros que quieran seguirte, y trae á mis hijas á Valencia, que cuando estén aquí yo pediré estrecha cuenta ante Dios y ante los hombres á los que tan villanamente las han afrentado, afrentando en ellas al linage de Rasura y Calvo!

—Señor, eso haré al punto, contestó Minaya, casi llorando de ira.

Todos los caballeros que estaban presentes, no menos indignados que Minaya, se ofrecieron á acompañar á este, y si era preciso, á avanzar hasta Carrion y tomar horrible venganza en los condes matándolos y entrando á sangre y fuego su señorío.

El Cid, sin dejar de agradecer su generoso ofrecimiento, les rogó que quedasen en Valencia, adonde su valor y su lealtad podian ser necesarios, bien porque los moros de Africa hiciesen un nuevo desembarco, ó bien porque invadiesen la tierra los de acuende el mar.

Este temor sujetaba al Cid en Valencia, que á no ser asi Rodrigo hubiera acudido el primero á consolar á sus hijas.

«Minaya é Antolinez é docientos caballeros mas, dice la crónica, cabalgaron á prisa andando los dias é las noches, é vinieron á Santesteban de Gormaz, qu'es un castiello fuert, do albergaron una noche. A Santesteban legó el mandado que venie Minaya por las dueñas amas pora aduxirlas á Valencia. Varones de Santesteban salien recebir Minaya, ca así querien hondrarle, é otro sí hondrar al Campeador.

»Gran yantar querien darle á él é á todos sus varones, mas non gelo quiso tomar.

—»Gracias, los de Santesteban, por aquesta hondra, les dixo. Mucho vos gradece mio Cid allá en Valencia do está, lo bien que curiastes las sus fijas amas.

»Minaya é los sos legaban á Santesteban é las dueñas fueron ver.

»Doña Elvira é doña Sol loraban de los oios cuando los vieron.

—»Non hayades pena, les dixo el bueno de Minaya, ca ya sodes sanas de los cuerpos, é mal de la hondra sanarle hemos vuestro padre é nos. Buenos casamientos perdísteis; mas vengadas é descasadas sereis, é estonces los habreis meiores.

»Gran alegría hobieron las dueñas cuando así les fabló Minaya.

»Allí yacen esa noche Minaya é los sos, é otro dia mañana piensan cabalgar pora Valencia la bella.

»Escurriéndolos fueron los de Santesteban fata rio Damor, do se espidieron con amor de las dueñas.

»Minaya con las dueñas é los varones de su compaña torció Acoceba, qu'es á diestro de Santesteban, é fué á posar do dicen Vado de Rey, é pasando Berlanga é Medina, en Molina do es el moro Abengalvon, albergaron.

»Dios, qué bien recibie las dueñas el moro hondrado que mucho amor hobie al Campeador famoso!»

Doña Sol y doña Elvira llevaban en el rostro impresa la huella de sus padecimientos de alma y de cuerpo, que el moro ignoraba.

Abengalvon se asombró al verlas.

Pocos dias antes las habia visto respirando salud y vida, y entonces las veía desfallecidas, mústias como dos flores agostadas por el sol canicular.

Cuando supo la causa de su mal, cuando le fué referida la traicion de los infantes, la indignacion estalló violentamente en su pecho.

Santo Alá! esclamó: culpado soy del mal que lloran las hijas del Campeador leal, que cuando por tu permision me libré de otra maldad que meditaban contra mí los infantes, debí arrancarles la vida, siquiera espusiese la mia, y cuando no, arrancarles su presa.

Las hijas del Cid encontraron en el alcázar del rey moro el regalo y el amor y los consuelos que les esperaban en la casa paterna.

Queria Abengalvon que permaneciesen en Molina algunos dias, porque el bondadoso moro nunca se hartaba de mostrar por todos los medios su amistad y agradecimiento á aquella noble

y generosa familia, que en otro tiempo le dió la mayor de las dichas, es decir, la libertad; pero considerando así Elvira y Sol como los que las acompañaban, cuán impacientes esperaban su vuelta doña Jimena y el Cid, diéronle las gracias con toda la efusion del alma, y continuaron su jornada al dia siguiente de llegar á Molina.

Realmente doña Jimena y el Cid esperaban, mas que con impaciencia, con ansia infinita, la vuelta de sus hijas, y para que les anunciasen su llegada tenian apostados muchos de sus servidores buen trecho antes de llegar á Valencia.

Apenas fué el Cid avisado de que sus hijas se acercaban, salió precipitadamente al encuentro con la flor de sus caballeros.

Al ver cuán desmejoradas tornaban, no pudo reprimir el enojo y el dolor, y nuevamente juró tomar cumplida venganza de los que en tan triste estado las habian puesto.

Descabalgó de Babieca, y estrechándolas contra su corazon y besándolas con los ojos arrasados en lágrimas, les decia:

—Venid á mí, hijas del alma, que en mí tendreis el amparo y el amor que os han negado los traidores que mas obligados estaban á amaros y ampararos! Bien mi corazon me decia al entregaros á los infantes por mandado del señor rey don Alfonso, que gran pesar nos vendria á todos de vuestro casamiento; pero yo lavaré la afrenta que en vosotras han echado esos traidores que Dios maldiga, y luego casaréis con quien honra y amor os dé.

Doña Sol y doña Elvira besaron la mano á su padre llorando de amor y alegría.

Todos continuaron hácia Valencia.

El gozo que doña Jimena esperimentó al ver á sus hijas es para adivinado, que no para contado.

Al dia siguiente, mio Cid llamó á su cámara á Muño Gustios.

—Oye, mi honrado y leal Muño, le dijo. A tí, que desde niño has asistido á mi casa y me has acompañado en la guerra; á tí, á quien el señor rey don Alfonso en mucha estima tiene, quiero encomendar un mandado que me importa mucho ver bien cumplido.

—Serviros, como vasallo leal, es mi placer, señor, contestó Muño.

—Vé á Castilla, y despues de besar la mano en mi nombre á don Alfonso, y de asegurarle cómo siempre fuí su vasallo leal, cuéntale la afrenta que los infantes de Carrion me han hecho; dile que grandes haberes dí á los infantes; dile que haya merced de llamar á córtes á los traidores para que en ellas les demande cuenta de mi honra y aun de mis haberes; y dile, en fin, que la sed de venganza me ahoga, y si á derecho no, á tuerto, por mas que me pese, habré de apagarla con sangre de los mancilladores de mi honra inmaculada.

Muño Gustios juró al Cid que cumpliria fielmente su encargo, y tomó inmediatamente la via de Castilla, acompañado de otros dos caballeros y escuderos que le sirviesen.

Andando dia y noche llegó muy en breve á Burgos.

Allí supo que el rey habia partido á Sahagun, á cuyos monges tenia gran aficion, y por eso solia morar con frecuencia en su compañía.

Sin querer detenerse á descansar y solazarse en casa de sus deudos y amigos de Burgos, se encaminó á Sahagun.



CAPITULO XXXVIII.

Los noveleros.

Algo importante ocurre, ó se sabe en Burgos, que en las plazas y en las calles, á pesar del viento glacial que sopla, las gentes se paran y forman grupos con la curiosidad pintada en el rostro.

Sobre todo, donde los curiosos se reunen en gran número, y se interrogan, y se codean, y se pisan, y se aplastan, y juran, y votan , y se aporrean, es á la puerta de Íñigo el herrador, á quien todos pugnan por acercarse, á fin de oir no sabemos qué cosas, que está refiriendo en el tono misterioso que le es peculiar.

En tanto que Íñigo procura satisfacer la curiosidad de los que le rodean ó pugnan por rodearle, dos ó tres mozos cada cual con una caballería de la rienda, reniegan hasta de la madre que los parió, porque há una hora que los tiene allí sin curar de ellos ni de las caballerías que llevan á herrar.

Con los mozos de las cabalgaduras forman coro la mujer del herrador, que asomada á la ventana que dá sobre el cobertizo, lanza mil improperios contra su marido, porque asi cura de ganar el pan contentando á sus parroquianos, como cura del rey que rabió.

Las crónicas, que tan minuciosos datos nos han suministrado hasta aquí para hilbanar esta descosida historia, nos juegan, al llegar aquí, una partida serrana callando lo que Íñigo refe—

ria; pero la tradicion oral viene en nuestro auxilio, y con ella podemos, á Dios gracias, salir del paso.

—Voto á brios, que ya me enoja de veras vuestra incredulidad! esclamaba Íñigo. Digo y repito que estas nuevas he recibido de Santesteban de Gormaz, donde las hijas de mio Cid han estado despues de maltratarlas los infantes.

—En caso de haber estado, sería muertas y medio comidas por las fieras.

—Vivas y muy vivas, si ya no sanas, han estado allí.

—Pues yo mismo oí contar á los infantes de Carrion, sus maridos, que una fiera manada de lobos hambrientos acometió á doña Sol y doña Elvira, y les dió muerte por mas que los infantes, arriesgando su propia vida, trataron de defenderlas.

—Cierto, dijo otro de los circunstantes, eso y no lo que dice Íñigo, debe ser, pues los infantes de Carrion han traido y todos hemos visto los mantos de las dueñas ensangrentados.

—Ensangrentados por los infantes, que no por los lobos.

—Recia cosa es lo que estais diciendo, Íñigo, repuso otro espectador. Malos serán los infantes, pero la maldad que les atribuís es tal, que raya en lo increible.

—Cuenta mia no es esa: que han desnudado y atado á los árboles, y herido con las cinchas á sus mujeres, en Santesteban lo saben hasta los rapaces, y pronto se sabrá en toda Castilla, y aun en toda la cristiandad.

—Si eso fuese cierto, todos los tormentos de la tierra, y del purgatorio, y del infierno, serían pocos para castigar á los de Carrion.

—Y los castigará mio Cid, y aun el señor rey don Alfonso.

—Muy dudoso es.

—No digais tal desatino.

—Los infantes, lo mismo que su tio don Suero, han cometido mil traiciones, y todas han quedado impunes.

—No quedará esta, que afrenta á mio Cid, y aun al rey mismo, pues don Alfonso casó á doña Sol y doña Elvira, que no las casó el Campeador.

—Rayo del cielo! esclamó un soldado que figuraba entre la concurrencia. Si el rey ó el Campeador, ó el mismo Lucifer que

confunda á los infantes, no castigase el azotamiento de doña Sol y doña Elvira, cosa es de alzarse el popular de Castilla y Leon para arremeter con el castillo de Carrion, y darle fuego, y asar dentro de él á sus malvados señores.

—Sí, sí, eso debemos hacer! asintió Íñigo.

—Mejor fuera, repuso otro de los presentes, dejar dichos por hechos. Ya encontrarán los infantes medio de aplacar el enojo del rey y aun el del Campeador, y seguirán á mansalva afrentando y atropellando á nobles y villanos con escándalo, poco es de España, mas de la cristiandad entera.

—Ira del cielo divino! gritó Íñigo, abandonando el tono reservado y misterioso. Así como no toleramos en esta tierra que los moros, nuestros enemigos naturales, nos roben y nos afrenten, tampoco debemos tolerar que nos roben cristianos, que deben ser nuestros naturales amigos!

—Y la ofensa hecha al Campeador, es ofensa hecha á Castilla toda.

—Sí, sí, contestaron muchas voces respirando ira.

—Íñigo! gritó desde la ventana la mujer del charlatan, por Dios y Santa María te ruego que dejes esas bachillerías, pues si tienen noticia de ellas los infantes, ó alguno de sus deudos, te matarán...

—Matarme! no soy su vasallo, que lo soy de don Alfonso, y su merced me amparará.

—Tiene razon Íñigo! asintieron muchos.

—No la tiene, replicó la mujer.

—Sí la tengo, grandísima bellaca! esclamó Íñigo con tal ira que alzó la vista al cobertizo, buscando en este alguna abertura por donde arrojar el martillo que tenia en la mano á su mujer.

—Bellaca yo!... murmuró la mujer, echándose á llorar. Este marido mio busca su perdicion, y la de su mujer y sus hijos... Ay cuitada de mí!...

Al ver que lo mujer lloraba muchos se condolieron de ella.

—Pues no va descaminada vuestra mujer, en lo tocante al mal que puede venir á quien osa denostar á los de Carrion.—Don Alfonso está dominado por ellos, y así amparará al

vasallo suyo que los infantes atropellen, como á los vasallos del gran turco. No echó de la tierra al Campeador por complacer á los infantes y otros tan buenos como ellos? No ha dejado impunes cuantas tropelías han cometido los infantes y su tio don Suero en Burgos mismo? No ha llevado su complacencia para con los de Carrion hasta el estremo de casarlos con las hijas de mio Cid? Pues azotadas quedarán doña Sol y doña Elvira, y riéndose de su felonía don Diego y don Fernando, á no ser que el Campeador les demande, sin ayuda del rey, cuenta de su traicion.

—Sí, harta verdad es esa!

—Los de Carrion deben haber dado hechizos al rey.

—Oh qué traidores!...

—Y qué cobarde Castilla, que no acaba con ellos!...

En este estado se hallaba el espíritu público, cuando asomó, á tiro de ballesta, un villano que ya no nos es desconocido, y al ver la multitud que se agolpaba á la puerta del herrador, su amigo, esclamó, echando á correr hácia el mismo:

—Juro á ños, que alguna gran nueva sabe y cuenta maese Íñigo. Fuego de Dios en ese Barbadillo, do nada se sabe...

Cuando sudoroso y falto de aliento se acercaba al grupo de noveleros uno de los mozos que, algo separados de estos, tenian de la rienda las cabalgaduras que llevaban á herrar, perdió del todo la paciencia y gritó:

—Maese Íñigo! herrais ó no esta cabalgadura? Voto al borracho de Mahoma, tengo yo algo que ver con el azotamiento que contais...

—Azotamiento!... esclamó el villano de Barbadillo abrasado de curiosidad.

Y rompiendo por medio de la multitud empezó á repartir codazos y coces á diestro y siniestro para abrirse paso.

Sorprendidos los noveleros con esta inesperada arremetida, creyeron que alguna de las bestias que esperaban á que Íñigo las herrase, se habia desarrendado é iba á pedir cuenta al herrador del olvido en que las tenia; pero cuando vieron que era una bestia humana la que así los atropellaba, allí fué el rechinar los dientes, y el fruncir el gesto, y el jurar, y el votar,

y el poner en juego pies, y manos, y codos, y posaderas.

—Rayo de Dios en el asno!

—Atrás el grosero mal nacido.

—Rompámosle la testa!

—Le he de moler á coces.

—Justicia del cielo, que me han encojado para toda mi vida!

—Y á mí!

—Y á mí!

—Y á mí!

—Muera el salvage atropellador.

—Muera!

Y arremetiendo con el villano de Barbadillo, muchos de los circunstantes empezaron á molerle á palos, y á bofetadas y puntapies.

—Favor, que me matan estas fieras! gritaba el villano.

—No le lastimeis, que es mi amigo! gritaba á su vez Íñigo, lanzándose á la defensa del ya molido villano, y con él otros de los que estaban presentes.

La lucha se hizo general, las cabalgaduras se espantaron, y corrieron unas hácia el campo y otras por la ciudad, atropellando á las gentes, y los gritos de favor, y los ayes y los denuestos llegaban al cielo.

Algunos ballesteros de los que guardaban la inmediata puerta de la ciudad acudieron á sosegar el tumulto; pero los combatientes estaban ya tan ensañados que no habia medio de aquietarlos.

Consiguiéronlo al fin los guardas, pero fué cuando yacían algunos de los noveleros en el suelo mal heridos.

Entre estos se hallaban Íñigo, á quien de una puñada habian hundido la boca, y el villano de Barbadillo, á quien faltaba una oreja.

Ambos habian recibido el castigo de su intemperancia en dar y oir nuevas, « por do mas pecado habian. »

CAPITULO XXXIX.

De lo que el señor rey hizo cuando supo la traicion de los infantes.

Las campanas del monasterio de Sahagun tocaban á muerto en el momento en que Muño Gustios se acercaba al dicho monasterio.

Muño preguntó á un villano que venia de Sahagun si estaba aun allí el rey don Alfonso.

—En el monasterio está, oyendo la misa de difuntos que ahora dicen allí por las hijas de mio Cid.

—Pues qué, repuso Íñigo haciendo que ignoraba lo que ya sabia, han muerto las hijas del Campeador?

—De luengas tierras vendreis, el caballero, cuando ignorais la triste historia que pone duelo á toda Castilla y Leon.

—De lejos vengo, sí, y mucho os agradeciera que me la contáseis.

—Habeis de saber que los infantes de Carrion casaron con doña Sol y doña Elvira, que estén en gloria, porque don Alfonso las pidió para ellos á mio Cid.

—Eso ya lo sé.

—Y á fé que muy pocos aprobaron entonces la demanda de don Alfonso.

—Y no me direis por qué?

—Porque los infantes, y mas aun su tio don Suero, nunca habian sido buenos caballeros...

—Proseguid lo de la muerte de las dueñas.

—Eso haré, por mas que me dé pena contarlo. Casados los in-

fantes, fuéronse á Valencia, donde estaba el Campeador, y allí empezaron á mostrar las malas mañas aprendidas de su tio; pero el Campeador y doña Jimena y doña Sol y doña Elvira tal se las hubieron con ellos, que á poco de casados se hicieron honrados y valientes...

—Honrados y valientes! murmuró Muño con indignacion.

—Eso se cuenta por Castilla, y á fé que si no fuera cierto, mio Cid no les hubiera dado las grandes riquezas que han traido, ni las espadas Colada y Tizona, que él en mucha estima debia tener, ni tampoco les hubiera entregado sus hijas para que tornáran con ellas á Carrion.

—Pero contadme cómo murieron doña Sol y doña Elvira, dijo Gustios mal humorado, no tanto por las digresiones del villano, cuanto por el errado concepto que aún se tenia por aquella tierra de los infantes, concepto de que debia participar el rey.

—Pues sabed, continuó el villano, que los infantes tomaron la via de Castilla cargados de regalos que el Campeador les hizo, y cuidando de sus mujeres, á quienes mucho querian.

—Ah infames traidores!... murmuró Muño Gustios sin que se apercibiera de ello el villano.

—Mas al llegar á los robledales de Corpa, quedáronse corto trecho atrás con doña Sol y doña Elvira, y apenas los criados y banderizos que los acompañaban se alejaron de ellos, viéronse acometidos por una manada de hambrientos lobos. Don Diego y don Fernando mataron muchas fieras defendiéndose y defendiendo á sus mujeres; pero tal era la muchedumbre de los lobos y tal su rabia, que los infantes no pudieron evitar que alcanzasen á las dueñas y las hiriesen de muerte, con lo cual don Diego y don Fernando continuaron la via llorosos y desesperados, dejando á sus mujeres devoradas por las fieras.

—Y eso han contado al rey?

—Antes de ir á Carrion fueron á verle los infantes, y el rey oyó tan lamentable historia con lágrimas en los ojos. Don Alfonso, apenado y triste con tamaña desgracia, vínose ayer á Sahagun, y hoy por su mandado hacen los monges exequias

por la salvacion de doña Sol y doña Elvira, que en mi entender no los necesitan, pues ya en la tierra eran ángeles del cielo.

Muño Gustios continuó hácia Sahagun oyendo tañer las campanas á muerto, y abismado en las tristes consideraciones á que se prestaba el relato del villano.

Apenas llegó á Sahagun, dirigióse á la iglesia del monasterio.

El templo estaba enlutado, y estábanlo tambien las gentes de la villa y de las aldeas inmediatas, que habian acudido á aquellos fúnebres oficios.

Muño vió al rey derramar abundantes lágrimas mientras asistia á los oficios.

Terminados estos, don Alfonso salió del templo rodeado de la multitud en quien el duelo no entiviaba la curiosidad. Muño Gustios trató de acercársele, y el rey, apenas puso en él la atencion, le conoció y mandó á sus guardias que le dejasen acercar.

Muño hincó la rodilla ante don Alfonso, pero este le levantó con amor, pidiéndole con dolor nuevas del Cid y doña Jimena.

—Señor, dijo Muño, un monsage traigo del Campeador, y holgárame mucho de que os dignáseis oirle.

—Eso haré con el amor que á vos y al Campeador tengo, contestó don Alfonso. Venid á mi posada, y allí estareis como merece tan buen caballero y tan buen servidor del de Vivar.

—Señor, repuso Gustios, aquí, ante el popular que está presente, quisiera contar la alevosía que apena al Campeador, y pediros justicia.

—Habla, buen Muño, dijo el rey sorprendido ante aquella demanda y la revelacion de que al Campeador apenaba una alevosía.

Muño continuó en voz tan alta que todos pudieron oirle:

—Don Rodrigo de Vivar, el caballero mas honrado y mas valiente de la cristiandad, el terror de la morisma, el defensor de los débiles y enemigo de malvados y tiranos, llora la afrenta mas cruel y aleve que hombres pueden llorar.

—Habla, Gustios, esclamó el rey con gesto y voz terribles al oir que el Campeador habia sido afrentado; habla, que si para lavar la afrenta del Cid son menester torrentes de sangre, lavada será esa afrenta.

—Bien sabeis, señor, que vos casásteis á doña Sol y doña Elvira con los condes de Carrion, que mio Cid solo las dió á los condes porque vos, su rey y señor natural, se lo mandábais.

—Cierto que tal hice, y harto me pesa ya.

—Mio Cid húbose con los infantes como padre amoroso y como honrado caballero. Ya la honra de los infantes era la suya, y nada escaseó para llevar á don Diego y don Fernando por buen camino. Creíalos al fin arrepentidos de sus estravíos, y colmándolos de riquezas, les dió su licencia para que viniesen á Carrion con doña Sol y doña Elvira.

—Oh Muño! esclamó el rey, renovándose en su alma la idea de la imaginaria muerte de las hijas del Cid; no me conteis la gran desgracia que ha privado al Campeador y doña Jimena de las hijas del corazon, y á los infantes de sus honradas mujeres.

—Aun viven doña Sol y doña Elvira...

—Muño! esclamó el rey alborozado y sorprendido: no mitigues mi pesar con un engaño que le ha de tornar luego mas cruel.

—La verdad os digo, señor, continuó Muño; doña Sol y doña Elvira viven aún; pero mas valiera á ellas y á sus honrados padres que hubiesen muerto, pues la vida sin honra no es vida.

—Acaba, buen Muño! Qué alevosía han cometido los infantes de Carrion con doña Sol y doña Elvira?

—Desnudáronlas en los robledales de Corpa, atáronlas á los troncos de los árboles, azotáronlas hasta bañarlas en sangre, las infamaron con la boca tanto como con las manos, y las dejaron allí desamparadas para que las fieras y las aves carniceras las despedazasen y comiesen.

Un grito de indignacion, de rabia y de horror se escapó de los labios de todos los circunstantes, incluso el rey.

—Muño! esclamó este; te tengo por bueno y creo cuanto

me cuentas, por mas que el creerlo me lastime el alma. Dónde están las hijas del Campeador? Corre su vida peligro? Quién las salvó?

—Buenas están ya de cuerpo, aunque enfermas de alma, en Valencia, adonde las llevó Felix Muñoz, que si no llegó á tiempo para salvarlas de la afrenta, llegó para salvarlas de la muerte.

—De la afrenta salvadas tambien serán. Qué me demanda Rodrigo?

—Su honra, señor, su honra, que llora perdida, y sin ella no puede vivir. Ruégaos que apellideis córtes, y á ellas hagais que vayan los condes traidores para que allí dén cuenta de su traicion.

—Mucho me pesa la felonía de los infantes, porque á mio Cid amo de corazon. Cierto que yo casé sus hijas creyendo que era para bien del reino y de la casa de Vivar y la de Carrion. Faráutes mios irán por Castilla y Leon pregonando córtes que han de hacerse en Toledo, adonde irán todos los condes é infanzones de mis reinos, y con ellos los infantes don Diego y don Fernando. Derecho tiene el Campeador para pedirles cuenta de su villanía, y yo le ayudaré en su demanda. Dilo así al que en buen hora nació, y añádele que las córtes serán dentro de siete semanas, y es mi voluntad que entonces venga á Toledo con los caballeros y servidores que á bien tenga. Saluda con él á doña Jimena y doña Elvira y doña Sol, y asegura á estas que si honradas eran el dia que casaron con los infantes, tan honradas ha de verlas la madre que tanto las ama.

Muño Gustios no quiso tardar un solo dia en tomar la via de Valencia, porque queria llevar al Cid cuanto antes pudiese la buena nueva de que el rey ayudaba su derecho.

Al dia siguiente mandó el rey porteros (así les llaman las crónicas) que esparciesen por todos sus reinos esta carta de convocatoria de córtes:

«A todos los condes é infanzones de Castiella é Leon é gallicianos é portogaleses é otros varones que en la mi cort hobiesen voz é fuero, saludes: Sabedes que cabo siete semanas faremos córtes dentro en Tolledo para dar y derecho á quien

quier le hobiese, é vos conjuramos é mandamos en nombre de Dios trino é uno, é otro sí de nuestra libre voluntad, que alá vayades cuemo es uso de caballeros é deber de vasallos, so pena de deservicio á Dios é á nuestra corona. Amen.»

Esta carta, y la noticia de que el Campeador habia demandado justicia al rey, puso en gran aprieto á los infantes de Carrion, á quienes ya comenzaba á pesar lo que con las hijas del Cid habian hecho, no por el mal que á sus mujeres habia sobrevenido, sino por el que podia sobrevenir á ellos.

En tal conflicto, pidieron consejo á su tio don Suero Gonzalez.

—En gran aprieto nos pone la decision del rey de hacer córtes en Toledo, dijo don Fernando á don Suero. El Cid vendrá á ellas á demandarnos las riquezas que nos dió, y tal vez á pedir que hagamos campo con él ó sus caballeros.

—No son vanos vuestros recelos, contestó don Suero, mas á las córtes irán muchos varones de nuestro bando, y si el Cid viene á ellas, de esperar es que torne á Valencia sin haber conseguido su demanda.

—Poco cuerdos fuimos en no pensar que esto sucedería, que don Alfonso habria enojo del azotamiento de doña Sol y doña Elvira, y ayudaría al de Vivar contra nosotros.

—Si requeridos sois en las córtes, defendeos allí con valor, y haced lo mismo en el campo, si á él os obligan á ir.

—Bien sabeis, tio, que no tenemos costumbre de lidiar.

—La necesidad ha de daros fuerza y aliento.

—Mas el rey ha sido siempre con nosotros, y si vos y nuestros amigos le rogais que nos levante la obligacion de asistir á las córtes, quizá nos levante esa obligacion.

—Pedirémoselo con instancia.

—Mucho nos servireis en eso.

Don Suero tomó inmediatamente la via de Sahagun acompañado de algunos ricos-homes de su bando, entre los cuales se hallaba el conde de Cabra; pero don Alfonso, en vez de recibirlos les contestó que en las córtes de Toledo le verian, y allí podrian darle pruebas de su amor, ó pedirle lo que de él hubiesen menester.

La rabia de los de Carrion no tuvo límites al recibir esta respuesta.

Don Suero fué el que menos se desanimó con ella.

—No desmayeis, dijo á sus sobrinos, que en tanto termina el plazo señalado por don Alfonso para bacer córtes, tiempo tenemos para hacer que el de Vivar torne de Toledo sin la venganza que ansía!



CAPITULO XL.

De como en tanto que el Cid pensaba en recobrar su honra, los moros pensaban en recobrar á Valencia.

Acababa de anochecer.

Las huertas que rodeaban á Valencia, comunmente animadas, aun á aquella hora, con el canto de los labradores, que al aprestarse á volver al hogar formula en alegres cantares el gozo y las esperanzas de su corazon, estaban ya completamente desiertas y silenciosas.

La tempestad que rugia hacia largo rato, amenazando desatarse en torrentes de lluvia, habia alejado antes de la hora acostumbrada á los trabajadores.

La oscuridad era completa. Sin embargo, á la clarísima luz de los relámpagos, se veían con frecuencia muchos hombres encaminarse á una casilla oculta entre el follage en uno de los sitios mas apartados y solitarios de aquellos campos.

Aquellos hombres llevaban el trage de los musulmanes, que ya hemos dicho moraban aun en crecido número, tanto en Valencia como en los campos inmediatos, porque el Cid no habia querido condenar al destierro á los que sostenian la agricultura, la industria y las artes en la ciudad y la tierra conquistadas por su espada invencible.

Las crónicas que el público conoce no refieren lo que en la casilla de la huerta pasaba aquella noche; pero sí una, en caractéres arábigos, que nosotros poseemos y que ha tenido la bondad de traducirnos un moro muy docto que despues de haber ocupado altísimos puestos en la corte de Marruecos emi-

gró, y ahora ocupa uno en que se venden dátiles y fajas de Berbería en la calle de Alcalá de Madrid.

La crónica morisca que nosotros poseemos es nada menos que el espediente formado en Sevilla algunos años despues que el Cid conquistó á Valencia, á instancia de un walí de la misma tierra que deseaba acreditar los esfuerzos que habia hecho para arrancar á los cristianos el paraiso edetano, con objeto de llamarse á la parte el dia en que sus correligionarios recobrasen á Valencia.

Sobre unos cincuenta moros estaban ya reunidos en la casa de la huerta.

Uno de ellos se asomó á una estrecha ventana, desde la cual se descubria, cuando alumbraba algun relámpago, todo el campo contiguo, y como á larguisima distancia no descubriese sér alguno viviente, se retiró y cerró la ventana.

Poco despues salieron dos moros, y deteniéndose delante de la casa, conferenciaron un momento.

—Apostados, dijo uno de ellos, tú en la colina que se alza sobre el camino de la ciudad, y yo en la que domina el llano, los cristianos no pueden sorprendernos á nosotros ni á los que aquí quedan. Si vemos ó sentimos que se acercan, simularémos el lamento del cárabo y correremos á avisar al walí.

Dicho esto, tomaron direccion distinta, y poco despues estaban apostados en los sitios convenidos.

Hé aquí lo que pasaba en la casa.

Sobre una miserable estera estaba sentado un moro, cuyo rico trage contrastaba con el de la mayor parte de los que se hallaban á su lado.

Todos los demás permanecian de pie.

—Hermanos, dijo el de la estera, sentaos, que la comun desgracia hace desaparecer las gerarquías.

—En la desgracia, lo mismo que en la prosperidad, contestó un anciano que vestía el trage de los santones y llevaba una calabaza al cuello, siempre serás nuestro animoso walí, y veremos en tí al enviado del Profeta, en quien los fieles libran todas sus esperanzas de arrojar de este paraiso á los nazarenos que le profanan con su planta.

Murmullos de asentimiento acogieron estas palabras del santon.

—Sí, continuó el de la estera, para anunciaros la voluntad del Profeta os he convocado aquí. Hacia mucho tiempo que vagaba yo errante y fugitivo por el reino que tan próspero y tan dichoso hizo Abubecar. Mis esperanzas de tornar estas tierras al dominio de los fieles iban desapareciendo, porque Alá, en castigo sin duda de nuestras culpas, nos ha negado siempre la victoria desde que Abubecar voló al santo Paraiso. Ya desmayaba mi pecho y me hallaba resuelto á atravesar los mares y consumir estérilmente el resto de mi vida en las soledades del Africa, cuando hace tres noches el cansancio del alma y el cuerpo llamó sobre mí el sueño, y entonces sentí en torno mio una dulcísima voz que me llamaba.

—Ismael! Ismael! me dijo, yo soy el ángel Gabriel, y así como un dia anuncié al Profeta la voluntad de Alá para que la escribiera y la hiciera cumplir, así vengo á anunciártela á tí para que la cumplas. Los pecados del pueblo fiel que muerto el justo Abubecar consumió su fuerza en discordias intestinas, sin curar de combatir á los nazarenos, irritaron á Alá y á su santo Profeta, que para castigarlos los condenaron á veinte derrotas sucesivas; pero los hijos del Profeta han espiado ya su culpa, y alcanzarán la victoria cuantas veces combatan á los cristianos. Convoca á los creyentes y llévalos al combate, que la cruz caerá convertida en polvo de las torres de Valencia, y los cánticos del Koran tornarán á regocijar esta tierra.

Una alegría inmensa agitó el corazon de todos los circunstantes.

—Guiadnos, guiadnos al combate! esclamaron todos con ardiente exaltacion.

—Eso haré en cumplimiento de la voluntad del que todo lo puede; mas es menester, para luchar con los infieles, que á la proteccion de Dios se unan el esfuerzo y la inteligencia de los hombres. En la tierra que vamos á reconquistar hay veinte mil creyentes, capaces de empuñar las armas: convoquémoslos, animémoslos, encendamos en su corazon la fé y el valor amortecidos, y ataquemos en seguida á los nazarenos. Yucef, que

tornó al Africa dejando muertos ó cautivos casi todos sus soldados, verá renacer la esperanza en su corazon, cuando sepa que los fieles que aquí quedamos, hemos vencido á los nazarenos, y tornará con nueva hueste á sostener la reconquista, si es que los nazarenos osan volver á cercar á Valencia.

El entusiasmo y la decision del auditorio llegaban á su colmo.

—Estais dispuestos, continuó el wali Ismael, á secundar mis proyectos?

—Sí, sí! y maldiga el Profeta al que se muestre tibio ó cobarde! esclamaron todos.

—Pues bien: trabajad todos sin descanso, así en las ciudades como en las aldeas, donde quiera que queden algunos de nuestros hermanos. Donde mayor número de ellos habita es dentro de los muros de Valencia. Allí es donde, el dia que yo designe, se alzará el primer grito de insurreccion asaltando el alcázar y degollando á los nazarenos, y las señales de alzamiento que allí se hagan, llevarán el grito de guerra y libertad por toda esta tierra, donde hoy vivimos esclavos, debiendo vivir señores.

El walí fué en seguida dando individualmente instrucciones á la mayor parte de los que presentes estaban.

—Vos, santo Alfaquí, añadió al llegar al santon de la calabaza, podeis tornar á Valencia, donde los cristianos no desconfian de vos, y donde los creyentes fian en vuestra santidad.

—Oh sumo Alá! esclamó el Alfaquí, alzando la vista al cielo fervorosamente. Buscando el triunfo de los creyentes, he recorrido casi toda España, desde el oriente al occidente, y desde el septentrion al mediodia. Mi palabra y mi ejemplo han devuelto la fé á muchos corazones; pero aun asi he visto acercarse el término de mi vida sin ver cumplido mi anhelo, sin ver á los hijos de Agar dueños absolutos de toda esta tierra que cercan los mares y los Pirineos. Haz al menos que antes de cerrarse para siempre mis ojos, vean la enseña del Profeta en los minaretes de Valencia, donde ahora se alza la odiosa enseña del Nazareno!

—El sumo Alá os oiga y os proteja! esclamaron todos enternecidos.

—Qué él infunda valor á nuestro corazon para no desmayar en los peligros que ofrece nuestra santa empresa, añadió el walí.

—Sí le infundirá! contestó el Alfaquí. Viejo soy, mi mano tiembla, mi pie vacila y mi voz balbucea; pero mi corazon tiene aun todo el vigor de la juventud y de la fé. Si alguna vez desmaya, este licor le fortalece.

Y al decir esto, el santon enseñó la calabaza que pendia de su cuello.—Como viese la curiosidad pintada en el rostro del auditorio,

—Sangre de cristianos, añadió, recogí en los campos de batalla, y aquí la conservo, por permision de Alá, siempre líquida y siempre sin agotarse. Con ella refrigero y fortalezco mi corazon!

El santon empinó, al decir esto, la calabaza, y cuantos estaban presentes, incluso el walí, inclinaron ante él la cabeza, y cruzaron los brazos sobre el pecho, demostrando así el respeto y la admiracion que les inspiraba la santidad y el odio á los infieles de aquel anciano.

La tempestad habia cesado.

El cielo estaba sereno y azul, y la luna comenzaba á esclarecer el horizonte.

Como el walí, asomándose á la ventana, notase esta última circunstancia, se apresuró á dar por terminado el consejo para que cada mochuelo pudiera ir á su olivo antes que la oscuridad dejase de proteger su vuelo.

CAPITULO XLI.

De como Muño Gustios tornó á Valencia con la compaña que sabrá el que leyere.

Con gran impaciencia esperaban el Campeador, su mujer y sus hijas, la vuelta de Muño Gustios.

Porque la afrenta que habian recibido pedia venganza sin cesar.

Dormido como despierto, oía el Campeador continuamente una voz que le gritaba: «La honra que heredaste de tus mayores y la que ganaste por tí mismo yace arrastrada por el lodo en los robledales de Corpa! Mientras no la alces del suelo, mientras no le devuelvas su primitiva pureza, inclinate ante el mas ruin de tus servidores, tomándole por mas noble y honrado que tú.»

Pareciale al Campeador que esta voz era la de su padre el buen Diego Lainez.

Un dia asistía el honrado Diego Lainez á la corte de don Fernando el Magno, y el conde de Gormaz osó ponerle en la faz la mano. Diego Lainez era viejo, muy viejo, y llorando de vergüenza y de indignacion, fué á su casa de Vivar, donde estaba su hijo Rodrigo, que era muy mozo aun.

—«Hijo! dijo al mancebo, mi honra está mancillada.»

Y Rodrigo tomó al punto la espada de Mudarra, que pendia de la pared cercana, y con ella cortó la cabeza al mancillador de la honra de su padre y de su linage.

Todo esto recordaba el Cid y decia:

—Por ventura no soy ya el matador del conde Lozano?

Acabaron en mí los bríos que mostré en otro tiempo para defender la honra? Soy ya tan caduco como mi noble padre era entonces, y, como mi padre, solo tengo lágrimas para vengar mi afrenta?

Y lloraba de indignacion y dolor; pero irguiéndose de repente con fiera altivez, esclamó:

—No, no, que aun hay valor en mi corazon y fuerza en mi brazo para defender la honra de la casa de Vivar.

Y saliendo por los corredores del alcázar,

—Hola! gritó, hola, mis servidores, ensillad mi leal Babieca y dadme mi lanza y mi espada!...

Entregado estaba el Campeador á estos remordimientos, á estas impaciencias, á estas agitaciones de su noble espíritu, cuando le avisaron que Muño Gustios tornaba de Castilla.

La alegría y la ansiedad hicieron olvidar á Rodrigo su propósito de cabalgar inmediatamente é ir á Carrion á vengar por su propia mano la afrenta de sus hijas y suya.

Muño Gustios penetró en su cámara, quedando fuera los que hasta allí le habian acompañado.

—Muño! esclamó el Cid al verle, reconoce don Alfonso mi derecho? Está dispuesto á apoyarle?

—Le reconoce, señor, y, tan indignado y lastimado como vos con la alevosía de los infantes, ha convocado córtes que serán en Toledo cumplidas siete semanas, para que allí demandeis justicia, y la reparacion sea tan grande como la injuria.

—Gloriosa Santa María! esclamó el Cid, juntando las manos y alzando la vista al cielo con religiosa gratitud.

Jimena y sus hijas entraron en aquel instante en la cámara sin reparar en los caballeros que encontraban á su paso, que tal era el ansia conque deseaban saber las nuevas que Muño Gustios traía.

—Jimena! hijas mias! esclamó el Cid, abriendo sus brazos para recibirlas. Sin malquistarme con el señor rey, de quien me importa mucho ser leal vasallo, tomaré cumplida y solemne venganza de los traidores, mancilladores de nuestra honra. El rey hace córtes en Toledo para juzgar á los infantes.

Jimena y sus hijas, llorando de alegría, invocaron, como el

Cid, el nombre de la madre de Dios, para enviar al cielo la ofrenda de su gratitud.

El Cid abrazó á Muño Gustios diciéndole:

—Gracias, buen Muño, por el amor con que nos has servido!

—Señor, contestó Muño, una gracia tengo que pediros.

—Habla, leal amigo, que ninguna puedo negaros.

—En esta antecámara espera que le admitais á vuestra presencia un mancebo que mucho os ama, y no menos á vuestra mujer y vuestras hijas.

—Que venga, quien quier que sea, que mi corazon nunca ha deseado tanto como ahora entregarse á las espansiones de la amistad.

Rodrigo y doña Jimena y sus hijas fijaron su vista, llena de curiosidad, en la puerta de la cámara.

Gil!! esclamaron de repente padres é hijas, lanzándose con los brazos abiertos al encuentro del mancebo, que penetraba en la cámara.

Con las lágrimas de la alegría mezclaron las del dolor, porque si el Cid y su mujer y sus hijas esperimentaban gran consuelo tornando á ver al mancebo, á quien tanto habian amado siempre, tambien esperimentaban honda pena tornando á verle pálido y demacrado como si una gran dolencia le hubiese acometido despues que se ausentó de Valencia.

—Gil, hijo mio! dijo el Cid, por qué te apartaste de nuestro lado?

—Señor, porque creí vuestra dicha segura, porque creí que ya no necesitábais vos, ni mi madre y señora, ni Sol ni Elvira, de mi débil brazo ni de mi inútil amor.

—Mal creiste, mi buen Gil, que de tu amor siempre necesitamos. Dejámoste tornar á Cardeña por no desplacerte, ya que allá querias ir para cultivar las letras que tanto amas valiéndote de los libros y la sabiduría del buen abad don Sancho; mas harto nos ha pesado, que en la fiera tribulacion que aun nos aflige, mucho nos acordábamos de ti, y mucho ansiábamos tenerte á nuestro lado. Cómo, hijo, no tornaste acá apenas supiste nuestra afrenta y nuestro dolor?

—Hallábame doliente desde que llegué á S. Pedro de Cardeña, mas se agrabó mi dolencia hasta peligrar mi vida, cuando corrió por Castilla y llegó á mi oido la triste nueva de que las fieras habian devorado á Sol y á Elvira.

—Quién llevó esa falsa nueva?

—Lleváronla los infantes de Carrion, que tornaban á su señorío mintiendo dolor hasta el mismo rey don Alfonso.

—Ah traidores, aun mas que Judas!...

—Al saberse por Muño que doña Sol y doña Elvira vivian aun y estaban fuera de todo peligro, la alegría inundó todos los corazones castellanos, y mas aun el mio. Sentíme de repente con fuerzas para dejar el lecho, y corrí al encuentro de Muño; las nuevas que Muño me dió del apoyo que el señor rey daba á vuestra honrada demanda acabó de fortalecerme, y ansiando consolar vuestras tristezas y empuñar una lanza para vengar vuestra afrenta, volé á vuestro lado.

—Gracias, mi buen Gil, que tal conducta debió esperar de tí quien como yo sabe los nobles sentimientos que agitarán siempre tu corazon.

—Señor! el dolor y la afrenta de aquellas que me dán el nombre de hermano solo puede calmarse y borrarse con la sangre de los traidores. Pedid en las córtes la sangre de los condes de Carrion, y cuando la lid esté acordada, dejadme cabalgar en el mas fuerte de vuestros corceles y empuñar la mas aguda y fuerte de vuestras lanzas, que anhelo luchar por vuestra honra hasta vencer ó morir.

—Hijo del alma!

—Noble hermano!...

Tal esclamaron el Cid y su mujer y sus hijas, llorando de amor y agradecimiento, al oir á Gil, á quien uno y otras estrecharon contra su agitado corazon.

—Nobles son tus intentos, hijo, añadió el Cid; mas no, no serás tú quien cierre con mis traidores yernos, que si Dios ha dado fortaleza á tu alma, la ha negado á tu brazo...

La descolorida faz de Gil se tornó sonrojada, y el Cid, apercibiéndose de ello, se apresuró á añadir:

—No te sonrojes, hijo, por mis palabras, que por enalte-

certe y no por humillarte las digo. Fortaleza en el alma es la que honra, que no fortaleza en el cuerpo. Empresas nobles hay en el mundo que solo al espíritu es dado acometer y dar cima. ¿Qué importa que el espíritu se encierre en el débil cuerpo de un niño, ó en el robusto y fuerte de un gigante, si en ambos puede morar igualmente holgado? Dios te crió para el consuelo del hogar y para el estudio de las letras... Bendito sea el que nació destinado á calmar el dolor en los hogares, y á glorificar á Dios y á la patria en los libros! Mozo eres aun, mi buen Gil, y mas que yo, que soy viejo y rudo, puedes servir á mi familia y á Castilla; á mi familia, amándola y consolándola; y á Castilla, escribiendo los soberanos esfuerzos que há cerca de cuatro siglos hacen sus hijos para lanzar de su desgarrado seno al bárbaro alarbe.

El gozo y el agradecimiento inundaban en lágrimas los ojos y agitaban dulcemente el corazon de Gil.

—Teneis razon en eso, señor, dijo Muño Gustios, atreviéndose apenas á emitir su opinion allí donde la emitía Rodrigo. Ya que este noble mancebo es dado á las letras, mucho serviría á Castilla trasmitiendo á los venideros, para que los imitasen, los ejemplos de valor y constancia que ofrece la lucha de los soldados de Cristo con los de Mahoma. Los hechos de muchos guerreros de la antigüedad conocemos, porque hubo hombres doctos que los escribieran, y lástima grande sería que alguien no escribiese los vuestros, que no son menos dignos de pasar á la posteridad.

—No son tales, Muño, que si durante medio siglo he lidiado contra los enemigos de Cristo, en esto no me he diferenciado de cien mil caballeros que han hecho otro tanto, porque ese es el deber de todo el que tiene el brazo bastante fuerte para manejar la lanza y la espada. Quédense las crónicas para mantener vivo el recuerdo de soldados mas ilustres que yo...

—¿Quién sabe, señor, repuso Gil, si, como mas de una vez habeis temido, en los tiempos venideros habrá quien calumnie al que ya ha sido calumniado en vida?

—Ah! esclamó el Cid, con razon lo temes, hijo, y ese te-

mor me lastima, porque triste cosa es que un caballero haya sido siempre leal y honrado, y cuando ya no pueda defenderse, la calumnia y la maldad vengan á hacer odiosa su memoria!

—Vos lo habeis dicho, padre y señor, repuso Gil; mozo soy aun, y puedo servir á Castilla escribiendo los verdaderos hechos de sus hijos...

El Cid estrechó con amor la mano del mancebo.

Jimena y sus hijas recordaron cariñosamente á este la necesidad que tenia de descansar de la jornada, y Gil, mostrándose dócil á su solicitud, les dió gracias por ella con toda la efusion de su alma.



CAPITULO XLII.

Aventuras del viejo de la calabaza.

Era una tarde de Julio, y el calor en estremo sofocante.

Sentados á la grata sombra, á la puerta de una caballeriza, departian unos mozos cristianos de humilde condicion, y entre ellos se hallaban algunos que ya conocemos: Alvar y Fortuño.

—Tiéneme muy apenado la afrenta de mi amo y señor el Cid, decia el primero.

—Tenémoste por simple, contestó Fortuño, pero ya hemos visto que á veces los simples y cortos de caletre aciertan.

—Díceslo por lo del leon?

—Por eso lo digo. El desenjaular á la fiera gran pena dió al Campeador, y estuvo á punto de costarte la vida; mas con aquella prueba mostraste que dudabas del valor de los de Carrion, y el tiempo ha venido á decir que tus dudas no eran desatinadas.

—Pluguiera á Dios que tan avisados como yo hubieran sido mio Cid y Pero Bermuez, que así el uno no viera azotadas sus hijas y afrentado su linage, y el otro no tendria la piel agujereada.

—Cará va á costar á los infantes su traicion, que don Alfonso no dejará de obligarlos á hacer campo con el Campeador, y si así es, no ha de valerles esconderse so ningun escaño ni tras ninguna viga de lagar.

—Harto me temo, dijo otro de los presentes, que el azotamiento de doña Sol y doña Elvira traiga cola mas larga que la que vemos.

—Qué quieres decir, hermano?

—Que como todos hacen leña del árbol caido, desde que los moros ven á mio Cid apenado y ocupado casi esclusivamente en las cosas de su casa y su familia, los moros alzan de tal modo el gallo, así aquí en Valencia como fuera, que el mejor dia nos darán un susto, si mio Cid ó sus tenientes no los atan cortos.

—Cierto que van trocando el tono de esclavos por el de señores.

—Asegúroos, dijo el gigante Fortuño, que si mio Cid no hubiera vedado hacer el menor daño á esos perros, yo por mi parte, á esta hora no holgaría á esta agradable sombra.

—Pues qué harias, hermano?

—Entretenerme en coger con una mano moros y lanzarlos con la otra fuera de la ciudad por encima del muro, buscando la parte mas alta, para que el porrazo que diesen fuera, fuese mas recio.

—Y el primero á quien yo lanzaria es á ese zorro y borracho de Muza, que con pretesto de que ha tomado amor al Campeador, que le perdonó la vida en Alcocer, y á la gente cristiana que le hizo conocer las delicias del zumaque, nos sigue por do quiera que vamos. Háseme metido en la testa que ese viejo es espía de la morisma.

—Creo que vas tan poco descaminado como en lo de la cobardía de los infantes.

—Hé ahí otro moro á quien tengo gana há mucho tiempo de condenar dándole un trago de zumaque.

Esto decia Alvar viendo acercarse un moro, que entre los de Valencia gozaba fama de no menos santo que Muza.

—Pero á ese, dijo Fortuño, no le harás probar el zumaque.

—Di, hermano, que mio Cid no hubiese vedado el violentar á esta canalla, que él lo probaria como el de Alcocer. Violencias nos están vedadas, y ardides nada valen con ese.

—El santo Alá sea con vosotros, honrados nazarenos, dijo el moro llegando al portal de la caballeriza.

—Y don Jesucristo contigo.

—Dadme agua de esas alcarrazas que en esa ventana teneis refrescando, pues la sed me ahoga.

De repente un rayo de alegría brilló en la faz de Alvar, que se apresuró á alcanzar una de las alcarrazas, diciendo:

—Eso haremos gustosos, buen Selim, que en nuestra religion obra de misericordia es dar de beber al sediento.

Alvar alargó la alcarraza al moro, dirigiendo al mismo tiempo una significativa mirada acompañada de una sonrisa á sus compañeros, que comprendieron ambas.

El moro llevó ansiosamente la alcarraza á los labios y bebió un prolongado trago; pero arrojándola de repente al suelo, como si el líquido que contenia se hubiese tornado de súbito pez ardiendo, lanzó una terrible é iracunda blasfemia, que ahogaron las ruidosas carcajadas de los cristianos.

—Condenado está! condenado está! esclamó Alvar loco de alegría. Ya no gozará el amor de las hurís en el paraiso de ese ladron de Mahoma!

—Cristianos! esclamó el moro furioso, qué soliman es este que me habeis dado?

—Soliman le llamas? Calla, blasfemo, y no profanes con tal nombre el mejor vino...

—Vino!!... murmuró Selim aterrorizado.

—Vino del cielo para gloria de cristianos y condenacion de moros.

La ira de Selim se trocó en desconsuelo.

El moro alzó los ojos al cielo como pidiendo misericordia, y prorumpió en llanto.

—Condenado estás! ya no verás á esas muy tales que te esperaban en el paraiso.

El moro se alejó sin dejar de llorar amargamente, en tanto que Alvar y sus amigos soplaban, celebrando con gran algazara el chasco que habian dado, el vino añejo, aromoso y fresco que contenia otra de las alcarrazas puestas en la ventana.

Pasaron algunos dias, y Selim no pareció por las caballerizas con harto pesar de Alvar y sus compañeros, que deseaban verle para holgarse nuevamente con él.

Como el escudero preguntase á otros moros qué habia sido de Selim, contestáronle que habiendo cometido, aunque involuntariamente, un gran pecado, pasaba el tiempo haciendo amarga penitencia para que el Profeta le perdonase.

La morisma continuaba, como repetidamente hemos dicho, morando dentro de los muros de Valencia, mas era solo en unos barrios escéntricos, adonde por órden del Cid se la habia relegado.

En el último piso de una casa de las mas altas de aquellos barrios tenia su morada Muza.

Una mañana se hallaba este en su habitacion, despues de haber pasado la noche, no sabemos con qué objeto, recorriendo las casas de los moros mas influyentes entre sus correligionarios, cuando al asomarse á una ventana, desde la cual se descubria gran estension del campo, lanzó un grito de alegría, retirándose precipitadamente al interior de la habitacion.

Una paloma blanca habia partido de la casilla donde noches atrás vimos reunidos al walí Ismael y sus amigos, y se dirigia con rápido y seguro vuelo hácia la ciudad.

Un momento despues la paloma penetró por la ventana de Muza, y cayó al suelo rendida de fatiga.

El moro se apresuró á cogerla, y despues de examinar una cinta, tambien blanca, que tenia al cuello, y en la que se habia trazado, casi imperceptiblemente, algunos signos arábigos, púsose al cuello la consabida calabaza, escondió un clarin y una gumia bajo sus vestidos, y tomó la escalera que conducia á la calle.

Al llegar á una gran plaza que servia, digámoslo así, de centro á la parte de la ciudad habitada por la morisma, encontró á Selim y se dirigió á él precipitadamente.

—Selim, le dijo, llegó la hora en que se cumpla lo que está escrito.

—Qué puedo yo hacer para que esa hora llegue cuanto antes?

—Enardecer el corazon de nuestros hermanos, escitarlos á que tomen las armas de que están provistos, y en el momento en que el toque de un clarin oigan, larzarse con ellas á esta plaza, donde estaré yo.

—Y cuál es el objeto?...

—Arrojarnos todos sobre los cristianos que están desprevenidos, degollar á cuantos caigan en nuestras manos, y derribar la enseña del Nazareno en todas partes, sustituyéndola con la del Profeta. Por el mejor creyente que hay en la ciudad eres tenido, y la ocasion es llegada de que lo pruebes una vez mas.

—Un gran pecado pesa sobre mí, aunque no le cometí voluntariamente, y hé menester someterme á una gran prueba para espiarle.

—El santo Profeta te concederá el perdon si contribuyes con tanta fé y tanto esfuerzo como yo voy á contribuir á arrojar á los nazarenos de la ciudad.

—Cuenta que así lo haré.

Muza y Selim se separaron y empezaron á recorrer todas las casas y á mezclarse en todos los corrillos y á visitar todos los talleres.

Una especie de rumor sordo, una siniestra agitacion empezó poco despues á notarse en todo aquel barrio, donde rara vez penetraban cristianos.

Como uno de estos apareciese por casualidad en la plaza, varios moros se lanzaron sobre él, y sujetándole antes que pudiera defenderse, le encerraron en los subterráneos de una casa inmediata.

La agitacion crecia. Poco despues un clarin resonó en la plaza tañido por el mismo Muza, y por todas partes aparecieron moros armados unos con lanzas, otros con hachas, otros con puñales, y otros, en fin, con palos é instrumentos de labranza.

En uno de los costados de la plaza se alzaban en informe monton las ruinas de una mezquita derribada por los cristianos para que los infieles no ofendiesen á Dios entregándose á sus impías ceremonias religiosas.

Muza trepó por aquellas ruinas, y se dispuso á dirigir des-

de allí la palabra á la muchedumbre, que ya blandía las armas ansiosa de teñirlas en sangre cristiana.

—Creyentes! gritó Muza, nuestros hermanos han alzado ya la enseña mahometana en todo el reino de Valencia, y solo esperan oir el grito de libertad en la capital para romper hasta el último eslabon de su cadena. El noble y valeroso walí Ismael los acaudilla por mandado de Alá. Seremos nosotros tan cobardes que no los imitemos?

—No, no, por el santo Profeta! gritó la muchedumbre.

—Alcancemos ó no la victoria, el paraiso ha de ser la recompensa de nuestro valor. Sí, la alcanzarémos, que Dios se lo ha prometido al walí: el Campeador está abrumado de vergüenza y de dolor con los ultrajes que han recibido sus hijas, y no tiene ya aliento para acaudillar sus huestes en la pelea... Si en el paraiso nos espera gran recompensa, grande tambien ha de ser la que tengamos en la tierra. Muchas son las riquezas que los cristianos nos han robado, y todas ellas tornarán á nuestro poder. Hermosas son las damas cristianas, y todas serán nuestras esclavas...

La multitud volvió á prorumpir en gritos de guerra escitada por la codicia.

—Quizá en este instante sepan ya los cristianos que nos preparamos á esterminarlos, y se encaminen acá. Partamos á su encuentro, y lidiemos hasta morir ó vencer. Hoy va á quedar vengado largo tiempo de esclavitud y afrenta. Oh! pluguiese al santo Profeta que vuestro corazon encerrára todo el odio que tiene el mio á esa pérfida raza cuya sangre bebo!

El santon empinó la calabaza.

El entusiasmo de la multitud llegó hasta el delirio al ver á aquel venerable anciano beber sangre de los nazarenos...

—Dejadme, dijo Selim, saborear esa pérfida sangre, que solo puede ella purificar mi boca manchada por los cristianos con otro impurísimo licor.

Muza retiró la calabaza haciéndose el desentendido; pero la peticion de Selim fué repetida por otros, cuya boca sin duda estaba tambien manchada.

Y cien moros se lanzaron hácia Muza para apoderarse de

la calabaza, pero Selim fué el primero que se apoderó de ella.

El santon hizo un violento esfuerzo para impedir que la llevára á los labios; pero fué en vano, porque Selim habia visto la ocasion cierta de lavar la impureza de su boca, que le tenia sin consuelo, y aun á costa de su vida queria aprovecharla.

Selim, pues, tiró un buen sorbo á la calabaza, pero de repente lanzó un grito de horror soltándola.

Otros fervorosos creyentes la cogieron sin reparar en el horror con que la habia soltado, y bebieron tambien de ella.

Muza entre tanto temblaba como un azogado, y procuraba ocultar su turbacion maldiciendo á los cristianos y escitando á la multitud á lanzarse hácia el alcázar para dar principio á la matanza y el saqueo.

Selim sacó un puñal, y ciego de ira trató inútilmente de herir al santon.

—Por qué hieres al santo Alfaquí? le gritaron.

—Muera este falso creyente! esclamó Selim procurando desembarazar su brazo armado con el puñal para herir á Muza. Muera! que no es sangre de nazarenos lo que lleva en la calabaza. Muera! que es un infiel el que bebe el impuro licor vedado y maldecido por el Profeta.

La multitud rugió de ira al oir aquella revelacion, y á su vez los que habian empinado la calabaza despues que la empinó Selim, desenvainaron sus puñales para clavarlos en el pecho de Muza.

Este se lanzó de las ruinas y procuró buscar su salvacion en la fuga.

El grito de muerte dado por los que habian probado el licor que Selim calificaba de vino, cundió por todas partes.

La indignacion no tenia límites.

Sin embargo, el santon encontró defensores, que muchos de los circunstantes, no pudiendo creer que la terrible acusacion que se dirigia á aquel anciano, en cuya santidad siempre habian tenido profunda fé, fuese cierta, no querian hacerse cómplices de un asesinato.

El vulgo se dividió en dos bandos: uno que queria despe-

dazar al Alfaquí, y otro que queria que antes de castigarle se le oyese y se hiciese constar que era culpable.

Aquellos que se creían irremisiblemente condenados á no ver las hurís del paraiso, y todo por la falsedad del santon, bramaban de corage y querian purificar su boca con la sangre del cuitado Muza, á quien tenian ya por un nazareno hecho y derecho.

Los ánimos se acaloraban por instantes, y ya nadie se acordaba de los cristianos, que la cuestion era despedazar ó no al Alfaquí.

Escitados por Selim, los partidarios de la justicia sin formacion de causa se lanzaron sobre sus contrarios, que por su parte estaban resueltos á no entregarles á tres tirones el santon.

La lucha, que hasta entonces habia sido de palabras, se convirtió en lucha de obras, y la sangre musulmana derramada por musulmanes empezó á teñir abundantemente la plaza.

Pero la lucha no fué larga, que los defensores de Muza eran pocos, y los enemigos muchos.

El santon fué arrebatado de manos de sus defensores, y cosido á puñaladas y arrastrado por plazas y calles.

Su sangre purificó el paladar de Selim y los demás creyentes que habian empinado la calabaza.

De repente un gran ruido de caballos y una gran vocería se oyó hácia el muro que separaba del resto de la ciudad el barrio donde la morisma habitaba.

Algunos centenares de caballeros cristianos, seguidos de gran número de peones, se lanzaron sobre el amotinado populacho infiel.

Este trató de resistirlos acaudillado por Selim y otros moros principales; pero toda resistencia era inútil: la muchedumbre morisca mal armada, enemistada entre sí, y sobre todo, desordenada y desprevenida, perdia terreno en todas partes, y ya no habia plaza ni calle que no estuviere sembrada de cadáveres moros.

Un grito que sonó de repente en las murallas y las atalayas de la ciudad vino á reanimar á los infieles y alarmar nuevamente á los cristianos: muchedumbre de infieles clamando

venganza y esterminio se encaminaban á la ciudad por todos los campos que á esta rodeaban.

—Santiago de Compostela! esclamó el Cid al recibir aquella nueva. Si piensan los infieles que mi corazon y mi brazo han perdido su antigua fortaleza con las tribulaciones de mi familia, mucho se engañan. Alvar! mi lanza y mi caballo!

Pocos momentos despues el Campeador, seguido de mil caballeros y cuádruple número de peones, salia al encuentro de la morisma, que en aquel instante llegaba al pie de los muros.

Los moros acaudillados por el walí Ismael retrocedieron corto trecho al ver á los cristianos; pero la voz del walí los contuvo y se prepararon á resistir la acometida del Campeador.

—Acabaron los triunfos de los viles nazarenos! les gritaba Ismael. Nuestros hermanos lidian valerosamente dentro de la ciudad, cuyas puertas nos abrirán muy pronto. Resistamos á estos infieles hasta que veamos desaparecer la cruz de las torres de Valencia. No nos vean nuestros hermanos de la ciudad retroceder como tímidos corderos, y les falte aliento para pelear y acabar de hacerse dueños de la hermosa sultana del Turia, cuyo cautiverio debe terminar hoy mismo.

Estas palabras infundieron valor á los infieles, que no solo se contuvieron, sino que avanzaron nuevamente hácia el enemigo.

—Santiago! Santiago! gritó el Cid metiendo espuelas á Babieca y acometiendo el primero á la morisma.

El combate se travó obstinado y sangriento.

Por uno y otro bando se hicieron esfuerzos soberanos para alcanzar la victoria, pero al fin la hueste mahometana se vió rota y desordenada, y emprendió la fuga, perdiendo en ella la vida la mayor parte de la gente del walí.

La morisma que se acercaba por los campos cercanos, al ver vencidas las fuerzas mandadas y escogidas por el walí, que eran las en que, con razon, mas confiaba, se desbandó llena de terror, en el momento en que un grito inmenso de alegría resonó en la ciudad, acompañado del toque de las campanas.

Aquel grito y aquel toque anunciaban que los infieles habian sido vencidos tambien dentro de la ciudad.

CAPITULO XLIII.

De lo que pasó en el molino de Riodurna.

Muchos caballeros iban llegando al castillo de Carrion tanto de la parte de Leon como de la de Burgos, y todos eran principales, á juzgar por la servidumbre de escuderos y pages, y aun por la gente de armas que los acompañaba.

Era que se hallaba próximo á terminar el plazo de siete semanas señalado por el rey para hacer córtes en Toledo, y sin duda los del bando de los condes de Carrion querian ponerse de acuerdo con estos para defenderlos en aquella nobilísima asamblea.

Entre los que habian pasado con direccion al castillo por la calzada de Burgos figuraba el conde de Cabra. Lo que indicaba la ida de don García á Carrion, se podrá colegir del diálogo que sostenian dos leñadores que al pasar aquel se ocupaban en su oficio á corta distancia del camino.

—Pásmame, decia uno de ellos, la muchedumbre de ricoshomes que se encamina á Carrion. ¿Sabes por ventura, Sancho amigo, qué van á hacer alli?

El llamado Sancho, á quien esta pregunta se dirigia, era un robusto mancebo á quien, al parecer, debian ocupar graves ideas, pues solo hablaba cuando su compañero le preguntaba.

—El rey va á hacer córtes en Toledo para demandar á los de Carrion cuenta del azotamiento de sus mujeres.

—Pues yo tengo para mí que Carrion no es camino de Toledo.

—Cierto, pero esos caballeros van allá para urdir alguna nueva traicion contra el Campeador ó contra el mismo don Alonso para que las córtes no se hagan, ó si se hacen, mio Cid quede con sus hijas azotadas, robados sus haberes, y mancillada su honra.

—Mucho adivinar y juzgar muy de ligero es eso, Sancho.

—Rayo del cielo! esclamó Sancho blandiendo su hacha iracundamente. ¿Por ventura se necesita en Castilla ni en Leon saber lo que tratan los de Carrion y el de Cabra y todos los de su bando, para saber que tratan alevosías?

—Tú que moras y has morado siempre en el señorío de Carrion, puedes ciertamente saber en eso mas que yo, que vine poco há de Barbadillo. Allá en mi tierra oí á un mi pariente que asiste á Burgos por saber nuevas, que don Suero Gonzalez era malo, y cuando há poco supe el azotamiento de las hijas del Campeador, colegí que sus sobrinos no eran mejores.

—Ganan á su tio en maldad; mas el dia de la justicia se acerca, y vive el cielo que lo deseo.

—Mucho te interesa, hermano.

—Tanto, que por presenciar la vergüenza y el castigo de don Suero y los infantes, mañana tomaré la via de Toledo.

—¿Tienes ya licencia para ese viaje del hidalgo á quien ambos servimos?

—Tomaréla yo si no me la dá.

—Mal harás, hermano, que no tornará á admitirte á su servicio.

—Tampoco lo hé menester.

—Cierto, que tú manejando la ballesta como el mejor ballestero de estos reinos, necio eres en ganar el pan con estas rudas fatigas que los labradores imponen á sus criados. ¿Por ventura has sido ya ballestero?

—Cuenta tuya no es esa, hermano, contestó Sancho acogiendo con disgusto y desconfianza esta pregunta.

—Dígolo, porque solo habiendo manejado mucho la balles-

ta se puede, como tú haces, clavar la vira á las aves que van volando por la altura. Dígolo tambien, porque me pesará harto que al tornar de Toledo, por vana curiosidad, te encuentres sin acomodo.

—Acomodo tendré.

—A quién piensas pedirle?

—A la iglesia.

—¿Vas por ventura á pedir hábito á los monges de Sahagun?

—Rayo de Dios, qué preguntar tan sin seso! Voy á casar con una doncella á quien amo, y luego iré al señorío de Carrion á vivir y morir en la casa donde vivieron y murieron mis padres, y á labrar la tierra que ellos labraron.

—Guárdate cuando allá estés de mostrar á los señores de Carrion la ojeriza que ahora muestras.

—Cuando allá esté, poco temor inspirarán don Suero y sus sobrinos.

—Por qué, hermano?

—Porque si es que viven, ya no será suyo el señorío de Carrion.

—Y qué me cuentas de la doncella con quien vas á casar?

—Rayo de Dios, que ya me falta paciencia no ya para contestar, sino para oir tantas preguntas! esclamó Sancho con tal enojo, que su compañero dió algunos pasos atrás temeroso de que le arrojase el hacha, que á la sazon alzaba en alto para descargarla sobre la cepa que despedazaba.

—Mal haceis, hermano, en acusarme de curioso en demasía.

—Sóislo como la hembra mas sandia.

—Dios y Santa María os perdonen, hermano, la calumnia que me levantais. Curioso y novelero yo? Héme propuesto siempre ser tal, que con razon pueden en Barbadillo decir que soy el estremo opuesto á un tio que allá tengo tan aficionado á nuevas, que por inquirirlas en Burgos le cortaron una oreja de una espadada.

—Por no cortarte á tí la lengua me alejo de aquí!

—Y adónde vas, hermano?

—Adonde no oiga bachilleres... Rayo del cielo que los parta, y á este el primero! esclamó Sancho montado en ira.

Habia concluido de despedazar la cepa. Colocó en el cinto la hacha, y tomando luego una ballesta que tenia oculta á corto trecho entre la maleza, la echó al hombro y tomó la direccion de Carrion, costeando la calzada guarnecida á uno y otro lado de intrincadas malezas.

No lejos de Carrion habia un profundo y angosto valle cubierto de frondosas arboledas, y por cuyo fondo corria un riachuelo formado de los manantiales de los montes cercanos.

Entre copudos y apiñados árboles se descubria allí el tejado del molino de Riodurna, que cubierto de harina blanqueaba á través del follage.

Sancho se encaminó hácia el fondo de aquel vallecillo.

Se hallaba ya cerca del molino, cuando se detuvo como sobresaltado, y aplicó ávidamente el oido en direccion al riachuelo; parecíale que entre el ruido del agua que formaba una gran cascada cerca del molino, traía el viento voces de mujer quejumbrosas y de hombre amenazadoras y groseras.

Entregado á la mas viva inquietud, continuó bajando hácia el molino, pero procurando ocultarse con la maleza y los troncos de los árboles. De cuando en cuando se paraba, escuchaba atentamente, redoblaba su inquietud, continuaba su marcha, cada vez mas apresurada, pero cada vez tomando mas precauciones para no ser visto.

Los voces de mujer y de hombre, cada vez mas acaloradas, llegaban á él cada vez mas distintamente traidas por el viento, mezcladas con el ruido del agua y el de la tolva del molino.

Llegó por fin á cuarenta pasos de este, y se detuvo escondido tras el tronco de un corpulento castaño.

Hé aqui lo que pasaba á la puerta del molino, ó mejor dicho, lo que habia pasado y lo que pasaba en aquel instante.

Habitaban el molino dos ancianos, que eran marido y mujer, y una doncella, que se ocupaba ordinariamente en el gobierno de la familia y en el cuidado de las aves y los cerdos, mientras aquellos se ocupaban casi esclusivamente, el anciano en traer en un jumentillo grano de las aldeas inmediatas, á

las que del mismo modo lo devolvia molido, y la anciana en limpiar el trigo y cuidar que se moliera con esmero.

Aquella mañana, segun costumbre, habia salido el molinero á distribuir en las cercanías la harina que el molino produjera durante la noche, y la molinera habia ido poco despues á Carrion para comprar allí objetos conque atender á las necesidades de la familia.

La doncella se ocupaba á la puerta del molino en limpiar un saco de trigo, cuando sintiendo pasos alzó la vista y vió que se acercaban dos hombres, en los que reconoció á dos de los servidores de los condes de Carrion. Estremecióse como si el corazon le anunciase alguna desgracia, y la criba se escapó de sus manos.

—Guárdeos Dios, gentil doncella, le dijeron aquellos hombres con forzada benevolencia.

—Qué me mandais? les preguntó la jóven temblando.

—Mandar, nada tenemos que mandaros. Al contrario, deseamos serviros, que somos muy amigos de un mancebo á quien vos quereis, y por eso tambien lo somos vuestros.

—No os entiendo.

—Pues es simple cosa entendernos. Los de Carrion, nuestros amos y señores, han sabido dónde se oculta Sancho el ballestero, á quien tanta ojeriza tienen, y van á prenderle y matarle. Hémoslo sabido nosotros, y á fuer de amigos suyos, venimos á preguntaros dónde está ahora para contárselo todo, y mostrarle los medios de no caer en manos de los condes.

—Yo no sé dónde está Sancho.

—Vos debeis saberlo, y haceis mal en ocultárnoslo, dudando de la amistad que le tenemos.

—Asegúroos que no sé dónde está.

—Sabemos que todos los dias le veis.

—Ruégoos que creais lo contrario.

Los forasteros se dirigieron mútuamente una mirada como diciéndose: —Está visto que esta no se deja caer en el lazo. Dejémonos de rodeos, y vayamos al negocio por el camino derecho..

—Hacednos la gracia de venir á Carrion, adonde tenemos órden de acompañaros.

La jóven, viendo entonces claramente las traidoras intenciones de aquellos hombres, lanzó un grito de terror. El nombre de Sancho estuvo á punto de escaparse de sus labios, invocando la proteccion del ballestero; pero no le pronunció temerosa de agravar así su desgracia.

—Venid con nosotros, repitieron aquellos hombres.

—No, no, dejadme aquí por compasion, que hartas lágrimas he vertido en el condado desde que perdí á mi buen padre del modo que todos saben.

—Pues si no quereis por bien, por mal vendreis! dijo uno de los forasteros tratando de asir del brazo á la jóven.

Esta lanzó un nuevo grito esquivando la ruda mano que la perseguia.

Entonces fué cuando el viento llevó á Sancho voces de mujer y hombre mezcladas con el ruido del agua.

Y entonces fué cuando Sancho apresuró su marcha hácia el molino, porque en aquellas voces, que unas veces parecian acercarse y otras alejarse, segun la fuerza ó la direccion del viento, llegaba hasta él una angustiosa súplica de la prenda mas querida de su corazon, una súplica que llegaba mas á su corazon que á su oido.

La jóven, por mas que la dominase el terror y por mas que padecimientos recientes hubiesen debilitado sus fuerzas físicas, resistia valerosamente los esfuerzos que aquellos hombres hacian para llevarla consigo.

—Venid con nosotros, le gritaban asiéndola de los brazos y procurando arrastrarla tras sí.

—Dejadme, dejadme por Dios, que los pobres ancianos que me aman como si fueran mis padres, y me han dejado al cuidado de su casa y su escasa hacienda, morirán de pesar cuando tornen y no me encuentren.

—Mas descansada y regalada estarás allí adonde te llevamos que en este miserable y solitario molino.

—No, no, que aquí vivo feliz, porque el amor y la paz y la virtud me cercan.

—Por Jesucristo, que basta ya de contemplaciones! dijo uno de los raptores rechinando los dientes de ira y arrojándose brutalmente á la doncella para arrancarla de allí en sus brazos; pero la jóven hizo entonces un esfuerzo supremo, y de dos saltos entró en el molino.

Precipitáronse tras ella los villanos, pero de repente retrocedieron como espantados: la jóven habia tenido bastante tiempo para apoderarse de una hacha de partir leña que blandía con resolucion, amenazando partir el cráneo del que se acercase á ella.

Los raptores se echaron fuera del molino perseguidos por la doncella, que sin dejar de perseguirlos pedia auxilio con desesperado acento. Uno de ellos cogió una piedra, y lanzándola á la jóven dió á esta en el brazo, haciéndola soltar el hacha.

Blanca estaba perdida, y ya iba á renunciar á toda defensa, falta de esperanza y aliento, cuando exhaló un grito de alegría oyendo la voz de Sancho, que gritó desde la arboleda próxima:

—Dejadla, traidores, dejadla! Mi Blanca, valor!

La rabia dió á los raptores nueva agilidad para perseguir á la doncella.

Blanca iba á caer ya en manos de sus perseguidores, cuando silbó un venablo, y uno de los villanos cayó al suelo traspasado por él, en tanto que su compañero huia cobardemente temeroso de que otro venablo le alcanzase.

Sancho se lanzó hácia el molino, y asiendo de los pies al villano muerto, le llevó hácia el torrente, que era rápido y espumoso en aquellos sitios, y le arrojó al agua, que le escondió inmediatamente en sus furiosos remolinos.

Entre tanto la doncella habia caido falta de fuerzas sobre un poyo que habia á la puerta del molino, y era presa de un desmayo, que se hubiera creido mortal segun la palidez y la inmovilidad de la jóven en el momento en que Sancho corrió á ella.

El espanto que Blanca habia esperimentado al verse perseguida por los villanos no fué tan grande como el que esperimentó Sancho al acercarse á ella y creerla muerta.

—Blanca! alma mia! mi Blanca! torna á tu acuerdo si conservas vida, que aquí estoy yo para no separarme ya nunca de tí y amarte y protegerte, y en último caso vengarte! esclamó el ballestero con inmenso amor é inmensa desesperacion.

Tocó la frente de la doncella, y como sus pulsaciones le dijesen que aun conservaba aquel débil y desfallecido cuerpo un resto de vida, la esperanza fortaleció su corazon é iluminó su semblante.

Tomó Sancho agua en el bueco de las manos, y roció con ella el rostro de la jóven, que poco á poco fué volviendo en sí.

Prodigándola estos y otros cuidados habia pasado largo rato, cuando oyendo tras sí pasos acelerados y una respiracion anhelosa, volvieron él y Blanca la vista, y vieron á la molinera, que se acercaba jadeante y sofocada.

—Huid, huid de aquí, esclamó la anciana, que gente armada se dirige acá por el camino de Carrion, y en la villa he sabido que viene mandada por los infantes para apoderarse de vosotros.

—Sí, sí, huyamos, Blanca mia, dijo Sancho tomando de la mano á la jóven, huyamos donde hagamos impotente la rabia de esos miserables verdugos.

Blanca, á quien el terror que nuevamente se apoderaba de ella no permitia despegar los labios, abrazó con amor y lágrimas de gratitud á la anciana, y huyó con el ballestero por la arboleda arriba en el momento en que, en efecto, por el camino de Carrion asomaban muchos hombres armados unos de hondas y otros de ballestas, dirigiéndose apresuradamente hácia el molino.

CAPITULO XLIV.

Donde siguen las aventuras de Sancho y Blanca.

El plazo de siete semanas señalado por el rey don Alfonso para hacer córtes estaba terminado.

De los reinos de Castilla y de Leon y de las Asturias de Oviedo y de Galicia y de Portugal acudian caballeros á Burgos, donde estaba don Alfonso, para acompañar al señor rey á Toledo.

«Allí eran, dicen las crónicas, para darle compaña el conde don Anrrich, é el conde don Remond, é el conde don Vella, é el conde don Beltran, é otros muchos sabidores de los regnos. Con infantes de Carrion iban el conde don García é Asur Gonzalez, é gran bando que aduxieron de todas partes á la cort.»

En el momento de partir de Burgos, don Suero Gonzalez se acercó á don Alfonso, y le dijo humildemente:

—Señor, todos los infanzones de nuestro bando vienen conmigo, y en nombre de todos os digo que están á vuestro mandar.

—Don Suero, le replicó el rey con desden, dejad lisonjas á un lado, que cuando Castilla viste luto por la afrenta y el dolor que vuestros sobrinos han causado al mejor de sus caballeros, no puedo yo agradecer las vuestras.

—Mentidos informes que vereis desvanecidos muy pronto os hacen, señor, juzgar con rigor no merecido á los infantes de Carrion.

Don Alfonso volvió la espalda á don Suero sin acabar de oir estas palabras.

Poco despues tomó la via de Toledo, acompañado de los caballeros mas nobles y leales de sus reinos.

Detrás iban los de Carrion y todos los de su bando.

—Mal hacemos, decia don Fernando á su tio, en ir á las córtes, que el rey está muy airado con nosotros, y todos nuestros esfuerzos serán inútiles para triunfar del Cid, teniendo á don Alfonso en nuestra contra.

—Con don Alfonso y aun con toda Castilla y Leon en nuestra contra triunfarémos si no os mostrais en las córtes tan cobardes como fuera de ellas.

—No solo nos acusarán allí del azotamiento de nuestras mujeres, sino tambien de nuestro trato con la banda de Juan Centellas, lo cual deberemos á vuestra imprudencia...

—Decid al poco celo de nuestros servidores, que poco ó nada han hecho para ayudarnos á destruir las pruebas de nuestro trato con los bandidos que tiene ese ballestero que Dios confunda.

—Ese ballestero no ha quedado asegurado antes de partir nosotros de Carrion, pero fiemos que lo ha de estar antes que lleguemos á Toledo, que nuestros servidores le siguen el rastro, y han de dar con él sino por servirnos, á lo menos por ganar la recompensa que les hemos ofrecido.

Asi el rey como los de Carrion continuaron camino de Toledo.

Volvamos nosotros atrás, y veamos lo que pasa en un caserío no muy distante del molino de Riodurna ni del sitio en que vimos á Sancho y otro mozo partir leña.

Inmensos bosques de castaños y robles y encinas se estendian por todas partes, pero en medio de ellos habia una vega cuidadosamente cultivada, y en medio de la vega una casa, que no sabemos si llamarla granja ó fortaleza, pues uno y otro parecia.

Era aquella casa un edificio grandísimo. Sus pardos muros, cubiertos en gran parte de yedra, denotaban gran antigüedad, y estaban almenados y aspillerados.

Sobre la puerta principal de la granja ó fortaleza ó lo que fuese campeaba un enorme y tosco escudo, en el que las lanzas y las espadas estaban combinadas con gavillas de mies é instrumentos de labranza.

En las arboledas cercanas pacían grandes rebaños de ganado mayor y menor. En una colina que limitaba la vega por la parte del Norte habia muchas y estensas hileras de colmenas, y diseminados aquí y allá en la vega, se ocupaban en la labranza muchos hombres y mujeres, y hasta una veintena de pares de bueyes y mulas.

Un anciano de venerable aspecto, de avanzada edad, de constitucion atlética y aun ágil, y en cuyo trage lo mismo podia adivinarse al caballero que al labrador, trabajaba como uno de tantos, entre aquellas gentes, alegre como ellas, y como ellas entonando uno de esos cantos populares que con el nombre de romances han llegado hasta nosotros atravesando siglos y siglos, y forman la ruda pero noble y gloriosa Odisea de Castilla.

En una meridiana de piedra incrustada en la fachada de la casa que daba al mediodia, señaló las doce la sombra de la aguja, y poco despues, asomándose á las almenas una mujer, hizo resonar una vocina de caza.

Entonces todos los trabajadores se pararon, y á imitacion del anciano, se descubrieron la cabeza y rezaron algunos instantes.

—El humo que se alza de nuestro feliz hogar, dijo el anciano, va desapareciendo completamente.

Todos se sonrieron regocijados al oir estas palabras, y siguiendo al anciano, se dirigieron á la casa, despues de colocar las mulas y los bueyes á la sombra de los frondosos árboles frutales desparramados en la vega, dejándoles buena racion de heno.

En medio de un estenso salon del piso principal de la casa-castillo habia una gran mesa cubierta con blanquísimos manteles, sobre los que se veian simétricamente distribuidas hogazas de pan no menos blancas, y jarros de vino chispeante y regocijador.

A un estremo de la cocina, pues cocina era aquel salon,

estaban casi consumidas por el fuego algunas cepas de roble, y al amor de la lumbre reposaba, en enormes ollas y cazuelas, comida capaz de fortalecer el estómago de los doscientos ballesteros que habian tomado á su servicio los señores de Carrion al llegar de Valencia los infantes.

Martin Nuñez, que así se llamaba el anciano en quien hemos fijado principalmente la atencion, se sentó á la cabecera de la mesa, teniendo á su lado á una anciana colorada y robusta como él, y que momentos antes, acompañada de dos mocetonas que la daban el nombre de señora, daba la última mano á la obra colocada en torno del fuego.

Todos se sentaron á su vez á la mesa, menos las dos mozas que, bajo la direccion de la ama de la casa, habian confeccionado la comida.

Martin Nuñez dió gracias al que dispensa el sustento á cuantos séres alientan en la creacion, y en seguida, ayudado por su mujer, que era, como habrá adivinado el lector, la que se sentaba á su diestra, empezó á servir con grandes cucharones de madera, á todos sus comensales, la comida que las mozas empezaron á poner en la mesa, con mucho regocijo de amos y criados.

—Aquí falta alguien!... dijo dirigiendo la vista en torno de la mesa.

—Señor, falta Sancho, contestó Fortun el leñador, que ya habia metido mano ó mas bien metido dientes á su racion con apetito devorador.

—Y cómo no ha bajado contigo?

—Yo no sé por qué! Hácia Carrion se fué...

—A qué hora?

—No sé qué hora sería; pero ya el estómago me anunciaba las doce.

—Pues sería esa hora.

—Qué sé yo que os diga! A mí á todas horas me anuncia las doce el estómago.

Todos se echaron á reir, menos el amo de casa.

Fortun siguió comiendo á mas y mejor sin hablar otra palabra.

—Fortun, le dijo Martin, ¿cómo es que ahora te pareces á Pero Bermuez, el varon que calla y obra, y otras veces dejas cien leguas atrás en esto de mover la lengua á tu tio Bartolo el de Barbadillo, el que me recomendó que te diese plaza entre mis criados?

—Señor, eso es porque ahora estoy muy ocupado; mas si me lo mandais, hablaré mas que mi tio.

—Pues habla, que no te daré segunda racion si así no lo haces.

—Pues habeis de saber, señor, que el tal Sancho está muy enojado con los señores de Carrion, y cuenta que á don Fernando y á don Diego, y aun al mismo don Suero, les van á ajustar no sé qué cuentas allá en Toledo, donde el rey hace córtes para eso... Y por cierto que por la calzada de Burgos toda la mañana han estado pasando caballeros que á la cuenta van á las tales córtes. Y á fé que daba gloria verlos; armas y vestidos les brillaban como el sol del cielo...

—No es eso lo que yo quiero saber, Fortun, dijo Martin significando su descontento con su seriedad. Lo que quiero saber es adónde ha ido Sancho.

—Pues á eso voy, señor. Como toda la mañana le han estado dando enojos con su riqueza los caballeros que van á las córtes, yo no sé qué quimeras se le deben haber metido en la testa al tal Sancho, que piensa casar y labrar tierras propias, y... en fin, otras locuras como estas.

—Sancho tiene honrados pensamientos.

—No dudo, señor, que los tendrá, mas tambien poco seso.

—Tambien en eso muestras no conocerle.

—Bástame, señor, que vos lo digais para que yo me crea equivocado. Mas no muestra mucho seso el que como él trabaja en el monte desde los primeros albores con el afan conque él trabaja, y á la hora de yantar se va á correr bosques y breñas en vez de venir á refocilar el estómago con esta sabrosa vianda.

—Yo siempre he oido, dijo con tono zumbon otro de los criados del hidalgo, que los enamorados no han menester comer.

—Eso, mal pecado, replicó Fortun, no pasa de cuento. Oílo yo tambien muchas veces en Barbadillo, y dije para mi sayo: Trabajo y reviento há muchos años sin poder ahorrar un maravedí de cobre, porque el estómago acaba con todo. Amemos, y pasando sin comer, ahorraré en poco tiempo algunos marcos de plata. Como dije hice: enamoréme de veras de una gentil doncella, que cerca de mi casa tenia la suya, mas con el amor aumentóseme el apetito, y entonces determiné desenamorarme...

—Y por ventura lo hiciste?

—Hícelo al dia siguiente.

—Pues al entrar á mi servicio, dijo Martin, mal humorado andabas en Barbadillo, que tu tio me pidió que te admitiera en mi casa por temor de que allá no recobráras la alegría.

—Verdad decís, señor.

—No era por ventura amor lo que entonces te entristecia?

—No señor; era el miedo de tornar á enamorarme de la doncella mi vecina.

—Sandio es quien como tú no sabe esplicarse sus pasiones.

—Sobradamente sé yo esplicarme las mias.

—Danos una prueba de ello.

—Eso haré con mucho gusto: cuando las piernas me flaquean y el estómago se me va para dentro, y en la memoria se me representan pan blanco y magras de puerco y vino de lo bueno, conozco que tengo hambre, y vengo acá, mas cuerdo que Sancho, á satisfacer la pasion que siento.

— Tú simple eres, dijo Martin, pero aun así eres mas feliz que ese honrado y discreto Sancho.

—Temo, añadió la hidalga, que algo malo haya pasado á ese triste mancebo.

—Témolo yo tambien, y eso me tiene inquieto.

—Cuando menos, dijo Fortun, le ha pasado de malo el perder el yantar por no venir ó venir tarde.

—Venga él, repuso la mujer de Martin, que provista hallará la despensa.

—Demos á Dios gracias por ello, dijo Martin.

Y el hecho se siguió al dicho.

Todos los criados tornaron á su trabajo, diseminándose nuevamente por la vega, sobremanera alegres.

Martin se quedó conversando con su mujer.

—Ese Sancho, decia á esta, sabe que los condes de Carrion se ausentan del señorío para ir á las córtes de Toledo, y temo que por desahogar el rencor que les tiene haya cometido hoy ó cometa alguna imprudencia que le cueste cara.

—Mal has hecho en dejarle alejarse de la vega.

—Érale penosa la alegría de sus compañeros, que ama la soledad, y por eso le complací cuando me rogó que eligiese á él con Fortun para hacer provision de leña para el hogar.

—Y en vez de hacerla en otra parte, fué á hacerla á los robledales que están cabe la calzada de Carrion á Burgos.

—Algun misterio que me inquieta encerraba eso.

Martin al hablar así se acercó á una ventana que daba hácia el valle de Riodurna.

—Sancho viene por la arboleda, esclamó con alegría: mas con él viene una mujer que me parece Blanca.

—Cierto, ella es!

—Ambos llegan presurosos y azorados.

—Dios nos valga! alguna mala nueva traen, ó algo malo ha de haberles sucedido.

Martin y su mujer se lanzaron fuera de la casa corriendo al encuentro de Sancho y Blanca.

—Qué os agita, hijos? les preguntaron á una voz Martin y su mujer?

—Oh señores nuestros, contestó Sancho, los ruines verdugos de los condes nos persiguen.

—Por ventura has hecho algo que pueda escitar la saña de los infantes?

—Sí he hecho, señor: defender á la cuitada Blanca, que querian llevar á ese castillo maldito, que henchido de crímenes se alza, negro como el alma de sus moradores, en el cerro que domina á la villa de Carrion.

—Y quizá, añadió Blanca temblando, dentro de un momento asomará por esa arboleda la gente de armas de los condes que hemos visto acercarse al molino en nuestra persecu-

cion. Quizá dentro de un momento seremos muertos ó conducidos al castillo.

—Eso no, por Dios trino y uno, esclamó el hidalgo con altivez. Paloma que huyendo del carnicero milano se refugia en mi palomar, está del todo segura. Cincuenta criados tengo, todos animosos y leales, mi casa es fuerte y aspillerada, ballestas y dardos y espadas y lanzas hay en mi recámara. Que vengan los viles cumplidores de las maldades de los condes, que yo juro por la honra de mi padre ampararos á los dos, y aun vengaros de los que osen intentar arrebataros de mi casa.

—Vedlos!! esclamó Blanca aterrorizada y acercándose como en demanda de amparo ora al ex-ballestero, ora al hidalgo.

En efecto, por el mismo camino que Blanca y Sancho habian traido, asomaban los hombres armados que poco antes se acercaban al molino.

—Venid, dijo Martin, adonde esos villanos no puedan llegar.

Y el hidalgo y los que con él estaban entraron en la casa.

Martin tomó inmediatamente una vocina de caza, y subiendo á las almenas de la torre, la tañó por dos veces.

Todos sus criados comprendieron aquella señal, y corrieron apresuradamente á la casa.

Aquella señal indicaba que se acercaban enemigos, ya fuesen bandidos, ó ya otra clase de malhechores, y era preciso trocar la azada por la ballesta.

Las puertas de la casa-fortaleza estaban cerradas cuando la gente de los de Carrion llegó presurosa á ellas, segura de que allí estaban Sancho y Blanca, á quienes acababan de ver entrar.

—Abrid! abrid las puertas de vuestra casa, ó echad fuera de ella al asesino que la deshonra! gritaron los de Carrion al hidalgo, que apareció en la ventana preguntándoles por qué se acercaban en son de guerra.

—No hay asesino alguno en mi casa.

—En ella entró un villano que ha dado muerte en el molino de Riodurna á un servidor de nuestros amos y señores los muy nobles condes de Carrion.

—No se la ha dado él, que se la ha dado por su mano la justicia de Dios, que ampara al débil é inocente, y castiga al malvado.

—El cuitado á quien ha muerto cumplia las órdenes de su señor.

—Muerte merece el que por vil salario hace su brazo instrumento de la maldad.

—Abrid las puertas de vuestra casa, ó las echaremos al suelo, y la sangre de cuantos están en ella servirá de alimento al fuego que devore esa madriguera de asesinos y ladrones, esclamó uno de los de Carrion, que parecia capitanear á los restantes.

—Justicia de Dios! esclamó Martin encendido en ira al oir aquellas insolentes palabras. Quién osa hablar así de mi honrado solar y de los que moran en él?...

—Quien puede y debe, contestó, creciendo su insolencia, el de Carrion.

—Para cuándo es mi ballesta, rayo del cielo! esclamó Sancho preparándose á lanzar un dardo al insolente.

—Castiga, buen Sancho, al que así osa infamarnos, le dijo Martin.

El de Carrion soltó una insultante carcajada; pero aun no habia acabado de reir, cuando la risa se tornó en un ¡ay! doloroso: un dardo partido de la torre habia ido á traspasarle el mollar del brazo.

El dolor aumentó la saña del herido, que echando fuego por los ojos, gritó despues de arrancarse el dardo:

—Amigos, caigan las puertas de esa casa maldita, y el fuego consuma la casa y cuantos se guarecen en ella.

Los de Carrion, guiados por su gefe, se lanzaron como fieras hácia la torre con ánimo de romper las puertas á hachazos y pedradas; pero una nube de dardos les hizo retroceder algunos pasos.

Las almenas de la torre aparecieron guarnecidas de hombres y aun de mujeres provistos de ballestas y de proyectiles de todo género.

Repuestos un tanto los de Carrion del espanto que les cau-

sáran las viras que habian salido á su encuentro clavándose en algunos de ellos, acometieron nuevamente mas decididos y mas iracundos aun que antes, y comenzaron á descargar tremendos hachazos y pedradas en las puertas, sin que bastára á ahuyentarlos la nube de dardos y de piedras y ladrillos que de la torre bajaba sobre ellos.

Las puertas iban cediendo á los golpes de aquellas fieras rabiosas, que lanzaban ya ahullidos de gozo creyéndose próximos á vencer, y en vano los de dentro multiplicaban su esfuerzo para ahuyentarlos.

Las puertas de la torre saltaban en astillas, y pocos golpes mas se necesitaban para franquear paso á los que herian en ellas.

Entonces gritó Martin:

—Abajo, mis servidores y amigos! Lidiemos brazo á brazo y cuerpo á cuerpo con esos traidores!

Y lanzándose el primero, seguido de Sancho, escalera abajo con una espada en la mano, se vió imitado inmediatamente por cuantos hombres ocupaban las almenas y las ventanas y las saeteras.

Al descender al zaguan, ya muchos de los de Carrion penetraban por las despedazadas puertas.

El hidalgo y Sancho cerraron ciegos de corage con los invasores, y la lucha se trabó en el zaguan sangrienta y obstinada.

Entre tanto la gente de Martin se precipitaba por los últimos tramos de la escalera, y los de Carrion comenzaban á perder el terreno que con tanto trabajo habian conquistado, lanzándose fuera del zaguan, donde la lucha duró cortos instantes, porque se trasladó al campo cercano.

Fuera de la torre como dentro, el hidalgo y Sancho daban ejemplo de valor á los que secundaban sus esfuerzos. Allí la lucha fué aun mas sangrienta y porfiada que dentro.

Los de Carrion comenzaban á desmayar, tanto por el valor de sus enemigos, como porque su gefe se hallaba ya fuera de combate á causa de la sangre que habia derramado y derramaba aun de la herida que recibiera al comenzar la pelea.

—Acabemos con estos traidores! gritó Martin, en quien el esfuerzo y los años no debilitaban el valor ni la fuerza física.

Así él como los suyos hicieron un nuevo esfuerzo, y ya entonces los enemigos perdieron toda esperanza de vencer, y comenzaron á huir.

Los criados de los señores de Carrion se desvandaron en direccion al señorío, perseguidos y diezmados por sus contrarios.

Cansados ya estos de herirlos y perseguirlos, y convencidos de que nada tenian que temer, y de que la agresion estaba harto vengada, tornaron hácia la torre; donde fueron recibidos con gritos y lágrimas de alegría de las mujeres.

Lo primero que hizo el hidalgo al volver á su hogar, fué elevar su corazon á Dios para darle gracias por el triunfo que habia alcanzado defendiendo su casa y su honra.

Sancho habia luchado valerosamente.

Martin le echó los brazos al cuello para mostrarle cuán satisfecho estaba de él, y le dijo:

—Has defendido mi casa como si fuera la propia, y tienes derecho á un asiento en mi hogar. Sancho! yo no tengo hijos. Uníos tú y Blanca, y lo sereis mios, que fuertes estos muros y fuerte tu corazon, aquí vuestros enemigos serán impotentes para ofenderos.

—Gracias, señor! contestó Sancho con lágrimas de gratitud en los ojos. Si no puedo tornar á la casa donde vivieron y murieron mis padres, que llora la soledad y el abandono en que está, Blanca y yo unidos en lazos mas santos aun que los del amor que ya nos unen, aceptarémos el generoso amparo que nos ofreceis; pero antes de todo dadme vuestra licencia para ir á Toledo, donde ya sabeis que me llama Dios para que contribuya á la confusion y la vergüenza de los malvados.

—De grado te la doy, Sancho amigo, y fia que mientras por allá estés, aquí tendrá Blanca en mi mujer una segunda madre, y un segundo padre en mí.

Los condes de Carrion habian mostrado harto el interés que tenian en matar ó poner á buen recaudo al ex-ballestero.

El ex-ballestero no ignoraba la buena voluntad que le te-

nian los condes de Carrion, y tampoco que si no eran muchos los amigos de estos, eran los bastantes para dar buena cuenta de él sino andaba prevenido no solo por el señorío de Carrion, sino tambien por Castilla.

Tomó á la mañana siguiente antes de alborear el trage característico de los arrieros, y montando en una buena mula del hidalgo, emprendió la via de Burgos, para tomar desde allí la de Toledo.



CAPITULO XLV.

De como los de Carrion vieron su gozo en un pozo.

Grande era la animacion que reinaba en Toledo: los caballeros mas nobles, mas ricos y mas renombrados por su valor y su sabiduría de todos los dominios de don Alfonso, se hallaban ya en la insigne ciudad.

La mayor parte de ellos habian llevado consigo gente de armas que los acompañase y defendiese de toda agresion, y así era que los alrededores de la ciudad estaban convertidos en una especie de campamento.

La alegría se pintaba en el semblante de unos y el disgusto en el de otros: era que el Campeador no habia llegado aun, á pesar de que el plazo señalado para comenzar las córtes habia terminado hacia cinco dias.

No era don Alfonso quien menos sentia la tardanza del Cid, porque estaba persuadido de que tal tardanza perjudicaba no poco al de Vivar, en cuyo triunfo estaba vivamente interesado.

Hallábase en los palacios de Galiana tratando en vano de inquirir ó adivinar por qué Rodrigo no habia llegado aun, cuando uno de los caballeros del bando de Carrion solicitó licencia para presentarse á él, licencia que le fué concedida.

—Si venís á abogar por los señores de Carrion, le dijo don Alfonso antes que hubiese espuesto lo que pretendia, aconsé-

joos que desistais de vuestro intento: presente ó no el Cid, mañana comenzarán las córtes, y en ellas se hará justicia al que la tenga.

—No vengo á abogar por don Diego y don Fernando, contestó el caballero, mas sí á pediros la gracia de que los admitais á vuestra presencia.

—Hélos rechazado mas de una vez así en Sahagun como en Burgos.

—Mas, señor, obrareis con justicia oyéndolos en el momento en que van á aparecer ante un tribunal.

—En ese tribunal hallarán justicia.

—Oidlos, señor, como rey y amigo, antes de oirlos como juez.

—Al amigo han ofendido no menos que al rey.

—Por eso, señor, debeis oirlos: si han ofendido al amigo, dejad que reparen en el seno de la amistad esa ofensa. Si han ofendido al rey, dejad que respondan de su culpa á las córtes que le representan.

Don Alfonso vaciló algunos instantes antes de dar una contestacion definitiva al caballero que asi se interesaba porque consintiese en oir á los infantes.

—Decid, contestó al fin, á los de Carrion, que les otorgo la gracia que solicitan, porque no los supongo tan malos que despues de haber ofendido tan cruelmente al Campeador, osen venir á calumniarle en mi presencia.

Poco despues los infantes de Carrion, acompañados de su tio don Suero, del conde de Cabra, y de otros caballeros de su bando, comparecían ante don Alfonso.

—Decid, infantes, les dijo el rey, cuál es lo que os mueve á presentaros á mí.

—Muévenos, señor, respondió don Fernando, el deseo de pediros que habiendo pasado cinco dias desde que terminó el plazo para hacer córtes, y no habiendo comparecido ante ellas el de Vivar, á cuyo ruego fueron convocadas, declareis caducado el derecho del de Vivar...

—Justicia de Dios! esclamó don Alfonso indignado. En qué ley del reino apoyais esa pretension?...

—Apóyola, señor, en la ley de la justicia y la conveniencia...

—La ley de la justicia y la conveniencia ordena que toda culpa tenga su castigo tarde ó temprano. Vosotros habeis cometido una gran culpa, un gran crímen, una gran traicion, y habeis de responder de ella, no importa que en vez de ser hoy sea mañana...

—Señor, una gran prueba habeis adquirido ya en Toledo de que la razon está de nuestra parte y no de parte del de Vivar.

—Y no me direis qué prueba es esa?

—El haber comparecido puntualmente ante los jueces los acusados, y no haber comparecido el acusador.

—Cierto, cierto! asintieron tímidamente los parciales de los infantes.

—Silencio! esclamó el rey, indignado de la audacia no tanto de don Fernando, como de los parciales de los de Carrion. Si el de Vivar no ha llegado ya, será porque se lo haya impedido el cuidado de las tierras que conquistó su invencible espada ó alguna infame celada semejante á la que hallaron en otro tiempo sus servidores en la puente del Duero.

Don Suero Gonzalez y el conde de Cabra se estremecieron ante este recuerdo evocado por el rey.

Don Fernando no se desconcertó por eso.

—El Campeador no vendrá á las córtes, continuó.

—Y en qué fundais esa aseveracion?

—En que la razon no está de su parte.

—Que no lo está osais decir!

—Porque tal es la verdad, señor!

—Qué, no maltratásteis cruel y cobardemente á sus hijas? No pagásteis con esa infame alevosía la honra que Rodrigo y yo os dispensamos, dándoos por mujeres á doña Sol y doña Elvira? No pagásteis con la mas cruel de las ofensas la liberalidad conque Rodrigo Diaz de Vivar os colmó de riquezas?

—Señor, no.

—Pruebas, dadme pruebas de lo que decís.

—Aparte de otras muchas que tenemos, éslo y grande el no hallarse el Campeador en Toledo.

—El Campeador vendrá.

—No vendrá, señor.

—Él me pidió que hiciera córtes...

—Para disfrazar su sinrazon.

—Queria que vuestro castigo fuese tan público y solemne, como grande y pública fué la ofensa.

—Nunca el de Vivar creyó que habíais de confiar ese castigo á las córtes: el de Vivar esperaba que sin consejo de nadie y por vuestra esclusiva voluntad nos confiscaríais nuestros bienes, y nos arrojaríais de la tierra, y daríais por descasadas á sus hijas apenas os demandó justicia por imaginarias ofensas. No, no, señor, no vendrá Rodrigo Diaz á las córtes.

—Venga ó no, mañana, que serán cumplidos los cinco dias que es uso demorarlas desde que cumple el plazo de su convocacion para prepararse á ellas los caballeros é infanzones, comenzará el solemne juicio en que habeis de ser condenados ó absueltos.

—Absueltos seremos, no tanto porque el Campeador no se presentará á sostener la acusacion, como porque la razon está de nuestra parte.

Un grito de alegría se oyó en este instante á las puertas del palacio, y á los oidos del rey y de los caballeros que en presencia de él se hallaban llegaron ardientes vítores, mezclado con los cuales parecióles oir el nombre del Campeador.

La alegría radió en la faz de don Alfonso, y el enojo oscureció la de los de Carrion.

—Señor, dijo un criado del rey penetrando en la estancia, un mensagero de don Rodrigo Diaz de Vivar os demanda la gracia de comparecer á vuestra presencia.

—Hacedle entrar, contestó el rey alborozado, dirigiendo una mirada como de triunfo á los de Carrion.

Estos á su vez se miraron consternados, y pidieron licencia para retirarse.

—No, no, contestó el rey, nunca el Campeador dijo cosa que el mundo entero no la pudiera oir. Permaneced aquí, y

sabreis cuál es el objeto de este mensage que el Cid me envía.

El mensagero del Cid penetró en la estancia: era Alvar Fañez Minaya.

La alegría del rey creció al ver á la par que al mensagero del Cid, á uno de los caballeros que él mas amaba.

—Señor, dijo Alvar Fañez doblando la rodilla ante el rey, mio Cid me envía á besaros las manos en su nombre, como á su rey y señor natural que sois, y á deciros que esta noche estará á vuestro mandar en Toledo.

«Quando lo oyó el rey, dicen las crónicas, plogol' de corazon, porque non habie sabor de que el Campeador non hobiese legado.»

—Alzad, el buen Minaya, y tomad mis brazos, que sois de los caballeros mas honrados de la cristiandad, contestó don Alfonso levantando á Alvar Fañez y abrazándole cariñosamente.

El rey no creyó conveniente pedir satisfacciones delante de los de Carrion al mensagero del Cid de la tardanza de este último.

—El amor que al Campeador tengo y mi deseo de honrarle me mueven á cabalgar ahora mismo para ir á encontrarle.

—Gracias, señor, en su nombre y el mio! esclamó Minaya conmovido ante aquella honra que el rey dispensaba al Campeador.

—Eso y aun mas merece el que *en buen hora ciñó espada,* como con razon llama mi honrado pueblo al glorioso caudillo castellano, repuso el rey pronunciado con marcada intencion las palabras que hemos subrayado.

Los infantes de Carrion se estremecieron, y ellos y los de su bando se miraron con terror y enojo, al mismo tiempo que don Alfonso observaba con disimulo el efecto que sus palabras hacian en los cobardes y encarnizados enemigos del Cid.

Un momento despues se retiraban de la posada del rey los de Carrion.

—Mal hemos hecho en venir á las córtes, decian los infantes, que don Alfonso tiene mas amor que nunca al Cid, y nada omitirá para humillarnos y perdernos.

—Humillados y perdidos sin remedio os veríais de quedar en Carrion, contestó don Suero, que el rey al convocar córtes hizo saber que habria su enojo y no sería su vasallo el que no viniese á ellas.

—Aquí tal vez nos obligará el rey á hacer campo con el de Vivar al terminar las córtes, y no viniendo á ellas, hubiéramos huido á las Asturias de Oviedo, donde tenemos deudos y amigos, ó á tierra de moros, si aun en las Asturias nos perseguia la ira del rey.

—Pero el señorío de Carrion hubiera sido confiscado.

—Eso menos importaría que perder la cabeza.

—Confúndaos el infierno, sobrinos mios, que tan cobardes sois! esclamó don Suero echando por la boca rabiosos espumarajos. Tuvisteis valor para azotar á vuestras mujeres y entregarlas á las fieras del monte, y no le teneis para responder con frente serena de vuestra maldad?

—Rayo de Dios! esclamó á su vez don Fernando, tambien vos, tio, el que con su ejemplo y sus consejos nos ha criado tales como somos, os declarais nuestro acusador y enemigo!!... Por Jesucristo que eso merece el nombre de traicion!

—A mí osais con desvergonzada lengua, menguados rapaces!... gritó don Suero ardiendo en ira y poniendo mano á la espada.

—Razon sobrada tenemos para ello, dijo don Diego viniendo en apoyo de su hermano, y poniéndose como este en actitud de contrastar la acometida conque á ambos amenazaba el viejo.

El conde de Cabra y otros de los caballeros presentes se apresuraron á apaciguar á tio y sobrinos.

—Tan insensatos sois, les dijo don García, que cuando mas riesgo que nunca corren vuestras vidas y haciendas, y aun las de todos vuestros amigos, gastais tiempo y fuerzas en vanas recriminaciones? Holgaránse de ello vuestros enemigos, que tambien son los nuestros, y ese triunfo mas alcanzan sin trabajo. Combatámoslos uniendo en una nuestras voluntades, y cuando hayamos triunfado de ellos, tendremos sobrado tiempo y sobrada calma para arreglar como amigos ó como enemigos nuestras diferencias.

—Con mucha cordura y lealtad hablais, don García, contestó don Suero, y añadió en tono conciliador: falta á mis sobrinos la esperiencia del mundo que á vos y á mí nos sobra, y por eso mas que por otra cosa hablan y proceden con poco seso. Oh sobrinos mios! cuán injustos sois olvidando el amor que siempre os ha tenido el triste viejo que os ha servido de padre.

—Perdonadme, tio y señor! dijo don Fernando, arrepentido ya del arranque de indignacion que tanto habia resentido á don Suero.

Este estrechó la mano á sus sobrinos, para probarles que ningun rencor quedaba en él.

Esto pasaba en una de las plazas mas concurridas de Toledo, y muchas gentes se habian agolpado á presenciar la querella de los de Carrion con la esperanza de ver á estos venir á las manos, porque sabido es que en todos tiempos y en todas partes fué apasionado el vulgo á los espectáculos sangrientos.

Don Suero dirigió una mirada amenazadora é iracunda al vulgo, que se acercaba deseoso de solazarse con sus querellas, y de repente lanzó una sorda esclamacion de ira.

Acababa de ver entre la multitud á Sancho el ballestero.

Quiso lanzarse hácia él; pero Sancho desapareció de repente entre la muchedumbre, despues de prorumpir en una insultante carcajada.

Mientras esto pasaba en una plaza de Toledo, el rey, acompañado de sus mejores caballeros, abandonaba la ciudad para salir al encuentro al Campeador.

CAPITULO XLVI.

De lo que pasó en las córtes.

Dos horas hacia que don Alfonso y sus caballeros y servidores caminaban al encuentro del Campeador, cuando, como dicen las crónicas, «hobo á oio á mio Cid é los sos é fizo grandes gozos.»

Apenas Rodrigo se acercó al rey, descabalgó apresuradamente, y don Alfonso le imitó.

—Señor, á vos me humillo como vasallo leal y honrado, esclamó el de Vivar doblando la rodilla ante el rey, «ca viltar se querie para hondrar á so señor,» segun la espresion de las crónicas.

—Alzad, honrado Cid, le dijo don Alfonso alargándole la mano para levantarle y atraerle á sus brazos, en los que le estrechó amorosamente. Impaciente os he esperado cinco dias, añadió, porque tanto como vos deseo ver vengada la ofensa que á ambos nos han hecho los infantes de Carrion.

—Perdonadme, señor, si no he venido á las córtes al terminar el plazo de siete semanas que señalásteis para hacerlas. Cuando me disponia á partir, la morisma, de quien tuve lástima y no quise arrojar de la tierra por mí conquistada, osó rebelarse contra mi señorío, y para dejar seguro el de lo que tanto nos costó ganar, fuéme forzoso detenerme allá los cinco dias que me habeis esperado, aunque como ahora mi corazon se abrasaba en sed de venganza.

—Vuestra tardanza poco importa, que mañana comenzarán

las córtes, y fio en Dios y en vuestro derecho que la ofensa que á ambos nos lastima ha de quedar muy pronto vengada.

—A no ser por esa esperanza, ya el dolor hubiera cortado mi vida lo mismo que la de mi Jimena y mi Elvira y mi Sol, que os besan humildes la mano, y como yo os ruegan que os dolais de esta gran desgracia, que vino á turbar nuestra dicha.

—Sí me duelo y doleré siempre, siquiera seais bien vengado. Tornemos para Toledo sin tardanza.

—Eso deseo, señor.

Dicho esto, todos se encaminaron á Toledo.

Mas de doscientos caballeros de los mejores de su bando acompañaban al Cid. Con él venian entre otros no menos honrados, Pero Bermuez, Muño Gustios, Martin Antolinez, Alvar Salvadores, Martin Muñoz, Alvar Alvarez, Felix Muñoz, y «el sabidor» Malanda.

Al acercarse á Toledo el Cid dijo á don Alfonso:

—Ruégoos, señor, que me permitais no pasar el Tajo esta noche. Los mios y yo posaremos esta noche en San Cervantes, ese monasterio donde tendremos vigilia porque Dios favorezca la causa que vamos á defender. Mañana entraré en la ciudad, é iré á las córtes temprano.

—Pláceme vuestro santo intento, contestó el rey, y se separó del Cid penetrando en la ciudad.

El Campeador preferia para encomendarse á Dios la quietud de aquellos santos lugares, al bullicio y la agitacion de la ciudad.

Las crónicas han conservado noticia minuciosa del empleo que dió á aquella noche. Copiemos sus mismas palabras.

«Mio Cid, dicen, posado en San Servan, mandó facer candelas é ponerlas en el altar, ca sabor habie de velar en la sancta eclegia é rogar al Criador non le desampará ra.

Matines é prima dixeron fazal'alba, é antes que saliese el sol suelta fué la misa, ca la dixo el obispo don Hieronymo.

El Campeador leal fizo muy buena é complida ofrenda, é luego con Minaya é los buenos que yha fabló en poridat.

Ya se adoban para entrar dentro en Tolledo.

Velmezes lieban vestidos por sofrir las guarniziones, desu-

so las lorigas tan blancas como el sol; sobre las lorigas arminos é pelizones porque non parezcan las armas, é so los mantos las espadas taiadoras.

Daquesta guisa querien ir á la corte por si querella les buscaban infantes de Carrion.

Metióse mio Cid calzas de buen paño, é sobre ellas unos zapatos que eran á gran huebra, é vistióse una camisa de ranzal tan blanca como el sol, é con oro é plata todas las presas. Sobrella púsose un brial primo de ciclaton obrado con oro, é sobresto una piel bermeia con las bandas de oro, ca siempre la vistió mio Cid en la corte. Sobre los pelos lieva una cofia de un escarnin preciado obrada con oro, é fecha por razon que non le cortasen los pelos.

La barba habie luenga é con un cordon la priso, é desuso todo cobrióse con un manto fecho á maravilla.»

De San Cervantes salió el Campeador con cien de los suyos, todos buenos caballeros.

Así que penetró en la ciudad, vítores y bienvenidas resonaron por todas partes.

Dirigióse al palacio donde iban á hacerse las córtes, al frente del cual descabalgaron todos.

El rey habia mandado que se dejase al vulgo entrar en el palacio, para que, desde las galerías que rodeaban el salon, pudiese ver y oir cuanto allí se iba á tratar.

La plaza estaba ocupada por un gentío inmenso, cuyo entusiasmo no tuvo límites, al ver al que en buen hora ciñó espada, y ya las galerías interiores estaban atestadas de espectadores.

El Cid y los suyos penetraron en el salon.

« Cuerdamientre, dice la crónica, entra mio Cid en la cort con todos los sos, é los ciento van aderredor suyo.»

Cuando apareció á la entrada del salon, el rey y la mayor parte de los caballeros infanzones y ricos-homes se levantaron en muestra de amor y respeto; mas no así los de Carrion.

No se contentaron con esto don Alfonso, los condes don Ramon y don Enrique, y otros que se adelantaron á su encuentro.

La honra que el rey dispensaba al Cid enojó sobremanera á los de Carrion, en cuyo bando hubo uno nombrado por las crónicas el Crespo Grañon, que llevó su descortesía al estremo de tornar la espalda al de Vivar cuando este pasó delante de él, lo cual notado por el rey y otros de los circunstantes, valió á Rodrigo nuevas muestras de amistad.

El rey dijo en voz alta:

—Cid! el mejor caballero de mis reinos, el esforzado, el noble, el vasallo leal, el de la invencible diestra, sentaos á mi lado en este escaño de marfil donde yo me siento, que por mas que á algunos pese, mas digno aun que yo sois de yacer aquí.

El Campeador dió las gracias al rey profundamente conmovido por aquella singular honra, y añadió:

—Permitidme, señor, que no acepte la honra inmerecida que me dispensais. Permaneced solo en vuestro escaño, que sois rey y señor de cuantos aquí estamos, y no es ley que otro, quien quier que sea, os iguale.

—Honra recibo igualándoos conmigo aquí, repuso el rey; y tomando de la mano al Campeador, le obligó á sentarse con él en el «escaño tornino,» como dicen las crónicas.

Los ciento que le guardan, añaden estas, posan aderredor, é catando están á mio Cid cuantos hay en la corte.»

«La barba habia luenga é presa con un cordon, é en todos los aguisamientos respeto ponie.

Infantes de Carrion nol' pueden catar de vergüenza é de pavor.»

El rey se puso en pie un momento despues, y un profundo silencio reinó entonces, así en el salon como en las galerías.

—Oid, varones, así el Creador os valga, dijo con voz robusta. Desde que empuño cetro y ciño corona fueron tres veces con esta las que hice córtes: las primeras en Burgos, en Carrion las segundas. Estas que hago en Toledo son por amor á mio Cid, para que reciba derecho de los infantes de Carrion, que gran tuerto le han hecho, como todos sabemos. Conmigo sean alcaldes de este pleito el conde don Ramon y el conde don Enrique si vosotros lo teneis por justo.

Todos los que presentes estaban, menos los del bando de

Carrion, que ni se atrevieron á rehusar ni á asentir, contestaron afirmativamente al rey.

—Mio Cid, continuó el rey, demandará derecho; contestarán los infantes á su demanda, y todo el que aquí ocupe escaño será libre de hablar en pro del que con razon creyere. Poned todos mientes en el pleito que vais á juzgar, que para hacer justicia y no tuerto hemos venido todos aquí. Yo, por mi parte, juro por Dios y Santa María, y este santo Evangelio, que daré la razon solo al que la tenga segun mi saber y entender. Jurad lo mismo todos los que con igual propósito habeis venido aquí.

Todos los que presentes estaban fueron jurando con la mano puesta sobre un libro de Evangelios que cerca del rey habia.

—Ahora, dijo entonces don Alfonso, haga su demanda Rodrigo Diaz de Vivar, y respondan los infantes de Carrion don Diego y don Fernando.

El Cid besó la mano al rey en señal de sumision y agradecimiento, y dijo:

—Vos, señor rey, casasteis á mis hijas, doña Sol y doña Elvira, con los infantes de Carrion, que no fuí yo quien se las dió. A vos ofendieron dejándolas, y á vos toca por ende castigar la ofensa que os hicieron. Mas cuando salieron con ellas de Valencia, yo de alma y corazon los queria, y para mostrárselo les dí dos espadas llamadas Colada y Tizona, ambas ganadas por mí honradamente, lidiando con don Ramon el conde de Barcelona y con Bucar el rey de Marruecos. Como los que azotaron á mis hijas en el robledal de Corpa no pueden ya tener mi amor ni honrar las espadas que les dí, dénme los infantes á Colada y Tizona.

Los infantes y don Suero y los de su bando hablaron aparte.

—Debemos, dijo don Fernando, apresurarnos á devolver al Cid las espadas, que en ello salimos muy gananciosos. Puesto que eso quiere, y no vengar la deshonra de sus hijas que dejará para mas adelante, no debemos desesperanzar de avenirnos con el rey.

—Cierto, contestó don Suero: si las córtes concluyen con esto, ya las hijas del Cid azotadas quedarán, y su padre sin derecho á demandar venganza.



Lám. 9.

Mio Cid llegóse al señor rey, y le dijo.

—Contestad á la demanda del Campeador, dijo el rey, así que los de Carrion hubieron conferenciado.

—Nada tenemos que contestar, señor.

Los alcaldes ordenaron entonces que los infantes devolvieran las espadas Colada y Tizona al Cid.

—Así haremos, dijo don Fernando: dos espadas nos dió el Cid de mucho precio, y cuando nos las pide, deseo tendrá de ellas. Menos ricos que el Cid somos, mas sí lo bastante para que la codicia del oro que en los puños tienen esas espadas no nos mueva á guardarlas.

El Cid no se pudo contener al oir estas últimas palabras.

—San Pedro de Arlanza me valga! Osais, vosotros los de Carrion, acusarme de codicia, cuando tan altas pruebas teneis de mi liberalidad?

Don Suero, que comprendió la imprudencia conque habia hablado su sobrino, se apresuró á contestar:

—Cid! no os dice mi sobrino que seais codicioso; mas sí que las espadas para él y don Diego solo tienen el valor que les dá el oro que hay en ellas.

—El oro que hay en ellas no es el que se ve, que es... el que ojos vulgares como los vuestros no pueden ver.

Los infantes no comprendieron estas palabras del Cid, y pusieron en manos del rey las espadas.

«Las manzanas é los arriaces, dicen las crónicas, todo es de oro, é las espadas ambas relumbran cuemo el sol, y maravíllanse de ellas todos los homes buenos que son en la corte.»

El Cid se levantó de su escaño y fué á tomar las espadas, y al ver que eran las mismas que él dió á los infantes, las besó. «A delicia, dice la crónica, las cataba, é alegros'le tod'el cuerpo é sonrisando de corazon é tomándose la barba dixo tal que soldamente el rey le pudo oir:—Así s' yrán vengando doña Sol é don' Elvira mias fijas mucho amadas.»

—Muño Gustios, hé aquí á Tizona. Tomadlá, que mucho mejora de dueño en vuestro cinto, y si ella vale mucho, mas valdrá despues que vuestro brazo la esgrima.

Muño Gustios tomó la espada casi llorando de gozo.

—Vos, Martin Antolinez, el burgalés de pro, añadió el

Cid, tomad á Colada. Mucho vale, y por eso os la doy. Vos ganareis prez con ella y sabreis honrarla.

Antolinez tomó la espada y besó la mano al Cid en señal de agradecimiento.

El Cid se levantó nuevamente, y se adelantó un paso como para formular otra demanda, lo que hizo estremecer de miedo á don Diego y don Fernando.

—Gracias al Criador, dijo, y á vos el rey mi señor natural, ya pagado estoy de las espadas que en muy alta estima tenia; mas otra deuda han menester satisfacerme los infantes de Carrion. Cuando sacaron de Valencia á mis hijas, en oro y en plata les dí tres mil marcos. Devuélvanme mis haberes, ya que han rechazado alevosamente á mis hijas.

«Aqui veredes, dice la crónica, quexarse infantes de Carrion!»

El temor y la ira á la vez agitaban á los infantes y á don Suero y á todos los de su bando.

—Contestad sí ó nó á la demanda del Campeador, les dijo el rey.

—No tiene ya derecho á demandarnos nada, contestó don Fernando. Le dimos las espadas para que otra cosa no pidiese, y allí finó su derecho. Digan el señor rey y los alcaldes si decimos ó no verdad.

—No la decís, contestó el rey, y lo mismo opinaron los alcaldes.

Los de Carrion tornaron á conferenciar y acordaron resistir la nueva demanda del Cid, mas que todo, porque la mayor parte de los haberes que les pedian habian ya gastado.

—Injusto á maravilla es el Cid con nosotros, dijo don Fernando. No fueron tres mil marcos los que nos dió.

—Hablad, Minaya, y vos, Antolinez, que estábais presentes cuando á los infantes dí los haberes que hoy les demando, dijo el Cid.

—Por la fé de caballeros juramos que se los disteis, contestaron los interrogados.

—Bastaba para acreditarlo la honrada palabra del Campea-

dor, dijo el rey; mas jurándolo tan buenos varones como estos, nadie osará ya ponerlo en duda.

—Quizá mis sobrinos recuerden mal, dijo don Suero; mas fuesen tres mil marcos ó fuesen menos los que del Cid recibieron, no pueden darlos, porque los han gastado en la jornada de Valencia á Carrion, y en reparar los quebrantos venidos al señorío con su ausencia de él.

—Cuenta nuestra no es esa, replicaron los alcaldes. Dióles el Cid tres mil marcos, y derecho tiene á ser pagado de ellos.

Los alcaldes no quisieron conceder el plazo que los infantes pedian para pagar al Cid los tres mil marcos.

—Haciendas tenemos en Carrion, dijo don Fernando, y darlas prometemos al Cid en pago de los haberes monedados que nos reclama.

—No aceptaré yo tal pago, replicó Rodrigo, que haciendas en vuestro señorío ó cerca de él, solo sirven para que vosotros ó vuestras gentes se solacen entrando por ellas y robando y matando á los que las cultivan.

—Razon sobrada tiene en esto el Campeador, dijeron los alcaldes, y por eso ordenamos, salvo el parecer de las córtes, que aquí mismo pagueis incontinente cuanto le debeis.

—No tenemos haberes monedados.

—Pagadle en armas y caballos y alhajas, por aprecio que harán hombres entendedores por nosotros nombrados.

—Ese pago admito, respondió el Cid.

Entonces el rey dispuso que el juicio se interrumpiese hasta el dia siguiente para dar lugar á la presentacion, apreciadura y entrega al Cid de haberes no monedados equivalentes á los tres mil marcos.

«Veriedes, dicen las crónicas, aduxir tanto caballo corredor, tanta gruesa mula, tanto buen palafré, tanta espada guarnecida de oro é plata, ca á infantes á fuerza de rogar emprés-tanles sos amigos lo que ellos non tienen. Homes de mio Cid lo toman, é mucho gozo facen las ientes viendo pagado al qu' en buen hora nascó.»

Llegada la mañana siguiente, tornaron á reunirse todos

los ricos-homes é infanzones y caballeros que habia en Toledo para hacer córtes.

Gran dolor habia costado á los de Carrion pagar los tres mil marcos, pues según se deduce de las crónicas, para reunir el valor de aquella suma habian tenido que rogar á todos sus amigos poco menos que como ruega el que pide una limosna; pero se consolaban pensando que el Cid estaba ya satisfecho con aquel pago, y renunciaba á demandarles cuenta del azotamiento de doña Sol y doña Elvira.

Don Suero Gonzalez no se hallaba aun en su escaño.

El Cid se levantó, y el temor de la incertidumbre estremeció á los infantes.

—Ya, dijo Rodrigo, estoy pagado de las espadas y los haberes monedados que di á mis yernos, y á Dios y al señor rey y á la corte lo agradezco; pero aun no estoy del todo satisfecho.

Los infantes de Carrion temblaron al oir estas últimas palabras.

—Hablad, Cid, libremente, que aquí nos hemos juntado para oir á todos y hacer á todos cumplida justicia.

El Cid continuó con exaltacion:

—Yo tenia dos hijas hermosas como el albor de la mañana y las flores de los campos. Eran la delicia y el encanto de mi hogar: ellas y su honrada madre eran mi pensamiento contínuo lo mismo en la guerra que en la paz, lo mismo en la holganza de la corte que en las inquietudes y los trabajos de la guerra. Al cerrar con la morisma, mis labios y mi corazon invocaban á la par del nombre de Dios y el de mi mujer, el nombre de mis hijas, y su recuerdo me fortalecia. Mas de una vez en los rápidos y agitados sueños del campamento soñé que habia conquistado un trono para mi Sol y mi Elvira. Si mi alma conoció alguna vez ambicion, fué la de encumbrar á mis hijas á la altura de los reyes de la tierra. Pensando siempre en ellas, despierto ó dormido, en paz ó en guerra, cerca ó lejos de mis hogares, nunca me cercó tribulacion que ante su recuerdo no desapareciese. «¿Qué me importan, me decia, qué me importan todos estos trabajos de la guerra, qué me importa sen-

tir rasgadas mis carnes por el dardo ó la lanza del infiel, si con un resto de vida torno á mi hogar, y allí encuentro á mi mujer y mis hijas? Mis hijas, que son cuando niñas hermosos ángeles llenos de gracia y de inocencia, serán cuando doncellas el encanto y la ambicion de los mas nobles y gentiles mancebos, y cuando esposas la imágen de su noble madre, el modelo de las damas castellanas.» Dios me prestó su ayuda, y aumenté mi honra y mi hacienda hasta serme lícito aspirar á casar mis hijas con hijos de reyes. Entonces el señor rey don Alfonso me dijo:—«Cid, ruégoos que caseis vuestras hijas con los infantes de Carrion, que en ello ganará vuestra honra y la paz de mis reinos.» Obedecer á mi rey y señor fué siempre mi primer deber de vasallo y caballero, y mis hijas casaron con los infantes de Carrion. Amé á los infantes como padre puede amar á sus hijos; despues de haberles dado las prendas mas caras de mi alma, despues de haberles dado mis hijas, hermosas como el sol de Dios cuando despunta, y puras como los ángeles del cielo, les dí las dos mas ricas espadas que con mi sangre habia conquistado en los campos de batalla, y los colmé de riquezas, y les dije:—«Llevad vuestras mujeres á vuestro señorío de Carrion, y honradlas allí y amadlas como su madre ha sido siempre honrada y amada por mí.»—No es verdad esto, infantes de Carrion?

—Verdad es, contestaron los infantes, no con vergüenza, sino con audaz altaneria.

La ira centellaba en la faz del Campeador, que hirguiéndose con toda la fiereza del caballero herido en su honra, y del padre herido en su corazon, gritó con voz capaz de poner miedo al mas audaz y sereno:

—¿Cómo cumplísteis, infantes, el encargo que con lágrimas en los ojos os hicimos mi mujer y yo al entregaros las prendas del alma? ¡Oh! ¡cien vidas que tuviérais no bastarían á pagar vuestra iniquidad! Llegásteis con mis nobles hijas á los robledales de Corpa, y allí, en la soledad donde nadie podia acudir á prestar su amparo á la debilidad y la inocencia, escarnecísteis, heristeis sin misericordia en la honra y en la carne á las hijas del que mató al conde Lozano.

Los infantes se sintieron atemorizados ante la indignacion y ante las últimas palabras del Cid.

Este continuó:

—¿Creeis por ventura, aleves infantes, que con menos que vuestra sangre podeis espiar tan inicua alevosía? ¿Creeis que el padre y el caballero se habia de considerar pagado conque le devolvieran lo que á mí habeis devuelto? No, traidores, no.

Los infantes de Carrion estaban espantados, no tanto por la acusacion que el Cid les dirigia, cuanto por la indignacion que veían estallar en el alma de la mayor parte de los circunstantes, indignacion que sentian hasta muchos de su bando, que hasta entonces no habian conocido la maldad de los infantes.

Dirigian estos la vista á las puertas del salon, impacientes por ver entrar á don Suero, en quien fiaban su defensa; pero don Suero no parecia.

Entonces el conde de Cabra, que comprendió el aprieto de don Diego y don Fernando, se levantó á defender á estos, y á desahogar su pecho del odio que desde mucho tiempo atrás guardaba al Campeador.

—Señor rey, dijo, los nobles infantes de Carrion no pueden defenderse, porque no están avezados á estos debates de córtes. Por merced os pido que me dejeis defenderlos, que en tal deber estoy como caballero y como amigo leal suyo.

—Hablad como os plazca, contestó el rey, y el mismo derecho tienen cuantos presentes están.

El conde de Cabra continuó dirigiéndose al Cid con la mirada sañuda:

—Cid, dejaste crecer la barba para espantar á quienes no te conozcan; mas no soy yo de estos, y la verdad he de decirte aquí sin pasion. Los de Carrion eran de linage tal, que casando con tus hijas perdian en honores.

El Cid, indignado, quiso arrojar un mentís á la faz del de Cabra, pero se contuvo, y el conde continuó:

—Casaron á pesar de eso para poner término á la enemistad que con daño de Castilla habia desde muy antiguo entre su casa y la tuya. En vez de honrarlos como á hijos tuyos que eran ya, los deshonraste mandando soltar el leon cuando

no estaban aparejados para resistirle, porque dijiste: si resisten, morirán devorados por la fiera; si huyen, quedarán deshonrados, y yo tendré derecho á todo, derecho hasta á descasarlos.

—Calla, calla, lengua sin manos, esclamó el Cid, no pudiendo ya oir en silencio las calumnias de que le hacia objeto el de Cabra. Por el Criador de cielo y tierra, qué tienes, conde, que decir de la mi barba? Desde que nació no me la mesó hijo de mujer, moro ni cristiano, como yo á tí la tuya cuando tomé á Cabra y á tí por la barba. Mientes como villano que eres de alma, siquier de honrado linage, mientes en lo del leon, y por bien de los aleves y cobardes á quienes defiendes, debieras callarlo...

Don Fernando, que habia ido cobrando ánimo al ver al conde de Cabra tomar su defensa, quiso ensayar tambien su elocuencia, y se levantó.

—Cid! dijo con altanería, ya estais pagado de vuestros haberes, y nada mas teneis derecho á pedirnos. Dejamos á vuestras hijas y las herimos, porque perteneciéndonos hijas de reyes y no de infanzones, nos tratásteis como si fuéramos miserables villanos.

—Como tal hablas, replicó el Cid, y como á tal debo trataros, mal pecado, que no como á hijos y mucho menos como caballeros.

Y dirigiéndose el Cid á Pero Bermuez, añadió:

—Habla, Pero Mudo, cuenta cómo se hubieron los infantes cuando vencimos á Bucar.

«Pero Bermuez, dicen las crónicas, compezó de fablar. Detienes'le la lengua, mas cuando compieza sabed nol' dá vagar.»

—Señor, siempre en las córtes me llamais Pero Mudo; mas bien sabeis que mucho me cuesta hablar. Aun así diré lo que á los infantes no gustará oir.

Y dirigiéndose á los infantes, continuó:

—Mientes en cuanto dices, Fernando, y yo contaré aqui tus mañas. Recuerda bien lo que hicísteis cuando vencimos al rey de Marruecos. Tú y tu hermano huiais de la pelea. Moros

os perseguian, y otro caballero y yo os salvamos matando á los moros. El pago que por tal ayuda nos dísteis fué herirnos por la espalda cuando como amigos leales os acompañábamos para libraros de nuevo peligro. El otro caballero dejásteis muerto, y á mí en apariencia mortal. Traiciones como estas y cobardías como la que mostrásteis cuando el leon salió de la jaula, y hazañas como las que hicísteis en los robledales de Corpa, forman la historia de toda vuestra vida, y aun la de vuestro tio don Suero, que plegue á Dios venga pronto á la corte para que aquí oiga de mi boca lo que merece. Calla, calla, Fernando, que no debe hablar quien solo para el mal tiene manos. Yo te reto á muerte por malo y por traidor, que con espada y lanza quiero ratificar lo que con la lengua digo. Lidiarémos ante el rey don Alfonso hoy mismo y aquí en Toledo, si á su merced place. Así quedarán vengadas las hijas de mio Cid, que mujeres y todo, en valor y en nobleza valen mas que vosotros.

Don Fernando se sintió sobrecogido de espanto al oir el reto de Pero Bermuez, y tal vez se disponia á pronunciar palabras conciliadoras, cuando su hermano se levantó instigado secretamente por el conde de Cabra, que le aconsejó variar de táctica, y dijo con una altanería que indignó al mismo rey:

—Cierto que deshonramos á las hijas del Cid azotándolas sin misericordia y denostándolas con palabras cuando las castigábamos con las cinchas; mas sabed que no nos pesa, que eran indignas de nosotros, y á no deshacernos de ellas, pronto nos hubieran deshonrado amando á falta de otro al villano mas ruin que las hubiera requerido de amores...

—Santiago de Compostela!... gritó el Cid queriendo lanzarse á castigar allí mismo al que así se atrevia á calumniar á sus hijas; pero Martin Antolinez, no menos indignado que el Cid, se apresuró á tomar la defensa de doña Sol y doña Elvira, temiendo que el Campeador la llevase mas allá de lo que la ocasion permitia.

—Calla, calla, alevoso, gritó á don Diego, calla, y no añadas aquí la calumnia á la traicion y la maldad de que tú y tu hermano habeis hecho alarde en todas partes. ¿Las hijas de mio Cid osais tomar en boca para negar la pureza de ángel que

resplandeció siempre, y resplandece y resplandecerá en su alma? Yo sostengo que eres traidor y alevoso, y en cuanto dices mientes. Sosténgolo aquí, lo sostendré en el campo, adonde te reto para que lidiemos hasta que caiga muerto el que con justicia no lidie.

Pesaba ya á don Diego como á su hermano la arrogancia de que habia hecho alarde, y yacía en su escaño en estremo descorazonado, cuando vino á reanimar á él y á don Fernando la presencia de don Suero, que en aquel instante apareció en una de las puertas del salon.

Muy pronto se tornó en enojo la alegría de los infantes; porque estos echaron de ver, como todos los circunstantes, el vergonzoso estado en que don Suero venia.

«Asur Gonzalez, dice la crónica, entraba por el palacio rastrando manto arminio é brial, ca era almorzado é habie poco recabdo en lo que hablaba.»

Esto, como la mayoría de los lectores comprenderá, quiere decir que el nobilísimo don Suero Gonzalez habia almorzado muy fuerte y venia borracho.

—Varones! decia al entrar, tartamudeando, ¿quién de vosotros podrá darnos nuevas de mio Cid el de Vivar? Dícese que está tomando maquilas en los molinos de Riodurna; pero yo creo que ese oficio era el que tenia en otro tiempo, y ahora ha tomado otro de mas provecho, que es salir á las calzadas á tomar lo que pasageros pobres y ricos llevan en la bolsa.

—Señor rey! gritó el Cid echando mano al cinto sin poder contener su enojo, dadme licencia para cortar aquí mismo la vil lengua que así infama mi honra inmaculada...

—Yo vengaré vuestra honra, señor, dijo Muño Gustios; yo castigaré en la liza al alevoso que tal calumnia osa lanzar contra vos! Don Suero Gonzalez, yo, Muño Gustios, un honrado caballero que nunca retó en vano, os acuso de calumniador y malvado, y os reto á campal batalla, donde recibiréis el castigo de vuestras maldades pasadas y presentes.

—Señor, dijo el conde de Cabra dirigiéndose en tono suplicante al rey, no autoriceis el reto que Muño Gustios arroja á ese anciano. Si castigo merecen las palabras de don Suero,

no es tal que obligueis al que las ha pronunciado á empeñarse en un combate á muerte. Puede ese castigo imponerse al acusado de traicion ó alevosía; mas en don Suero no pesa tal acusacion.

—Alevoso y traidor es don Suero como el que le defiende, dijo un mancebo desde la galería que ocupaba el público.

La curiosidad, la sorpresa, la indignacion, una porcion de sentimientos diversos agitaron así á los prohombres reunidos en el salon, como á la muchedumbre de espectadores.

Todos fijaron la vista en el que habia tenido la audacia inaudita de lanzar aquella acusacion desde el puesto del vulgo.

Era el ex-ballestero Sancho.

Los que sabian cuán por milagro habia este escapado de la muerte cuando en los sotos de Carrion clavó su flecha en Carnicero, en el perro eternamente llorado por los infantes, murmuraron con gran pesar:

—Esta vez no se libra de la muerte ese mancebo.

—Muera, muera el insolente villano que así turba la magestad de estos lugares, é insulta al rey y á los caballeros mas nobles de Castilla, osando alzar aquí su voz! gritaron los del bando de Carrion, y todos, lo mismo estos que los del bando del Cid, creyeron que el rey iba á mandar hacer terrible justicia en aquel mancebo.

Don Alfonso dirigió á su vez entre curioso y airado la vista á Sancho, y al verle sereno y como dispuesto á sostener su atrevida acusacion, mandó que se le hiciera bajar á su presencia.

Un profundo silencio reinó por algunos instantes, al cabo de los cuales Sancho apareció en el salon.

—Acércate, vasallo, le dijo el rey.

Los de Carrion se estremecieron de espanto, temiendo que el ex-ballestero hiciera revelaciones capaces de perderlos.

—Señor, dijo el conde de Cabra, ofendeis á los nobles que aquí asistimos, permitiendo á ese insolente villano penetrar en este recinto.

—El juez, repuso el rey, para juzgar necesita luz, y poco

importa que la luz venga de bajo ó de alto, con tal que produzca el acierto.

Y dirigiéndose á Sancho, añadió:

—Mancebo, ¿sabes cuánta es la gravedad de la acusacion que has dirigido á dos de los caballeros mas nobles de mis reinos?

—Lo sé, señor, contestó Sancho sin turbarse.

—Ay de tí si no pruebas que esos caballeros son alevosos y traidores.

—La serenidad que veis en mí es testimonio, señor, de que tengo por fácil la prueba en que está mi salvacion.

—Cuál es esa prueba?

—Esta, señor, dijo el ex-ballestero, poniendo en manos del rey unos pergaminos.

Don Alfonso pasó rápidamente la vista por aquellos escritos, y esclamó dirigiéndose indignado á don Suero y el conde de Cabra:

—Don Suero Gonzalez y don García, conde de Cabra, salid de mi presencia, que los malos caballeros que como vosotros tienen conciertos con bandidos para robar y asesinar en las vias públicas, no merecen asistir á la corte de su rey ni yacer donde yacen gentes honradas. Traidores y alevosos sois, y válido es el reto que á don Suero ha hecho Muño Gustios. Tú, animoso mancebo, que no temes arrostrar las iras del poderoso con tal de atraer el castigo sobre el malvado, torna á mi presencia cuando este juicio haya terminado, que quiero inquirir de tí cómo han llegado á tu poder estas pruebas de la maldad del de Carrion y el de Cabra.

Iba el rey á autorizar los retos y á poner término á las córtes, cuando se levantó Minaya.

—Señor rey, le dijo, por merced os pido que me oigais.

—Hablad, buen Minaya, que sois caballero leal, y por ende nunca me pesó oiros.

—Tambien tengo gran rencor á los infantes de Carrion. Por mandado de mi señor don Alfonso les dí las hijas del Campeador, y ellos las tomaron de mi mano prometiendo honrarlas y amarlas como buenas que eran. Faltaron á su promesa

maltratándolas y dejándolas como pudieran hacer con infames barraganas, y por tal maldad les reto los cuerpos. Si hay quien niega que son malos y traidores, yo, Alvar Fañez Minaya, le reto tambien, y con él lidiaré lanza á lanza ó espada á espada, en Toledo, ó donde quiera que á bien lo hubiere.

Iba á replicar á Minaya Gomez Pelayet, otro de los del bando de Carrion, cuando el rey lo estorbó diciendo:

—Terminado está ya este pleito. Mañana al salir el sol lidiarán retadores y retados.

Los de Carrion conferenciaron entre sí, y un momento despues don Fernando dijo al rey:

—Señor, dadnos plazo mas largo para la lid. Mañana no podemos lidiar, porque si los del Campeador tienen armas y caballos, nosotros no.

—Por eso, dijo el Cid, el combate no ha de aplazarse, que yo daré á los de Carrion caballos y armas para que lidien; mas si así y todo quieren plazo, yo ruego á don Alfonso mi señor que se le conceda, que ya la mancha de mi honra admite espera para ser completamente lavada.

—Dentro de tres semanas será la lid donde vos, Campeador, digais.

—Escojan los de Carrion el sitio, que aun en eso quiero ser complaciente con ellos.

Los infantes escogieron para la lid la vega de Carrion.

—Aquel de los combatientes que allí no esté de hoy en tres semanas, dijo el rey, será tenido por traidor, y muerto por la espalda donde quiera que se halle.

El rey dió por terminadas las córtes.

«Mio Cid, dicen las crónicas, al rey le besaba las manos, é dixo:

—«Plazme, señor, vuestro mandado. Allá irán mios caballeros.

Esora se tollio el capiello é la cofia de ranzal, qu'era blanca cuemo el sol, é soltaba la barba sonrisando de gozo que habie.

Nos' fartan de catarle quantos há en la corte.

Adelinó al conde don Anrrich, é al conde don Remond, é

á cuantos varones buenos y habie, é á todos los abrazaba de corazon é de alma.

A esos é á los otros los rogaba que prendan de sus haberes quanto habieren sabor.

Tales y há que prenden é tales que non quieren, maguer lo gradescen.

—Vuestras manos beso, dixo mio Cid al señor Alfonso. Irme quiero á Valencia, ca la gané con afan, é y son la mi mugier doña Ximena é las mias fijas amas atendiendo nuevas d' este pleito que á Tolledo me traxo.

El rey alzó la mano, é sanctiguándose dijo:

—Hyo juro por Sant Esidro el de Leon, que en todos mios regnos non ha varon tan complido cuemo vos el lidiador famoso.

—Prenda non hé aquí de mas valor que Babieca, dixo el qu'en buen hora cinxó espada. En moros ni en christianos non há otro que tal. Yo vos le dó en don, é mucho vos gradesceré que mandedes tomarle.

Esora dixo el rey:

—Desto non he sabor, ca si tal fuese, el caballo non habrie tan buen señor cuemo tiene ahora. A tal caballo cumple solo tal dueño, é el Criador nol' vala quien á vos le toller quisiere.»

Aquel mismo dia el Cid y los suyos tomaron la via de Valencia, y el rey y los de Carrion la de Castilla.



CAPITULO XLVII.

De como quien bien ama nunca olvida.

Aben-Zulema gozaba de la paz que, su justicia y la ayuda del Cid, habian proporcionado al reino de Zaragoza. Su corte era frecuentada por moros y cristianos de otros reinos, que hallaban en Zaragoza como una especie de oasis en el desierto.

El desierto eran las guerras encarnizadas y los trastornos de toda clase que traían la ruina á la mayor parte de los reinecillos en que la península Ibérica, y sobre todo la considerable porcion de tierra dominada por los moros, estaba dividida.

El oasis eran la libertad, la tolerancia, la justicia, el culto á las artes y á las letras que reinaban á la sombra del trono de Aben-Zulema.

Un dia paseaba este por los hermosos jardines que rodeaban su palacio, acompañado de un venerable anciano.

—Señor, le dijo este, desde que tornásteis de Molina estais triste. Mi lealtad, el amor que os tengo, y sobre todo el cuidado de vuestra salud con que me honro, me dán derecho á preguntaros la causa de vuestra tristeza.

—Éslo, mi buen Omar, contestó el rey, una triste nueva que Abengalvon me ha dado. El Campeador, mi leal amigo, mi protector, aquel á quien debo el reino de mi padre, siente grandes pesares, y yo no puedo menos de participar de ellos.

—Oh señor, esclamó Omar sobresaltado, decidme cuáles son los males que al Campeador afligen, que mi corazon está tan dispuesto como el vuestro á sentirlos.

—Háme contado el rey de Molina, con dolor tan grande como el que yo siento, que las hijas del Cid han sido maltratadas sin compasion y abandonadas en los robledales de Corpa por sus maridos, y que el Cid morirá de dolor y vergüenza si el rey de Castilla, por cuyo consejo los casó, no le hace justicia en las córtes, que para eso ha de haber ya reunido en Toledo.

—Pues qué, señor, las hijas del Cid habian casado?

—Sí, con unos aleves, que no otra cosa pudieran ser, llamados infantes de Carrion.

—Oh triste Gil! murmuró por lo bajo Omar; y añadió con verdadero dolor:

—Duéleme, señor, en el alma la cuita de mio Cid, que vos, mejor que nadie, sabeis cuán buen caballero y buen padre es ese esforzado guerrero cristiano.

—Mucho es el amor que le tengo, y no menor la obligacion de servirle y participar de sus penas. Por eso, y por si mostrándole que si hay ingratos y traidores hay tambien agradecidos y leales, le doy algun consuelo, intento enviarle un mensage á Valencia, donde debe haber tornado ya de Toledo.

—Viejo soy, señor, y el interés que vuestra salud me inspira me obliga á permanecer á vuestro lado; mas así y todo quisiera merecer la honra de llevar al Cid ese mensage, ó al menos ir con aquellos á quienes encargueis de llevarle.

—Vos, noble y leal Omar, sereis quien le lleve, que ese importante servicio coronará dignamente los muchos que me habeis prestado como médico y como amigo.

—Acepto con gratitud la honra que me dispensais.

Así hablaban el rey y Omar, cuando anunciaron al primero que dos caballeros cristianos solicitaban la honra de comparecer á su presencia.

Aben-Zulema, que siempre estaba dispuesto á oir lo mismo á sus vasallos que á los estrangeros que visitaban su corte, dió órden de que fuesen introducidos aquellos caballeros.

El hijo de Almudafar los recibió no como rey, sino como amigo, abriéndoles sus brazos y su corazon.

—Venimos, le dijo uno de los caballeros cristianos, á despedirnos de vos.

—¿Por qué, amigos mios, abandonais mi corte cuando tanto la honra vuestra presencia, y cuando tanto placer tengo en veros en ella?

—Un dia, contestó otro de los caballeros cristianos, tomamos contra vos las armas no por nuestro gusto ni porque creyéramos justa la causa de vuestro enemigo Aben-Alfange, sino por acompañar á nuestro padre que iba contra vos. La suerte os favoreció en la pelea porque la razon estaba de vuestra parte, y porque la apoyaba el Cid, el que nunca fué vencido, y fuimos nuestro padre y nosotros vuestros prisioneros. Cuando teníais derecho á privarnos para siempre de la libertad y hasta de la vida, abrísteis á nuestro padre y á nosotros las puertas de la prision, y disteis el nombre de amigos á los que eran vuestros esclavos. Entonces contragimos con vos una gran deuda de gratitud, quisimos pagarla con la amistad mas acendrada, y esa amistad nos arrastra há mucho tiempo á vuestro lado. Hoy nos alejamos de vos porque un noble soldado, á quien profesamos profunda admiracion y agradecimiento, Rodrigo Diaz de Vivar, llora grandes agravios, y vamos á Valencia á ofrecerle nuestro brazo por si le necesita para castigar á sus enemigos, que consideramos los nuestros.

—Id en buen hora, nobles y honrados mancebos, dijo Aben-Zulema estrechando la mano á los caballeros cristianos, id en buen hora á auxiliar al Cid, cuya dicha y cuya honra me interesan tambien como las propias, porque tambien debo eterna gratitud al Cid. Con no menos dolor que vosotros he recibido nuevas de la deshonra que lamenta, y el honrado y sabio y leal Omar se prepara á ir con vosotros á Valencia para recordar al Cid en mi nombre mi amistad y ofrecerle mi ayuda si la hubiese menester.

—Juntos partiremos, si á bien lo habeis, dijo Omar.

—Honrados nos creeremos acompañándoos, contestaron don Yago y don Guillen, que por este nombre eran conocidos los dos mancebos cristianos.

— Y así, añadió Aben-Zulema, los presentes que Omar lleve para el Cid irán seguros por tierra de cristianos bajo la salvaguardia de los que profesan la fé de Cristo.

—Cierto, y tanto mas, cuanto que gente de armas, que está constantemente á nuestro servicio, nos acompañará.

Al dia siguiente salieron de Zaragoza el anciano Omar, y don Yago y don Guillen.

Los presentes que Aben-Zulema enviaba al Cid eran dignos de quien los iba á recibir.

Soberbios caballos ricamente enjaezados, los objetos mas delicados y ricos que producian la industria y las artes adelantadísimas á la benéfica y pacífica sombra del trono de Aben-Zulema, los frutos mas hermosos de las riberas del Gállego y el Ebro, en esto consistia el presente de Aben-Zulema, no tan rico, sin embargo, ni de tanto valor como la voluntad que con aquellos objetos enviaba al Campeador el hijo de Almudafar.

Durante la jornada, el presente de Aben-Zulema fué asaltado varias veces por partidas de bandidos que á la sazon abundaban; pero los caballeros cristianos, y aun el anciano Omar, dando ejemplo de valor á la gente de armas que llevaban consigo, le defendieron, haciendo pagar cara su audacia á los malhechores.

Entre tanto en Valencia la tristeza que habia causado la traicion de los infantes de Carrion se habia tornado en alegría al saberse lo ocurrido en la córtes de Toledo, donde el Cid habia obtenido buena parte de la reparacion debida á su ultrajada honra.

El Cid y sus caballeros habian tornado hacia pocos dias con tan buenas nuevas, y todos ansiaban que se cumpliese el plazo señalado por el rey para la lid en la vega de Carrion.

Era una hermosa mañana de Abril. El cielo y el mar estaban serenos, y las huertas y jardines que rodeaban la ciudad se iban poblando de hojas y flores.

El Cid y algunos de sus mas amados caballeros contemplaban, desde las almenas del alcázar, aquel hermoso espectáculo.

Objeto de su conversacion como de la de todos los cristianos de Valencia y Castilla, era el próximo combate en que los campeones de doña Sol y doña Elvira habian de tornar á su prístina pureza la honra de las nobles y hermosas hijas del Campeador.

Como dirigieran la vista al camino de Aragon y descubriesen multitud de peones y caballeros y acémilas, el Cid se apresuró á inquirir por medio de sus servidores cuál era la procedencia y el objeto de la llegada de aquella gente.

No tardó Rodrigo en saber que mensageros del rey de Zaragoza le buscaban.

Poco despues Omar y don Yago y don Guillen llegaban á las puertas del alcázar.

La sorpresa y la alegría del Campeador fueron grandes al reconocer al médico árabe y á los mancebos á quienes por dos veces habia visto al terminar dos de las infinitas victorias que habia alcanzado durante su larga y gloriosa vida de soldado, aquella que dió por resultado la derrota y la prision de don Ramon Berenguel, y aquella en que don Pedro de Aragon fué asimismo derrotado y preso.

«¡Veriedes, dicen las crónicas, cuemo mio Cid sonrisaba prendiéndose la barba de gozo cuando los sos oios bellidos cataron mensageros del rey moro!»

Doña Jimena y sus hijas yacían retiradas en su estancia sin dejarse ver de personas estrañas desde que Sol y Elvira tornaron de San Esteban de Gormaz heridas y deshonradas por sus traidores maridos. Solo la lid que se preparaba en el condado de Carrion debia rescatarlas de aquella especie de cautiverio, y por eso, que no por falta de deseo, no comparecieron inmediatamente á su presencia los recien venidos.

Omar preguntó al punto por Gil, notando una misteriosa alegría al considerar que cerca de él estaba el melancólico mancebo cuyo corazon sondeára profundamente en Zaragoza, arrancando los secretos que se encerraban en él.

Al ver Gil al anciano lanzó un grito de alegria arrojándose en sus brazos con la ternura y la embriaguez del hijo amoroso que muchos años ha estado ausente de su padre temblando ante la idea de no volver á ver á este.

La alegría de Omar no era menor que la de Gil: por su venerable faz corrian lágrimas de gozo, y se hubiera dicho al verle llorar estrechando en sus brazos al mancebo, que aquella era para él la dicha suprema de la tierra.

El Cid y los caballeros cristianos recien venidos se hallaban presentes departiendo sin curar de Omar y Gil.

De repente dirigió este la vista al Cid como ansioso de hallar alguien á quien mostrar la dicha que rebosaba su corazon, y entonces la fijó en el rostro de don Yago y don Guillen.

Un súbito estremecimiento agitó todo su cuerpo, y de su faz desapareció la color. Omar lo notó, y recordando sin duda los misterios que en otro tiempo sorprendiera en el alma de Gil, le preguntó sobresaltado qué sentia.

El Cid, no menos sobresaltado que el médico, se apresuró á responder por Gil, manifestando á Omar que profundos é ignorados padecimientos minaban hacia mucho la salud del mancebo.

—Dios, añadió Rodrigo, os trae sin duda á Valencia para que vuestra ciencia devuelva una vez mas la salud á mi buen Gil.

—Fio en Dios, contestó Omar, que se la ha de devolver.

—Mi vida y la de mi mujer y mis hijas, dijo Rodrigo, no bastarán á pagároslo si así lo haceis, porque habeis de saber, oh sabio anciano, que para nosotros no puede haber dicha cumplida en la tierra careciendo de ella ese mancebo.

Momentos despues de esta entrevista, los caballeros cristianos se retiraron á descansar á una de las habitaciones mas suntuosas del alcázar que el Cid les señaló para su alojamiento, y á la de Gil, el médico, que lo solicitó así para poder atender mejor al cuidado del mancebo.



CAPITULO XLVIII.

De como un moro contó su historia á un cristiano.

Gil y Omar conversaban hacia rato en la habitacion del primero, procurando no ser oidos de nadie. Historia dolorosa debia ser la que el mancebo acababa de contar al anciano, pues las lágrimas corrian aun por sus pálidas megillas.

¿Cuál era la historia que Gil habia contado?

Llegamos un poco tarde para oirle, pero no tanto que no sorprendamos aun algunas palabras en los labios del hijo adoptivo de los señores de Vivar.

En otro libro, tan desaliñado y pobre de ingenio como este, que lleva el nombre de *El Cid Campeador*, hemos contado que en una batalla ganada por Rodrigo Diaz en Montes de Oca vió un niño llorando al lado de un soldado sarraceno moribundo, y le recogió, y él y Jimena le amaron y le cuidaron como si fuera su hijo, despues de darle en las fuentes bautismales el nombre de Gil Diaz; pero no era esta historia la que Gil Diaz estaba contando al médico de Aben-Zulema: en la historia de la infancia de Gil no habia recuerdos dolorosos; todo era dichas y amor y alegrías desde que el niño tuvo por protectores á los señores de Vivar.

—Y en vano procuré arrancar de mi corazon y mi mente aquellas locas quimeras y aquel loco sentimiento, dice Gil en el momento en que cometemos la imprudencia de tomar por la mano al lector y llevarle á la puerta de la estancia para que escuche la conversacion del moro y el cristiano. Procuré por

todos los medios desvanecer mis esperanzas, sustituir aquella ambicion con otra menos insensata, pasé la mayor parte de mi adolescencia en la guerra, me entregué con ardor al estudio de las letras... pero todo, todo en vano. Ya no quedaba en mí mas que el dolor profundo del que ha ambicionado toda la vida un bien y ha perdido la última esperanza de alcanzarle; pero no sé por qué, al tornar de Cardeña, al llegar aqui, al recibir las amorosas caricias de aquellas á quienes doy el nombre de hermanas y de aquellos á quienes tímidamente doy el nombre de padres, volvieron á despertarse en mi alma las locas esperanzas de otros tiempos, y al ver á esos mancebos que con vos han venido, sentí como si un agudo puñal traspasase mi pecho.

—Profundo es tu mal, pero no incurable.

—Y qué debo hacer para encontrar alivio?

—Sustituir un sentimiento con otro; pensar en una cosa para dar otra al olvido.

—Ah! Al olvido! Es imposible!

—Nada hay imposible para el corazon del hombre.

—Vos que le conoceis á fondo, vos que conoceis ya el mio, vos que me amais como un padre ama á su hijo y como yo os amo, vos que poseeis la ciencia del alma y la del cuerpo, sereis mi guia y me sostendreis en esta lucha superior á mis fuerzas.

—Sí haré, triste mancebo, si con firme y perseverante voluntad sigues mi consejo. El secreto de tu salvacion es muy sencillo: si tienes aficion á las letras, conságrate en cuerpo y alma á su cultivo. Estudia con fé y perseverancia, que el estudio curará tus males, como curó los mios.

—Ah! vos tambien habeis padecido?

—Y mucho, noble mancebo.

—Mas no serian los vuestros males del alma.

—Tan profundos como los tuyos.

—Grande es ya el amor que os tengo, inmensa la simpatía que hácia vos me arrastra desde el momento en que os vi por vez primera. Acreced aun mas este amor y esta simpatía depositando en mí vuestra confianza, revelándome vuestras ale-

grías y vuestros pesares, para que las alegrías me consuelen y el ejemplo del valor conque hayais soportado los pesares me fortalezca para sufrir los mios.

—Teneis razon, eso debo hacer y eso haré, por vuestro bien y por el mio. Oid mi historia, mancebo.

Gil se acercó cuanto pudo al anciano, ansioso de oir á este.

—Reinaba en Toledo Almenon, el padre desventurado que hasta la muerte lloró la ausencia de su hija Casilda...

—Casilda! la santa vírgen que mora junto al lago de San Vicente de Bribiesca sirviendo á Dios y á los pobres!

—Sí, la hermosa princesa que abandonó padre y hogar por seguir la ley del Nazareno.

—Dios y los pobres enfermos la bendicen.

—Tambien la bendijo su padre por mas que llorára su ausencia, que Almenon era bueno, y el que lo es bendice al que ejerce la caridad y la virtud sin mirar si la ejerce en nombre de Cristo ó de Mahoma.

—Cierto, señor, contestó Gil cada vez mas conmovido con las palabras del anciano.

—Mi padre era uno de los mas afamados médicos de Córdoba, y llamado por Almenon para que ejerciera en su corte la ciencia, trájome niño aun á Toledo. En el alcázar de Almenon pasé la infancia, y llegué á la adolescencia rodeado de todos los regalos y los halagos que hacen la vida dichosa. Cuando mi brazo fué bastante fuerte para regir un corcel y manejar una lanza, dediquéme á los ejercicios guerreros. Mas de una vez salí con el rey á rechazar á los cristianos que invadian el reino de Toledo, y en los combates dí tales pruebas de buen soldado, que Almenon me colmó de honras y riquezas, y me colocó en el número de sus mas amados caballeros y servidores. Un dia á nuestra vez invadimos las tierras de Castilla capitaneados por un walí llamado Ozmin, y para vengar las entradas que habian hecho los cristianos en los dominios de Almenon incendiamos las mieses, robamos los ganados, quemamos y saqueamos las aldeas, y cautivamos los moradores.

Tornábamos á Toledo con numerosos cautivos por la rivera del Henares, y unos tristes lamentos llegaron á mi oido.

La compasion llevóme hácia el tropel de cautivos, porque de allí partian los lamentos, y vi con profundo dolor é indignacion que una hermosísima cautiva era la que tan dolorosamente se lamentaba.

Faltábanle las fuerzas para caminar: sus pies estaban ensangrentados, desgarrados sus ricos vestidos, y el espanto y la angustia retratados en su semblante.

Rogué á los desapiadados conductores que tuviesen compasion de aquella doncella; prometiéronme tenerla, pero apenas me alejé, la desventurada volvió á ser objeto del bárbaro maltrato de sus conductores. Sus lamentos, cada vez mas débiles y angustiosos, arrastráronme segunda vez hácia ella. Estaba caida en el suelo, agotadas completamente sus fuerzas, y un soldado enristraba su lanza para traspasarla. Reconvine al soldado por su inhumano intento; pero él, sin atender mis palabras tiró una lanzada á la cautiva con tan poco acierto, que el hierro solo la hirió en los vestidos. Iba aquel bárbaro á descargar nuevamente su lanza sobre la doncella, y para impedirlo no tuve mas medio que traspasarle con la mia. Indignados otros soldados al ver que para salvar la vida á una infiel habia sacrificado la de un creyente, arremetieron furiosos contra mí. Defendíme tan vigorosa y afortunadamente, que logré ahuyentarlos despues de recibir algunas heridas poco graves.

Entonces alcé sobre mi caballo á la cautiva, que levantaba á mí los brazos en demanda de proteccion y en muestra de gratitud, ceñíla fuertemente con los mios, arrimé el acicate á mi caballo, y me adelanté con ella camino de Toledo.

Mi proteccion, de cuyo poder habia tenido ya evidentes muestras, alentó á la hermosa cautiva, que no tardó en verse animada por la vida, que parecia haberla abandonado en el momento en que mis brazos la alzaron del suelo, en que imploraba mi amparo.

Díjome camino de Toledo que se llamaba Raquel, que era judía, y que sus padres la amaban entrañablemente.

Al llegar á Toledo, fuéme imposible continuar protegiéndola directamente, porque los cautivos pertenecian al rey, y si bien el que los habia cautivado tenia la preferencia para

comprarlos en caso de ponerlos á la venta, yo ni aun tal preferencia tenia, porque no era yo quien habia cautivado á Raquel, que era el walí Ozmin.

Ozmin me odiaba ya por la proteccion que habia dispensado á la cautiva, castigando á los que á sus indiferentes ojos la maltrataban sin compasion.

Raquel fué como una de tantas encerrada en las mazmorras donde gemian las cautivas cristianas y judías.

Tres dias despues pusiéronse á la venta en la plaza pública, cargados de cadenas, los cautivos y las cautivas arrastrados á Toledo en la reciente algarada.

Corrí presuroso á la plaza apenas lo supe, con la esperanza de ver á la triste Raquel, y tambien con la esperanza de que Ozmin no se presentaria á comprarla, tan indiferente entonces á su suerte como cuando yo la tomé bajo mi proteccion.

Pero vi á la par con dolor y con alegria que Raquel no estaba entre las infelices cautivas sacadas al mercado.

En vano traté por espacio de algunos dias de adquirir noticias de ella.

Valido de mi influencia en el alcázar de Almenon, obtuve licencia para visitar á las cautivas, licencia que rarísima vez concedia el rey.

Al entrar en las prisiones donde creía tornar á ver á la hermosa judía, esperimenté un sentimiento que ni era curiosidad ni solamente compasion.

Inútilmente buscaron mis ojos á Raquel entre el infinito número de las cautivas.

Este misterio y esta inutilidad de esfuerzos redoblaron el no sé si decir amor, porque entonces no advertí que fuese tal, conque yo buscaba á Raquel.

Al fin, á fuerza de oro seduje al guardian de las cautivas, y pude adquirir por él noticia de la que yo con tanto afan buscaba: supe que como Almenon hubiese dicho al walí que capitaneó la algarada en que fué cautivada Raquel, que eligiese el premio que deseaba por su servicio, el walí entre otras cosas pidió al rey que le cediese para su haren algunas de las cautivas, entre las cuales se hallaba Raquel.

Entonces perdí casi por completo la esperanza de tornar á ver á la cautiva, y desistí de buscarla.

Rico, jóven, honrado, no mirado con indiferencia por las damas mas nobles y hermosas de la corte de Almenon, ¿qué falta hacia á mi dicha una miserable judía cautiva, á quien solo durante algunas horas habia visto, y con la cual no debia unirme mas lazo que el de la compasion?

Ay! esto tal vez me preguntaréis, y no por ello se os podrá acusar de poco conocedor del corazon humano, que son casos escepcionales en el mundo las pasiones duraderas concebidas del modo que lo fué la que agitaba mi corazon.

Todas las riquezas, todas las honras, todos los solaces, todas las preferencias de la hermosura y el poder me eran ya indiferentes, y no bastaban á llenar el profundo vacío que yo sentia en el alma.

Junto á la plaza de Zocodover tenia Ozmin su suntuoso palacio. Los ajimeces de su haren daban á la plaza, y por esta vagaba yo á todas horas con la esperanza de ver el rostro de la judía á través de las celosías de alguno de aquellos ajimeces, pero mi esperanza era vana.

Eran los melancólicos dias de otoño cuando por primera vez vi á Raquel. Los nebulosos y mas tristes aun del invierno fueron pasando, sin que pasáran con ellos aquellas agitaciones y aquellas profundas tristezas de mi alma.

Las nubes del cielo y el desconsuelo de la naturaleza huyeron al soplo de la primavera; pero lejos de huir las nubes y el desconsuelo de mi alma, eran cada vez mayores.

El único y triste consuelo que yo esperimentaba venia, por mas que me avergüence el decirlo, del mal ageno. Del mal ageno, sí, que viendo triste y caviloso á Ozmin sin que yo pudiera adivinar la causa, me sentia como vengado de la dicha que el walí me arrebataba.

Mi padre acudia á todos los recursos de su ciencia para atajar el mal que me iba consumiendo, y viendo que sus esfuerzos eran inútiles, tal vez porque yo no los ayudaba dándole á conocer el orígen de mi mal, se sentia tan desconsolado como yo.

Las riberas del Tajo estaban ya cubiertas de hojas y flores,

el sol brillaba radiante y vivificador, el cielo estaba azul y sereno, y en todas partes elevaban los pájaros y las flores al Criador con su armonía y sus perfumes el tributo de gratitud.

En las riveras del Tajo, en aquel hermoso paraiso adonde no llegaba la guerra que con frecuencia desolaba los dominios de Almenon, tenia mi padre un delicioso cármen donde parecia no faltar ninguno de los encantos que hacen hermosa la vida, y adonde me aconsejó que fuera á pasar la primavera y el estío, persuadido de que allí habia de recobrar la salud y la tranquilidad del alma que en la ciudad se alejaban de mí cada vez mas.

Por complacer á mi padre, y quizá tambien animado por una débil esperanza de hallar remedio á mi mal, me encaminé al cármen de la rivera.

—Hijo! me dijo mi padre al verme partir, indigno es de hombres y propio solo de débiles mujeres el abatimiento y las lágrimas en que te veo sumido. Procura vencer el mal que te aqueja con el esfuerzo de la voluntad, que puede mas en el enfermo que toda la solicitud y la ciencia de los médicos.

—Ay! esclamó Gil interrumpiendo al anciano, ese mismo consejo apoyado en esa misma consideracion me disteis há algunos años en Zaragoza, y en vano procuré y aun procuro seguirle.

—El ejemplo de mí mismo, dijo Omar estrechando conmovido la mano del mancebo, el ejemplo de mí mismo debió retraerme de dárosle considerándole inútil, porque lo que á vos me habia sucedido á mí. Todo el esfuerzo de mi voluntad no bastó á poner término á mi tristeza y mi abatimiento.

Cada vez mas abatido y mas triste vi pasar hasta el último dia de la primavera. Llegaron los calurosos del verano, y una noche, iluminada por una clarísima luna, me fui, sumido en mi profunda melancolía, por los riveras del Tajo.

Todo yacía en silencio. De repente suspendí el paso y la anhelosa respiracion para oir un suavísimo y melancólico cantar que las apacibles auras de la noche traian hácia mí de un cármen que blanqueaba vagamente al otro lado del rio.

Entonábale una mujer cuya voz resonaba en lo mas hondo

de mi alma con el encanto de la voz de aquella que nos arrulló con su canto en la cuna.

Aquel cantar, que quedó para siempre grabado en mi memoria, era este:

«Ay dolor de los dolores,
ay dolor,
el de la triste cautiva
que viendo morir el sol
le dice, anegada en llanto,
desde su triste prision:
tú renacerás mañana;
pero no
mis esperanzas hermosas
de libertad y de amor,
que está oscuro, oscuro, oscuro
mi corazon.
Ay dolor de los dolores,
ay dolor!»

Al oir este canto, mi corazon, que parecia muerto para todo escepto para el dolor, pareció resucitar súbitamente para esperimentar todos los sentimientos juntos y confundidos: el dolor, la esperanza, la alegría, la compasion, todo lo que los corazones vírgenes aun de dolores y alegrías pueden sentir.

El amor y la tristeza me habian hecho poeta desde que empecé á sentir ambas cosas, y el viento se habia llevado mas de una *casida* brotada espontáneamente de mi alma y de mis labios.

Quise responder con mi canto al que acababa de resonar allá á lo lejos, en la opuesta rivera, porque por mas que no conociese aquella voz á causa de la distancia, el eco que resonaba en mi corazon me hacia sospechar que fuese Raquel la cautiva que así daba esparcimiento á sus dolores; pero sellé mis labios, temeroso de que sino me acercaba mas al sitio adonde queria encaminar mi acento, la emocion que agitaba

mi pecho embargase mi voz y dejase sin respuesta las quejas llegadas á mí en el misterio de la noche.

Lancéme hácia el rio.

Las ondas corrian impetuosa y calladamente bajo las enramadas como ofreciendo ignorada sepultura al que osase acercarse á ellas.

Vacilé un momento antes de afrontar el peligro. El mito de Leandro y Hero que recordé en aquel instante aumentó mis confusiones, que si Leandro despreció mas de una vez la furia del Helesponto, tambien pereció en las ondas por afrontarla.

Al fin me avergoncé de mi cobardía diciéndome:

—¡De qué, miserable de mí, me sirve esta vida, para que tema esponerla atravesando estas hondas, cuando en ello tengo la única probabilidad de ver terminado este dolor que me arrastra al sepulcro!...

Y resueltamente me así á las ramas que entoldaban la corriente del rio.

Cuando mas esfuerzos hacia para dominar el ímpetu de la corriente, y mas sentia mis fuerzas flaquear, parecióme que el himno de dolor de la cautiva resonaba de nuevo, y cobré nuevo vigor y nuevo ánimo.

Despues de larga y profunda lucha con la corriente, logré ganar la orilla opuesta.

Todo yacía allí tambien solitario y silencioso. La luna seguia alumbrando con la claridad del sol, y parecian desiertas las huertas y las casas diseminadas en la vega.

Caminé, caminé, caminé hácia el sitio donde me parecia haber resonado el canto, y al fin me detuve en una colina que dominaba un hermoso cármen rodeado de jardines y frondosas arboledas.

Queriendo responder al canto que hasta allí me habia conducido, canté entonces con acento tembloroso una melancólica casida que el eco repitió á larga distancia.

El canto que antes habia venido á sacarme de mi abatimiento y mi indeferencia, el mismo canto modulado por la misma voz, me contestó.

Entonces desaparecieron por completo mis dudas, que re-

conocí la voz de Raquel en la que entonaba aquel doliente cantar.

Corrí hácia el cármen, penetré en los jardines, y llegué por fin bajo las ventanas del palacio. A la luz de la luna que entonces alumbraba con mas claridad que nunca, descubrí entre las pasionarias que adornaban una ventana el rostro de una mujer, el rostro de la judía, en quien estaban siempre fijos mi pensamiento y mi alma.

Raquel se retiró dudando que fuese yo quien llegaba bajo su ventana, y me apresuré á disipar su duda invocando en voz baja su nombre.

Entonces el rostro de la cautiva tornó á aparecer animado ya por la esperanza.

—Raquel! murmuré, Omar, aquel caballero que te defendió de los que te maltrataban, y en su corcel y sus brazos te condujo á Toledo, es el que te busca y te ama desde aquel triste dia en que por primera vez te vió.

—Huid de aquí, se apresuró á contestarme la cautiva; huid de aquí, que peligra vuestra vida, porque en esta cárcel de flores, crueles y perpétuamente vigilantes carceleros me guardan.

—Yo te arrancaré de esa cárcel si quieres huir de ella.

—La mayor de mis dichas fuera esa.

—La tendrás si me amas.

—Cómo no amar al generoso mancebo á quien debo la vida?

—Ah! despues de oir esas palabras no habrá peligro que yo no arrostre ni obstáculo que yo no venza.

—Huid de estos sitios...

—Mañana tornaré á ellos así que la luna se esconda tras los montes lejanos. Espía mi venida desde esa misma ventana, y está dispuesta á descender á mis brazos por una escala que yo te arroje.

—Por quebrantar el cautiverio en que vivo, y por complacer á aquel á quien debo la vida, eso haré siempre que me lo ordeneis; pero huid pronto, os repito, que siento á mis guardianes encaminarse hácia este lado del palacio.

Raquel se retiró precipitadamente de la ventana, y yo á la sombra de los árboles que poblaban los jardines.

En efecto, los guardas del palacio no dormian: dos hombres, con aceros desnudos en las manos, dieron la vuelta al edificio, examinándolo todo, y particularmente las ventanas de la habitacion de la cautiva. Cuando hubieron desaparecido aquellos hombres, cuando todo volvió á quedar en silencio, y cuando la luna comenzó á ocultarse abandoné yo los jardines del cármen, y no queriendo esponer nuevamente mi vida en la corriente del rio, porque ya entonces en la conservacion de mi vida estaba interesada la de Raquel, entonces, digo, seguí rio arriba, rio arriba hasta encontrar una puente por la cual pasé el Tajo, y me encaminé á mi cármen.

Con cuánta impaciencia transcurrieron por mí el resto de aquella noche y el dia siguiente!

Para asegurar la fuga de la cautiva tomé cuantas precauciones me fué posible tomar. Entre mis servidores habia dos, cuyo valor y cuya lealtad tenia yo bien probados. Así que la noche siguiente vino, ordené á uno de ellos que se encaminase con uno de mis mas fuertes y corredores caballos á una sombría enramada no distante del cármen, que servia de prision á Raquel. Allí debia esperarme.

Seguido de otro servidor, y provisto de una fuerte escala de cuerda, me dirigí á los jardines desde donde por segunda vez habia visto á Raquel.

La luna se iba ocultando, y ya la oscuridad mas completa cubria la vega, cuando llegamos al pie de la ventana de la cautiva.

Todo estaba en silencio. Apliqué atentamente el oido y me pareció sentir en la ventana la anhelosa respiracion de la cautiva.

—Raquel! murmuré en voz baja.

Raquel me contestó con acento apagado y temerosa.

Entonces arrojé la escala á la ventana.

La cautiva la aseguró en la columna de mármol que dividia la ventana y descendió animosamente por ella.

Pero cuando la recibí en mis brazos, el temor y la incerti—

dumbre habian anonadado sus fuerzas y su aliento: Raquel estaba desmayada.

Haciendo un supremo esfuerzo procuré alejarme de allí llevando en mis brazos á la cautiva.

Aun no me habia alejado veinte pasos del palacio, cuando sentí ruido en este y luego en los jardines, y no tardamos mi criado y yo en convencernos de que la fuga de la cautiva habia sido descubierta, y nos perseguian.

Mi servidor estaba acostumbrado á toda clase de riesgos, inclusos los del combate con adversarios tan valientes y audaces como los cristianos.

—Alejáos, señor, alejáos me dijo, que si nos alcanzan yo haré frente á nuestros perseguidores, y os daré tiempo á cabalgar en el caballo que os espera.

A corto rato dos ó tres hombres nos daban alcance prorrumpiendo en amenazas é intimaciones sañudas.

Mi servidor, acero en mano, se volvia hácia ellos, y pronto pude notar que los resistía valerosamente.

Al fin, muerto de cansancio y de temor, llegué adonde con el corcel me esperaba el otro de mis servidores.

Raquel no habia cobrado aun el conocimiento.

Salté con ella en el caballo, y apliqué á este el acicate, diciendo á mi servidor:

—Corre, corre á auxiliar á tu compañero, que se defiende en los jardines del cármen con desigual número de adversarios.

El triste estado en que Raquel se hallaba reclamaba cuidados que yo no le podia prodigar en la soledad de los campos, y aunque no era prudente conducirla á mi morada donde corria riesgo de serme arrebatada por los criados de Ozmin, á mi morada me encaminé con ella.

Allí recobró el conocimiento con mis cuidados, con mi solicitud, con mi ardiente amor.

—Cuéntame, Raquel, la dije, cuando la vi recobrada y tranquila, cuéntame cómo te he encontrado en la vega y no en la ciudad.

—Sí haré, me contestó, brillando ya en sus ojos, mas que

la alegría el amor, sí haré, que vuestra generosidad os ha hecho dueño de mi alma. Trasladáronme de la prision lóbrega y miserable á otra prision espléndida y rica, al haren de Ozmin, donde mis harapos se trocaron en deslumbradoras galas.

Ozmin se presentó muy pronto en mi suntuosa estancia y me dijo:

—Cautiva, de hoy mas no llevarás este nombre, que yo seré tu esclavo y tú mi señora, si correspondes con tu amor al que ya has logrado inspirarme.

—Señor, le contesté, yo no puedo amar al que me vió maltratada cruelmente, y no puso entre mí y mis verdugos el escudo de la compasion.

La ira brilló en los ojos de Ozmin al pronunciar yo estas palabras, que quizá fueron imprudentes, porque despertaron en mi señor el enojo contra vos, recordando que á vos debí la proteccion que Ozmin me negára.

—Esclava! esclamó Ozmin, te atreves á insultar á tu señor!

—Si el desamor es culpa en mí, me atreví á replicarle, disculpa debe ser la sinceridad.

De repente, mi señor trocó el tono iracundo y altivo en apacible y sumiso.

—Ah, sí! dijo, tu sinceridad me place, y te ruego que olvides el enojo que me ha causado tu desamor. Si un dia miré tu bien con indiferencia, si no te protegí contra la violencia de mis soldados, harto arrepentido estoy ya de ello, y espero mostrarte á fuerza de amor que soy digno del tuyo. Tu dueño y señor soy, y como tal, lícito me fuera combatir tu desden con la violencia; pero tengo por tristes, favores que no concede voluntariamente la mujer amada.

Dicho esto, Ozmin se retiró de mi aposento; pero aquel mismo dia, y el siguiente, y todos volvió, y unas veces con la amenaza cruel, y otras con el ruego sumiso, hacia mi vida contínuo martirio. Aquella morada me era odiosa, me ahogaba el aire que aspiraba mi pecho en aquel palacio, y mi salud se iba debilitando y la tristeza y el abatimiento se apoderaban de mí.

Mi señor creyó que mi mal cesaría dándome á respirar aires mas puros, y haciéndome contemplar horizontes mas dilatados que los de la ciudad, y me hizo trasladar á su cármen de la vega, donde si me dió numerosos y solícitos criados que me sirviesen, tambien puso guardianes que me tuviesen tan prisionera como lo estaba en el harem...

Pasos precipitados en la estancia que precedia á aquella en que Raquel y yo nos hallábamos, interrumpieron á la judía.

—Señor, esclamaron mis criados, aquellos que habian quedado haciendo frente á los de Ozmin, precipitándose en la estancia cubiertos de sangre, señor, huid de aquí ó preparémonos todos á la defensa, que muchedumbre de hombres armados se encamina aquí.

Medité por un momento el partido que me convenia tomar, el de la resistencia ó el de la fuga; pero consideré que la primera era inútil, porque toda mi gente de armas se reducia á aquellos dos criados que se hallaban heridos y fatigados ya de luchar con mis enemigos.

—Raquel! dije, dos caballos leales y briosos están á nuestro mandar. Huyamos en ellos, que solo así evitaremos, tú el cautiverio y yo la muerte.

—Huyamos! contestó Raquel con varonil resolucion.

Y un momento despues volábamos por la rivera.

De repente un siniestro resplandor iluminó la vega. Tornamos la vista para inquirir su orígen, y adquirimos la certidumbre de que las llamas devoraban el cármen que acabábamos de abandonar.

Habíame contado Raquel que habia pasado su infancia en Molina, de cuyo rey era tesorero su padre, un judío llamado Vidas, y que cuando fué cautivada entre el reino de Molina y el de Castilla se encaminaba á Burgos, donde ejercia el oficio de mercader y logrero un tio suyo, hermano de su padre, y de nombre Raquel como ella...

—Raquel y Vidas!... murmuró Gil Diaz admirado, interrumpiendo á Omar. En Burgos moran ahora ambos, y cierto que lástima grande es que no sean cristianos, pues aunque judíos, honrados son y mucha ley han tenido siempre á mio Cid.

El anciano continuó:

—Tornando á Toledo con Raquel, temí perderla para siempre, y con mucha alegría suya determiné emprender la via de Molina.

Caminamos, caminamos para allá felices ambos, porque la libertad y el amor templaban las molestias de la jornada; pero cuando llegamos, un gran pesar vino á turbar la dicha de Raquel, cuyo padre se habia ido á Burgos creyendo encontrarla allí, y temeroso de no poder reunirse con ella si permanecia mas tiempo en Molina, entre cuyo rey y el de Castilla se acababan de romper las paces.

Largo tiempo permanecí en Molina, porque ya no era solo Raquel quien me detenia allí: deteníame tambien un hermoso niño fruto de mi amor y el de Raquel.

Mi padre, á la sazon ya muy anciano, se hallaba en peligro de muerte, y deseaba verme junto á su lecho al cerrar para siempre los ojos, por lo cual fuéme necesario separarme de Raquel para tornar á Toledo.

La vida, ó mas bien la agonía de mi padre se prolongó aun largo tiempo, y me fué imposible volver á Molina, donde Raquel permanecia sumida, con mi ausencia, en honda tristeza, siendo su único consuelo su hijo, que crecia lleno de infantiles gracias.

Al fin espiró mi padre, y entonces volé á Molina, ansioso de estrechar en mis brazos á Raquel y mi hijo; pero juzga, mancebo, cuál sería mi dolor cuando al llegar me encontré conque Raquel habia muerto.

Deseé entonces alejarme donde tanto dolor acababa de traspasar mi corazon.

Una gran algarada, capitaneada por cinco reyes moros, se concertaba á la sazon para penetrar en Castilla, y á tomar parte en aquella formidable hueste que debia cruzar el reino de don Fernando desde los montes de Oca á los Carpentanos: habia acudido la flor de los caballeros de Toledo, por mas que Almenon, que estaba en paz con el rey de Castilla, lo desaprobase.

Tomé á mi hijo en mi caballo, y con él fuí á tomar parte

en la algarada, resuelto á pasar de la Carpentania á Toledo.

En los montes de Oca saliónos al encuentro la hueste de Ruy Diaz, y la nuestra fué por ella desbaratada, y prisioneros los cinco reyes que la acaudillaban.

En lo mas recio de la batalla, un dardo vino á clavarse en mi pecho, y caí del caballo, arrastrando á mi hijo en la caida.

Una agitacion, una ansiedad inesplicable para Omar se iba apoderando de Gil hacia algunos instantes, agitacion y ansiedad que llegaban al colmo al llegar el anciano á este punto de su historia.

Omar preguntó la causa de aquella emocion al mancebo, pero este le suplicó que continuase.

—Un jóven guerrero, continuó Omar, se acercó á mí en aquel instante, atraido sin duda por los lamentos de mi hijo.

—Cristiano, le dije haciendo un esfuerzo supremo para hablar, tened compasion de este mísero niño que os recomienda un moribundo.

—Yo os juro amparar su horfandad, me contestó, y se alejó con mi hijo.

Entonces un escuadron de caballeros cristianos iba á pasar sobre mí y á poner término á mi vida, pero el príncipe Almudafar vió el peligro en que me hallaba, y adelantándose valerosamente á los enemigos con riesgo de caer á mi lado, me salvó. Restablecido de mis heridas, y sin tener á quien amar en el mundo, me consagré con ardiente perseverancia al estudio de la medicina, de la ciencia que me habia salvado, y la que habia profesado mi padre.

—Qué nombre, esclamó Gil, dábais á vuestro hijo?

—Dábale el de Ismael.

—Ismael! Ese nombre era el mio antes de recibir el bautismo.

—Qué! por ventura tus padres no eran cristianos?

—No, que eran mahometanos, y como vuestro hijo, fui recogido en la batalla de Montes de Oca por un guerrero cristiano, por el Cid.

—Oh Santo Alá! esclamó Omar comunicándosele la agi-

tacion que dominaba á Gil. Mancebo! descubre tu pecho!

—Miradle! dijo Gil desgarrando sus vestiduras.

El anciano dió un grito de inmensa alegría al descubrir cierta señal sobre el corazon del mancebo, y estrechó á este en sus brazos esclamando:

—Hijo! hijo del alma!... Tú eres, tú, el hijo por quien he llorado gran parte de mi vida.

—Padre mio! murmuraba Gil loco de alegría correspondiendo con sus lágrimas y con la presion de sus brazos á las caricias del anciano, padre mio, ya terminaron la soledad y el vacío de mi corazon! Que Dios os bendiga y mis labios le bendigan eternamente!

. . . .

. . . .

Eran pasados dos dias desde la llegada del mensagero de Aben-Zulema á Valencia, y tanto Omar como don Guillen y don Yago se disponian, el primero á tornar á Zaragoza, y los segundos ignoramos adónde, si bien sabemos que pensaban acompañar al anciano hasta Molina.

El Cid correspondió á los ricos presentes del hijo de Almudafar con otros mas ricos aun, y con cartas en que le ratificaba su leal amistad y le participaba su esperanza de ver dentro de pocos dias completamente restaurada su honra en los campos de Carrion.

Antes de partir, los forasteros quisieron ofrecer personalmente el homenage de su cariño y su respeto á doña Jimena y doña Sol y doña Elvira, á quienes aun no habian visto retraidas como estaban para todo el mundo en su estancia.

Los tres, acompañados del Cid, comparecieron ante aquellas nobles damas.

Un grito de alegría y sorpresa se escapó de los labios de doña Jimena y sus hijas al ver á los mancebos, que en ellos reconocieron nada menos que al caballero del Aguila y al caballero del Halcon.

Tan turbadas se sintieron Sol y Elvira, no sabemos si por la alegría ó la sorpresa, ó por ambas cosas á la vez, tan tur—

badas se sintieron, que apenas su labio acertó á formular frase alguna.

—Hé aquí, mi Rodrigo, dijo Jimena á su esposo, hé aquí á los nobles y generosos salvadores de las prendas de nuestro corazon en los bosques de Cardeña y en las calles de Burgos.

La sorpresa y la alegría del Cid al saber tan buena nueva no fueron menores que la de su mujer y sus hijas al tornar á ver á los misteriosos mancebos en quienes tanto habian pensado, y á quienes tanto agradecimiento conservaban.

Rodrigo estrechó contra su corazon á aquellos caballeros, espresándoles en aquel abrazo lo que sus palabras no acertaban á espresar.

Poco despues los forasteros se alejaban de la morada del Cid, y es fama que Sol y Elvira al verlos desde la ventana de su estancia alejarse tal vez para siempre, sintieron sus ojos arrasados en lágrimas, y por único consuelo y único desahogo del sentimiento que agitaba su corazon, fueron á ocultar su descolorida frente en el amoroso seno de su madre.



CAPITULO XLIX.

La lid.

Faltaba ya solo un dia para cumplirse el plazo de tres semanas señalado por el señor rey don Alfonso para la lid de los de Carrion y los campeones de doña Sol y doña Elvira.

De todas las tierras de Castilla, y aun de Aragon y de Vizcaya y de las Asturias de Oviedo y de las de Santillana y de Galicia y de Portugal, acudian caballeros y villanos al señorío de Carrion, ganosos todos de presenciar aquella famosa lid.

La víspera del combate ya apenas cabia en los llanos y las alturas del señorío de Carrion la muchedumbre de gentes que de todas partes habia acudido allí.

Las crónicas ibéricas no guardan memoria de una lid que hubiese escitado la atencion pública tanto como la que vamos á narrar.

¡Que Dios y Santa María nos presten su ayuda pára que pintemos con no desmayados ni falsos colores el sangriento juicio de Dios, al cual las córtes convocadas por don Alfonso fiaron la venganza del glorioso caudillo castellano!

La tarde era templada y hermosa.

El sol al acercarse al ocaso teñia de purpurinos colores las riberas del Carrion, donde la multitud se agitaba impaciente porque llegára el nuevo dia, y conquistando á veces por medio de una sangrienta lucha, el puesto mas conveniente para presenciar la lid que allí la habia conducido.

En el centro de la vega, á la orilla del rio en cuya mansa

corriente se reflejaban los moribundos rayos del sol, habia una estensa pradera alfombrada de fresca yerba y olorosas flores, y allí se habia construido el palenque de forma cuadrilonga, y formando uno de sus lados línea paralela con el rio.

Hácia la parte media de este lado se veía una riquísima tienda ocupando el corto espacio que mediaba entre el rio y la valla, y con comunicacion á un tablado que interrumpia la estacada.

Tienda y tablado estaban destinados al rey don Alfonso.

En el otro lado, frontero al del rey, se alzaba otro tablado con destino á los fieles y farautes, y provisto de una escalerilla para comunicar con la arena.

Y por último, en los estremos mas apartados de esta habia grandes tiendas que debian ocupar los combatientes.

El rey habia acudido al campo para examinar por sí mismo de qué modo se habia este dispuesto.

Ya las campanas de Santa María del Camino anunciaban allá á lo lejos la hora de la oracion, y los campeones se preparaban á la vela de las armas en que debian pasar la noche.

Don Alfonso se hallaba en su tienda satisfecho de los preparativos hechos para la lid, cuando los señores de Carrion solicitaron permiso para comparecer en su presencia.

Un presentimiento supersticioso de esos que suelen abrigar los mas descreidos y criminales los conducia allí.

Don Alfonso les otorgó la gracia que pedian.

—Señor, le dijeron, por última vez os demandamos una merced que por corta fiamos nos habeis de conceder.

—Hablad, contestó don Alfonso con severidad; mas os aconsejo que guardeis silencio si la gracia que venís á pedirme es la de que os releve de la lid...

Lo mismo los infantes que su tio se creyeron ultrajados con la sospecha del rey, y se apresuraron á contestar:

—Mal haceis, señor, en suponer que esquivamos la lid. Lejos de temerla la ansiamos, porque fiamos en Dios y en nuestro brazo. La merced que os pedimos es la de que nuestros competidores no hagan uso en la lid de Tizona ni de Colada.

—Merced es esa que yo no puedo haceros, y ciertamente

no comprendo por qué temeis armas que debeis tener en poco cuando han sido vuestras y nada habeis hecho por conservarlas.

—Esas espadas, que proceden de moros y malos cristianos, tienen maleficios que las escluyen de combate de buena ley.

—Esas espadas, replicó el rey indignado al oir el sandio pretesto conque los de Carrion recusaban las espadas tan gloriosamente ganadas por el Cid, esas espadas tienen sangre de las nobles hijas del Campeador, que debe ser lavada con la vuestra, y esa sangre os espanta, porque es un remordimiento para los que la han derramado. La honra del Cid va á ser defendida con los aceros que el Cid arrebató á los enemigos de Dios y de la patria. Defended vosotros vuestra honra con los aceros que á los enemigos de Dios y de la patria habeis arrebatado.

Los de Carrion no se atrevieron á replicar al rey, y se retiraron en seguida, desalentados y cabizbajos, á su tienda.

La noche fué cerrando, y la muchedumbre continuó ocupando la llanura y las colinas que á esta dominaban.

En el pórtico de la iglesia de Santa María del Camino habia una imágen de la Madre de Dios alumbrada por un opaco farolillo. Durante toda la noche, mientras velaban los combatientes en las tiendas, velaban en el pórtico del templo muchos villanos y villanas pidiendo de hinojos á la Vírgen que intercediese por el triunfo de los caballeros del Cid.

Entre los que con mas fervor dirigian esta súplica á la Santa Madre de Jesus, habia una doncella que se llamaba Blanca y un mancebo que se llamaba Sancho.

Los primeros resplandores del alba aparecieron al fin, y la multitud comenzó á agitarse viendo acercarse la hora de la lid que con tanta impaciencia esperaba.

Pocas veces ofrece la primavera mañana mas deliciosa que la que aquel dia ofreció. El cielo apareció sin una nube que empañase su purísima y azul trasparencia, y una aura suavísima inundaba la vega con las perfumadas emanaciones de los tomillares en flor que cubrian los lejanos collados.

El sol bañaba ya con sus rayos todo el estenso horizonte,

cuando en el centro de la vega resonó un clarin, al que contestó un inmenso murmullo de la multitud, que por lo visto esperaba con ansia aquella señal.

El clarin anunciaba que era llegada la hora del combate.

Pocos instantes despues los tablados que se alzaban á ambos lados del palenque empezaron á poblarse: el del lado del rio, por el rey y muchos caballeros de su casa, entre los cuales se contaba don Diego Ordoñez de Lara, y el del lado opuesto, por los fieles del campo y los farautes.

«Y es el rey, dicen las crónicas, por fer derecho é non consentir tuerto. Hyas' meten en armas los del buen Campeador, é en otro logar se arman infantes é Asur Gonzalez, conseiándolos ese que laman cuende don García. Los de mio Cid todos tres s' acuerdan en uno, mas los de Carrion andidieron en pleito, ca á mal lidiador ningun fierro l' plaz.

Hyas' van repintiendo infantes de lo que habien fecho.»

Los caballeros del Cid pasaron á la tienda de don Alfonso no á recusar las armas de sus adversarios, como habian hecho los de Carrion, sino á rendir homenage á su rey y señor natural.

—Las manos os besamos, señor, dijo Martin Antolinez. A vos nos confió mio Cid, y vos sereis juez imparcial en este pleito. Los de Carrion tienen aquí gran bando, y de sus malas mañas es de temer que á tuerto pretendan ganar lo que no puedan á derecho.

—Fiad en mí, contestó el rey, que para hacer justicia he venido á presenciar la lid.

El rey y los fieles bajaron en seguida á la arena, partieron el sol y señalaron los mojones, ordenando que los combatientes cuando mas, se acercasen á estos seis astas de lanza.

Tornaron en seguida el rey y los fieles á los tablados, y un faraute hizo la señal de la presentacion.

Entonces los combatientes aparecieron armados y cabalgando en vigorosos corceles á ambos estremos de la arena, es decir, don Suero y don Diego y don Fernando á la izquierda del tablado del rey, y á la derecha Pero Bermuez y Martin Antolinez y Muño Gustios.

El rey se irguió sobre el tablado, y dijo con voz robusta que de todas partes pudo oirse:

— Oid, infantes! Esta lid debió hacerse en Toledo, donde eran todos los de vuestro bando y los del Campeador; mas vosotros me rogásteis que aquí se hiciera, y accedí á vuestra demanda. Solo tres caballeros tiene aquí el Cid, y vosotros todos los de vuestro bando. A los del Cid yo los amparo, que fiados en eso han venido á vuestro señorío. Lidiad á buena ley, que si traicion hiciéreis, yo os demandaré cuenta estrecha de ello y os mataré por malos y traidores.

A otra señal de los farautes los combatientes de uno y otro bando se retiraron á las tiendas.

Todo quedó en silencio por algunos instantes. La ansiedad de los espectadores era tal, que hasta la respiracion contenian.

El agudo sonido de un clarin se dejó oir, y un faraute gritó:

La Ave-María! La Ave-María!

La multitud, siguiendo el ejemplo del rey, se descubrió la cabeza, dobló la rodilla, y rezó en voz baja la salutacion del ángel.

Pasaron algunos instantes mas de ansiedad y de silencio, y otra vez se dejó oir el clarin haciendo la señal del combate.

El ignorado autor del Poema del Cid dice que todos los combatientes salieron juntos á la arena, y el combate fué simultáneo; pero las crónicas que nos sirven de guia nos dicen lo contrario, y su version es la que vamos á seguir.

Pero Bermuez apareció en un estremo del campo, y don Fernando en el otro.

Embrazan ambos los escudos, bajan las lanzas, inclinan la cara sobre el arzon, y sepultan las espuelas en los hijares de los caballos, que parten haciendo retemblar la tierra con sus ferrados cascos.

La lanza de don Fernando traspasó el escudo de Pero Bermuez; mas «prisol' en vacío, dice la crónica, é nol' tomó carne.»

La de Pero Bermuez cogió de soslayo el escudo del in–

fante, y le dividió en dos pedazos sin tocar el pecho del caballero.

La inutilidad de este primer esfuerzo encendió en ira á ambos combatientes, que hicieron retroceder los caballos para tomar empuje y dar nueva y mas furiosa acometida.

Los caballos, colocados en los dos estremos mas opuestos del campo, partieron por segunda vez á encontrarse en el centro con la rapidez de la saeta.

El encuentro fué terrible. La lanza de Pero Bermuez dió en el pecho á don Fernando, cuya loriga, que tenia tres dobleces, según dice la crónica, traspasó penetrando con la camisa y el belmez en la carne cerca de una cuarta.

Á aquel rudísimo empuje, y al esfuerzo que el infante hizo para sostenerse en la silla, las cinchas se rompieron, y don Fernando cayó al suelo por la cola del caballo.

—Herido es de muerte! gritó la multitud, prorumpiendo la mayor parte de ella en aplausos y víctores á Pero Bermuez.

Entonces este soltó la lanza, y metiendo mano á la espada se lanzó sobre don Fernando para intimarle la rendicion ó darle el golpe de gracia.

«Quando á Tizon vió Ferran Gonzalez, dice la crónica, grand pavor hobo é dixo antes quel' diese colpe:

—Venzudo so!»

Los fieles proclamaron vencedor á Pero Bermuez, y en tanto que este se retiraba á su tienda, don Fernando era sacado de la arena moribundo.

Una carcajada insultante, cruel, llena de salvage ironía resonó en aquel instante tras la balla y junto á la tienda de los de Carrion.

Don Fernando dirigió la moribunda mirada hácia el sitio donde aquella carcajada habia sonado, y sus ojos se encontraron con los de Sancho el ballestero.

Los farautes, por órden de los fieles, hicieron la señal del segundo combate, y Martin Antolinez y Diego Gonzalez aparecieron en la arena.

Si la visera hubiese permitido ver la faz de este último, se hubiera visto el espanto y el desaliento pintados en ella: tal al

menos autorizaba á presumir el temblor que esperimentaba la mano y aun el cuerpo de Diego.

Los caballos partieron velozmente; así la lanza de Martin como la de Diego saltaron hechas hastillas al chocar en los fortísimos escudos, y los caballos, á pesar de su poderosa resistencia, retrocedieron un paso.

Entonces ambos combatientes echaron mano á la espada.

«Martin Antolinez, dicen las crónicas, metió mano á Colada. El espada relumbra tod' el campo, ca tanto es clara é limpia. A Diego diol' un colpe de travieso é el caso de somo apart gelo echo é le cortó todas las moncluras del yelmo é le levó el almofar é la cofia é raxol' los pelos é legole á la carne.

Quando deste colpe le ha ferido Colada, vió Diego Gonzalez que non escaparie con vida, é tornó la riend' al caballo.

Esora Martin Antolilez con el espada le recibió é tirol' un colpe, mas con lo agudo nol' dió, quel fierro caío de lano.

Diego tiene en mano el espada, mas non la ensaia, ca ha grant pavura, é grida:

—Valme, Dios glorioso, é curiame deste espada taiadora.

El caballo sorrienda é curia sacarle del moion.

Martin Antolinez en pos dél va, é tan fuertemientre le fiere en somo la cabeza, que del caballo caie Diego lamándose venzudo.»

Los víctores de la multitud se repiten, y los del bando de Carrion, que arden en ira, embisten y maltratan á los que victorean «al burgalés de pro,» sin lograr por eso acallar el aplauso público.

Retiróse Martin Antolinez, y Diego exhala el último aliento al llegar á la tienda donde yace, tambien sin vida, su hermano.

Los fieles proclaman vencedor á Martin Antolinez, y los víctores y aplausos de la multitud se repiten, y la ira de los del bando de Carrion se redobla.

Don Suero Gonzalez está loco de dolor y enojo viendo vencidos y muertos á sus sobrinos.

Sin aguardar á que los farautes hagan la señal, cabalga en



Lám. 10.

Vencidos eran ya los traidores infantes de Carrion.

su fuerte corcel con la agilidad de un mozo, y se lanza á la arena gritando:

—A mí, á mí, los de Vivar! que por traidores y cobardes y mal nacidos os reto! A mí los mantenedores de esas impuras barraganas que mis sobrinos debieron castigar cortándoles las haldas por lugar vergonzoso y mostrándolas para befa de villanos en todos los lugares de Castilla y de Leon.

—Traidor! gritó el rey alzándose indignado. Mis arqueros, asid á ese malvado, y poned una mordaza en su boca!

Gritos de indignacion secundaron por todas partes los del rey.

Muño Gustios apareció en la arena en el momento en que los arqueros del rey iban á cumplir el mandato de este.

—Plaza! plaza! gritó Muño dirigiéndose á los arqueros que invadian ya la tela. Plaza, que mi lanza acallará para siempre la lengua vil que así infama á las egregias hijas del Campeador.

Y embrazando el escudo y empuñando la lanza tembloroso no de miedo, sino de ira, hirió con ambas espuelas los hijares de su caballo, que partió con la velocidad del rayo al tiempo que el de don Suero hacia lo mismo.

Don Suero era viejo, pero aun conservaba su brazo vigor al parecer incontrastable. Su lanza dió con tal fuerza en el escudo de Muño, que le hizo pedazos, empero sin herir el pecho del mancebo.

No fué este mas afortunado, porque la ira que le cegaba le hizo errar el golpe.

Lanzando los combatientes fuego por los ojos y espuma por la boca tornaron atrás, y tornaron á acometerse con la ferocidad del tigre herido por la flecha del cazador.

La lanza de Muño Gustios, como si para impulsarla se hubiesen adunado todas las iras concitadas por don Suero durante medio siglo de traiciones y villanías, traspasó el escudo del viejo, y penetrando á este el pecho con pendon y todo le asomó por la espalda.

Un grito de rabia y de dolor lanzó don Suero pugnando aun por hacer uso de su lanza, que se le escapaba de las manos.

Al tirar Muño de la suya para sacarla del cuerpo de don Suero, este cayó del caballo arrojando sangre á borbotones, y espiró profanando aun con su balbuciente labio la honra inmaculada del Cid.

Tambien los fieles del campo proclamaron vencedor á Muño Gustios.

Los villanos del señorío de Carrion, que durante tantos años habian sufrido todo linage de humillaciones y tiranías de don Suero y los infantes, quisieron lanzarse á la tela y á la tienda donde yacian los cadáveres de sus opresores, para arrastrar ignominiosamente por los campos aquellos sangrientos restos y entregarlos á las llamas y aventar sus cenizas, pero un impetuoso gesto de don Alfonso bastó para contener al populacho é imponerle silencio.

—Perdon y oraciones á los muertos, que Dios es el único juez que debe juzgar mas allá de la vida! esclamó el rey con acento solemne.

Y la multitud se apartó de la tela dispersándose por la llanura y los oteros regocijada con el resultado del combate.

Don Alfonso no quiso pasar aquella noche en Carrion. Pidió á los victoriosos campeones del Cid que no se apartasen de él por si los airados partidarios de los mantenedores vencidos, capitaneados por el conde de Cabra, intentaban alguna felonía, y se encaminó á San Juan de Sahagun, acompañándole muchos de los caballeros que concurrieron á presenciar la lid, y por la gente de armas que de Burgos habia sacado para su guarda y para hacer respetar las leyes del combate.



CAPITULO L.

Que empieza con luminarias y acaba con una hoguera.

Dexemonos de pleitos de infantes de Carrion, como dice el autor del Poema del Cid al llegar á esta altura de su epopeya, cansado como nosotros de narrar esa larga série de indignidades que acabamos de ver terminada y castigada en la risueña márgen de Carrion.

En tanto que don Alfonso seguia la via de Sahagun, el regocijo popular estallaba en el señorío de Carrion de un modo nunca visto en aquella tierra, oprimida hacia mas de media centuria.

Disculpa merece el pueblo que alza cánticos de alegría junto al sangriento cadáver de sus tiranos; pero no merece aplauso, porque al espirar un hombre, siquiera este hombre sea un malvado, oraciones que no cánticos de alegría deben subir al cielo.

Lo que el pueblo hizo en Carrion poco despues de morir sus señores merece nuestra reprobacion partiendo de este principio.

Las campanas de la villa comenzaron á tocar no á muerto, sino alegremente, en señal de regocijo, y apenas comenzó á descender la sombra de la noche, multitud de luminarias comenzaron á brillar en todas partes, y sobre todo en la villa que daba nombre al señorío.

Temerosos los deudos y amigos de don Suero y los infan-

tes de que el pueblo se apoderase del castillo y le saquease y entregase á las llamas, anticipáronse á apoderarse de aquella fortaleza, que por otra parte temian quisiese secuestrar don Alfonso, en cuyo caso estaban resueltos á defenderla.

Desde las altas almenas del castillo contemplaban con rabia don García y sus amigos las luminarias, y oían los cánticos y campaneos conque el popular celebraba la desastrosa muerte de sus señores.

La noche iba avanzando, y aquellas señales de regocijo lejos de disminuir aumentaban.

El enojo que á los que las contemplaban desde el castillo causaba esto, era cada vez mayor.

—Esas insolentes luminarias, decia el conde de Cabra al Crespo de Grañon, á Gomez Pelayet y otros de sus amigos, esas luminarias, esos repiques de campanas y esos cánticos de los villanos no solo son un grosero insulto á la memoria de don Suero y los infantes, sino tambien á nosotros.

—¡Qué hacemos, vive Cristo, esclamó el Crespo lanzando fuego por los ojos, qué hacemos aquí doscientos esforzados caballeros que no abandonamos esta torre y esterminamos á esa inmunda plebe que así nos insulta y debiera rasgar sus vestiduras en señal de dolor ante el cadáver de sus señores!

—La plebe, contestó don García, debiera ser castigada por su insolente audacia; mas numerosa y engreida con el triunfo del Campeador que tiene por suyo, osaría resistirnos y saldriamos mal librados de la acometida.

—Si vos, don García, dijo Gomez Pelayet no menos enojado que el Crespo de Grañon, no os atreveis á imponer silencio á esos villanos, quedad aquí rogando á Dios ó á Lucifer que nos ayude, que nosotros bajaremos á la villa y escarmentaremos á los que osan alzar la frente del polvo, donde deben tenerla siempre, para insultar y desafiar á los caballeros mas nobles de Castilla y Leon.

—Cierto, asintieron todos los caballeros que esto oían.

Y añadió Gomez Pelayet con profunda ironía:

—El noble conde de Cabra no malgaste sus brios en hazañas tan mezquinas como estas, que solo son dignas de él haza-

ñas tan altas como aquella conque há luengos años recobró de la morisma su señorío.

Para comprender el enojo que este recuerdo causó á don García, conviene saber que habiendo invadido los moros el señorío de Cabra, el conde, lejos de defenderle, huyó de él lleno de pavor, y solo le recobró porque arrojados de Cabra los infieles por el Cid, este devolvió generosamente el señorío al que no habia tenido valor para defenderle.

Por poco que fuese el valor de don García, no le fué dado permanecer impasible ante el insulto de Gomez Pelayet.

—Salgamos de aquí, esclamó, y castiguemos á los villanos, que despues demandará mi espada estrecha cuenta al que ha osado poner en duda mi valor.

El castillo quedó guarnecido por los ballesteros que sus antiguos señores asalariáran, y hasta doscientos caballeros salieron de él y se dirigieron con la velocidad del viento hácia la villa, donde cada vez eran mayores las señales de regocijo.

El pueblo llenaba las calles y las plazas, harto distante de temer que hubiese quien turbára sus alegrías.

De repente se vió acometido por aquel furioso escuadron, que empezó á causar sangriento estrago en la sorprendida é inerme muchedumbre.

Esta trató de resistir á los que tan inesperadamente la acometieran, pero sus esfuerzos fueron vanos.

La confusion y el desórden eran espantosos. A los gritos de ira é indignacion de los hombres, se unian los de espanto y dolor de mujeres y niños.

Los nobles—si es que este nombre nos es lícito darles—herian sin piedad á cuantos alcanzaban, sin respetar á la mujer, ni al anciano, ni al niño.

Pasados pocos momentos, las calles y las plazas estaban regadas de sangre y cubiertas de cadáveres, y los que podian librarse de la matanza, huian aterrados por los campos, ó se escondian en los sitios mas recónditos é ignorados de las casas.

No se contentaron los asesinos, pues este nombre debemos dar á aquellos desalmados, no se contentaron con llevar el es-

terminio á la villa, sino que quisieron tambien llevarle á las aldeas diseminadas en las cercanías donde, lo mismo que en la villa, pocos momentos antes se celebraba aun el castigo de sus tiranos.

La espada y la lanza de aquellos que se daban el nombre de los caballeros mas nobles de Castilla y Leon, siguieron durante toda la noche ensañándose en los indefensos y desprevenidos villanos.

Al rayar el alba, don García y sus amigos tornaban al castillo, satisfechos con la *victoria* que habian alcanzado.

Al alumbrar el sol aquellos campos, los encontró desiertos: el terror reinaba por todas partes, y los villanos que habian logrado salvarse apenas se atrevian á dirigir la vista al castillo de Carrion, que negro y siniestro como un fantasma preñado de crímenes, se alzaba allá en el otero que dominaba la villa.

Los inhumanos desafueros cometidos en el condado de Carrion por los partidarios de los desastrosa y merecidamente finados señores de aquella tierra, llegaron inmediatamente á noticia del rey, que permanecia aun en el monasterio de Sahagun.

El enojo de don Alfonso al recibir tan desagradable nueva fué terrible.

—La corona de Castilla y Leon, y aun la vida perdiera yo de buen grado, esclamó el rey, antes que dejar impunes tamaños desafueros. Por Jesucristo que he de ahorcar á esos bandidos, y he de colgar sus cuerpos inanimados en las almenas del castillo de Carrion.

En otro libro que ya hemos citado, y en que, con la escasísima habilidad que Dios nos ha dado para historias de este género, contamos muchos hechos de las mocedades del Cid, contamos tambien la historia de un mancebo que á fuerza de valor y noble ambicion salió de su condicion humildísima, calzó la espuela de caballero, casó con la infanta doña Teresa, hermana de los infantes don Diego y don Fernando, y alcanzó honra y fama bajo el nombre de Guillen el de la Enseña.

Este caballero, á pesar de su adhesion al rey y al Campea-

dor, en cuya hueste militaba casi siempre, no habia querido acudir á la vega de Carrion á presenciar la lid, porque cualquiera que fuese su opinion en el pleito que allí se ventilaba, los infantes eran hermanos de su mujer, y un sentimiento cuya delicadeza no hemos menester esplicar ni encarecer, le aconsejaba el retraimiento; mas cuando supo que el combate se habia verificado, acudió al encuentro del rey, y se hallaba en Sahagun cuando don Alfonso recibió la noticia de la matanza de la plebe de Carrion.

Don Alfonso le llamó á su presencia.

—El señorío de Carrion, le dijo, pertenece ya de derecho á vuestra mujer la noble y honrada doña Teresa. El señor debe proteccion á sus vasallos, y los de vuestra mujer están siendo cruelmente maltratados por el conde de Cabra y otros traidores, á quienes no es lícito ya dar el nombre de caballeros, porque proceden como infames bandidos. Tomad quinientas lanzas que yo os doy, é id á Carrion á tomar posesion del señorío en nombre de vuestra mujer, y á castigar á los malvados que derraman la inocente sangre de los villanos de aquella tierra. El castillo sirve de guarida á don García y sus amigos. Tomadle si es necesario á viva fuerza, y colgad de las almenas á los que se guarecen en él.

—Así lo haré, señor, y no tendré misericordia de los que no la han tenido de los pobres villanos.

Harto sabia don Alfonso que el caballero á quien encargaba el castigo de los culpables no habia de tornar sin cumplir sus órdenes.

El de la Enseña tomó la gente de armas que el rey le habia ofrecido, acompañándole además gran número de los caballeros que estaban con el rey en Sahagun, y se encaminó á Carrion.

Apenas dió vista á la villa, los acobardados moradores cobraron ánimo y fueron engrosando la hueste ansiosos de tomar venganza en los malvados encerrados en el castillo.

Guillen intimó á estos que salieran de la fortaleza; pero la contestacion fué una nube de dardos que hirieron á no pocos de los de fuera.

Doblemente indignado el de la Enseña con aquella agresion, lanzóse el primero hácia el castillo gritando:

—Al asalto! al asalto! Devore el fuego esa torre maldita, y perezcan en ella cuantos encierra!...

En breve la fortaleza se vió rodeada y embestida por la gente de armas del de la Enseña y por los moradores de la villa y los de la vega, que acudian ansiosos de vengar la sangre que don García y los suyos habian tan injusta y cruelmente derramado.

Los defensores del castillo se defendian con teson, pues trocando los nobles la espada ó la lanza por la ballesta, poblaban el espacio con sus dardos.

Los sitiadores derribaron árboles, y echándolos sobre el foso á manera de puentes, lograron llegar al rastrillo y la poterna sin curar de los dardos, las piedras y el agua hirviendo que caían sobre ellos.

Muy pronto rastrillo y poterna cayeron hechos pedazos, y dieron entrada á los sitiadores, entre los cuales iba el primero Guillen el de la Enseña.

Los defensores del castillo no se desanimaron aun, pues agolpándose en los patios y los ánditos del piso bajo, sostenian porfiadísima lucha con los invasores.

Allí los gritos de rabia, allí las amenazas, allí la matanza, allí la desesperacion.

Pero era tan grande el número de los asaltantes, que los defensores de la fortaleza se convencieron de que era ya inútil, allí al menos, la resistencia, y empezaron á retroceder y á subir á los pisos superiores, con la esperanza de alcanzar allí algunas ventajas.

Inútil retroceso é inútil subida, porque allí pereció crecido número de ellos, y los restantes tuvieron que rendirse implorando la piedad de los vencedores.

Tuviéronla estos de los ballesteros asalariados, mas no así de los caballeros: Gomez Pelayet, el Crespo de Grañon y otros fueron inmediatamente arrojados desde las altísimas almenas, haciéndose pedazos en la caida.

El conde de Cabra no parecia entre los vencidos. Buscóse-

le por todas partes, y al fin se le encontró tembloroso y espantado en el subterráneo mas oscuro y retirado del castillo.

Tampoco hubo misericordia para él, á pesar de que la imploraba de rodillas. Echósele una cuerda al cuello, ahorcósele en una almena, y se le dejó allí colgado.

—Arda, dijo el de la Enseña, esta siniestra morada del crímen.

Y sus soldados encendieron grandes hogueras en muchas estancias de la torre.

Poco despues se lanzaban fuera de esta todos los que la ocupaban, no pudiendo ya resistir el fuego y el humo.

La noche se habia ido acercando en el momento en que el castillo de Carrion era una inmensa hoguera, cuyo rojizo resplandor alumbraba la mayor parte del condado.



CAPITULO LI.

En que el autor tiene la honra de presentar al lector, para que se despida de ellos, algunos de los personages de esta historia.

Algunos dias despues de los graves sucesos ocurridos en el señorío de Carrion ocurrian otros tambien muy notables, aunque de muy distinto jaez, en el solar del hidalgo de Riodurna.

Martin Nuñez tenia odio muy profundo y antiguo á los señores de Carrion. Muchas eran las causas de este odio. Lindantes sus posesiones con el señorío de Carrion, el hidalgo de Riodurna habia sufrido contínuas tropelías de los señores sus vecinos. Honrado, leal, justo como el que mas, habia visto siempre con horror la conducta depravada de don Suero y los infantes. Entusiasta admirador del Cid, era enemigo mortal de cuantos lo eran del noble y glorioso héroe de Vivar. Las iniquidades que los infantes cometieron con Blanca y Sancho eran consideradas por Martin como ofensas propias. Por último, el ataque dado á su casa por los criados de los de Carrion, no era tan inocente que pudiera el hidalgo darle al olvido.

Teniendo Martin todas estas causas para odiar á don Suero y los infantes, nadie estrañará que al saber todo lo ocurrido en Carrion determinase echar la casa por la ventana.

El dia era tan hermoso como la alegría que reinaba en Riodurna.

Blanca y Sancho se habian «unido en uno» en la iglesia parroquial del valle, sirviéndoles de padrinos Martin y su mujer, y de testigos la mayor parte de los moradores de la comarca.

Desde antes de amanecer se alzaba una gran columna de humo del hogar de Martin Nuñez, lo que probaba, segun la crónica, que allí «facian gran yantar.»

Apenas el sol iba bañando todo el horizonte, oyéronse cantares y músicas y gritos de alegrías en las arboledas que rodeaban la torre del hidalgo, y un momento despues asomaron centenares de personas, entre las cuales aparecian Blanca y Sancho, con la felicidad retratada en el semblante.

No se mostraban menos alegres los hidalgos que venian al lado de los recien casados.

—Hoy, decia Martin, es dia de completa dicha en mi casa, y quisiera que toda Castilla y Leon participasen de ella.

—Voto á brios, señor, contestóle Fortun, que con las gentes que asistimos á estas bodas ya se puede poblar un reino.

—Un reino como los de los moros de Aragon, añadió Martin.

—Y no dejarán de bajar al olor de la fiesta muchas de las gentes que pasen por la calzada de Carrion, que tentador es el tufillo que sale ya de la cocina de la torre.

—Que bajen en buen hora, dijo Martin. Cien perniles de puerco y cien piernas de vaca acecinada hay en mi despensa, y cien corambres de buen vino en mi bodega.

La alegría se desbordó de todos los corazones al oir hablar así al hidalgo, y este y su mujer y los recien casados fueron nuevamente vitoreados por todos los circunstantes.

Cuando la comitiva llegó á casa del hidalgo, ya en el estenso comedor que precedia á la cocina estaba todo dispuesto para servirse un almuerzo compuesto de pocos platos, pero estos capaces de matar el hambre al mismo Saturno.

Plato habia allí cuyo contenido era un robusto ternero asado.

Cuando los sólidos y los líquidos preparados en el come—

dor hubieron mermado mucho, y la alegría general habia subido de punto, el hidalgo dió un golpe en la mesa acompañado de la palabra:

—Silencio!

Todos callaron, aunque el silencio fuese ya para ellos punto menos que imposible.

—Quiénes son los mas valientes entre mis criados y amigos? preguntó el hidalgo.

Todos callaron por un instante, hasta que contestó Fortun:

—Yo.

—Sí, dijo Martin, tú eres el mas valiente... comedor.

—Pues por esos valientes creí que preguntábais, que por los otros era escusado preguntar estando aquí Sancho.

—Ya sé que Sancho es el mas valiente de cuantos aquí estamos, pero en esta ocasion no me sirve: aparte de que en dia como este no debe ocuparse en trabajos guerreros, sabe manejar á maravilla una ballesta ó una lanza, mas no el arma conque hay que hacer la faccion que yo he menester.

—Y podremos saber, señor, qué arma es esa?

—La maza.

—Aquí hay no pocos que la manejan para majar el lino de vuestra cosecha.

—Esa es de madera, y la que han de manejar los valientes que yo busco es de carne.

Una carcajada estrepitosa y general acogió las misteriosas palabras del hidalgo.

—Reís? dijo este. Oid y sabreis lo que intento. Recuerdo que en mis mocedades hubo una famosa justa en la márgen del Carrion, allí mismo donde há pocos dias recibieron don Suero y sus sobrinos el castigo de sus culpas. Era reina del torneo una hermosa y noble doncella á quien servia uno de los justadores. Vencedor en la lid el caballero que amaba á aquella dama, fuese á la puente del Carrion, y á todos los pasageros hizo, so pena de lidiar con él, ir á la tela á rendir homenage á la que reinaba en su corazon. Pues bien, amigos mios, hoy dos de mis servidores han de ir á la calzada de Carrion, y apostados á ambas orillas de la via con un pernil de puerco al

hombro á guisa de maza, á todos los pasageros, sean nobles ó villanos, sean hembras ó varones, hán de hacer bajar al solar de Riodurna á rendir homenage al banquete y la fiesta que hoy habrá aquí.

El estraño proyecto del hidalgo mereció la aprobacion de todos los circunstantes, y tanto la de Fortun, que este esclamó con la boca aun llena con los restos del almuerzo:

—Pláceme, señor, en estremo, manejar mazas como las que quereis dar á los que se aposten en la calzada para cumplir vuestras órdenes. Si lo habeis á bien, yo seré uno de los que imiten al justador de la márgen del Carrion.

—Y yo el otro, añadió un jayan que, como Fortun, aun se entretenia en descarnar un hueso y hacer probaturas del vino, que daba ya hastío á los demás comensales.

El hidalgo hizo traer de la despensa dos enormes perniles de cerdo, y entregando uno á Fortun y otro al jayan,

—Id, les dijo, á vuestro puesto, y ¡ay de vosotros si os moveis de allí antes que yo os avise!

—Cumpliremos fielmente vuestras órdenes, dijo Fortun echando al hombro el pernil, en lo que le imitó su compañero.

—Pero, señor, añadió el de Barbadillo, en vuestras órdenes no hay escepcion?

—Ninguna.

—Si pasan grandes señores...

—Aunque pase el mismo rey, habeis de hacerle venir.

—Pero, señor, vendremos nosotros á tiempo para rendir tambien homenage?...

—Ay de vosotros si abandonais el puesto antes de que yo os lo ordene!...

Fortun y su compañero, no muy satisfechos ya de una comision que los alejaba de donde guisaban, tomaron la cuesta que mediaba entre la torre y la via de Burgos á Carrion.

Colocáronse gravemente uno á una orilla de la calzada y el otro á la otra, y comenzaron á pasear lentamente cada cual con su pernil de puerco al hombro.

Desde allí se veian perfectamente la torre y los hermosos

campos que la rodeaban, como que la distancia apenas era de algunos tiros de ballesta.

No tardaron en asomar pasageros que venian de hácia Burgos: eran unos caballeros armados de punta en blanco, y capaces de poner miedo al mismo Cid.

Fortun y su compañero se miraron al verlos como diciendo:

—¿Y qué hacemos con estos Fierabrás, que si les intimamos la órden de torcer camino, nos descabezan de un tajo?

Martin Nuñez era blando con los que le servian bien; pero cuando salia de sus casillas, que era siempre que alguno de sus servidores pagaba con ingratitud su bondad y su blandura desobedeciendo sus órdenes, molia los huesos á palos al servidor desobediente. Ni Fortun ni su compañero ignoraban esto, y se decidieron á hacer de tripas corazon para cumplir las órdenes del hidalgo.

—Honrados caballeros, dijo Fortun á los viandantes, el noble y rico hidalgo de Riodurna, cuyo solar veis allá abajo, muestra hoy las satisfacciones de su casa con fiesta y yantar como no se han visto nunca en esta tierra, y os ruega que torciendo la via, bajeis á honrar su casa y mesa.

—Decidle, contestó uno de los caballeros, que si bien agradecemos su cortesía, hemos menester seguir sin detenernos nuestra jornada.

—Eso no podemos nosotros permitirlo, replicó Fortun avanzando como su compañero al medio de la calzada como para detener el paso á los viajeros.

—Por San Pedro de Arlanza! esclamaron estos, indignados de que hubiese quien intentára oponerse á su paso, y requiriendo los aceros.

Los criados de Martin alzaron sus mazas en ademan hostil, y como los caballeros echasen de ver entonces el género de armas que aquellos mozos oponian á las suyas, soltaron una ruidosa carcajada, y celebrando la singular ocurrencia del hidalgo, y dejando el camino de Carrion, tomaron el de Riodurna.

Esta escena se fué repitiendo sucesivamente muchas veces.

Al fin los criados de Martin Nuñez, que iban creyendo su encargo fácil de cumplir sin ser ensartados por la lanza ó la espada de algun viandante poco dispuesto á chanzas, recibieron un susto de marca mayor.

Allá por la última revuelta del camino descubrieron una gran polvareda que levantaban multitud de caballeros, escuderos y pages, entre los cuales venia una relumbrante litera.

—El rey, ó cuando menos príncipes ó princesas, deben venir allí, dijo Fortun sobresaltado.

—Si así es, contestó su compañero, locura será oponernos á su paso, porque de seguro tal audacia nos costará la vida.

—Y si no nos oponemos, el hidalgo nos molerá los huesos.

—Eso por sabido lo callo..

—Dios nos valga! esclamó Fortun aterrado. Y qué hacemos, hermano?

—Si los que vienen son reyes ó príncipes, dejémoslos pasar, y en vez de ir luego á Riodurna, vayamos adonde el hidalgo no torne jamás á vernos.

—Eso, hermano, fácil es de decir, mas no de hacer. Desde la torre nos espían, y si ven que nos alejamos de la calzada, de seguro manda nuestro amo perseguirnos, y antes que perdamos de vista el valle de Riodurna nos alcanzan.

—Razon tienes, hermano.

—Soy de parecer que á esos viajeros intimemos la órden de bajar á la torre con toda la cortesía y humildad posibles, advirtiéndoles que si hay culpa en detenerlos, esa no es nuestra, y sí del higalgo á quien servimos y obedecemos.

—Eso debemos hacer, escogiendo entre dos males el menor.

Los viajeros estaban ya á tiro de ballesta.

No una litera, sino varias venian ocupadas todas ellas por mujeres y aun por niños; pero se distinguia entre ellas por su riqueza una en que era conducida una dama aun no entrada en años, y con la que hablaba amorosamente un caballero muy gentil que cabalgaba á su lado.

Fortun se descubrió cortesmente la cabeza, y adelantándose hácia el caballero que conversaba con la dama, por parecerle el mas principal, le habló en términos aun mas corteses

y humildes que habia hablado á aquellos cerca de los cuales habia empezado á cumplir las órdenes de su amo.

Todos los viajeros echaron de ver inmediatamente las armas que manejaban los guardianes de la via, y comenzaron á reir con gran alborozo, no siendo la dama de la litera y el caballero que iba á su lado quienes menos celebraban aquel nuevo género de mazas, á pesar del luto y la tristeza de la primera.

El caballero dirigió la vista hácia el solar de Riodurna, y en una hermosa pradera que habia delante de la torre distinguió bajo unos doseles de fresco ramage y flores unas inmensas y blancas mesas que preparaban y contemplaban alborozadas muchas gentes, á tiempo que del hogar del hidalgo se alzaba una blanca columna de humo.

—Nunca, dijo el caballero, niegan las gentes honradas homenages pedidos con tanta cortesía como los piden Martin Nuñez y sus servidores. Vamos pues á Riodurna.

Y torciendo camino señores y criados tomaron cuesta abajo, dejando agradablemente sorprendidos con su condescendencia á Fortun y su compañero.

A todo esto, la hora á que ordinariamante se comia en casa del hidalgo de Riodurna iba llegando, y Fortun lo conocia mas que en el sol, que se hallaba ya en el cénit, en su estómago, que se hallaba ya en disposicion de albergar medio ternero.

Distraidamente comenzó Fortun á pellizcar su maza, llevándose las uñas á la boca.

Las mesas puestas bajo la enramada iban rodeándose de gente, y Fortun, fuese realidad ó fuese ilusion de su deseo, creyó percibir un agradable olorcillo que el viento traía de hácia la torre.

—Hermano, dijo á su compañero, juro á ños que allá abajo sacan tripa de mal año sin acordarse de nosotros.

—Tal creo, y en ello me confirma esa música que empieza á sonar en torno del banquete.

—Juro á ños que en tentacion voy entrando de comer la maza esta.

—Mal harás, hermano, que el hidalgo no lo ha de llevar á bien.

—Esperemos un rato mas, á ver si nuestro amo se acuerda de nosotros.

—Mucho temo que no, que con razon suelen decir que el harto no se acuerda del hambriento.

—Á pesar de ese dicho, nuestro amo no es de los que olvidan á sus servidores.

—Pues esperemos.

—Esperemos.

El bullicio y la alegría que reinaban en Riodurna demostraban que el banquete iba tocando á su término.

Y sin embargo, nadie daba á Fortun y su compañero la órden de abandonar la calzada.

Al olor sin duda de las mazas, habíase acercado un enorme mastin de unos pastores, cuyo aprisco se descubria á lo lejos, y Fortun, para aligerar el tiempo, se puso á acariciarle; pero aun así el tiempo pasaba con lentitud.

—Hermano, dijo el de Barbadillo, en buen hora conserves tú íntegra la maza, si es que el estómago te lo permite; mas yo voy á cercenarle un buen trozo, aunque el hidalgo me muela.

Sentóse sobre una piedra y empezó á sacar una lonja del pernil; mas el mastin estaba tan hambriento, que intentó sacar otra. Ahuyentóle Fortun de una patada, y continuó su operacion. Aun no la habia terminado, porque el pernil estaba duro y costaba trabajo despedazarle sin mas cuchillo que las uñas, cuando el perro se acercó nuevamente. Enojado el mozo con la porfía del animal, fué á dar á este un porrazo con el pernil; mas el mastin esquivó el golpe, y lanzándose rápidamente sobre la maza que se le habia escapado de la mano á Fortun, hizo presa en ella y huyó por los matorrales arrastrándola con la boca.

Asustado y desesperado Fortun, corrió tras él hasta larguísima distancia; pero inútilmente, porque el perro desapareció con el pernil entre la maleza, y fueron vanos todos los esfuerzos que el mozo hizo para recobrar la maza.

Veamos lo que pasaba entre tanto bajo el dosel de verdura colocado junto á la casa fuerte del hidalgo.

El alborozo de Martin y su mujer, y aun el de todos los que

asistian á la fiesta, fué grande al verse honrados con la presencia de los nuevos señores de Carrion, que estos eran los de las literas.

La tristeza de la infanta doña Terera se mitigó algun tanto ante la felicidad y la alegría que reinaban allí.

Esta felicidad y esta alegría subieron de punto al saberse por Guillen el de la Enseña que el Campeador y su familia eran esperados en Burgos y se encaminaban á Vivar, á cuyo solar triste y solitario hacia muchos años iban á dar la alegría y el calor que le faltaba.

Terminada la comida, dijo Martin al de la Enseña:

—Una gracia tengo que demandaros.

—Mi mujer y yo deseamos de corazon serviros, que harto notorio nos es que sois honrado como el que mas de esta tierra, contestó Guillen.

—Vuestra mujer y mi señora la infanta torna á habitar los sitios donde nació y pasó la juventud...

—Y á gran dicha lo tengo, dijo la infanta, aunque las mayores penas de mi vida he sentido en Carrion.

—Mio Cid va á Vivar, donde su hogar le esperaba lleno de tristeza há muchos años.

—Y esa será su mayor dicha, despues de la de haber obtenido reparacion su honra ultrajada.

—Pues aquí, dijo Martin dirigiendo la mirada á Blanca y Sancho que, sentados á corta distancia, oian esta conversacion, aquí hay quien suspira por tornar al triste y desmantelado hogar de sus padres que há mucho abandonó.

—Son por ventura Sancho y Blanca?

—Cierto. En una aldea de vuestro señorío nombrada los Tomillares nacieron ambos y llegaron á la mocedad; pero desdichas que no es del caso recordar les hicieron há tiempo abandonar aquellos sitios, y lo mismo la casa donde Blanca nació y murieron sus padres, que la que vió nacer y crecer á Sancho, yacen solitarias y ruinosas.

Guillen y doña Teresa se dirigieron una mirada, que bastó sin duda para comunicarse recíprocamente un generoso pensamiento que ambos acababan de concebir.

— Oid, dijo doña Teresa dirigiéndose á los recien desposados. De hoy mas dentro del estenso y rico señorío que poseyeron mis padres y hoy poseemos mi marido y yo, habrá otro señorío, siquiera sea tan modesto que solo comprenda una aldea de cincuenta fogueras y las heredades que cultivan los que la habitan. Esa aldea es aquella en que vosotros nacísteis, y vosotros sois los señores de ese señorío.

Sancho y Blanca, llorando de gratitud y alegría, se arrojaron á los pies de los señores de Carrion, sobre los cuales llámaron la bendicion del cielo todos los que presentes estaban.

El sol comenzaba á descender.

— Hora es ya, dijo el de la Enseña, de que sigamos nuestro camino para que lleguemos á Carrion antes que la noche cierre, que no es bueno hacer jornada de noche con mujeres y niños.

— Mis criados os acompañarán hasta vuestro señorío, repuso el hidalgo.

— Mucho os agradecemos la oferta, contestó Guillen, mas no la aceptamos, que servidores bastantes nos acompañan, y ahora, añadió sonriendo, no asaltan á los viandantes en esta tierra Centellas ni otros bandidos de mas alta ni mas baja alcurnia.

Un momento despues los señores de Carrion tomaron la cuesta por donde habian bajado á la casa de Riodurna, para salir nuevamente á la calzada.

El hidalgo y muchas de las gentes que habian asistido al banquete, inclusos Sancho y Blanca, siguiéronlos con ánimo de acompañarlos siquiera hasta la calzada.

Martin, á pesar de que ciertamente no solia olvidarse de sus criados, habia dado al olvido á los apostados de su órden en la calzada.

A mitad de la cuesta llegaban todos, cuando vieron bajar á su encuentro compungido *y desarmado* al compañero de Fortun.

Solo al verle recordó el hidalgo, y cierto que no le pesó poco, que no habia avisado á sus servidores, como se lo ofreciera, para que dejasen la guarda de la calzada y bajasen á participar del festin.

El mozo se dirigió á su amo acobardado y lloroso, y arrojándose á los pies del hidalgo, esclamó alzando las manos en ademan de súplica:

—Perdon, señor, que mia no es la culpa!

—De qué culpa me hablas? le preguntó Martin entre alarmado y ganoso de reir con la grotesca afliccion del mozo. Por ventura has luchado y te han vencido?

—He luchado hasta mas no poder.

—Y con quién?

—Con Fortun.

—Con Fortun!... Por qué?

—Porque queria comerme la maza.

Martin y todos los circunstantes soltaron una tremenda carcajada.

—Y te la ha comido? preguntó el primero.

—Comiéndola queda.

—Y la suya? Hála comido tambien?

—Llevósela un fiero mastin.

—Vé á la torre y consuélate de tu desgracia merendando la mejor vianda y el mejor vino que han sobrado en el banquete.

El mozo siguió el consejo de su amo, y este con los demás la senda que conducia á la calzada.

Al salir á esta vieron todos á Fortun levantarse del suelo donde estaba sentado devorando la maza de su compañero, y huir al ver á su amo, en cuya llegada no habia reparado, atento solo á aquella grata operacion.

—No huyas, ó no tendré misericordia de tí, le gritó Martin, que añadió viendo que el mancebo le obedecia:

—Duro y salado debe estar ese pernil. Pues esa vianda y agua del torrente será lo único que hoy comas y bebas en castigo de tu culpa, en tanto que tu compañero, en premio de su lealtad y obediencia, será tratado en casa á cuerpo de rey.

Poco despues el hidalgo de Riodurna y los señores de Carrion se despedian con protestas de eterna y recíproca amistad.

CAPITULO LII.

Donde el autor se despide para siempre de libros de caballería, porque, despues de haber compuesto tres que se llaman El Cid Campeador, La paloma y los halcones *y* Las hijas del Cid, *se ha convencido de que Dios le llama por otro camino.*

Gran regocijo habia en Burgos.

La ciudad adonde conducimos al lector al terminar este libro, era completa antítesis de la ciudad adonde le condujimos al empezar. La alegría reinaba en todas partes. Ventanas y balcones estaban engalanados con ricos paños, las calles alfombradas de tomillo y flores, y en las calles que conducian á la casa de los señores de Vivar se alzaban soberbios arcos de follage.

La multitud se asomaba á ventanas y balcones, ó discurria llena de animacion y alborozo por plazas y calles.

Por ventura se preparaba Burgos á recibir al señor rey don Alfonso VI?

No, que don Alfonso habia regresado de Sahagun hacia ya dos dias, y se hallaba en su alcázar.

Busquemos alguien que nos dé cuenta de lo que así anima y alboroza á los burgaleses.

Sabido es de nuestros lectores que el mentidero del popular burgalés está junto á la puerta del Norte bajo el cobertizo que cobija el banco de Íñigo el herrador.

Íñigo, vestido con sus mejores galas, está sentado sobre el

banco, no adobando clavos ó herraduras, sino conversando con algunos hombres y mujeres que le rodean.

Un mozo llega con un caballo. Arrienda este á uno de los postes que sostienen el cobertizo, y se acerca al herrador.

—Maese, dice, dejad conversaciones ociosas, y poned una herradura á este caballo de mi señor...

—Conversaciones ociosas! esclamó Íñigo con voz de vieja ochentona, pues la puñada que en cierta ocasion le dieron allí mismo le habia hundido la boca y sacado la barba desmesuradamente. Mancebo, id muy norabuena con vuestro caballo, que hoy es dia de huelga en Burgos.

—Para holgazanes y bachilleres como vos éslo siempre.

—Váleos, mancebo, que hoy es dia de paz y no de guerra en Burgos.

—Ira del diablo, me amenazais?...

Y el mozo diciendo esto, cerró los puños queriendo lanzarse al herrador, pero le detuvieron algunos de los presentes, é Íñigo le aplacó diciendo:

—En tan buen dia como este líbreme Dios de amenazar á nádie, y menos á vos, que si de algo pecais es de honrado celo por servir á vuestro dueño.

—Pues porque quiero servir á mi dueño os pido que herreis este caballo.

—Herraréle mañana.

—Hoy ha de ser, que mi amo necesita la cabalgadura para salir al encuentro del Campeador.

—Si para eso la quiere, no seré yo quien se niegue á calzarla.

Íñigo tomó inmediatamente las herramientas de su oficio, y en pocos minutos herró el caballo.

Un nuevo personage á quien ya conocemos apareció en escena: era Fortun, el criado del hidalgo de Riodurna, que entraba en la ciudad.

Apenas le vió el herrador, le llamó con muestras de alegria.

—Dios te trae por acá, amigo Fortun, le dijo, que há mu-

cho ya que no he visto á tu tio el de Barbadillo, y esto me tenia inquieto.

—Malas nuevas tengo que daros, contestó Fortun tristemente. Mi tio ha muerto.

—Muerto! Qué me cuentas, hermano!

—Cuéntoos la verdad. Fué á Carrion la víspera de la lid arrastrado por su afan de saber nuevas, y como no tornase, se le buscó en vano durante muchos dias, hasta que há pocos se supo que fué muerto en la matanza de villanos que la noche de la lid hicieron en el condado el conde de Cabra y los otros parciales de don Suero y los infantes. Como he heredado su casa y su hacienda, dejé al punto el servicio del hidalgo de Riodurna, fuime á Barbadillo, y hoy vengo á Burgos...

—Como todos, á saber nuevas?

—Mala centella de Dios hunda las nuevas y los que en ellas se ocupan.

—Ah sándio! Y si no es á saber nuevas, á qué vienes?

—Vengo á comprar galas, que voy á casar con una doncella mi vecina, á quien antaño quise, luego olvidé, y ahora he tornado á querer de resultas de un gran yantar que me preparó en su casa cuando volví de Riodurna y encontré apagado el hogar de la que fué de mi tio.

—Pero no tornarás á Barbadillo sin aguardar á ver al Campeador.

—Qué? aun no está en Vivar?

—No; hoy llega á Burgos, y para honrarle y mostrarle el amor que todos le tenemos, son esas galas de ventanas y balcones, esos arcos de verdura y esas flores y plantas olorosas que tornan jardines calles y plazas.

—Por ver al Campeador esperaré aunque sea una semana.

—Ni una hora tendrás que esperar, que ya la vocería y el repique de las campanas de Santa María y Santa Gadea anuncian que el que en buen hora ciñó espada y su mujer y sus hijas se acercan á la ciudad, y el señor rey, aquel que un dia le echó de la tierra y vedó que se le diese posada en Burgos, baja del alcázar para recibirle en la puente.

—Voy, juro á brios, á ver á tan buen caballero.

— Sí, vamos todos.

— Vamos.

Fortun, Íñigo, todos los que estaban bajo el cobertizo, como los que vagaban por aquellas inmediaciones, corrieron hácia el estremo opuesto de la ciudad.

El Cid y su mujer y sus hijas entraban ya en esta acompañándolos el rey, que al otro lado del puente habia recibido en sus brazos al noble caballero.

Rodrigo cabalgaba en el ya viejo pero aun fuerte Babieca, y Jimena y sus hijas eran conducidas en literas. La felicidad radiaba en la faz así del Cid como de su mujer y sus hijas.

La multitud atronaba el espácio victoreando al glorioso soldado y á las nobles damas que con él venian. De todas partes llovian flores sobre el Cid y sobre las literas.

Al lado de Rodrigo cabalgaba Gil Diaz, que tambien era blanco del cariño popular, con tanto mas motivo cuanto que el rostro del mancebo revelaba padecimientos recientes ó subsistentes aun.

Al fin llegaron en medio de aquella ardiente ovacion á la plaza, en que se alzaba la casa de los señores de Vivar. Así el corazon del Cid como el de su mujer y sus hijas palpitaron doblemente en presencia del hogar que tan dulces recuerdos tenia para ellos.

Un recuerdo penoso asaltó de repente la imaginacion de Rodrigo, que dirigiendo la vista á las casas fronteras á la suya, la fijó en aquella ventana, desde la cual un dia le dió una niña de nueve años una tristísima nueva.

Apenas el Cid habia fijado la vista en aquella ventana, asomóse á ella no ya una niña, sino una mujer hermosa y radiante de alegría que esclamó:

— Cid! há muchas noches que apenas el sueño cierra mis ojos, dulces ensueños vienen á halagarme: tales son los de que vuestros gentiles hijas se verán tan felices y honradas, que hijos de reyes casarán con ellas.

Las palabras de aquella mujer que el Cid y su mujer y sus hijas escuchaban con supersticioso interés, fueron ahogadas por una ruidosa gritería.

—La corneja diestra! la corneja diestra! gritaba alborozado el pueblo.

Y en efecto, una corneja de las que el vulgo tenia por de buen agüero revoloteaba á la sazon sobre la plaza.

Don Alfonso dirigióse al Cid y su mujer y sus hijas, y les dijo:

—Os he acompañado hasta vuestra casa, y os toca ahora acompañarme hasta la mia.

—Así lo haremos, contestó el Cid comprendiendo que el rey queria dispensarle la honra de hospedarle en su alcázar.

A la verdad la casa de los señores de Vivar estaba triste y fria y desamparada con la larga ausencia de sus moradores, y antes de tornar estos á ella necesitaba no pocos reparos.

El Cid y su familia tomaron, pues, con el rey la cuesta que de su casa conducia al alcázar, donde encontraron dispuestas para su alojamiento ricas habitaciones.

La jornada habia sido larga y penosa, y don Alfonso dejó inmediatamente á los recien llegados en completa libertad para que se entregáran al descanso.

Poco despues llegaron al alcázar dos caballeros que solicitaron ver al rey. Al saber este quiénes eran, se apresuró á recibirlos con las mayores muestras de amistad.

Durante aquel dia y la noche que le sucedió, conversó largamente con los forasteros.

Al dia siguiente se hallaban reunidos en un salon del alcázar don Alfonso y el Cid y su mujer y sus hijas.

Habló el rey de la mala fortuna que estas tuvieron casando con los infantes de Carrion, y echóse á sí mismo toda la culpa de los males que á Sol y Elvira habian traido aquellos casamientos.

—Mal haceis, señor, dijo el Cid, en atribuiros culpas que no teneis. El bien de mis hijas, que no otra cosa, os movió á pedírmelas para los infantes; mas aunque así no fuera, la ayuda que despues me habeis prestado para recobrar la honra y castigar á los de Carrion os darian derecho á nuestra eterna gratitud.

—Aun, repuso el rey, no he enmendado bastante mi error,

y no he de descansar hasta enmendarlé por completo. Con malos casamientos llevé el mal á vuestra casa, y con buenos quisiera llevar el bien.

Sol y Elvira se estremecieron al oir estas palabras, y nó dejaron de participar de su sobresalto Jimena y el Cid.

—Señor, contestó este, ahora como siempre vuestro vasallo soy, y honrado me creeré cumpliendo vuestros deseos.

—Audacia es en mí, dijo el rey sonriendo, concertar segunda vez bodas, habiendo procedido con tal desatino la primera; mas así y todo, quiero presentaros dos mancebos que se hallan en este alcázar y tienen por el supremo bien alcanzar la mano y el amor de Sol y Elvira.

Así diciendo, el rey se retiró del salon. Poco despues tornó seguido de los dos caballeros que hemos dicho haber llegado al alcázar poco despues que el Cid y su familia. Con el rey y estos caballeros venian los principales de la corte.

Al verlos la alegría del Cid fué grande, pero mas aun la de Jimena, y mas que la de Jimena y el Cid la de Sol y Elvira.

Eran el caballero del Aguila y el caballero del Halcon, y aquellas bandas que Sol y Elvira labraron hacia ya muchos años para pagar una deuda de gratitud, y casi diríamos de amor, ceñian su pecho.

Ni al rey ni á los mancebos se ocultó la alegría que iluminó el rostro de las hijas del Cid en aquel instante.

—Con hijos de reyes, dijo don Alfonso dirigiéndose á doña Jimena y al Cid, merecian casar vuestras hijas, y hé aqui que yo vengo á pediros para hijos de reyes su mano.

La sorpresa del Cid y de su mujer y sus hijas fué grande al oir estas palabras.

—Hijo del rey de Aragon, continuó don Alfonso, es uno de los caballeros que aquí veis, y del rey de Navarra el otro, siquiera pleitos de los navarros obligáran al monarca aragonés á ampararle en su corte y criarle como hijo propio. Para los infantes, pues, de Navarra y de Aragon pido á vos, doña Jimena, y á vos, Campeador, la honrada mano de vuestras hijas doña Sol y doña Elvira.

El Cid, que habia jurado al saber que la muerte de los in-

fantes de Carrion daba á sus hijas la libertad de contraer nuevas nupcias, no privar de esta libertad á Sól y Elvira sin consultar el corazon de las mismas, el Cid, repetimos, no necesitaba en aquella ocasion consultar el corazon de sus hijas para acceder inmediatamente á la peticion de los infantes, porque ya sabia que Sol y Elvira amaban á los que en dos distintas ocasiones las habian librado de la muerte de un modo casi providencial.

—Señor, contestó al rey, mi mujer y yo aceptamos gustosos la honra que ofreceis á mis hijas.

«Afevos, dicen las crónicas al referir este importante episodio de la vida del Campeador, afevos que entraron por la cort dos caballeros gentiles. El uno es infante de Navarra é de Aragon el otro. Al rey ruegan le pidiera sus fijas amas á mio Cid el de Vivar, quizá para ser reinas de Navarra é de Aragon. Levantóse el rey, é la cort fizo callar. Ruégovos, Cid, que otorgueis este casamiento ca crecervos ha hondra é tierra. Levantóse mio Cid, é las manos besó al rey é dixo: á ondra é á bendicion se las doy.»

Los infantes, no menos regocijados con las palabras del Cid que anteriormente lo estaban Sol y Elvira con la peticion que les mostraba próximo á realizarse el sueño que habia halagado su fantasía casi desde la infancia, los infantes besaron la mano del rey en señal de gratitud, y luego las de doña Jimena y el Cid.

Las bodas se concertaron para dentro de cuatro semanas.

Apenas Sol y Elvira se vieron á solas con su madre, se arrojaron en brazos de esta llorando de felicidad.

Tambien lloró de alegría Jimena, que hacia mucho tiempo adivinaba lo que pasaba en el corazon de sus hijas, y solo al saber el resultado de la lid en la vega de Carrion habia osado revelarlo á su marido.

Jimena y su marido y sus hijas quisieron pasar en su casa de Burgos los pocos dias que tardasen en ir á Vivar, para donde estaban concertadas sus bodas.

Aquella casa, que para ellos tenia muy dulces recuerdos, recobró la alegría y el calor que hacia mucho tiempo le faltaban.

Gil Diaz no participaba de la alegría y la dicha que en aquella casa reinaban. Su tristeza y su malestar habian tornado á ser mas profundos quizás que nunca. Esta era la única pena que afligia al Cid y á su mujer y á sus hijas.

Gil les pidió licencia para volver al monasterio de Cardeña; pero afanosos por tenerle á su lado, le rogaron que permaneciese allí y luego fuese con ellos á Vivar, donde esperaban que recobrase la alegría y la salud con los aires puros y la libertad de los campos.

Gil no quiso dar lugar á que le tuviesen por ingrato, y accedió, por mas que le fuese muy penoso, á permanecer en Burgos.

Dicen las crónicas que en el espacio que medió entre la peticion de las hijas del Cid y las bodas de estas con los infantes hubo pleitos en Navarra y Aragon sobre aquellos casamientos, pero al fin estos pleitos cesaron con la mediacion del rey don Alfonso, que á la sazon mantenia buena amistad así con el monarca navarro como con el aragonés.

El Cid y su familia, incluso Gil Diaz, se trasladaron á su castillo de Vivar, donde fueron recibidos con grandes regocijos por sus vasallos.

El plazo señalado para las bodas terminaba.

Los caballeros mas nobles no solo de Castilla y Leon, sino tambien de Aragon y Navarra, acudieron á Vivar, donde se preparaban grandes fiestas.

El rey don Alfonso fué tambien á Vivar.

Sol y Elvira habian recobrado todo el esplendor de su hermosura, marchitada por las penas que tan sin tasa esperimentaron desde que se unieran con los infantes de Carrion.

Las bodas se celebraron con gran pompa y regocijo.

Jamás Jimena y el Cid se habian considerado tan felices como entonces: ni aun cuando vieron santificado el amor que agitaba sus corazones como sus hijas veían santificado el que agitaba los suyos, porque sabido es que cuando Jimena casó con Rodrigo lloraba á su padre muerto, siquiera fuese lealmente, por el elegido de su corazon.

Al pie del Castillo de Vivar se estendia la humilde aldea

del mismo nombre, no oprimida por la fortaleza como comunmente sucedia á aquellas que estaban dominadas por la morada de sus orgullosos señores, sino protegida y feliz, porque los señores de Vivar desde muy antiguo mas eran padres que dueños de sus vasallos. En aquella aldea habia un hermoso templo enriquecido por la piedad de los moradores del castillo, y allí se unieron las hijas del Cid y los infantes de Aragon y Navarra.

Los recien desposados y su noble y numeroso acompañamiento acababan de llegar al castillo rebosando todos alegría y felicidad, y se preparaban suntuosos banquetes, bailes, justas y otras fiestas que atraían á Vivar á los moradores de muchas leguas en contorno, no faltando entre ellos Íñigo, el famoso novelero y charlatan de Burgos, que esclamaba con verdadero pesar:

—¡Por Dios que gran dolor es que haya muerto aquel mi buen amigo de Barbadillo, que si él viviera, aquí estaria hoy y se sentiria mas regocijado que nunca viendo las cosas buenas que aquí vamos á ver los que por fortuna aun estamos en este mundo!

El Cid departia muy contento con el rey y muchos de los caballeros que asistian á las bodas de sus hijas, cuando estas y su mujer fueron á su encuentro sobremanera contristadas porque Gil acababa de pedirles licencia para ausentarse inmediatamente del castillo.

El Campeador se encaminó á una estancia retirada, y llamó á ella á Gil, deseoso de inquirir las penas del mancebo y el motivo por qué se alejaba de los que le amaban tanto, precisamente en el momento en que mas podia gozar con su dicha.

—Hijo, le dijo cariñosamente el Campeador, qué penas te atormentan há tantos años?

—Señor, no me tacheis de ingrato si correspondo mal al amor que siempre me habeis tenido. Dios ha colocado en mi corazon el gérmen del dolor que todos mis esfuerzos no bastan á destruir.

—Y no sabes la causa de tus penas?

—Sé que una eterna tristeza me consume, y que solo en

la soledad del claustro encuentra esa tristeza algun alivio. Las letras son mi único consuelo en la tierra. Dadme licencia para entregarme á su cultivo encerrándome para siempre en el monasterio de Cardeña.

—Y quién, hijo, te consolará allí en tu desconsuelo, y te cuidará en tus dolencias, no estando á tu lado los que te damos el nombre de hijo y las que te dán el nombre de hermano?

—Vuestro dulce recuerdo y el amor del abad don Sancho me consolarán allí, cuando no basten á consolarme las tareas á que voy á entregarme con ardor.

—Al menos, hijo mio, goza en Vivar algunos dias mas de la dicha que á todos nos ronríe.

—Es mi tristeza tan honda, que ansío partir inmediatamente á aquel pacífico retiro por si consigo recobrar allí la paz que en ninguna otra parte encuentro.

—Pues si esa partida es tu única esperanza, parte en buen hora, oh mi amado Gil, que tu dicha nos interesa tanto como la propia.

A Gil se le saltaron las lágrimas viendo humedecerse los ojos del Campeador, á quien besó las manos regándolas con su llanto.

—No nos olvides, hijo! esclamó el Cid.

—Que Dios me niegue la paz que tanto he menester si un solo dia doy al olvido á aquellos á quienes debo mas aun que á los que me dieron el sér.

El Cid estrechó al mancebo en sus brazos con la ternura de un padre.

—Señor, dijo Gil bajando tímidamente los ojos y colorándose sus pálidas megillas, antes de partir quisiera dejaros una humilde prenda que os recuerde siempre cuánto me interesa vuestra gloria.

—Hijo, cualquiera que esa prenda sea, para mí será de valor inestimable.

—Durante muchos años, lo mismo cuando os he acompañado en la guerra que cuando he estado ausente de vos, he empleado mis vigilias y mis horas de solaz en componer un li-

bro. De ese libro, que aun no está terminado, he sacado un trasunto, y ese trasunto quiero dejaros.

Al decir esto, Gil sacó de entre sus vestidos un rollo de pergaminos que entregó al Cid, quien estendiéndolos y fijando la vista en la primera hoja, leyó: *Crónica de la vida y hechos del famoso caballero don Ruy Diaz de Vivar...*

—Gracias, hijo! esclamó el Cid interrumpiendo la lectura y estrechando contra su corazon al mancebo, llorando de gratitud y de alegría y de amor.

Algunas horas despues Gil Diaz se encaminaba, quebrantado de tristeza, al monasterio de San Pedro de Cardeña. Detúvose en una colina próxima al monasterio, y en alas de las brisas de la tarde le pareció llegar á su oido el rumor de las alegres fiestas que se celebraban en Vivar. Entonces juntó las manos, alzó llorando los ojos al cielo, y esclamó: —Señor! haced eterna en su alma la paz que falta en la mia!

FIN DE ESTE LIBRO.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 19 07 13 007 1